



Juan de Valdés

El evangelio según San Mateo

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Juan de Valdés

El evangelio según San Mateo

El Proemio de los Evangelios

Grandísimo testimonio de la verdad cristiana es este que, cuando el hombre en las cosas que pertenecen á ella, no se sirve en nada de su prudencia ni de su razon humana, acierta, y cuando se sirve, yerra. Esta verdad, la he entendido por propia experiencia en muy muchas cosas, y últimamente la he visto en esto que, si cuando yo me aplique á edificaros á vos y á edificarme á mí en lo que pertenece á la fe cristiana y al vivir cristiano con el medio de las santas escrituras, siguiera el juicio de mi prudencia y razon humana, primero me ocupara en los evangelios, que son historias de Cristo, y os los enviara, por ser tenuta comunmente esta escritura por más fácil de ser interpretada y entendida que otra ninguna; luego me ocupara en las epístolas de San Pablo y de San Pedro y os las enviara, porque en ellas está como seria decir la práctica del vivir cristiano con la confirmación de la fe cristiana; y después me ocupara en los salmos y os los enviara, porque comunmente son tenidos por escritura muy difícil de ser interpretada y entendida. Y si lo hiciera así, lo hubiera errado muy mucho, cuanto á vos y cuanto á mí, porque ni yo acertara á traducir ni á interpretar así bien los evangelios, no siendo pasado por las epístolas, ni las epístolas, no siendo pasado por los salmos, ni vos fuérades así capaz de la leccion de los evangelios sino estuviérades instruida en la leccion de las epístolas, ni de la leccion de las epístolas sino os hubiérades ejercitado en la leccion de los salmos. Porque, estando fundados los salmos en el deber de la generacion humana segun la verdadera inteligencia de la ley de Moisen, y estando fundadas las epístolas en el deber de la regeneracion cristiana segun la verdadera inteligencia del evangelio de Cristo, y estando fundados los evangelios en la misma regeneracion cristiana y en exprimir la vida y las palabras del mismo hijo de Dios Jesu Cristo nuestro señor, no hay duda sino que á mí para traducir é interpretar, y á vos para entender y gustar, fué cosa convenientísima tomar primero los salmos, porque es así que más capaces somos de las cosas que pertenecen al deber de la generacion humana, que de las que pertenecen al deber de la regeneracion cristiana, siendo estas como contrarias á nuestra natural inclinacion, y siendo aquellas como propias á ella, y tomar luego las epístolas ántes que los evangelios, porque es tambien así que somos más capaces de los conceptos y sentimientos que en el negocio cristiano, en la regeneracion cristiana tuvieron los apóstoles de Cristo, que de los conceptos y sentimientos que en el mismo negocio tuvo el mismo Cristo, porque en los de los apóstoles nos podemos servir mucho del libro de la consideracion, ayudada de la propia experiencia, como con efecto nos servimos, y en los de Cristo nos podemos servir poco de aquel libro, porque, aunque á los que aceptamos la gracia del evangelio, comunica Cristo su propio espíritu, por nuestra incapacidad no es en tanta abundancia que podamos comprender bien con nuestra propia experiencia todos los conceptos y los sentimientos de Cristo que hallamos escritos en los evangelios, y así, aunque en unos acertamos, en otros apenas atinamos. De manera que con mucha razon puedo decir que acertamos, cuando en

las cosas cristianas no nos gobernamos por el juicio de la prudencia y razon humana, y que erramos cuando nos gobernamos por él, teniendo esta por eficacísima señal de la verdad cristiana, sabiendo cierto que, cuando ella no fuese así verdadera, se vería por experiencia todo lo contrario. Y porque deseo que seais bien capaz de la necesidad que tiene el hombre que se aplica á las santas escrituras de seguir no el órden que yo siguiera cuando me aconsejara con la prudencia humana, sino el que he seguido sin mirar en ello y sin pensar en ello, dejando estar aparte los salmos que (como he dicho) siguen el deber de la generacion humana por la ley de Moisen, y tomando las epístolas y los evangelios que (como he dicho) siguen el deber de la regeneracion cristiana por el evangelio de Cristo, digo que hay aún otra causa, por la cual parece que el hombre cristiano debe atender primero á la leccion de las epístolas que á la leccion de los evangelios. Y es esta que es así peligrosa la leccion de los evangelios mal entendidos para hacer que un hombre pretenda ser justo, y así alcanzar salud y vida eterna por sus obras, descuidándose de la fe, como es peligrosa la leccion de las epístolas mal entendidas para hacer que otro hombre pretenda ser justo y así alcanzar salud y vida eterna por la fe, descuidándose del bien obrar. Pues siendo así que el hombre no regenerado más presto se inclina á justificarse por sus obras sin su fe que á pensar en justificarse por su fe sin sus obras, y siendo tambien así que el fundamento de la iglesia cristiana es la fe cristiana, la aceptacion de la gracia del evangelio, y que las obras en tanto son buenas en cuanto el que las hace está bien fundado en la fe cristiana, porque, como dice San Pablo, sine fide impossibile est placere Deo, está claro que es menor el inconveniente en que puede caer el hombre leyendo con descuido las epístolas, que leyendo con descuido los evangelios, pues está más cerca de apartarse del fundamento cristiano leyendo y no entendiendo los evangelios, que leyendo y no entendiendo las epístolas. Y aunque no tengo temor que vos hayais de caer en ninguno de estos dos inconvenientes, todavía es bien avisaros que, leyendo las epístolas, de tal manera os fundeis en la fe cristiana, que no os descuideis de las obras cristianas, y que leyendo los evangelios, de tal manera os apliqueis al vivir cristiano, á las costumbres cristianas y obras cristianas que no olvideis la fe cristiana. Y porque podría ser que os aconteciese á vos lo que acontece á muchos, los cuales, haciendo de los evangelios ley, pretenden justificarse por el cumplimiento de la doctrina de Cristo, y así nunca jamás hallan paz en sus conciencias, porque nunca jamás conocen haber satisfecho, como con efecto no satisfacen; os aviso que de la doctrina de Cristo os habeis de servir por una instruccion del vivir cristiano. Porque habeis de saber que, así como á un villano, siendo tomado por hijo del emperador, le seria propuesta y dada una instruccion por la cual entendiase en qué manera se deberia gobernar para cobrar costumbres de hijo de emperador, viviendo segun el deber y decoro de hijo del emperador, así á vos, que de hija de Adam sois tomada por hija de Dios, os es propuesta y dada la doctrina de Cristo que está en los evangelios, para que por ella entendais y sepais en qué manera conviene que os gorneis para obrar costumbres de hija de Dios, viviendo segun el deber de hija de Dios y guardando el decoro de hija de Dios. El cual decoro, aunque está muy bien exprimido en las palabras de Cristo, todavía lo aprendereis mucho mejor considerando las obras del mismo Cristo. Y en esto hablo con propia experiencia, habiendo experimentado en mí que, aunque son muy eficaces en mí aquellas divinas palabras de Cristo «aprended de mí que soy manso y humilde en el corazon,» todavía es sin ninguna comparacion más eficaz la consideracion de la mansedumbre y de la humildad de Cristo en toda su vida, y principalmente en su pasion y en su muerte. Porque os certifico, que esta consideracion me reduce á esto que, cuando me fuese dado á escoger cuál quería más, la mansedumbre y la humildad de Cristo ó todas juntas las otras cosas que en Cristo

fueron vistas gloriosas mientras anduvo entre los hombres, yo escogería la mansedumbre y la humildad que veo en Cristo, tanto me parecen anexas y como propias y naturales al cristiano en este estado de pasibilidad y mortalidad. Y aquí viene bien daros este aviso: que en Cristo habeis de pretender imitar aquellas cosas que pertenecen á la mansedumbre, á la humildad, á la caridad y á la obediencia á Dios, procurando ser así excelente en la mansedumbre, en la humildad, en la caridad y en la obediencia como conoceréis que lo fué Cristo, no teniéndoos jamás por perfecta en cosa ninguna de estas, hasta tanto que conozcais en vos lo que conoceréis en Cristo. No digo lo que conocéis, porque sabed de cierto que es muy poco lo que conocéis con lo que conoceréis, tomando estrecha familiaridad con Cristo, examinando bien todas sus palabras y considerando bien todas sus obras.

Allende de esto, es bien que sepais que no todas las cosas que dijo y que enseñó Cristo, pertenecen á todas las personas ni á todos los tiempos. Porque es así que hay muchas cosas de ellas, que eran necesarias en aquellos tiempos y serían dañosas en estos tiempos, como es la observacion de la ley de Moisen, á la cual observacion pertenece el mandar Cristo á los leprosos que ofreciesen por su alimpiamiento lo que estaba mandado ea la ley de Moisen, y pertenecen aquellas palabras de Cristo: Sobre la cátedra de Moisen se asientan, etc., Mat. 23, y aquellas: No soy venido á romper la ley sino á cumplirla, Mat. 5; y porque es tambien así que muchas cosas dijo Cristo que no se han de tomar en general para todos, como aquello que dijo al mancebo hebreo: Si quieres ser perfecto, ve y vende, Mat. 12, y como aquello que dijo á los escribas y fariseos: Escudriñad las escrituras, Juan 5, diciendo á sus discípulos: Y el Espíritu Santo, que enviará mi padre en mí nombre, él os enseñará toda cosa, Juan 14; por donde parece que las unas palabras pertenecen á los que son discípulos de Cristo, y las otras á los que, estándose en la escuela de Moisen ó en la escuela de la filosofía, no son entrados en la escuela de Cristo. De este aviso os servireis así para saber que no habeis de pensar que os es dicho á vos sino aquello que Cristo dice á sus discípulos, á lo cual solamente os habeis de aplicar, como para entender que no habeis de aplicar á estos tiempos sino las cosas que cuadran con la fe cristiana y con el vivir cristiano, pasando ligeramente por todas las otras cosas. Hora porque acostumbraba Cristo á exprimir y declarar algunos de sus conceptos con parábolas y comparaciones, en las cuales hallan mucha dificultad los que las quieren reducir á que cuadren en todo y por todo, os aviso que no penseis vos, como tampoco he pensado yo, reducirlas á esto, porque perdereis tiempo, pero pensad de hacer que cada una cuadre con el propósito á que parece que Cristo la dijo, y así acertareis. Y que sea así que en las parábolas no pretende Cristo que cuadren en todo y por todo, consta por algunas que él propio declaró, y si él no hizo que aquellas cuadrasen en todo y por todo, muy grande indiscrecion sería la nuestra cuando las quisiésemos reducir á que cuadrasen en todo y por todo.

Á muchos ha ofendido y ofende la disconformidad que parece que hay entre los evangelistas, así en el órden de la historia, como en la continuacion de los razonamientos de Cristo y como tambien en algunas otras cosas, y por tanto se van fatigando por concordarlos. Esta empresa, yo no la he tomado, ni me parece que la debeis vos tomar. Porque habeis de saber que aunque yo no condeno la pia curiosidad de estas personas, tengo por mejor la cristiana simplicidad de los que, tomando de cada uno de los evangelistas lo que dan, se contentan con esto. Que en lo que es el fundamento del evangelio de Cristo y de la iglesia cristiana, que Cristo es el Mesía, que es hijo de Dios, que

murió en cruz, que resucitó y que vive, todos concuerdan sin que haya entre ellos la menor disconformidad del mundo. Y de mí, tanto os certifico, que pienso que sentiria más fastidio y me ofenderian más los evangelios cuando los hallase conformes en todo y por todo sin que discrepasen en cosa ninguna, que hallándolos como los hallo, que al parecer son disconformes en algunas cosas, tanto porque me huelgo que mi fe no dependa de escrituras ni esté fundada en ellas, pero que dependa de inspiraciones y experiencias y esté fundada en ellas, como estuvo la fe de los de Samaria, despues que habiendo visto á Cristo y habiéndole oído hablar, creyendo por inspiracion y por experiencia, decian á la mujer que ya no creian por su relacion de ella sino por la experiencia que ellos tenian, cuanto porque veo conocidamente que el intento de Dios en las Escrituras, ha sido dar tanta luz cuanta basta á alumbrar á los que tienen las inspiraciones interiores, y no dar tanta cuanta podria bastar á alumbrar á la prudencia humana, cuando sin las inspiraciones interiores quisiesen entender las cosas cristianas, espirituales y divinas. Y así entiendo que la disconformidad que parece que hay entre los evangelistas, es para los que los leen con prudencia humana y con lumbre natural, lo que era la bajeza y humildad de Cristo para los que lo miraban con la misma prudencia y con la misma lumbre; á estos la bajeza y la humildad de Cristo hacian tropezar y caer sin poderse levantar, ya aquellos la disconformidad que parece que hay entre los evangelistas, hace tropezar y caer sin poderse levantar. Y así viene á ser Cristo siempre y en todas maneras lapis offensionis et petra scandali conforme á lo que segun San Pedro estaba profetizado de él. Y advertid que lo que entiendo en la disconformidad que parece que hay en los evangelios, lo entiendo tambien en ha disconformidad que parece que hay en algunas de las autoridades de la ley y de los profetas que están alegados en los evangelios.

En los milagros que hacia Cristo, considerareis su caridad, y serviros heis de ellos para confirmar vuestra fe cristiana, pensando así: si Cristo hacia beneficios temporales á los que, confiando en él, se iban tras él y se encomendaban á él, no siendo este el principal intento de su venida al mundo, cuánto mejor hará beneficios eternos á los que, confiando en él, se irán tras él y se encomendarán á él, siendo esto el principal intento de su venida al mundo.

En la pasion y muerte de Cristo, considerareis su obediencia á Dios, y os servireis de ella para reduciros vos cada día más á no apartaros en poco ni en mucho de lo que conoceréis que es la voluntad de Dios, examinándoos si os bastaria el ánimo á pasar por lo que Cristo pasó; en la paciencia con que Cristo comportaba y sufría las injurias y las afrentas que lo eran dichas y hechas sin dar mal por mal, no siendo perjudicial á ninguno, considerareis su admirable mansedumbre y os servireis de ella para imitarla, y para conocer que tanta parte habeis alcanzado de ella despues que os sentís incorporada en Cristo.

Y cuando leereis lo que Cristo dice contra los escribas y fariseos, tratándolos mal de palabras, considerareis que aquellas palabras no salen de afecto de carne, sino de ímpetu de espíritu, y os servireis de esta consideracion para no dejaros jamás trasportar de vuestro afecto carnal á hablar mal ni aún contra los que conoceréis que son escribas y fariseos, siendo contrarios á la fe cristiana, á la gracia del evangelio y al vivir cristiano, á la imitacion de Cristo, ateniéndoos siempre á la parte más segura que es á ser útil á todos, sin ser perjudicial á ninguno.

En la sumision con que Cristo se sujetaba á los hombres hasta pagarles el tributo, siendo hijo de Dios, como si fuera puro hombre, considerareis su profundísima humildad, considerando que fuera grande humildad cuando, siendo hijo de Dios, se abajara á ser hombre en el mayor grado y en la mayor dignidad que se podría pensar ni imaginar entre los hombres, y que fué grandísima, abajándose á ser hombre en el más ínfimo grado que puede ser entre los hombres; y de esta consideracion os servireis para amar la humildad y para no teneros jamás por humilde hasta que os conozcais inferior á todos los hombres del mundo, y holgueis de ser tenida por tal y de ser tratada por tal.

Si, leyendo la transfiguracion de Cristo, os subireis con él en el monte Tabor á considerarlo transfigurado, y allá os vendria gana de transfiguraros con él, bajáos luego del monte Tabor y ponéos en el monte Calvario á considerar á Cristo crucificado, y si estando allí, no os vendria gana de ser crucificada con Cristo como os venia acullá de ser transfigurada con Cristo, conoced que érades tirada de vuestro amor propio y no del amor de Cristo y que por consiguiente os amais mas á vos que á Cristo. Esta misma prueba hareis siempre que, considerando las cosas que son gloriosas en Cristo, os vendria deseo de ser en ellas semejante á Cristo.

Si leyendo las autoridades de la ley y de los profetas que están alegadas en estas santas escrituras, os vendria gana de irlas cotejando y examinando, conoced que sois movida con curiosidad y dejadla estar, porque así lo he hecho yo en las que en el cotejarlas y examinarlas no he hallado edificacion cristiana.

Si, leyendo en San Juan la divina generacion de Cristo, os vendria deseo de entender en qué manera el Hijo es engendrado del Padre, y en qué manera el Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo, considerad vuestra incapacidad y pensad que no es menor vuestra temeridad en esto, que seria la de un gusano cuando quisiese entender en qué manera vos habeis sido engendrada en el vientre de vuestra madre. Esto mismo considerareis cuando os vendria voluntad de entender en qué manera fué Cristo engendrado en el vientre de la santísima vírgen María.

Cuando leereis la ferocísima rabia con que los principales de la sinagoga hebrea persiguieron á Cristo hasta hacerlo morir cruelísimamente con título de impío y enemigo de Dios, siendo él venido á hacerlos amigos de Dios y justos, y darles vida eterna, considerareis en qué inconvenientes caen los hombres cuando se dejan cegar de sus pasiones, y cuan poco os podeis fiar de hombres ningunos por muy principales que sean; y servireis os de esta consideracion para tener siempre vuestro ánimo libre de toda pasion, y para no fiaros de hombre ninguno en las cosas cristianas, espirituales y divinas, por muy principal y eminente que sea, porque no toque á vos aquello Maledictus homo qui confidit in homine; conteniéndoos una cosa tal cual aconteció á los del pueblo hebreo, que fiándose de los que entre ellos eran principales y eminentes en la religion, demandaron á voces que Cristo fuese crucificado.

Cuando leereis la incredulidad y poca fe, la ignorancia y ceguedad en que estuvieron los discípulos de Cristo, todo el tiempo que él estuvo con ellos, considerareis de qué manera trató el padre eterno á su unigénito hijo mientras vivió como hombre entre los hombres, privándole aún de la satisfaccion que le fuera ver á sus discípulos espirituales y cristianos

como fueron despues de su ascension; y servireis os de esta consideracion para no pretender que Dios os muestra el amor que os tiene, dándoos satisfacciones ni aún espirituales, pretendiendo que os lo muestre dándoos fuerzas y esfuerzo con que pasar animosamente por los fastidios corporales y espirituales que se os ofrecerán en la presente vida.

Y si leyendo algunas palabras de Cristo á donde está entendida la predestinacion como aquellas: Non rapiet eas quisquam de manu mea, Juan 10, os vendria deseo de entender cómo pueda estar la predestinacion con el líbero arbitrio, y como puede estar que Judas fuese necesitado á vender á Cristo y que sea condenado por ello, os acordareis de lo que dijo Cristo á San Pedro, porque quería saber lo que no le pertenecia: Quid ad te? Tu me sequere. Por último, y de estas mismas palabras os servireis siempre que sereis asaltada de alguna cosa curiosa que no pertenezca á vos, tanto de las que resultarán de esta divina leccion, quanto de las que cada día se os podrán ofrecer. Y tened por cierto que, tanto en leer estas Santas Escrituras quanto en el tratar todas las cosas cristianas espirituales y divinas, vale mucho la simplicidad y daña mucho la curiosidad, la cual debe ser del todo desterrada de los ánimos de las personas cristianas, dando lugar á la simplicidad que le es propia y natural en la regeneracion. Y así como os será provechosa cosa estar apercebida contra la curiosidad con aquellas palabras: Quid ad te? Tu me sequere, así os será tambien cosa provechosa estar apercebida de otras palabras de Cristo semejantes á aquellas contra los otros efectos de que sereis combatida. De esta manera, si sereis combatida del temor ó de la desconfianza tanto en las cosas temporales quanto en las eternas, acordáos de aquellas palabras de Cristo: Quare dubitas? y de aquella: Ubi est fides tua? Si del afecto vindicativo, acordáos de aquellas: ¿Nescitis cujus spiritus estis? Si de la ocupacion de las cosas que son del mundo acordáos de aquellas palabras: Quis me constituit iudicem inter vos? Y sí leyendo la perfeccion cristiana que particularmente está escrita en San Mateo, cap. 5. 6. 7, se os representara tan alta que, comenzando á desconfiar de poder llegar á ella, sereis tentada á apartaros de ella, os acordareis de aquellas palabras de Cristo: Omnia possibilia subtil credenti, y con ellas os certificareis en esta verdad, que aunque el que no tiene fe cristiana es imposible reducirse á aquella tan alta perfeccion, porque le es imposible amar á Dios más que se ama á sí y amar al prójimo como se ama á sí, que á vos que teneis fe cristiana os es posible, porque la fe cristiana os ha incorporado en Cristo é incorporada en él podeis decir con San Pablo: Todo lo puedo en él que me hace poderosa y poder lo que podía San Pablo. Y de esta manera ireis encomendando á vuestra memoria algunas palabras de Cristo con que estar apercebida para reprimir todos los afectos con que sereis asaltada, teniendo siempre intento á comprender aquella perfeccion en que sois comprendida por la incorporacion en Cristo. Incorporada en Cristo por la aceptacion de la gracia del evangelio y por el bautismo, sois muerta quanto al mundo, y sois resucitada y vivís quanto á Dios, siendo de vos lo que es de Cristo, en quanto os considera Dios no por lo que sois por vos, sino por lo que sois por Cristo.

Atended vos á vivir como muerta quanto al mundo y á todas las cosas que son del mundo, pasando por ellas como si realmente y con efecto fuédeses muerta, y á vivir como resucitada quanto á Dios, de manera que, viviendo vos en la presente vida como muerta y resucitada, comenceis á vivir una vida muy semejante á la que habeis de vivir en la vida eterna despues de la general resurreccion. Y sabed que quanto vuestro vivir será más conforme á aquel, tanto podeis creer que habeis comprendido mejor aquella perfeccion en que, incorporada en Cristo, sois comprendida, siendo en todo y por todo muy

semejante á Cristo. Y quando querreis examinar qué tanto habeis comprehendido y alcanzado de esta perfeccion, considerareis qué tan firme y constante os hallaríades quando fuédeses necesitada á padecer por Cristo la ignominia y confusion, el tormento y dolor que padeció Cristo por vos, porque sabed que á esta firmeza y constancia conviene que os reduzcais, pretendiendo que, compareciendo en el juicio de Dios con mucha firmeza y constancia por el ser que os da la incorporacion en Cristo, no os cause vergüenza y confusion el ser que teneis por vos. Y á este fin conviene que vayan enderezados todos vuestros ejercicios y todos vuestros estudios y más este de la doctrina y vida de Cristo que leereis en estas escrituras, rogando siempre á Dios, nos favorezca á vos y á mí con su divina gracia de tal manera que sea vista en nosotros la propia imágen de su unigénito hijo Jesu Cristo nuestro señor.

En esta traduccion he seguido la letra griega así como la seguí en la traduccion de las epístolas, señalando las palabras que para hacer más inteligible la escritura me ha parecido que convenia añadir. Y en las interpretaciones y declaraciones que he escrito sobre la letra he seguido lo que me ha parecido más conforme á lo que siento y conozco de la verdad de la fe cristiana y de la puridad del vivir cristiano, señalando la edificacion espiritual que mientras escribía se me representaba que las personas cristianas aplicadas al vivir cristiano, á la imitacion de Cristo pueden tomar de estas santas escrituras, y confesando ingénuamente mi ignorancia en las cosas que por mi incapacidad y poco espíritu no he podido alcanzar, pretendiendo que así sea ilustrada la gloria de Cristo por lo que no he entendido, como por lo que he entendido, y que así sean edificadas las personas cristianas con lo uno como con lo otro, considerando en lo uno lo que soy por mí y considerando en lo otro lo que soy por beneficio favorable de Dios, el cual me trujo á Cristo y me incorporó en Cristo, y por liberalidad de Cristo, el cual me comunica la parte que te place de aquellos divinos tesoros que su eterno padre ha puesto en él, para que él los comunique con los que estamos incorporados en él, á fin que en nosotros y por nosotros sea visto y conocido quién es Dios y quién es el Hijo de Dios Jesu Cristo nuestro señor. A los cuales con el Espíritu Santo sea perpétua gloria. Amen.

Traducido fielmente del griego en romance castellano y declarado según el sentido literal con muchas consideraciones sacadas de la letra, muy necesarias al vivir cristiano.

Capítulo primero

Libro de la generacion de Jesu Cristo, hijo del David, hijo de Abraham.

Tanto vale como si dijese: este es el libro de la historia de Jesu el Mesía prometido en la ley, el cual fué hijo de David y de Abraham. Porque en la lengua hebrea por lo que nosotros

decimos libro de la historia, dicen libro de la generacion. Aquí se ha de entender que Cristo es lo mismo que ungido ó Mesía, á fin que se entienda que en las primeras palabras pretendió San Mateo mostrar que Jesus es el Mesía prometido á los Judíos y dado á todos los hombres en general, para que todos los que lo aceptaran alcancen remision de pecados, sean reconciliados con Dios, amigos de Dios y justos acerca de Dios, no por su propia justicia sino por la justicia del mismo Jesu Cristo. Tambien se ha de entender que, porque estaba profetizado que el Mesía había de ser de la simiente de David segun la carne, y habia de ser de la simiente de Abraham, en las primeras palabras llama San Mateo á Jesu Cristo hijo de David é hijo de Abraham. Á Abraham entiende San Pablo que fué dicho: in semine tuo benedicentur omnes gentes terrae, etc., entendiendo que en Jesu Cristo, el cual habia de nacer de la simiente de Abraham, habian de alcanzar bendicion todas las gentes del mundo; y por bendicion entiende la remision de pecados, la reconciliacion con Dios, la justificacion, la resurreccion y glorificacion, de la cual bendicion gozan generalmente todos los que aceptan la gracia del evangelio, los que creyendo son incorporados en Cristo. Á David fué muchas veces prometido que su reino en el pueblo de Dios, sería perpétuo en sus descendientes, y por tanto era, averiguadísimo entre los Hebreos que el Mesía habia de ser de la simiente de David, como con efecto lo fue; en el cual es continuado y perpetuado el reino en el pueblo de Dios, siendo así que Jesu Cristo nuestro señor, es cabeza y es rey en el pueblo cristiano que es pueblo de Dios. Sobre la cual cosa me acuerdo haber escrito una consideracion.

Abraham engendró á Isaac. E Isaac engendro á Jacob. Y Jacob engendró á Judas y á sus hermanos. Y Judas engendró á Fares y á Zara de Tamar. Y Fares engendró á Esron. Y Esron engendró á Aram. Y Aram engendró á Aminadab. Y Aminadab engendró á Naason. Y Naason engendró á Salmon. Y Salmon engendró á Boz de Rachab. Y Boz engendró á Obed de Rut. Y Obed engendró á Jesé. Y Jesé engendró á David el rey. Y David, el rey, engendró á Salomon de la de Uría. Y Salomon engendró á Roboam. Y Roboam engendró á Abía. Y Abía engendró á Asá. Y Asá engendró á Josafat. Y Josafat engendró á Joram. Y Joram engendro á Ozía. Y Ozía engendró á Joatam. Y Joatam engendró á Ácaz. Y Ácaz engendró á Ezequía. Y Ezequía engendró á Manasé. Y Manasé engendró á Amon. Y Amon engendró á Josía. Y Josía engendró á Jeconía y á sus hermanos á la pasada de Babilonia. Y despues de la pasada de Babilonia, Jeconía engendró á Salatiel. Y Salatiel engendró á Zorobabel. Y Zorobabel engendró á Abiud. Y Abiud engendró á Eliaquim. Y Eliaquim engendró á Azor. Y Azor engendró á Sadoc. Y Sadoc engendró á Achim. Y Achim engendró á Eliud. Y Eliud engendró á Eleázar. Y Eleázar engendró á Matan. Y Matan engendró á Jacob. Y Jacob engendró á Josef, el marido de María, de la cual fué engendrado Jesu, el llamado Cristo. De manera que, todas las generaciones desde Abraham hasta David, son catorce generaciones, y desde David, hasta la pasada de Babilonia, son catorce generaciones, y desde la pasada de Babilonia hasta Cristo, son catorce generaciones.

Cuanto á las particularidades de los nombrados en este linaje de Cristo, si concuerdan con los que nombra San Lucas y con las historias del Testamento Viejo, me remito á lo que otros dicen, contentándome yo con decir esto que aquellos nombres Tamar, Rachab y Rut, son nombres de mujeres; lo mismo es «de la de Uría», que: de la que fué mujer de Uría, de

Bersabé. Adonde dice «la pasada,» el vocablo griego, significa, pasarse ó mudarse á vivir de una parte á otra; así pareció á San Mateo llamar á la cautividad de los Hebreos en Babilonia, adonde fueron llevados por Nabucodonosor. Adonde dice, el marido de María, se ha de advertir que lo llama así San Mateo, porque así era llamado comunmente. Y el nacimiento de Jesu-Cristo fué así: Desposada María su madre, con Josef, ántes que se ayuntasen, fué hallada preñada de espíritu santo. Y Josef, su marido, siendo justo y no queriendo disfamarla, queria secretamente apartarse de ella; pero, pensando él en esto, hé aquí el ángel del Señor que le apareció en sueños, diciendo: Josef, hijo de David, no hayas miedo de tomar á María tu mujer, porque lo que en ella esta concebido, es de espíritu santo. Parirá un hijo, y llamarásle por nombre Jesus, porque él librá á su pueblo de sus pecados. Todo esto fué así á fin que fuese cumplido lo que estaba dicho por el Señor por el profeta que dice: «Catad que la vírgen estará preñada, y parirá un hijo, y será llamado por nombre Emanuel,» que interpretado, significa: Dios con nosotros. Levantado pues Josef de dormir, hizo segun que le habia ordenado el ángel del Señor, y tomó á su mujer y no la conoció hasta que parió su hijo el primogénito, y llamólo por nombre Jesus.

Así como contando arriba San Mateo la genealogía de Cristo, tuvo intento á mostrar que segun la carne es hijo de David y de Abraham, así tiene intento aquí á mostrar que en la generacion de Cristo no tuvo parte ninguna Josef, siendo obra del Espíritu Santo, y así como vió bien allí el evangelista que no importaba traer la genealogía de Cristo hasta María sino hasta Josef, porque el parentesco entre ellos debia ser en aquel tiempo muy notorio, así vió tambien aquí que no importaba llamar á Josef marido de María ni llamar á María mujer de Josef, pues constaba claramente que su intento era mostrar que, aunque eran marido y mujer en lo exterior, en la apariencia, no lo eran en lo interior, en la existencia.

En qué manera fué concebido Jesu-Cristo nuestro señor por obra de espíritu santo en el vientre de la santísima vírgen, es mas seguro creerlo que averiguarlo, y por tanto me remito á los que hacen profesion de averiguar toda cosa, contentándome yo con creer que la concepcion de Cristo fué por obra de espíritu santo sin que en ella entreviniese simiente de hombre. Diciendo «porque él librá á su pueblo de sus pecados,» declara que por eso Cristo habia de ser llamado Jesus, que significa salud, porque había de dar salud al pueblo de Dios, salvándolo y librándolo de sus pecados. Adonde se entiende que el propio oficio de Cristo es librarnos de nuestros pecados, á los que pertenecemos al pueblo de Dios; los que no creen que esta liberacion pertenece á ellos, no son pueblo de Dios, porque no creen la salud de Cristo. Aquello: «Catad que la virgen,» etc., se lee en Esaías, capítulo 7, adonde entiende el evangelista que la señal que fué dada á los hebreos en estas palabras por confirmacion de lo que les era prometido, era decirles que vendria tiempo en el cual una doncella estaria preñada y pariria un hijo sin perder su virginidad, como si dijera Esaías: el mismo Dios, que os promete la liberacion de estos enemigos que os hacen guerra, hará que una virgen conciba y pára, sin perder su virginidad, y pues es poderoso para hacer esto, piensa si sera poderoso para hacer estotro. Acostumbra Dios facilitar nuestra incredulidad queriendo que le demos crédito en unas cosas, prometiéndonos otras de mayor calidad y de mayor admiracion. Bien que dando Dios esta señal á Ácaz no tuvo intento de facilitar en el creer, antes se la dio á su despecho, no queriendo el demandársela. Y por tanto esta señal fué á los hebreos causa de su última destruccion y perdicion.

Aquello: «hasta que parió,» etc., se ha de entender según el hablar de la lengua hebrea, de manera que entienda: y no la conoció jamas. Así dice en el salmo 110: Donec ponam inimicos tuos, etc., entendiendo: Asientate á mi diestra hasta que ponga á tus enemigos por banquillo de tus piés, adonde no se ha de entender que, puestos los enemigos por banquillo de sus piés, se habia de levantar de la diestra de Dios.

Aquello «el primogénito» esta dicho por excelencia y es tambien manera de hablar de la lengua hebrea, la cual acostumbra llamar primogénito, entendiendo lo mismo que unigénito.

Capítulo II

Nacido pues Jesus en Belem la de Judea en los dias del rey Heródes, he aquí vinieron los magos de Oriente á Jerusalem, diciendo: ¿Adónde está el rey de los judíos que ha nacido? Vimos cierto su estrella en Oriente y somos venidos á adorarlo. Oyendo esto el rey Heródes se turbó y toda Jerusalem con él, y ajuntando á todos los príncipes de los sacerdotes y á los escribas del pueblo les preguntó adonde habia de nacer Cristo. Y ellos le dijeron: En Belem la de Judea, porque así está escrito por el profeta:- Y tú Belem tierra de Judá, de ninguna manera eres pequeña entre las principales de Judá. Porque de tí me saldrá capitan que gobernará á mi pueblo de Israel. Entonces Heródes llamando en secreto á los magos, particularmente supo de ellos el tiempo en que la estrella había aparecido, y enviándolos á Belem dijo: Andad y pesquisad particularmente del niño, y como lo habreis hallado hacédmelo saber, para que tambien yo yendo lo adore. Y ellos habiendo oido al rey, se partieron, y he aquí que la estrella que habian visto en Oriente los guiaba, hasta que viniendo estuvo sobre el lugar adonde estaba el niño. Y ellos viendo la estrella holgáronse con grandísimo gozo, y entrando en la casa hallaron al niño con María su madre, y derribados lo adoraron, y abriendo sus tesoros le ofrecieron dones: oro, incienso y mirra. Y avisados entre sueños que no tornasen á Heródes, por otro camino se tornaron á su tierra.

Sobre esta historia escriben muchos muchas cosas, pretendiendo averiguar qué gente eran estos magos, cuántos eran, de qué calidad era la estrella, cuanto tiempo vinieron en Belem despues de nacido, Cristo, y así otras cosas las cuales entenderá el que las deseara saber de los que las escriben, contentándome yo con decir esto, que lo mismo es, «en los dias de Heródes,» que en tiempo del rey Heródes; que «magos» es lo mismo que hombres sábios, que «príncipes de los sacerdotes» es lo mismo que pontífices ó prelados, que «escribas» es lo mismo que letrados ó teólogos. Tanto vale decir «á donde habia de nacer Cristo,» como: adonde estaba profetizado que habia de nacer el Mesía prometido en la ley. La autoridad del profeta Micheas que alegan para probar que Cristo habia de nacer en Belem, esta tan al propósito alegada, que mejor no podria ser. Era Belem al parecer pequeña tierra porque tenia poca habitacion, y era grande porque en ella habia de nacer Jesu Cristo nuestro señor, el cual es capitan, caudillo y gobernador del pueblo de Israel, no del carnal y exterior, sino del espiritual é interior. El profeta segun la letra hebrea dice así: «Y tú Belem Efrata, pequeña para ser en millares de Judá, de tí me saldrá el que será príncipe en Israel,» y añade: «y sus salidas de antiguo de dias eternos,» donde nota el profeta la eternidad de Cristo hijo de Dios. Era pequeña Belem segun el profeta, cuanto á la

habitacion, porque tenia pocos moradores; y era grande Belem segun la alegacion de los pontífices y teólogos de Jerusalem, porque en ella era nacido Cristo.

Adonde dice «avisados,» el vocablo Griego significa avisados por oráculo; entiende que fué obra divina. Lo mismo es «á su tierra» que á la region ó provincia de donde eran naturales. Y partidos ellos, he aquí el ángel del Señor aparece en sueños á Josef, diciendo: Levantándote toma al niño y á su madre y huye á Egipto, y está allí hasta que yo te lo diga, porque Heródes buscará al niño para matarlo. Y él levantado tomó al niño y á su madre de noche, y fué á Egipto, y estuvo allí hasta la muerte de Heródes, para que fuese cumplido lo que estaba dicho por el Señor por boca del profeta, que dice: «De Egipto llamé á mi hijo.» Entónces Heródes viendo que habia sido burlado de los magos, indignose mucho y enviando mató á todos los niños que estaban en Belem y en todas sus comarcas, de dos años y desde abajo, segun el tiempo que particularmente habia sabido de los magos. Entónces fué cumplido lo que estaba dicho por el profeta Jeremías, que dice: «Voz ha sido oida en Ramá, llantos, gritos y lloros muchos, Rachel llorando á sus hijos no quiso ser consolada porque ya no son.»

Toda esta historia por sí esta clara; quanto á la dificultad que hay en las autoridades que estan alegadas de la Santa Escritura Vieja, me remito á lo que dicen los que mas saben. Buscando Heródes á Cristo para matarlo y no topando con él, me representa lo que ordinariamente veo que la carne, el mundo, la prudencia humana van siempre buscando á Cristo en sus miembros para matarlo, pero no topan con él, porque siempre van á tiento, antes es así que quanto mas Cristo es perseguido, tanto su nombre es más ilustrado. Esto fué así, es así y será así, miéntras que durará el estado de la vida presente.

Ramá, es vocablo hebreo, significa altura. Por Rachel, es entendido todo el pueblo de Israel. Diciendo «porque ya no son,» entiende que la causa porque Rachel no queria ser consolada en la muerte de sus hijos, era porque los habia perdido, siendo ya muertos, pero muerte temporal.

Y muerto Herodes, he aquí el ángel del Señor aparece en sueños á Josef en Egipto, diciendo: Levantándote, toma al niño y á su madre y vete á la tierra de Israel, porque muertos son los que buscaban el ánima del niño. Y él levantado, tomó al niño y á su madre y vino á la tierra de Israel. Pero oyendo que Archelao reinaba en Judea por Herodes su padre, tuvo temor de ir allí, y avisado entre sueños, apartóse á las partes de Galilea, y viniendo moró en la ciudad llamada Nazaret, para que fuese cumplido lo que estaba dicho por los profetas: «Nazareo será llamado.»

Tambien esta clara esta historia por la propia letra. Aquello, «el ánima del niño» es de consideracion para que se entienda como la santa escritura acostumbra decir el ánima por la vida. Diciendo «por Herodes» entiende: en lugar de Herodes, siendo el hijo sucedido en lugar del padre. Por «avisado» el vocablo griego significa: aviso de oráculo divino. Quanto á aquello «Nazareo será llamado,» me remito á lo que dicen los que lo entienden.

Capítulo tercero

En aquellos días vino Juan el Bautista predicando en el desierto de Judea y diciendo: Reconoceos, porque se acerca el reino de los cielos. Este es cierto aquel de quien dijo el profeta Esaías, diciendo: Voz que vocea en el desierto. Aparejad el camino del Señor, haced derechas sus veredas.

Queriendo comenzar San Mateo á escribir la predicacion de Cristo, pone primero la predicacion de San Juan el Bautista, que fué como un proemio de la predicacion de Cristo, y pone la vida de San Juan, porque el dio testimonio de Cristo, y pone el bautismo de San Juan, porque fué como un dar principio al bautismo de Cristo. Dos cosas dignas de consideracion se ofrecen en estas palabras primeras: la primera la significacion de las palabras de la predicacion de San Juan, y la segunda lo que entiende San Mateo alegando las palabras de Esaías. Quanto á la primera, entiendo que, considerando San Juan á todos los hombres en el ser que tienen como hijos de Adam, por el cual son impíos, infieles y enemigos de Dios, no conociendo ellos su impiedad, infidelidad y enemistad, y por tanto no procurando ni deseando salir de aquel mal ser, y conociendo que para salir de él es necesario conocerlo, como despertándolos, les decia: «Reconoceos,» entendiendo: conoced el mal ser en que estais, siendo como sois impíos, infieles y enemigos de Dios; y entiendo que, añadiendo San Juan «porque se acerca el reino de los cielos,» entiende: dígoos que os reconozcais, porque esta es la via por donde podreis entrar en el reino de los cielos, el cual esta ya cercano.

Adonde quiere entender dos cosas: la primera, que es necesario este reconocimiento para entrar en el reino de los cielos, porque, así como los que no conocen su enfermedad, no buscan la medicina, así los que no conocen su impiedad, infidelidad y enemistad no buscan la medicina, que es el evangelio, el cual sana de la impiedad, infidelidad y enemistad que nos es natural; la segunda, que por reino de los cielos entendia San Juan el reino espiritual de Cristo, el cual es muy semejante al reino de los cielos, al reino divino y celestial, á donde reina Dios por sí mismo, y el cual estaba ya cercano, porque comenzó desde la venida del espíritu santo. Y entiendo que no hacia San Juan diferencia entre el reino de Dios ó reino de los cielos, que es en la vida presente en los que siendo miembros de Cristo tienen del espíritu de Cristo, y el reino de Dios que será en la vida eterna, porque consideraba que en la vida presente se toma la posesion, la cual es continuada en la vida eterna.

Tambien entiendo que estas palabras de San Juan eran entendidas diferentemente, porque él no declaraba que cosa era este reino de los cielos ni decia la manera como se entra en él, y así á unos atemorizaba y á otros alegraba, como si viniese hoy uno al cual todos diesemos crédito y el cual á voces dijese: cercano está el dia del juicio. Quiero decir que así como este atemorizaria á los falsos cristianos y alegrarla á los verdaderos cristianos, á los que creen cierto que es suya la justicia de Cristo, así San Juan atemorizaba á los falsos hebreos y alegraba á los verdaderos hebreos, á los que eran como Simeon, como Ana y como Zacarías. De manera que en sentencia diga San Juan en su predicacion así: Tornad sobre vosotros y conoced el mal ser en que estais, porque sabed cierto que ya se acerca el tiempo en el cual reinara Dios por sí mismo acá en la tierra, así como reina por sí mismo allá en el cielo. Reinaba Dios antes de Cristo en todo el mundo, pero su reino no era

conocido sino en Judea, adonde, porque era Dios conocido, se decia que reinaba Dios y adonde reinaba non como reina despues de Cristo en los que son pueblo Cristiano, dando á cada uno de ellos su espíritu santo, sino como convenia que reinase en aquel pueblo exterior con ley y con ceremonias, y por tanto no era aquel reino, reino de los cielos ó reino celestial, como es este de que gozamos los que, habiendo aceptado la gracia del evangelio, estamos incorporados en Cristo, tenemos del espíritu de Cristo.

Cuanto á la segunda cosa digna de consideracion, entiendo que á San Juan ó á la predicacion de San Juan llama San Mateo «voz que vocea en el desierto», y entiendo que segun San Mateo es lo mismo: «Aparejad el camino del Señor, haced derechas sus veredas» que lo que ha dicho que decia San Juan: «Reconoceos porque se acerca el reino de los cielos»; quiero decir que sea la misma sentencia la de las palabras de San Juan que la de las palabras de Esaías. Mas entiendo que segun San Mateo, diciendo Esaías «voz que vocea» etc., tuvo intento á la predicacion de San Juan, profetizando la alegre nueva que San Juan habia de publicar en el mundo, diciendo que se acercaba el reino celestial. Adonde se ha de entender que entonces aparejamos el camino del Señor, ó al Señor, como está en el Hebreo, cuando tornamos sobre nosotros y nos enderezamos y encaminamos por el camino verdadero que lleva á los hombres á la vida eterna. Lo mismo es «haced derechas sus veredas» que «aparejad el camino del Señor»; acostumbran los profetas replicar una misma sentencia por diferentes palabras.

Hora, para que se entienda que San Mateo alegó propiamente las palabras de Esaías, repitiendo lo que otra vez he dicho que tiene Dios intento en sus palabras y en sus obras á engañar á la prudencia humana, dándole en que se cebe y se detenga de manera que no pueda penetrar á entender su divino consejo, vengo á decir que, habiendo profetizado Esaías la cautividad de Babilonia en el capítulo 39 y comenzando el cap. 40 diciendo: «Consolad, consolad á mi pueblo, dice vuestro Dios», etc., parece al juicio de la prudencia humana que Esaías profetizó en este capítulo la salida del pueblo hebreo de Babilonia y tornada en Jerusalem por el desierto. Adonde non niego yo que Esaías non tuviese intento á esta cosa del pueblo hebreo, pero digo que, teniendo principal intento á la salida del pueblo de Dios, pueblo cristiano y espiritual de la servidumbre de la ley y del reino del mundo y á la entrada en la gracia del evangelio y en el reino de Dios, de la cual (como he dicho arriba) se toma posesion en la presente vida, habló mas propiamente á este intento que á aquel, tanto que aún los mismos hebreos, no pudiendo verificar lo que Esaías dice en este capítulo en su salida de Babilonia y entrada en Jerusalem, van soñando que Esaías profetizó su salida de la cautividad en que ahora están y tornada en Jerusalem en tiempo del Mesía.

Las palabras de Esaías segun la letra hebrea son estas: «Voz que clama en el desierto: escombrad el camino al Señor, enderezad en la soledad el sendero á nuestro Dios. Todo valle se alce y todo monte y collado se humille, y lo encorvado se enderece y lo que tiene alterones se allane. Y será revelada la gloria del Señor, y verá toda la carne juntamente que la boca del Señor ha hablado». Adonde creo cierto que por beneficio de Dios fué mostrada á Esaías la felicidad del estado de este nuestro reino de los cielos, en el cual tomamos posesion del felicísimo estado de la vida eterna; y entiendo que, viendo esta felicidad presente continuada con aquella futura, comenzó á decir: «Voz que clama», etc., como triunfando por la venida de Cristo en el mundo á meter los hijos de Dios en la posesion del reino de Dios; y entiendo que dijo Esaías «en el desierto,» porque, no siendo entendida su

voz, tanto valía cuanto si hablara en el desierto adonde ninguno lo oyera. También puede ser que entienda lo mismo por desierto que por soledad, y que diga que el camino y que el sendero sean alimpiados y aderezados en el desierto, en la soledad, porque en los tales lugares los caminos están más gastados, de manera que aquello «en el desierto» no se junte con lo que precede sino con lo que se sigue: aparejad en el desierto ó alimpiad en el desierto, etc.

Y entiendo que, viniendo Esaías al particular de la manera como se había de hacer esto, dice: «todo valle se alce,» etc, poniendo propiamente aquellas cosas que los hombres acostumbran hacer cuando quieren aderezar un camino, adonde simplicísimamente entiendo que Esaías solamente pretende decir, que esta venida de Cristo es así felicísima, que en ella se deben hacer todas las demostraciones de gozo y de jubilación interior, aparejándole nuestros ánimos, que se hacen en una pasada de un gran príncipe por un desierto, queriendo que pase con mucha comodidad y satisfacción suya.

Diciendo «y será revelada» etc., entiendo que con esta venida de Cristo al mundo, tanto con la humilde cuanto con la triunfante, es ilustrado el nombre de Dios.

Aquello «y verá toda la carne» etc., parece que tiene intento al día del juicio, en el cual todos los hombres generalmente verán la gloria de Dios, á unos será felicidad y á otros causará infelicidad; también puede ser que entienda por toda carne toda suerte de personas, judíos y gentiles, grandes y pequeños, y que se entienda de la primera venida de Cristo.

Diciendo «que la boca del Señor ha hablado,» entiendo que estas palabras que yo digo no son mías sino de Dios, él las dice y las pronuncia por mi boca, ántes esta boca al presente no es mía sino suya. Estaba la gloria de Dios como encubierta antes de la venida de Cristo, y en la primera venida de Cristo se comenzó á descubrir y á revelar, en cuanto ha sido y es conocida la verdad de Dios y su omnipotencia de los que han conocido á Cristo, y la misma gloria de Dios será del todo descubierta y revelada en la segunda venida de Cristo cuando (como he dicho) será vista y conocida de buenos y de malos.

Así entiendo las palabras del profeta. Y tornando á las del evangelista, entiendo que lo mismo es «en aquellos días» que en aquel tiempo; es manera de hablar hebrea. Pienso que comenzó San Juan á predicar en el desierto á fin que su predicación fuese más admirable, pusiese más admiración á las personas, y así mirasen más en ella.

Adonde dice: «Reconocéos», el vocablo Griego propiamente significa entender el hombre su error después de ser caído en él. Lo mismo es «reino de los cielos» que reino de Dios, reino celestial y divino. Diciendo «este», entiendo: este San Juan. Diciendo que «vocea,» entiendo que á voces dice. Quanto al desierto, me remito á lo que he dicho declarando las palabras del profeta.

Y el mismo Juan tenía su vestidura de pelos de camello y tenía cinta de pellejo alrededor de sus lomos, y su mantenimiento era langostas y miel salvaje.

En tres cosas muestra aquí San Mateo el austeridad y aspereza de vida de San Juan: en el vestir, que vestía pelos de camello; en el ceñir, que ceñía cinta de pellejo; y en el comer,

que se mantenía de langostas y de miel salvaje ó silvestre. Adonde entiendo que, estando San Juan en el desierto, usaba de aquellas cosas que fácilmente hallaba en el lugar adonde estaba, sin enviar ni ir por ellas á poblado, de manera que no era superstición sino necesidad y descuido de sí mismo. El cual descuido debe ser imitado de los que, teniendo á Cristo en sus ánimos, tienen cuidado de Dios.

A quien deseara entender la causa por que vivió San Juan con aquella aspereza, le diré cuatro cosas que al presente se me ofrecen. La primera que, habiendo de fenecer en San Juan el reino de las ceremonias, feneciendo en el la ley, como veremos adelante, cap. 11, parece que quiso Dios que él fuese en ellas extremadísimo. La segunda que, viniendo San Juan en espíritu y en virtud de Elías, como veremos adelante, cap. 17, parece que quiso Dios que también en el vivir exterior se pareciese á Elías, el cual, según se lee 4 Regum 1, - vestía pelos y ceñía cinta de pellejo. La tercera que, habiendo San Juan de dar testimonio de Cristo, en el cual no se veían apariencias de santidad exterior, las cuales mueven mucho á los hombres vulgares, parece que quiso Dios que viviese con aquella aspereza que vivió, á fin que fuese su testimonio más mirado, máspreciado y más estimado, y así la gloria del aspereza de la vida de San Juan resultase en gloria de Cristo. La cuarta que, haciendo San Juan oficio de ley en cuanto atemorizaba á los hombres y en cuanto les mostraba á Cristo, parece que ordenó Dios que en su vivir representase la severidad, rigurosidad y aspereza de la ley, y aquí propiamente me parece ver en San Juan la ley y en Cristo el evangelio, y así San Juan me atemoriza y me espanta, y Cristo me enamora y me asegura. Adonde entiendo que al Cristiano pertenece mirar como de pasada á San Juan y á la ley, y mirar y remirar continuamente á Cristo y al evangelio. Los que se estarán mirando á la ley y á San Juan, no tendrán jamás paz en sus conciencias, siempre hallarán por qué y de qué temer; y los que mirarán á Cristo y al evangelio, dirán con San Pablo: Justificados por la fé, tenemos paz acerca de Dios por Jesu-Cristo nuestro señor.

Entonces salía á él Jerusalem y toda Judea y toda la comarca del Jordan, y él los bautizaba en el Jordan, confesando ellos sus pecados.

De predicar San Juan en el desierto y no en poblado y de vivir con el aspereza con que vivía resultó que la gente, movida por la novedad, salía de todas partes e iba al bautismo de San Juan; y los que se bautizaban decían y confesaban que se bautizaban porque eran pecadores, porque habían hecho muchas cosas contra la ley. Adonde entiendo que el bautismo de San Juan era como un dar principio al bautismo de Cristo, y entiendo que el bautismo de San Juan no pacificaba ni aseguraba las conciencias de los que se bautizaban, siendo reservada esta gloria para el bautismo de Cristo, el cual es el que hace estos efectos, no por sí sino por la fé en Cristo, que trae al bautismo á los que se bautizan. El efecto del bautismo de San Juan entiendo que era, como sería decir, turbar el agua de la balsa, y el efecto del bautismo de Cristo entiendo que es clarificar el agua turbada. Esta confesión de los que eran bautizados por San Juan, entiendo que era semejante á la confesión de los que oían las predicaciones de los apóstoles, como se lee Act. 19.-

Y como viese muchos de los Fariseos y Saduceos que venían á su bautismo, les dijo: Generación de víboras ¿quien os ha enseñado huir de la ira que ha de venir? Haced pues frutos dignos de reconocimiento y no mostreis decir en vosotros: nuestro padre es Abraham. Porque yo os digo que puede Dios levantar de estas piedras hijos á Abraham, y

ya tambien la segur esta puesta á la raíz de los árboles. Por tanto todo árbol que no hace buen fruto es cortado y echado en el fuego.

En estas palabras se ofrecen estas cosas dignas de consideracion: la primera que San Juan no injurió ni habló mal sino á los Fariseos y Saduceos, los cuales en aquel tiempo en el pueblo hebreo tenian la cumbre de la santidad por sus ceremonias con que vivian diferenciados de los otros hombres del pueblo. La segunda que, de verlos San Juan venir á su bautismo como á los otros hombres, coligió que los traia el miedo y el temor que tenian de perecer en la ira de Dios en el dia del juicio, que ellos por las palabras de San Juan entendian que estaba cercano, entendiendo que desde entónces comenzaba el reinado de Dios. Y viene bien que llame San Juan «ira que ha de venir» al dia del juicio, hablando con los santos del mundo, para los cuales aquel dia será dia de ira; si hablara con los santos de Dios, no hay duda sino que lo llamara dia de gracia y de gloria.

La tercera, que entónces hacemos «frutos dignos de reconocimiento», de hombres que se han reconocido en su vivir, cuando dejamos de vivir como hombres del mundo y como santos del mundo, y vivimos como hombres espirituales y como santos de Dios, dando con nuestro vivir testimonio de nuestro reconocimiento y arrepentimiento, así como con nuestro vivir mortificados segun la carne y vivificados segun el espíritu, damos testimonio de nuestra fé cristiana. Los que no viven de esta manera no tienen fe cristiana ni tienen reconocimiento cristiano, por más que digan y por más que se persuadan que tienen lo uno y lo otro, y los que no viven de aquella manera dan testimonio de sí que no hacen frutos dignos de reconocimiento, de arrepentimiento ó penitencia.

La cuarta, que no engaña jamás al hombre la confianza cristiana, la que está fundada en la regeneracion cristiana, y que engaña siempre la confianza hebrea que está fundada en la generacion humana; y más: que la confianza en la regeneracion cristiana es eficaz en los hombres para hacerlos vivir en santidad y justicia todos los días de su vida, y que la confianza en la generacion humana es eficaz en los hombres para hacerles vivir licenciosa y viciosamente todos los días de su vida. En la regeneracion cristiana confian los que, siendo regenerados y renovados por espíritu santo, hacen suya la justicia de Cristo, los cuales dicen con San Pablo:-«Quis accusabit adversus electos Dei?» ciertos que, teniendo á Dios y á Cristo de su parte, no hay cosa que los pueda empecer.

Y en la generacion humana confiaban los Fariseos y Saduceos, á los cuales reprehendia San Juan, y confiaban los hebreos que eran como ellos, diciendo: Pues somos hijos de Abraham, no podemos perecer, y así vivian viciosa y licenciosamente; en la misma generacion humana confian los falsos cristianos, pensando que el ser hijos de padres cristianos los ha de salvar, no teniendo regeneracion cristiana. La quinta que, diciendo San Juan que es Dios poderoso para hacer de piedras hijos á Abraham, entiende lo mismo que entiende San Pablo, Rom. 3. 4, adonde muestra que, salvando Dios á los que creen como creyó Abraham, salva á los hijos de Abraham, y así cumple lo que prometió á Abraham, teniendo por hijos de Abraham no á los enjendrados de la simiente de Abraham, sino á los regenerados por la fé de Abraham.

Y aquí parece que la persuasion de los falsos hebreos era decir: Nosotros somos simiente de Abraham; á Abraham y á su simiente prometió Dios la heredad del mundo, y

por tanto no tenemos de que temer. Y en venir con todo esto al bautismo de San Juan mostraban no estar saldos ni firmes en aquella su confianza, la cual siendo persuasion humana no les servia sino para hacerlos viciosos y licenciosos, y viendo el peligro al ojo, les hacia temblar y temer.

La sexta que, amenazando San Juan á los falsos hebreos, les decía que el peligro estaba en la mano, usando de una manera de hablar hebrea, entendiendo que, así como el mal árbol está en malos términos cuando el labrador queriéndolo cortar le pone la segur, la hacha ó el destal al troncon, así ellos estaban en malos términos porque ya su ruina y perdicion estaba cercana; y más: que así como el mal arbol es cortado y echado en el fuego, así el mal hombre es cortado y echado en el fuego; y mal hombre es el que no ha dejado de ser hombre, el no regenerado ni renovado por espíritu santo.

Si queremos que aquello «y ya tambien la segur» etc., dependa de lo que inmediatamente precede, será esta la sentencia de estas palabras: Dios es poderoso de levantar de estas piedras hijos á Abraham, y ya esta á punto para hacerlo; y viene bien esta sentencia con el efecto que se siguió, en cuanto de los gentiles, que eran como piedras, hizo Dios hijos á Abraham, conforme á lo que dice San Pablo Rom. 4.

Aquello «generacion de víboras» es segun el hablar de la lengua hebrea y es lo mismo que nosotros decimos hombres infernales. Diciendo «en vosotros,» entiende que no lo decian con las bocas sino con los corazones, mostrando en su vivir lo que decian en sus corazones.

Yo cierto os bautizo con agua para que os reconozcais, pero el que viene despues de mi es mas fuerte que yo, los zapatos del cual no soy digno de llevar. El os bautizará con espíritu santo y fuego, el cual tiene en su mano su ablentador y alimpiará su era y recogerá su trigo en la troj y quemará la paja con fuego que no se apaga.

Lo mismo entiendo que declara aquí San Juan acerca de su bautismo que habemos dicho en lo pasado: que el de San Juan perturba el agua, y el bautismo de Cristo la esclarece; así dice San Juan aquí «yo os bautizo» etc., entendiendo: mi bautismo solamente os sirve de daros conocimiento de vosotros mismos para que conozcais vuestra impiedad, infidelidad y enemistad con Dios, y busqueis el remedio de ella, pero el bautismo de Cristo no será de esta calidad, siendo así que os dará espíritu santo, el cual hará en vosotros el efecto que hace el fuego en el oro, purificándoos y alimpiándoos y mejor mortificándoos y vivificándoos. Adonde se entiende que los que, siendo bautizados, no han alcanzado espíritu santo, no son bautizados con el bautismo de Cristo sino con el de San Juan.

Y el contraseño que puede tener uno para certificarse que tiene espíritu santo, que es bautizado con el bautismo de Cristo, es la paz de la conciencia con la mortificacion y vivificacion, porque es así que el espíritu santo, que reciben los que son bautizados con el bautismo de Cristo, hace propiamente estos efectos, y el bautismo de San Juan, que es con agua solamente, hace este efecto que da al hombre conocimiento de sí, lo perturba y lo inquieta. Antes diré mejor así que los que, oyendo la predicacion de San Juan, en cuanto amenaza y atemoriza, vienen al bautismo de San Juan, muestran que se conocen por pecadores y que desean ser justos, y que los que, oyendo la predicacion de Cristo, la

intimacion del indulto y perdon general por la justicia de Dios ejecutada en Cristo, en cuanto asegura y aquieta las conciencias, viniendo al bautismo de Cristo, muestran que aceptan y toman por suya la justicia de Cristo. Y por tanto no se da el bautismo á los hombres ya grandes si primero no confiesan la fe cristiana.

Diciendo «es más fuerte que yo», entiende: es más recio y poderoso. Aquello «los zapatos del cual» etc. pertenece á la humildad de San Juan; los hombres lo estimaban en mucho y él queria que aquella su estimacion redundase en gloria de Cristo, los zapatos del cual dice que no era suficiente ó digno de traer en la mano.

Diciendo «el cual tiene en su mano» etc., entiende que la fortaleza de Cristo, con que es más fuerte que era él, consiste en que le ha Dios dado potestad de juzgar. Y á este juicio llama ablentador ó pala; y era ó parva llama á las gentes que habrán sido y pretendido ser pueblo de Dios y pueblo cristiano; y trigo llama á los justos, y paja llama á los falsos cristianos; y troj ó granero llama al reino de Dios que será en la vida eterna, y al fuego del infierno llama «fuego que no se apaga», entendiendo que siempre arde. Por estas palabras parece que San Juan tenia más intento en esto que decia de Cristo á su segunda venida á juzgar, que á la primera á ser juzgado, y tanto más me confirmo en lo que he dicho sobre aquello: «¿Quién os ha enseñado huir de la ira que ha de venir?»

Entónces vino Jesus de Galilea al Jordan á Juan para ser bautizado de él, pero Juan se lo prohibia diciendo: Yo tengo necesidad de ser bautizado de tí ¿y tu vienes á mí? Y respondiendo Jesus le dijo: Deja ahora, porque así conviene que nosotros cumplamos toda justicia. Entónces lo dejó. Y bautizado Jesus subió luego del agua, y he aquí se le abrieron los cielos y vió el espíritu de Dios que bajaba como paloma y venia sobre él, y he aquí una voz de los cielos que decia: Este es mi hijo el amado, con el cual me he contentado.

La causa que movia á Cristo á venir al bautismo de San Juan no es menester que la adivinemos, pues el mismo Cristo la dice en aquello: «así conviene que nosotros cumplamos toda justicia», adonde parece que vino Cristo á ser bautizado de San Juan por cumplir aún aquella justicia exterior por hacer aquella cosa que hacian los otros, pretendiendo justificacion, á fin que no le faltase cosa ninguna aparente ni exterior que perteneciese á justificacion. Tambien entiendo que cumplian Cristo y San Juan con aquella justicia exterior por atapar las bocas á los hombres del mundo, que no tuviesen causa ninguna de calumniarlos ni con verdad ni con apariencia de verdad.

Aquello que dice San Juan: «yo tengo necesidad de ser bautizado de tí» entiendo que esta dicho por humildad, como si dijera: más necesidad tengo yo de tu bautismo que tú del mio. Esto lo entiendo así, entendiendo por la santa escritura que San Juan fué santificado desde el vientre de su madre, y entendiendo que, si San Juan tuviera necesidad de ser bautizado de Cristo, Cristo lo bautizara, y no se lee que lo bautizase. Diciendo Cristo «deja ahora,» entiende: déjate de mirar á ese deber que miras, y haz como yo quiero.

Y diciendo el evangelista «entónces lo dejó,» entiende: entónces le dejó hacer lo que queria; él queria ser bautizado, y así San Juan lo bautizó. Diciendo «subió del agua,» entiendo: salió del rio en tierra. Aquello «se le abrieron los cielos» está ambiguo tambien en la letra griega, si fué á Cristo ó á San Juan, pero por lo que escribe San Juan el evangelista

consta que fué á San Juan, que el vió los cielos abiertos y vió al espíritu santo en figura de paloma que bajaba sobre Cristo. De manera que no se entienda que el espíritu santo bajaba como baja una paloma, sino que San Juan lo vió en figura de paloma, y que aquel: «sobre él» se refiere á Cristo. Cuanto á la voz de los cielos, se ha de entender que, abiertos los cielos, la voz parecia que salia de ellos. Que Cristo tambien viese abiertos los cielos, viese al espíritu de Dios y oyese la voz del padre, no tengo duda ninguna, pero dudo, si los que se hallaron presentes vieron lo que Cristo y San Juan, y oyeron lo que Cristo y San Juan, y más presto creere que oyeron la voz que no que vieron la vision, porque entiendo por la santa escritura que el hombre es más capaz de oír que de ver, de oír la voz de Dios que de ver los secretos de Dios.

Grandísimos son verdaderamente estos tres misterios que hubo en el bautismo de Cristo, y no es menor que ellos el bautizarse Cristo, de manera que el bautismo fué digno de ellos y ellos del bautismo. La causa porque Cristo se bautizó ya está vista, por las palabras del mismo Cristo. La causa, porque en el bautismo de Cristo mostró Dios estas tres señales, la del abrirse los cielos, la del bajar el espíritu santo y la de la voz, la dejaré considerar á las personas espirituales. Diré bien yo esto, que no entiendo que fué por certificar á San Juan que aquel era el Mesía, pues ya él lo había conocido en el vientre de la madre, sino porque, testificando San Juan de Cristo, pudiese decir: este es el Mesía, hijo de Dios, y sé lo cierto porque he visto la tal y la tal y la tal señal, y así fuese más creído su testimonio.

Por lo que aquí dice «con el cual me he contentado» en el Griego está un vocablo de que usa la santa escritura cuando quiere significar aquella buena voluntad de Dios de que él se alegra, se contenta y se satisface, como es aquella con que nos conoce, nos predestina, nos llama, nos santifica y nos glorifica. Y á este propósito hace una respuesta que he escrito á una pregunta. Y es muy conforme á esta voz del padre aquello que dice Esaías, hablando de Cristo: «Y la voluntad del Señor en su mano será prosperada,» adonde por «voluntad» en el Hebreo esta un vocablo que significa lo mismo que el Griego que está aquí: «en el me he contentado.» Todo esto lo digo á fin que se entienda lo que significa aquello «me he contentado,» y desearia poder hacer tambien entender en qué manera Cristo es hijo de Dios, así como puedo hacer que se entienda en que manera Cristo es amado de Dios, pero, no entendiéndolo yo, mal lo puedo hacer entender á otros, ántes tengo por cierto que aunque lo entendiésemos no seria posible hacerlo entender á otros, tanto es ajena la capacidad humana de poder entender la divina generacion del unigénito hijo de Dios. Sobre lo cual me acuerdo haber escrito una consideracion á mi ver harto al propósito.

Capítulo cuarto

Entónces Jesus fué llevado por el espíritu en el desierto á ser tentado del diablo. Y habiendo ayunado cuarenta días y cuarenta noches al fin hubo hambre, y viniendo á él el tentador, le dijo: Si eres hijo de Dios, dí que estas piedras se tornen panes. Y él respondiendo dijo: Escrito está: «No de solo pan vive el hombre, pero de toda palabra salida de la boca de Dios.»

Llevando el espíritu santo á Cristo al desierto, luego que fué bautizado, para que allí combatiese con el demonio y lo venciese allí, ántes que comenzase su predicacion, enseña á los predicadores del evangelio que antes que se pongan á predicarlo se aparten en lugares solitarios, atendiendo á sentir la enseñanza interior del espíritu santo y á combatir con el demonio y vencerlo, á fin que no acontezca que, predicando sin la doctrina inspirada, pierdan tiempo y que, siendo tentados y vencidos entre los hombres despues de comenzada la predicacion, den mal nombre al evangelio. El intento que tuvo Dios, queriendo que Cristo fuese tentado, entiendo que fué que el demonio quedase vencido y por tanto amilanado y acobardado. Estaba el demonio victorioso y por tanto animoso y esforzado contra los hombres desde que, combatiendo al primer hombre, lo venció y vencido lo sujeto á muerte y á otras miserias, y viniendo el segundo Adam Jesu-Cristo nuestro señor á reparar el mal que era venido en el mundo por la victoria que el demonio habia habido contra el primer Adam, fué necesario que la primera cosa que hiciese fuese vencer al demonio, y porque no lo pudiera vencer si no fuera acometido de él, ordenó Dios que lo tentase, para que, quedado vencido el demonio, comenzase la humana generacion á sentir el beneficio de Cristo, comenzando el demonio á ser cobarde por haber sido vencido.

El ser igual el número de los dias que Cristo estuvo en el desierto, antes que viniese á predicar el evangelio, con el número de los dias que Moisen estuvo en el monte hablando con Dios, ántes que bajase á dar la ley al pueblo hebreo, me hace pensar que hay alguna correspondencia entre los unos dias y los otros, que, así como Moisen estuvo cuarenta dias y cuarenta noches en el monte antes que viniese á publicar la ley, así haya querido Dios que Cristo estuviese cuarenta dias y cuarenta noches en el desierto antes que viniese á publicar el evangelio. Adonde entiendo que el que en todas las obras de Cristo mirara unas veces á Adam y otras veces á Moisen, atinara mucho en el divino consejo que hay en ellos. El intento que el diablo tuvo tentando á Cristo no pienso que fué certificarse si era ó no era hijo de Dios, pues consta por lo que veremos adelante que estaba certificado, pero entiendo que fué el mismo que tuvo tentando al primer hombre; quiero decir que, así como persuadió al primer hombre que no creyese á la voz de Dios que dijo: «si comereis, morireis», así pretendio persuadir á Cristo que no creyese á la voz de Dios que habia dicho: «este es mi hijo», ó por lo menos conducir á Cristo á que, obedeciéndolo á él, se apartase de la obediencia de Dios.

Habia Dios ordenado á Cristo en que manera se habia de gobernar en el negocio de la reparacion de la humana generacion, y, siendo necesario que de ninguna manera se apartase de aquel órden de Dios, el diablo procuró de apartarlo por pervertir el divino consejo de Dios. Acerca del cual me acuerdo haber escrito en una epístola lo que siento, á lo cual me remito, y tambien á lo que he escrito 1ª Cor. 1. Y viniendo á las palabras del texto, se ha de entender que, diciendo «por el espíritu», entiende: por el espíritu santo; y que el haber Cristo hambre fué un dar ocasion á la tentacion; y que al mismo, que el evangelista llama diablo, llama tentador, entendiendo que el oficio del diablo es tentar á los hombres, solicitarlos á que se aparten de la obediencia de Dios. Y tambien me acuerdo haber escrito una epístola, en la cual he dicho lo que entiendo acerca de la tentacion.

Para decir el demonio á Cristo «si eres hijo de Dios» entiendo (como he dicho) que tomó ocasion de aquella voz del padre que había dicho: «este es mi hijo», como si dijera el demonio á Cristo: ¿Quieres ver si es verdad lo que aquella voz dijo que eres hijo de Dios?

Pues tienes hambre, haz de estas piedras panes. ¡Oh cuántas y cuántas veces son tentados los que por Cristo vienen á ser hijos de Dios, de la misma manera y con las mismas palabras que fué tentado Cristo! Antes por la experiencia que tengo de esto soy venido á entender el intento que el demonio tuvo en estotro, y lo mismo soy cierto que entenderán todos los hombres que, dando crédito á la predicacion del evangelio, se tendrán por hijos de Dios.

De ver el demonio á Cristo hambriento tomó atrevimiento á tentarlo queriendo tomarlo por hambre, y así le dijo: «Dí que estas piedras se tornen panes», adonde lo mismo es «dí» que manda ó haz, pues, siendo hijo de Dios, te será cosa fácil y así remediarás tu necesidad. Las palabras con que Cristo modestísimamente rebate la tentacion del demonio están escritas Deut. 8, adonde dice Moisen al pueblo hebreo que la causa, porque Dios lo habia traído por el desierto y le habia hecho padecer hambre, era por mantenerlo él por vía extraordinaria y así mostrarle que no es solo el pan el que sustenta y mantiene al hombre, porque es así que sera sustentado y mantenido con cualquiera cosa, otra á la cual Dios querrá dar virtud de mantener y sustentar como la da al pan. Adonde se ha de entender que por pan entiende la santa escritura todas las cosas que naturalmente tienen virtud de mantener y sustentar al hombre, siendo naturalmente y por vía ordinaria producidas de la tierra.

Entendido el intento que tuvo Moisen cuando dijo estas palabras al pueblo hebreo, se entiende que, alegándolas Cristo al demonio, pretendió decirle: si bien yo tengo hambre, no tengo necesidad de tomar tu consejo, haciendo de piedras panes, pues me consta por la escritura santa que acostumbra Dios mantener y sustentar á los hombres con aquello que le place y es su voluntad, dándole la virtud y eficacia que da al pan, de manera que no hay para que haga yo de piedras panes, pues es así que, siendo así la voluntad de Dios, las piedras harán en mí el mismo efecto que los panes.

Y aquí se deben fortificar las personas cristianas cuando se verán necesitadas de estas cosas con que naturalmente son sustentados nuestros cuerpos humanos, considerando que es poderoso Dios, antes que acostumbra Dios mantener y sustentar á los hombres sin estas cosas que por vía ordinaria los sustentan y los mantienen, de manera que, cuando el demonio les persuadirá á apartarse del deber cristiano, del decoro cristiano, por proveerse para sus necesidades corporales, digan ellas luego con Cristo: no de solo pan vive el hombre, pero de toda palabra salida por la boca de Dios. Adonde por palabra entiende cosa, segun el hablar de la lengua hebrea, la cual usa de un mismo vocablo para decir palabra y para decir cosa, segun que se ve en muchos lugares de la santa escritura. Diciendo «salida de la boca de Dios», alude á lo que ha dicho «palabra» y entiende que, así como, cuando un hombre fuese omnipotentísimo, con sola la palabra que saliese de su boca haría todo lo que quisiese, dando á las cosas la virtud y la eficacia que le pluguiese, así Dios, que es omnipotentísimo, con solo su voluntad hace todo lo que quiere, haciendo que las cosas tengan aquella fuerza y eficacia que á él le place que tengan.

Entónces lo toma el diablo y lo lleva á la santa ciudad y lo pone sobre el ala del templo y le dice: Si eres hijo de Dios, échate de aquí abajo, porque escrito está que á sus ángeles mandará de tí y tomaránte sobre las manos para que no tropieces en piedra con tu pié. Díjole Jesus: Tambien está escrito: No tentarás al Señor Dios tuyo.

Así como no entiendo en la primera tentacion en qué forma ó manera vino el diablo á persuadir á Cristo que hiciese de piedras panes, así tampoco entiendo en esta segunda en que forma o manera lo llevó á Jerusalem, á la cual llama santa ciudad, y lo puso sobre el ala del tejado del templo ó sobre el chapitel del templo, entiende lo más alto y peligroso. Entiendo bien que en esta tentacion tuvo el diablo el mismo intento que en la primera; en la una pensó tomar á Cristo por hambre, y en la otra lo quiso tomar por aparente piedad y así le dijo: Quieres ver si aquella voz que oiste era verdadera ó no, échate de aquí abajo, porque, si eres hijo de Dios, no te haras mal ninguno, pues es así que Dios promete en la santa escritura, tener tanto cuidado de los suyos que tendrá siempre ángeles en su guarda á fin que no haya cosa que les ofenda, de manera que siendo tu hijo de Dios, no tienes de qué temer á esta persuasion del diablo respondió Cristo con la misma santa escritura, diciendo: No es bien que yo haga lo que tu me dices, porque seria tentar á Dios, cosa prohibida por el mismo Dios. Adonde se ha de notar la modestia con que Cristo responde al diablo, rebatiéndole sus persuasiones con palabras de la santa escritura; y entiendo que, habiendo el diablo sido rebatido en la primera tentacion con la autoridad de la santa escritura, pensó en esta segunda vencer con la misma escritura y así la alegó á Cristo, á mi parecer harto á propósito, pero mucho mas á propósito se la rebatió Cristo con aquello: «No tentarás,» ó no tientes «al Señor Dios tuyo.» Adonde entiendo que entónces tentamos los hombres á Dios cuando temerariamente nos confiamos de Dios en aquellas cosas de que no tenemos prometimientos de Dios, y cuando en las cosas, de que tenemos prometimiento, sin necesidad ninguna nos ponemos en peligros por probar lo que tenemos en Dios, y cuando demandamos á Dios aquellas cosas de que tenemos necesidad, como dudando de la omnipotencia de Dios ó de la verdad de Dios, y de esta manera entiendo que tentaron los hebreos á Dios en el desierto. Y sobre estos prometimientos de Dios he escrito una respuesta. Y aquí entiendo que no es menor la impiedad de los que se sirven de estas palabras. «No tentarás,» etc. para encubrir su desconfianza en los prometimientos de Dios en lo que pertenece á la sustanciacion de los cuerpos sin nuestra solicitud y cuidado y en lo que pertenece á la justificacion de los ánimos por la justicia de Dios ejecutada en Cristo, que la temeridad de los que sin mirar á estas palabras se ponen á peligros sin necesidad, diciendo: Dios me ayudara. ¡Y pluguiese á Dios que no fuesen mas los que caen en aquella impiedad que los que caen en esta temeridad! Esto digo, porque es tanto mayor el número de los que caen en la impiedad que el de los que caen en la temeridad, cuanto es mayor el número de los falsos cristianos que él de los verdaderos cristianos. Adonde entiendo que los verdaderos cristianos son tentados á caer en la temeridad como Cristo fué tentado, pero son guardados de caer en ella como Cristo fué guardado, y que los falsos cristianos son tentados á caer en la impiedad y caen y son derribados en la tentacion antes en ella perecen. Son bien tentados los verdaderos cristianos con la impiedad, pero los falsos cristianos pocas veces son tentados con la temeridad y cuando son tentados caen en la tentacion como se ha visto de muchos.

En aquel «toma» se entiende tomar y llevar. Diciendo «de tí,» entiende: de lo que pertenece á ti. En lo demás me remito á lo que he dicho sobre el salmo 91. En aquel futuro «tentarás» se ha de entender imperativo: tientes, segun el hablar de la lengua hebrea.

Otra vez lo toma el diablo y lo lleva á un monte muy alto y muéstrale todos los reinos del mundo y la gloria de ellos y dícele: Todo esto te daré si derribado en tierra me adoraras.

Entonces le dijo Jesús: ¡Véte, Satanás! porque escrito está: Al Señor Dios tuyo adorarás y á él solo servirás. Entonces lo dejó el diablo, y he aquí los ángeles vinieron y lo sirvieron.

Tampoco entiendo aquí en qué manera el diablo mostró á Cristo lo que aquí dice el evangelista, ni importa mucho para lo que aquí importa entender. Esto es que, viendo el diablo que no había podido tomar á Cristo ni por hambre ni por aparente piedad, pensó tomarlo por vanagloria mundana, no ya como á hijo de Dios sino como á hijo de Adam, como á hombre del mundo; y así no le dice como las otras veces: «Si eres hijo de Dios,» porque lo que quería de él, no era cosa perteneciente á hijo de Dios, como era el hacer de piedras panes y el echarse de lo alto del templo sin padecer detrimento.

Adonde noto que, si bien el diablo no podía persuadir á Cristo nada de lo que quería, viendo que Cristo se excusaba no como hijo de Dios sino como puro hombre, iba perdiendo la estimacion en que lo tenía, como parece por esto que primero lo tentó con una cosa que tenía muestra de honestidad: has hambre, estás en este desierto; si eres hijo de Dios, haz de estas piedras panes y come; segundo lo tentó con una cosa temeraria, diciéndole que se echase del templo abajo, y tercero lo tentó con una cosa impía, diciéndole «todo esto te daré,» etc.

Y considerando esto, no tengo por mala inteligencia la de los que dicen que el diablo pretendió certificarse si Cristo era hijo de Dios. Es bien verdad que, segun mi opinion, dirian mejor si dijessen, que pretendió certificarse qué filiacion era la de Cristo, si era hijo de Dios de la manera que la santa escritura acostumbra llamar á algunas suertes de hombres ó si lo era de otra nueva manera, bien que todavía me atengo á la mera inteligencia con la cual no es escludida esta, antes esta bien la una y la otra, que el diablo tuviese intento á hacer con Cristo lo que hizo con Adam y á certificarse qué suerte de filiacion era aquella de Cristo.

Y en esto consiste la victoria de Cristo en que el diablo no salió con lo uno ni con lo otro. Y tornando á la tentacion digo, que en esta tercera tentacion se ha de entender, que prometia el diablo á Cristo lo que no le podia dar y que, porque la condicion que le propuso diciendo «si derribado en tierra me adoraras» era contra la honra de Dios, Cristo como zeloso de ella no le respondió con la mansedumbre que las otras dos veces le había respondido, sino con alguna cólera, diciéndole, «¡Véte, Satanás!» Entiendo: ¡quítateme delante, espíritu maligno é infernal! que no puedo comportar que me propongas cosa que sea contra la honra de Dios.

Adonde entenderán las personas cristianas que no han de sufrir de ninguna manera que les sea propuesta cosa que perjudique la gloria de Dios, que han de guardar la mansedumbre cristiana cuando les serán propuestas cosas que perjudiquen su propia gloria de ellas y que han de entrar en moderada cólera cuando les serán propuestas cosas que perjudiquen la gloria de Dios. La cual es perjudicada cuando es atribuido á las criaturas lo que se debe atribuir á solo Dios y cuando se pretende haber por las criaturas lo que se ha de haber de solo Dios, como es la piedad y la justicia y la santidad, las cuales cosas se alcanzan de Dios por Cristo.

Y he dicho moderada cólera, considerando que aunque Cristo echó de sí á Satanás con alguna cólera, no se apartó de su acostumbrada modestia, defendiéndose con la escritura santa que dice: Al Señor Dios tuyo adorarás, etc., como si dijera Cristo: Dígote, Satanás, que te me quites de aquí, porque me persuades que haga una cosa que derechamente es contraria á la ley de Dios, á la voluntad de Dios. Tú quieres que yo te adore á tí, y Dios quiere que los suyos adoren y sirvan solamente á él.

Adonde aprenden las personas cristianas en qué manera han de defenderse contra las persecuciones del diablo, quiero decir que así como Cristo, estando debajo de la ley, se defendió alegando las palabras de la ley, así ellas, que están debajo de gracia, se defenderán alegando el deber del evangelio, el decoro que pertenece á personas cristianas, de manera que, siendo combatidas del demonio, de su propia carne ó de los hombres del mundo con alguna cosa que no sea segun el deber y el decoro cristiano, súbito digan ellos: No, que esto no lo hiciera Cristo. Segun que más largamente lo he dicho en una consideracion.

Y aquí entiendo que es de muy mayor eficacia para resistir á las persuasiones del diablo en este tiempo del evangelio este escudo: No, que esto no lo hiciera Cristo, que era en tiempo de la ley el escudo de las palabras de la misma ley; quiero decir que se aparta más presto la tentacion, sintiendo decir: No, que esto no lo hiciera Cristo, que se apartaba, sintiendo las palabras de la ley. Y pensando en que Cristo defendiéndose alegó al diablo las palabras de la ley, si bien él no dejaba de adorar al diablo porque mandaba la ley que solo Dios fuese adorado, dejándolo de hacer porque no era cosa conveniente á él, considero la grandísima humildad de Cristo, en cuanto no solamente vivió sujeto á la ley, pero mostró no hacer lo que la ley prohibia, porque la ley lo prohibia, disimulando en todo y por todo su altísima divinidad.

Adonde aprenderán las personas cristianas que se deben humillar, disimulando su dignidad espiritual cuando será necesario que la disimulen, mostrándose iguales á los otros hombres, mostrando moverse á las cosas con el intento que se mueven los otros hombres, si bien ellas se moverán con intento diferentísimo, de manera que, así como los santos del mundo tienen intento á publicar sus perfecciones, así ellas tengan intento á disimular sus perfecciones, cosa que en grandísima manera abate y á tierra á la presuncion y ambicion humana, la cual en las personas cristianas conviene que esté abatidísima y aterrada.

En aquello «entonces lo dejó el diablo,» etc., se ha de advertir que á las personas cristianas acontece siempre lo mismo que aconteció á Cristo, en cuanto, así como, quedando Cristo victorioso contra el diablo, él se apartó de él y lo dejó de molestar y los ángeles lo vinieron á servir, así tambien, quedando ellas victoriosas contra sus tentaciones, ellas se apartan y las dejan, y los ángeles, las divinas inspiraciones, los divinos gustos y sentimientos interiores las vienen á servir. De esto que digo soy cierto que han tenido experiencia las personas cristianas cual más y cual ménos segun que más ó ménos habrán combatido y vencido.

En el Griego es casi lo mismo «adorarás» que: servirás, porque el servicio con que Dios quiere ser servido de los suyos es la adoracion. En tiempo de la ley placia á Dios la adoracion hebrea que consistia en obediencias exteriores que eran señales de las interiores, y en tiempo del evangelio place á Dios la adoracion cristiana que consiste en obediencias

interiores en espíritu y en verdad, y así como el hebreo no cumplía con la adoración interior si no tenía la exterior, así el cristiano no cumple con la adoración exterior si no tiene la interior, la cual es á él propia y como natural. En el Hebreo á la letra dice: «Al Señor Dios tuyo temerás y á él servirás,» por donde parece que es lo mismo en el Hebreo temer que adorar, acatar y reverenciar.

El mal espíritu en el Hebreo es llamado Satanás, que significa impedidor ó estorbador, porque siempre va impidiendo y estorbando las obras de Dios, pervirtiendo los consejos de Dios. El mismo es llamado en Griego diablo, que significa acusador ó calumniador, porque su oficio es acusar y calumniar á los hombres. Y aquí se ha de advertir que, refiriendo el evangelista las palabras de Cristo, dice: «Satanás», y, hablando el del suyo, dice «diablo», del cual vocablo no usara de ninguna manera si escribiera en Hebreo, porque la lengua hebrea no lo conoce, y si esta escritura fuera traducida de Hebreo, parece que el intérprete pusiera, siempre diablo ó Satanás; pero esto importa poco.

Oyendo pues Jesús que Juan estaba preso, se apartó á Galilea y, dejando á Nazaret, viniendo moró en Capernaum la marítima en las comarcas de Zabulon y Neptalim, á fin que se cumpliese lo que estaba dicho por el profeta Esaías que dice: «Tierra de Zabulon y Neptalim, camino del mar allende el Jordan, Galilea la de los gentiles, el pueblo asentado en la obscuridad vio grande luz, y los asentados en región y sombra de muerte les nació luz.

Cuenta San Mateo que después que Cristo salió del ayuno y de la victoria contra el diablo, entendiendo como Heródes había prendido á San Juan porque lo reprehendía, porque no hiciese otro tanto con él, no siendo aún venido el tiempo determinado por la divina majestad, se tornó en Galilea y que no quiso ir á Nazaret adonde había sido criado, sino á Capernaum, la cual dice que es ciudad vecina al mar en las comarcas de Zabulon y Neptalim. Y dice que hizo esto Cristo porque se cumpliese lo que dice Esaías «tierra de Zabulon» etc., adonde entiende San Mateo que en aquellas palabras profetizó Esaías la luz de la predicación de Cristo que había de resplandecer en aquellas partes. En aquello «á fin que se cumpliese» etc., se ha de advertir que usan los evangelistas esta manera de decir, queriendo entender que, porque había de ser esto, dijo el profeta estotro.

Lo mismo es «allende el Jordan» que: de la otra parte del río Jordan. En aquello «asentado en obscuridad» se ha de entender que están asentados en obscuridad todos los que, estando sin Dios y sin Cristo, viven seguros en su ceguera. Aquello «sombra de muerte» es del hablar hebreo; así llaman á los lugares que por su obscuridad y tenebregura parece que amenazan la muerte á los que pasan por ellos. Cuanto al confrontar las palabras del evangelista con las del profeta, me remito á los que más saben.

Desde entónces comenzó Jesús á predicar y decir: Reconocéos, catad que está cercano el reino de los cielos.

Muestra San Mateo que Cristo comenzó á predicar en Capernaum y que comenzó con las mismas palabras que había comenzado San Juan, á confusión de los predicadores de este tiempo que van buscando cosas nuevas que decir en sus sermones por no decir lo que otros han dicho y aún se avergüenzan de decir una buena cosa dos veces, no como San Pablo que, mirando al útil de aquellos á quienes escribía, no recibía pena de replicarles una

misma cosa. Es bien verdad que segun San Marco parece que no eran todas unas las palabras con que predicaba Cristo y las con que predicaba San Juan, porque dice que Cristo decia: «Ya es cumplido el tiempo y acercado se ha el reino de Dios. Reconocéos y creed al evangelio.»

Adonde entiendo que la predicacion de San Juan, la de Cristo y la de los discípulos de Cristo mientras vivió Cristo consistió solamente en intimar á los hombres la breve venida del reino espiritual que comienza en la vida presente en los que aceptan el evangelio y va continuado en la vida eterna, no descubriéndoles el secreto de la puerta por donde se entra en este reino, que es la aceptacion de la justicia de Cristo, porque aun Cristo no habia hecho la reconciliacion de los hombres con Dios que hizo muriendo en la cruz; el cual secreto entiendo que los apóstoles lo descubrieron despues que por el espíritu santo ellos lo entendieron, y en el cual consiste el evangelio.

Y andando Jesus junto al mar de Galilea, vió dos hermanos, á Simon llamado Pedro y á Andrés, su hermano, que echaban la red en el mar, porque eran pescadores. Y díceles: Venid tras mí y haréos pescadores de hombres. Y ellos, dejando luego las redes, le siguieron. Y pasando de allí vió otros dos hermanos á Jacobo el del Zebedeo y á Juan, su hermano, en una barca con el Zebedeo, su padre, remendando sus redes. Y llamólos, y ellos, dejando luego la barca y á su padre, lo siguieron.

Tres cosas me parece que hay aquí dignas de consideracion. La primera que el oficio del apóstol, del predicador del evangelio, es pescar hombres, sacarlos de la obscuridad, de las tinieblas y de la confusion del reino del mundo y traerlos á la luz, á la claridad y á la paz del reino de Dios; y la red, con que son pescados estos hombres, es la palabra del evangelio, la intimacion del indulto y perdon general por la justicia de Dios ejecutada en Cristo, y es así que los que aceptan este indulto salen de la obscuridad, de las tinieblas y de la confusion del reino del mundo y entran en la luz, en la claridad y en la paz del reino de Dios. Yo entiendo: cuando la aceptacion es obra del mismo Dios; porque, cuando es industria humana, no se siente este efecto.

La segunda que estos cuatro apóstoles en sintiendo la voz de Cristo sin consultar con su prudencia humana ni esperar otras persuaciones mas que aquella «haréos pescadores de hombres,» la cual ellos no entendieron á la hora, siguieron á Cristo, como tengo por cierto que hacen todos cuantos sienten interiormente la voz de Cristo; los que, ántes que se deliberen en aceptar el evangelio y así salir del reino del mundo y entrar en el reino de Dios, van consultando con la prudencia humana, dan testimonio de sí mismos que no sienten la voz de Cristo, porque, si la sintiesen, harian lo que hicieron los apóstoles.

La tercera que, si los hijos del Zebedeo miraran al deber de la generacion humana, no dejaran al padre por seguir á Cristo. Adonde se entiende que el hombre que es llamado de Dios para ser discípulo de Cristo, para imitar á Cristo, debe renunciar el deber de la generacion humana, teniendo solamente respeto al deber de la regeneracion cristiana, segun que mas largamente he dicho, lo que acerca de esto siento, en dos respuestas á dos preguntas. Adonde se ha de advertir que entónces el hombre ha de renunciar el deber de la

generacion humana por seguir el deber de la regeneracion cristiana, cuando el deber de la generacion humana le impedirá ó estorbará el atender enteramente y como se debe al deber de la regeneracion cristiana, el cual consiste en predicar el evangelio, el enseñar el vivir cristiano y en imitar la humildad, la mansedumbre, la obediencia á Dios y la caridad con el prójimo, con que vivió en la presente vida Jesu-Cristo nuestro Señor.

Y rodeaba Jesus toda Galilea enseñando en sus sinagogas y predicando el evangelio del reino y sanando toda enfermedad y toda dolencia en el pueblo y divulgóse su fama por toda la Siria y traíanle á todos los enfermos de diversas enfermedades y contrechos de torozones y endemoniados y lunáticos y paralíticos y sanábalos, y seguíanlo muchas gentes de Galilea y Decápoli y de Jerusalem y Judea y de allende el Jordan.

Diciendo que rodeaba Jesus toda Galilea, entiende que andaba por todas las partes de aquella provincia, y diciendo «en sus sinagogas,» entiende en las casas públicas á donde los judíos se agrupaban no á adorar, porque para esto tenían señalado el templo de Jerusalem, y no les era permitido adorar en otra parte ninguna, ni á orar, porque oraban en todo lugar, sino á enseñar y ser enseñados, pero las cosas y en las cosas de la ley; y á las casas donde se ayuntaban llama el evangelista sinagogas que es lo mismo que ahora decimos iglesias. Y sobre esta usanza hebrea me acuerdo haber hablado en una epístola.

Tres cosas dice San Mateo que hacia Cristo: enseñaba, predicaba el evangelio del reino y sanaba á los enfermos. La enseñanza pienso que consistia en declarar la ley, mostrando la verdadera inteligencia de ella, y entiendo que del enseñar tomaba ocasion para predicar el evangelio del reino, y entiendo que era llamada así la predicacion de Cristo porque en ella intimaba la venida del reino de Dios, diciendo: «Catad que está cercano el reino de Dios.» Y entiendo que esta intimacion era llamada evangelio porque es felicísima cosa que Dios huelgue y se contente de regir y gobernar á los hombres sin ley y sin preceptos sino con su espíritu santo, como con efecto lo sienten los que aceptando la justicia de Cristo están en el reino de Dios, que en tiempo de Cristo era predicado que habia de venir y que vino cuando fué dado el espíritu santo, pero no se deja ver y conocer sino de los que pertenecen á él y están en él, los cuales aún mas presto lo sienten que lo ven.

Y entiendo que por despertar, desvelar y abrir los ojos á los hombres para que creyeren esta buena nueva hacia Cristo milagros, sanando diversas y estrañas enfermedades, de las cuales entiendo que pone algunas San Mateo, callando las otras; y tras estos milagros entiendo que iban las gentes que dice San Mateo que seguian á Cristo, venidas de las partes que aquí nombra. En efecto los hombres nos movemos mucho por estas cosas exteriores que traen consigo admiracion y utilidad corporal, moviéndonos poquísimo por las que traen edificacion y utilidad espiritual. Aquello «y contrechos de torozones» etc. entiendo que es declaracion de lo que ha dicho «diversas enfermedades.» Lo mismo es paralíticos que perláticos, los que tienen perlesía.

Y viendo las gentes, subiose á un monte y, como se hubo asentado, se fueron á él sus discípulos, y abriendo su boca les enseñaba diciendo: Bienaventurados los pobres en el espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos. Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados. Bienaventurados los mansos, porque ellos heredarán la tierra. Bienaventurados los hambrientos y sedientos por justicia, porque ellos serán hartados. Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia. Bienaventurados los limpios en el corazón, porque ellos verán á Dios. Bienaventurados los que apaciguan, porque ellos serán llamados hijos de Dios. Bienaventurados los perseguidos por causa de la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos. Bienaventurados sois cuando os injuriarán y perseguirán y dirán toda mala palabra contra vosotros, mintiendo, por mi causa; gozáos y alegráos, porque vuestro galardón es grande en los cielos, así también persiguieron á los profetas que fueron antes de vosotros.

Habiendo puesto San Mateo las palabras con que Cristo predicaba el evangelio del reino de los cielos, celestial y divino, y habiendo contado algunos milagros de los muchos que hacia como por confirmación de su predicación, viene á contar una larga instrucción toda cristiana y divinísima que hizo á sus discípulos, en la cual parece que pretendió enseñarles estas siete cosas. La primera que el reino de los cielos que el predicaba no era ni exterior ni corporal en la presente vida sino interior y espiritual, si bien en la vida eterna después de la resurrección de los justos será exterior é interior, corporal y espiritual, siendo entera, cumplida y colmada la felicidad. La segunda, que la dignidad de sus discípulos es altísima y es divinísima, en cuanto son luz del mundo y son sol de la tierra. La tercera que, mientras él vivía corporalmente con ellos, quería que la ley en todo y por todo fuese respetada y guardada. La cuarta que á los que entran en el reino de los cielos por la aceptación del evangelio, pertenece resolverse con el mundo y consigo mismos, reduciéndose á vivir según el deber de la regeneración cristiana; y poniendo la diferencia entre el deber de la generación humana y el de la regeneración cristiana, pone la propia idea de la perfección cristiana y los avisos para venir á ella. La quinta que los que pertenecen al reino de los cielos han de huir de todas apariencias de santidades exteriores, no queriendo que el mundo los tenga por santos. La sexta que los que están en el reino de los cielos se deben descuidar de sí, confiando en el cuidado que Dios tiene de ellos. Y la séptima que á los que están en el reino de los cielos, pertenece vivir con mucho recatamiento entre los hombres, y les pertenece atender á confirmar su fe cristiana con la experiencia del vivir cristiano.

Este parece que fué el intento de Cristo en este razonamiento, y el cristiano que llevará este tino en él, conociéndose discípulo de Cristo, hallará mucha edificación, en cuanto entenderá en qué manera le conviene vivir para guardar el decoro cristiano, cumpliendo con el deber de la regeneración cristiana, y el que no se conocerá discípulo de Cristo, no hallándose entrado en el reino de los cielos, entenderá que para entrar en él le conviene renunciar su propia justicia, desconfiado de sí y abrazar la justicia de Cristo, confiando en Cristo, cierto que esta no le puede faltar.

Viniendo pues Cristo á poner las calidades que concurren en los que son hijos del reino de los cielos, siendo suyo el reino, pone por primera la pobreza en el espíritu, quiere decir en el ánimo, la cual tiene por contraria á la magnanimidad en cuanto el magnánimo

depende de sí mismo y le parecería grande afrenta depender de Dios, y el pobre en el espíritu depende de Dios y no le bastaría el ánimo á depender de sí mismo; del magnánimo es, como sería decir, el reino de la tierra, y del pobre en el espíritu es el reino de los cielos. El mundo tiene por felice el magnánimo y por infelice al pobre en el espíritu, y Dios tiene por infelice al magnánimo y por felice al pobre en el espíritu, no por la pobreza en sí sino por lo que resulta de ella, en cuanto él, desconfiando de sí mismo y de todas las criaturas, aunque es muy rico, no espera la salud ni la sustentacion corporal de sus riquezas sino de Dios, aunque es muy gran señor, no pretende que sus vasallos ni que sus criados lo han de defender de los peligros de la presente vida, pretendiendo haber esto de solo Dios, y aunque vive justa y santamente, no pretende justificarse en presencia de Dios con su propia justicia, ateniéndose á la justicia de Cristo, de donde resulta que, viviendo así, desconfiado de sí mismo y de todas las criaturas, y confiado en solo Dios, tiene Dios cuidado de él, y rigiéndolo y gobernándolo Dios con su espíritu santo, viene á ser lo que aquí dice Cristo que es suyo el reino de los cielos.

Por segunda calidad de los que están en el reino de los cielos pone Cristo el llorar, quiere decir el estar el hombre descontento de sí mismo por sus defectos y flaquezas, juntamente con padecer las necesidades corporales á que esta nuestra carne está sujeta mientras es, pasible y mortal. El mundo tiene por infelices á los que lloran, teniendo por felices á los que rien, á los que gozan de los placeres vanos y miserables de la vida presente, viviendo en prosperidad y en felicidad, y Dios tiene por infelices á los que rien, teniendo por felices á los que lloran, no porque lloran, sino porque llorando por lo que lloran, se encomiendan á Dios, y Dios los consuela en los ánimos, haciéndoles que miren á Cristo, en el cual son justos, si bien en sí son injustos, y en los cuerpos, poniéndoles delante la felicidad de que gozarán en la vida eterna.

Por tercera calidad de los que están en el reino de los cielos pone Cristo la mansedumbre, la cual consiste en que el hombre viva en la presente vida como oveja entre lobos y propiamente de la manera que vivió Cristo, conforme á lo que Esaías había profetizado de él, como veremos en el capítulo 12. El mundo tiene por infelices á los que viven con esta mansedumbre, juzgándolos por ruines y de poco, teniendo por felices á los valerosos que se hacen temer de los otros, y Dios tiene por infelices á estos valerosos del mundo, teniendo por felices á sus mansos, no por la mansedumbre en sí, sino porque, habiéndola aprendido de Cristo, y cobrándola con la incorporacion en Cristo, será de ellos lo que es de Cristo, en cuanto, así como Cristo es heredero del reino de Dios ó de la heredad del mundo prometida á Abraham y á su simiente, así ellos serán herederos en la misma heredad y en el mismo reino.

Por cuarta calidad de los que están en el reino de los cielos pone Cristo el tener hambre y sed por justicia; quiere decir que se congojan y se afligen ansiosos por comprehender la justicia y perfeccion en que se conocen comprehendidos por la incorporacion en Cristo por ser así justos y perfectos en sí como son justos y perfectos en Cristo. El mundo tiene por infelices á los que van tras esta justicia y tras esta perfeccion, teniendo por felices á los que por sus santidades exteriores se persuaden que son santos y justos, y Dios tiene por infelices á los que están en esta persuasion, teniendo por felices á los que viven con aquella hambre y con aquella sed, no por la hambre ni por la sed en sí, sino por lo que resulta de ella, en cuanto, encomendándose ellos á Dios, Dios les acrecienta la fé y el espíritu con que

son mortificados y vivificados, de manera que vienen á matar su hambre y su sed, alcanzando mucha parte de aquella justicia y perfeccion que pretenden y desean.

Por quinta calidad de los que estan en el reino de los cielos pone Cristo la misericordia y piedad, el compadecerse el hombre de aquellos que ve en necesidad y ayudarlos, no por propia gloria ni por propio interes ó merecimiento sino por gloria de Dios, porque la misericordia, que no es de esta manera, no es misericordia cristiana, y Cristo habla aquí de la cristiana.

El mundo precia bien á los misericordiosos, teniéndolos por felices, pero en cuanto pretenden su propia gloria y su propio interes, teniendo por infelices á los que esconden sus misericordias, y Dios tiene por infelices á los que publican sus misericordias, como veremos en el capítulo 6, teniendo por felices á los que esconden sus misericordias, no por la misericordia en sí, sino porque de ella resulta la misericordia que ellos alcanzan de Dios, favoreciéndolos con dones espirituales y con beneficios corporales.

Por sexta calidad de los que están en el reino de los cielos, pone Cristo la limpieza en el corazon, la cual solamente toca á los que aceptan la gracia del evangelio, los cuales por la fe alcanzan esta limpieza conforme á aquello que dice San Pedro «fide purificans corda eorum,» Act. 15, adonde se ha de entender que todos los hombres del mundo tienen sucios los corazones, en cuanto como hijos de Adam son impíos, infieles y enemigos de Dios, teniendo esta impiedad, infidelidad y enemistad en los corazones, la cual es purificada y alimpiada por la fé cristiana, por la aceptacion de la remision de pecados y reconciliacion con Dios por Cristo. Y es cosa verdaderamente milagrosa y divina que, luego que el hombre acepta con el ánimo la justicia de Cristo, pierde la impiedad, infidelidad y enemistad con Dios, y comienza á creer á Dios, á confiar en Dios y á amar á Dios y así á conocer y ver á Dios, en lo cual consiste su felicidad. Cuanto á este conocimiento de Dios y esta vision de Dios, me remito á lo que he dicho 1ª Cor. 13. y en dos consideraciones. El mundo no tiene cuenta con la limpieza del corazon y por tanto no tiene por felices sino á los que tienen limpieza en las costumbres exteriores, y Dios á estos tiene por infelices, como veremos en el capítulo 23, teniendo por felices á los que tienen limpieza en los corazones, con la cual son hábiles para conocer y ver á Dios en la presente vida como se puede y en la vida eterna como se debe.

Por séptima calidad de los que están en el reino de los cielos, pone Cristo el hacer paz, el ser apaciguadores, pero de la manera que lo fué el mismo Cristo, el cual muriendo en la cruz reconcilió á los hombres con Dios, reconciliando tambien entre sí á los hombres que entran en esta reconciliacion, los cuales, si bien son inquietados del mundo con persecuciones y con muertes, gozan de la paz con Dios y así tienen paz en sus conciencias y tienen paz con todos, no inquietando ellos ni haciendo guerra á ninguno. Son pues pacíficos, apaciguadores ó hacedores de paz, los que, intimando á los hombres la paz que hizo Cristo entre Dios y ellos, los traen á que gocen de esta paz.

El mundo no tiene cuenta con esta paz y por tanto trabaja por hacer infelices á los que de esta manera son apaciguadores, persiguiéndolos y matándolos, y Dios no tiene cuenta con los que el mundo tiene por apaciguadores, á los cuales tiene por infelices, porque no conocen la verdadera paz, teniendo por felices á los que, conociendo la verdadera paz,

procuran traer á ella á los hombres. Y su felicidad consiste en que, haciendo el mismo oficio que hizo el hijo de Dios, son tambien ellos hijos de Dios y por tales son tenidos y así son llamados de Dios.

Por octava calidad de los que están en el reino de los cielos, pone Cristo el padecer persecucion por la justicia, quiere decir por la que es propia del reino de los cielos, por aceptarla ó por predicarla, á la cual justicia es anexa la persecucion, porque los hombres no pueden comportar que haya otra justicia sino la que ellos con su prudencia humana entienden y alcanzan. De donde procede que el mundo tiene por infelices á los perseguidos por esta justicia, teniendo por felices á los perseguidores, en cuanto, como dice Cristo, se persuaden que hacen servicio á Dios, y Dios tiene por infelices á los perseguidores, teniendo por felices á los perseguidos, no por la persecucion en sí sino porque con ella es ilustrada la gloria de Dios, y mediante ella son ellos conservados y mantenidos en la posesion del reino de Dios, de la misma manera que los que son pobres en el espíritu; y así igualmente dice Cristo de los unos y de los otros: «porque de ellos es el reino de los cielos.» Adonde tengo por cierto que solos los que sienten la pobreza en el espíritu y son perseguidos por la justicia cristiana, sienten el regimiento y el gobierno de Dios, en el cual consiste el reino de los cielos.

Lo que añade Cristo, diciendo: Bienaventurados sois etc., pertenece á amplificar esta octava calidad, adonde son dignas de mucha consideracion aquellas dos palabras «mintiendo» y «por mi causa», á fin que se entienda que no toca esta felicidad á los que simplemente son injuriados falsamente sino á los que son injuriados falsamente por causa de Cristo, porque lo predicán, porque enseñan el vivir cristiano ó porque viven cristianamente, imitando á Cristo.

Aquello «gozaos y alegraos» etc. lo cumplieron á la letra los apóstoles, como consta por San Lúcas Act. 5, y lo han cumplido y cumplen de mano en mano todos los que han sido y son verdaderos Cristianos, considerando que con su padecer es ilustrada la gloria de Dios y de Cristo, y que así es acrecentada su gloria de ellos en el reino de los cielos que es en la presente vida, y será acrecentada en el que será en la vida eterna.

Y aquí se ha de considerarla liberalidad de Dios, que nos da él constancia y firmeza en el padecer por Cristo y despues galardona con acrecentamiento de gloria la firmeza y constancia que él nos da. Diciendo Cristo «así tambien persiguieron» etc., nos consuela con el exemplo de los profetas á los que somos sus discípulos, los cuales comportamos mejor las persecuciones, considerando que por ellas pasaron los profetas, y mucho mejor considerando que por ellas pasó el mismo Cristo, y han siempre pasado los que lo han predicado y los que lo han querido imitar.

De estas ocho calidades, que ha dicho Cristo que concurren en los que están en el reino de los cielos, pudieran bien comprehender los discípulos, que el reino de los cielos en la presente vida no es corporal sino espiritual; pero estaban tan enajenados de esta opinion que nunca la entendieron, hasta que recibieron el espíritu santo, el cual les mostró por experiencia lo que ellos no habian podido comprehender por ciencia, si bien Cristo claramente les habia dicho estas ocho calidades, las cuales son tan conjuntas entre sí con lo

que resulta de ellas, que todas ellas están en cada uno de los que entran en el reino de los cielos, aceptando la justicia de Cristo.

Porque es así que esta aceptación les da la pobreza en el espíritu, esta les hace que lloren y se entristezcan por sus defectos y por sus flaquezas, esta les da verdadera mansedumbre, esta les pone hambre y sed de justicia de ser más justos en sí, esta los hace misericordiosos, esta les da limpieza en los corazones, esta los hace apaciguadores de la manera que Cristo fue apaciguador, y por esta son perseguidos, injuriados y maltratados en el mundo; de donde resulta que están en el reino de los cielos, son llamados hijos de Dios y lo son, que conocen y ven a Dios, que es Dios misericordioso con ellos, que comprenden gran parte de la justicia y perfección en que son comprendidos, que son herederos del mundo que fue prometido a Abraham y a su simiente, y que son consolados de Dios en todas sus angustias y en todos sus trabajos.

Aquí ha de considerar toda persona cristiana que, pues es así que los que en la presente vida, mientras esta carne es pasible y es mortal, aceptan la gracia del evangelio, gozan de todos estos privilegios, qué tales deben ser aquellos de que gozarán en la vida eterna, mayormente cuando esta nuestra carne será impasible e inmortal.

Vosotros sois la sal de la tierra. Pues si la sal se desvanece ¿con qué se salará? No vale más para nada sino para ser echada fuera y ser pateada de los hombres. Vosotros sois la luz del mundo. No se puede esconder la ciudad que esta puesta encima de un monte, ni encienden candela y la ponen debajo del almud sino sobre el candelero y alumbrá a todos los que están en casa. Así pues resplandezca vuestra luz en presencia de los hombres de manera que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro padre el que está en los cielos.

Habiendo Cristo mostrado como la felicidad del reino de los cielos en la presente vida es toda interior y espiritual, viene a mostrar la grandeza de la dignidad de los que son sus discípulos, mayormente de aquellos que lo van imitando a él en todo lo que es imitable, y constituye esta dignidad en dos cosas: la una, en que son sal de la tierra, y la otra, en que son luz del mundo.

Adonde entiendo que el ser sal de la tierra pertenece a los discípulos de Cristo en dos maneras: la una en que, así como la sal da sabor a las viandas que sin ella nos descontentarían, así los discípulos de Cristo dan sabor al mundo, hacen que Dios se contente de conservarlo y de mantenerlo, y la otra en que, así como con la sal son preservadas de corrupción las viandas, así con la vida, con la doctrina y con la predicación o intimación del evangelio que pertenece a los discípulos de Cristo son preservados los hombres que viven en el mundo, en esta vida de la corrupción de las costumbres y en la otra vida de la muerte eterna.

Aquello «pues si la sal se desvanece,» o deja de ser sal, con lo que se sigue, pertenece para advertir a los discípulos de Cristo que conozcan su dignidad y se conserven en ella, haciendo en el mundo lo que hace la sal en las viandas. Diciendo «¿con qué se salará?» etc., entiende que, así como dejando la sal de tener sabor, no hay cosa con que se le pueda dar, por ser ella la que lo da a las otras cosas, y no teniendo sabor no es de ninguna utilidad y

por tanto es desechada y pisada, así, dejando los discípulos de Cristo de tener fé cristiana con costumbres cristianas, no hay cosa con que se les pueda dar perfeccion, siendo ellos los que con su predicacion la dan á todos los otros y, no teniendo fé cristiana con costumbres cristianas, no son de ninguna estimacion y por tanto Dios los desecha y desprecia.

Tambien entiendo que el ser los discípulos de Cristo luz del mundo les pertenece en cuanto, así como mediante la luz exterior del sol vemos nosotros con la lumbre de nuestros ojos exteriores las cosas exteriores que no veriamos sin la luz del sol, así mediante la luz interior de los que han sido y son discípulos de Cristo vemos nosotros con la lumbre de nuestros ojos interiores las cosas interiores, espirituales y divinas; el cómo lo dejo considerar á las personas espirituales, las cuales habiendo visto luz con la luz de otras y sirviendo ellas de luz á otras, pueden por propia experiencia dar testimonio de esto.

Adonde se ha de entender que los discípulos de Cristo, si bien son luz del mundo, no lo son en sí propios sino en cuanto siendo discípulos de Cristo, el cual en sí propio es luz del mundo; Cristo les comunica su luz; y así ellos son luz del mundo por participacion de Cristo, el cual dice de sí «Ego sum lux mundi,» Jo. 8. de manera que se puede decir que entre la luz de Cristo y la de sus discípulos hay la diferencia que entre la luz del sol y la de la luna y de las estrellas, y por tanto parece que vendria mejor comparar los discípulos de Cristo á la lumbre de la candela, y no lo he hecho así porque la candela no es luz del mundo ni lo son muchas candelas.

Y lo que añade Cristo: «Ni encienden candela» etc., pertenece á amonestar á sus discípulos que conozcan su dignidad y se conserven en ella, estando y platicando entre los hombres y con los hombres como hizo él, á fin que sean candela sobre candelero y no debajo de almud. Aquello «así pues resplandezca,» etc., lo juntó con lo que precede, de manera que diga: resplandezca vuestra luz como resplandece la candela que esta sobre el candelero.

Y diciendo Cristo «de manera que vean vuestras buenas obras» etc., muestra que la principal cosa en que los discípulos de Cristo son luz del mundo es en el vivir cristiano, imitando á Cristo, porque á este vivir entiendo que llama buenas obras, las cuales son luz del mundo en cuanto en ellas ven los hombres á Cristo. Las obras, en que puede haber fingimiento, quiero decir, que pueden estar sin fe y sin caridad, no son luz del mundo ni aún cuando son hechas de discípulos de Cristo, porque por la imitacion de Cristo son luz del mundo. Añadiendo Cristo «y glorifiquen á vuestro padre» etc. enseña que el intento que sus discípulos deben tener siendo luz del mundo es la gloria de Dios y no la propia gloria.

Es bien verdad que el verdadero discípulo de Cristo no puede pretender en sus cosas sino la gloria de Dios, porque esto aprende en la escuela de Cristo el cual atendio á ilustrar la gloria del padre, remitiendo al padre la ilustracion de su propia gloria. Los que buscan sus propias glorias no son discípulos de Cristo, no son entrados en la escuela de Cristo. Aquello «no se puede esconder» etc., lo entiendo así que, así como la candela puesta sobre el candelero se deja ver de todos los que entran en la cámara, así la ciudad puesta sobre un monte se deja ver de todos los que pasan por allí, y los que son discípulos de Cristo han de conocer que son luz del mundo y que por tanto les pertenece hacer oficio de candela sobre

candelero y de ciudad sobre monte, dejándose ver platicar y conversar. Los que no lo hacen así, ó no conocen su dignidad ó se dejan vencer de su pusilanimidad.

No penseis que soy venido á romper la ley ó los profetas, porque no soy venido á romper sino á cumplir. Porque os certifico que hasta que pase el cielo y la tierra, una jota ó un ápice no pasará de la ley hasta que todo sea hecho. Por tanto cualquiera que romperá uno de estos mandamientos pequeños y enseñará así á los hombres, pequeño será llamado en el reino de los cielos, y el que hará y enseñará, este será llamado grande en el reino de los cielos.

Habiendo Cristo dicho á sus discípulos la opinion que debian tener del reino de los cielos y la opinion que debian tener de sí mismos en cuanto eran sus discípulos, les viene á decir el respeto que queria que tuviesen á la ley y á los profetas miéntras él vivia entre ellos, y así les dice: «No penseis que soy,» etc., como si dijese: y aunque me veis predicar y enseñar cosas diferentes de las que entendeis en la ley y en los profetas, no penseis que yo sea venido á vivir contrario á ella ó á ellos y á enseñar contra ella y contra ellos, porque os engañareis muy mucho, porque es así que antes yo tengo de guardar y de cumplir á ella y á ellos, siendo esto certísimo que más presto seria posible que el cielo y que la tierra dejaran de ser que no que la ley viniese á ser abrogada, ántes de ser guardado y cumplido todo lo que está figurado en ella y todo lo que está mandado en ella.

Por tanto quiero que sepais que cualquiera de vosotros, que, viviendo yo, romperá el menor mandamiento de la ley y enseñará á otros á romperlo con achaque de la predicacion de la cercana venida del reino de los cielos, no tendrá parte en el reino de los cielos, y por el contrario el que guardará la ley y enseñara á otros que la guarden, este tendrá gran parte en el reino de los cielos.

Así entiendo todas estas palabras de Cristo. Porque decir que con estas palabras pretendió Cristo dar autoridad á la ley más que por el tiempo que él vivia, no se sufre, porque vemos la experiencia en contrario, pues es así que con la venida del espíritu santo cesaron la ley y los profetas, sucediendo en su lugar el espíritu santo, el cual hace interiormente en el pueblo de Dios, que es todo espiritual, lo que hacian exteriormente la ley y los profetas en el pueblo de Dios cuando era exterior. De donde ha resultado que, si bien David hallaba en la ley de Dios el sabor que muestra en el salmo 118, San Pedro hallaba en la misma graveza y pesadumbre, como consta Act. 15. Y aquí entiendo que los que, aplicando sus ánimos á Dios, hallan gusto y sabor en la ley y en los profetas, no tienen aún espíritu cristiano, no son aún llegados adonde era llegado San Pedro, estándose todavía adonde estaba David.

Tampoco se sufre decir que entiende Cristo solamente del cumplimiento de lo figurado en la ley, porque no cuadra aquello «por tanto cualquiera que romperá,» etc, y considerando esto, me afirmo en la inteligencia que he puesto. Con tanto que se entienda que cumplió Cristo la ley en cuanto la guardó absolutísimamente sin contravenir por todo el tiempo de su vida á la más mínima parte de ella, cosa que hasta él ninguno la habia hecho, y así la ley nunca habia sido guardada, y, como dice aquí Cristo, era necesario que fuese guardada antes de ser abrogada; y cumplió tambien Cristo la ley en cuanto fueron cumplidas en él

todas las figuras de la ley, y no debía ser abrogada la ley hasta que en Cristo fuese cumplido lo figurado en ella.

De manera que la ley fué cumplida por Cristo y fué cumplida en Cristo, y despues cesó y fué abrogada, habiendo llegado al fin para que fué dada. Fué dada para que sirviese de pedagogo en el pueblo de Dios, como dice San Pablo Gal. 3, miéntras el pueblo era niño, y cesó y fué abrogada luego que el pueblo de Dios dejó de ser niño, teniendo cada uno de los que pertenecen al pueblo de Dios, dentro de sí al espíritu santo, el cual lo mantiene en la obediencia de Dios. Los que no tienen al espíritu santo, espíritu cristiano, no pertenecen al pueblo de Dios, porque, como dice San Pablo, «Si quis spiritum Christi non habet, hic non est ejus,» Rom. 8; y es así con efecto que en los que aceptan la gracia del evangelio, siendo el espíritu cristiano eficaz en ellos, cesa todo respeto de ley, viven bien conforme á lo que manda la ley cuanto á las costumbres, pero su intento no es cumplir la ley, porque harian lo mismo aunque nunca hubiese habido ley, sino seguir el gobierno del espíritu santo que mora en ellos, el cual los inclina por la regeneracion y renovacion que hace en ellos á vivir no ya como hijos de Adam sino como hijos de Dios, imitando al primogénito y unigénito hijo de Dios, Jesu-Cristo nuestro señor.

Cuanto á la letra, lo mismo es romper que abrogar y que quebrantar. Aquello «hasta que pase» es manera de hablar hebrea, y aquello «una jota ó un ápice» está dicho por encarecimiento. Lo mismo es «hasta que todo sea hecho» que: hasta que todo lo que contienen la ley y los profetas, sea cumplido y sea guardado. Diciendo «pequeño será llamado,» entiende: no tendrá nombre ninguno; de esta manera de hablar usa, algunas veces Cristo, como en aquello «serán los primeros postreros,» etc., entendiendo que serán del todo excluidos, y como en aquello «los publicanos y las meretrices os precederán en el reino de los cielos,» adonde entiendo que los publicanos y las meretrices estarán en el reino y que los pontífices y ancianos del pueblo serán excluidos de él. Y diciendo «será llamado grande» entiende: tendrá gran nombre. Cuanto á las causas porque ordenó Dios que Cristo viviese sujeto á la ley y porque quiso Cristo que, viviendo él, fuese guardada la ley, me remito á lo que he dicho en un discurso sobre la abrogacion de la ley.

Dígoos de verdad que, si vuestra justicia no sobrepujará á la de los escribas y Fariseos, no entrareis en el reino de los cielos.

Habiendo dicho Cristo á sus discípulos la calidad del reino de los cielos que el predicaba y la dignidad de los que son hijos del reino, y habiéndoles declarado lo que pertenecía á la observacion de la ley, miéntras él vivia corporalmente con ellos, viene á declararles en qué manera conviene que vivan los que aceptando el evangelio entran en el reino de los cielos, y así dice: «Dígoos de verdad que si vuestra justicia,» etc., como si dijese: y no penseis que, venido el reino de los cielos, ya abrogada la ley, os ha de ser lícito vivir segun los deseos carnales y sensuales, porque os hago saber que, si vuestra justicia, vuestra puridad de vida no será mayor que es la de los escribas y Fariseos, la que ellos siguen y aprueban por la ley, no entrareis en el reino de los cielos.

Esta entiendo que es la sentencia de estas palabras, en las cuales y en todas las que se siguen en todos estos tres capítulos, entiendo que pretendió Cristo proveer al inconveniente en que facilmente pudieran caer los que aceptaran la gracia del evangelio, diciendo: á

nosotros nos es perdonado hecho y por hacer, la ley es abrogada, luego bien podemos vivir á placer, ejecutando todos nuestros deseos carnales y sensuales, -como con efecto consta que cayeron muchos en aquel principio y que han caido de mano en mano los que han aceptado el evangelio sin ser inspirados por espíritu santo.

Proveyendo pues Cristo á este inconveniente, muestra en estos capítulos la puridad con que pertenece vivir á los que entran en el reino de los cielos, aceptando la gracia del evangelio, y así entendemos que entonces nuestra justicia, con que entramos en el reino de los cielos, sobrepuja á la justicia de los escribas y Fariseos, que es la justicia de la ley, cuando aceptando nosotros la gracia del evangelio nos resolvemos en desear y procurar reducirnos á vivir en todo y por todo conforme á la doctrina que aquí nos enseña Cristo, en la cual consiste el deber de la regeneracion cristiana, el cual deber sobrepuja en gran manera al deber de la regeneracion humana, en el cual esta fundada la ley. Y así va Cristo cotejando ó parangonando el un deber con el otro, como si á diez villanos, que fuesen aceptados por hijos del emperador, les fuese propuesto el deber de hijos, cotejándose con el deber de villanos.

Adonde, si dirá uno que de esta manera es más dura la sujecion del evangelio que la de la ley, le responderé que es más dura sin comparacion ninguna para los que del evangelio hacen ley, pretendiendo justificarse por la observacion de la doctrina del vivir cristiano, así como seria más duro á los diez villanos el guardar el deber de hijos que el de villanos, cuando pretendiesen por su vivir como hijos venir á ser hijos, y que seria y es más blanda y más suave á los que se aplican á vivir segun el deber del evangelio, no por ser justos sino porque son justos, no por ser hijos sino porque son hijos, porque es así que el conocerse justos y tenerse por hijos mortifica y mata en ellos de tal manera los efectos y apetitos de la carne que, viniendo á ser señores de sí mismos por la libertad del ánimo, no sienten la sujecion de la carne, ántes huelgan y tienen por gloria tenerla sujeta.

Y hay otra cosa más: que el deber de la ley acusa y condena á los que, estando sujetos á ella, no lo guardan con el ánimo y con el cuerpo, y el deber del evangelio ni acusa ni condena á ninguno, contentándose con que el hombre se aplique con el ánimo á él y procure de reducir su carne á él. Que esto sea así consta por lo que trata San Pablo Rom. 7 y al principio del 8, adonde, habiendo puesto la contradiccion que los que nos conocemos muertos en Cristo, nos hallamos en nuestra carne, queriéndola mortificar, concluye que lo, que en este medio faltamos, no nos es imputado á condenacion.

De aquí se colige que á los que aceptando el evangelio entran en el reino de los cielos les pertenece aplicarse á vivir con la puridad que aquí enseña Cristo, pretendiendo guardar el decoro de hijos del reino, á los cuales pertenece vivir no segun el deber de la generacion humana, porque ya, cuanto á esta son muertos y enterrados por la incorporacion en la muerte de Cristo, sino segun el deber de la regeneracion cristiana, porque, cuanto á esta, son resucitados y vivos por la incorporacion en la resurreccion de Cristo, la cual haciéndolos hijos de Dios, amorosamente los obliga al deber de hijos de Dios, disimulando con ellos lo que por flaqueza ó por descuido hacen contra este deber.

En esto me he así dilatado por abrir el camino para la inteligencia de esta doctrina de Cristo á fin que los licenciosos sepan que no están en el reino de Dios, porque, si

estuviesen, no serian licenciosos, y á fin que los que son aún flacos y enfermos, se aseguren, ciertos que por sus flaquezas ni por sus enfermedades no son privados del reino ni de la dignidad de hijos, aplicándose ellos á sanar de las enfermedades y así á ser fuertes y gallardos, para lo cual les será buen expediente descuidarse de si mismos, tomando un continuo cuidado de Dios, no olvidándose jamás que son hijos de Dios y que están en el reino de Dios. Aquí se ha de entender que nombra Cristo á los escribas y á los Fariseos como á las personas que entónces eran tenidas por más santas, por mas observadoras de la ley.

Ya habeis oido que fué dicho á los antiguo: No matarás, y el que matará será digno de juicio. Yo empero os digo que todo aquel que se airará contra su hermano, será digno de juicio, y el que dirá á su hermano raca, será digno de concilio, y el que le dirá bobo, será digno del fuego del infierno. Por tanto, si ofrecerás tu don al altar y allí te acordarás que tu hermano tiene algo contra tí, deja allí tu don delante el altar y vé, primero reconcíliate con tu hermano y entonces ven y ofrece tu don. Conciértate con tu adversario presto mientras estás en el camino con él, porque el adversario no te entregue al juez y el juez te entregue al ministro y seas echado en la cárcel. Dígote de verdad, no saldrás de allí hasta que pagues el postrer cuadrante.

Comenzando Cristo á poner la diferencia entre el deber de la ley por la generacion humana, y el deber del evangelio por la regeneracion cristiana, el que han de atender á guardar los que aceptan la gracia del evangelio, dando con su vivir cristiano testimonio de su fé cristiana, dice «ya habeis oido que fué dicho» etc., como si dijese: la ley, siguiendo el deber de la generacion, prohíbe el homicidio amenazando á los homicidas, y por tanto los escribas y los Fariseos se tienen por justos no matando, y tienen por justos á los que no matan, y el evangelio por el deber de la regeneracion prohíbe todo afecto de ira y de rencor contra cualquier hombre del mundo, queriendo que el regenerado no venga á ofender á ninguno ni aun con una señal exterior, porque aun las señales exteriores de menosprecio, siendo indignas de hijos de Dios, son dignas de castigo delante de Dios. Por tanto vosotros procurad de quitar y apartar todas las ocasiones que os pueden hacer desmandar contra las personas y así venir á ofenderlas.

Esta entiendo que es la sentencia de estas palabras de Cristo, por las cuales muestra que su intento es que los que son sus discípulos, los que son regenerados por su evangelio, vivan en el mundo con la mansedumbre con que él vivió, como ovejas entre lobos. Y hase siempre de replicar que Cristo se contenta en los suyos con el afecto, disimulando lo que por flaqueza ofenden con efecto.

Cuanto á las particularidades de la letra, se ha de advertir que iguala Cristo á la ira con el homicidio; diciendo que todos dos son dignos de juicio, entiende de ser juzgados como prevaricadores. Por «concilio» el vocablo griego significa el lugar adonde es pronunciada la sentencia, y parece que significa mas que juicio, así como el fuego del infierno es más que el concilio. Va Cristo encareciendo la cosa por desarraigarla de nuestros ánimos, conociendo que la ira y el ódio nos son naturales, y así igualando á la ira con el homicidio le pone el juicio como seria decir la pesquisa. Al «raca,» que es vocablo de menosprecio y significa vano ó vanidad, pone el concilio como seria decir la sentencia, y al bobo pone el

fuego del infierno, como sería decir la ejecución de la sentencia. Por este rigor entiendo que han de pasar todos los que partirán de la presente vida sin Cristo.

Diciendo Cristo, «por tanto si ofrecerás» etc., entiendo que á los que estamos en la regeneración cristiana pertenece estar tan sobre nosotros para quitar toda ocasión de ira y de odio de nuestros corazones que, acordándonos que hemos ofendido á alguna persona cristiana, á algún hermano, á la hora dejemos todas las cosas por santas que sean, y vamos á reconciliarnos con el hermano ofendido. Adonde se ha de advertir que, porque en el tiempo en que Cristo dijo estas palabras, la más santa ocupación en que el hombre podía estar, era ofreciendo su ofrenda al altar, usó de esto por encarecimiento, nosotros en este tiempo diremos así: si estarás oyendo la predicación del evangelio ó la doctrina del vivir cristiano, ó estarás para recibir el santo sacramento, déjalo todo y ve á reconciliarte con tu hermano, porque estas son las ocupaciones más santas en que un cristiano puede estar.

Diciendo Cristo «conciértate con tu adversario» etc., nos avisa que para ser libres de ira y de odio atajemos todas maneras de litigios con todos los hombres, concertándonos con ellos por no venir á los inconvenientes á que se viene por las cosas semejantes. Aquello «porque el adversario» etc. está dicho como por inconveniente del litigar; y adonde dice «conciértate» el vocablo griego significa: sé benévolo, y es lo mismo que: conciértate. Por ministro entiende ejecutor; y cuadrante es lo mismo que meaja. Cuanto al litigar ó pleitear, me remito á lo que he dicho: 1 Cor. 6., adonde pone San Pablo, como sería decir, en práctica lo que aquí pone Cristo, como sería decir, en teórica. Aquí se ha de considerar que el que no estará resuelto con el mundo para guardar el deber de la regeneración cristiana, no se podrá reducirse á irse á reconciliar con su hermano ni á concertarse con su adversario, porque tendrá respeto á no perjudicar á su honra, la que tiene por generación humana.

Ya habeis oído que fué dicho á los antiguos: No cometerás adulterio. Yo empero digo que todo hombre, que mira á la mujer para codiciarla, ya en su corazón ha cometido adulterio con ella. Por tanto, si tu ojo derecho te escandaliza, sácatelo y échalo de tí porque mejor te está que perezca uno de tus miembros, que no que todo tu cuerpo sea echado en el infierno. Y si tu mano derecha te escandaliza, córtatela y échala de tí, porque mejor te está que perezca uno de tus miembros que no que todo tu cuerpo sea echado en el infierno.

Prosiguiendo Cristo en poner la diferencia entre el deber de la ley fundado en la generación humana y el deber del evangelio fundado en la regeneración cristiana, el cual pertenece á los regenerados, dice: «ya habeis oído que fué dicho» etc. como si dijese: la ley, siguiendo el deber de la generación, prohíbe el adulterio y por tanto los escribas y los Fariseos se tienen por justos, porque no adulteran, y tienen por justos á los que no adulteran; y, porque el evangelio, siguiendo el deber de la regeneración, prohíbe todo afecto carnal, os digo que no os contentéis de no adulterar con el efecto, reduciéndoos á no adulterar con el afecto, quitando y apartando de vosotros todas las cosas que os pueden conducir al adulterio, en tanto que tengais por menor inconveniente sacaros los ojos y cortaros las manos, que dejaros conducir al adulterio, al que es en efecto ni al que es en afecto. Así entiendo estas palabras, y entiendo que, aunque Cristo nombra el adulterio solamente, entiende toda simple fornicación, la cual como quiera que sea es contrarísima al espíritu, y es indignísima de personas cristianas. Y cuanto á esto, me remito á lo que he dicho 1ª Cor. 6.

Aquello «por tanto si tu ojo» etc. entiendo que esta dicho por consejo ó por remedio contra el afecto del adulterio, y aquello «si tu mano derecha» etc. entiendo que está dicho contra el efecto del mismo. Adonde se ha de advertir que es esta una manera de hablar, en la cual por ojo derecho entiende Cristo todas las cosas que nos pueden conducir al afecto, y por mano derecha todas las que nos pueden conducir al efecto, de las cuales cosas conviene que nos privemos por más caras y por más provechosas que nos sean; y que no se haya de entender así á la letra consta por esto que, aunque yo me cortase las manos y me sacase los ojos, no entraria en la vida eterna sin manos ni sin ojos, y por esto que, aunque yo me sacase los ojos, no me privaria del afecto de adulterio, el cual podria entrar por los oidos, y aunque me cortase las manos, no me privaria del efecto.

A que diré esto, que la mejor medicina contra todo afecto de carne es que el hombre se acuerde y tenga siempre en su memoria el deber de la regeneracion cristiana, acordándose que como miembro de Cristo murió en la cruz con Cristo, que, matando Cristo en la cruz su carne, mató la carne de todos los que somos sus miembros. El que no estará resuelto consigo mismo, determinado en guardar el deber de la regeneracion cristiana, no se podrá jamás reducir á lo que aquí aconseja Cristo, porque en el tal la carne hará su oficio y, no pudiéndose reducir al consejo, tampoco se reducira á no cometer adulterio á lo menos con el afecto y estara á peligro de caer en el efecto. Diciendo «te escandaliza», entiende: te hace tropezar y caer.

Tambien fué dicho: El que dejará á su mujer déle carta de quitacion. Yo empero os digo, que cualquiera que dejará á su mujer, no siendo por causa de adulterio, la hace ser adultera, y cualquiera que se casará con la dejada comete adulterio.

Porque Cristo en el capítulo 19 habla más particularmente del matrimonio, me reservo para allí, bien que he dicho mi parecer 1 Cor. 7, adonde está la práctica de esta teórica. Lo que declara aquí Cristo es, que el hombre ha de perseverar en el matrimonio con la mujer que tomará, no dejándola sino en caso de adulterio, y que el hombre que se casará con la mujer dejada cometerá adulterio. Si entiende de la dejada por adulterio ó no, me remito á los que más saben. El que querrá entender en qué manera pasaba esto del divorcio en tiempo de la ley, podrá leer en el Deut. cap. 24. «Carta de quitacion» es lo mismo que libello de repudio. A todo hombre cristiano que se casa, pertenece mirar muy bien la compañía que toma, cierto que solo la muerte lo puede apartar de ella. Es intemperancia tomarla sin consideracion, y es inconstancia dejarla sin demasiada causa.

Más habeis oido que fué dicho á los antiguos: No perjurarás, pero darás al Señor tus juramentos. Yo empero os digo: No jureis de ninguna manera, ni por el cielo, porque es el trono de Dios, ni por la tierra, porque es el banquillo de sus piés, ni por Jerusalem, porque es ciudad del grande rey; ni jurarás por tu cabeza, pues no puedes hacer un cabello blanco ó negro. Será, pues vuestra palabra: sí sí, no no, y lo demas de estos de mala parte es.

Continuando Cristo su intento de mostrarla diferencia entre el deber de la ley por la generacion humana y el del evangelio por la regeneracion cristiana, dice «más habeis oido» etc., entendiendo: porque la ley siguiendo el deber de la generacion no prohíbe el jurar sino el perjurar, los escribas y Fariseos se tienen por justos cuando no se perjuran, teniendo por

justos á los que no se perjuran, y, porque el evangelio siguiendo el deber de la regeneracion no quiere que el regenerado jure de ninguna manera, os aviso yo que no jureis de ninguna manera ni por ninguna cosa, reduciéndoos á un simple sí para afirmar y á un simple no para negar, porque os hago saber que todo lo que á esto se añade, sale y procede de ánimo no mortificado, que no siente ni conoce el deber de la regeneracion. Esta entiendo que es la sentencia de estas palabras.

Y viniendo á la particularidad de ellas, se ha de entender que, diciendo la ley «no perjurarás,» entendía que, cuando el hombre prometiese alguna cosa con juramento, en cuanto parecia que jurando la prometia á Dios, la cumpliese, porque no cumpliendola venia á ser perjuro. Con esto se entiende aquello «pero darás al Señor tus juramentos.» Lo mismo es «no perjurarás» que lo que dice el segundo mandamiento de la ley: «no tomarás el nombre del Señor Dios tuyo en vano.» Diciendo Cristo «no jureis,» excluye el perjurar y prohíbe el jurar, y entiende que, pues el cielo es de Dios y no nuestro, y la tierra es de Dios y no nuestra, y Jerusalem es de Dios y no nuestra, y en nuestras cabezas no podemos hacer lo que queremos, no es bien que juremos por cosa ninguna de ellas. Diciendo «será vuestra palabra,» entiende: será vuestro afirmar y vuestro negar. Y diciendo «y lo demas de esto,» entiende lo que se añade á este sí y á este no. Muchos escriben muchas cosas, pretendiendo declarar estas palabras de Cristo, limitándolos y poniendo casos en los cuales es lícito al cristiano jurar: yo me contento con decir esto: que, porque leo que San Pablo, deseado ser creido, juró algunas veces como consta Rom. 1; 2ª Cor. 11 y Gal. 1, y teniendo por cierto que el espíritu de Cristo hablaba en San Pablo, el cual espíritu no se aparta jamás del deber de la regeneracion cristiana, pienso así que en todo juramento que el hombre hace por su voluntad, no siendo constreñido á ello, se aparta del deber de la regeneracion cristiana. De manera que entónces es lícito al cristiano jurar, cuando es constreñido por los hombres y cuando es inspirado por Dios, como fué inspirado San Pablo. El hombre que no estará resuelto con el mundo para guardar el deber de la regeneracion cristiana, no se reducirá jamás á esta puridad, porque el respeto de la honra del mundo lo constreñirá á jurar, deseado ser creido en lo que afirmará.

Ya habeis oido que fué dicho: Ojo por ojo y diente por diente. Yo empero os digo: no resistais al mal, ántes, si alguno te dará una bofetada en tu carrillo derecho, vuelve el otro, y al que te querrá llevar en juicio y tomarte tu capa, déjale tambien el sayo, y si alguno te alquilará para una milla, vé con él dos. Al que te demandará, dále, y al que querrá alguna cosa prestada de tí, no se la niegues.

Prosiguiendo Cristo en poner la diferencia entre el deber de la ley por la generacion humana y el del evangelio por la regeneracion cristiana, dice «ya habeis oido que fué dicho» etc., como si dijese: porque la ley, siguiendo el deber de la generacion, quiere al que sacará á otro un ojo, le quebrará un diente etc., le sea sacado un ojo o un diente etc., los escribas y los Fariseos se tienen por justos, viviendo conforme á esto, y tienen por justos á los que hacen lo mismo; y porque el evangelio, siguiendo el deber de la regeneracion, quiere que el regenerado viva como muerto en la presente vida, os aviso yo que atendais á estar tan mortificados al ambicion y al interes que no hagais resistencia alguna al que os tratara mal, tanto que, si os será dada una bofetada en el un carrillo, no halleis resistencia en vosotros para parar el otro carrillo, para que os sea dada otra, y que si otro querrá litigar con

vosotros la capa, tengais tan perdida el afeccion á todas estas cosas corporales que no tengais en nada dejarle tambien el sayo, y que, si otro os pagará porque le sirvais en uno, esteis tan libres de todo interes que, siendo necesario, le sirvais en dos, y que, si otro os demandara algo de lo que teneis, no se os haga de mal dárselo y que, si otro os demandará alguna cosa prestada, holguezis de prestársela.

Así entiendo todas estas palabras de Cristo. Entiendo que su intento es decir que al cristiano regenerado pertenece vivir tan como muerto á la honra del mundo, que no se resienta siendo injuriado, y tan desenamorado de todas las cosas del mundo, estando resolutivo consigo mismo, que no haga resistencia al que se las querrá quitar ó tomar por fuerza ó por grado.

Y viniendo al particular de las palabras, entiendo que, diciendo la ley «ojo por ojo» etc., entendia que al que sacase un ojo, le fuese sacado otro etc. Si esto lo habian de hacer los jueces de su oficio sin querella de la parte ó si era necesaria la querella de la parte, siendo lícito al hebreo ir á demandar aquella justicia, yo no lo sé; entiendo bien por estas palabras de Cristo que entre los hebreos era tenido por cosa lícita demandar venganza conforme á la ley en presencia de los jueces. Diciendo «no resistais al mal,» entiende: no hagais resistencia al que os querrá maltratar, y añadiendo «antes si alguno te dará,» entiende: aparéjate á recibir más presto la segunda injuria que á vengar la primera. De manera que no entienda, que el parar el otro carrillo sea así á la letra; que esto sea así, consta por esto que ni Cristo lo hizo así en presencia de Caifás ni su apóstol San Pablo lo hizo así en presencia de Ananías, pero el uno y el otro guardaron bien el no hacer resistencia ni el defenderse de los que los abofeteaban y maltrataban.

Aquello «y al que te querrá llevar» etc. es casi lo mismo que ha dicho arriba del concertarse el hombre con su adversario, sino que esta es mayor perfeccion que aquella, en cuanto quiere Cristo que esté yo tan desaficionado á mi capa que no solamente no la defienda de él que me la querrá quitar por fuerza en juicio, pero que, siendo necesario, le deje tambien el sayo, estando tan bien desaficionado de él, antes que venir en competencia ni en juicio; lo que es de la capa y del sayo, es de todas las otras cosas. Diciendo «y si alguno te alquilará» etc., quiere que seamos así liberales del propio trabajo y sudor, estando desenamorados de nosotros mismos como de la hacienda. Aquello «el que demandará» etc. con aquello «al que querrá alguna cosa» etc. pertenece al ser liberales de lo que tenemos, aún cuando podriamos dejar de serlo.

Aquí consta mucho mejor que en ninguna de las otras partes, que el hombre que no estará revolido con el mundo quanto al ambicion, y consigo mismo quanto á la propia satisfaccion, para guardar el decoro de la regeneracion cristiana, será imposible á toda imposibilidad reducirse en poco ni en mucho á este vivir cristiano, no solamente al efecto, pero ni aún al afecto, porque luego reclamará, la honra del mundo y luego dará voces la sensualidad. De manera que es necesarísimo al hombre, que entra en el reino de los cielos aceptando la gracia del evangelio, para vivir segun el deber de la regeneracion cristiana, estar bien atento á todas estas palabras de Cristo, las cuales todas tienen intento á este deber.

Y cuanto á las limitaciones con que muchos las limitan, me remito á los que aciertan, yo para mí tomo sola esta limitacion que, deseando y procurando con la gracia y con el favor de Dios reducirme á lo que aquí entiendo que Cristo quiere de mí, me tendré por imperfecto mientras no lo conoceré en mí, y estaré cierto que Dios no me pone en cuenta mi imperfeccion, porque no me considera á mí por mí sino por Cristo, no alegándole yo mi propia justicia sino la justicia de Cristo, en el cual me conozco y siento muerto y resucitado, vivificado y glorificado, y doy infinitas gracias á Dios que me ha dado este conocimiento y este sentimiento y le suplico me lo acreciente, acrecentando en mí la fé y el espíritu.

Ya habeis oido que fué dicho: amarás á tu prójimo y aborrecerás á tu enemigo. Yo empero os digo: Amad á vuestros enemigos, decid bien de los que os maldicen, haced bien á los que os aborrecen, y orad por los que os oprimen y persiguen, para que seais hijos de vuestro padre el que está en los cielos, que hace que nazca su sol sobre malos y buenos y llueve sobre justos e injustos. Porque si amareis á los que os aman ¿que premio tendreis? ¿cómo y los publicanos no hacen lo mismo? Y si solamente saludareis á vuestros hermanos ¿qué gran cosa haceis? ¿cómo y los publicanos no hacen así? Sed pues vosotros perfectos segun que vuestro padre el que está en los cielos es perfecto.

Prosiguiendo Cristo en mostrar la diferencia entre el deber de la ley por la generacion humana y el del evangelio por la regeneracion cristiana, dice «ya habeis oido que fué dicho» etc., como si dijese: los escribas y Fariseos, porque no conocen por prójimos sino á solos los hebreos, se tienen por justos y tienen por justos á los que solamente aman á sus propios hebreos, aborreciendo á todos los que no son hebreos, porque la ley, siguiendo el deber de la generacion, dice «amarás á tu prójimo,» de lo cual infieren ellos que debe ser aborrecido el que no es prójimo, el que no es hebreo, y porque el evangelio, siguiendo el deber de la regeneracion, quiere que los regenerados vivan como hijos de Dios, imitando á Dios, os aviso que ameis á todos los hombres de cualquiera estado, ley ó condicion que sean, teniéndolos á todos por prójimos, aunque os sean enemigos y os hagan obras de enemigos aborreciéndolos, maldiciéndolos, oprimiéndolos y persiguiéndolos, porque haciéndolo así guardareis el decoro de hijos de Dios, siendo semejantes á él en cuanto, así como el envia su sol y su lluvia generalmente sobre todos los hombres, así vosotros hableis bien de todos, hagais bien á todos y rogueis á Dios por todos, no haciendo diferencia entre amigos y enemigos, pues Dios tampoco la hace.

Y siendo vosotros hijos de Dios, no os habeis de contentar con ser perfectos de la manera que son perfectos los hijos de Adam aún los muy depravados, los cuales aman á los que los aman y saludan á los que les son hermanos, pero habeis de pretender, desear y procurar ser perfectos de la manera que vuestro padre es perfecto. El muestra su perfeccion, haciendo bien á los que, siendo impíos é infieles, le son enemigos; mostrad tambien vosotros vuestra perfeccion, haciendo bien á los que os son enemigos.

Así entiendo todas estas palabras de Cristo, porque entiendo que en tiempo de la ley no era tenido por prójimo sino el hebreo, y Cristo en la parábola del otro que cayó en manos de ladrones declaró que todo hombre es prójimo. Y que aquello «aborrecerás á tu enemigo» era como una de las sentencias que aun entre nosotros, siendo humanas, vulgarmente son tenidas por divinas, como aquella «ordinata caritas incipit a se ipso.» Y que diciendo Cristo «decid bien de los que» etc., declara que son nuestros enemigos los que nos maldicen, los

que dicen mal de nosotros, nos aborrecen, nos oprimen y nos persiguen, y que nosotros habemos de mostrar el amor que les tenemos, hablando bien de ellos, haciéndoles buenas obras y rogando á Dios por ellos.

Y entiendo que, diciendo Cristo «para que seais hijos» etc., nos convida á esta perfeccion con el deber de la regeneracion cristiana, como si dijese: si fuédes hijos de Adam, como lo sois por la generacion humana, bastaria que fuédes perfectos como lo son los otros hombres, pero, siendo como sois hijos de Dios por la regeneracion cristiana, no basta que seais perfectos como los otros hombres, porque conviene que seais perfectos como hijos de Dios, avergonzándoos que sean vistas en vosotros costumbres que no convengan á hijos de Dios, mucho más que se avergonzarian diez villanos zafios cuando, siendo tomados por hijos del emperador, se hallasen con costumbres que no conviniesen á hijos del emperador.

Y aquí se ha de entender que todos los, que por la regeneracion cristiana nos conocemos hijos de Dios, habemos de pretender y procurar las costumbres que son propias de los que son hijos de Dios, aprendiéndolas del unigénito hijo de Dios Jesu Cristo, nuestro señor, y del mismo Dios, porque á los hijos pertenece ser muy semejantes á su padre. Y aquí cuadra bien una respuesta que he escrito declarando en qué manera entiende San Pablo que los cristianos somos perfectos y que debemos atender á la perfeccion.

El que considerará bien esta perfeccion que en todo este capítulo ha puesto Cristo, soy cierto que, viendo que no la puede alcanzar ni aún desear por sí, desconfiara de poder entrar en el reino de los cielos por su propia justicia, y soy tambien cierto que si, viniendo á esta desconfianza, aceptará y abrazará la justicia de Cristo que en el evangelio es ofrecida generalmente á todos los hombres, entrará con ella en el reino de los cielos y, resolviéndose con el mundo y consigo mismo, comenzará á desear esta perfeccion y comenzará á reducirse á ella. Y soy tambien cierto que segun que él se irá reduciendo á ella, así irá sintiendo en sí que está en el reino de los cielos, sintiéndose regenerado y sintiendo el regimiento y el gobierno del espíritu.

Y tengo por certísimo que con el sentimiento de esta regeneracion y de este gobierno se irá reduciendo más y más y que, yéndose reduciendo más y más, irá deseando mas esta perfeccion, y, deseándola más, entrará más en el reino de los cielos, porque aceptará y abrazará con más fé y con mayor afeccion la gracia del evangelio, rogando á Dios continuamente que le acreciente la fé y el espíritu, corriendo tras Dios y tras Cristo aficionadísimamente, olvidado de todas las cosas de la vida presente y de sí el primero, acordándose solamente de Dios y principalmente del amor que le ha mostrado castigando á Cristo por lo que habia de castigar á el.

De manera que ni el que está ajeno de Cristo se debe desesperar viendo que le es propuesta una tan alta perfeccion para entrar en el reino de los cielos, pues es así que lo, que no puede alcanzar por sí, lo alcanzará por Cristo, desconfiando de sí y confiando en Cristo, ni el que está incorporado en Cristo debe desconfiar teniéndose por ajeno de Cristo cuando se hallará fuera, de esta perfeccion, no guardando el decoro de hijo de Dios, hermano de Cristo, pues es así que, no considerándolo Dios á él por el sino por Cristo, no le pone en cuenta lo que falta al deber cristiano mientras el no se aparta con el ánimo de

Cristo. Y al que querrá aprovechar mucho en este camino cristiano, comprendiendo la perfeccion en que es comprendido, le aconsejaré que piense lo menos que podrá en sí y en las cosas del mundo, y que piense lo más que podrá en Dios y en las cosas de Dios, en Cristo y en las cosas cristianas.

En lo que Cristo ha dicho, cuanto al hablar y decir bien de los enemigos, podria dudar uno, diciendo que Cristo no lo hizo así con los escribas y Fariseos que le eran enemigos, como lo veremos en el capítulo 23, ni lo hizo así San Pablo con los falsos apóstoles que le eran enemigos, como consta en todas sus epístolas. Al cual se puede responder que Cristo decia mal de los escribas y Fariseos y que San Pablo decia mal de los falsos apóstoles, no con ánimo vindicativo, sino por quitarles el crédito que tenían con laa gentes con el cual las apartaban de Dios, de manera que Cristo decia mal de los unos, porque como enemigos de Dios apartaban á las gentes de Dios, y San Pablo decia mal de los otros, porque como enemigos de Cristo apartaban á las gentes de Cristo y del evangelio, llevándolas á Moisen y á la ley.

Y si dirá: luego tambien puedo yo decir mal de los que me seran enemigos á mí porque son enemigos de Dios y de Cristo, le responderé que es más seguro no decir mal de ninguno, porque el ánimo humano es inclinadísimo á apasionarse y el cristiano debe ser libre de toda pasion, pero que debe decir mal de los que le serán así enemigos, cuando le parecerá que conviene así para la confirmacion de la verdad cristiana, estando sobre sí de manera que no se apasione, y mostrando en su decir mal mucha modestia y mucha mansedumbre, de manera que los que oyen, conozcan que no se deleita en aquel mal decir ni se apasiona en él.

Tambien podia una persona cristiana desear saber la causa por que Cristo en todas las cosas que ha dicho en este capítulo, cotejando la perfeccion y justicia hebrea con la perfeccion y justicia cristiana, no ha tocado al primer mandamiento de la adoracion de Dios y amor de Dios ni al tercero de la santificacion del sábado ni cuarto del honrar al padre y á la madre, habiendo puesto ó tocado todos los otros mandamientos del decálogo.

Y á la tal persona yo responderia así: quanto el primer mandamiento que pertenece al culto y al amor divino, diria que no lo tocó Cristo porque la ley le da tanta perfeccion que no se le puede acrecentar mayor, hora sea en el Exod. cap. 20, adonde es mandada la adoracion, hora sea en el Deut. cap. 6, adonde es mandado el amor; quanto al tercero mandamiento que pertenece á la santificacion del sábado, diría que no lo tocó Cristo porque esta su instraccion no pertenecia para el tiempo en que la decia, en el cual era guardado el sábado, sino para el tiempo del reino de Dios, en el cual no hay diferencia entre dia y dia, siendo al cristiano, todos los dias un continuo sábado quanto á la santificacion. Quanto al cuarto mandamiento que pertenece al honrar al padre y á la madre, diria que no lo tocó Cristo, porque su intento no era instruirnos en el deber de la generacion humana, por el cual somos obligados al padre y á la madre, sino en el deber de la regeneracion cristiana, por el cual habemos de renunciar el deber de la generacion humana, de la manera que he dicho en una respuesta; diré bien aquí esto que, habiendo pretendido Cristo en todo este razonamiento como enseñarnos la via para reprimir y mortificar los afectos y los apetitos que nos son naturales, á fin que, mortificado lo que es natural, haya lugar para lo que es

espiritual, y siendo natural al hombre el honrar y sustentar á sus padres, ni habia para qué hacer aquí mencion de ello ni se le pudiera añadir perfeccion sobre la que la ley le da.

Esto es lo que al presente siento en este capítulo, y ruego á Dios me reduzca á término, que conozca yo en mí la perfeccion, que leyendo este capítulo, declarándolo y considerándolo, se me ha representado que me conviene tener para comprehender aquella perfeccion en que soy comprendido por la aceptacion del evangelio ó incorporacion en mi Cristo.

Capítulo VI

Advertid no hagais vuestra limosna en presencia de los hombres por ser vistos de ellos; y si no, no tendreis galardón acerca de vuestro padre el que está en los cielos. Por tanto, cuando harás limosna, no tengas la trompeta delante de tí como hacen los hipócritas en las sinagogas y en las calles por ser glorificados de los hombres. Dígoos de verdad: ya tienen su galardón. Tú empero, cuando harás limosna, no sepa tu mano izquierda lo que hace la derecha, á fin que tu limosna sea en secreto; y tu padre el que ve en secreto, él te remunerará en público.

Habiendo mostrado Cristo en el capítulo precedente que el reino de los cielos habia de ser interior y espiritual, que los que son hijos del reino son sal de la tierra y son luz del mundo, que la ley habia de vivir hasta que fuese guardada por él y cumplida en él, y que el deber del evangelio fundado en la regeneracion cristiana es mucho más perfecto que el deber de la ley fundado en la generacion humana, y que la perfeccion del vivir cristiano en el reino de los cielos es diferentísima de la perfeccion del vivir hebreo en el reino de la ley, viene á instruir á sus regenerados en la manera como se deben gobernar en las obras exteriores que se hacen por religion y piedad, como son la limosna, la oracion, el ayuno etc.

Adonde su intento es reducirlos á que no pretendan que los hombres del mundo los tengan por santos, porque en esta pretension hay muchos inconvenientes, siendo muy principal la concurrencia con los santos del mundo cuales eran los escribas y los Fariseos. Y hablando primero de la limosna, dice: «Advertid no hagais» etc., como si dijese Cristo: los escribas y los Fariseos, queriendo ser tenidos por santos, van siempre procurando que las limosnas que dan, sean públicas y manifiestas á todos, y en cuanto por ello son tenidos por santos reciben su galardón, alcanzando lo que pretenden, y vosotros que no habeis de pretender ser tenidos de los hombres por santos, sino ser santos delante de Dios, comprehender la santidad en que sois comprendidos, estad sobre vosotros, de manera que en vuestras limosnas de ninguna manera querais ser vistos de los hombres, porque, si no lo haceis así, dando testimonio de vosotros que no las haceis por Dios sino por el mundo, no tendrá Dios que agradeceros.

Esta entiendo que es la sentencia de estas palabras, en las cuales el intento que tiene Cristo es desarraigar de los ánimos de sus discípulos, de los que están en la regeneracion cristiana, todo afecto de hipocresía, la cual viniendo cubierta con manto de religion es la propia peste de la regeneracion cristiana, siendo contrarísima al vivir cristiano y espiritual,

el cual es ajenísimos de toda apariencia de santidad. Y es así certísimo que el que es más santo delante del mundo, el cual juzga por lo exterior, es menos santo delante de Dios, cuando él quiere que el mundo lo tenga por santo; y es también así, que el que es más santo delante de Dios, el cual juzga por lo interior, es menos santo delante del mundo, porque él se guarda bien de ser tenido por santo en el mundo. Y debajo de este nombre «mundo» entiendo á todos los hombres que están sin espíritu cristiano y por tanto sin regeneración cristiana.

Aquí podría dudar uno, diciendo: que esto es derechamente contrario á lo que Cristo ha enseñado arriba, diciendo que resplandezca nuestra luz delante de los hombres como la candela sobre el candelero, á fin que vean nuestras buenas obras, etc. Al cual se podría responder que allí habla Cristo de las obras que no pueden estar con fingimiento, que son propiamente cristianas, que se aprenden del mismo Cristo, como son la humildad de ánimo, la modestia, la mansedumbre, la sinceridad y resolutamente la mortificación y la vivificación, las cuales cosas, siendo obradas en nosotros por el espíritu de Dios, redundan en gloria no nuestra sino de Dios, y es así que el que las tiene en la verdad no se estima ni se precia de ellas, no conociendo en ellas ninguna propia virtud; y que aquí habla Cristo de las obras que pueden estar con fingimiento, que pueden ser hechas con espíritu humano, las cuales, siendo por la mayor parte obras nuestras, redundan en gloria nuestra, y es así que el que hace estas obras por la mayor parte se precia y estima por ellas y huelga de serpreciado y estimado por ellas, conociendo en ellas propia virtud, misericordia y liberalidad, porque estas son las obras que el mundo precia y estima, teniendo por más santos á los que están más puestos en ellas.

Y si habrá otro que, tomando ocasión de aquellos vocablos galardón y remuneración, dirá que Cristo quiere que obremos con intento de merecer, se le podrán decir dos cosas: la una, que advierta que aquí Cristo hablaba con hombres que aún no habían recibido espíritu de hijos, aún no eran entrados en el reino de Dios, porque aún no era venido, y los que son tales se mueven siempre por interés, y que si hablara con hombres que fueran ya hechos hijos, no les propusiera el galardón ó remuneración sino solamente el deber de hijos; y la otra, que puede bien el hombre obrar con intento de premio ó galardón con tanto que conozca que obra como puro hombre, como mercenario y como siervo, no como cristiano regenerado, no como amigo ni como hijo, á los cuales es propio obrar puramente por amor sin tener respeto ninguno á interés.

Y si habrá otro que desee saber en qué consiste esta remuneración que dice Cristo, le responderé que no consiste en la inmortalidad y felicidad eterna, porque esta se da á los que aceptan la gracia del evangelio por la justicia de Cristo, sino en el aumento de aquella felicidad, la cual entiendo que será mayor ó menor según que el hombre partirá de la presente vida más ó menos mortificado y vivificado, porque, (como otras veces he dicho), entiendo que á la mortificación responde la vivificación y que á la vivificación responderá la gloria de la resurrección.

Y al que deseara saber si será cosa cristiana obrar con intento de acrecentar la gloria de su resurrección, le diré que el cristiano regenerado ha perdido el amor propio y esta todo transformado en el amor de Dios y que, estando así, obra no por propia gloria presente ni futura, sino puramente por gloria de Dios; y por gloria de Dios obran los que dando limosna

tienen intento á que el que la recibe, no quede avergonzado ni confuso en la confianza que tiene en Dios.

Esta palabra limosna en el Griego es derivada de misericordia, porque el que hace limosna usa de misericordia, ántes todas las obras de misericordia son limosna. La misma palabra en el hebreo es derivada de justicia, ó porque es cosa justa que el hombre que puede, ayude al que no puede, ó porque los hebreos se justificaban dando limosnas, obrando obras de caridad, pretendiendo con ellas suplir lo que faltaban en el cumplimiento de la ley; y son hebreos todos los que con este intento obran obras de caridad, y es imposible que no obren con este intento los que no se conocen justos en Cristo, los que no han aún aceptado en sus ánimos la justicia de Cristo, porque solos estos no obran por ser justos sino porque son justos, obrando inspirados y no enseñados, y obrando por amor y no por deseo.

Diciendo «no tangas la trompeta», entiende: no quieras ser visto de los hombres. Hipócritas son los que muestran ser lo que no son, como los que en las comedias representan otro de lo que son. Sinagogas ya he dicho que eran los lugares ó casas públicas adonde los judíos se ayuntaban á oír doctrina. Diciendo «no sepa tu mano izquierda» etc., entiende: hazla lo más secretamente que te será posible. Diciendo «y si no», entiende: y si lo haceis de otra manera, si no lo haceis así, etc.

Y cuando orarás, no serás como los hipócritas, los cuales huelgan orar en pié en las sinagogas y en los rincones de las plazas, porque los vean los hombres. Dígoos de verdad que ya tienen su galardón. Tú empero, cuando oras, éntrate en tu cámara y cerrando tu puerta haz oración á tu padre el que está en secreto, y tu padre, el que ve en secreto, te remunerará en público. Y orando no hablareis mucho segun hacen los étnicos, porque piensan que por su mucho hablar han de ser oídos; no seais pues semejantes á ellos, porque sabe bien vuestro padre de qué cosas teneis necesidad ántes que le demandeis. Así pues orad: Padre nuestro que estás en los cielos. Santificado sea tu nombre. Venga ya el tu reino. Sea hecha tu voluntad como en el cielo, así también en la tierra. Nuestro pan el ordinario dánoslo hoy. Y perdónanos nuestras deudas así como también nosotros habemos perdonado á nuestros deudores. Y no nos metas en tentación, pero líbranos de mal. Pues que tuyo es el reino y la potencia y la gloria por siglos. Amen. Por tanto, si perdonáreis á los hombres sus errores, os perdonará también á vosotros vuestro padre el celestial, y si no perdonáreis á los hombres sus errores, ni vuestro padre os perdonará á vosotros vuestros errores.

Habiendo dicho Cristo en qué manera el cristiano regenerado se ha de gobernar, cuando obrar á obras de caridad, para no concurrir en aparente santidad con los escribas y Fariseos que son santos del mundo, viene á decir en qué manera se ha de gobernar en la oración y qué es lo que ha de orar. Cuanto á la manera, pone dos cosas: la una, que sea en secreto, contra los escribas y Fariseos hipócritas que, haciendo profesión de ser más santos que los otros y procurando ser tenidos y estimados por tales, oraban en público; y la otra, que sea con pocas palabras, contra los gentiles, que pensaban ser oídos hablando mucho como se lee de los sacerdotes de Baal. 3. Reg. 9.

Estas dos partes quiere Cristo que tenga la oración vocal del cristiano regenerado, y digo la vocal, porque para la mental no tiene necesidad de encerramiento, pues no la ven los

hombres, ni tiene necesidad de tasar palabras, pues no consiste en palabras; y llamo oracion mental al deseo del hombre cristiano que pretende haber alguna cosa de Dios, y así como todo hombre puede desear siempre y en todo lugar sin ser visto, así todo cristiano puede orar siempre y en todo lugar sin ser visto.

Cuanto á lo que el cristiano ha de orar, pone Cristo siete cosas, de las cuales las tres primeras principalmente tienen intento á la gloria de Dios, la una á nuestra sustentacion corporal y las otras tres á nuestra conservacion en la justicia del reino de Dios. Y porque en una consideracion he puesto lo que entónces entendí en esta santísima oracion, remitiéndome á lo que allí he dicho, diré aquí lo que ahora entiendo, y así digo que la primera cosa que el cristiano ha de orar es que el nombre de Dios sea santificado, y entónces es santificado cuando es glorificado Dios en sus obras y por sus obras, y esto generalmente de todas sus criaturas y por todas ellas. Esta demanda con deseo no puede estar sino en los que santifican á Dios, los que aman la gloria de Dios y no su propia gloria; los otros todos desean sus santificaciones y sus glorificaciones.

La segunda, que venga ya el reino de Dios, que venga ya aquel tiempo, en el cual, habiendo Cristo entregado el reino á su eterno padre, será Dios el todo en todas las cosas. Esta demanda con deseo no puede estar sino en los que están ciertos que estarán bien en el reino de Dios; los otros todos ántes temen este reino que lo desean. Los discípulos miéntras vivió Cristo entiendo que demandaban lo que Cristo pretendió que demandasen, la breve venida del Espíritu Santo, el cual los puso en el reino de Dios, y nosotros entiendo que quiere Cristo que demandemos su breve venida al juicio.

La tercera, que sea cumplida y efectuada acá en la tierra aquella voluntad de Dios que agrada y satisface á Dios, de la misma manera que es cumplida y ejecutada en el cielo. Esta demanda con deseo no puede estar sino en los que aman á Dios y están ciertos que son amados de Dios, porque los que no son de estos, desean cumplir sus voluntades no fiándose de la voluntad de Dios.

La cuarta cosa es que nos provea Dios del necesario mantenimiento para nuestra sustentacion corporal. Y no pueden demandar esto deseándolo sino los que tienen la pobreza en el espíritu que habernos dicho al principio del capítulo precedente, porque solos estos, habiendo renunciado el favor de las criaturas, dependen totalmente de Dios; los otros todos, confiando en sus riquezas y dependiendo de ellas, no desean ser sustentados por favor de Dios. Diciendo «hoy,» muestra que cada día se ha de demandar á Dios esto; y llamando al pan «nuestro» y no tuyo, pienso que alude á que con él somos nosotros sustentados, y parece que es de usanza de la santa escritura.

La quinta cosa es que nos perdone nuestros errores y defectos, aquellos en que nos apartamos del deber de la regeneracion cristiana y del decoro cristiano, pues tambien nosotros perdonamos á los hombres sus errores. Y no pueden demandar esto deseándolo sino los que, caminando tras la perfeccion que en el capítulo precedente ha puesto Cristo, se van allegando á ella, porque solos estos perdonan á los hombres las injurias que les hacen, no porque por ello Dios los perdone á ellos, sino por cumplir con el deber de la regeneracion cristiana y guardar el decoro cristiano; los otros todos ó quieren ser

perdonados sin perdonar, ó no se conocen culpados, no conociendo el deber de la regeneracion cristiana ni el decoro cristiano.

Huelgan las personas regeneradas en Cristo de decir á Dios «perdónanos nuestras deudas,» etc., porque, aunque se conocen y se sienten perdonados en Cristo y por Cristo, les place humillarse confesando que tienen errores, como hacia David que, aunque estaba cierto que Dios le habia perdonado su pecado, no dejaba de demandar á Dios perdon por confesarse culpado; y les place tambien obligarse á perdonar ó acordarse que han de perdonar, por desarraigat de sus ánimos todo afecto de ira y de rencor.

La sexta cosa es que, si bien seremos tentados para ser humillados y mortificados con las tentaciones, que no seamos vencidos ni sobrepujados en ellas. Esto no lo pueden demandar deseándolo sino los que confian en Dios, y conocen la malignidad propia, la cual tiene necesidad de ser humillada y mortificada; los otros todos no querrian ninguna suerte de tentacion.

La séptima cosa es que seamos librados del mal á que esta nuestra vida mortal está sujeta, de manera que los males no nos aparten del reino de los cielos y así de Dios y de Cristo. Esto no lo demandan deseándolo sino los que dependen de Dios, los cuales han renunciado todo el favor de las criaturas; los otros todos, confiando en sí mismos y en las criaturas, pretenden haber esta liberacion por sí mismos y por las criaturas.

De esta manera entiendo estas siete cosas que Cristo nos enseña que demandemos á Dios, entiendo que, aunque muchos las demandan con la boca, solamente las demandan deseándolas con el corazon los que, aceptando la gracia del evangelio de Cristo y siendo regenerados en Cristo, son entrados en el reino de Dios por Cristo.

Con aquello que añade Cristo á su oracion, diciendo: «por tanto si perdonáreis,» etc., entiendo que pretende obligarnos á perdonar, poniéndonos como á imperfectos delante el interes: si perdonáreis, sereis perdonados, y si no perdonáreis, no sereis perdonados. De las cuales palabras no se puede colegir que perdonando merecemos ser perdonados, pero colígese bien que los que perdonan se pueden certificar por estas palabras de Cristo que son perdonados, y que por las mismas los que no perdonan se pueden certificar que no son perdonados.

Conocía bien Cristo, cuánto es natural al hombre el afecto vindicativo, y, queriéndolo mortificar y matar en los suyos de manera que ningun rastro quede de él, les pone delante que no serán perdonados si no perdonan, bien que, (como he dicho), no son perdonados porque perdonan, ántes ellos perdonan porque son perdonados, y es así que, sintiéndose ellos perdonados de Dios, amorosamente son constreñidos á perdonar.

Adonde si me preguntara uno: qué es la causa por que en la doctrina del vivir cristiano se hace más instancia en el perdonar que en el no ofender, le responderé dos cosas: la una, que porque el ánimo humano es más solicitado y más inclinado á no perdonar que á ofender; y la otra, porque el ofender por la mayor parte es con ira y cólera, adonde el hombre pierde el sentido y así no mira lo que hace y por tanto es ménos culpable que en el no perdonar, adonde el hombre está, sobre sí y mira lo que hace y por tanto es más

culpable. Digo pues que por estas dos causas entiendo que en la doctrina del vivir cristiano se hace más instancia en el perdonar que en el no ofender.

A la persona cristiana que, movida por aquellas palabras de Cristo «porque sabe bien vuestro padre» etc., dirá: si sabe Dios qué es lo que yo he menester ántes que se lo demande ¿para qué me dicen que le demande? ¿de qué sirve la oracion? se le podrá responder que es así lo que dice Cristo: que sabe Dios nuestras necesidades ántes que se las digamos en nuestras oraciones, y aún más que sabe en qué manera nos ha de socorrer en ellas, y que quiere por nuestra imperfeccion que recurramos á él, á fin que, cuando nos dará lo que le demandaremos, reconociendo en ello su misericordia y su liberalidad nos certifiquemos que nos ama y así nos movamos á amarlo. Es el corazon humano tan incrédulo en tenerse por amado de Dios, y tan duro en amar á Dios, que tiene necesidad de ser certificado y ablandado con todas estas cosas.

Añadiré yo aquí esto que los, que conociéndose hijos de Dios regenerados y renovados por Cristo y en Cristo, en todas las cosas se descuidarán de sí mismos, de pensar en sus cosas, ora sea en las que pertenecen á la vida presente, ora sea en las que pertenecen á la vida futura, poniendo todo su cuidado en Dios y en Cristo y pensando siempre en Dios y en Cristo y en las cosas que son de Dios y de Cristo, se pueden certificar por estas palabras de Cristo, que Dios tiene cuidado de ellos y que piensa por ellos, sin que ellos le demanden lo que quieren de él, ántes es así que, cuanto ellos ménos piensan en sí por pensar en Dios, tanto piensa Dios más en ellos. Si los hombres nos redujésemos á creer esta verdad, viviríamos en la presente vida una vida celestial y divina. Dios me haga gracia de reducirme á ello. La oracion del cristiano ha de ir siempre llena de fé, de certificacion, que Dios le ha de dar lo que en la oracion le demanda. La oracion que no va así, no es cristiana.

Y cuando ayunaréis, no esteis mustios como los hipócritas, los cuales descoloran sus caras, porque los hombres vean que ayunan. Dígoos de verdad que tienen su galardón. Tú empero, cuando ayunas, unta tu cabeza y lava tu cara, porque no vean los hombres que ayunas sino tu padre el que ve en secreto, y tu padre, el que ve en secreto, te remunerará en público.

Porque á la oracion es anexo el ayuno, habiendo hablado Cristo de la oracion, habla del ayuno, en el cual quiere que en los suyos no haya ninguna demostracion ni apariencia ninguna exterior por evitar la concurrencia con los santos del mundo. Adonde se ha de entender que, porque el ayuno hebreo consistia en privacion de todas las satisfacciones con que el hombre se deleita fuera de Dios, queriendo los hipócritas ser tenidos por buenos ayunadores y así por muy santos y justos, se mostraban mustios y descoloridos. Esta demostracion es la que Cristo reprehende aquí.

Y diciendo «unta tu cabeza», etc., entiende: si bien ayunaras, muestra que no ayunas. Acostumbraban los hebreos untarse las cabezas y lavarse las caras por señal de alegría y satisfaccion. En efecto quiere Cristo que sus cristianos engañen á la prudencia humana y al juicio humano, haciendo lo que deben hacer y disimulando como si no lo hiciesen. Aquí se ha de notar que hablaba Cristo segun el tiempo en que hablaba; si hablara en nuestros tiempos, por ventura tuviera más que tachar en el ayuno.

Cuanto á lo demás, así como toda la vida del cristiano debe ser una continua oracion, así tambien debe ser un continuo ayuno, una continua abstinencia de todas las cosas con que se deleita la sensualidad ó con que nosotros sensualmente nos deleitamos en las criaturas y con las criaturas, no siendo nuestro deleite espiritual. Los que no ayunan de esta manera, ayunando ayunan segun el mundo, pero no ayunan segun Dios, y el ayuno de los tales no es anexo á la oracion, y por tanto no es cristiano ni aun hebreo, sino en cuanto es ceremonioso. El intento del cristiano en el ayuno, que consiste en afliccion de la carne, ha de ser solamente el que muestra San Pablo que tenia en sus ayunos, adonde dice que castigaba su cuerpo por ser señor de sus afectos y de sus apetitos. 1ª Cor. 9.

No os atesoreis tesoros en la tierra adonde el orin y la polilla corrompen y adonde los ladrones horadan y hurtan, pero atesoráos tesoros en el cielo adonde ni el orin ni la polilla corrompen y adonde los ladrones no horadan ni hurtan. Porque, adonde está vuestro tesoro, allí está tambien vuestro corazon.

Esta amonestacion de Cristo entiendo que pertenece á todo lo que ha dicho arriba acerca de la limosna, de la oracion y del ayuno, y así entiendo que atesoran en la tierra los que, obrando obras de caridad, orando y ayunando, tienen intento á que los hombres los tengan y estimen santos, y que atesoran en el cielo los que, obrando obras de caridad, orando y ayunando, se encubren de los hombres y se descubren á Dios. Y así como los que atesoran en la tierra, teniendo sus corazones en la tierra con los hombres de la tierra, tienen corazones terrenos, bajos y plebeyos que atesoran en el cielo, teniendo sus corazones en el cielo con Dios y con Cristo, tienen corazones celestiales, altos y divinos. Los que atesoran en la tierra, tienen ánimos hebreos, y los que atesoran en el cielo, tienen ánimos cristianos.

El orin y la polilla, con que son corrompidos ó deshechos los tesoros atesorados en la tierra, entiendo que son la vanagloria y ambicion, y los ladrones, que hurtan estos tesoros horadando las paredes, entiendo que son los demonios del infierno, de lo cual todo están seguros los tesoros atesorados en el cielo, porque allá no hay vanagloria ni hay ambicion ni hay tampoco espíritus infernales. Y es así que el que, obrando obras de caridad, orando y ayunando, solamente mira á Dios, no entra por esto en vanagloria ni en ambicion ni da lugar á las persuasiones del demonio, conociendo que en sus obras de caridad y que en sus oraciones por sí ó por otros no hay más bondad ni más perfeccion de la que Dios les da, queriéndolas aceptar por buenas, y conociendo que, si ayuna, es por no depravarse, y así en el ayuno conoce su imperfeccion, de manera que no le queda de qué gloriarse ni preciarse sino de su imperfeccion.

De esta manera entiendo estas palabras, bien que no contenderé con quien las querrá entender á la letra, diciendo que atesoran en la tierra los que tienen los ánimos intentos á hacerse ricos de cosas temporales, las cuales cosas están sujetas á orin, á polilla y á ladrones, y que atesoran en el cielo los que tienen los ánimos intentos á hacerse ricos de cosas espirituales, las cuales cosas no están sujetas á orin, ni á polilla ni á ladrones.

La candela del cuerpo es el ojo. Pues, si tu ojo será sencillo, todo tu cuerpo será claro, y si tu ojo será malo, todo tu cuerpo será obscuro. Pues, si la lumbre, que está en tí, será obscuridad, la obscuridad ¿cuánta será?

Como por un bonísimo expediente, con qué poder atesorar en el cielo, entiendo que da Cristo este aviso, diciendo «la candela del cuerpo» etc. Adonde parece que entiende Cristo que en el hombre interior es lo mismo que en el hombre exterior, en cuanto, así como el ojo corporal es la lumbrera corporal del hombre exterior, así la razón humana es la lumbrera natural del hombre interior, y en cuanto, así como, estando limpio y puro el ojo corporal, todo el hombre exterior está limpio y puro, y, estando gastado y estragado, todo el hombre exterior va gastado y estragado, así, estando limpia y pura la razón humana, todo el hombre interior está limpio y puro, y, estando gastada y estragada, todo el hombre interior está gastado y estragado.

Adonde se ha de entender que la razón humana, la lumbrera natural, la ciencia del bien y del mal, que el hombre adquirió perdiendo la lumbrera espiritual, está siempre gastada y estragada por más de mil maneras en todos los hombres que son puros hombres, no regenerados ni renovados por espíritu santo, y que está pura y limpia en los hombres regenerados y renovados por espíritu santo, siendo clarificada y purificada con la lumbrera espiritual, en los cuales solo el hombre interior está claro y resplandeciente.

Entendido esto, se entiende bien que con estas palabras pretende Cristo avisarnos que no basta nuestra razón humana, nuestra lumbrera natural, nuestra ciencia del bien y del mal á hacer que nuestro hombre interior esté así claro y resplandeciente que pueda atesorar en el cielo de la manera que conviene que atesoremos los que estamos en posesión del reino de los cielos por la aceptación del evangelio y regeneración cristiana, porque lo que en nosotros es lumbrera, está obscuro y tenebroso mientras no es purificado y clarificado con la lumbrera espiritual; y que, siendo esto así, debemos atender á alcanzar esta lumbrera espiritual, á procurarla y á demandarla á Dios con fe y con importunidad. Y por convidarnos y movernos más á esto, dice: «pues si la lumbrera que está en tí» etc., entendiéndolo: estando en tí la razón, que es tu luz, oscurecida, puedes pensar qué tales estarán las otras cosas interiores que en sí no son luz sino oscuridad. Por ojo sencillo entiendo lo contrario del ojo malo ó corrompido.

Ninguno puede servir á dos señores, porque ó aborrecerá al uno y amará al otro, ó se allegará al uno y despreciará al otro. No podéis servir á Dios y á la hacienda. Por tanto os digo: no penseis á vuestra alma qué comereis ni qué bebereis, ni á vuestro cuerpo qué vestireis. ¿Cómo y el ánima no es más que el manjar? ¿y el cuerpo que el vestido? Considerad las aves del cielo, que no siembran ni cogen ni ayuntan en trojes, y vuestro padre el celestial las mantiene. ¿Cómo y vosotros no valeis mucho más que ellas? ¿Quién de vosotros pensando puede añadir á su estatura un codo? Y del vestido ¿para qué pensáis? Reconoced los lirios del campo, cómo crecen, bien que no trabajan ni hilan; y dígoos que ni Salomón en toda su gloria estuvo vestido como uno de estos. Pues si á la hierba del campo, que es hoy y mañana es echada en el horno, viste Dios de esta manera ¿no vestirá mucho mejor á vosotros, oh hombres de poca fé? No penseis pues diciendo ¿qué comeremos? ó ¿qué beberemos? ó ¿qué vestiremos? porque todo esto lo buscan las gentes. Sabe bien vuestro padre el celestial que tenéis necesidad de todo esto. Buscad pues el reino de Dios y su justicia, y todo esto os será añadido. No penseis pues á mañana, porque mañana pensará por sí; bástale al día su aflicción.

Habiendo puesto Cristo las calidades y felicidades de los que están en el reino de los cielos, su dignidad, su deber, cuanto al ser santos delante de Dios y á no querer ser santos delante del mundo, viene á poner la seguridad con que pueden y deben vivir en la presente vida los que son hijos del reino de los cielos, descuidándose de sí mismos por poner todo su cuidado en Dios, ciertos que Dios tiene cuidado de ellos y que les proveerá mejor de todo lo que será necesario, mientras ellos dejarán de pensar en sí por pensar en Dios, que se proveerían ellos, pensando siempre en sí mismos.

Adonde me place decir esto que, si los que nos llamamos cristianos, mirando bien á lo que Jesu-Cristo nuestro señor pretendió en estas palabras, sin glosarlas ni limitarlas con la lumbré natural, obscura sin la lumbré espiritual, nos examinásemos bien, qué tanto nos confiamos en ellas, en qué difiere el pensamiento que nosotros tenemos de lo que tenemos de comer, de beber y de vestir, del que tienen los que no se llaman cristianos, soy cierto que nos confundiríamos y avergonzaríamos, conociendo que usurpamos el nombre de cristianos, pues, cuanto al confiarnos en las palabras de Cristo, somos iguales á los que no se llaman cristianos.

Esto lo digo por lo que he conocido de mí y en mí, y ¡pluguiese á Dios que no lo dijese por lo que al presente conozco! y ¡pobre de mí! que lo que más siento, lo que más me duele y me lastima, me llega hasta el ánima y me traspasa el corazón es que, si por lo que me confío en estas palabras de Cristo que pertenecen á la vida presente, quiero juzgar lo que me confío en otras palabras de Cristo que pertenecen á la vida eterna, me hallo tan ajeno de Cristo que casi ninguna parte tengo en él, pues es así que ni estas palabras, que pertenecen á la vida presente, tocan sino á los que las creen, ni las otras, que pertenecen á la vida eterna, tocan sino á los que las creen, y si, por lo que me aseguro en estas, tengo de juzgar lo que me aseguro en las otras, yo estoy fresco.

En esta agonía y aflicción tengo dos cosas con que me conforto. La una es la confianza que tengo en Dios que, pues me ha dado el deseo que tengo, de depender totalmente de él, tanto en lo que pertenece á la vida, presente cuanto en lo que pertenece á la vida eterna, también me dará el efecto del deseo que me ha dado, y así yo viviré alegrísimo y contentísimo. Y la otra es que, conociendo yo como es así que el ánimo humano, mucho más fácilmente se reduce á confiar en Dios en las cosas que el hombre conoce que no puede alcanzar por sí, que en aquellos que piensa poder alcanzar por sí, por su industria y por su diligencia, y sabiendo yo de mí que en mi ánimo está impresa firme y constante esta verdad que de ninguna manera ni por ninguna vía puedo alcanzar vida eterna, sino es remitiéndome á la justicia de Cristo, abrazándome con ella y á ateniéndome á ella, no estando así impresa en mi ánimo esta verdad que ni con mi industria ni con mi diligencia basto á alcanzar lo que pertenece para la vida presente, no hago juicio en lo que creo las palabras de Cristo que pertenecen á la vida eterna por lo que creo las palabras de Cristo que pertenecen á la vida presente, teniendo por cierto que me fio más en las que pertenecen á la vida eterna, porque estoy resuelto que no la puedo alcanzar por mí, que en las que pertenecen á la vida presente, porque no estoy así resuelto de no poderlas alcanzar por mí.

Y con todo esto no dejo de tenerme por imperfectísimo, siempre que leo estas palabras de Cristo, ni dejo de desear tener la perfección de ellas ni de rogar á Dios que me la dé para

gloria suya, ni de aplicarme con todo el ánimo á ellas, trabajando por conocer en mí el efecto de ellas.

Y viniendo á las palabras de Cristo, entiendo que, conociendo él cuánto es el hombre impedido en el cuidado que debe tener de Dios, de estar siempre unido con Dios y de procurar la gloria de Dios, del cuidado que tiene de estas cosas corporales y exteriores, pretende con estas palabras asegurarnos á los que somos suyos, que Dios nos proveerá de las cosas corporales, á fin que, descuidados de ellas, nos demos y nos apliquemos todos á las cosas espirituales.

Y así comienza diciendo: «Ninguno puede servir á dos señores,» etc. Y declarando qué señores son estos, dice: no podeis servir á Dios y á la hacienda, entendiendo que es imposible que un hombre atienda á las cosas corporales de la presente vida y á las cosas espirituales de la vida eterna sin faltar ó á las unas ó á las otras, de manera que es necesario que se resuelva á atender á las unas ó á las otras. Y queriendo Cristo que los que somos regenerados en él, nos resolvamos en atender á las cosas espirituales, descuidándonos de las corporales, dice, «por tanto os digo: no penseis» etc., como si dijere: y pues es así que no podeis servir á Dios y á la hacienda, atended á servir á Dios, y descuidáos de la hacienda, no pensando en el comer y beber para sustentar vuestras vidas, ni pensando en el vestir para cubrir vuestros cuerpos.

Y deseando Cristo persuadirnos que perdamos este cuidado, dice: «¿cómo y el ánima es» etc., entendiendo: pues os ha dado Dios las ánimas que son mucho más que el manjar con que son sustentadas, y pues os ha dado los cuerpos que son mucho más que los vestidos con que son cubiertos, bien podeis, asegurados que, así como os ha dado lo que es más, os dará también lo que es ménos, y asegurados perder el cuidado de ello. Y queriendo Cristo que esta cosa nos penetre en los ánimos, teniéndola por importantísima, dice: «considerad las aves del cielo» etc., entendiendo: pues veis la liberalidad de que Dios usa con las aves del cielo, dándoles el comer sin su trabajo y sin su solicitud, bien podeis asegurados que hará lo mismo con vosotros, y tanto más cuanto que vosotros sois de mayor excelencia que las aves.

El mismo argumento hace Cristo en los lirios del campo que en las aves del cielo. Y cuanto él más procura hacernos capaces de esta verdad á fin que perdamos este cuidado, tanto yo pienso más en la necesidad que tenemos de perderlo, y tanto me avergüenzo más cuando mirándome me hallo despojado de él, y ruego á Dios me libre y me despoje de tal manera de él, que yo no piense más á lo que tengo de comer que piensan las aves del cielo, ni piense más á lo que tengo de vestir que piensan los lirios del campo, porque hasta que me conozca en este estado, me tendré y juzgaré imperfecto. En aquello «¿quién de vosotros pensando» etc. entiende Cristo que, pues es así que nuestros cuidados no son bastantes á dar crecimiento á nuestros cuerpos y, sin pensarlo nosotros, Dios se lo da como le place, ¿por qué causa no nos descuidaremos, con Dios á nuestro grado, en la sustentacion de nuestros cuerpos, así como á nuestro despecho nos descuidamos en la estatura de los mismos cuerpos?

Aquello «oh hombres de poca fe» tiene mucha eficacia; y tales somos en la verdad, todos los que oimos estas palabras de Cristo y no nos resolvemos de una á descuidarnos de

lo de la vida presente, pasando todo nuestro cuidado á lo de la vida eterna. Tiene tambien mucha eficacia aquello «todo esto lo buscan las gentes,» adonde entiende Cristo que nosotros, los que somos hijos de Dios regenerados por él y en él, no debemos atender á lo que atienden las gentes, pues ya nosotros por la regeneracion y renovacion habemos dejado de ser gentes, habiendo dejado de ser hijos de Adam y venido á ser hijos de Dios.

Viniendo pues Cristo al punto principal, dice: «buscad pues el reino de Dios» etc., adonde declara que nuestro cuidado debe ser todo y del todo en buscar el reino de Dios y la justicia de Dios, porque esto es lo que pertenece á la vida eterna. Y diciendo «y todo esto os será añadido,» entiende que á los que buscaremos el reino de Dios y su justicia, nos dará Dios lo uno y lo otro, y nos dará como por añadidura sin nuestra solicitud todas las cosas que nos serán necesarias para comer, beber y vestir. Adonde entiendo que buscan el reino de Dios los que, saliéndose del reino del mundo, renunciando el regimiento y el gobierno de su prudencia humana, se entran en el reino de Dios, ateniéndose á estas palabras de Cristo, ciertos que serán cumplidas con ellos, y tanto más, cuanto más ellos perderán el cuidado de sí mismos. Tambien buscan el reino de Dios los que, certificados que estarán bien en él, van deseando el cumplimiento de aquellas palabras que habemos declarado en la santísima oracion de Cristo que dicen: «venga ya el tu reino;» y entiendo que buscan la justicia de Dios los que aceptan el perdon general que predica el evangelio por la justicia de Dios ya ejecutada en Cristo: esta es la justicia con que Dios nos justifica, y esta es la justicia con que se toma la posesion en el reino de Dios; con la misma es defendida la posesion y con la misma es conservada, y la misma lleva á los que la aceptan á la gloria de la resurreccion.

Concluyendo Cristo esta divinísima y eficazísima amonestacion, dice: «no penseis pues á mañana,» etc., adonde muestra que su intento en todo esto ha sido reducirnos á que en un día no pensemos en lo que habemos de comer, de beber y de vestir otro día, pues basta que pensemos hoy por hoy y mañana por mañana. Y diciendo «bástale al día su afliccion,» muestra Cristo que es una de las miserias humanas el tener cuidado del comer y del vestir, aunque no sea más que para un día, y así lo sienten con efecto los que tienen del espíritu de Cristo, los cuales tendrían por felicidad poderse pasar sin comer y sin vestir. De esta manera entiendo todas estas palabras de Cristo, las cuales me ponen delante los ojos mi imperfeccion, tanto que me avergüenzo de mí mismo, viéndome tan lejos de aquello que Cristo quiere de mí.

Cuanto á las limitaciones con que son limitadas estas palabras, me remito á los que aciertan mejor, tomando esto para mí que, (como he dicho), me tendré por imperfecto, hasta que me halle tan descuidado de lo que tengo de comer para sustentar mi vida, cuanto están descuidadas las aves del cielo, y tan descuidado de lo que me tengo de vestir, cuanto están descuidados los lirios del campo. Esto he tornado á replicar porque me place, y para mí tanto no quiero limitacion en estas palabras, holgándome de conocer con ellas mi imperfeccion. En todas las partes adonde dice «penseis» y «pensando,» el vocablo griego significa algo más que pensar, tener cuidado ó solicitud; es bien verdad que el evangelista lo usa por pensar simplemente, como veremos en el cap. 10, adonde, diciendo Cristo á sus discípulos que no piensen en lo que han de decir en su defension cuando serán llevados delante de los príncipes del mundo, porque el espíritu santo hablará por ellos, usa de este mismo vocablo, y allí claramente consta que lo usa el evangelista por «pensar.» Adonde

dice «hacienda,» el vocablo griego significa, como seria decir, «vitualia,» las cosas de comer y de vestir. Por «ánimas» entiende vidas.

Capítulo VII

No juzgueis, á fin que no seais juzgados, porque con el juicio que juzgais, sereis juzgados y el con la medida que medís, os será medido. ¿Por qué pues ves la arista que está en el ojo de tu hermano, y no consideras la viga que está en tu ojo? Ó ¿cómo dirás á tu hermano: deja; echaré la arista de tu ojo, y ves que la viga, está en tu ojo? Hipócrita, echa primero la viga de tu ojo, y entónces verás á echar la arista del ojo de tu hermano.

Viniendo Cristo á hablar en el recatamiento, con que los que siendo regenerados son hijos del reino de los cielos, conviene que vivan entre los hombres del mundo, y acabar de poner este fundamento de la fe cristiana con el cual está saldo y firme contra todos los combates con que es combatida, dice: «No juzgueis.» Adonde conviene entender, que el juzgar las vidas ajenas es propio de los santos del mundo y más de los más perfectos, -estos las juzgan y las condenan cuando los hombres no viven como ellos, y que el mismo juzgar es propio de los santos de Dios, pero imperfectos, en cuanto aún tienen en sí resabio de santos del mundo, aún saben á la raíz de la santidad del mundo, de donde son cortados.

Porque, entendido esto, se entiende que, prohibiendo aquí Cristo el juzgar ó condenar, muestra que habla con estas dos suertes de gentes, diciendo: «hipócrita, echa primero» etc., porque no solamente son hipócritas los que fingen ser lo que no son, pero son tambien hipócritas los que se persuaden ser lo que no son, como los perfectos santos del mundo, que por su vivir moral y por sus justicias exteriores se tienen y se estiman santos, y como los imperfectos santos de Dios, que aún no han desechado el jugo de la raíz de la santidad del mundo. Y que sea así que los imperfectos santos de Dios sean sujetos á este vicio de condenar las obras ajenas, consta por San Pablo, Rom. 14, adonde reprehende el juzgar en los imperfectos, á los cuales él llama enfermos, y reprehende el menospreciar en los perfectos, á los cuales no es prohibido el juzgar, en cuanto juzgan con lumbré espiritual y no con lumbré natural, y segun San Pablo «spiritualis omnia judicat,» 1ª Cor. 2, y en cuanto juzgando no condenan como los que son hipócritas.

Sabido esto, se entiende bien que, hablando aquí Cristo con los santos más perfectos del mundo y con los santos imperfectos de Dios, les dice que repriman y mortifiquen el afecto de juzgar, porque no los juzgue Dios á ellos. Y diciendo, «porque con el mismo juicio» etc., entiende lo mismo que entiende San Pablo, Rom. 2, que el que juzga á otro se da la sentencia contra sí, incurriendo en el mismo delito que él condena.

Esta misma sentencia está replicada en aquello «y con la medida que medís» etc., las cuales palabras dicen que son dichas por refran ó proverbio en la lengua hebrea, tomado del que vende y compra, que vendiendo con una medida es obligado á comprar con la misma medida; con la que da, con aquella recibe. Declarándose Cristo en lo que ha dicho, dice: «porque ves la arista» etc., entendiendo que son siempre mayores los defectos que tienen los que juzgan que los que tienen aquellos que son juzgados, porque los santos del mundo

los más perfectos son los que más juzgan, y por ordinario juzgan á los santos de Dios, y júzganlos de algunas cosas que ó no son defectos en ellos, como son las observaciones exteriores de las cuales eran juzgados los discípulos de Cristo de los escribas y Fariseos, ó son como arista en el ojo, cotejadas con la viga que está en el ojo del que las juzga.

Diciendo «y entónces verás» etc., entiende Cristo que es el hombre inhábil para conocer los defectos ajenos miéntras tiene defectos propios, así como es inhábil uno que no ve, para curar en otro el mal de ojos. Y porque acerca de este juzgar he hablado declarando á San Pablo, Rom. 14, me remito á lo que allí he dicho. Y de aquello y de esto tomo esta doctrina, verdaderamente cristiana, que es cosa segurísima no juzgar las obras ajenas, y tomo este aviso que, cuando veré á uno que juzga el vivir ajeno, lo tendré ó por perfecto santo del mundo ó por imperfecto santo de Dios, por imperfecto cristiano.

No deis lo santo á los perros ni echeis vuestras piedras preciosas delante de los puercos, porque no acontezca que estos las pisen con sus piés y aquellos vueltos á vosotros os despedacen.

Avisa Cristo á las personas espirituales, á los hijos del reino de los cielos que están en la regeneracion cristiana, que no platiquen en cosas de espíritu y de regeneracion en presencia de hombres carnales ni de hombres malignos, por el inconveniente que de ello se sigue, esto es que los carnales desprecian y burlan de las cosas que son de espíritu, y los malignos calumnian, persiguen y maltratan á los que les dicen las cosas espirituales. Los carnales las desprecian, porque no las entienden ni las sienten, y los malignos persiguen á los que se las dan, porque no quieren que otros tengan lo que ellos no tienen.

Este aviso es necesarísimo en todos tiempos, y las personas cristianas deben mirar mucho en él. Adonde si me preguntará uno diciendo: si no se han de dar ni comunicar los tesoros espirituales ni con carnales ni con malignos, ¿cómo se podrá predicar el evangelio el cual es santo y es piedras preciosas y es el verdadero tesoro espiritual y divino? y si no se predica ¿cómo será aceptado? le responderé que con estas palabras no prohíbe Cristo el predicar el evangelio, el cual debe ser predicado generalmente á todos los hombres por todo el mundo, pero prohíbe el razonar y el platicar en el vivir cristiano y en lo que es anexo á él con los hombres que no han aceptado el evangelio. ¿A qué propósito tengo yo de decir, en qué manera es Cristo señor de los escogidos de Dios, es cabeza en la iglesia de Dios, y es rey en el pueblo de Dios, á los que, no habiendo aceptado el evangelio, no saben qué cosa es Dios ni qué cosa es Cristo? ¿De qué sirve que yo hable de la incorporacion, con que el hombre es incorporado por la fe en Cristo, con hombres que no han aceptado en sus corazones el evangelio de Cristo? ¿A qué propósito tengo yo de mostrar como, matando Dios en la cruz á Cristo, mató á todos los que creen en Cristo, y que, resucitando Dios glorioso á Cristo, resucitó glorioso á todos los que creen en Cristo, á los que no creen el evangelio de Cristo? ¿Para qué efecto tengo de proponer la doctrina del vivir cristiano, que todo consiste en mortificacion, á los hombres que por no haber aceptado el evangelio estan dedicados al mundo?

Sea pues esta la conclusion: que sea propuesto generalmente á todos el evangelio de Cristo, intimándoles el indulto y perdon general por la justicia de Dios ejecutada en Cristo,

y que la doctrina del vivir cristiano sea solamente propuesta á los que han aceptado el evangelio de Cristo, y que los secretos de la regeneracion cristiana, los privilegios, de que gozan los que son hijos del reino de los cielos, solamente sean platicados con los que comienzan á sentir en sí los frutos y efectos del evangelio, dejando de ser puercos, de ser viciosos y carnales, y dejando de ser perros, de ser malignos y perversos, y comenzando á vivir pura y santamente, siguiendo el deber de la regeneracion cristiana. Y el ser perros contra los santos de Dios entiendo que es propio de los santos del mundo, porque estos son los que se vuelven contra ellos y los despedazan con murmuraciones, con persecuciones y con martirios. De los cuales como de peste deben huir los santos de Dios, los verdaderos cristianos.

Demandad y dáros han, buscad y hallareis, llamad y abriros han. Porque todo hombre que demanda recibe, y el que busca halla, y al que llamará será abierto. ¿Hay por ventura algun hombre de vosotros que, si su hijo le demandara pan, le dará piedra? y si le demandara un pez ¿dará por ventura una serpiente? Pues, si vosotros, que sois malos, sabeis dar buenas dádivas á vuestros hijos ¿cuánto mejor vuestro padre el que está en los cielos dará bienes á los que le demandarán?

Este consejo de Cristo cuadra muy bien, juntado con lo que en el capitulo pasado ha hablado de la oracion, porque allí enseña á los hijos del reino de los cielos cómo y qué han de orar, y aquí les enseña que es bien orar y ser importunos en la oracion y los certifica que alcanzarán lo que demandarán en la oracion. Y que sea así, que este consejo pertenezca solamente para los que son hijos de Dios por regeneracion, consta por el ejemplo que pone Cristo del padre con el hijo.

Somos todos los hombres hijos de Dios por la creacion, pero esta filiacion no nos hace amigos de Dios, y esta la tenemos comun con todas las criaturas; y somos todos los verdaderos cristianos incorporados en Cristo, hijos de Dios por la regeneracion, la cual filiacion nos hace amigos de Dios, en cuanto no nos considera Dios por lo que somos en nosotros mismos sino por lo que somos incorporados en Cristo, en el cual somos justos y santos, porque él es justo y santo á estos hijos dice Cristo que demanden, que busquen y que llamen á la puerta de Dios, siempre que desearán haber alguna cosa de Dios, prometiéndoles que alcanzarán de Dios todo lo que desearán. Y por confirmarlos más en esta verdad á fin que así mejor se certifiquen en ella, porque la certificacion es la que da vida á la oracion, dice «porque todo hombre que demanda» etc., entendiendo que de esta general pueden tomar esta particular que si demandan, que si buscan y que si llaman, saldrán con su intento.

Aquello «hay por ventura algun hombre» etc., es para confirmarnos más en la confianza, en la cual quiere Cristo que estemos confirmadísimos y certificadísimos, y por tanto, siempre que habla en la confianza, que habemos de tener en Dios, hace en ella más instancia que en otra cosa ninguna, y así dice aquí: sois vosotros malos y dais á vuestros hijos lo que os demandan, ¿y dudais que vuestro padre que es bonísimo, os dará á vosotros lo que lo demandais?

Adonde si dirá uno: yo dudo, porque no me tengo por hijo, le responderé que, si ha aceptado el evangelio, hace injuria á Cristo no teniéndose por hijo, mostrando que con

efecto no cree que Cristo sea hijo, porque, si lo creyese, habiendo aceptado el evangelio y con él estando incorporado en Cristo, no dudaría de tenerse por hijo. Y si dirá otro: yo dudo, porque, aunque me tengo por hijo, me tengo por mal hijo, le responderé que, si por su ser bueno se tiene por hijo, tiene razon de dudar, porque está en un error grandísimo, atribuyéndose á sí lo que no es suyo, y que, si por su incorporacion en Cristo no se tiene por buen hijo, hace grandísima injuria á Cristo, dudando de la bondad, de la justicia y de la santidad de Cristo, en cuanto no se conoce, por la incorporacion en Cristo, bueno, justo y santo.

Cierre pues todo hombre cristiano incorporado en Cristo por la aceptacion del evangelio, digo que cierre las orejas del cuerpo y del ánimo á las persuasiones humanas y diabólicas que le interturbarán la confianza en la oracion, y diga así: Cristo es hijo de Dios y yo, incorporado en Cristo, soy hijo de Dios; Cristo es buen hijo de Dios, justo y santo, y yo soy buen hijo de Dios, justo y santo; y así demande á Dios con confianza, no dudando, ántes estando cierto que alcanzará lo que demanda, fundando su certificacion en este prometimiento de Cristo, y será así que alcanzará lo que demandará.

Y lo que ha de demandar está dicho en el capítulo precedente. Adonde se ha de entender que á los que somos cristianos pertenece examinar nuestros deseos, cuando somos movidos á orar, para ver si somos movidos á demandar una de aquellas siete cosas que Cristo nos enseña que demandemos, á fin que, cuando serán conformes á aquellas, los abracemos y demandemos á Dios el efecto de ellos, y, cuando serán contrarios, los desechemos y no nos pongamos á demandar el efecto de ellos. Aquello «si vosotros que sois malos» etc., es digno de consideracion contra nuestra natura depravada por el pecado del primer hombre, por el cual nos es tan natural el ser malos, cuanto, no pecando Adam, nos fuera natural el ser buenos. En Adam somos malos todos los hombres, y en Cristo somos buenos todos los que aceptamos el indulto y perdon general que nos es predicado en el evangelio de Cristo. Por lo que aquí dice «dará bienes,» San Lúcas dice: «dará el espíritu bueno», quiere decir el espíritu santo. Esto digo deseando persuadir á las personas cristianas que demanden á Dios que les de su espíritu santo, ciertas que se lo dará, fundando su certificacion en este prometimiento de Cristo.

Todo pues, cuanto querreis que los hombres hagan con vosotros, haced tambien vosotros así con ellos, porque esta es la ley y los profetas.

Esta sentencia no entiendo como depende de las palabras que preceden, ni como cuadra con las que siguen. San Lúcas las pone junto con la perfeccion que San Mateo pone en el capítulo 5, y pónelas por conclusion de toda ella, y allí cuadran bonísimo, porque incluyen todo lo que allí está dicho, pues es así que el que hará con los hombres lo que huelga que los hombres hagan con el, no ofenderá jamás á ninguno. El deber de la generacion humana quiere que el hombre no haga con otro lo que no querría que el otro hiciese con él, y el deber de la regeneracion cristiana pasando más adelante quiere que haga lo que querría que fuese hecho con él. Adonde se entiende que se engañan mucho los que igualan con la doctrina cristiana á la filosofía moral, la cual aún no llega al deber de la generacion humana, al cual deber pasa la doctrina cristiana.

Diciendo «porque esta es la ley» etc., entiende que, teniendo intento la ley y los profetas á reducir á los hombres á esto, el que se reducirá á ello cumplirá con ella y con ellos, y el que faltará será condenado por ella y por ellos, si no habrá abrazado la justicia de Cristo, la cual libra de toda condenacion á los que la abrazan, como entiende San Pablo, Rom. 8.

Entrad por la puerta estrecha; porque ancha es la puerta y espacioso el camino que lleva á perdicion, y muchos son los que entran por ella, y porque estrecha es la puerta y angosto el camino que lleva á la vida, y pocos son los que la hallan.

Porque la carne, que de ninguna manera querria ser estrechada, queriendo y deseando andar siempre libre y exenta, se pudiera resentir sintiendo la perfeccion que aquí le propone Cristo, queriendo Cristo que sus regenerados no se tiren afuera, espantados de tanta perfeccion: dice «entrad por la puerta» etc. Adonde parece que se imaginó Cristo dos puertas y dos caminos, la una puerta y el un camino difícil y árduo, y la otra puerta y el otro camino fácil y apacible, y que por el difícil se va á la vida eterna y que por el fácil se va á la muerte eterna. Y háse de entender que, así como el que lleva á la muerte eterna es fácil, es dulce y sabroso á la carne, si bien el ánimo, tornando sobre sí, halla en él dificultad y amargura sin sabor, así el camino, que lleva á la vida eterna, es difícil, amargo y desabrido para la carne, si bien es fácil, dulce y sabroso para el ánimo regenerado por Cristo.

Y entendiendo estas palabras así, no serán contrarias á las que dirá Cristo en el capitulo 11, que su yugo es suave, etc., porque allí, llamando yugo á la fé con que es aceptado el evangelio, lo llama suave porque no hay cosa en el mundo más suave que sentir la remision de pecados y reconciliacion con Dios por Cristo, y, llamando carga á la doctrina del vivir cristiano, la llama ligera porque tal es con efecto á los que, habiendo tomado el yugo de la fé, sienten los efectos de ella. Y aquí llama puerta estrecha y camino angosto á la doctrina del vivir cristiano, de que va hablando, entendiendo que es tal para la carne no mortificada por la fé.

Facilita pues aquí Cristo la dificultad del vivir cristiano, diciendo que, caminando el hombre por él, va á la inmortalidad y vida eterna, así como, caminando por el vivir mundano, va á la perdicion y muerte eterna.

En aquello «y pocos son los que la hallan» entiende que serán pocos los que irán á la vida eterna, cotejados con los muy muchos que irán á la muerte eterna. Y la causa, porque son pocos, es porque son pocos los que toman el yugo de la fé cristiana, sin la cual no se halla jamás el camino del vivir cristiano. Es la fé cristiana un manjar tan delicado que pocos estómagos lo sufren, y por tanto decia San Pablo «non omnium est fides»; y siendo la fé de pocos, es de pocos hallar el camino del vivir cristiano, por donde se va á la vida eterna.

Adonde se entiende que los que, aceptando el evangelio, comienzan á vivir cristianamente, comienzan tambien á gozar de la vida eterna, porque comienzan á vivir una vida semejante á la que habemos de vivir en la vida eterna; pero esto no lo creen jamás los que no tienen alguna experiencia de ello. Trabajemos pues, todos los que habemos aceptado el yugo de la fé cristiana, por entrar por la puerta estrecha, por caminar por el camino angosto, poniéndonos delante el deber de la regeneracion cristiana, mortificando todos nuestros deseos carnales, no satisfaciéndonos jamás en cosa ninguna de las que agradan á la

sensualidad, ciertos que alcanzaremos inmortalidad y vida eterna con Jesu Cristo nuestro señor.

Después de escrito esto, considerando aquello «y pocos son los que la hallan,» entiendo que llama Cristo «puerta estrecha» y «camino angosto» á la fé cristiana, y al vivir cristiano, porque lo uno y lo otro consiste en un punto, el cual es tan primo y tan sùtil que pocos lo aciertan á entender y poquísimos lo aciertan á exprimir. Y entiendo que, porque, después que el hombre acierta en el punto de la fé cristiana y en el punto del vivir cristiano, halla grandísima satisfaccion en lo uno y en lo otro, dice Cristo en el cap. 11 que su yugo es apacible y su carga ligera. Y de esto he hablado en una respuesta.

Guardáos de los falsos profetas, los cuales vienen á vosotros con vestiduras de ovejas, pero dentro son lobos robadores. Por sus frutos los conoceréis. ¿Por ventura cogen de espinas uva, ó de abrojos higos? Así todo árbol bueno hace buena fruta, y el árbol malo hace mala fruta. No puede el buen árbol hacer mala fruta ni el árbol malo hacer buena fruta. Todo árbol, que no hace buena fruta, es cortado y echado en el fuego. Por tanto por sus frutos los conoceréis.

Este aviso, que da Cristo á sus discípulos, consta claramente que no servia para el tiempo que él vivia con ellos corporalmente, sirviendo para el tiempo que él vive con sus discípulos espiritualmente, á los cuales es necesarísimo este consejo en todos tiempos, porque siempre entre los verdaderos profetas se engieren los falsos. Y háse de entender que los que aquí llama Cristo falsos profetas, porque habló en tiempo de la ley, llama San Pablo falsos apóstoles, porque habló en tiempo del evangelio. Estos entiendo que son profetas y son apóstoles, en cuanto predicán á Cristo y enseñan el vivir cristiano, habiendo aprendido por ciencia lo uno y lo otro, y entiendo que son falsos, en cuanto con Cristo mezclan á Moisen y con el vivir cristiano mezclan la ley.

Las «vestiduras de ovejas,» que estos traen, entiendo que son el nombrar mucho á Cristo y al evangelio, la pobreza exterior, la humildad en las palabras, la vida austera, el menosprecio aparente del mundo y de las pompas y riquezas de él. Y el ser estos «lobos robadores» no entiendo que consiste en que toman á nadie lo suyo sino en que, así como los lobos son la peste de las ovejas porque las roban y se las comen, así estos son la peste de las ovejas de Cristo porque las apartan de Cristo y las llevan á Moisen, las apartan del evangelio y las llevan á la ley, como habian apartado á los Gálatas segun parece por la epístola que San Pablo les escribió. De estos tales lobos dice Cristo que nos guardemos, que pongamos los ojos en ellos, para que no nos perviertan.

Y diciendo «por sus frutos los conoceréis,» entiendo que, mirando bien en sus obras, conoceremos que son falsos profetas y que son falsos apóstoles. Las obras del verdadero profeta y apóstol son la humildad del ánimo, la modestia, la mansedumbre, la sinceridad y la verdad, y es resolutamente la mortificacion de lo que es carne y es mundo; el que es tal, predica puramente á Cristo sin mezclarlo con Moisen, y enseña puramente el vivir cristiano sin mezclarlo con ley, porque en su corazon tiene á Cristo, al evangelio y al vivir cristiano, y no puede dar sino de lo que tiene, y háse de entender que la fé cristiana ha hecho este efecto en él.

Las obras del falso profeta y apóstol son la propia estimación, el ser escandaloso, revoltoso, contencioso, falso, maligno y mentiroso; el que es tal, predica más de Moisés que de Cristo, si bien nombra más a Cristo que a Moisés, y enseña más ley que evangelio, porque tiene más de Moisés que de Cristo y más de ley que de evangelio, y no puede dar sino de lo que tiene. Y por tanto muy a propósito compara Cristo a los falsos profetas al árbol malo, comparando a los verdaderos profetas y apóstoles al árbol bueno. Antes es así que todo hombre, por muy virtuoso que sea según las virtudes morales, si está sin Cristo, es mal árbol, y, siendo mal árbol, es necesario que dé mal fruto, porque el corazón, de donde sale el fruto, es malo; así como todo hombre, por flaco y enfermo que sea, si está incorporado en Cristo, es buen árbol, y, siendo buen árbol, es necesario que dé buen fruto, porque el corazón, de donde sale el fruto, es bueno, estando renovado por Espíritu santo.

Y por tanto decía bien San Jacobo: «muéstrame tu fe por tus obras y mostraré yo mi fe por mis obras», entendiéndolo que no aprovecha que yo diga que creo, si en mi vivir mortificado y aún muerto al mundo no muestro que creo, porque es así que la mortificación es el efecto de la fe, así como también la humildad y la caridad, porque el que cree es humilde y es caritativo.

Diciendo Cristo «por sus frutos los conoceréis», nos da licencia a los que somos suyos que juzguemos de la falsedad y de la verdad de los que no son profetas y apóstoles por lo que veremos en su vivir exterior, a fin que, viendo que su vivir es ambicioso, escandaloso y contencioso, teniéndolos por falsos y mentirosos profetas, huyamos de ellos, y, viendo que es humilde, modesto y puro, teniéndolos por verdaderos profetas, nos lleguemos a ellos. Para el cual juicio es necesario que siempre roguemos a Dios, acreciente en nosotros su espíritu santo, teniendo por cierto que sin él no lo sabremos jamás hacer.

No todo el que me dice «señor, señor», entrará en el reino de los cielos sino el que hará la voluntad de mi padre el que está en los cielos. Muchos me dirán en aquel día: señor, señor, ¿no habemos profetizado en tu nombre? ¿no habemos echado demonios en tu nombre? ¿y en tu nombre habemos hecho muchos milagros? Y entonces les confesaré: nunca os conocí, apartaos de mí los que obráis iniquidad! Por tanto a todo el que oye estas mis palabras y las hace, lo compararé al hombre sabio que edificó su casa sobre piedra; y bajó la lluvia y vinieron los ríos y soplaron los vientos y cayeron en aquella casa y no cayó, porque estaba fundada sobre piedra. Y todo el que oye estas mis palabras y no las hace, será semejante al hombre necio que edificó su casa sobre el arena; y bajó la lluvia y vinieron los ríos y soplaron los vientos y dieron en aquella casa, y cayó: y fué su caída grande.

Habiendo Cristo largamente instruido a sus discípulos en el deber de la regeneración cristiana que es propio de los que están en el reino de los cielos habiendo aceptado la gracia del evangelio, viene a concluir su instrucción, diciendo: «no todo el que me dice» etc., entendiéndolo que, para tomar posesión del reino de los cielos en la presente vida de manera que la continuemos en la vida eterna, es menester que, aceptando la gracia del evangelio por la cual llamamos a Cristo señor, nos apliquemos a vivir cristianamente por el deber de la regeneración cristiana según lo que en estos tres capítulos él nos enseña, confirmando nuestra fe con nuestro vivir cristiano y mostrando por nuestras obras que tenemos fe.

Y así al hombre que, viviendo según se acostumbra en el reino del mundo, piensa salvarse, diciendo que tiene fe, lo compara Cristo al que edifica sobre arena su casa, en cuanto la fe del tal, no estando confirmada con experiencia del vivir cristiano, siendo combatida, cae; y al hombre que, viviendo cristianamente sin conformarse en nada con el mundo, confirma su fe cristiana con su vivir cristiano, lo compara Cristo al que edifica su casa sobre piedra, en cuanto la fe del tal, estando así confirmada, aunque es combatida, no cae.

Adonde se ha de entender que pretende Cristo persuadir á todos los que aceptamos su evangelio, que nos apliquemos á vivir de la manera que él ha enseñado en este razonamiento, pretendiendo con nuestro vivir cristiano mostrar y dar testimonio de nuestra fe cristiana y conservarnos en ella, defender y mantener la posesión del reino de los cielos en que entramos creyendo. Y háse de entender que la fe, que no resuelve al hombre en vivir de esta manera y que no lo reduce á ello á lo menos á quererlo, desearlo y procurarlo, no es inspirada ni revelada sino enseñada y relatada.

Esto digo á fin que se entienda que el vivir cristiano de los que viven cristianamente es efecto de la fe cristiana y no de su industria humana, para que no se glorie hombre ninguno en presencia de Dios. Así entiendo todas estas palabras de Cristo. Y entiendo más que, porque había muchos que seguían á Cristo por curiosidad y otros que siguiéndolo no se aplicaban á vivir según lo que él les enseñaba, y porque conocía Cristo que siempre en el mundo había otros muchos semejantes á estos, queriendo desengañar á los unos y á los otros, á fin que, ó se aplicasen y apliquen á vivir como él les enseñaba y enseña, ó se apartasen y aparten de él y lo dejasen y dejen y no le diesen ni den mal nombre con su vivir profano y mundano, dice: «no todo el que me» etc., entendiéndolo: para entrar en el reino de los cielos no basta que os andéis tras mí, que os llameis cristianos y que me llameis señor, porque es menester que principalmente cumpláis la voluntad de Dios. Y la voluntad de Dios entiende Cristo que es que nos apliquemos á vivir de la manera que él ha enseñado aquí. Y no nos aplicaremos, si primero no aceptamos la gracia del evangelio, la cual es eficaz en nosotros para resolvernos con el mundo y con nosotros mismos y así aplicarnos y reducirnos á vivir cristianamente.

Los que no aceptan el evangelio es imposible que vivan cristianamente, y los que lo aceptan, si conservarán en sí la memoria de la aceptación, será imposible que su poco á poco no vengán á vivir cristianamente, siguiendo tras el deber de la regeneración cristiana. Queriendo Cristo confirmar esto mismo, dice: «muchos me dirán» etc., entendiéndolo que en el día del juicio habrá muchos que, persuadidos por falsos profetas y apóstoles, se habrán creído tener posesión en el reino de los cielos por llamarse cristianos y por llamar á Cristo señor, y hacer ceremonias cristianas y hacer milagros en nombre de Cristo, no teniendo fe cristiana, de la cual nace el vivir cristiano, y que á todos ellos les dirá que se aparten de él, porque no los conoce, por ser ellos como son obradores de iniquidad; y tales son todos los que están sin Cristo, por muy santos que parezcan en los ojos del mundo, y sin Cristo están todos los que dudan de la justificación por Cristo, y dudando no se aplican al vivir cristiano.

Aquello «¿no habemos profetizado en tu nombre?» entiendo que toca á los falsos profetas y apóstoles que predicán á Cristo con Moisés y al evangelio con la ley, viviendo

ellos como gentiles ó como hebreos. Aquello «¿no habemos echado demonios?» con lo que se sigue, entiendo que pertenece á los que, para hacer conjuros, hechizos y ensalmos, se sirven del nombre de Cristo y del nombre de Dios, persuadiéndose ellos que hacen aquello en virtud de Cristo y de Dios, haciéndolo verdaderamente en virtud del demonio. Con quien querrá decir, que puede estar la fé de hacer milagros querrá en nombre de Cristo adonde no está la fé de la justificación por Cristo que es el fundamento del vivir cristiano, yo no contendere; es bien verdad que no me puedo persuadir que sea así, porque lo que dice San Pablo, 1ª Cor. 13, lo entiendo de la manera que allí lo he declarado.

Después de escrito esto acordándome que los discípulos de Cristo tuvieron don de hacer milagros y los hicieron, ántes que entendiesen el secreto del evangelio, de la muerte de Cristo y resurrección de Cristo, si bien conocían que Cristo era el Mesías, entiendo que puede estar el don de hacer milagros en hombres que no hayan aceptado la gracia del evangelio entendiéndola. En la cual inteligencia me confirmo más, acordándome que, siendo Júdas del número de los doce, le tocó también á él hacer milagros en nombre de Cristo.

En la comparación de los que edifican se ha de entender que, diciendo «y las hace,» entiende: y se aplica á hacerlas, á ponerlas en ejecución, no contentándose con decir: bien dice; y entiendo que no puede haber esta aplicación sino adonde hay fé cristiana, siendo así que el que no está cierto por la fe cristiana de estar bien en la vida eterna, no se puede jamás despojar del todo del afección á la vida presente y á las cosas de ella, y mientras no se despoja de esta afección, no puede aplicarse á la doctrina de Cristo.

La lluvia, los ríos y los vientos que dan sobre la casa edificada, quiero decir sobre la fé cristiana, entiendo que son las persecuciones de los hombres del mundo, las falsas persuasiones de los demonios del infierno y los asaltos de la propia sensualidad. Estos entiendo que dan sobre la fé cristiana, y entiendo que, cuando la hallan confirmada con la experiencia del vivir cristiano, está salda, firme y constante, así como, cuando la hallan fundada en opinión y sin experiencia del vivir cristiano, dan con ella en tierra, y su caída es tanto mayor cuanto la profesión cristiana es mayor. Y por tanto es necesario que el hombre funde su fé cristiana con la experiencia del vivir cristiano, según que me acuerdo haberlo escrito en una consideración.

Hasta aquí ha puesto San Mateo la mayor parte de la doctrina de Cristo, en la cual conviene y es muy necesario que el cristiano lleve el tino que está dicho arriba, acordándose siempre que le pertenece hacerse una grandísima violencia, resolviéndose con el mundo y consigo mismo, de la manera que habemos dicho arriba, y así reducirse á conformar su vivir, en cuanto le será posible, con esta doctrina, y sabiendo que, cuando alguno faltará en ella, no se ha de tener por ajeno de Cristo, ántes ha de conocer el beneficio de Cristo, considerando que, si Cristo no hubiera satisfecho y pagado por él, con todo este rigor sería juzgado y condenado en el juicio de Dios como serán juzgados y condenados los que no habrán aceptado el perdón general por Cristo que les es intimado en el evangelio, por la cual aceptación venimos al vivir cristiano, y, aunque faltamos en algo en él, no somos juzgados con este rigor.

Y aconteció que, como acabó Jesus estas palabras, se espantaron las gentes de su doctrina, porque les enseñaba como persona que tenia autoridad y no como los escribas.

Habiendo puesto San Mateo este divinísimo razonamiento de Cristo, pone el efecto que hizo en los ánimos de los que lo oyeron, diciendo que se espantaron, que quedaron atónitos, y, diciendo la causa de donde procedia su espanto, dice «porque enseñaba» etc., entendiendo que no se espantaban tanto de lo que decia, quanto de la majestad y autoridad con que lo decia, como señor y patron de lo que decia y no como siervo y sujeto á ello, cuales eran los escribas.

Adonde entiendo que la diferencia, que habia entre Cristo y los escribas, la hay tambien entre los que, teniendo del espíritu de Cristo, enseñan por experiencia, siendo tambien ellos señores y patrones de lo que dicen, y los que, teniendo por opinion las cosas cristianas, enseñan por ciencia, no siendo señores de lo que dicen. Esta diferencia la habrán experimentado en sí mismos los que, habiendo en su tiempo enseñado por ciencia, son venidos á enseñar por experiencias á enseñar con espíritu y no con letra; y experimentanla tambien los que, habiendo oido á los escribas que enseñan por ciencia, oyen á los cristianos que enseñan por experiencia, enseñando aquello que ellos propios experimentan dentro de sí mismos.

Aquí se me ofrece esta consideracion que verdaderamente me causa grandísima admiracion: que fuesen de mayor eficacia para convertir á los hombres diez palabras de San Pedro despues de la venida del Espíritu santo que todas estas que aquí ha dicho Cristo. En la cual consideracion aprendo tres cosas. La primera, cuánto somos incapaces los hombres de las cosas divinas, por mucho que oigamos hablar en ellas, miéntras que el Espíritu santo no nos mueve interiormente. La segunda, cuánto es Dios más liberal con los hombres despues que en Cristo castigó todos nuestros pecados, que era ántes que los castigase. Y la tercera, que el propio oficio de Cristo en el mundo no fué convertir hombres sino morir por los hombres, tomando sobre sí los pecados de todos ellos. Y quanto más considero esto, tanto más me certifico en esta verdad que, habiendo Dios castigado en Cristo mis pecados, no me castigará á mí por ellos; y esta certificacion conozco que hace en mí este singularísimo efecto que me mortifica los deseos de pecar y me reduce á término que desearia ser privado de toda delectacion corporal y exterior por poder estar totalmente embebido en la consideracion de este singularísimo beneficio de Cristo, la cual en grandísima manera me aficiona á Dios y á Cristo.

Aquí me maravillo de esto que, habiendo dicho San Mateo en el principio del capítulo 5 que Cristo comenzó á hablar con sus discípulos y habiendo llevado continuado este razonamiento, diga aquí que se espantaban las gentes, por donde parece que lo oian, pues se espantaban; pero en esto me remito á los que lo entienden; yo me huelgo de confesar mi ignorancia.

Y bajando él del monte, lo siguieron muchas gentes; y he aquí que un leproso viniendo lo adoró, diciendo: Señor, si quieres, puedes me alimpiar. Y extendida la mano, lo tocó Jesus, diciendo: Quiero, sé limpio; y luego le fué alimpiada la lepra. Y díjole Jesus: Mira no lo digas á ninguno, pero vé muéstrate al sacerdote y ofrece el don que mandó Moisen en testimonio á ellos.

En estas palabras se ofrecen estas cosas dignas de consideracion. La primera, aquello «lo adoró», adonde entiende el evangelista que hizo el leproso á Cristo la ceremonia que se hacia en el templo á Dios, que era echarse en tierra en señal de obediencia y sumision. Segundo: el crédito que el leproso tenia de Cristo, segun lo muestra diciendo: «si quieres, puedes.» Tercero: la facilidad con que Cristo lo sanó, confirmándole con el efecto la opinion que tenia de él. Cuarto: que manda Cristo al leproso que no diga á ninguno que él lo habia sanado, adonde yo pienso que se lo mandó, no porque no lo dijese, sino porque con la prohibicion le viniese más voluntad de decirlo, á fin que fuesen más los que glorificasen á Dios. Quinto: que, enviando Cristo al leproso al sacerdote, enseñó con obra lo que en el capitulo 5 habia enseñado de palabra, cuanto al no romper el menor mandamiento de la ley, la cual, como está dicho, habia de ser guardada en todo y por todo hasta la venida del Espíritu santo. El que querrá entender, como pasaba esta cosa de los leprosos en tiempo de la ley, leerá en el Levítico, capítulo 14, adonde entenderá. Aquello «en testimonio á ellos» quiere decir: á los leprosos alimpiados de la lepra.

Y entrando Jesus en Capernaum, vino á él un centurion, rogándole y diciendo: Señor, mi criado está echado en casa parálítico, gravemente atormentado. Y dícele Jesus: Viniendo yo lo sanaré. Y respondiendo el centurion dijo: Señor, no soy digno para que entres en mi casa, pero solamente dílo, de palabra, y será sano mi criado. Porque aún yo soy hombre sujeto que tengo debajo de mí soldados, y digo á éste: Va! y va, y á otro: Ven! y viene, y á mi siervo: Haz esto! y hácelo. Y oyendo esto Jesus se maravilló y dijo á los que lo seguian: Dígoos de verdad que ni aún en Israel no he hallado tanta fé; y dígoos que muchos vendrán de Oriente y de Poniente, y se asentarán con Abraham, Isaac y Jacob en el reino de los cielos: y los hijos del reino serán echados en la última obscuridad, allí hay llanto y batimiento de dientes. Y dijo Jesus al centurion: Vé, y segun que has creído, sea hecho contigo. Y en aquella hora fué sanado su criado.

En este milagro principalmente es digno de consideracion esto que, teniendo este centurion la fé que tenia en Cristo, de la cual dice el mismo Cristo: «dígoos de verdad que ni aun en Israel no he hallado tanta fé», se tenia por tan vil y tan malo que se juzgaba indigno que Cristo entrase en su casa; y si, como era este hombre así excelente en fé, fuera excelente en obras, se tuviera por justo y santo, y tuviera á Cristo por indigno que entrase en su casa.

Adonde se entiende bien, cuánto son diferentes los efectos que hace la fé, de los que hacen las obras sin fé, pues es así que la fé aún con obras humilla, y las obras sin fé ensoberbecen. La causa de estos tan contrarios efectos es esta, que en la fé no conoce el hombre ninguna propia virtud y así no se ensoberbece, y conociendo por ella y con ella sus propios defectos, se humilla; y en las obras sin fé conociendo el hombre su propia virtud, el cual conocimiento lo ciega, no dejándole ver sus defectos, no se puede humillar, ántes se

ensoberbece. La experiencia de esto la tenemos en los escribas y fariseos y en todos los que son santos del mundo.

En efecto es esto así que, así como la fé sin obras no es fé sino opinion y aún peligrosa, así las obras sin fé no son obras de caridad sino de carnalidad y aún peligrosísimas. La fé es fundamento de todo bien. Y llamo fé á la que da crédito á los prometimientos de Dios, y, teniendo á Dios por fiel y poderoso, está cierto en su ánimo que con el propio cumplirá todo lo que promete, y en particular se tiene por reconciliado con Dios por Cristo, no espantándose por muy malo que se conozca en sí. Y llamo obras de fé á las que dan testimonio de la fé, no pudiendo estar con fingimiento, como son la mansedumbre, la humildad, la obediencia y la caridad cristiana, las cuales cosas no están jamas sino adonde hay fé cristiana.

Lo que dijo Cristo del centurion «ni aún en Israel no he hallado tanta fé,» entiendo que lo fundó en las palabras del mismo centurion, en las cuales mostró tener mayor opinion de Cristo que el leproso que habia dicho «si quieres, puedes me alimpiar,» y aún que los discípulos que, dejadas todas las cosas, siguieron á Cristo, conociéndolo por más que hombre y por superior á todas las cosas criadas. Y es así que diciendo «porque aún yo soy hombre» etc., consta que quiso decir: yo soy hombre sujeto á hombres y soy obedecido con mi palabra de los que me son sujetos á mí, pues cuanto más tú, que eres más que hombre, no sujeto á hombres, serás obedecido con tu palabra de las criaturas que te son sujetas. Por donde parece que conoció el centurion divinidad en Cristo, y que de allí coligió que tenia mayor superioridad sobre las enfermedades y sobre las otras cosas criadas que tenia él sobre sus soldados y sobre sus criados.

Del caso del centurion tomó Cristo ocasion para tocar la conversion de los gentiles á la gracia del evangelio, y así dice «y dígoos que muchos vendrán» etc., adonde entiendo que los que aceptan el evangelio, siendo hijos de Abraham, entran en el reino de los cielos y se sientan con Abraham en la presente vida como se puede, y en la vida eterna se asentarán cumplida y perfectamente. A los hebreos llama Cristo «hijos del reino,» porque á ellos parece que tocaba, siendo ellos hijos de Abraham segun la carne y habiendo sido prometida la heredad del mundo, el reino de los cielos á Abraham y á su simiente. Estos dice Cristo que serán echados en la última obscuridad, entendiendo en la que está más léjos de la luz, adonde entiendo que, así como los que aceptamos el evangelio, en la presente vida entramos en posesion de la luz, del reino de Dios, adonde gozamos y jubilamos por la paz de nuestras conciencias; así los que no lo aceptan, en la presente vida entran en posesion de la obscuridad, del reino de Satanás, adonde lloran y tiemblan por la inquietud de sus conciencias; nosotros comenzamos á gustar de la felicidad del reino de Dios, y ellos comienzan á gustar de la infelicidad del reino de Satanás.

Diciendo Cristo al centurion: «Vé y segun has creído» etc., confirma mucho en grandísima manera la fé de los que creemos, certificándonos que hará Dios con nosotros segun nuestra fé, y así nos animamos á estar saldos, firmes y constantes en ella y á rogar á Dios que nos la acreciente, ciertos que con ella alcanzaremos de Dios todo cuanto queremos.

Si la fé ajena es bastante á alcanzar la salud interior del ánima, como parece en este caso que fué bastante para alcanzar la salud exterior del cuerpo, lo dejo examinarálos que lo saben.

Adonde dice «criado,» el vocablo griego significa tambien hijo, y yo tradujera hijo, si no que San Lúcas, contando este milagro, pone un otro vocablo que no puede significar sino criado, mozo ó siervo. Diciendo «de Oriente y de Poniente,» entiende indiferentemente de todas las partes del mundo.

Y viniendo Jesus á la casa de Pedro vió á su suegra echada y con calentura, y tocóle la mano, y dejóla la calentura, y levantóse y sirviólos.

De aquí se colige bien que San Pedro fué casado; si dejó la mujer ó no, por la predicacion del evangelio, no consta; es bien verdad, que por lo que dice San Pablo, parece que la traia consigo por donde iba á predicar. De lo que dice que la suegra de San Pedro despues de sanada sirvió á Cristo y á los discípulos se colige que guardaba Cristo en su manera de vivir una cierta mediocridad sin pompa y sin austeridad. La causa porque no vino con pompa ni vino con austeridad, la he puesto en una consideracion, ántes he puesto seis causas segun lo que entónces entendí.

Y venida la tarde le trajeron muchos endemoniados, y echaba los espíritus con la palabra y sanó á todos los enfermos, á fin que fuese cumplido lo dicho por el profeta Esaías que dice: Él tomó nuestras enfermedades y llevo á cuestas nuestras dolencias.

Muestra San Mateo la potencia de Cristo, diciendo que con la palabra echaba los malos espíritus de los cuerpos humanos. Cuanto á las palabras de Esaías, me remito á lo que dicen los que entienden como cuadran á este propósito.

Y viendo Jesus muchas gentes cabe sí, mandóles ir á la otra ribera. Y viniendo un escriba le dijo: Maestro, seguiréte adonde quiera que fueres. Y dícele Jesus: Las raposas tienen cuevas, y las aves del cielo nidos, y el hijo del hombre no tiene adonde eche la cabeza. Y otro de sus discípulos le dijo: Señor, déjame primero ir y enterrar á mi padre. Y Jesus le dijo: Sígueme y deja á los muertos enterrar á sus muertos.

En el escriba letrado ó teólogo considero á los hombres del mundo que, no viendo en Cristo sino aquello que espreciado y estimado en el mundo, sin ninguna consideracion se deliberan seguir á Cristo y, cuando ven en Cristo la bajeza, la pobreza y la humildad que son despreciadas del mundo, se apartan de la deliberacion. A estos entiendo que desecha Cristo, mostrándoles lo que en él es despreciado en los ojos del mundo, porque no quiere ser seguido con intentos ni con deseos humanos de avaricia, de ambicion ó de curiosidad.

En el discípulo considero á los hijos de Dios, predestinados para la vida eterna, á los cuales lleva Cristo tras sí, haciéndoles que dejen de cumplir con el deber de la generacion humana por cumplir con el deber de la regeneracion cristiana. El deber de la generacion humana llevaba á este discípulo á enterrar á su padre, y Cristo no se lo consintió, diciéndole que le siguiese á él, en lo cual cumplia con el deber de la regeneracion cristiana. Diciendo Cristo «deja á los muertos» etc., entiende: cumple tú con el deber de la regeneracion

crisiana y remite á los no regenerados que cumplan con el deber de la generacion humana. Aquí sí que pudiera gritar la ley contra Cristo, diciendo que aconsejaba á este que no guardase el cuarto mandamiento del decálogo; adonde entiendo que no gritaron contra Cristo los Fariseos sobre esto, porque no pertenecia á ceremonias, en la observacion de las cuales eran supersticiosísimos, como son todos los hombres que sin espíritu santo pretenden religion.

Grandísimo consuelo entiendo que es para las personas, que llamadas de Dios siguen á Cristo, considerar el caso de este discípulo, porque se persuaden que, haciendo Cristo con ellos lo que hizo con él, no las dejará apartar de sí, ni aún cuando serán provocadas por el deber de la generacion humana, en el cual hay cierta manera de piedad. Aquello «aves del cielo» es segun el hablar de la lengua hebrea, la cual llama cielo á la region del aire. Tambien aquello «hijo del hombre» es segun el hablar de la lengua hebrea, la cual á los hombres viles, bajos y plebeyos llama hijos de hombre ó de Adam, y es en efecto lo mismo que si los llamase hombres, á fin que conozcan su bajeza y vileza, siendo formados de tierra.

Adonde se ha de notar que la humildad de Cristo no se ha de considerar en que nació con pobreza y bajeza sino en que fué hombre, en el cual ser se humillara, cuando bien naciera emperador de todo el mundo, segun que lo he notado, Filip. 2. Ezequiel en su escritura acostumbra llamarse hijo de hombre. Añadiré aquí esto: que segun el juicio humano fuera razon que Cristo admitiera en su compañía al escriba que se ofrecia, y desechara de su compañía al discípulo que se excusaba, y Cristo hizo todo lo contrario. Adonde entendemos dos cosas: la una, que Cristo conocia los corazones de los hombres, sus deseos y sus intenciones, del cual conocimiento es comunicada una partecilla á las personas que tienen del espíritu de Cristo; y la otra, que es grandísima temeridad querer juzgar las obras de Dios, del hijo de Dios y aún de los que son hijos de Dios sino es con el mismo espíritu de Dios con que son hechas, conforme á lo que dice San Pablo que el espiritual juzga toda cosa, no siendo él juzgado de ninguno.

Y entrado el en una barca, lo siguieron sus discípulos. Y he aquí sobrevino una grande tempestad en el mar, tanto que la barca era cubierta de las olas, y él dormia. Y allegándose los discípulos, lo despertaron diciendo: ¡Señor, sálvanos! ¡perdidos somos! y dícele: ¿Por qué temeis, hombres de poca fé? Entónces levantado amenazó á los vientos y al mar, y sobrevino grande tranquilidad. Y los hombres se maravillaban diciendo: ¿Quién es este que y los vientos y el mar lo obedecen?

Lo que acontecio á estos discípulos de Cristo entiendo que acontece muchas veces á cada uno de los que somos discípulos de Cristo, en cuanto, así como con la tempestad del mar fué ejercitada la fe de estos discípulos á fin que, conociéndose incrédulos y faltos de fé, se humillasen y, deseando tener mucha fé, la demandasen, así tambien con diversas tribulaciones y tentaciones es ejercitada la fé de cada uno de nosotros, á fin que, conociéndonos incrédulos y faltos de fé, nos humillemos y, deseando tener mucha fé, la demandemos á Dios. Tenian fe estos discípulos, porque, si no la tuvieran, no siguieran á Cristo ni fueran á demandarle que los librase del peligro, pero la fé era flaca y enferma, porque, si fuera firme y constante, tuvieran por cierto que no podían perecer, estando en la barca con Cristo, y así no fueran á despertar á Cristo ni él los reprehendiera con aquellas

palabras «¿por qué teméis?» etc. De las cuales se colige bien que el temer es indicio de poca fé; y, si el temer de aquellos discípulos de Cristo que no tenían particular prometimiento en que poder fundar su fé, fué indicio de poca fé, cuánto será mayor indicio de poca fé el temer de cada uno de nosotros, que no estamos en una barca con Cristo, pero que estamos incorporados en Cristo y tenemos grandes prometimientos de Dios.

Sea pues esta la conclusion: que el que teme, duda, y que el que duda, tiene poca fé, porque, si tuviese mucha fé, no dudaria. Y no cabe decir: no temo de parte de Dios, pero temo de parte mía, porque lo que la fé quiere de mí es, que me asegure de parte de Dios y de parte mia, fundando mi seguridad no en mí sino en Dios y en Cristo. Añadiré aquí esto: que es grandísimo consuelo para los que somos discípulos de Cristo, flacos en la fé, considerar que Cristo no desechó á estos sus discípulos por la flaqueza en la fé, ántes los salvó y libró como si fueran fuertes en la fé, porque se conocian flacos en la fé. Gran señal de la divinidad de Cristo fué el ser así obedecido de los vientos y del mar.

Y venido él á la otra ribera á la provincia de los Gergesenos, le vinieron al encuentro dos endemoniados, salidos de sepulturas, terribles en gran manera, en tanto que no podia ninguno pasar por aquel camino, y he aquí que gritaron diciendo: ¿Qué tenemos que ver contigo, Jesus hijo de Dios? ¿Eres venido aquí á atormentarnos ántes de tiempo? Estaba pues léjos de ellos un rebaño de muchos puercos paciendo, y los demonios le rogaban diciendo: Si nos echas de aquí, permítenos ir al rebaño de puercos. Y díjoles: Id, y ellos saliendo fueron al rebaño de los puercos, y he aquí que todo el rebaño de los puercos con ímpetu se echó rodando en el mar, y murieron en las aguas. Y los que apacentaban huyeron y yendo á la ciudad lo manifestaron todo y lo de los endemoniados. Y he aquí que toda la ciudad salió al encuentro á Jesus, y viéndolo le rogaron que se partiese de sus comarcas.

Muchas cosas aprendemos en esta historia. Primero, que los endemoniados se metian en las sepulturas ó sepulcros grandes que estaban fuera de la ciudad. Segundo, que los endemoniados hacian mal á las gentes, pues dice San Mateo que, siendo aquellos terribles, la gente no podia pasar por el camino. Tercero, que no hay ninguna conveniencia entre Cristo y el demonio, pues ellos propios le decian: «¿qué tenemos que ver contigo?»

Cuarto, que los demonios conocian que Cristo era hijo de Dios. Adonde entiendo dos cosas. La una, que este conocimiento no ha de ser llamado fé, porque no hay fé sino adonde hay prometimiento; á los demonios no les era prometido bien ninguno por Cristo, y por tanto, si bien conocian que Cristo era hijo de Dios, no tenian fé, no creian haber bien por Cristo. Y la otra, que no tienen fé cristiana los que conocen á Cristo por hijo de Dios y creen que ha reconciliado á los hombres con Dios, si no tienen por cierto y firme que ellos son comprendidos en esta reconciliacion, y así se tienen por amigos de Dios y están ciertos de su resurreccion y de su glorificacion.

Quinto, que ha de venir tiempo en el cual los demonios han de ser atormentados por Cristo. Esto entiendo que comenzará á ser en el día del juicio, y entónces entiendo que se cumplirá aquello que dijo Dios, maldiciendo á la serpiente que engañó á Eva: «ipsum, conteret caput tuum». Esto se entiende en aquello «ántes de tiempo.»

Sexto, que los demonios no tienen poder de hacer mal ni aún a los animales brutos, si Dios no se lo consiente, cosa que da mucha satisfacción a las personas cristianas, certificándose que, pues el demonio no las puede dañar sin la voluntad de Dios, ellas están seguras que, si bien las acometerá para apartarlas de Dios, no las derribará.

Séptimo, que los demonios tienen por oficio hacer mal como quiera que sea; no pudiendo molestar a los hombres, van a molestar a los puercos.

Octavo, que Cristo tiene en poco el daño de la hacienda, pues no curó del daño que padecían los dueños de los puercos; y de aquí entiendo que procede que las personas, que tienen del espíritu de Cristo, no estiman estas cosas exteriores en más de en cuanto les sirven a la sustentación corporal. También pienso que permitió Cristo el caso de los puercos porque el milagro fuese más evidente y así causase más admiración.

Nono, que, así como es dulce y sabrosa la compañía de Dios, de Cristo, y de los que son de Dios y de Cristo, a las personas que aman a Dios y a Cristo, así es espantosa y temerosa a los hombres ajenos de Dios y de Cristo. Y no es maravilla, pues por experiencia se ha visto que muchos impíos han perecido por la compañía de los siervos de Dios; de esto dará testimonio Abimelec, el cual hubo mal por la compañía de Abraham, de esto mismo dará testimonio Egipto que fue duramente castigado por causa del pueblo hebreo. También darán testimonio de esto aquellos reyes que fueron echados de la tierra de promisión, y dará testimonio de esto Jerusalem, que fue destruida por castigo de la muerte de Cristo, de manera que no es maravilla que estos Gergesenos rogasen a Cristo que se fuese de sus comarcas, temiendo que de su compañía no les viniese algún mal, como con efecto viene casi siempre mal a los siervos del mundo de la compañía de los siervos de Dios, no por defecto de los que son de Dios, sino por la malicia y malignidad de los que son del mundo, los cuales, ejercitando su impiedad contra los siervos e hijos de Dios, provocan contra sí la ira de Dios, y así son tratados de manera que les valdría más no conocerlos. Y por tanto sería bueno y sano consejo para los hijos del mundo, no empacharse con los hijos de Dios sino hacer, como hicieron estos Gergesenos con Cristo, rogándoles que se aparten de ellos, pero no constriéndolos ni forzándolos a ello, como hicieron estos con Cristo.

Décimo, se entiende aquí que a los hijos de Dios pertenece no contender ni contrastar con los que no los quieren en su compañía, pero apartarse con paz de ellos, como hizo Cristo con estos Gergesenos.

Capítulo IX

Y entrado en la barca, pasó el mar y vino a su ciudad. Y he aquí que le trajeron un paralítico, echado en un lecho. Y viendo Jesús la fe de ellos, dijo al paralítico: Está de buen ánimo, hijo, tus pecados te son perdonados. Y he aquí que algunos de los escribas dijeron entre sí: Este blasfema. Y viendo Jesús sus pensamientos, dijo: ¿Por qué causa vosotros pensáis mal en vuestros corazones? ¿Cuál veamos es más fácil, decir: los pecados te son perdonados, o decir: levántate y camina? Pues, porque sepáis que el hijo del hombre tiene potestad sobre la tierra de perdonar los pecados, entonces dice al paralítico: Levántate,

toma á cuestras tu lecho y véte á tu casa. Y levantado se fué á su casa. Y viendo esto las gentes, se maravillaron y glorificaron á Dios que da tal potestad á los hombres.

El intento de Cristo en sanar á todo este paralítico, lo muestra San Mateo, poniendo el efecto que resultó de la sanidad, este es que las gentes glorificaron á Dios por la potestad que daba á Cristo. De este caso aprendemos nosotros esto: Primero, que acostumbra Dios hacer bien á unos por la fe de otros, bien que se puede decir que, diciendo «la fé de ellos,» viene tambien á ser comprendido el paralítico.

Segundo, que, si bien en estos, que traian á este paralítico, habia caridad con la fé, dice el evangelista que Cristo tuvo respeto á la fé como á la raiz de donde procedia la caridad, porque es cierto que, si aquellos no creyeran que Cristo podia sanar al paralítico y que lo habia de sanar, no hicieran aquella obra de caridad, trayéndolo á Cristo.

Tercero, aprendemos aquí que tenia Cristo autoridad para perdonar los pecados aún ántes que en él fuesen castigados, y, si ántes, cuánto mejor despues.

Cuarto, vemos en este caso lo que acontece á muchos que van con un intento á hablar á una persona cristiana y alcanzan lo que ellos ni lo pretendian ni lo pensaban, y lo que acontece á todos los que son hijos de Dios, que alcanzan de Dios lo que ellos jamás se habrian sabido imaginar.

Quinto, aprendemos que cuanto los hombres están más llenos de letras sin espíritu, tanto son más temerarios en juzgar, como aconteció á estos escribas, letrados ó teólogos, que, en sintiendo decir á Cristo «tus pecados te son perdonados,» luego en sus ánimos condenaron á Cristo por blasfemo contra Dios, en cuanto segun ellos se usurpaba lo que pertenece á solo Dios, por ser los pecados ofensas hechas contra Dios, y al ofendido toca el perdonar.

Sexto, aprendemos que Cristo conocia los ánimos y los corazones de los hombres, bien que esto ya lo habemos visto. Lo mismo es «pensais mal en vuestros corazones» que: teneis malos pensamientos. La mayor facilidad en el decir «tus pecados te son perdonados» que en el decir «levántate y camina» pienso que la constituyo Cristo en esto que de lo uno se podia ver el efecto y de lo otro no. Es sin ninguna comparacion mayor efecto el perdonar los pecados que el sanar al paralítico, pero tambien es mayor la evidencia del sanar al paralítico que del perdonarle los pecados, y por tanto Cristo, queriendo certificar á los escribas de la remision de los pecados, que era de mayor efecto, sanó al paralítico, que era de mayor evidencia, de manera, que el paralítico hubo la sanidad interior por su fé y la de los que lo trajeron á Cristo, y hubo la sanidad exterior por la murmuracion de los escribas.

Y así la séptima cosa, que aprendemos aquí, es certificarnos de lo que dice San Pablo: «diligentibus Deum omnia cooperantur in bonum,» Rom. 8. Aquello «toma tu lecho» es de considerar. Antes que Cristo lo sanase, era traído en el lecho, y, despues de sanado, él llevaba á cuestras el lecho, la cual cosa hacia que el milagro fuese más ilustre, y así resultó bien lo que añade San Mateo, diciendo que las gentes, que vieron esto, se maravillaron y glorificaron á Dios.

Y pasando Jesus de allí, vió un hombre sentado al banco, llamado Mateo, y dícele: Sígueme; y él levantado lo siguió. Y aconteció que, estando él asentado en casa, he aquí muchos publicanos y pecadores que venidos estaban asentados con Jesus y con sus discípulos. Y viéndolo los Fariseos, dijeron á sus discípulos: ¿Por qué causa vuestro maestro come con publicanos y pecadores? Y oyéndolo Jesus les dijo: No tienen los sanos necesidad de médico sino los enfermos. Andad pues y aprended qué cosa es: misericordia quiero y no sacrificio. Porque no soy venido á llamar justos sino pecadores á reconocimiento.

En la vocacion de San Mateo aprendemos que no hay hombre ninguno tan malo, el cual por la consideracion de sus pecados haya de pensar que está cerrado para él el reino de los cielos. Banco era el lugar adonde se asentaban los que cogían el tributo, alcabala ó pecho, y los que hacian este oficio eran tenidos por infames, y eran llamados publicanos, que eran más que pecadores. En Castilla un tiempo era tenido este oficio por tan infame, que apenas lo hacían sino los judíos.

Considerando á Cristo asentado á comer en la casa del publicano con publicanos y pecadores, se me representa la bondad y misericordia de Dios que traía á aquellos á que holgasen de la compañía de Cristo, al cual los Gergesenos echaron de sus comarcas, espantados y aterrorizados del milagro; y la humildad y mansedumbre de Cristo que, siendo la misma justicia y la misma puridad, no se avergonzaba de estar asentado con gente de aquella calidad.

Y considerando el escándalo de los Fariseos, se me representa la grandísima diferencia que hay entre los santos del mundo y los santos de Dios. Los santos del mundo, constituyendo su santidad en la opinion que el mundo tiene de ellos, huyen las compañías y las conversaciones de los hombres que tienen mal nombre y mala fama; y los santos de Dios, constituyendo su santidad en la opinion que Dios tiene de ellos, solamente huyen las compañías y las conversaciones que les pueden profanar los ánimos y gastar las costumbres, no curándose de la opinion que el mundo puede tener de ellos. Los santos del mundo, pretendiendo la gloria del mundo, atienden á servir á Dios y á servir al prójimo en cosas que parezcan de fuera, sacrificando y ayudando al prójimo con beneficios corporales; y los santos de Dios, pretendiendo la gloria de Dios, atienden á servir á Dios y á servir al prójimo en cosas interiores, «in sanctitate et justitia», y en el evangelio de Cristo. Los santos del mundo se escandalizan de los que no son como ellos, y los santos de Dios se duelen y compadecen de los que no son santos de Dios. En San Marcos, cap. 2, se entiende que la casa, donde estaba Cristo asentado á comer, era del mismo San Mateo; levantólo Cristo á él del banco y fué á asentarse con él en su casa.

Diciendo Cristo: «no tienen necesidad los sanos» etc., habló segun la opinion que tenían de si los Fariseos, como si dijera: vosotros os teneis por sanos y estos se tienen por enfermos, y por tanto á mí que soy médico, pertenece conversar y platicar con estos y no con vosotros; y añadiendo Cristo: «andad pues y aprended» etc., habló segun la opinion que él tenía de ellos, mostrándoles que por el mismo caso, que murmuraban de él, mostraban no entender aquello que dice Oséa «misericordia quiero» etc., pues les parecia mal que él se ejercitase en la piedad, estando con aquellos publicanos y pecadores, reduciéndolos á que reconociéndose dejasen de ser publicanos y pecadores y fuesen santos y justos, en el cual

oficio se ejercita la misericordia, la cual placia, mucho más á Dios en tiempo de la ley que los sacrificios de animales que eran hechos por ordenacion del mismo Dios, y, si esto era así en tiempo de la ley, cuánto más será así en tiempo del evangelio.

En el hebreo por lo que aquí traducimos «misericordia,» está el vocablo que significa tambien piedad, religion y santidad; y es bien saber que, habiendo dicho, el profeta «misericordia», piedad, religion ó santidad, «quiero y no sacrificio,» añade «y conocimiento de Dios más que holocaustos,» adonde yo entiendo que es una misma sentencia repetida con encarecimiento, de manera que sea lo mismo, pero un poco más, el conocimiento de Dios que la misericordia, así como es lo mismo, pero un poco más, el holocausto que el sacrificio, y es así que no puede haber misericordia, piedad ni santidad adonde no hay conocimiento de Dios, porque estas cosas son el efecto del conocimiento de Dios, y es tambien así que no pueden agradar á Dios los sacrificios ni los holocaustos de los hombres que, estando sin ciencia de Dios, sin conocimiento verdadero de Dios, están sin misericordia, sin piedad y sin santidad.

Aquellas palabras de Cristo «porque no soy venido» etc., son terribles contra los santos del mundo, los cuales se tienen por justos delante de Dios, porque son justos delante del mundo, en cuanto no hacen cosa por la cual los hombres del mundo los puedan condenar, y no consideran la grandísima distancia que hay entre el juicio de Dios y el juicio de los hombres; á estos tales, dice Cristo, que no vino á llamar, porque, teniéndose ellos por justos, no abrazan jamás la justicia de Cristo, y dice que vino á llamar á los pecadores á reconocimiento; á que, reconociendo su injusticia, se remitan á la justicia de Dios, y así, dejando de ser pecadores, sean justos, no en su propia estimacion sino en la estimacion de Dios que los considera no por lo que son en sí, sino por lo que son en Cristo.

Aquí me place avisar á todo hombre cristiano que por una parte trabaje por vivir de tal manera entre los hombres del mundo que su cara descubierta les pueda decir con Cristo: «Quis ex vobis arguet me de peccato?», y que por otra parte se guarde como del fuego de entrar en fantasía de pretender por esto ser justo delante de Dios, ni aún ser estimado justo ni perfecto en opinion de los hombres, y mucho ménos de aquellos que han de ser edificados y aprovechados con su doctrina y conversacion, no dando oidos á la prudencia humana cuando le dirá que es bien que encubra sus defectos, porque no pierda el crédito con aquellas personas á las cuales enseña, porque debajo de este zelo está veneno. Es el ánimo humano arrogantísimo y, por mucho que sea humillado, tiene necesidad de humillarse más, y no hay cosa que más nos humille que ver que otros saben nuestros defectos, y por tanto los santos no se han avergonzado de publicar los suyos, como San Pablo que publicaba que era tentado de apetito carnal despues de haber sido arrebatado hasta el tercer cielo.

Entónces vienen á el los discípulos de Juan, diciendo: ¿Por qué causa nosotros y los Fariseos ayunamos mucho, y tus discípulos no ayunan? Y díjoles Jesus: No pueden llorar los hijos del esposo miéntras está con ellos el esposo, pero vendrán días cuando les será quitado el esposo, y entónces ayunaran. Y ninguno echa remiendo de paño nuevo en vestidura vieja, porque su remiendo quita de la vestidura, y la rotura viene á ser peor; ni echan vino nuevo en odres viejos, y si no, rómpense los odres, y el vino se derrama y los odres se pierden; pero echan vino nuevo en odres nuevos, y todos dos se conservan.

Apenas habia Cristo respondido á una calumnia, cuando es acometido con una duda que daba fastidio á los discípulos de San Juan, los cuales, viendo la libertad con que vivian los discípulos de Cristo, libres de aquellos ayunos ceremoniosos de que veian cargados á los Fariseos y de que tambien ellos estaban cargados, y maravillándose que Cristo dejase en aquella libertad á sus discípulos, le preguntan la causa de ello, no con ánimo maligno como era el de los Fariseos, sino con ánimo simplice y puro; y así Cristo no les responde como á los Fariseos, pero dáles cuenta de sí en lo que le preguntan.

Adonde entendemos que á las personas cristianas las cuales por el ordinario ó son calumniadas de los santos del mundo ó vienen en suspicion en la opinion de los que, comenzando á ser santos de Dios, tienen aún resabios de santos del mundo, pertenece quebrar los ojos con la santa escritura á los santos del mundo y dar razon de sí á los santos de Dios imperfectos, á los que no vienen con malicia sino con sinceridad.

Cuanto al ayuno, ya está dicho arriba que el ayuno hebreo era una afliccion que duraba por todo un dia, como consta, Joel 2, y consta tambien por lo que aquí dice Cristo «no pueden llorar,» como que sea lo mismo llorar que ayunar. Cuanto á la respuesta de Cristo, quién la juntará con lo que refiere San Juan el evangelista en nombre del bautista, diciendo: «qui habet sponsam, sponsus est», juzgará que fué convenientísima cosa que, hablando Cristo con los discípulos de San Juan, se llamase esposo, pues el mismo San Juan lo llamaba así. Es Cristo esposo porque tiene esposa, esta es la iglesia que él ha aquistado con su sangre, lavándola y alimpiándola en ella, con ella y por ella, poniendo ella la fé con que cree que es esposa de Cristo, que está limpia, y lavada con la sangre de Cristo, el cual tomó sobre sí toda la suciedad de su esposa, y muriendo en la cruz se libró de ella, y así la esposa quedo limpia y el esposo limpísimo. Los hijos de este matrimonio somos los que creemos y creyendo gozamos de la limpieza de la esposa de Cristo, siendo nosotros propios la esposa. Estos no pueden ayunar, estar en lloro, en llanto ni en tristeza, miéntras que Cristo está con ellos y ellos estan con Cristo, pero, partido Cristo de con ellos, entónces ayunan de verdad y á su despecho.

Esto fué así á la letra en los discípulos de Cristo, los cuales, miéntras tuvieron la presencia corporal de Cristo, no tuvieron cosa que les causase dolor ni tristeza, como lo afirma el mismo Cristo adonde dice: «Numquid aliquid defuit vobis?» Luc. 22, y despues que perdieron la presencia corporal de Cristo, les vinieron los trabajos, las tristezas y los dolores causados por las persecuciones, con los cuales, si bien interiormente se gozaban, no dejaba la carne de dolerse y de entristecerse. Esto mismo es así en todos los que son discípulos de Cristo: miéntras está Cristo con ellos, haciéndoles sentir su presencia, no puede entrar en ellos tristeza ninguna; apartado Cristo de ellos, en no sintiendo la presencia de Cristo, luego se entristecen, ántes no puede entrar alegría en ellos. Tambien es esto así siempre que, miéntras los que son discípulos de Cristo están con Cristo y Cristo está con ellos, no ayunan el ayuno ceremonioso ni usan de las otras ceremonias que son semejantes á esta, pero cuando, descuidándose ellos de Cristo, se aparta Cristo de ellos, luego ellos se van al ayuno y á las otras ceremonias, segun que más largo lo he tratado en una respuesta.

Queriendo Cristo aun satisfacer más á los discípulos de San Juan, dice «y ninguno echa remiendo» etc., como si dijese: y por la misma causa que no se acostumbra remendar con

pañó nuevo la vestidura vieja, por el inconveniente que se sigue, en cuanto, no pudiendo el paño viejo de la vestidura resistir á la fuerza del remiendo de paño nuevo, viene á ser que se arranca y así se hace mayor la rotura ó el agujero de la vestidura, no acostumbro yo enseñar á los Fariseos ni á los que no son mis discípulos á que no ayunen por el inconveniente que se seguiria, en cuanto, no pudiendo con las costumbres viejas de pretension de santidad estar la nueva doctrina que es propia de los que son mis discípulos, vendria á ser que de supersticiosos y ceremoniosos tornarian viciosos y licenciosos.

Conformándome con esto, acostumbro yo muchas veces decir que no se ha de proponer la doctrina del vivir cristiano y espiritual sino á los que, habiendo aceptado el indulto y perdon general que publica el evangelio, comienzan á dar señal de sí, mostrando que la fé es eficaz en ellos, como es en todos los que creen por inspiracion y divina revelacion. Diciendo «quita de la vestidura,» entiende que, arrancándose el remiendo nuevo, lleva tras sí aquello que tomaba la costura del paño viejo.

No contentándose Cristo con lo dicho, porque queria enviar muy satisfechos á los discípulos de San Juan, añade «ni echan vino nuevo» etc. Adonde entiendo que todos los que somos discípulos de Cristo somos odres nuevos, en cuanto somos regenerados y renovados por espíritu santo, y entiendo que son cueros viejos todos los que, estando fuera de esta regeneracion y renovacion, pretenden piedad. Tambien entiendo que es vino nuevo la doctrina del vivir cristiano y espiritual, la cual comenzó en el mundo desde Cristo, y entiendo que es vino viejo la doctrina del vivir moral y del vivir legal. Y así entiende Cristo que no doctrinaba á los que no eran sus discípulos como á sus discípulos, porque se perderian la doctrina y los doctrinados, y concluye que, así como el vino nuevo está bien en odres nuevos, así la doctrina del vivir cristiano, que es nueva, está bien en personas regeneradas y renovadas por espíritu santo, las cuales conservan la doctrina y son conservados con la doctrina. Diciendo «y si no,» entiende: y si no lo hace así, y si lo hace de otra manera. Y odres es lo mismo que cueros.

Hablándoles él estas cosas, he aquí un príncipe que viniendo lo adoró, diciendo: Mi hija es muerta ahora, pero ven y pon tu mano sobre ella y vivirá. Y levantado Jesus lo siguió y sus discípulos. Y he aquí que una mujer, que habia doce años que tenia flujo de sangre, llegando por detras, tocó la fimbria de su vestidura, porque decia, entre sí: Si tan solamente tocaré á su vestidura, seré libre. Y Jesus volviendo y viéndola dijo: Está de buen ánimo, hija, tu fé te ha librado. Y fué libre la mujer desde aquella hora. Y venido Jesus á la casa del príncipe y viendo los tañedores y la gente que hacia ruido, les dice: Andad, íos, no es muerta la doncella, pero duerme. Y reñanse de él. Y siendo echada la gente y entrado él dentro, le tomó la mano, y la doncella se levantó. Y salió esta fama por toda aquella tierra.

Todos estos dos milagros nos enseñan el valor de la fé, que alcanza tanto de Dios cuanto le basta á creer que alcanzará. Creyó el príncipe que, si Cristo tocaba la mano de su hija, resuscitaria, y, tocando Cristo la mano de su hija, resucitó; creyó la mujer que tenia el flujo de sangre, tantos años habia, que, si tocaba á la fimbria ú orilla de la vestidura de Cristo, luego sanaria, y, en tocando á la fimbria de la vestidura de Cristo, luego sanó.

Adonde considerarán las personas cristianas que, pues fué así que estos tanto alcanzaron de Cristo cuanto creyeron, que alcanzarían aún de aquellas cosas que eran como accesorias en la venida de Cristo, también será así que tanto alcanzarán ellas de Cristo y por Cristo, cuanto creerán que han de alcanzar, y tanto más cuanto que el intento de la venida de Cristo fué á darles lo que ellas creen haber por Cristo, esto es inmortalidad y vida eterna, de lo cual tienen larguísimos prometimientos de parte de Dios.

Este príncipe, como consta por San Marco y San Lucas, era príncipe ó señor de una de las sinagogas de aquella tierra, adonde se congregaban los judíos. Quanto á la adoracion, ya está dicho en el capítulo precedente. El caso de esta mujer lo cuentan más particularmente los otros evangelistas. Aquellas palabras de Cristo «está de buen ánimo, hija,» tienen intento á confirmar la fé de la mujer; y diciendo Cristo «tu fé te ha librado,» parece que pretendió quitar á la mujer la opinion que pudiera tener que el tocar á la fimbria de la vestidura de Cristo la habia sanado, á fin que, estando cierta que no la habia sanado sino la fé con que habia tocado, atribuyese su sanidad no al tocar sino á la fé con que tocó.

Y aquí entiendo que los santos hebreos, que se justificaban obrando lo que mandaba la ley, no atribuían su justificacion á sus obras sino á la fé con que creían ser justos obrando, segun que lo he tocado en una consideracion. Aquello «los tañedores» etc., era de la costumbre de aquellos tiempos. Aquello «y reíanse de él» acontece cada día, en cuanto los que, aunque con las bocas confiesan otra vida, no la creen en sus corazones, siempre se burlan y rien de los que, incorporados en Cristo, teniéndose por muertos y por resuscitados en él, comienzan á vivir en la vida presente como resuscitados con la puridad y sinceridad que han de vivir en la otra vida; y los que se burlan y se rien de estos, tengan por cierto que se burlan y se rien de Cristo, y los que son burlados y escarnecidos tengan por cierto que son miembros de Cristo, y sepan cierto que Dios los tiene por muertos, por resuscitados y por glorificados en Cristo y por Cristo.

Y partido de allí Jesus, lo siguieron dos ciegos, gritando y diciendo: ¡Compadécete de nosotros, hijo de David! Y venido á la casa, se fueron á él los ciegos, y díceles Jesus: ¿Creeis que puedo hacer esto? Dícenle: Sí, Señor. Entónces les tocó los ojos, diciendo: Segun vuestra fé sea hecho á vosotros; y abriéronseles los ojos. Y amenazólos Jesus, diciendo: Mirad, no lo sepa ninguno. Y ellos partidos lo divulgaron á él por toda aquella tierra.

En el caso de estos dos ciegos es digno de consideracion que, queriéndolos Cristo sanar, no les pregunta si han vivido bien ni si han hecho buenas obras ni les manda que las hagan, preguntándoles solamente si creen, si tienen fé, y así les da la sanidad conforme á su fé. Adonde considero que, así como las obras que obraba la fé en estos ciegos eran irse tras Cristo, dando voces y demandándole sanidad, así las obras que obra la fé en los que, creyendo en Cristo, pretendemos alcanzar inmortalidad y vida eterna por Cristo, son irnos tras Cristo, dando voces y demandándole inmortalidad y vida eterna. Y en el ir tras Cristo incluyo y encierro el imitar á Cristo, el vivir como vivió Cristo. Y en el dar voces incluyo y encierro la continúa oracion, la cual es tan anexa al ir tras Cristo que nunca se apartan de compañía. Los que pretenden alcanzar inmortalidad y vida eterna por sus obras, no van voceando tras Cristo, y así su vivir no es semejante al de Cristo, ni sus oraciones son oraciones cristianas, no estando fundadas en Cristo.

Amenazando Cristo á los ciegos que no dijese que él los habia sanado, no pretendió que no lo dijese sino que lo dijese más, como he dicho en el capítulo precedente sobre el leproso. Conocia bien Cristo la natural condicion de los hombres, que somos inclinados á hacer lo que nos es prohibido, y por tanto, cuando queria que una cosa se supiese, decia que no se dijese, y salióle segun su intento. Es bien verdad que, no obedeciendo estos á Cristo, no entiendo que pensaban hacer mal, ántes entiendo que pensaban hacer bien, mostrándose agradecidos del beneficio que recibian, no curando de lo que Cristo les mandaba, porque creian que era por modestia y no porque él en la verdad no holgase que se dijese. Y aunque esto es así, viendo que al fin hacian estos el contrario de lo que Cristo les mandaba, ya no sé, qué responderán á esto los que quieren que Cristo sanase primero los ánimos de aquellos, á los cuales sanaba los cuerpos, diciendo «lo divulgaron,» entiendo que divulgaron á Cristo, publicando quién era.

Y partidos ellos, he aquí le trajeron un hombre mudo y endemoniado. Y echado el demonio, habló el mudo, y maravilláronse las gentes, diciendo: Nunca ha sido visto tal en Israel. Y los Fariseos decían, en virtud del príncipe de los demonios echa los demonios.

Tres cosas notables intervinieron en este milagro: la primera, que, librado que fué el hombre del demonio, se le desató la lengua, y habló; la segunda, la admiracion que este caso puso en las gentes; y la tercera, la calumnia de los Fariseos, santos del mundo. Estas mismas tres cosas entrevienen siempre que Dios por su espíritu santo saca á un hombre del reino del mundo, librándolo de la tiranía del demonio y lo trae al reino de Dios, poniéndolo en la libertad cristiana, y es así que á este tal luego se le desata la lengua y comienza á hablar cosas espirituales y divinas. La cual cosa causa grande admiracion en las gentes que ven lo que pasa, y mueve á los santos del mundo á que, calumniando aquella obra de Dios, pretendiendo piedad, persigan al que Dios ha librado, diciendo que no ha sido obra de Dios sino del demonio. Por aquello «nunca se ha visto tal en Israel» parece bien la majestad y autoridad con que Cristo hacia estas cosas.

Y andaba Jesus por todas las ciudades y las aldeas, enseñando en sus sinagogas y predicando el evangelio del reino y curando toda enfermedad y toda dolencia en el pueblo. Y viendo á las gentes, se compadeció de ellas por causa que estaban desamparadas y descarriadas como ovejas que no tienen pastor. Entonces dice á sus discípulos: La mies cierto es mucha y los obreros pocos; rogad pues al señor de la mies que eche obreros en su mies.

Tres cosas dice San Mateo que hacia Cristo miéntras andaba por las ciudades y aldeas de Judea, la una enseñar y la otra predicar y la otra obrar obras de caridad. Adonde entiendo que predicaba Cristo el evangelio del reino, quiero decir la buena y alegre embajada de la cercana venida del reino de los cielos, que es reino de Dios, el cual entiendo que comenzó en la venida del espíritu santo y se manifestará á la descubierta en la segunda venida de Cristo. Tambien entiendo que enseñaba Cristo el vivir segun el deber de la ley que entónces vivia, y segun el deber del reino de los cielos que se esperaba. Aquello «y viendo á las gentes» parece que no depende de lo precedente. Y la compasion, que aquí tuvo Cristo de los hombres, la tienen todos los verdaderos miembros de Cristo cuando los consideran así

desamparados y descarriados, como están las ovejas cuando no tienen pastor que las recoja y abrigue.

Diciendo Cristo á sus discípulos «la mies es mucha» etc., llama mies á los que ha comparado á las ovejas, y con efecto es así que los que pertenecen al reino de Dios son ovejas en cuanto siguen á Cristo como á pastor, y son mies en cuanto, así como la mies es puesta en las trojes del señor, así ellos son puestos en posesion del reino de Dios, la cual continúan en la vida eterna. Diciendo Cristo «rogad pues al señor de la mies» etc., nos enseña que Dios quiere ser rogado aún en las cosas que él tiene determinadas y aún en aquellas cosas con que es ilustrada su gloria y que á nosotros toca rogárselas. Obreros para coger la mies de Dios entiendo que son los que son enviados de Dios á predicar el evangelio y á enseñar el vivir cristiano, y por esto dice «que eche;» los que no son echados ó enviados por Dios entre los hombres para este efecto, si bien predicán el evangelio y enseñan el vivir cristiano, no son obreros de Dios. Y aquí entiendo la causa porque, siendo también hoy la mies mucha y habiendo al parecer muchos obreros porque hay muchos predicadores que tienen en las bocas al evangelio y á Cristo, hacen poquísimo fruto, entendiendo que no son obreros de Dios sino de hombres, y por tanto pertenece á ellos aquello que dice Dios por el profeta: Non mittebam profetas et ipsi currebant.

Capítulo X

Y llamando á sus doce discípulos, les dió potestad contra los espíritus sucios para que los echasen y para sanar toda enfermedad y toda dolencia. Y los nombres de los doce apóstoles son estos: primero Simon, el llamado Pedro, y Andres, su hermano; Jacobo, el del Zebedeo, y Juan, su hermano; Filipe y Bartolomé; Tomas y Mateo, el publicano; Jacobo, el del Alfeo, y Lebeo el que tiene por sobrenombre Tadeo; Simon el Cananeo y Judas Iscariote, el que lo vendió.

De haberse compadecido Cristo de las gentes y de ver que la mies era mucha, parece haberse movido á enviar á los apóstoles como obreros á que predicasen. Adonde noto la majestad de Cristo en dos cosas: la una, en que es él el que envía obreros á la mies de Dios, cosa que pertenece á solo Dios, y la otra, en que á estos obreros que envía les da la potestad de hacer milagros, cosa que también pertenece á solo Dios. De muchos leemos que han hecho milagros, y de solo Cristo leemos que ha dado poderío de hacer milagros.

Adonde entiendo que lo que, estando Cristo corporalmente en el mundo, hizo aquí corporalmente, lo hace espiritualmente, estando en espíritu en el mundo. Y es así que espiritualmente envía obreros á la mies de Dios, á los cuales da poderío espiritual de sacar con sus palabras á los hombres de la tiranía del demonio que es espíritu sucio, y ponerlos en la libertad cristiana y de sanar todas las enfermedades y dolencias interiores; y los que hacen estos efectos evidentes son apóstoles de Cristo y obreros de Dios; los que no los hacen no son lo uno ni lo otro. Quien querrá entender las significaciones de los nombres de los apóstoles y por qué causa fueron doce y por qué están unos primero que otros, podrá leer en otras escrituras.

A estos doce envió Jesús, ordenándoles diciendo: No ireis por camino de gentiles ni entrareis en ciudad de Samaritanos, ántes id á las ovejas perdidas de la casa de Israel, y yendo predicad diciendo: Cercano está el reino de los cielos. Sanad enfermos, alimpiad leprosos, resucitad muertos, echad demonios. De balde lo habeis tomado, de balde lo dad.

Por estas palabras consta clarísimamente que no todas las cosas, que dijo y ordenó Cristo, ni aún á sus discípulos, pertenecen á nuestros tiempos, pues es así que, si lo que aquí dice «no ireis por el camino» etc., perteneciera más que por el tiempo en que se dijo, no fuera lícito á los apóstoles ir á predicar el evangelio á los de la gentilidad despues de la venida del espíritu santo. Es menester llevar grandísimo tino en la eleccion de los evangelios para ver qué cosas son dichas solamente para aquellos tiempos, y qué cosas para todos tiempos, y qué cosas son dichas á personas cristianas y qué cosas á personas ajenas de Cristo, porque el que desatinará en esto, cairá en grandes inconvenientes. Háse pues de entender aquí que por la misma causa que quería Cristo que, viviendo él, la ley fuese en todo y por todo respetada y guardada, como habemos visto en el cap. 5, quería que, viviendo él, no fuese predicado el evangelio á los gentiles ni á los samaritanos sino solamente á los hebreos á los cuales particularmente había sido prometido.

Adonde dice «envio,» en el griego está el vocablo del cual es derivado el nombre de apóstoles. Diciendo «no ireis por camino» etc., entiende: no vais á predicar á los gentiles; y diciendo «ni entrareis en ciudad» etc., entiende: ni ireis tampoco á predicar en ninguna ciudad de samaritanos, los cuales ni bien eran gentiles ni bien eran judíos. Diciendo «mas id ántes á las ovejas» etc., entiende: pero ireis á predicar entre los judíos, adonde entiendo que llama Cristo ovejas perdidas etc. á los israelitas que, estando predestinados para la vida eterna, eran ovejas de Dios, pero andaban perdidos buscando y procurando justificarse por sus obras. Ordenando Cristo á sus discípulos que predicando dijesen «cercano está el reino de los cielos,» nos enseña á nosotros que, cuando seremos inspirados á predicar, prediquemos el reino de los cielos, no diciendo «cercano está,» como decían los apóstoles por órden de Cristo, porque aún el reino no era venido, no siendo venido aún el espíritu santo, pero diciendo: ya es venido el reino de los cielos.

Adonde entiendo que es lo mismo predicar el reino de los cielos que predicar en que manera huelga ya Dios de regir y gobernar no á un pueblo solo, como ántes que Cristo reconciliase á los hombres con Dios, ni con ley escrita, como ántes que fuese la ley cumplida en Cristo y por Cristo, sino á todos los pueblos del mundo y con su espíritu santo solamente que, aceptando ellos la gracia del evangelio, se entren en el reino de los cielos, descuidándose de sí mismos, renunciando el gobierno de la prudencia humana y posando todo su cuidado en Dios, remitiéndose á su regimiento y á su gobierno.

Y aquí me parece sentir que es llamado reino de los cielos este reino de Dios porque es divinísimo y perfectísimo, así como llamamos celestiales y del cielo á las cosas perfectísimas, de manera que sea lo mismo reino de los cielos que reino celestial, divinísimo, espiritualísimo y perfectísimo. Habiendo Cristo ordenado á sus discípulos qué es lo que habian de predicar, les ordena qué es lo que habian de obrar, diciendo: sanad enfermos, etc. Adonde se ha de notar qué obras son las que pertenecen al predicador del evangelio, las cuales no las hace él sino el espíritu de Dios en él; y tengo por cierto que al don de apostolado es anexo este obrar por espíritu santo, ó juntamente en los cuerpos y en

los ánimos, como era en la primitiva iglesia, ó solamente en los ánimos, como ha sido y es despues acá.

Aquello «de balde lo habeis tomado» etc., pertenece á quitar el avaricia de los ánimos de los apóstoles, los cuales pudiera ser que, engañados por la prudencia humana, se persuadieran que era bien tomar de los ricos, á quien daban sanidad, para dar á los pobres, la cual cosa diera mal nombre al evangelio; y pretendiendo Cristo remediarlo, dice: pues de balde y graciosamente habeis recibido de Dios este don de hacer estas cosas milagrosas, comunicadlo de balde y graciosamente con los que lo comunicareis, no tomando premio ninguno por ello. Adonde no se ha de entender que prohíbe Cristo el tomar de los que han aceptado el evangelio, para dar á los que padecen necesidad entre los que tambien lo han aceptado, como consta que lo hacia San Pablo, sino que no se tome como por premio de lo que se da, ni tome para sí el que da.

No poseereis oro ni plata ni metal en vuestras cintas, ni alforja por el camino, ni dos vestiduras ni zapatos ni bordon. Porque digno es el obrero de su manjar, y en cualquiera ciudad ó aldea que entrareis, pesquisad quién es en ella digno, y allí os estad hasta que os partais.

Porque cuanto el ánimo del hombre está más libre del cuidado de las cosas corporales y exteriores, tanto mejor puede atender á las cosas espirituales é interiores, y cuanto más conoce por propia experiencia que, descuidándose él de sí y posando todo su cuidado en Dios, no le deja Dios padecer necesidad, tanto más confía en Dios, aprendiendo por estas cosas corporales lo que se puede prometer de Dios en las cosas espirituales: queriendo Cristo que los que él enviaba á predicar su evangelio atendiesen solamente á él, desembarazándose de las cosas del mundo, y que aprendiesen por propia experiencia lo que se podian prometer de él, les ordenó que no llevasen cosa que les pudiese ser impedimento, porque fuesen libres y desembarazados, ni en que pudiesen asirse á poner su confianza, porque la pusiesen solamente en él. Y así entiendo que pretendió Cristo dos cosas en esto: la una, que sus discípulos fuesen desembarazados, y la otra, que aprendiesen á confiar en él y á depender de él. Por oro, plata y metal entiende dineros de oro, de plata y de metal; y diciendo «en vuestras cintas,» entiende: en vuestras bolsas, porque los antiguos traían las bolsas en las cintas.

No quiere que lleven alforjas, porque no quiere que se provean de un lugar para otro. No quiere que lleven dos sayos ó capas, porque no quiere que piensen en lo que han de vestir, cuando habrán rompido lo que llevan vestido. No quiere que lleven zapatos, porque se pueden pasar sin ellos y así van más desembarazados. Y por la misma causa entiendo que no quiere que lleven bordon, vara ó baston. Y porque le pudieran decir los discípulos: Pues ¿de qué viviremos? él responde diciendo: «digno es el obrero de su manjar» ó el jornalero de su jornal. En aquello «y en cualquiera ciudad ó aldea» etc., les ordena dos cosas: la una, que busquen la posada del más hombre de bien que haya en el lugar adonde entrarán y que posen allí, y la otra, que no sean inconstantes, mudando posadas, porque es nota de ligereza.

A quien me preguntase si quiso Cristo entender que fuesen así propio sus discípulos como aquí ha dicho, y si quiere Cristo que los predicadores del evangelio vayan así, le

responderia, cuanto á los discípulos de Cristo: que tengo por certísimo que á la letra fueron así, porque así lo muestra Cristo adonde dice «quando misi vos» etc.; y cuanto á los predicadores: que tengo por certísimo que los que, sufriendolo sus complexiones, pudiesen ir como fueron los discípulos de Cristo, lo acertarian, y aún creo y tengo por firme que en ello ganarian mucho cuando su intento fuese ir muy desembarazados é ir á merced de Dios, confiando en solo Dios que, pues no falta á las aves del cielo ni falta á los lirios del campo, tampoco les faltará á ellos.

A alguno podria parecer extraño que ordenase Cristo á sus discípulos que no llevasen dineros para el camino, no haciéndolo él así, como consta que Judas tenia los dineros que le eran dados, y como consta que llevaba Cristo tras sí mujeres que de sus haciendas le hacian la costa; y no le parecerá extraño, si considera que Cristo no tenia la necesidad de ser ejercitado en la fé, que tenian los discípulos que eran imperfectos, ni tenia Cristo necesidad de desembarazarse de las cosas exteriores y corporales para atender á las interiores y espirituales, como la tenian los discípulos que eran imperfectos. Y así entiendo que, cuanto uno es más imperfecto, tanto tiene más necesidad de seguir el órden que Cristo daba á sus discípulos, con tanto que no piense que la perfeccion consiste en no llevar dinero con todo lo demas, y que atienda á conseguir el fin para que le es ordenado que no los lleve.

Tambien podrá decir algun otro: Pues como habemos visto en lo pasado, Cristo platicaba con publicanos y con pecadores ¿por qué causa ordena á sus discípulos que hagan lo contrario, ordenándoles que pesquisen cuáles son los más hombres de bien y que posen en sus casas? Y á esto se puede responder que á Cristo no le podia dañar la conversacion de los publicanos ni de los pecadores, ni en profanarle el ánimo ni en corromperle las costumbres, y que á los apóstoles, que eran imperfectos, podia dañar en lo uno y en lo otro, y que por tanto Cristo les manda y ordena que se alleguen á personas de buena fama, porque estas no los harian daño ni en lo uno ni en lo otro. Los santos del mundo, como está dicho arriba, huyen las conversaciones de los hombres profanos y malos, porque el mundo no los juzgue á ellos por profanos y malos; y los santos de Dios solamente huyen las tales conversaciones cuando están á peligro de gastar con ellas sus ánimos o sus costumbres, no curándose del juicio del mundo cuando no están á este peligro, como vemos que hacia Cristo, porque del todo estaba fuera de este peligro.

Entrados pues en la casa, saludadla; y, si será la casa digna, venga vuestra paz sobre ella, y, si no será digna, vuestra paz se torne á vosotros. Y el que no os recibirá ni oirá vuestras palabras, salidos de aquella casa ó de aquella ciudad, sacudid el polvo de vuestros piés. Dígoos de verdad que será mas tolerable el mal á la tierra de los de Sodoma y de Gomorra en el dia del juicio que á aquella ciudad.

La salutacion es lo mismo que una breve oracion en la cual rogamos á Dios por aquella ó aquellas personas á quien saludamos. La ordinaria salutacion que usaban los hebreos era decir: Paz á tí; y debajo de este nombre paz entendian mucha felicidad y prosperidad. Sabido esto, se entiende que ordenaba Cristo á sus discípulos que al tiempo que entrasen en la casa que pesquisando habrian entendido que era digna, que la saludasen con la ordinaria salutacion. Y añade «y si será la casa digna» etc., como prometiéndoles que su oracion seria oida en caso que la fama de aquella casa fuese verdadera, y que, en caso que no fuese verdadera, les daria Dios á ellos lo que habia de dar á aquella casa.

Y añadiendo Cristo «y el que no os recibirá» etc., les ordena que, cuando, informados de la bondad de uno por su fama, se irán á posar en su casa, y el tal hombre no los querrá recibir ó recibéndolos no querrá oír la predicacion evangélica, que no estén más allí; y entiende lo mismo de una ciudad o aldea que de una persona particular. Y háse de notar que, para que los discípulos estuviesen en una casa ó en una ciudad, no bastaba que fuesen recibidos, siendo necesario que fuesen tambien oídos. El día de hoy hay muchos que reciben á los discípulos de Cristo y hay pocos que oyen sus palabras, porque no las oyen sino los que aceptan en sus corazones la buena nueva que les traen, intimándoles el indulto y perdon general por la justicia de Dios ejecutada en Cristo.

El sacudir el polvo de los piés debiera ser ceremonia hebrea, cuando querian mostrar la impiedad de aquellos adonde eran entrados. Aquella amenaza con juramento «digoos de verdad que será» etc., es terribilísima contra aquellos hombres que oyen el evangelio y no lo aceptan y reciben; y si es terribilísima contra estos, ¿qué tal será contra los que contradicen al evangelio y lo persiguen? Si los hombres mirasen lo que hacen cuando se ponen á contradecir y perseguir una cosa con achaque de religion, soy cierto que irian más recatados que por el ordinario van.

Veis aquí que yo os envío como ovejas en medio de lobos. Sed pues prudentes como serpientes y sinceros como palomas, y guardáos de los hombres, porque os entregarán á concilios y en sus sinagogas os azotarán, y á gobernadores y reyes sereis llevados, por mi causa, por testimonio á ellos y á las gentes. Pues cuando os entregarán, no penseis cómo ó qué hablareis, porque en aquella hora os será dado qué hableis, porque no sois vosotros los que hablan, pero el espíritu de vuestro padre es el que habla en vosotros.

A los discípulos compara Cristo á ovejas no en sus mandras sino en medio de los lobos; estos son todos los hombres del mundo, miéntras son hombres del mundo no regenerados por el evangelio de Cristo. Y es bien á este propósito una consideracion que me acuerdo haber escrito, mostrando como todos los hombres son como leones y tigres, pero atados con cadenas de la honra, del temor y de la conciencia. Y dando Cristo á sus discípulos las propias armas con que defenderse de los hombres, les dice «sed prudentes» etc., como si dijese: y pues es así que vais entre los hombres del mundo como van las ovejas entre los lobos, advertid de ser semejantes á las serpientes en la prudencia, no dejándoos jamas engañar de sus palabras ni de sus persuasiones, en las cuales todas siempre tendrán intento á hacer que dejéis de ser ovejas y seais lobos como son ellos; y advertid de ser semejantes á las palomas en la sinceridad y simplicidad.

Quiere Cristo que de tal manera usen sus discípulos de la prudencia serpentina, cuanto á guardarse de los hombres del mundo, que no vengan á tener costumbres serpentina, y por tanto les avisa que con la prudencia serpentina tengan la sinceridad columbina, no dejándose engañar y no engañando, defendiéndose del mal y no ofendiendo, etc. De la prudencia de la serpiente me basta saber esto que en figura de serpiente engañó el diablo á los primeros hombres, y de la sinceridad de la paloma me basta saber esto que en figura de paloma vino el espíritu santo sobre Cristo, como habemos visto en el cap. 3.

Diciendo «y guardáos de los hombres» etc., se declara más en lo que ha dicho, como si dijese: dígoos que hagais cuenta que vais como ovejas entre lobos y que os apercibais de prudencia serpentina y de sinceridad columbina; porque sabed que todos los hombres os son enemigos, no os fieis de ninguna manera de ellos, ni aún cuando se os mostrarán muy amigos, porque entónces os dañarán más. Y que esto sea así lo vereis por experiencia cuando contradiciendo á vuestra predicacion os perseguirán, y presos os entregarán á concilios y os azotarán en sus sinagogas, y no contentos con esto os presentarán á gobernadores y reyes, haciendo el último de potencia por quitaros las vidas.

Adonde entiendo que habló Cristo como en el tiempo que habló, en el cual tiempo habia en Judea concilios, que eran los tribunales de los romanos, y habia sinagogas, que eran las casas adonde se ayuntaban los judíos á sus lecciones y predicaciones, y habia reyes y habia gobernadores ó presidentes. Y diciendo «en sus sinagogas,» muestra Cristo que eran judíos los que habian de hacer esto contra sus discípulos, como con efecto lo fueron en aquel principio de la predicacion del evangelio, al cual tiempo refiero yo estas palabras, porque no leo que viviendo Cristo los discípulos fuesen tratados de esta manera, ántes leo todo lo contrario.

Aquello «por mi causa» parece dicho como por mitigar el dolor de la persecucion, el cual con efecto se hace tolerable cuando el hombre considera que es perseguido por Cristo. Diciendo «por testimonio á ellos y á las gentes,» entiende que la persecucion de los discípulos de Cristo será en el día del juicio como un testimonio de la impiedad de los judíos que los habrán perseguido y de los gentiles que habrán sido ejecutores de la persecucion de los judíos.

Aquello «pues cuando os entregarán» etc., pertenece tanto para consolar á los discípulos con la consideracion que, si los hombres les serán contrarios y enemigos, que Dios será en su favor y les ayudará con su espíritu santo, cuanto para reducir á los discípulos á que tambien en esto mortifiquen sus discursos humanos, no pretendiendo defender la predicacion del evangelio con razones humanas ni con argumentos humanos, remitiendo la defension á lo que en aquel punto Dios les dará que decir, haciendo que el espíritu santo hable en ellos, de manera que sus palabras no sean suyas sino del espíritu santo. De estas palabras de Cristo se colige esto:

Primero, que los discípulos de Cristo se han de persuadir que están entre los hombres del mundo como ovejas entre lobos; y los que no tienen esta persuasion, no pueden guardar el decoro cristiano, el deber de discípulos de Cristo.

Segundo, que se han de armar con prudencia serpentina contra las persuasiones de los hombres, y de sinceridad columbina contra los ímpetus de sus afectos y apetitos humanos; y los que no están armados de esta manera, es imposible que perseveren en la escuela de Cristo.

Tercero, que han de tener á todos los hombres por enemigos, no para tratarlos como á enemigos, sino para guardarse de ellos como de enemigos, huir y guardarse de dar ni tomar con ellos; y los que no harán esto así, serán forzados á apartarse muchas veces del decoro

cristiano. Y hombres son (como he dicho) todos los que no son regenerados por el evangelio, todos los que no son discípulos de Cristo.

Cuarto, que han de poner fin á la ambicion y á la gloria del mundo, holgándose que el mundo los maltrate y los persiga como á malos y perversos, no siéndolo, teniendo por cierto que todo esto es anexo á los que entran en la escuela de Cristo; y los que no estarán en esta resolucion, fácilmente serán apartados de la escuela de Cristo.

Quinto, que han de tener tan mortificada su razon y prudencia humana, que no se piensen servir de ella por ninguna manera para defenderse en el negocio cristiano ni para defender la predicacion del evangelio, estando remitidos á lo que al tiempo de la defension el espíritu santo les dará que decir; y los que no harán esto así, forzadamente vendrán á decir cosas ajenísimas de Cristo y del evangelio de Cristo, con las cuales más presto ofenderán á sí mismos, á Cristo y al evangelio que lo defenderán.

Y no cabe decir que el vocablo griego por lo que aquí dice «penseis» significa pensar con solicitud, porque si es así que no han de hablar sino lo que en aquella hora el espíritu santo les dará que decir, ¿de qué sirve el pensar aunque sea sin solicitud? En efecto, quiere Cristo que sus discípulos no dependan de los hombres del mundo ni dependan de sí mismos, pero que dependan de solo Dios y que de él esperen toda cosa, no solamente lo que han de comer y de vestir, pero tambien lo que han de hablar. Tampoco cabe decir: ¿qué sé yo si este prometimiento toca á mí? no quiero tentar á Dios. Porque este prometimiento toca á todos los que, mortificando sus discursos, confien en él, ciertos que no les faltará Dios en lo que les promete; y nunca tienta á Dios el que se funda en prometimiento de Dios, diciendo: Dios me dice que no piense en lo que tengo de hablar en presencia de los gobernadores y reyes del mundo, porque en la propia hora él me dará lo que tengo de hablar, yo sé que lo puede hacer y sé que no lo prometeria si no lo hubiese de hacer, pues confiado yo en este prometimiento, no quiero pensar en lo que tengo de hablar.

Aquí diré esto: que tengo por experiencia que nunca mejor hablé en mi vida que cuando he hablado sin haberme puesto á pensar lo que habia de hablar, lo mismo digo del escribir. Y ruego á Dios que, como me ha reducido en esta quinta cosa á hacer el deber de discípulos de Cristo, me reduzca en las otras cuatro precedentes, y me perfeccione cada dia más en esta y en aquellas, reduciéndome á que en todo y por todo sea tan buen discípulo de Cristo que por ninguna manera me aparte de la escuela de Cristo hasta que en mí sea vista la propia imágen de Cristo, pudiendo yo decir á los otros discípulos de Cristo con San Pablo: «imitatores mei estote sicut et ego Christi».

Y entregará el hermano al hermano á muerte, y el padre al hijo, y levantaránse hijos contra padres y mataránlos. Y sereis aborrecidos de todos por mi nombre, y el que perseverará hasta el fin, este será salvo.

Prosiguiendo Cristo en profetizar á sus discípulos la persecucion que habian de padecer por el evangelio, la cual (como he dicho) pertenece no á lo que fué en tiempo de Cristo, sino á lo que fué, ha sido y es despues de la venida del espíritu santo, les muestra como habia de ser tan grande la rabia de los hombres del mundo contra los que fuesen sus discípulos, que, olvidados del deber de la generacion humana, el hermano no tendría

respeto al hermano, ni el padre al hijo ni el hijo al padre. Esto tengo por certísimo que fué verificado así á la letra en tiempo de los mártires, cuando fué tan odioso el nombre cristiano en el mundo que, como uno era cristiano, tenia por enemigos á sus propios parientes, los cuales lo entregaban á la muerte. Y ¡pluguiese á Dios que no se pudiese con verdad decir que lo que entónces era el nombre cristiano en el mundo, cuanto al ser aborrecido y perseguido, es ahora el vivir cristiano! De manera que siempre ha sido y es verificado en los que son discípulos de Cristo esto que aquí profetizó Cristo, y en tanto no es verificado en cuanto ellos no se muestran ni se descubren ser discípulos de Cristo; que, si descubriéndose ellos el mundo los conociese por tales, no hay duda sino que haria con ellos lo que ha hecho siempre con los que ha conocido. Y no se deben maravillar los discípulos de Cristo, si, así como ellos entrando en la escuela de Cristo renuncian el deber de la generacion humana, abrazándose con el deber de la regeneracion cristiana, así los hombres olvidados del deber de la generacion humana los tratan como á cosa que ya no pertenece de ninguna manera á ellos; ántes deben tomar por cierta señal, que son discípulos de Cristo, el ser tratados de los hombres, y más de sus propios parientes, como enemigos.

Y aquí noto una diferencia entre los hombres del mundo y los discípulos de Cristo; que los hombres del mundo tienen por enemigos á los discípulos de Cristo y los tratan como á enemigos; y los discípulos de Cristo tienen por enemigos á los hombres del mundo, pero, no los tratan como á enemigos sino como á amigos, viviendo entre ellos como ovejas entre lobos.

Diciendo Cristo «y el que perseverará,» etc., entiendo que de sus discípulos aquellos alcanzarán salud y vida eterna que perseveraran hasta la muerte en la escuela de Cristo, no saliéndose de ella ni por muerte ni por vida; y no entiendo que se sale de la escuela de Cristo, sino el que por miedo ó por vergüenza del mundo no solamente abandona y deja el vivir cristiano, pero se aparta de la fé cristiana, atendiendo á justificarse por sus obras, así como no se sale de la frailía sino el que deja los hábitos y se sale del monasterio. Lo mismo es «por mi nombre» que por mi causa. Diciendo «hasta el fin,» entiende: hasta la muerte en el martirio; y diciendo «será salvo,» entiende: alcanzará vida eterna, de la cual felicidad serán excluidos los que, no pudiendo sufrir la ignominia de la cruz de Cristo, darán con la cruz en tierra.

Y cuando os perseguirán en una ciudad, huid á otra, porque os digo de verdad que no acabareis de andar todas las ciudades de Israel que no sea primero venido el hijo del hombre.

De estas palabras se colige bien que no solamente no deben los discípulos de Cristo ofrecerse al martirio sin ser llevados á él, pero que lo deben huir cuando huyéndolo es más presto aumentado que menoscabado el evangelio, segun que tenemos el ejemplo en San Pablo; de manera que huir del martirio no es salirse de la escuela de Cristo sino conservarse en ella para aprovechar más en ella. Y parece que, porque pudieran decir los discípulos: Tú, señor, nos mandas que no vamos entre los gentiles ni entre los Samaritanos, y por otra parte nos dices que huyamos de ciudad en ciudad cuando habremos sido perseguidos en todas las ciudades de Judea, ¿qué quieres que hagamos? Cristo les dice: «Porque os digo de verdad,» etc., entendiendo: Estad de buen ánimo, que primero vendré yo que vosotros hayais acabado de andar por todas las ciudades de Israel.

Esto es lo que suenan estas palabras, las cuales no sé como cuadran entendiéndolas de la predicacion que fué en aquel propio tiempo, ni sé tampoco como cuadran entendiéndolas de la predicacion que fué despues, ni sé tampoco qué venida es esta que dice Cristo; siento la dificultad y, no sabiendo salir de ella, me remito á lo que sobre esto dicen los que hablan mejor. Diré yo aquí esto: que es grandísimo indicio de la depravacion de nuestros ánimos este que nos altera más una sentencia que á nuestro parecer no cuadra con lo sucedido, que nos aquietan y nos confirman ciento que cuadran bonísimo.

No es el discípulo sobre el maestro ni el siervo sobre su señor. Bástale al discípulo que sea como su maestro y que el siervo sea como su señor. Y si al señor de casa han llamado Beelzebul, ¡cuánto más á sus familiares! Por tanto no los temais.

Va Cristo facilitando en los ánimos de sus discípulos la acerbidad y amargura de la cruz, y así en estas palabras les dice en sentencia: no es muy gran cosa que vosotros, que sois mis discípulos, seais maltratados de los hombres del mundo, pues yo, que soy vuestro maestro y preceptor, he sido y soy y seré maltratado de los mismos. Que Cristo fuese llamado Beelzebul lo veremos en el cap. 12, á donde los Fariseos dicen que Cristo echaba los demonios en virtud de Beelzebul.

Así era llamado un ídolo de ciertos gentiles vecinos á Judea, y segun dicen era comun nombre á todos los ídolos llamarlos Baal que es lo mismo que Beel, pero uno era llamado Baal-peor y otro Baal-zebul, y significa maestro ó señor de moscas. Diciendo «por tanto no los temais,» concluye que, pues lo mismo, que habia de pasar por ellos, habia tambien de pasar por él, no tenian causa de atemorizarse, considerando que, lo que sería de él, sería de ellos; y con efecto es grandísimo consuelo para los que son murmurados, perseguidos y maltratados por la justicia del evangelio, considerar que por allí pasó Cristo.

Porque no hay cosa encubierta que no haya de ser descubierta, ni secreta que no se haya de saber. Lo que os digo en obscuridad, decidlo en claridad; y lo que oís á la oreja, predicadlo en los tejados.

Sabiendo por experiencia como esto es así, que es grandísimo consuelo para los que son perseguidos por Cristo y como Cristo, pensar que al último ha de ser vista y descubierta su inocencia y su verdad, y considerando que va Cristo aquí mezclando á sus discípulos lo dulce con lo amargo, pienso que se sirvió de esta sentencia general «no hay cosa encubierta» etc., pretendiendo decirles: estad de buen ánimo, que, aunque vuestra justicia y vuestra verdad en la presente vida esté encubierta, en la vida eterna será descubierta, juntamente con la injusticia y maldad de los que os maltratarán; y pienso que, añadiendo Cristo «lo que os digo en obscuridad» etc., entendió: y pues esto ha de pasar así, sin ningun respeto, no temiendo ni muerte ni infamia, os podreis deliberar á decir clara y públicamente en presencia de los hombres estas cosas que yo ahora os digo escondidamente y como á la oreja.

Esta inteligencia me satisface y es digna de Cristo. Pero por lo que leo en San Marco 4, adonde están estas mismas palabras, pienso que sea esta la propia inteligencia que,

queriendo Cristo quitar de los ánimos de sus discípulos la sospecha, en que podían entrar pensando que las cosas, que comunicaba con ellos, habían de estar siempre secretas, les dice: «porque no hay cosa» etc., entendiéndolo: esto no os lo digo para que lo tengáis secreto ó encubierto, ántes os lo digo para que lo manifestéis y publiquéis, pero á su tiempo.

En efecto, parece que el intento de Cristo fué tener secreto y encubierto el negocio del evangelio mientras él vivía corporalmente entre los hombres; y tuvo tan secreto que ni aún los propios discípulos nunca lo entendieron hasta que vino el espíritu santo, el cual los hizo capaces de él, trayéndoles á la memoria las palabras que Cristo, estando con ellos, les había dicho. Y lo que aconteció á los discípulos de Cristo, acontece á cada uno de nosotros, en cuanto, por mucho que leemos y oímos del negocio del evangelio, nunca lo entendemos hasta que viene el espíritu santo en nosotros, el cual nos hace capaces de él por lo que sentimos y trayéndonos á la memoria lo que hemos leído y oído de él.

Y no temáis á los que matan al cuerpo, no pudiendo matar al ánima, mas ántes temed al que puede destruir en el infierno al ánima y al cuerpo. ¿Cómo y no son vendidos dos pajarillos por un dinerillo? Y uno de ellos no cae sobre la tierra sin vuestro padre. Y de vosotros hasta los cabellos de la cabeza, todos están contados. Por tanto no temáis, pues vosotros sois de mayor excelencia que muchos pajarillos.

Esto pertenece para confirmar y fortificar los ánimos de los que son entrados en la escuela de Cristo, á fin que no acontezca que, espantados y atemorizados de la furiosa enemistad con que son perseguidos de los hombres del mundo ó con que serán perseguidos cuando el mundo los descubrirá por discípulos de Cristo, se aparten de la escuela de Cristo, como acontece á los que entran en ella, no siendo traídos de Dios; de manera que diciendo «y no temáis» etc., entiendo: no tengáis temor de los hombres del mundo, los cuales, si bien son poderosos para matar los cuerpos, no son poderosos para matar las ánimas, y, cuando hayáis de temer, temed á Dios, el cual solo es poderoso para destruir ánimas y cuerpos. Aquí conviene advertir dos cosas: la una, que no nos dice Cristo que temamos á Dios, entendiéndolo que, pues nos puede matar los cuerpos y las ánimas, temamos, no nos los mate, porque esto sería tenernos en servidumbre peor que hebrea, cosa ajenísimas del evangelio de Cristo, pero nos dice que, habiendo de vivir en temor, es más al propósito temer á Dios que temer á los hombres; y la otra, que á solo Dios pertenece hacer que las ánimas perezcan en el infierno.

Añadiendo Cristo, «¿cómo y no son vendidos» etc., entiendo que pretende certificarnos de dos cosas, las cuales en gran manera nos consuelan en nuestros trabajos. La una es que en el mal que nos hacen los hombres, concurre la voluntad de Dios, porque sin ella no serían ellos poderosos para hacernos mal; está la prueba por los pajarillos, los cuales, siendo de tan poca estimación que dos de ellos son vendidos por un dinerillo, Dios tiene tanta cuenta con ellos que no muere uno sin la voluntad de Dios, como si dijese: y si esto es así en un pajarillo, ¿cuánto mejor será en vosotros? La otra es que, si bien los hombres del mundo nos quitarán las vidas, despojándonos de estos cuerpos, que seamos ciertos que no perderemos nada, porque Dios tiene tanta cuenta con nosotros que aún hasta los cabellos de nuestras cabezas tiene contados para que no perezca ni uno de ellos.

Estas son dos cosas de tanta importancia que la menor de ellas es bastantísima para tenernos en sumo gozo y en suma seguridad, despojados de todo temor humano y carnal, y llenos de mucho amor divino y espiritual; y por tanto con continúa oracion debemos rogar á Dios que imprima en nuestros corazones estas dos cosas de tal manera que nunca jamás dudemos de la verdad de ellas, y esta certificacion será bastantísima á mortificar y matar en nosotros todos los respetos del mundo y todos los deseos de la sensualidad.

Aquello, «y de vosotros hasta los cabellos» etc., es digno de mucha consideracion para entender que esta estrecha cuenta no la tiene Dios, sino con los que son discípulos de Cristo, con los que, aceptando la justicia de Cristo, han tomado posesion en el reino de Dios, dejando á los otros al gobierno de estas que llaman causas segundas. Y acerca de esta voluntad de Dios y providencia de Dios, he escrito dos consideraciones y una respuesta.

Pues á todo aquel que me confesará en presencia de los hombres, lo confesaré tambien yo en presencia de mi padre el que está en los cielos; y á cualquiera que me negará en presencia de los hombres, lo negaré tambien yo en presencia de mi padre el que está en los cielos.

Con estas palabras entiendo que pretende Cristo animar á los flacos y atemorizar á los imperfectos, á los que no son aun llegados á servir por amor, como si les dijese: sed ciertos de esto, que al que me confesará, lo confesaré, y al que me negará, lo negaré. Adonde se ha de entender que confiesan á Cristo en presencia de los hombres los que, habiendo puesto fin á la gloria del mundo y á su propia satisfaccion, libremente sin temor de vida ni de honra dicen que Jesus, es el Mesía prometido en la ley, que es hijo de Dios y una misma cosa con Dios, que, tomando sobre sí los pecados de los hombres y siendo castigado por ellos, los reconcilió con Dios, y que gozan de esta reconciliacion los que la creen.

Pero háse de advertir que entónces es buena esta confesion cuando sale del corazon, y no puede salir del corazon si no está en el corazon, y no puede estar en el corazon si el espíritu santo no la ha puesto por su mano, y es bonísima cuando, saliendo del corazon, se dice en presencia de hombres que la contradicen, la desprecian y la persiguen. De esta manera conviene que nosotros confesemos á Cristo, confesándolo tambien con el vivir cristiano, conformando nuestro vivir con el de Cristo; y, haciéndolo así, Cristo nos confesara á nosotros, abrazándonos como á miembros suyos.

Tambien se ha de entender que niegan á Cristo en presencia de los hombres los que, temiendo la infamia de la cruz de Cristo, se apartan de la fé cristiana ó del vivir cristiano, á los cuales con razon negará Cristo en presencia de su padre celestial, diciéndoles aquellas duras palabras: «Nescio vos» con lo que se sigue.

Aquí podrá uno decir que cree la primera parte de estas palabras, quanto á la confesion, pero que no cree la segunda, quanto á la negacion, habiendo visto la experiencia en contrario, siendo así que San Pedro negó á Cristo en presencia de los hombres, pero no ha negado Cristo á San Pedro en presencia de Dios, ántes lo ha sublimado sobre los otros. Y á este se le podrá responder que no negará Cristo á los que lo negarán de la manera que lo negó San Pedro, por poquedad, pusilanimidad y fragilidad y con ligereza, pero no con pertinacia, y que negará á los que lo negarán como Júdas, con malicia y malignidad y con

pertinacia, y á los que, siguiendo tras Júdas, hacen con los miembros de Cristo lo que Júdas hizo con Cristo. Y aquí se ha de considerar que no niegan á Cristo sino los que, siendo de Cristo, dicen que no son de Cristo, que no conocen á Cristo; los que nunca han entrado en la escuela de Cristo no se puede decir que niegan á Cristo.

No penseis que soy venido á echar paz sobre la tierra, porque no soy venido á echar paz sino cuchillo, y es así que soy venido á partir al hombre contra su padre y á la hija contra su madre y á la nuera contra su suegra, y los enemigos del hombre serán sus familiares.

Estas palabras dependen de aquello que Cristo ha dicho arriba «entregaré el hermano al hermano á muerte.» Adonde parece que, porque pudiera parecer extraño á los discípulos esta disension que les profetizaba Cristo, aún mucho mayor que la que por el ordinario se ve entre los hombres, Cristo les dice: «no penseis que soy venido» etc., como si dijese: y mirad vosotros que no entreis en fantasía, pensando que mi venida haya de causar paz exterior en la tierra, porque quiero que sepais que será todo el contrario, siendo así que en lugar de paz causaré guerra, causando enemistad aún entre aquellos que por la generacion humana son conjuntísimos, como son el padre y el hijo, etc.

A donde no se ha de entender que el intento de la venida de Cristo fué á causar esta disension, sino de su venida resulta esta disension, y no por culpa de Cristo ni de los discípulos de Cristo, el cual y los cuales son la misma paz, sino por la malicia y malignidad de los hombres del mundo, los cuales son tan enemigos de Dios y tan contrarios á todas las cosas que son de Dios, que, posponiendo el deber de la generacion humana, el hijo no cristiano persigue hasta la muerte al padre cristiano, etc. Y si los hombres del mundo, vencidos de sus pasiones, se apartan del deber de la generacion humana, tornándose de hombres bestias fieras ¿por qué ha de parecer extraño á los discípulos de Cristo dejarse vencer de las inspiraciones divinas, apartándose del deber de la generacion humana por seguir el deber de la regeneracion cristiana?

A donde dice «partir,» el vocablo griego significa dividir una cosa muy conjunta; y familiares es lo mismo que domésticos, criados, hombres de casa. Y es así con efecto que un hombre cristiano no tiene mayores enemigos en el mundo que á los de su casa cuando no son tambien ellos cristianos.

Aquí tropiezan los hebreos, diciendo que no puede ser que Cristo haya sido el Mesía, pues tanto por lo que él propio dice, que vino á echar cuchillo, que es lo mismo que guerra, en el mundo, quanto por lo que se ve por propia experiencia, que el evangelio de Cristo causa disensiones y discordias en el mundo, no es Cristo autor de paz sino de guerra, y Esaías hablando del Mesía lo llama príncipe de paz y dice que las multiplicaciones de su imperio y paz no tendrán fin. Los cuales no tropezarian de ninguna manera si considerasen á Cristo como un cordero que, ni aún siendo llevado al degolladero, no balase, y si considerasen á los discípulos de Cristo como ovejas entre lobos, á los cuales quita Cristo todas las ocasiones por las cuales es perturbada la paz en el mundo, privándolos de deseos carnales, de afectos vindicativos, de afición de riquezas, de procurar honras y dignidades, y finalmente de todas aquellas cosas que procuran los hombres del mundo, á fin que, no teniendo por qué venir en competencia con ellos, no hayan de contender con ellos, y más,

que los priva hasta de las demostraciones de santidad, á fin que ni aún vengan en competencia con los santos del mundo; en lo cual todo muestra Cristo ser príncipe de paz, como profetizó de él Esaías, y muestra que su imperio es todo paz, como profetizó el mismo, pues es así que no están debajo de su imperio sino los que son como ovejas entre lobos.

Sobre estos y en estos reina Cristo, de estos es príncipe y emperador, y así viene á ser que él es emperador pacífico y su imperio es pacífico, si bien en la presente vida los hombres del mundo hacen cruelísima guerra á los que están debajo de este felicísimo imperio, el cual en la vida eterna estará en suma paz y en suma felicidad, no teniendo parte en ella los hombres del mundo ni los demonios del infierno, y entónces verán los perversos judíos que tropiezan en estas palabras de Cristo, cuán propiamente cuadran en Cristo las palabras de Esaías. A donde se ha de considerar lo que está dicho sobre aquello del cap. 5: «Bienaventurados los apaciguadores,» para que se entienda que este reino de Cristo no es otra cosa sino paz. Y es así que los que aceptamos el evangelio de Cristo, siendo reconciliados con Dios, tenemos paz con Dios, la cual sentimos en nuestras conciencias, como la sentia San Pablo cuando decia: «justificati ex fide pacem habemus erga Deum per dominum nostrum Jesum Christum,» y, teniendo paz con Dios, tenemos paz entre nosotros mismos y tenemos paz con todos los hombres, no dándoles más ocasion de guerra de la que ellos se quieren tomar, haciéndonos guerra como á mortales enemigos.

¡Venga, venga ya señor Dios mio, aquel tiempo felicísimo y gloriosísimo, en el cual el mundo conocerá que tu unigénito hijo, Jesucristo nuestro señor, es príncipe de paz y emperador pacífico, y verá, para mayor tormento suyo, como siempre en su imperio ha habido mucha paz y mucha quiete, y así los que somos tus hijos, seremos enteramente glorificados con nuestro príncipe de paz, Jesu-Cristo nuestro señor!

El que ama al padre ó á la madre más que á mí, no es digno de mí; y el que ama al hijo ó á la hija más que á mí, no es digno de mí. Y el que no toma su cruz y sigue tras mí, no es digno de mí. El que halla á su ánima, la perderá; y el que perderá á su ánima por mi causa, la hallará.

Aquí entiendo que, porque pudiera uno decir: no me será á mí enemigo mi padre, porque no me apartaré yo del deber de hijo, Cristo dice en sentencia: si el amor de tu padre te tirará más á cumplir con el deber de hijo de Adam por la generacion humana que el amor, que me tienes á mí, te tirara á cumplir con el deber de hijo de Dios por la regeneracion cristiana, no serás digno de mí. Y es así que, si á los hijos del Zebedeo tirara más el amor del padre que el amor de Cristo, no dejaran al padre en la barca por seguir á Cristo, y así no fueran dignos de Cristo; lo mismo es del otro que queria ir á enterrar á su padre por cumplir con el deber de la generacion humana. El cual deber muchas veces nos tira á todo lo contrario que el deber de la regeneracion cristiana. Como será decir: mi padre, mis hermanos, mis hijos y mis parientes querrian que yo atendiese á acrecentarme en el mundo, á ser estimado, honrado y rico, y me querrian más ver muerto que verme deshonorado, afrentado y pobre; y Cristo quiere que yo ponga fin á la propia estimacion, al ambicion y á la codicia y que huelga de ser deshonorado, afrentado y aún martirizado.

Si yo quiero satisfacer al deber de la generacion humana, por el mismo caso me apartaré del deber de la regeneracion cristiana, y así, pudiendo más en mí el amor de los míos que el amor de Cristo, no tendré parte en Cristo. Y si yo querré satisfacer al deber de la regeneracion cristiana, por el mismo caso me apartaré del deber de la regeneracion humana, y así, pudiendo más en mí el amor de Cristo que el de los míos, vendrá á seguir lo que ha dicho Cristo en lo pasado, quanto á las disensiones y persecuciones. De manera que entónces el hombre ama más á su padre que á Cristo, cuando es más tirado del deber de la generacion humana que del deber de la regeneracion cristiana. Y ser digno de Cristo es lo mismo que ser verdadero miembro de Cristo, estar incorporado en Cristo, por la cual incorporacion no mira Dios al hombre por lo que es en sí sino por lo que es en Cristo.

Diciendo «y el que no toma su cruz» etc., declara que la cruz del hombre es todo el mal y todo el daño que le resulta de amar á Cristo más que á su padre, madre, etc. Bien añadió Cristo: «y sigue tras mí,» entendiendole: y vá por donde yo voy, siguiendo tras la voluntad de Dios sin mirar al deber de la generacion humana. Y aquí se entiende que no es cruz la que yo me tomo por mi voluntad, afligiéndome y maltratándome, sino la que tomo por voluntad de Dios, holgándome que el mundo me desprecie, me aflija y me maltrate. Esta es la cruz cristiana, porque es semejante á la cruz de Cristo; y el que no lleva en este mundo esta cruz á costas, no es digno de Cristo.

Aquello, «el que halla á su ánima» etc., entiendo que está dicho como por consolacion de los que, tomando su cruz, van tras Cristo, de los cuales dice Cristo que hallan á sus ánimas, entendiendole que todos los hombres del mundo tienen perdidas las ánimas, las vidas, estando condenados á muerte eterna, y que entre estos hallan sus vidas, sus ánimas, los que aceptan el evangelio, por el cual son justificados y así habilitados para resurreccion y vida eterna. Estos dice que perderán sus ánimas, sus vidas, poniéndolas, como dicen, al tablero por amor de Cristo y por el deber de la regeneracion cristiana, y privándose de las satisfacciones y de los placeres sensuales, de que gozan los hombres del mundo. Y dice más que los que de esta manera perderán sus ánimas, sus vidas, las hallarán, porque resucitarán y vivirán vida eterna con Cristo.

Grandísima perfeccion es esta, y grandísima gracia de Dios es menester para que el hombre acabe consigo de perder lo que ve, con expectativa de ganar lo que no ve; y así como tengo por cierto que no vendrá jamás á esto un hombre, si el mismo Dios no lo trae, así tambien creo que el más eficaz expediente, con que trae Dios á esto á los que trae, es con darles algunos sentimientos y conocimientos de la felicidad de la vida eterna, certificándolos que, perdiendo la vida presente, ganarán la vida eterna. Los que están ayunos de estos sentimientos y conocimientos y de esta certificacion, es imposible que desprecien la vida presente ni que amen la vida eterna.

El que os recibe á vosotros, me recibe á mí; y el que me recibe á mí, recibe al que me ha enviado. El que recibe al profeta en nombre de profeta, recibirá galardón de profeta; y el que recibe al justo en nombre de justo, recibirá galardón de justo. Y cualquiera que dará á beber á uno de estos pequeños un jarro de agua fria solamente en nombre de discípulo, dígoos de verdad que no perderá su galardón.

Tres cosas entendemos en estas palabras de Cristo. La primera, que, recibiendo y acogiendo en nuestras casas á los discípulos de Cristo cuando andarán á predicar el evangelio de Cristo ó cuando andarán huyendo las persecuciones de los hombres, recibimos y acogemos al mismo Cristo, en cuanto por causa de Cristo andan fuera de sus casas, y que, recibiendo á Cristo recibimos á Dios, el cual envió á Cristo al mundo; de manera que, acogiendo en nuestras casas á los discípulos de Cristo, acogemos á Cristo y acogemos á Dios.

La segunda, que en recibir y acoger en nuestras casas á los discípulos de Cristo, solamente habemos de tener intento á que son discípulos de Cristo, de manera que no movamos por el deber de la generacion humana, sino por el deber de la regeneracion cristiana, no con intento que nuestra buena obra sea galardonada sino con intento que por nuestra buena obra sea Dios glorificado por aquel discípulo que por nuestra causa viene á confirmarse y certificarse más en que Dios es verdadero y fiel, cumpliendo lo que promete.

La tercera, que nuestras obras, cuando son hechas con el intento que esta dicho, son galardonadas de Dios en la presente vida, pero con galardones de la otra vida, respondiendo el galardón á la obra, en cuanto al que recibe al profeta, al que tiene don de interpretar la santa escritura, y particularmente lo que es profecía, teniendo solamente respeto á que es profeta, dará Dios don de profecía, y en cuanto al que recibe al justo, justificado por Cristo, teniendo solamente respeto á que es justo, dará Dios fé, con que tambien él sea justo.

Adonde se ha de advertir que, para que yo reciba á un profeta solamente porque es profeta y á un justo solamente porque es justo, es menester que yo conozca que el uno es profeta y que el otro es justo, el cual conocimiento no lo puedo yo tener sino por gracia de Dios; y así vendrá á ser que el galardón de profecía y el galardón de justicia que yo alcanzo no se atribuirán á mí sino á la gracia de Dios que obró en mí, y así á mí no me quedará de que vanagloriarme, diciendo: yo tengo don de profecía porque recibí á un profeta, ni: yo soy justo porque recibí á un justo.

Encareciendo aún más la cosa Cristo por provocar los ánimos de los imperfectos á usar caridad con los que son discípulos suyos, dice «y cualquiera que dará» etc., entendiendo que la más mínima cosa del mundo que haremos con los que serán discípulos de Cristo, no teniendo otro respeto ninguno sino que son discípulos de Cristo, nos será galardonada de Dios con dones espirituales y divinos, como está dicho arriba. Y lo mismo se ha de entender aquí en aquello «solamente en nombre de discípulo» que arriba «en nombre de profeta» y «en nombre de justo»; es manera de hablar de la lengua hebrea, quiere decir: por causa que es justo, por causa que es profeta y por causa que es discípulo. Por aquello que dice «á uno de estos pequeños» parece que estas palabras fueron dichas en presencia de más personas que los discípulos. «De agua fria» dice entendiendo pura y sin cosa adherente, como es tomada del río ó de la fuente.

Y aconteció que, habiendo Jesus acabado de ordenar esto á sus doce discípulos, se partió de allí á enseñar y á predicar en las ciudades de aquellos. Y oyendo Juan en la prision las obras de Cristo, enviando dos de sus discípulos le dijo: ¿Eres tú el que ha de venir ó esperamos á otro? Y respondiendo Jesus les dijo: Id, denunciad á Juan lo que ois y veis: ciegos recobran vista, cojos andan, leprosos son alimpiados y sordos oyen, muertos resucitan y á pobres es predicado el evangelio. Y bienaventurado es el que no se escandalizará en mí.

Cuanto á lo primero, es aquí digno de consideracion que el evangelista casi siempre pone juntas estas dos cosas, diciendo que Cristo enseñaba y predicaba, á fin que entendamos que son cosas distintas y diferentes. Predicaba Cristo el evangelio del reino, y enseñaba el vivir segun el deber del evangelio.

A los que predicán, llama San Pablo apóstoles, y á los que enseñan, llama doctores; los unos dice que tienen don de apostolado, y los otros de doctrina.

En la embajada, que San Juan envió á Cristo, hallo esta dificultad que no puede ser que pretendiese saber para sí lo que enviaba á preguntar, pues había mostrado saberlo, estando en el vientre de la madre y estando en el Jordan; si pretendió que lo supiesen sus discípulos ó que lo supiesen las gentes, delante de las cuales lo preguntaban, parece extraño que San Juan pusiese en duda lo que en el Jordan había afirmado, diciendo: «Ecce agnus Dei, ecce qui tollit peccata mundi» y aún parece extrañísimo que quisiese San Juan que Cristo diese testimonio de sí mismo, pudiéndolo dar el de la manera que lo había dado, y su testimonio fuera más creído, mayormente de sus discípulos, por la mucha estimacion de santidad que tenia acerca de todos, y más, que por el ordinario se da más crédito á lo que otros dicen de nosotros que á lo que nosotros mismos decimos.

Cuanto á la respuesta de Cristo, veo bien que era bastantísima para certificar á San Juan cuando él estuviera dudoso, pero no veo como era bastante para certificar á los discípulos de San Juan, los cuales por aquellas obras no se cómo podían conocer lo que preguntaban, y mucho menos veo cómo lo podían conocer las otras gentes, las cuales consta que esperaban al Mesía en hábito y en estado diferentísimo de aquel en que lo veían á Cristo. Veo las dificultades y, no sabiendo salir de ellas, espero que Dios por sí mismo me sacará cuando le placere, y entre tanto no me avergüenzo de mi ignorancia, ántes me precio de ella, para que se conozca que esto es lo que tengo que sea propio mio.

Diré bien aquí esto: que por la respuesta de Cristo, pudiera bien entender que él era el Mesía el que tuviera buenos los ojos interiores, no por los milagros, sino por lo que añadió Cristo despues de los milagros, diciendo: «y á los pobres es predicado el evangelio.» Porque es así que, juntando esto, que se veía y era confirmado con los milagros, con lo que estaba profetizado por Esaías, cap. 61, conociera claramente que Cristo era el Mesía, porque, hablando Esaías en persona de Cristo, dice así: «El espíritu del Señor, señor mio, sobre mí, porque me ungió el Señor, á predicar» ó evangelizar «a afligidos» ó pobres «me envió, á amelecinar, á los de corazon molido, á denunciar á cautivos libertad, y á presos abrimiento de cárcel, á denunciar el año apacible al Señor» etc.; de manera que, quien cotejara con estas palabras lo que oía y veía de la evangelizacion de los pobres que dijo Cristo, pudiera conocer que él era el Mesía, siendo pero ilustrado con el espíritu de Dios á

ver en qué manera á los pobres era predicado el evangelio, y á entender las palabras de Esaías, las cuales el mismo Cristo interpreta de sí, Lúc. 4.

Aquí se ha de advertir que por las palabras del profeta se entiende bien qué es lo que Cristo entiende diciendo «á los pobres es predicado el evangelio,» ó los pobres son evangelizados, porque es así que el vocablo hebreo por lo que aquí dice «pobres» significa afligidos, mezquinos y pobretos, y tales son con efecto los que aceptan la predicacion del evangelio, quiero decir, que para aceptarla es menester que se conozcan tales y se tengan por tales, así como es menester que el enfermo se conozca enfermo para reducirse á tomar la medicina, y porque es tambien así que, diciendo Esaías «amelecinar á los de corazon molido» ó quebrantado, declara que la predicacion es saludable para los que la oyen, y que los que son afligidos ó pobres, son hombres de corazon molido ó quebrantado, y los mismos están cautivos y están presos, los cuales por el evangelio entran en libertad y salen de cautividad. Y es bellísima cosa que llama Esaías año apacible ó agradable al Señor, al tiempo de la predicacion del evangelio.

Adonde viene bien una respuesta que me acuerdo haber escrito, mostrando como entre las cosas que en el mundo se hacen por voluntad de Dios, en quanto no se harian si él no quisiese que se hiciesen, solamente le agradan y le satisfacen sumamente aquellas que él propio por su espíritu santo hace en los que aceptamos el evangelio.

Añadiendo Cristo «y bienaventurado es el que no se escandalizará en mí,» parece que pretendió remediar á lo que la prudencia humana pudiera alegar al que se pusiera á cotejar lo que oia en la predicacion de Cristo con lo que habemos alegado de Esaías, persuadiéndole que no pertencian á Cristo las palabras del profeta por ser hombre al parecer como los otros, no mostrando aquella grandeza ni aquella majestad que los judíos esperaban que habia de tener el Mesía. Y es así cierto que nunca dice la Escritura que en Cristo se escandalizan sino los judíos, antes la propia experiencia nos muestra que el escandalizarse en Cristo es tan propio á los hebreos y á los que tienen ánimos hebreos, quanto es propio el burlarse de Cristo á los gentiles y á los que tienen ánimas de gentiles. Lo mismo es, «no se escandalizará en mí» que: no tropezará en mi humildad y bajeza. Sobre el escándalo he escrito una consideracion.

Y partidos ellos, comenzó Jesus á decir á las gentes de Juan: ¿Qué salistes á ver al desierto? caña movida con viento? Pues ¿qué salistes á ver? á hombre vestido con vestiduras delicadas? Mirad que los que visten delicado, están en las casas de los reyes. Pues ¿qué salistes á ver? profeta? Cierto os digo: y más excelente que profeta. Este verdaderamente es de quien esta escrito: Hé aquí yo envío á mi ángel antes de tí, el cual aderezara tu camino en tu presencia.

Parece que, porque de la pregunta de los discípulos de San Juan las gentes que estaban presentes pudieran colegir que San Juan no era de aquella autoridad y santidad que se pensaban, pues dudaba de Cristo, quiso Cristo con estas palabras y con las que se siguen engrandecer el autoridad de San Juan. Y primero dice que no era «caña movida con viento,» cuales son los que no están constantes en la verdad que conocen y cual fuera San Juan si, habiendo dado testimonio de Cristo en el Jordan, dudara de Cristo en la prision. Segundo, dice que no era hombre en quien cupiese lascivia, ligereza, ni liviandad, cuales

son los que se visten delicadamente por lascivia y por parecer bien, estimándose mucho por la delicadura y hermosura de sus vestidos.

Tercero dice que no solamente era profeta, pero era de mayor excelencia y dignidad que profeta, y, mostrando Cristo en qué cosa consistía esta mayor excelencia y dignidad, alega las palabras de Malachías, constituyéndola en dos cosas: La una, en que otro profeta profetizó de él, y la otra, en que su oficio fué de mayor excelencia que el de ningún profeta. Y el oficio de San Juan consiste en aparejar el camino á Cristo; esto hacia San Juan predicando penitencia, arrepentimiento ó reconocimiento, y bautizando en agua, que era lo mismo que turbar el agua de la balsa para que Cristo la clarificase, como está dicho sobre el capítulo 3. Y es siempre necesaria en nosotros la preparacion de San Juan para que aceptemos á Cristo, porque (como he dicho poco ántes) no toman la medicina sino los que se conocen enfermos, y el propio oficio de San Juan es mostrarnos nuestras enfermedades y mostrarnos juntamente á Cristo, el cual solo las sana, dándonos la medicina del evangelio, de la remision de nuestros pecados, en la cual consiste nuestra salud.

El profeta Malachías á la letra dice así: «Ved que yo envío á mi ángel y alimpiaré el camino delante de mí y luego vendrá á su templo el Señor que vosotros buscáis y el ángel de la confederacion que vosotros deseáis. Ved que viene, dice el Señor de ejércitos.» Adonde es digno de consideracion que se concuerdan Malachías y Esaías en el oficio de San Juan que era aparejar, aderezar y alimpiar el camino á Cristo. Y es digno aún de más consideracion que llama Malachías á Cristo ángel de la confederacion, porque es así que él es el que, enviado de Dios en el mundo, por donde le pertenece nombre de ángel, reconcilió á los hombres con Dios, tomando sobre sí los pecados de los hombres, y siendo castigado por ellos con aquel rigor que si él los hubiera cometido todos; de manera que Cristo es ángel de la confederacion, porque ha hecho paz entre Dios y nosotros. Los que no gozan de esta paz, no conocen el beneficio de Cristo, y por el consiguiente no conocen á Cristo; y los que conocen á Cristo, conocen el beneficio de Cristo y gozan de la paz y confederacion que hizo Cristo entre Dios y los hombres.

Dígoos de verdad: entre los nacidos de mujeres no se ha levantado ninguno mayor de Juan el bautista, pero el menor en el reino de los cielos es mayor que él.

Dos cosas aprendemos en estas palabras de Cristo: la una, que San Juan era igual al mayor de los patriarcas y profetas, pues hasta entónces no era nacido en el mundo ningún hombre puro que le hiciese ventaja, y esto pertenece á autorizar el testimonio de San Juan y su predicacion; y la otra que el menor santo de los del evangelio es mayor que el mayor santo de los de la ley, pues es así que es mayor que San Juan Bautista que fué tan grande que no hubo otro mayor, y esto pertenece á ensalzar la grandeza del evangelio. Si Cristo no hubiera dicho estas dos cosas, pareciera verdaderamente cosa recia decir que San Juan fué igual á Moisen, y pareciera cosa recísima decir que el menor santo del evangelio, porque estos son los que están en el reino de los cielos, es mayor que San Juan Bautista y que Moisen, pero, habiéndolo dicho Cristo, que es la misma verdad, conviene que lo tengamos por verdad.

La primera cosa, que es entre Moisen y San Juan, no me quiero poner á averiguarla, porque seria forzado á hablar en ella por ciencia y no por experiencia, y tambien porque es

fácil cosa creerla. Averiguaré bien la segunda, que es entre San Juan y el menor santo del evangelio, porque es difícil cosa creerla, y así digo que la incorporación, con que los santos del evangelio están incorporados en Cristo, hace que el menor de ellos sea mayor que San Juan Bautista, en cuanto considera Dios en cada uno de ellos lo que considera en Cristo, pudiendo cada uno de ellos decir con San Pablo: «Vivo ego, jam non ego, vivit vero in me Christus,» y en cuanto, incorporados en Cristo, son hijos de Dios y reciben espíritu de hijos; de manera que la mayoría no consiste en el ser propio de aquel que es menor en el reino de los cielos, sino en el ser que tiene incorporado en Cristo, y así como Cristo es mayor que San Juan, así el menor de los miembros de Cristo es mayor que San Juan, el cual no entiendo que estaba incorporado en Cristo, porque aún Cristo no había sido castigado en la cruz por nuestros pecados, del cual castigo depende nuestra incorporación en él, así como tampoco entiendo que tuviese del espíritu de Cristo, porque no fué comunicado á los hombres hasta que Cristo fué glorificado.

Tocó bien á San Juan así como á los otros santos de la ley el beneficio de Cristo, en cuanto se remitieron á la justicia que había de ser ejecutada en Cristo, pero no les tocó la incorporación en Cristo, porque aún no era hecha, aconteciendo á los santos de la ley con Cristo crucificado lo que acontece á los santos del evangelio con Cristo glorificado, en cuanto, así como los santos del evangelio gozan de Cristo glorificado, esperando que también ellos han de ser glorificados con él, pero todavía traen á cuestas esta carne pasible y mortal, así los santos de la ley gozaron de Cristo crucificado, esperando ser incorporados en él y justificados por él, pero todavía su carne los molestaba y los inquietaba, porque aún Cristo no la había matado en la cruz. Esto es cuanto á la incorporación en Cristo. Y cuanto al espíritu de Cristo, que es espíritu filial, está claro que no tocó á los santos de la ley, á los cuales no era dado espíritu filial sino espíritu servil.

Esta diferencia de espíritus consta por aquellas palabras de Cristo cuando, reprendiendo á sus discípulos porque querían imitar á Elías, les dijo: «Nescitis cujus spiritus estis?» y consta por aquello que dice San Juan: «Nondum erat spiritus datus, quia Jesus nondum erat glorificatus,» y consta también por aquello que dice San Pablo: «Non enim accepistis spiritum servitutis iterum in timore, sed accepistis spiritum adoptionis filiorum.» Y así viene bien que, porque el menor de los que, perteneciendo al evangelio, está en el reino de Dios, es hijo, y el mayor de los que pertenecen á la ley, es siervo, viene á ser verdad lo que dice Cristo que el menor de los del evangelio es mayor que San Juan Bautista, pues el uno, por ruin que sea, es al fin hijo, y el otro, por mayor que sea, es al fin siervo; y aunque acontece que muchas veces vale más en sí un siervo que un hijo, como entiendo que en sí han valido más muchos santos de la ley que muchos del evangelio, todavía en la dignidad excede el hijo al siervo. Y sobre esto mismo he hablado sobre el Salmo 149 y en una respuesta. En aquello «nacidos de mujeres» está claro que no viene á ser comprendido Cristo, no porque no haya nacido de mujer sino porque el hijo de Dios vá fuera de toda generalidad.

Y desde los días de Juan el bautista hasta ahora el reino de los cielos es violentado, y violentos lo arrebatan. Porque todos los profetas y la ley hasta Juan profetizaron, y, si quereis entender, él es Elías el que había de venir. El que tiene orejas para oír, oiga.

Tres cosas entendemos en estas palabras de Cristo. La primera, que, desde que San Juan comenzó á predicar, comenzaron los hombres como á ensayarse para entrar en el reino de los cielos, comenzando á reconocerse y á conocer á Cristo por Mesía, por rey de este reino. A donde diciendo «es violentado,» entiende: es saqueado, es tomado por fuerza; y puédesse decir que los santos del mundo, queriendo y procurando justificarse por sus obras, pretenden entrar por pacto en el reino de los cielos, pero no entran, porque no se dá á pacto, y así no entran en él sino los violentos, los que lo toman por fuerza, no de obras sino de fé, consistiendo el ser violentos en que cautivan sus entendimientos, sus juicios y sus discursos á la obediencia de la fé cristiana, con la cual se entra en el reino de los cielos.

Los hebreos pretendian entrar en el reino de los cielos por pacto, alegando que á ellos era prometido Cristo, y quedáronse fuera; y los gentiles, no curando de pacto y ateniéndose á la fuerza de la fé, lo toman por combate y lo saquean. La segunda cosa que entendemos aquí es que luego, como el reino de los cielos comenzó á ser saqueado, comenzó tambien á faltar el reino de la ley y de los profetas, en cuanto, entrados los que pertenecen al pueblo de Dios en el reino de los cielos, á donde tienen el gobierno del espíritu santo, no tienen necesidad de ley ni de profetas, aconteciendo en este caso al pueblo de Dios lo que acontece á un niño, en cuanto, así como el niño, mientras es niño, no llegado á los años de la discrecion, es gobernado por un ayo ó pedagogo y, despues que él tiene discrecion, no tiene más necesidad del ayo, gobernándose él de por sí en unas cosas segun la crianza que le dió el ayo y en otras segun lo que á él mejor le parece, así el pueblo de Dios, mientras fué niño, tuvo por ayos y gobernadores á la ley y á los profetas, y despues de entrado en el reino de los cielos, no teniendo necesidad de la ley ni de los profetas, se gobierna por el espíritu santo, el cual en unas cosas se conforma con la ley y en otras sigue el deber de la regeneracion cristiana, de manera que en lugar de la ley es sucedido el espíritu santo en el gobierno del pueblo de Dios. Los que no sienten este gobierno, no son hijos de Dios ni están en el reino de los cielos; y sienten este gobierno los que comienzan á sentirse tirar con mayor violencia al deber de la regeneracion cristiana que al deber de la generacion humana, al amor de Cristo, que habemos dicho arriba, que al amor de los suyos. La comparacion del niño que está debajo del ayo es tomada de San Pablo, Gálatas 3; esto lo digo á fin que sea más estimada.

La tercera cosa que entendemos en estas palabras, de Cristo, es que San Juan Bautista es el Elías que poco ántes habia dicho Cristo que era venido y que lo habian los judíos tratado á su voluntad. Y aquí, á la descubierta mostró Cristo ser él el Mesía; y porque esta cosa es de mucha importancia, ántes importa el todo, añadió Cristo: «el que tiene orejas para oír, oiga,» como despertando á los oyentes para que advertiesen bien lo que les decia. Aquí conviene advertir que lo que dice Cristo, que desde el tiempo de San Juan Bautista el reino de los cielos es saqueado, y que hasta aquel tiempo sirvieron la ley y los profetas, no se ha de entender por todo rigor, pues es así que propiamente comenzaron á ser todas dos cosas en la venida del espíritu santo, el cual, metiendo á los hombres en el reino de los cielos, los sacó de debajo del pedagogo, de manera que entendamos que desde el tiempo de San Juan se comenzaron á sentir estas dos cosas y que en la venida del espíritu santo se comenzaron á ver.

¿A quién, pues, diré que es semejante esta generacion? Semejante es á los muchachos que, asentados en las plazas, llaman á sus compañeros y dicen: Tañímosos flauta y no

saltastes, tañímosos cosas llorosas y no llorastes. Porque ha venido Juan, no comiendo ni bebiendo, y dicen: Demonio tiene. Ha venido el hijo del hombre, comiendo y bebiendo, y dicen: Hé aquí un hombre comedor y bebedor de vino, amigo de publicanos y de pecadores. Y la sabiduría es justificada por sus hijos de ella.

Desde esta comparacion conviene advertir que por la mayor parte acostumbra Cristo poner sus comparaciones, como seria decir, al contrario; de esta manera dice que el reino de los cielos es semejante al mercader que busca buenas piedras preciosas etc., y entiende que los que entran en el reino de los cielos son semejantes á este mercader; lo mismo es en la comparacion de las diez vírgenes y en otras que iremos señalando. Y la primera es esta, adonde dice que los judíos eran semejantes á los muchachos, y entiende que él y San Juan Bautista eran semejantes á los muchachos, en cuanto, así como los muchachos decian á los otros muchachos, sus compañeros, que no los habian podido mover ni á reir reyendo ni á llorar llorando, así él y San Juan podían decir á los judíos que no los habían podido convertir ni con la vida áspera del uno ni con la vida comun del otro; de manera que el tañer con la flauta se refiera á la vida de Cristo, y el tañer cosas llorosas se refiera á la aspereza de San Juan, la cual calumniaban los judíos, diciendo que era cosa diabólica, calumniando tambien la manera de vivir de Cristo, diciendo que era profana, y así no hallaban cosa que les satisficiese.

Y añadiendo Cristo, «y la sabiduría es justificada por sus hijos,» entiende que él y San Juan como hijos de Dios, aunque diferentísimamente, justificaban la sabiduría de Dios, el uno viviendo con aspereza y el otro viviendo con libertad, como cerrando el camino á los hombres del mundo que no hallen con que desculpase, culpando á la sabiduría de Dios, la cual les ha propuesto todas dos vías. Adonde se ha de entender que, así como, viviendo Cristo corporalmente entre los hombres, justificaba á la sabiduría de Dios, así tambien, viviendo en espíritu en los que son sus miembros, justifica á la sabiduría de Dios, y así viene á ser que tambien ellos como hijos de Dios, justifican á la sabiduría de Dios contra la sabiduría del mundo.

Esta me parece buena inteligencia, y no seria malo entender así que, si bien los judíos como hijos de la sabiduría del mundo y como santos del mundo condenaban el vivir de San Juan por demasiadamente áspero y condenaban el vivir de Cristo por demasiadamente libre, que los verdaderos cristianos como hijos de la sabiduría divina y como santos de Dios conocerán y aprobarán por bueno el divino consejo con que Dios ordenó que San Juan viviese como vivió y que Cristo viviese como vivió.

Cuanto al divino consejo en la vida de San Juan, me remito á lo que he dicho sobre el cap. 3; y cuanto al divino consejo en la vida de Cristo, me remito á lo que he dicho en una epístola, adonde hablo en la causa porque Cristo unas veces se descubria y otras veces se encubria, y á lo que he dicho en una consideracion, adonde pongo seis causas por las cuales parece que fué necesario que el hijo de Dios hecho hombre viviese entre los hombres de la manera que vivió.

De esta manera entiendo estas palabras de Cristo, y pienso que las entenderia mucho mejor si supiese la forma del juego de aquellos muchachos, que, segun se puede colegir, puestos en las plazas se partian en dos partes, y los de la una parte decían á los otros las

palabras que aquí pone Cristo; y lo que colijo de aquí es que solamente los hijos de la sabiduría de Dios, los que son sabios por el espíritu de Dios, conocen en las obras de los hijos de Dios el divino consejo del mismo Dios, del cual es totalmente incapaz la prudencia humana, y entónces más cuando ella está más afinada, porque es así que entónces está más ciega para poder ver las cosas de Dios, porque no hay mayor ciego que el que piensa que ve.

Entónces comenzó á injuriar á las ciudades en las cuales habían sido hechos muchos de sus milagros, porque no se habian reconocido: ¡Guai de tí, Corazain! ¡guai de tí, Betsaida! porque si en Tiro y Sidonia hubieran sido hechos los milagros que han sido hechos en vosotras, ya cierto se hubieran reconocido en saco y en ceniza. Pero dígoos que en el dia del juicio será más tolerable el mal á Tiro y á Sidonia que á vosotros. Y tú, Capernaum, ensalzada hasta el cielo, hasta el infierno serás abajada, porque, si entre los de Sodoma hubieran sido hechos los milagros que han sido hechos en tí, permanecieran cierto hasta hoy. Pero dígoos que en el dia del juicio será más tolerable el mal á la tierra de los de Sodoma que á tí.

De estas palabras se colige bien que en el dia del juicio serán más castigados aquellos que, habiendo, tenido más ocasiones de apartarse del mal y aplicarse al bien y así vivir en la presente vida con modestia y puridad, se habrán estado en su vivir profano y mundano. Y aquí viene á propósito lo que yo suelo decir, que siempre libran mal los malos en compañía de los buenos. Si Cristo no predicara en Corazain, en Betsaida y en Capernaum, no vinieran en el dia del juicio á ser más castigadas que Tiro, Sidonia y Sodoma. Aquí se ofrecen dos dudas: la una es, si los milagros exteriores son bastantes sin el movimiento interior para la penitencia, para el arrepentimiento ó reconocimiento; y la otra es, en qué manera pueden estar estas dos cosas juntas, que haya predestinacion y que estas ciudades, contra las cuales Cristo habla aquí, merezcan ser así reprehendidas y así castigadas como las amenaza Cristo.

Cuanto á la primera duda, digo así que, segun lo que yo alcanzo, los milagros exteriores son bastantes sin el movimiento interior para una penitencia, un arrepentimiento y un reconocimiento exterior, con el cual el hombre se aparta del mal exterior y se aplica al bien exterior, pero no son bastantes para aquella penitencia, aquel arrepentimiento y aquel reconocimiento interior, con el cual el hombre se aparta del mal interior y se aplica al bien interior, y digo que no son bastantes, porque este efecto no lo hace sino el espíritu santo que obra interiormente. Que esto sea así, consta por esto que muchos veian los milagros de Cristo y se reconocian en lo exterior; pero, como aquel reconocimiento era humano, no penetraba á lo interior, mudaba lo exterior, pero no mudaba lo interior; y de esta mutacion exterior entiendo que reprehendia Cristo á estas ciudades porque no la hacian, pudiéndola hacer, movidas por los milagros que veian, como la hicieran Tiro, Sidonia y Sodoma.

Y sí dirá uno: ¿Qué es la causa que hicieran esta mutacion ó demostracion exterior estas ciudades y no la hacian aquellas? le responderé que pienso yo que estas la hicieran porque sus vicios eran más aparentes y porque no tenian obras exteriores con que justificarse, encubriendo la impiedad interior y disculpando el mal vivir exterior, como tenian aquellas, las cuales, no hallándose muy culpadas de vicios exteriores, y hallándose santas por sus obras exteriores, no podian venir en conocimiento de su impiedad interior ni se podian juzgar muy culpadas por su vivir exterior. Y aquí se entiende cuánto son peligrosas las

obras cuando no salen de ánimo pío, justo y santo. Cuanto á la segunda duda, me remito al discurso que tengo escrito sobre la predestinacion, la fé y las obras, la gracia y el libero arbitrio adonde hago particular mencion de estas ciudades.

Por lo que aquí dice, «muchos de sus milagros,» en el griego dice: muchas de sus potencias, pero entiende milagros, cosas obradas por virtud y potencia sobrenatural. Diciendo, «se hubieran reconocido» ó hubieran mostrado reconocerse «en saco y ceniza,» toca la usanza hebrea; esta era que los que se conocian haber ofendido á Dios, se vestian de jerga y se asentaban en el polvo ó en la ceniza; de esto hay mucha mencion en la santa escritura. Diciendo, «permanecieron cierto» etc., entiende los sucesores de los que moraban en aquella ciudad, no siendo como fueron consumidos ellos y ellas. «A la tierra» dice por: á los de la tierra.

En aquel tiempo respondiendo Jesus dijo: Rengrácote, padre, señor del cielo y de la tierra, que escondiste esto de los sábios y prudentes y lo revelaste á los pequeños. Cierto, padre, porque así pareció bien en tu presencia. Todo me ha sido dado de mi padre. Y ninguno ha conocido al hijo sino el padre, ni al padre, ¿quién lo ha conocido sino el hijo, y aquel al cual lo querrá el hijo revelar? Venid á mí, todos los que trabajais y estais cargados, y yo os haré reposar. Tomad mi yugo sobre vosotros y aprended de mí, que soy manso y humilde en el corazon, y hallaréis reposo para vuestras ánimas, porque mi yugo es apacible y mi carga ligera.

Todas estas palabras están llenas de divinidad, tanto quanto ningunas otras que haya en toda, la santa escritura; y quanto ellas son mas divinas, tanto deben ser más y mejor consideradas. A donde yo no hallando, cómo puedan depender de las que en San Mateo preceden, me remito á San Lucas, el cual cuenta que, tornados los discípulos de Cristo de la predicacion, adonde fueron enviados, y refiriendo muy ufanos á Cristo los milagros que habian hecho, andando á predicar, y diciéndoles Cristo que no se gozasen por los milagros que hacian sino porque sus nombres estaban escritos en los cielos, entró á la hora Cristo en una tanta alegría de espíritu santo y en un tal júbilo interior que, mostrando su placer interior con palabras exteriores, comenzó á decir: «rengrácote, padre, señor del cielo» etc. Adonde, considerando el propósito á que segun San Lúcas dijo Cristo estas palabras y considerando las propias palabras en sí, entiendo que, representándosele y poniéndosele delante á Cristo toda la gloria y felicidad de los que en él habian de ser hijos de Dios, siéndolo ya en la mente divina, en la cual ya estaban escritos los nombres de todos ellos, todo alegre y contento, interiormente fué movido con estas palabras á dar gracias á Dios por la predestinacion de los que tiene predestinados.

Y así entiendo que el secreto de la predestinacion con lo que es anexo á ella, es el que dice aquí Cristo que escondió Dios de los sábios y prudentes y lo reveló á los pequeños, porque entiendo que, diciendo «escondiste esto,» entiende lo que acababa de decir a, los discípulos: «gaudete autem quod nomina vestra scripta sunt in coelis,» no os goceis porque se os sujetan los demonios, pero gozáos porque vuestros nombres están escritos en los cielos, porque Dios os tiene predestinados para daros vida eterna. Los que, sintiendo su vocacion, siendo discípulos de Cristo, estando en la divina escuela de Cristo, se conocen predestinados de Dios, tienen bien por qué gozarse y alegrarse por sí y por todos los miembros de Cristo, imitando este gozo que aquí mostró Cristo; y los que están sin este

sentimiento y sin este conocimiento, tienen bien por qué dolerse y entristecerse, y no deben desesperarse, antes deben animarse á rogar á Dios, les de este sentimiento y conocimiento y que, despues de habérselo dado, se lo acreciente.

Sabios y prudentes llama Cristo á los que son muy ricos de prudencia humana, de lumbré natural, de la ciencia del bien y del mal, que aquirió el hombre comiendo del fruto de aquel árbol; y pequeños llama Cristo á los que son como niños, en cuanto por la regeneracion cristiana han renunciado la prudencia humana, la lumbré natural, la ciencia del bien y del mal, no queriendo servirse de ella en cosa ninguna ni por ninguna manera, conociéndola ciega y oscura, y en cuanto han abrazado la lumbré espiritual y tienen por cierto, firme y verdadero lo que ven con esta lumbré, dudando de todo lo otro, y siendo en efecto como niños, en cuanto, así como los niños, no sabiendo por sí, están á lo que les es dicho en las cosas humanas, así ellos, no sabiendo ni queriendo saber por sí, están á lo que interiormente les es inspirado en las cosas divinas.

Aquí podrá parecer extraño á alguno que dé Cristo igualmente gracias á Dios porque encubre sus cosas á los sábios y prudentes y las descubre á los pequeños y niños, pareciéndole que debia Cristo dar gracias á Dios por lo que hace con los unos y rogarle que hiciese lo mismo con los otros. Al cual yo responderé así: que, considerando lo que dice San Pablo, 1^a Cor. 1, 2. contra la sabiduría y contra los sábios del mundo, y considerando lo que muchas veces he experimentado en mí, holgándome que sean incapaces de las cosas espirituales y divinas los que las quieren entender con sus ingenios y juicios humanos, entiendo que, porque así es ilustrada la gloria de Dios con la ceguedad de los sábios del mundo como con la luz de los hijos de Dios, dió Cristo gracias á Dios igualmente por todas dos cosas. Adonde no se ha de entender que es ilustrada la gloria de Dios en que los sábios del mundo no entiendan los secretos de Dios sino en que no los entiendan mientras los quieren entender con su sabiduría, y aquel no salir con su intento es el que ilustra la gloria de Dios, y por aquello rengracia Cristo al padre y contra aquello habla San Pablo, y por aquello digo yo que me suelo muchas veces holgar.

Añadiendo Cristo: «cierto, padre» etc., afirma que esta cosa, por la cual rengracia á Dios, depende de sola la voluntad de Dios; así lo hace, porque así lo quiere, así le place y le agrada, sin tener respeto sino á sola su voluntad, la cual es en todo y por todo justísima y santísima, si bien la prudencia humana no es capaz de la justicia ni de la santidad que hay en ella. Y háse de advertir que, adonde aquí dice «pareció bien,» en el griego está aquel vocablo de que usa San Pablo siempre que quiere que se entienda que nuestra predestinacion depende de sola la voluntad de Dios, el cual se ha contentado de predestinarnos para la vida eterna por sola su bondad y liberalidad, de la cual y de la obediencia de Cristo que se contentó que en su carne fuésemos castigados nosotros, habemos de reconocer nuestra predestinacion y vocacion, justificacion y glorificacion, no dando parte ninguna á nuestros merecimientos ni á cosa que tenga del nuestro, á fin que toda la gloria sea de Dios de Cristo.

Añadiendo Cristo: «todo me ha sido dado» etc., refiere á la liberalidad de Dios la potestad que tenia de comunicar los secretos de Dios con sus discípulos, la cual potestad entiendo que le fué acrecentada despues de la resurreccion, segun que él lo muestra, diciendo: «data est mihi omnis potestas in coelo et in terra.» Y es conforme á esto lo que yo

he escrito en una consideracion y en otras muchas partes, adonde digo, que, así como, habiendo Dios puesto toda su luz exterior en el sol, él nos la comunica á los que tenemos clara la vista de los ojos exteriores, así, habiendo puesto Dios en Cristo su espíritu con todos los tesoros de su divinidad, él nos la comunica á todos los que por favor de Dios tenemos clara la vista de los ojos interiores, pero mejor diré así: á todos los que, habiendo aceptado la gracia del Evangelio, tenemos purificados nuestros corazones, de manera que diga Cristo: todo esto que es encubierto á los sabios y es descubierto á los pequeños, me lo ha dado mi padre á mí, para que yo lo encubra á los unos y lo descubra á los otros.

Y queriendo Cristo mostrar su dignidad, su sér divino y celestial, por el cual es Dios así liberal con él, dice: «y ninguno ha conocido al hijo» etc., entendiendo que es tan divino y celestial que solo el padre lo conoce. Y prosiguiendo en descubrir su altísima dignidad, dice: «ni al padre ¿quién lo ha conocido» etc., entendiendo que, así como solo el padre conoce al hijo, así solo el hijo conoce al padre. Y añadiendo Cristo, «y aquel al cual el hijo lo querrá revelar,» muestra que está en su mano de él, dar conocimiento del padre á los que él quiere, los cuales solos pueden decir con verdad que conocen á Dios.

Cuanto á la manera como entiendo que por revelacion del hijo conocemos al padre, que por Cristo conocemos á Dios, me remito á lo que he dicho en una consideracion.

Aquí podría parecer extraño á alguno que dijo Cristo que ninguno ha conocido á Dios sino él y aquellos á quien él lo querrá revelar, pues es así que los santos hebreos conocieron á Dios por especial favor de Dios, aún lo conocía todo el pueblo hebreo por las santas escrituras, y así dice David: *Notus in Judaea Deus*, y aún segun San Pablo lo conocieron los gentiles por la contemplacion de las criaturas.

Pero no parecerá extraño al que considerará la diferencia que hay entre el conocimiento de Dios que tienen los que conocen á Dios por revelacion de Cristo al que tuvieron los gentiles, los hebreos y los santos entre los hebreos, considerando la diferencia por los efectos: en cuanto el efecto, que hizo en los gentiles el conocimiento de Dios que tenían por las criaturas, no por culpa de Dios, sino por culpa suya de ellos fué el que dice San Pablo que *evanuerunt in cogitationibus suis*; y el efecto que hacia en el pueblo hebreo el conocimiento de Dios que tenia por las escrituras, no por culpa de Dios, sino por culpa suya de ellos fué el que leemos en los libros de los reyes, los cuales están llenos de las idolatrías de aquel pueblo; y el efecto que hacia en los santos hebreos el conocimiento, que tenían de Dios por favor de Dios, por la natura de la ley, era el que leemos en todas las santas escrituras viejas, tenerlos en un continuo temor y en una continua servidumbre; y el efecto que hace en los santos cristianos el conocimiento, que tienen de Dios por revelacion de Cristo, por la natura de la gracia, es el que leemos en las epístolas de nuestros dos apóstoles San Pedro y San Pablo, y el que vemos por alguna experiencia en personas verdaderamente cristianas, esto es librarlas de todo temor y henchirlas de todo amor, desatarlas de leyes y de preceptos y enamorarlas de la imitacion de Cristo y del mismo Dios, al cual conocen como hijos.

Y por tanto, su conocimiento es más perfecto que el de los santos hebreos y por consiguiente que el del pueblo hebreo y que el de los gentiles, ántes es así que estos conocimientos de Dios, comparados con el que tienen los santos cristianos por revelaciones

de Cristo, no deben ser llamados conocimientos, así como al conocimiento de Cristo y de Dios que yo tenía veinte años há, comparándolo con el que tengo agora, no lo llamo conocimiento, de manera que pudo bien decir Cristo que solo él conoce á Dios, conociéndolo como él es, y que solamente conocen á Dios los que lo conocen por él, conociéndolo por padre benigno, misericordioso y amoroso.

Y por tanto muy al propósito, añade Cristo: «venid á mí, todos los que trabajais» etc., como si dijese: y pues está á mí, dar conocimiento de Dios, en el cual conocimiento consiste la vida eterna, conforme á aquello *haec est vita eterna ut cognoscant te verum Deum solum* etc., veníos á mí todos los que, hallándoos en males exteriores ó interiores, deseais salir de ellos, porque yo os sacaré, y así os haré estar reposados y contentos.

Adonde es digno de consideracion que no llama Cristo que vayan á él sino á los que trabajan y están cargados, á los que están en males exteriores, siendo perseguidos y afligidos de los hombres del mundo, y padeciendo las incomodidades que se padecen con la pobreza, y á los que están en males interiores, conociendo sus maldades, sus rebeliones y sus pecados. Porque los que no se hallan trabajados ó cargados en una de estas maneras, no solamente son sordos á las palabras de Cristo, pero se hacen burla de ellas, pareciéndoles que no tienen necesidad de Cristo ni aún de Dios; tales son los ricos de este mundo, los cuales, dependiendo de sus riquezas, piensan alcanzar con ellas entera felicidad, y tales son los santos del mundo, los cuales, confiando en sus obras, pretenden alcanzar por ellas vida eterna; y los unos y los otros se hallarán malamente burlados. Viniendo Cristo á decir qué es lo que habemos de hacer para ir á él y así hallar descanso y reposo, dice: «Tomad mi yugo sobre vosotros» etc.

Adonde, así como he declarado en el cap. 7 sobre aquello: «entrad por la puerta angosta», por yugo entiendo la fé cristiana, á la cual abajamos las cervices de nuestra prudencia humana, aceptándola en nuestros corazones, y así entiendo que dice Cristo: tomad sobre vosotros el yugo de mi predicacion, sojuzgandoos á creer el indulto y perdon general que yo os predico, y confirmad vuestra aceptacion ó vuestra fé, aprendiendo de mí la mansedumbre y la humildad de corazon que habeis visto en mí, estimándome por el sér que tengo de hombre pasible y mortal, y así vendréis á alcanzar el reposo que yo os prometo, porque será así que por esta vía hallaréis el verdadero reposo para vuestras ánimas.

Y queriendo Cristo facilitarnos aún más esta cosa, añade: «porque mi yugo es apacible y mi carga ligera,» adonde entiendo que llama carga á lo que ha dicho que aprendamos de él, conviene á saber la mansedumbre y la humildad. Y, como he dicho sobre el cap. 7 y en una respuesta, es la carga de Cristo ligera y el yugo de Cristo apacible para los que por don de Dios aciertan en el punto en que consiste la fé cristiana, en el punto en que consiste el vivir cristiano, siendo para todos los otros el yugo áspero y la carga pesada por la dificultad que hallan en sojuzgarse á la fé cristiana, porque repugna la prudencia humana, y al vivir cristiano, porque repugna la sensualidad.

Entendidas estas palabras de Cristo de esta manera, entiendo que para aprender la mansedumbre de Cristo es necesario que atendamos á mortificar y matar en nosotros todos los ímpetus de ira y de cólera que nos pueden venir, porque la mansedumbre consiste en

que el hombre viva entre los hombres como oveja entre lobos. Entiendo más que para aprender la humildad de Cristo es necesario que mortifiquemos y matemos todos los afectos de ambición y de propia estimación á que somos inclinados, porque la humildad cristiana consiste en que el hombre se desprecie á sí mismo, se tenga en poco y se aniquile, conociendo su fragilidad y miseria.

Los hombres que tienen la humildad exterior, que consiste en apariencia, no tienen la humildad cristiana, como tampoco tienen la mansedumbre cristiana los que la tienen en apariencia y no en existencia; y los que tienen la mansedumbre y la humildad cristiana, cuanto son más espirituales y más perfectos, tanto son más mansos y más humildes, porque tanto más conocen el bajísimo y vilísimo ser en que se hallan mientras su carne es pasible y es mortal. A los que no son llegados á conocer esto, parece extraño que Cristo tuviese humildad en el corazón.

También entiendo que en aquello «y hallareis reposo para vuestras ánimas,» respondió Cristo á lo que había dicho: «y yo os haré reposar,» entendiendo que el reposo que él da á los que van á él, tomando su yugo y aprendiendo de él la mansedumbre y la humildad, es interior, en cuanto sienten la paz de las conciencias, que es el primero y principal efecto de la fé y es una de las cosas en que consiste el reino de Dios, quiero decir de las que gozan los que están en el reino de Dios, en el cual comenzamos á sentir en las ánimas el reposo que sentiremos en la vida eterna después de la resurrección de los justos en las ánimas y en los cuerpos.

Más entiendo que el ser apacible el yugo de Cristo, consiste en que no hay en esta vida cosa más dulce y más sabrosa que el sentirse el hombre perdonado de Dios y reconciliado con Dios, y que el ser ligera la carga de Cristo, que es su imitación, consiste en que, certificados los que tienen fé que han de estar bien en la vida eterna, y así enamorados de ella, desprecian la vida presente, la aborrecen y huelgan de perderla, y en que, siendo la mortificación uno de los efectos de la fé, viene á ser que, si bien por el ordinario es cosa pesada la mansedumbre y la humildad con todas las otras cosas que son anexas á estas en las cuales consiste la carga de Cristo, la mortificación, que ha hecho la fé que es el yugo de Cristo en los que creen, hace que la imitación de Cristo les sea ligera y fácil de llevar, holgándose ellos de mortificar y de matar todo lo que tienen de Adam.

Los que no han tomado sobre sí el yugo de Cristo, estando sin fé, tienen que la carga de Cristo sea pesadísima é insoportabilísima, y tal es con efecto para la carne no mortificada por la fé. Y por tanto es buen contrasigno, por el cual el hombre puede conocer si la fé es eficaz en él ó no, la ligereza ó la graveza que siente en la carga de Cristo, en la doctrina del vivir cristiano á imitación de Cristo. De esta manera entiendo al presente todas estas palabras de Cristo, y pienso, ántes tengo por cierto, que con el tiempo las entenderé mejor, porque sé que, según que irá en mí creciendo la fé y el espíritu, así irá creciendo la paz y el reposo, é irá sintiendo más ligera la carga de Cristo, y, teniendo más experiencia de esto que aquí dice Cristo, vendré á entenderlo mejor, á gloria de Dios y del hijo de Dios, Jesu Cristo nuestro señor.

Capítulo XII

En aquel tiempo iba Jesús los sábados por los sembrados, y sus discípulos habían hambre y comenzaron á arrancar espigas y comer. Y viendo esto los Fariseos, le dijeron: Cata, que tus discípulos hacen lo que no es lícito hacer en sábado. Y él les dijo: ¿No habeis leído lo que hizo David cuando hubo hambre él y los que estaban con él? como entró en la casa de Dios y comió con los panes de la ofrenda, los cuales no era lícito comer á él ni á los que estaban con él, sino á solos los sacerdotes. ¿O no habeis leído en la ley que los sábados los sacerdotes en el templo profanan el sábado y son sin culpa? Pues dígoos que aquí está cosa mayor que el templo. Pero, si supiéseis qué cosa es: misericordia quiero y no sacrificio, no condenaríais á los sin culpa. Porque el hijo del hombre es tambien señor del sábado.

Aquí se ha de considerar que, conociendo Cristo que sus discípulos habían hambre, los llevaba por los sembrados o por los panes ya granados, á fin que la necesidad les hiciese hacer lo que no hicieran sin ella, y que, haciéndolo diesen ocasion á la calumnia de los Fariseos y á la defension con que Cristo los defendió, en la cual ellos aprendieron que no habia de ser entendida la observacion del sábado así supersticiosamente como la entendian los Fariseos y la daban á entender al pueblo.

Y así se considera aquí la divina sabiduría de Cristo, la sinceridad de los discípulos de Cristo, la supersticion de los Fariseos. Disculpando Cristo á sus discípulos con el caso de David, les mostró lo que comunmente se dice que la necesidad no tiene ley, quiero decir, que no ofendia á Dios el que constreñido de la necesidad iba contra alguna de las observaciones de la ley, y así compara el caso de los discípulos al caso de David, como si dijese: pues David no hizo mal, entrando en la casa de Dios, (así llama al lugar donde estaba el arca del testamento,) y comiendo por necesidad los panes que no le era lícito comer, tampoco hacen mal mis discípulos en arrancar espigas y comer en sábado, siendo constreñidos de la necesidad.

En el caso de los sacerdotes descubrió Cristo mucho su divinidad, entendiendo que, pues era lícito á los sacerdotes trabajar el sábado en el templo, tambien era lícito á sus discípulos trabajar el sábado, estando adonde él estaba que era más que estar en el templo. Y añadiendo «pero si supiéseis» etc., muestra que, de tener los Fariseos por cosa más agradable á Dios el sacrificar que el socorrer al prójimo, procedia que no culpaban á los sacerdotes porque sacrificando trabajaban en sábado, y culpaban á sus discípulos porque en sábado arrancaban las espigas por no morir de hambre. Aquello «misericordia quiero,» etc., está declarado en el cap. 9. Diciendo «porque el hijo del hombre» etc., concluye Cristo que, aunque fuera propio quebrantar el sábado, sus discípulos lo podian hacer con dispensacion suya de él como señor del sábado. Esto es lo que entiendo en estas palabras, las cuales á mi ver pertenecen más para el tiempo que fueron dichas, que para este tiempo.

Y pasando de allí, vino á la sinagoga de ellos, y hé aquí que estaba allí un hombre que tenia la mano seca, y preguntábanle diciendo: ¿Si es lícito curar en sábados? por acusarlo. Y él les dijo: ¿Qué hombre hay de vosotros que tenga una oveja y, si esta cairá en sábados en alguna hoyo, veamos no la tomará y levantará? ¿Pues cuánto es de mayor excelencia el hombre que la oveja! De manera que es lícito en sábados hacer bien. Entónces

dice al hombre: Extiende tu mano y extendiéndola y fué restituida sana como la otra. Y los Fariseos salidos tomaron consejo contra él como lo matarian. Y Jesus sabiéndolo se partió de allí y siguiéronlo muchas gentes y sanólos á todos y amenazólos que no lo publicasen, á fin que fuese cumplido lo que estaba dicho por el profeta Esaías, diciendo: Hé aquí mi siervo el que he escogido, mi amado, en el cual se ha contentado mi ánima; pondré mi espíritu sobre él y anunciará juicio á las gentes; no contendrá ni voceará ni oirá ninguno en las plazas su voz; no quebrará la caña cascada ni apagará el lino que humea; hasta que saque á victoria el juicio, y las gentes esperarán en su nombre.

El caso del hombre que tenia la mano seca sirve contra la supersticiosa observacion del sábado, á que estaban asidos los judíos por la natural condicion de los hombres que se estrechan en lo que se podrian alargar y se alargan en lo que se debrian estrechar; así hacen todos los que tienen ánimos hebreos, estréchanse en observaciones exteriores y alárganse en el vivir licencioso y vicioso y en satisfacer sus ánimos en vanidades y curiosidades.

Por lo que aquí dice Cristo de la oveja, parece que en aquel tiempo era tenida por cosa lícita aquella, y, no siendo ahora tenida por cosa lícita entre los judíos, parece que aún son más supersticiosos los judíos de ahora que los de entónces; esto pienso que procede de que deben ser más viciosos, porque es así siempre que los que son más viciosos, aquellos son más supersticiosos. Diciendo el evangelista que los Fariseos hicieron consejo, consultando y buscando manera como matar á Cristo, muestra cuanto eran malignos y perversos; no podian convencer á Cristo ni con razon ni con escrituras y, por quitárselo delante, iban pensando cómo hacerle morir.

Casi siempre son tales como estos los que se muestran celosos de las observaciones supersticiosas. Aquello «á fin que fuese cumplido» etc., para que cuadre bien, no se ha de referir, como lo refieren algunos, á las palabras que preceden inmediatamente sino á las que poco ántes han precedido: «y Jesus sabiéndolo se partió de allí,» de manera que quiera decir San Mateo que se partió de allí Cristo por no estar á contender ni á contrastar con los Fariseos, y que alegue las palabras de Esaías para mostrar que estaba profetizada esta modestia y mansedumbre de Cristo.

Las palabras de Esaías son dignas de mucha consideracion, porque asientan tan bien en Cristo que, si ahora fueran escritas, no pudieran asentar mejor. Primero hablando Esaías en persona de Dios, llama á Cristo siervo, por la forma de siervo que tomó; y cuanto á esto me remito á lo que he dicho Efes. 2. Segundo dice: «el que he escogido,» para mostrar su perfeccion. Tercero dice: «mi amado,» para mostrar su dignidad. Cuarto dice: «en el cual se ha contentado,» satisfecho y agradado, «mi ánima,» que responde bien á la voz del padre que fué oida en el Jordan. Quinto dice: «pondré mi espíritu sobre él,» entendiendo para que él lo comunique á los otros. Sexto dice: «y anunciará juicio á las gentes;» esto pienso que pertenece al dia del juicio. Séptimo celebra la mansedumbre de Cristo, diciendo: «no contendrá» etc., ó no será contencioso ni vocinglero.

Octavo celebra la modestia é inocencia de Cristo, diciendo: «no quebrará la caña» etc., entendiendo que sería tan ajeno de hacer mal ni daño á ninguno, que ni aún una caña cascada, la cual no es buena para cosa de esta vida, no la quebraría, ni apagaría ó mataría un poco de lino que viesse humear. Nono dice que sería tal Cristo hasta el dia del juicio, así

entendiendo aquello: «hasta que saque á victoria el juicio,» que es lo mismo que si dijese: hasta que venga victorioso al juicio; y son estas palabras de mucha consideracion para que se vea que Esaías nota en estas palabras dos estados de Cristo: uno humilísimo, mansuetísimo y modestísimo, en el cual hasta el día de hoy está en sus miembros, en los que por fé están incorporados en él, y otro altísimo, gloriosísimo y triunfantísimo; de los cuales habemos visto y vemos el uno y esperamos ver el otro, del cual los que creemos tenemos muchas evidentes señales.

Décimo dice: «y las gentes esperarán en su nombre,» profetizando la vocacion de la gentilidad á la gracia del evangelio. Y así en estas diez cosas encierra Esaías la divina union entre Dios y Cristo, el estado humilde y el estado glorioso de Cristo con la vocacion de la gentilidad al evangelio, pero ya he dicho que el intento para que las alega San Mateo, es para mostrar que estaba profetizada la mansedumbre y modestia de Cristo.

Segun la letra hebrea dice Esaías así: «Hé aquí á mi siervo, arrimaréme á él, mi escogido, en él se ha contentado mi ánima. He dado mi espíritu sobre él, sacaré juicio á gentes; no voceará y no alzaré voz, y no hará que sea oída en plaza su voz; no quebrará la caña cascada, y el lino que humea no lo apagará, á verdad sacaré el juicio; no se entristecerá ni faltará de ánimo hasta que ponga en la tierra el juicio, y las islas esperarán su ley.» Esaías 42. Adonde, aunque hay alguna variacion con lo que alega el evangelista, en la sustancia no hay ninguna. En aquello «arrimaréme á él,» ó haré mi fundamento en él, entiendo que, queriendo Dios reconciliarse consigo á los hombres, se arrimó, se atuvo y estribó en Cristo para castigarlo á él por asegurarlos á ellos y, por satisfacer á su justicia. Diciendo: «sacaré juicio á gentes,» y despues: «á verdad sacaré el juicio,» muestra que hasta que venga Cristo al juicio, está encubierta la igualdad con que Dios juzga, y que entónces vendrá á ser descubierta.

Aquello «no se entristecerá» etc., no es contrario á lo que veremos adelante, que Cristo en el huerto se entristeció, porque allí se entristeció por nosotros y no por sí; si se entristeciera por sí, quiero decir, por conocer en sí algun defecto, faltara de ánimo, pero, porque se entristeció por nosotros, quiero decir, por nuestras iniquidades y pecados que veía sobre sí, no faltó de ánimo, no dejó de ofrecerse á la muerte. Diciendo: «y las islas esperarán su ley,» entiende la conversion de los de la gentilidad, como la entiende San Mateo, diciendo: «y las gentes esperarán en su nombre,» que es lo mismo que: confiadas en él, esperarán gloria, inmortalidad y vida eterna.

Entónces le fué traído un endemoniado ciego y mudo, y sanólo, de manera que el ciego y mudo y hablaba y veía. Y espantáronse todas las gentes y decian: ¿Por ventura es este el hijo de David? Y los Fariséos oyendo esto dijeron: Este no echa los demonios sino en virtud de Beelzebul, príncipe de demonios. Y viendo Jesus sus pensamientos, les dijo: Todo reino dividido entre sí es destruido, y toda ciudad ó casa dividida entre sí no permanecerá, y si Satanás echa á Satanás, entre sí está dividido, pues ¿cómo permanecerá su reino? Y si yo en virtud de Beelzebul echo los demonios, vuestros hijos ¿en cuya virtud los echan? Por tanto ellos serán vuestros jueces. Pero, si yo en virtud del espíritu de Dios echo los demonios, bien se sigue que es venido á vosotros el reino de Dios. O ¿cómo puede uno entrar en la casa de un esforzado y saquearle su ajuar, si primero no ata al esforzado? y

entonces le saqueará la casa. El que no es conmigo, contra mí es; y el que no granjea conmigo, desperdicia.

De sanar Cristo al endemoniado ciego y mudo resultaron estas tres cosas. La primera, que las gentes, que vieron el milagro, comenzaron á pensar que Cristo era el Mesía prometido en la ley; y así es siempre que los que ven alguna cosa eficaz de la palabra de Dios, si están sin pasion, luego comienzan á pensar bien de ella, y esto entiendo que es el primer movimiento que hay en el hombre, y enténdolo porque en mí lo he experimentado.

La segunda, que los Fariseos descubrieron la malignidad que tenían dentro de sus ánimos, persuadiendo á las gentes que Cristo no era el Mesía, con decir que obraba por espíritu diabólico, adonde no entiendo que los Fariseos conocian verdaderamente que Cristo era el Mesía, pero entiendo que habian comenzado tambien ellos como las otras gentes á pensar si era él y que tenian por cierto que lo que obraba, no lo obraba con espíritu malo, pero, porque no querian que fuese él, aunque pensaban que era, persuadian á las gentes que no era, diciendo que obraba por espíritu diabólico; y en esto entiendo que consistia su malignidad.

La tercera, que confirmó Cristo que el reino de los cielos, que él predicaba, era ya venido, pues se veían tan grandes efectos de él; y para confirmar esta verdad que su obrar era por virtud divina y no por virtud diabólica, como calumniaban los Fariseos, hace Cristo tres argumentos.

En el primero dice así: el reino, la ciudad ó la casa, adonde hay division, siempre viene en perdicion, pues, si en el reino de Satanás hay division, como vosotros entendeis, pues decís que en virtud de un demonio echo yo á otros demonios, su reino vendrá en perdicion; y entiende Cristo que no es cosa razonable que Satanás quiera destruir su reino. Y aquí se ha de entender que Beel-zebul no era príncipe de todos los demonios sino de una parte de ellos.

En el segundo argumento, dice Cristo así: si es así, como vosotros decís, que yo echo los demonios en virtud de Beel-zebul, tambien será así que mis discípulos, que son vuestros hijos, echan los demonios en virtud de Beel-zebul, pues es así que yo les he dado autoridad para echarlos; y háse de presuponer que los Fariseos aprobaban por cosa divina el echar los discípulos de Cristo á los demonios, porque de otra manera el argumento no valdría. Aquello, «por tanto ellos serán vuestros jueces,» lo entiendo así que en el dia del juicio condenará Cristo la impiedad de los Fariseos con la piedad de los discípulos, la malignidad con la sinceridad etc.

En el tercer argumento, dice Cristo así: pues es así que no puede uno entrar en la casa de un hombre que sea valiente y esforzado para robársela y saqueársela, si primero no lo ata y prende, tambien es así que no podria yo echar á los demonios de los cuerpos humanos, adonde se han hecho señores, si primero no hubiese vencido y prendido al príncipe de todos los demonios; y resolviendo Cristo este argumento, dice: «el que no es conmigo» etc., entendiendo: pues yo no favorezco á los demonios ni los ayudo á granjear, ganar y coger hombres en su reino, ántes por el contrario los desfavorezco echándolos de los cuerpos humanos, abajándoles y quitándoles su tiranía, claro está que les soy contrario y que les

destruyo. Y no es contraria á esta sentencia la que está Marc. 9, adonde dice Cristo: «el que no es contra nosotros, de nuestra parte es,» porque allí entiende que, siendo naturalmente los hombres enemigos de Dios, se puede decir que él, que no le es contrario, es de su parte; en San Marcos habló Cristo de sí propio, y aquí dijo una sentencia general al propósito que está declarado.

De esta manera muestra Cristo cuánto eran depravados los ánimos de los Fariseos, juzgando ó mostrando que juzgaban de él que obraba por virtud diabólica, por espíritu malo, y juntamente confirmó lo que las gentes comenzaban á pensar de él, si era el Mesía, si era el hijo de David, prometido rey perpétuo en el pueblo de Israel, no en el carnal y exterior, sino en el espiritual é interior, en el cual reina Cristo, hijo de David, y en el cual reinará hasta que, como dice San Pablo, entregue el reino á su eterno padre.

Por tanto os digo: todo pecado y blasfemia será perdonado á los hombres, pero la blasfemia del espíritu no será perdonada á los hombres; y al que dirá palabra contra el hijo del hombre le será perdonada, pero al que dirá contra el espíritu santo, no le será perdonada ni en el siglo presente ni en el futuro. Ó haced el árbol bueno, y su fruto será bueno, ó haced el árbol malo, y su fruto será malo; porque por el fruto es conocido el árbol. ¡Generacion de víboras! ¿cómo podeis hablar bien, siendo malos? Porque de lo que abunda en el corazon, habla la boca. El buen hombre del buen tesoro de su corazon saca bienes, y el mal hombre del mal tesoro de su corazon saca males. Y dígoos que de toda palabra ociosa, que hablarán los hombres, darán razon en el dia del juicio, porque por tus palabras serás justificado y por tus palabras serás condenado.

Prosiguiendo Cristo contra los Fariseos que persuadian al pueblo que echaba á los demonios por arte diabólica, atribuyendo al espíritu malo lo que era de espíritu santo, sintiendo ellos de otra manera que hablaban, dice: «todo pecado» etc., entendiendo que solo aquel pecado que hacian los Fariseos, siendo como era contra el espíritu santo, es irremisible; como lo es en todos los que, siendo Fariseos, son contra los hijos de Dios lo que eran estos contra Cristo. Adonde, considerando que el pecado de estos Fariseos consistia en que atribuian al espíritu malo lo que Cristo hacia por espíritu santo, no porque ellos lo creyesen así, sino porque quisieran que fuera así, y querian que el pueblo creyese que era así, vengo á entender que entonces un hombre peca contra el espíritu santo, cuando con malignidad de ánimo persuade á los hombres que son obras de espíritu malo las obras del espíritu santo, sintiendo él su ánimo de otra manera.

Este pecado entiendo que es irremisible, porque nunca está sino en hombres depravadísimos y obstinados en la depravacion, cuales eran los Fariseos que estaban armados contra Cristo. En este pecado nunca caen los que son predestinados para la vida eterna, porque Dios los tiene con su mano; y á los que caen en este pecado, pertenecen puramente aquellas rigurosas palabras que están en Esaías 6, las cuales están alegadas contra estos tales en todos cuatro evangelistas, y á este pecado entiendo que llama San Juan «peccatum ad mortem», por el cual no quiere que roguemos, porque á los que caen en él, pertenece aquello que dice San Pablo: «tradidit illos Deus in reprobum sensum.» Rom. 1. De estos fué Faraon y de estos fué Saul y fueron los Fariseos y son todos los que siguen aquella vía.

Lo mismo es «la blasfemia del espíritu» que el pecado de blasfemia dicha contra el espíritu santo. Añadiendo Cristo: «y al que dirá palabra» etc., entiendo que se declara en lo que ha dicho, como si dijese: y sabed que este pecado contra el espíritu santo es tan grave que, si bien perdonará Dios á los hombres lo que pecarán contra mí, no les perdonará lo que pecaran contra el espíritu santo que obra en mí.

Adonde entiendo que pecaban contra Cristo los que decían de él que era comedor y bebedor, amigo de publicanos y de pecadores, y que pecaban contra el espíritu santo, que obraba en Cristo, los que decían de él que echaba los demonios en virtud de Beelzebul, príncipe de demonios. Y entiendo que el pecado contra la persona de Cristo era excusable, porque podía nacer de ignorancia sin malicia; veían los hombres á Cristo andar en aquellas conversaciones y, conociendo ellos de sí que no podían hacer aquello mismo sin depravarse, juzgaban mal de Cristo, como juzgan mal de los miembros de Cristo cuando ven que hacen lo que hacía Cristo, porque es propio de los hombres juzgar de los otros lo que juzgan de sí, quiero decir, juzgar á los otros por lo que conocen en sí.

Y entiendo también que el pecado contra el espíritu santo, que obraba en Cristo, era inexcusable, porque no podía nacer sino de ánimos depravadísimos y obstinados en la depravación, cuales son los de aquellos hombres que, imitando á los Fariseos, persuaden á las gentes que son obras de espíritu malo las que obra el espíritu santo en los que son verdaderos miembros de Cristo, en los que, habiendo tomado sobre sí el yugo de Cristo, van imitando en Cristo la mansedumbre y la humildad interior, sintiendo ellos de otra manera que hablan. Lo mismo entiendo que es «ni en el siglo presente ni en el futuro» que: en ningún tiempo.

Añadiendo Cristo: «ó haced el árbol bueno» etc., entiendo que pretende mostrar lo que hemos dicho, que lo que pecaban los Fariseos contra el espíritu santo procedía de la depravación que tenían en sus ánimos, y así entiendo que es un hablar general, como si dijese Cristo: ¿quereis ver que estos Fariseos tienen malos ánimos? mirad las palabras que dicen, pues es así que, así como el buen árbol da buen fruto y el mal árbol da mal fruto, así también el buen hombre habla bien y el mal hombre habla mal, de manera que, así como el árbol es conocido por su fruto, así el hombre es conocido por sus palabras. Entiende Cristo por las que habla, siendo suyas propias; esto digo porque acontece muchas veces que un mal hombre habla buenas palabras, pero aquellas no son suyas sino de aquellos de quien las ha aprendido, y como estas le faltan, habiendo de dar del suyo, no puede dar sino mal.

No entiendo aquí que, diciendo Cristo: «mal hombre,» comprende á todos los que no son renovados por espíritu santo, ni entiendo que, diciendo: «buen hombre,» comprende solamente á los renovados por espíritu santo, pero entiendo que habla humanamente, llamando mal hombre al depravado, al que, obstinado en malignidad diabólica, interpreta á mal todo lo bueno que ve, cuales eran los Fariseos, y llamando buen hombre al que tiene una bondad natural, con que aún lo malo interpreta á bien.

Esta inteligencia me place, y, aunque no sería malo entender que llama Cristo malos hombres á todos los que están sin espíritu santo, y que llama buenos hombres á solos los que tienen espíritu santo, todavía me contenta más la otra inteligencia, pareciéndome que toca más á los Fariseos, diciéndoles que aun entre los hombres, que naturalmente son

inclinados á mal, conforme á aquello que hemos visto en el capítulo 7: «si vosotros, siendo malos» etc., ellos eran malísimos y descubrian su maldad, persuadiendo al pueblo que lo que obraba Cristo con espíritu santo eran obras de espíritu malo, no sintiéndolo ellos así.

Aquello «generacion de víboras» etc., va contra los Fariseos; en efecto, parece haberse resentido Cristo por la blasfemia dicha contra el espíritu santo, del cual resentimiento sienten su parte los que son miembros de Cristo, cuando ven que es blasfemada la verdad del evangelio y la verdad del vivir cristiano, no resintiéndose cuando ellos propios son murmurados ó calumniados por lo que no pertenece á la verdad cristiana. Añadiendo Cristo: «y dígoos que de toda palabra» etc., pretende encarecer lo que ha dicho, como si dijese: y mirad si importa que el corazon sea bueno, para que las palabras sean buenas, que á los hombres en el dia del juicio les será tomada cuenta, no solamente de las palabras blasfemas y de las perjudiciales que habrán dicho, pero aún de las ociosas, de las que habrán dicho sin haber para qué, por pasatiempo.

Adonde entiendo que por todo este rigor han de pasar el dia de juicio los hombres que pretenderán justificarse por sus obras. Y cuanto más considero este, tanto me conozco más obligado á mi Cristo, el cual, habiéndome tomado en sí, me mató muriendo y me resucitó resucitando, y así me eximió y libró de pasar por este rigor, siendo así que no me considera ni me considerará Dios por lo que soy por mí sino por lo que soy, incorporado en Cristo, por la cual incorporacion no me es imputado á condenacion lo que á los hombres que están sin Cristo, segun que lo escribe San Pablo, Rom. 8.

Concluyendo Cristo sus palabras contra los Fariseos y contra los que son como ellos, dice: «porque por tus palabras» etc., entendiendo que el impío será condenado en el dia del juicio por las malas palabras, con que habrá dado testimonio de su impiedad, malignidad y depravacion, y que el pío será justificado en el dia del juicio por las buenas palabras, con que habrá dado testimonio de su piedad, justicia y santidad, quiero decir que, habiendo de ser las sentencias exteriores, serán alegadas en ellas las causas exteriores, las malas palabras que salen del ánimo impío y las buenas palabras que salen del ánimo pío. Sobre esto he hablado en una consideracion.

Entónces respondieron algunos de los escribas y Fariseos, diciendo: Maestro, queremos ver que hagas alguna señal. Y él respondiendo, les dijo: Generacion mala y adúltera señal busca, y señal no le será dada sino la señal de Jonás profeta, y porque, así como Jonás estuvo en el vientre de la ballena tres dias y tres noches, así estará el hijo del hombre en el corazon de la tierra tres dias y tres noches. Los hombres de Ninivé se levantarán en el juicio con esta generacion y la condenarán, porque se reconocieron á la predicacion de Jonás, y veis más que Jonás está aquí. La reina de Austro se levantará en el juicio con esta generacion y la condenará, porque vino de los fines de la tierra á oír la sabiduría de Salomon, y veis más que Salomon está aquí.

Habiendo hablado Cristo así rigurosamente contra los Fariseos, parece que ellos con los escribas perseverando en su malignidad, le dijeron: «Maestro, queremos ver que hagas alguna señal,» entendiendo que no se contentaban con las que hacia, y querian ver otras mayores; y conociendo Cristo que no demandaban la señal ó milagro porque desearan creer

sino porque no creían que la podría hacer, les dice: «Generación mala y adúltera» etc., entendiéndolo que no les daría la señal que demandaban, pero que les daría una señal que viéndola no la entenderían, esta es su muerte y su resurrección.

Adonde se ha de entender que de estar los judíos acostumbrados á esto que, siempre que Dios les prometía alguna cosa, les daba alguna señal, con que se certificasen de ella, procedió que estos demandaban á Cristo alguna señal muy evidente por confirmación que era espíritu santo el que obraba en él, y es conforme á esto lo que dice San Pablo: «Judaei signa petunt». 1ª Cor. 1, y es así siempre que todos los que tienen ánimos hebreos, demandan señales y milagros por confirmación de la verdad del evangelio, así como los, que tienen ánimos de gentiles, para la misma confirmación buscan ciencia; querían entender para creer, y Dios quiere que crean para que entiendan.

La señal ó el milagro, que estos demandaban á Cristo, entiendo que era alguna cosa muy prodigiosa, la cual entiendo que calumniaban así como calumniaban todo lo demás, porque su intento, demandando señal, no era deseando creer sino buscar que calumniar, así como el intento de los, que al tiempo que Cristo estaba en la cruz, decían: si es hijo de Dios, baje ahora de la cruz, y creémoslo, no era creer en Cristo sino burlarse de Cristo. Y tales entiendo que son los intentos de todos los que demandan milagros por confirmación de la verdad evangélica, los cuales todos pueden tomar por suya esta respuesta que Cristo dió á los escribas y Fariseos, diciendo: «generación mala y adúltera,» etc.

Adonde considero que entrevino á estos con Cristo casi lo mismo que entrevino al rey Achaz con Esaías, en cuanto, así como á Achaz impío que no quería creer en el prometimiento de Dios, dió Esaías por señal la encarnación y el nacimiento de Cristo, la cual señal ni él la entendió ni la han entendido sus sucesores, así Cristo á estos, que le demandaban señal, les dió por señal su muerte y su resurrección, la cual señal ni ellos la entendieron ni la han entendido sus sucesores, de manera que á Achaz impío fué dada por señal la encarnación y el nacimiento de Cristo, pero él no la entendió, y á los escribas y Fariseos impíos fué dada por señal la muerte y la resurrección de Cristo, pero ellos no la entendieron.

Y así no sirven estas dos señales sino á los que aceptan la gracia del evangelio, á los cuales es señal eficaz la encarnación y el nacimiento de Cristo, como está dicho en el cap. primero, y es señal efficacísima la muerte y la resurrección de Cristo, en la cual se declaró ser hijo de Dios; y porque la señal de la resurrección de Cristo entiendo que es la más eficaz, entiendo también que es la que más nos pone delante San Pablo en todas sus epístolas juntamente con la señal de la muerte, las cuales van siempre en compañía como las juntó aquí Cristo, alegando el caso de Jonas que fué como un morir y resucitar por la salud de los de la ciudad de Ninivé.

Y háse de entender que la señal de la muerte de Cristo nos certifica de nuestra justificación, conforme á lo que muchas veces decimos, y castigando Dios en Cristo nuestros pecados, no tuvo menor intento asegurarnos á nosotros que á satisfacer á su justicia, y que la señal de la resurrección de Cristo nos certifica de nuestra glorificación; pero después que habemos aceptado el indulto y perdón general y por él nos tenemos por

reconciliados con Dios, porque ántes tanto no son á nosotros estas señales cuanto fueron á los escribas y Fariseos y son á los que son tales como ellos.

Cuanto á los tres días y tres noches, teniendo yo por cierto que los de Cristo fueron propiamente como los de Jonas, digo que, si yo supiese de qué manera fueron los de Jonas, sabría de qué manera fueron los de Cristo, y, no sabiendo los unos, no me quiero poner á averiguar los otros, contentándome con saber que los unos fueron como los otros. A propósito de la señal de Jonas viene á decir Cristo que en el día del juicio los de la ciudad de Ninivé condenarán á los judíos, entendiendo que la conversion de los de Ninivé á la predicacion de Jonas condenará la obstinacion de los judíos, los cuales, teniendo presente á Cristo que era mucho más excelente que Jonas, no hicieron lo que los de Ninivé.

La misma inteligencia es en lo que dice de la reina de Austro ó de Saba, y aquí se entienden dos cosas: la una en qué manera los santos de Dios han de juzgar y condenar á los santos del mundo y á los hombres del mundo en el día del juicio, y la otra, que la resurreccion ha de ser universal de malos y buenos. Adonde, si parecerá extraño á uno, que hayan de resucitar con Cristo los que no han conocido á Cristo ni creído en Cristo, le diré que considera en la obediencia de Cristo lo que considera en la desobediencia de Adam, y que piense que, así como en la desobediencia de Adam todos fuimos desobedientes y por tanto todos fuimos condenados á muerte eterna como rebeldes y enemigos de Dios, de la cual condenacion somos libres los que creemos en Cristo, porque, aunque morimos, á tiempo resucitamos para vivir para siempre: así en la obediencia de Cristo todos fuimos obedientes y por tanto habilitados á vida eterna como reconciliados con Dios y amigos de Dios, de la cual habilitacion son excluidos los que no creen en Cristo, porque, aunque resucitarán á tiempo, no vivirán para siempre, de manera que no gozarán de la habilitacion á vida eterna sino los que, abrazando la gracia del evangelio, tendrán por cierto y firme que, así como desobedecieron en Adam, así obedecieron en Cristo, y así son obedientes en Cristo, justos en Cristo y santos en Cristo; los otros todos resucitarán bien pero no á vida eterna sino á muerte eterna. Y el que querrá hacerse bien capaz de esta consideracion, que es importantísima, lea en San Pablo Rom. 5, rogando á Dios, le dé la verdadera inteligencia de lo que leerá. Y sobre esto he escrito una consideracion.

Pues cuando el espíritu sucio sale del hombre, camina por lugares sin agua, buscando reposo y no lo halla; entónces dice: Tornaréme á mi casa, de donde salí, y viniendo hállala en ociosidad, barrida y aderezada; entónces va y toma consigo otros siete espíritus peores que él y entrando mora allí, y viene á ser lo postrero de aquel hombre peor que lo primero. Así acontecerá á esta generacion mala.

Si yo supiese la natural condicion de estos espíritus sucios de quien habla aquí Cristo, sabría decir por qué causa el que sale del hombre va por lugares sin agua, y sabría decir en qué manera halla al hombre, de donde sale, en ociosidad, barrido y aderezado, y qué espíritus son los que toma peores que él, y así todo lo demas que se desea entender aquí, pero, como no la sé, no sé tampoco decir nada de estotro, no entendiendo lo uno ni lo otro. Entiendo bien que el intento de Cristo es decir que á los judíos habia de acontecer como acontece al hombre del cual sale el sucio espíritu, en cuanto, así como á tal hombre le fuera menos mal que el espíritu no saliera de él, pues torna á él con otros siete espíritus peores que él, así á ellos les fuera ménos mal que Cristo no hubiera venido entre ellos ni hecho los

milagros que hacia, ni predicado lo que predicaba, ni enseñado lo que enseñaba, pues, estándose en su incredulidad ántes endureciéndose en ella, venian cada dia de mal en peor; á esto llama ser lo postrero peor que lo primero. En aquello «siete espíritus» entiendo número finito por infinito. Y aquello «así acontecerá» se ha de entender no como al espíritu sino como al hombre. Importa considerar estas maneras de hablar en todas estas comparaciones que pone Cristo.

Y hablando él aún á las gentes, hé aquí que su madre y hermanos estaban fuera, buscando hablarle, y díjole uno: Mira que tu madre y tus hermanos están fuera buscando hablarte. Y él respondiendo dijo al que se lo decia: ¿Quién es mi madre? ¿Y quién son mis hermanos? Y extendiendo su mano sobre sus discípulos, dijo: ¡Hé aquí mi madre y mis hermanos! Porque el que hará la voluntad de mi padre el que está en los cielos, este es mi hermano, hermana y madre.

En estas palabras de Cristo aprendemos que el verdadero cristiano que regenerado en Cristo ha dejado de ser hijo de Adam y es hijo de Dios, convierte y posa, todo su amor y toda su aficion que ántes de la regeneracion tenia á sus padres, hermanos y parientes, en los que conoce que están en la misma regeneracion, á los cuales ama y quiere aún más que á padres, que á hermanos y que á parientes, porque es más fuerte vínculo el de la regeneracion cristiana que el de la generacion humana. Adonde entiendo que es bonísimo contraseño al hombre para certificarse de su regeneracion cristiana el hallarse más aficionado á los que por la regeneracion cristiana le son padre, madre, hermanos é hijos, que á los que por la generacion humana le son padre, madre, hermanos é hijos. Los que no gustan de esta aficion, estándose siempre en la aficion que es de la generacion humana, tengan por cierto que no son entrados en la regeneracion cristiana, y, si desearán entrar en ella, rueguen á Dios con mucha fé y con mucha importunidad que los meta en ella.

Aquí se entiende que lo que al cristiano pertenece en la presente vida es guardar el decoro y el deber de la regeneracion cristiana, no por ser cristiano sino porque es cristiano; y este deber consiste en aceptar la fé cristiana y en aplicarse al vivir cristiano, porque hacer esto es hacer la voluntad de Dios, porque esto es lo que Dios quiere de nosotros.

Saber qué es lo que querian hablar á Cristo su madre y sus hermanos, importa poco; importa bien, considerar que aquellas palabras de Cristo: «¿quién es mi madre?» etc., muestran algun resentimiento, como que se resintiese Cristo que fuese llamado al deber de la generacion humana, estando ocupado, como seria decir, en el deber de la regeneracion cristiana. Adonde no se ha de entender que por estas palabras entienda Cristo que su madre ni aún que sus hermanos no hacian la voluntad de Dios, como la hacian los discípulos, sino que habló Cristo segun el intento de el que le hizo la embajada, quiero decir que, porque conoció que aquello queria tirar, como seria decir, del deber de la regeneracion cristiana al deber de la generacion humana, él le respondió conforme á aquel su intento, entendiéndole: no tengo yo por madre ni por hermanos sino á los que hacen la voluntad de mi Padre.

Los hebreos llaman hermanos á los primos, hijos de hermanos, y á los parientes comunmente. Diciendo «buscando,» entiendo: procurando. Y diciendo «fuera,» entiendo: fuera de la casa adonde Cristo estaba.

Capítulo XIII

En aquel día saliendo Jesús de la casa, se asentó junto al mar, y allegáronsele muchas gentes, tanto que él, entrado en una barca, se asentó, y toda la gente estaba en la ribera, y hablóles mucho en parábolas, diciendo: Mirad, salió el sembrador á sembrar, y en el sembrar una parte cayó junto al camino, y vinieron las aves y comiéronse; y otra cayó en lugar pedregoso adonde no tenía mucha tierra, y luego nació por no tener hondura de tierra; pero, saliendo el sol, se quemó, y, porque no tenía raíces, se secó; y otra cayó en espinas, y subieron las espinas, y ahogáronla; y otra cayó en buena tierra y dió fruto, una ciento, y otra sesenta, y otra treinta. El que tiene orejas para oír, oiga. Y llegándose los discípulos, le dijeron: ¿Por qué causa les hablas en parábolas? Y él respondiendo, díjoles: Porque á vosotros es concedido saber los misterios del reino de los cielos, pero á ellos no es concedido. Porque al que tiene, le será dado, y abundará, pero al que no tiene, y lo que tiene le sería quitado. Por esto les hablo en parábolas, porque viendo no ven, y oyendo no oyen ni entienden; y es cumplida en ellos la profecía de Esaías que dice: con oreja oireis y no entenderéis, y mirando mirareis y no vereis: porque embotado está el corazón de este pueblo y con dificultad oyen con las orejas y han cerrado sus ojos, porque no les acontezca ver con los ojos y oír con las orejas y entender con el corazón, y se conviertan y los sane. Pero vuestros ojos son bienaventurados, porque ven, y vuestras orejas, porque oyen. Porque os digo de verdad que muchos profetas y justos desearon ver lo que veis y no lo vieron, y oír lo que oís y no lo oyeron. Vosotros pues, oid la parábola del sembrador. Á todo el que oye la palabra del reino y no entiende, viniendo el malo, le arrebató la simiente sembrada en su corazón; y la sembrada en lugar pedregoso, este es el que oye la palabra y luego con gozo la toma, pero no tiene raíz en sí, mas es mudable, y así, viniendo la aflicción ó la persecución por causa de la palabra, luego se escandaliza; y la sembrada en las espinas, este es el que oye la palabra, y el cuidado de este siglo y el engaño de las riquezas ahogan la palabra, y queda sin fruto; y la sembrada en tierra buena, este es el que oye la palabra y la entiende, la cual fructifica y hace una ciento, otra sesenta y otra treinta.

Aquí comienza Cristo á hablar por parábolas, por comparaciones ó similitudines. La causa porque hablaba de esta manera, no es menester que la vamos adivinando, pues el mismo Cristo, preguntado por los discípulos la declara, diciendo: «por esto les hablo en parábolas, porque viendo» etc.

El intento de Cristo en esta parábola del sembrador es mostrar que, entre los que oyen la predicación evangélica y la admiten y reciben, solamente la retienen, de manera que es en ellos eficaz, los que son buena tierra; adonde entiendo que son buena tierra aquellos hombres que, siendo predestinados para la vida eterna, son dotados de una tan buena natura, de una tal inclinación natural que, oyendo la palabra del Evangelio, la abrazan y la retienen en sí, de manera que la bondad sea por don de Dios que les ha dado aquel buen natural, teniéndolos predestinados para la vida eterna, en los cuales la palabra del evangelio cae como la simiente que cae en buena tierra, pero cuando el que habla la palabra es inspirado á hablarla, porque entónces aquella palabra es palabra, de Dios, porque la boca de aquel que habla es boca de Dios y no de hombre; esto lo entendió así San Pablo, adonde habiendo dicho «ergo fides ex auditu est» etc., añadió: «auditus autem per verbum Christi.»

entendiendo que para creer es necesario oír y que lo que se oye sea dicho por divina inspiración; de manera que para que en uno sea eficaz la palabra de Dios, conviene que sea buena tierra, aparejada por el mismo Dios, y que la palabra que oye salga por la boca de Dios, siendo el que la dice inspirado á decirla y que Dios toque con ella el corazón al que la oye.

Entiende pues Cristo en toda esta parábola que al apóstol que va intimando á los hombres la reconciliación que Dios en Cristo ha hecho con ellos, perdonándoles sus pecados, acontece lo mismo que al hombre que va á sembrar, en cuanto, así como el hombre, derramando su simiente, pierde las tres partes porque cae en lugares que no son al propósito para fructificar, así el apóstol, intimando el evangelio, pierde las tres partes porque cae en hombres que, no siendo predestinados para la vida eterna, no son al propósito para recibir el evangelio de manera que él sea eficaz en ellos; y en cuanto, así como el hombre de la cuarta parte de su simiente saca mucho fruto, el cual responde según que es más ó menos buena la tierra adonde cae, así el apóstol de la cuarta parte de su intimación del Evangelio saca mucho fruto, porque fructifica más ó menos según que son más ó menos dispuestos para ello los que lo aceptan en aquella disposición que Dios les ha dado. La cual parece que es natural, por que la tienen ántes que abracen el evangelio, pero no entiendo que es sino sobrenatural, habiéndosela dado Dios para que abracen el evangelio y porque habían de abrazar el evangelio.

Aquellas palabras «el que tiene orejas para oír, oiga» son de mucha consideración, siempre que las dice Cristo, porque por ellas nos convida á que estemos atentos á entender lo que dice. Y es bien necesario que el hombre entienda con atención esta parábola, á fin que, entendiendo como de cuatro partes de hombres que oyen la intimación del evangelio la una sola lo recibe, de manera que el evangelio fructifica en ella, si se hallará con el fruto del evangelio, dé gracias á Dios por ello, y sino se hallará, ruegue á Dios que ser lo dé, y él entre tanto atienda á quitar y apartar de sí aquellas cosas que hacen que el evangelio no fructifique en los que lo reciben, como son la sujeción al mal espíritu, al cual llama Cristo «el malo,» la inestabilidad y ligereza, con que tropiezan y caen en las tribulaciones y persecuciones, que se ofrecen á los que aceptan el evangelio, los que se mueven ligeramente á las cosas y el cuidado de las cosas de la vida presente y el respeto del mundo. Y aquí cuadra bien una, respuesta que escribí, diciendo la causa porqué Cristo dice que no puede ser su discípulo el que no aborrece al padre, á la madre etc.

Aquello «porque al que tiene» etc., lo entiendo así: que á los que, siendo buena tierra, fructifica en ellos la gracia del evangelio, no apartándose de ella ni por las persuasiones del demonio ni por las persecuciones del mundo, ni por los cuidados de las cosas exteriores, ántes, trayendo á otros á ella, les será dado esto demás que les serán descubiertos los secretos del reino de Dios con otras gracias y otros favores de Dios, con que serán acrecentados, y que á los, que, no siendo buena tierra, no fructificará en ellos la gracia del evangelio, les será quitado aquello poco que entenderán, aquello que habrán oído y no entendido. Y viniendo Cristo al punto de lo que le habían preguntado sus discípulos, dice: «por esto les hablo en parábolas» etc., declarándose que la causa, porque hablaba en parábolas á las gentes, era por su depravación y malignidad, la cual los tenía tales que viendo no veían y oyendo no oían ni entendían cumplido en y así era cumplido en ellos lo que dice Esaiás cap. 6: «con oreja oireis» etc.

La sentencia de estas palabras segun esta alegacion, en la cual el evangelista sigue la traslacion griega, que entónces era más usada entre aquellos, para quienes escribia, entiendo que es esta que los ánimos de los hebreos estaban tan endurecidos y tan obstinados que ellos propios no querian entender la verdad por no convertirse á Dios y así alcanzar misericordia y salud. Las palabras del profeta segun la letra hebrea, en la cual lengua, ó en la siríaca que era casi como ella, consta que habló Cristo, dicen así: «Y dijo Dios: Vé y di á este pueblo: Oyendo oid y no entendais, y mirando mirad y no sepais; embota el corazon de este pueblo y agrava sus orejas y ciega sus ojos, porque por ventura no vea con sus ojos y oiga con sus orejas y entienda con su corazon y se convierta y sea sanidad á él.»

Adonde por las palabras que preceden y por las que se siguen parece que mandaba Dios á Esaías que dijese al pueblo hebreo aquellas palabras «oyendo oid» etc., los cuales parece que contienen en sí maldicion, ántes entiendo que el efecto de ellas es el que se sigue: «embota» ú obstina «el corazon,» como si dijese Dios á Esaías: embota, obstina y endurece con estas palabras los corazones de este pueblo rebelde y perverso, agrávale sus orejas y ciégale sus ojos, porque no acontezca que, teniendo habilidad en los ojos para ver, en las orejas para oir y en el corazon para entender, se reconozca y se convierta y así yo lo haya de sanar. Adonde se ofrecen estas tres cosas dignas de ser consideradas.

La primera, que, siempre que los hombres sin piedad oyen aquellas palabras de Esaías «oid oyendo» etc., se obstinan y endurecen más en la impiedad, haciendo en ellos el propio efecto para que Dios las dijo á Esaías, porque se resuelven en tener á Dios por injusto y por cruel. La segunda, que, así como las palabras que son dichas de parte de Dios á los que son buena tierra, los enternecen y ablandan, así á los que son mala tierra los endurecen y los empedernecen; y aquí cuadra bien la comparacion del sol, que enternece y derrite á la cera, y endurece y seca al barro. La tercera, que es obra de Dios que los que son impíos y rebeldes, obstinados en su rebelion y en su impiedad, sean aún más endurecidos y más obstinados, no queriendo Dios que alcancen salud por ninguna manera, y á estos entreviene propiamente aquello que dice San Pablo: «tradidit illos Deus in reprobum sensum.»

Adonde, si la prudencia humana reclamará diciendo que es Dios injusto, se le responderá que ella es ciega, pues no ve que primero los hombres se apartan de Dios y se rebelan, que Dios envíe sobre ellos este castigo; y si la carne se quejará diciendo que Dios es cruel cerrando el camino de salud á los que endurece y echa «in reprobum sensum,» se le responderá que ella es temeraria, queriendo poner ley á Dios, y que es ignorante, no considerando que en todas las obras de Dios hay misericordia, no habiendo en ninguna crueldad, la cual es tan ajena de Dios quanto es natural al hombre, como se vé clarísimamente Jonas 4.

Y tornando á las palabras de Cristo, entiendo que alegó la profecía de Esaías para mostrar á sus discípulos que entrevenia á aquellas gentes lo que estaba profetizado por Esaías; y entiendo que, añadiendo Cristo, «pero vuestros ojos» etc., entiende: los ojos y las orejas de estos son malaventurados porque no ven ni oyen, y vuestros ojos y vuestras orejas son bienaventurados porque ven y oyen. Y lo que añade, diciendo «porque os digo de verdad» etc., es digno de mucha consideracion para confirmacion de lo que está dicho en el cap. 11, mostrando cuánto es mayor la dignidad de los santos del evangelio que la de los

santos de la ley, pues consta por estas palabras que los del evangelio gozan de lo que los de la ley desearon gozar, así como los santos que están con Cristo, gozan de lo que los que aún viven desean gozar.

Aquí se me ofrece esto que, si los discípulos de Cristo tuvieran el espíritu santo, que tuvieron despues, para conocer á Cristo y para gozar de la vista de Cristo y de la conversacion de Cristo mientras vivia entre ellos, fuera tanta su alegría y su contentamiento que no pudieran sufrir tanta felicidad por ser como era su carne pasible y mortal. Y aquí entiendo una de las causas porque ordenó Dios que Cristo no fuese enteramente conocido hasta que fué subido al cielo. Adonde dice «una ciento y otra sesenta» etc., entiende que una parte de la simiente dió cien tanto y otra sesenta tanto. Por lo que aquí dice: «porque viendo no ven» etc, en San Márco dice: «porque viendo no vean» etc., y viene mejor con las palabras de Esaías, como si dijera Cristo: hábloles en parábolas porque no quiero que me entiendan.

Parece extraña esta razon á la prudencia humana, y dice á Cristo: si no quieres que te entiendan ¿para qué les hablas? Y Cristo podria responder: Para justificar como hijo de Dios la sabiduría de Dios, como la justifican todos los que son hijos de Dios, para que no les quede desculpa á los hombres del mundo. Y porque seria dura empresa querer dar razon de esta obra de Dios, me remito á aquella exclamacion de San Pablo: «O altitudo divitiarum» etc. Rom. 12. Diciendo, «la palabra del reino,» entiendo lo que él decia: «cercano está el reino de los cielos.» Diciendo, «mas es movable,» entiende: es inconstante, anda con el tiempo, y esto significa la palabra griega. Diciendo: «luego se escandaliza,» entiende: luego que es perseguido duda y dudando se aparta de la fé, tropezando en la persecucion. Y aquí diré esto que no me aseguro del todo de ninguno de los que aceptan la gracia del evangelio, creyendo la reconciliacion con Dios, hasta que veo que están saldos, firmes y constantes en las persecuciones. Adonde dice: «el engaño,» puede decir el desvío, que las riquezas desvian y apartan al hombre del camino derecho.

Otra parábola les propuso, diciendo: Semejante es el reino de los cielos á un hombre que siembra buena simiente en su campo, y durmiéndose los hombres vino su enemigo y sembró cizañas entre el trigo y fué; y como creció la hierba, y hizo fruto, entónces fueron tambien vistas las cizañas. Y viniendo los criados del señor de casa, le dijeron: Señor, veamos ¿no sembraste buena simiente en tu campo? pues ¿de dónde tiene las cizañas? Y él les dijo: El hombre enemigo ha hecho esto. Y los criados le dijeron: ¿Quieres pues que vamos y las cojamos? Y él dijo: No, porque no entrevenga que, cogiendo las cizañas, arranqueis tambien el trigo con ellas. Dejad que todas dos crezcan hasta el segar, y al tiempo del segar diré á los segadores: Coged primero las cizañas y atadlas en haces para quemarlas, y el trigo juntadlo en mi troj.

Estando esta parábola declarada por el mismo Cristo, como veremos luego es mejor atenernos á su declaracion y venir á estotras parábolas.

Otra parábola les propuso, diciendo: Semejante es el reino de los cielos al grano de mostaza, al cual tomó el hombre y lo sembró en su campo; el cual es cierto menor que todas las simientes, pero despues que ha crecido es mayor que las legumbres y hácese árbol tanto que vienen las aves del cielo y anidan en sus ramas.

Entiende Cristo que, así como el grano de mostaza, que es el más pequeño de todos los que son sembrados, siendo sembrado va creciendo hasta hacerse un árbol grande, así el reino de los cielos, siendo en la presente vida la cosa más abatida y más despreciada de todas cuantas son enseñadas, siendo predicado va creciendo en cantidad, abrazando más personas, y en calidad, dando más perfeccion á las abrazadas, hasta que, en la vida eterna mostrando su grandeza, se verá que sobrepuja á todos los reinos del mundo que son en la vida presente grandes é ilustres. Esta es la propia aplicacion de la parábola, adonde no hay necesidad de aplicar el anidar de las aves, pues consta que no lo dice Cristo sino para mostrar la grandeza del árbol, y (como he dicho) en las parábolas no se ha de mirar sino al intento principal que Cristo tiene en ellas.

Otra parábola les dijo: Semejante es el reino de los cielos á la levadura que toma la mujer y la esconde en tres medidas de harina hasta que sea leudado todo.

Entiende Cristo en esta parábola que entreviene en el reino de los cielos lo que entreviene en la levadura y la masa, en cuanto, así como un poco de levadura es de tanta eficacia que basta á leudar una grande cantidad de masa, así la predicacion del reino de los cielos, que en los ojos del mundo es pequeña y vil, es de tanta eficacia que basta á justificar, mortificar, vivificar y glorificar á todo el número de los que son pueblo de Dios, predestinados para la vida eterna; de manera que el intento de Cristo en esta parábola sea mostrar la eficacia de la predicacion del reino de los cielos, la virtud del mismo reino. Diciendo «tres medidas», entienda una grande cantidad de masa.

Todas estas cosas habló Jesus en parábolas á las gentes, y sin parábola no les habló, porque fuese cumplido lo que está dicho por el profeta que dice: Abriré en parábolas mi boca, alcanzaré lo escondido desde la fundacion del mundo.

Entiende San Mateo que, hablando Cristo en parábolas, venia á ser cumplido lo que está escrito en el salmo 77. Y quanto á la inteligencia del verso, me remito á lo que he dicho sobre el salmo.

Entónces, dejando las gentes, vino Jesus á casa, y vinieron á él sus discípulos diciendo: Dínos la parábola de las cizañas del campo. Y él respondiendo les dijo: El que siembra buena simiente es el hijo del hombre, y el campo es el mundo, y la buena simiente estos son los hijos del reino, y las cizañas son los hijos del malo, y el enemigo que las siembra es el diablo, y el tiempo del segar es la fin del mundo, y los segadores son los ángeles; y es así que, como las cizañas son cogidas y son quemadas con fuego, así será en la fin de este mundo: enviará el hijo del hombre sus ángeles y cogerán de su reino todos los escándalos y á los que obran iniquidad y echaránlos en el horno de fuego, allí habrá planto y batimiento de dientes. Entónces los justos resplandecerán como el sol en el reino de su padre. El que tiene orejas para oír, oiga.

Sola esta declaracion de la parábola de las cizañas nos deberia bastar harto para resolernos en no trabajar por hacer que las otras parábolas cuadren en todo y por todo con aquello que es entendido por ellas, pues vemos que, declarando Cristo la parábola que él

propio había dicho, dejó algunas cosas de ella que no aplicó en la declaración, como el dormir los hombres y el querer arrancar las cizañas, etc.

El intento de Cristo en la parábola de las cizañas, como consta por esta su declaración, es mostrar que, si bien en la presente vida entre los verdaderos cristianos, que son los hijos del reino porque á ellos pertenece, hay falsos cristianos que son hijos del demonio, en el día del juicio los falsos cristianos serán echados en el infierno y los verdaderos serán glorificados, de manera que sea esta parábola como una amenaza contra los falsos cristianos y como un consuelo para los verdaderos cristianos que en la presente vida son murmurados, perseguidos y maltratados de los falsos cristianos.

Aquello, «la buena simiente» etc., está dicho al trocado como en las otras parábolas, queriendo decir que el fruto de la simiente, que ha sembrado y siembra Cristo en el mundo, son los verdaderos cristianos, así como el fruto de la simiente, que ha sembrado y siembra el diablo en el mundo, son los falsos cristianos, de manera que sea Cristo el sembrador que siembra por medio de sus apóstoles y sean el campo todos los hombres, y sea la simiente la intimación del evangelio de la reconciliación de los hombres con Dios y que el fruto de esta simiente sean los verdaderos cristianos y que el hombre enemigo sea el diablo, y que las cizañas que siembra sean las falsas opiniones que son contrarias á la fé cristiana y las falsas doctrinas que son contrarias á la doctrina del vivir cristiano, y que el fruto de las cizañas sean los falsos cristianos los cuales en el día del juicio, cuando vendrá Cristo, que es el sembrador, con sus ángeles á coger el fruto de su predicación, serán echados en el fuego del infierno.

«Adonde habrá planto», etc., quiere decir que allí estarán en suma miseria, siendo también entonces los verdaderos cristianos glorificados y puestos en un grado muy semejante á aquel en que fué visto Cristo después de su resurrección y á aquel en que los tres discípulos vieron á Cristo en el monte Tabor; esto lo entiendo así porque también dice aquí que los justos resplandecerán como el sol, como dice allí que la presencia de Cristo resplandeció como el sol. Lo mismo es «todos los escándalos» que todos los tropiezos, estorbos é impedimentos; así llama Cristo á los falsos cristianos, porque estos son los que molestan y afligen á los verdaderos cristianos, y muestra que estos son entre los hijos de Dios lo que son las cizañas entre el trigo.

Aquí se podría añadir que los criados del sembrador, que durmiéndose dan lugar al enemigo que siembra las cizañas, son los que tienen cargo de predicar el evangelio y de enseñar el vivir cristiano, y que el dormirse es el estar descuidados, y que entonces son vistas las cizañas entre el trigo cuando los, que reciben las falsas opiniones y las falsas doctrinas, comienzan á contrastar con los que tienen la verdadera fé y la verdadera doctrina. Y podríase también añadir que los criados muestran su indiscreción y aún su imperfección y poca caridad, queriendo remediar á su descuido con coger las cizañas, con apartar á los que tienen las falsas opiniones y las falsas doctrinas, de entre los que tienen la verdadera fé y la verdadera doctrina; y que el Señor muestra su prudencia, su bondad y su caridad, no consintiendo, por el inconveniente que de allí se podría seguir, y que, diciendo «dejad que todas dos crezcan» etc., pretenda Cristo quitar la jurisdicción de juzgar entre el trigo y las cizañas, ántes es esto certísimo que, si Cristo no hubiera declarado su parábola, pensáramos que su intento en toda ella era este.

Y considerando esto me avergüenzo de mí mismo, pensando, en cuántas cosas me debo haber engañado en estas declaraciones; en efecto es grandísima nuestra ignorancia y es muy mayor nuestra temeridad, cuando presumimos dar razon de todo y pretendemos acertar en todo. Digo pues, que se podría bien decir todo esto, pero no pienso que Cristo pretendiese esto, tanto porque no veo que lo declaró, declarando lo otro, cuanto porque veo en el cap. 18 que quiere Cristo que el que corregido no se enmienda sea tenido por fruto de la cizaña, y porque veo tambien que San Pablo apartaba las cizañas de entre el trigo, descomulgando á unos y publicando las tachas de otros porque no gastasen la buena simiente que el como apóstol de Cristo sembraba, quiero decir el buen fruto que de lo que él sembraba nacia.

Otra vez, semejante es el reino de los cielos al tesoro escondido en el campo, el cual, habiéndolo hallado un hombre, lo escondió y, por el gozo que tiene de él, va y vende todo lo que tiene y compra aquel campo.

Entiende Cristo que á los, que, aceptando la gracia del evangelio, se hallan en el reino de los cielos, acontece lo que acontece á un hombre que á caso halla un tesoro enterrado en un campo, en una posesion, en cuanto, así como este hombre, luego que halla el tesoro en el campo, todo gozoso vende lo que tiene y compra aquella posesion por gozar de aquel tesoro, así el que, aceptando la gracia del evangelio, se halla en el reino de Dios, todo gozoso vende lo que tiene, despojándose de todo lo que tiene como hijo de Adam, aborreciéndolo todo y renunciándolo todo por poder bien gozar de la felicidad del reino de Dios, del regimiento y del gobierno del espíritu santo, con que son regidos y gobernados los que, siendo hijos de Dios, están en el reino de Dios por mantenerse en la posesion del reino que han tomado aceptando la gracia del evangelio. La experiencia de esta parábola la tienen con efecto los verdaderos cristianos, y con ella somos avisados que, para gozar del reino de Dios y para mantenernos en la posesion, conviene que vendamos todo lo que tenemos, renunciando toda nuestra prudencia humana, nuestra lumbré natural y nuestra ciencia del bien y del mal y mortificando todos nuestros afectos y todos nuestros apetitos á que somos inclinados como hijos de Adam.

Y aquí se ha de advertir que, así como no cuadra esta comparacion en el esconder el tesoro hasta comprar la posesion, porque nosotros no escondemos el reino hasta haberlo comprado, así tampoco cuadra en el comprar, porque, como habemos visto en el cap. 11, el reino no se compra, porque no se vende, ántes es saqueado, y, si se hubiese de comprar, ninguno gozaría de él, porque no sería precio equivalente, aunque un solo hombre tuviese todo lo que tienen todos los hombres del mundo, y pudiese hacerse á sí mismo toda la violencia que se pueden hacer todos los hombres del mundo; de manera que la parábola cuadre en que así es el uno tesoro como el otro y así halla el hombre sin buscarlo el uno como el otro y así se goza el uno como el otro y así da todo lo que tiene por gozar del tesoro el uno como el otro.

Y la cosa que aquí es más notable es esta que, así como el que halla el tesoro en la posesion, lo halla, como sería decir, á caso, no buscándolo él, así el que halla el tesoro del reino de Dios, lo halla, como sería decir, á caso, no buscándolo él; y es así con efecto, que todas las personas que han hallado el tesoro del reino de Dios, dicen y confiesan no haber jamás pensado hallar tal cosa, ni aún imaginádose una tal cosa, de manera que es verificado

en ellas lo que alega San Pablo, tomado de Esaías: «inventus sum á non quaerentibus me» etc., Rom. 10. Esaías 65, y de manera tambien que conocen ellas por experiencia ser verdad lo que el mismo San Pablo alega del mismo Esaías: «quod oculos non vedti» etc., 1ª Cor. 2. Esaías 64.

Otra vez semejante es el reino de los cielos al hombre mercader que busca hermosas piedras preciosas: el cual hallando una piedra preciosa de gran valor, va y vende todo lo que tiene y cómprala.

Aquí se ha de advertir la manera de comparar que usa Cristo, en cuanto, queriendo decir que la piedra preciosa de gran valor es semejante al reino de los cielos y que cada uno de los que aceptando la gracia del evangelio entran en el reino de los cielos es semejante al mercader, dice que el reino es semejante al mercader. Esta advertencia importa mucho para la inteligencia de estas comparaciones. Y en esta el intento de Cristo entiendo que es el mismo que el de la pasada, mostrar cuánto es cosa preciosa el reino de los cielos y en cuánto es estimado de los que lo hallan, de aquellos á los cuales Dios favorablemente mete en él, á fin que nosotros todos nos enamoremos de él, lo deseemos y deseándolo roguemos á Dios nos ponga en él. De manera que cuadre esta parábola en esto que el que halla el reino de Dios, no se cura de otra cosa ninguna, ántes todas las renuncia y las pospone por gozar á su placer del reino, así como el mercader, que halla la piedra preciosa, no cura de buscar otras, contentándose con sola aquella y dando por ella todo lo que tiene.

Otra vez semejante es el reino de los cielos á la red echada en la mar y que coge de todo género de pescado, la cual despues de llena y sacándola á la ribera y asentados escogen lo bueno en vasos y lo malo echan fuera. Así será en la fin del mundo: vendrán los ángeles y apartarán á los malos de enmedio de los justos y echaránlos en el horno de fuego, allí habrá planto y batimiento de dientes.

La mar es la presente vida; los pescadores son los apóstoles, como habemos visto en el cap. 4; la red que echan es el evangelio que predicán, que es lo mismo que el reino de los cielos; los pescados que entran en esta red son los hombres que aceptan la gracia del evangelio, quedando los que no la aceptan, fuera de la red, fuera del reino y así de la iglesia cristiana. Y entre los que la aceptan, porque no todos la aceptan por don de Dios, por espíritu santo, habiendo unos que la aceptan por persuasion de hombres, otros por temor y otros por ingenio, entiende Cristo que, si bien en la presente vida estarán dentro de la red, estarán dentro del reino, gozando, con los que por don de Dios y por espíritu santo aceptan la gracia del evangelio, de aquello que pueden gozar en la presente vida, que en el dia del juicio, cuando los unos y los otros resucitarán, los buenos entrarán en la vida eterna y los malos irán al fuego eterno, de la cual cosa dice que los ángeles serán ejecutores. El intento de esta parábola entiendo que es casi el mismo que el de la parábola de las cizañas. Díceles Jesus: ¿Habeis entendido todo esto? Dícenle: Sí, señor. Y él les dijo: Por tanto todo escriba enseñado en el reino de los cielos es semejante al hombre señor de casa, el cual saca de su tesoro nuevo y viejo.

Parece que, queriendo Cristo que sus discípulos imprimiesen bien en sus ánimos todo esto que les decía, les demandó si lo habían entendido todo, y entiendo que, respondiendo ellos que lo habían entendido, él les quiso mostrar que de ser el reino de los cielos tal cual él se lo había pintado, comparándolo al grano de mostaza, á la levadura, al tesoro, al mercader etc., resulta esto que el hombre que es letrado, habiendo aprendido las cosas del reino de los cielos, es tan liberal en comunicar lo que ha aprendido como un señor de su casa que pone delante á sus amigos todo lo que tiene en casa sin encubrirles cosa ninguna.

Adonde considero la diferencia entre los letrados del reino del mundo y los letrados del reino de los cielos en que estos, como dice aquí Cristo, son liberalísimos, y los otros son escasísimos; estos comunican todo lo que tienen y, si más tuviesen, más comunicarían, y los otros encubren lo que tienen y les pesa comunicarlo si no es con propio interés. Esto entiendo que procede de que los del reino de los cielos, habiendo aprendido sin su industria y sin su trabajo, son liberales de lo que les cuesta poco, y los del reino del mundo, habiendo aprendido con industria y con trabajo, venden caro lo que les cuesta caro; procede también de que los del reino de los cielos, como aprenden de un maestro que siempre tiene cosas nuevas que enseñar, no teniendo miedo que les ha de faltar, sacan todo lo que tienen, y los del reino del mundo, como aprenden de hombres y de libros que no pueden enseñar sino tanto cuanto ellos alcanzan, han miedo que se les acabará el caudal y así ellos no tendrán más que enseñar; y más, que los del reino de los cielos, aprendiendo de Dios que es liberalísimo, entre las otras cosas aprenden la liberalidad, y los del reino del mundo, aprendiendo de hombres del mundo que son avarísimos, entre las otras cosas aprenden la avaricia.

Aquello que dice Cristo: «por tanto todo escriba» etc., refieren á lo que precede inmediatamente y quieren que entienda: porque entendeis todo esto, el escriba enseñado etc.; yo lo refiero á todo lo dicho arriba y entiendo que dice Cristo: porque el reino de los cielos es tal cual os lo he pintado, es así que los que, habiendo sido discípulos en él, son ya enseñados en él, son semejantes en la liberalidad al señor de casa etc «Escriba enseñado» es lo mismo que letrado que ha aprendido, y esto significan los vocablos griegos. Por «nuevo y viejo» entiendo: toda cosa.

Y aconteció que, como acabó Jesus estas parábolas, se partió de allí y, viniendo á su tierra, les enseñaba en su sinagoga, tanto que ellos se espantaban y decían: ¿De dónde á este esta sabiduría y milagros? ¿Cómo, no es este el hijo del carpintero? cómo, su madre no se llama María? y sus hermanos Jacobo, José y Simon y Judas? y sus hermanos cómo no están todos con nosotros? Pues ¿de dónde viene á este todo esto? Y escandalizábanse en él. Pero Jesus les dijo: No es despreciado el profeta sino en su tierra y en su casa. Y no hizo allí muchos milagros por la incredulidad de ellos.

Aquí es digna de consideración la perversidad del ánimo humano, el cual, no pudiendo calumniar las palabras ni tachar el vivir de Cristo, calumnia y tacha la bajeza de su persona y de su linaje. Eran estos hombres convencidos por las palabras y por las obras de Cristo á tener grandísima opinión de él, y por no tenerla tropezaban y caían en la bajeza de sus padres y de sus parientes, como con efecto tropiezan siempre todos los que son como eran estos, en las cosas que los que son miembros de Cristo tienen como los hombres que son

menospreciados y viles entre los otros hombres, y es así que, cuando ven en ellos más de lo que ven en los otros, por no conocer que hay en ellos cosa sobrenatural y divina, se van luego á lo que en ellos es bajo y vil. Adonde se deben gozar y alegrar los miembros de Cristo, considerando que los pasa el mundo por donde pasó á Cristo, y débense entristecer los hombres del mundo cuando tropiezan y se escandalizan por la bajeza y por la ignorancia en letras de los que son miembros de Cristo, considerando que hacen el oficio de los judíos. Adonde dice «les enseñaba,» se ha de entender: á los de su tierra. Por milagros el griego dice potencias. En aquello «¿cómo, no es este el hijo del carpintero?» se ha de considerar que siempre Cristo fué tenido por hijo de Josef.

Cuanto á los hermanos y hermanas, ya está dicho que los hebreos llaman así á los parientes y parientas. Lo mismo es «escandalizábanse en él» que: tropezaban en él, en la bajeza que conocian segun la carne, no conociendo la grandeza segun el espíritu. Aquello que decia Cristo: «no es despreciado el profeta» etc., es así siempre, y así se ve por experiencia como que los hombres tengan en poco á aquellas personas que les son más conjuntas. Diciendo que no hizo muchos milagros en su tierra por la incredulidad de los naturales de ella, muestra San Mateo que la fé de aquellos entre los cuales son hechos los milagros es gran parte para que sean hechos por confirmacion de la fé de los que creen. Adonde se podria decir que no hace Cristo el dia de hoy muchos milagros por nuestra incredulidad.

Capítulo XIV

En aquel tiempo oyó Herodes el tetrarca la fama de Jesus y dijo á sus criados: Este es Juan el Bautista, él es resucitado de entre los muertos y por esto las potencias obran en él. Porque Herodes habia prendido á Juan y lo habia atado y puesto en la cárcel por Herodiada, la mujer de Filipo, su hermano, porque le decia Juan: No te es licito á tí tenerla. Y queriéndolo matar temia á la gente por causa que lo tenian como profeta. Pero, siendo celebrados los nacimientos de Herodes, bailó la hija de Herodiada en medio, y agradó á Herodes, de donde con juramento prometió darle todo lo que le demandaria; y ella, amaestrada primero de su madre: Dame, dijo, en este plato la cabeza de Juan el Bautista. Y entristeciósse el rey, pero por el juramento y por los convidados mandó que le fuese dada, y enviando cortó la cabeza á Juan en la cárcel y fué traída su cabeza en el plato y fué dada á la doncella, y ella la presentó á su madre. Y viniendo sus discípulos llevaron el cuerpo y enterráronlo, y venidos lo hicieron saber á Jesus.

Tomando San Mateo ocasion de la falsa opinion que Heródes tenia de Cristo, creyendo que fuese San Juan Bautista, viene á contar la historia de la muerte de San Juan, en la cual considero dos cosas. La una, que se sirve Dios de sus siervos en aquello para que los quiere y despues los lleva á la muerte temporal por darles la vida eterna; así hizo con San Juan: sirvióse de él para que diese testimonio de Cristo, y despues consintió que Heródes lo hiciese degollar. Y aquí aprendo que no se deben entristecer las personas cristianas ni por sus muertes tempranas ni por las de otras personas cristianas, considerando que ya Dios se ha servido de ellas en aquello para que las ha querido. Y la otra, que nunca habemos los

cristianos de mirar con que genero de muerte morimos sino que en nosotros es ejecutada la voluntad de Dios, y que el morir nuestro es á tiempo, siendo nuestro vivir perpétuo.

Cuanto á la causa porque ordenó Dios que San Juan muriese ántes que Cristo y de una muerte así callada y secreta como murió, yo creeria que lo primero fué porque las gentes no se dividiesen, andando unas tras Cristo y otras tras San Juan, al cual parece que no estaba bien andar tras Cristo que vivia una vida comun, habiendo él comenzado con una vida así áspera y dura; y que lo segundo fué porque en ninguna cosa fuese San Juan semejante á Cristo, á fin que no cuadrasen de ninguna manera en él las profecías que estaban escritas de Cristo; pero en lo uno y en lo otro me remito á juicio más espiritual que el mio. Y quanto á las otras cosas que en esta historia se pueden considerar, me remito á lo que otros escriben. Diciendo «y por esto las potencias obran» ó son eficaces «en él,» pienso que entiende lo mismo que si dijese: y por esto hace milagros; acostumbran los evangelistas llamar potencias á los milagros. Y no contenderé con quien querrá decir que entiende que de ser resucitado San Juan procedia que las virtudes sobrenaturales eran eficaces en él para hacer los milagros que hacia. Lo mismo es «los nacimientos de Heródes» que el dia de nacimiento de Heródes. Adonde dice: «los convidados,» el vocablo griego significa los que estaban asentados con él en la fiesta.

Y habiéndolo oido Jesus, se apartó de allí en una barca á un lugar despoblado á solas. Y oyendo esto las gentes, lo siguieron á pié de las ciudades, y salido Jesus vió mucha gente, y compadeciósese de ellos y sanó á los que de ellos estaban enfermos. Y venida la tarde, se fueron á él sus discípulos, diciendo: El lugar es despoblado y la hora es ya pasada, despide á las gentes para que yendo á las aldeas se compren de comer. Y Jesus les dijo: No tienen necesidad de ir, dadles vosotros qué comer. Y ellos le dicen: No tenemos aquí sino cinco panes y dos peces. Y él dijo: Traédmelos aquí. Y mandando asentar las gentes sobre las hierbas y tomando los cinco panes y los dos peces, alzando los ojos al cielo, bendijo y partiendo dió á los discípulos los panes, y los discípulos á las gentes, y comieron todos y hartáronse. Y levantaron de lo que sobró de los mendrugos doce cofines llenos. Y los que comieron eran casi cinco mil hombres sin mujeres y muchachos.

Cuenta San Mateo que, como supo Cristo la muerte de San Juan Bautista, se partió de aquella tierra, adonde estaba, y en una barca se fué á un lugar despoblado, y que, sabiendo las gentes que era ido allí, dejando las ciudades se iban tras él á pié. Y dice que, saliendo Cristo de aquel lugar solitario adonde se habia ido y viendo la muchedumbre de gente que lo seguia, se movió á compasion y así sanó á los que entre ellos estaban enfermos. Y despues cuenta cómo dio de comer á todas aquellas gentes milagrosamente, con la cual cosa entiendo que confirmó y confirma Cristo la fé de sus discípulos, mostrándoles como es poderoso para cumplir lo que ha dicho en el cap. 6, prometiendo por añadidura estas cosas exteriores á los que buscaban el reino de Dios y su justicia.

Adonde puede considerar cada uno de los discípulos de Cristo, diciendo: pues es así que Cristo fué poderoso para dar de comer fuera del curso natural á tanta muchedumbre de gente que lo seguia con afecto humano, tambien será así que será poderoso para darme á mí de comer sin mi solicitud, que lo sigo con afecto cristiano. Y no cabe que ninguno diga: ¿Qué sé yo si sigo á Cristo con afecto cristiano? Por que á todo hombre que sigue á Cristo pertenece certificarse que lo sigue con afecto cristiano y que Cristo cumplirá con él lo que

promete. En las palabras entre Cristo y los discípulos considero dos cosas. La una el poco crédito que tenían de la persona de Cristo, habiéndole visto hacer cosas tan grandes. Y desculpo á los discípulos, acordándome del poco crédito que tenía el pueblo hebreo de Dios en el desierto, habiendo visto cosas mayores; y á los unos y á los otros desculpo, con la infidelidad é incredulidad del ánimo humano, el cual con grandísima dificultad se reduce á tener buen crédito de Dios y de los que son de Dios, ántes es así que por ninguna manera se puede reducir si el mismo Dios no lo reduce. Esta infidelidad ó incredulidad no la sienten sino los que por favor de Dios la van dejando.

La otra cosa que considero es la paciencia con que Cristo comportaba la incredulidad de los discípulos y como los iba reduciendo á la fé, á que tuviesen buen crédito de él. Diciendo, «la hora es ya pasada,» entienden: para irse á sus casas. Aquello «mirando hácia el cielo» etc., es digno de consideracion, porque parece que hizo lo mismo Cristo en este milagro que en la institucion de la santa eucaristía, cuanto al mirar hácia el cielo, al bendecir y al partir. Lo que contenia esta bendicion, no se sabe. Las espuelas de pedazos ó mendrugos que sobraron, hacen que el milagro sea más evidente, pues, aunque no hubieran comido nada, era cosa milagrosa de cinco panes coger tantos mendrugos. Y con todo esto no hay remedio para reducirnos á descuidarnos de nosotros y á tener cuidado de Dios, á descuidarnos de lo que pertenece á la vida presente y á tener cuidado de lo que pertenece á la vida eterna, ciertos que Dios tendrá cuidado de nosotros, como nos consta que lo ha tenido de los que lo han seguido y se han ido tras él. En efecto es grandísima contradiccion la que halla la fé dentro de nuestros ánimos. Roguemos á Dios que la quite del todo, para que del todo confiemos en él.

Y luego hizo Jesus á sus discípulos subir en la barca y que fuesen ántes que él á la otra ribera, miéntras que él despedía á las gentes. Y habiendo despedido á las gentes, subió á un monte á solas á orar. Y venida la tarde, estaba solo allí. Y la barca estaba en medio la mar combatida de las olas, porque el viento era contrario. Y á la cuarta vela de la noche fué á ellos Jesus, andando sobre la mar. Y viéndolo los discípulos andar sobre la mar, se turbaron, diciendo: ¡Fantasma es! y gritaron de miedo. Pero luego les habló Jesus, diciendo: Estad de buen ánimo, yo soy, no temais. Y respondiéndole Pedro, dijo: Señor, si eres tú, mándame que vaya á tí sobre las aguas. Y él dijo: Ven. Y bajando Pedro de la barca, andaba sobre las aguas por ir á Jesus, pero, viendo el viento fuerte, temió y, comenzándose á hundir, gritó diciendo: ¡Señor, sálvame! Y luego Jesus, alargando la mano, lo tomó y le dijo: Hombre de poca fé ¿por qué dudabas? Y entrados ellos en la barca, cesó el viento, y los, que estaban en la barca, viniendo lo adoraron, diciendo: Verdaderamente eres hijo de Dios. Y pasado el mar, vinieron á la tierra de Genasaret. Y conociéndolo los hombres de aquel lugar, enviaron por toda aquella comarca y trajéronle todos los enfermos y rogábanle que solamente tocasen la fimbria de su vestidura, y todos los que la tocaron fueron salvos.

El intento con que Cristo envió delante á los discípulos se entiende por lo que de su ida resultó, esto es que, viéndose en peligro, temieron y, recurriendo á Cristo, fueron libres del peligro, y así tuvieron nueva causa porque desconfiar de sí mismos y confiar en Cristo, dando crédito á sus palabras; y consta clarísimamente que todo el intento de Cristo era reducir á sus discípulos á que tuviesen fé y no dudasen en lo que él les prometía. Y entiendo que, asegurándolos en estas cosas exteriores como en este peligro y en la necesidad precedente, tenia intento á dos cosas: la una, á que perdiesen el cuidado de las

cosas de la vida presente y lo pasasen todo á las cosas de la vida eterna; y la otra, á que, por lo que veian que Cristo hacia con ellos y por ellos en estas cosas exteriores, se certificasen de la remision de los pecados y reconciliacion con Dios, que son cosas interiores. Y aquí aprendemos qué es el fruto que los que somos cristianos habemos de sacar de los favores exteriores y corporales que cada día recibimos de Dios.

En esta historia se entiende todo esto: Primero, que, aunque toda la vida del cristiano debe ser una continúa oracion, un continuo deseo de la gloria de Dios, á las veces está bien á la persona cristiana tomar algun rato para estar en oracion, la cual ha de ser á solas, porque el ánimo esté más recogido en Dios, como hizo Cristo que se apartó á orar á solas. Segundo, que, si bien consiente Dios que los suyos sean tentados, poniéndoles el á las veces en la tentacion, como consta que puso aquí Cristo á sus discípulos, no consiente que perezcan en la tentacion, ántes al mejor tiempo los socorre, aún sin que ellos lo llamen, poniéndoseles él delante para que se acuerden de recurrir á él, como hizo aquí Cristo con sus discípulos.

Tercero, que el temor humano es causa que los hombres hacen extraños conceptos de Dios; unos lo tienen por inhumano, otros por cruel, otros por avaro etc., como los discípulos de Cristo que, estando temerosos, veian á Cristo y pensaban que era fantasma. Cuarto, que socorre Dios á los suyos aún cuando recurren á él temiendo y á más no poder, tanto es el deseo que tiene de mostrarnos el amor que nos tiene, como hizo aquí Cristo con sus discípulos que con temor lo llamaron. Quinto, que, mientras no llamamos en consejo á nuestra prudencia humana para ver si fiaremos ó no fiaremos en las palabras de Dios, nuestras cosas van bien, pero, cuando la llamamos en consejo, comenzamos á dudar y á vacilar en la fé, como aquí aconteció á San Pedro con Cristo.

Sexto, que entonces debe el cristiano confiar más en las palabras de Dios cuando está en mayor peligro y cuando ve ménos en que confiar; y, si San Pedro hiciera aquí así, no fuera reprehendido de incrédulo y de poca fé. Y aquí entiendo que, porque al tiempo de la muerte está el peligro al ojo, entónces es el hombre más solicitado á dudar en la fé cristiana, y entónces debe ser más animado á creer. Séptimo, que nos deja Dios á las veces perder en parte la confianza porque, cuando nos socorre, no podamos atribuir su liberalidad ni aún á nuestra confianza, como San Pedro que, temiendo perdió en parte la confianza y, llamando á Cristo, aunque fué á más no poder, mostró no haberla perdido del todo. De esto hay algunos ejemplos en los salmos.

Octavo, que, aunque los hombres sin piedad conocen por los milagros exteriores á Dios, no siguen á Dios, como aconteció á los hombres que estaban en esta barca, que conocieron, que Cristo era hijo de Dios, por el milagro exterior, pero no siguieron á Cristo. De manera que por el efecto conocemos que entre esta confesion de estos que afirman que Cristo es hijo de Dios y la confesion de San Pedro que veremos en el cap. 16, hay esta diferencia que la de estos era de carne y sangre, era de discurso y juicio humano, que por lo que veía juzgaba lo que no veía, y la de San Pedro era por divina inspiracion y revelacion, y por tanto no pronunció Cristo por bienaventurados á estos como á San Pedro, ni siguieron estos á Cristo como San Pedro. Y aquí entendemos que los milagros, aunque al parecer hacen alguna impresion en los hombres, con efecto es poquísima y se pasa presto, y así queda que

los milagros sirvan solamente para confirmar la fé de los que creen por revelacion y divina inspiracion.

Nono, que la fé es de tanta eficacia que alcanza de Dios todo lo que quiere, si bien el que cree alcanzar aquello que quiere ó desea, no es justo, no teniendo la fé inspirada y revelada que abraza la remision de pecados y la reconciliacion con Dios, como aconteció á estos de Genasaret que, creyendo que el tocar la orilla de la vestidura de Cristo seria de tanta eficacia que los sanaria de sus enfermedades, tocándola sanaban. El que considerará bien estas nueve cosas soy cierto que sacará de ellas mucha edificacion cristiana.

Lo mismo es «hizo subir» que: constriñó que subiesen, y «despedir» que: dar licencia, licenciar, y lo mismo es «dudabas» que: vacilabas, y «fimbria» que orilla, y «fueron salvos» que sanaron.

Capítulo XV

Entonces vienen á él los escribas y Fariseos de Jerusalem, diciendo: ¿Por qué causa tus discípulos rompen la constitucion de los ancianos, no lavándose las manos cuando comen pan? Y él respondiendo les dijo: ¿Por qué y vosotros rompeis el mandamiento de Dios por vuestra constitucion? Porque Dios mandó diciendo: Honra, al padre y á la madre, y el que maldecirá al padre ó la madre acabe con muerte; y vosotros decís que cumple cualquiera que dirá al padre ó á la madre: con el don que yo ofreceré serás ayudado, y haciendo así no honrará á su padre ó á su madre. De manera que quebrantais el mandamiento de Dios por vuestra constitucion. Hipócritas, bien profetizó de vosotros Esaías diciendo: Allégase á mí este pueblo con su boca y con sus labios me honra, mas su corazon léjos está de mí. Pero en balde me sirven, enseñando doctrinas que son mandamientos de hombres. Y llamando á las gentes les dijo: Oid y entended! No lo que entra por la boca, profana al hombre, pero lo que sale de la boca, esto profana al hombre.

Los escribas y los Fariseos como sabios del mundo y santos del mundo, viendo que con la sabiduria de Cristo caía por tierra su sabiduria de ellos y que con la santidad de Cristo era menoscabada su santidad de ellos, quisieron hallar alguna cosa que tachar en Cristo por poner mácula en su doctrina y en su santidad, y, no hallando que tachar en su persona, tachan en sus discípulos el no lavarse las manos ántes de comer conforme á la constitucion de sus mayores, no por tachar á los discípulos sino por notar al maestro Cristo, que conocia sus dañadas intenciones.

No les responde á lo que le preguntan, pero, por ataparles las bocas, los tacha de una cosa gravísima en que pecaban, enseñando al pueblo á quebrantar el cuarto mandamiento del decálogo por una mala constitucion suya, y era esta que el hijo ofreciese al templo lo que le tocara gastar con su padre, diciendo al padre que aquella ofrenda le seria tambien á él provechosa, en cuanto Dios le haria bien por ella. Y habiendo atapado Cristo las bocas á los escribas y á los Fariseos con esta tacha y con las palabras de Esaías, no queriendo que la calumnia de los sabios y santos del mundo hiciese impresion en los ánimos de las gentes, que la habian oido, las llama y les dice lo que habia de responder á los otros cuando

preguntaran con sinceridad, y entiende Cristo en su respuesta que no ofende el hombre á Dios con lo que come por la boca sino con lo que saca por la boca.

Esta es la sentencia de estas palabras, en las cuales aprendemos esto. Primero, que siempre son mortales enemigos de los sabios y santos de Dios los que son y pretenden ser sabios y santos del mundo. Segundo, que siempre las observaciones exteriores son causa de contienda. Tercero, que los que son supersticiosos en las observaciones exteriores son licenciosos en las interiores, prefiriendo las cosas humanas á las divinas, como hacian estos escribas y Fariseos. Cuarto, que los santos de Dios no deben curar de satisfacer á las calumnias de los santos del mundo, pero deben procurar satisfacer á los hombres, que oyen las calumnias, mostrando la malicia de los santos del mundo. Quinto, que no placen á Dios los servicios que los hombres le hacen y el respeto que le tienen, cuando son movidos á ello por doctrinas humanas y mandamientos de hombres. Sexto, que no se ofende Dios sino con la malignidad que está en el corazon, del cual salen las malas obras, como Cristo declarará más abajo.

Y viniendo al particular de la letra, diciendo: «de Jerusalem» entiende que eran venidos de Jerusalem y por tanto eran de mayor autoridad. Aquello «cuando comen pan» es del hablar de la lengua hebrea; quiere decir: cuando se asientan á comer. Lo mismo es: «acabe con muerte» que: muera por ello. Aquello «y vosotros decís» etc., está dicho con tanta brevedad que apenas se entiende, y así es diversamente interpretado; yo entiendo que los escribas y Fariseos tenian ordenado que el hijo ofreciese al templo lo que habia de gastar en sustentar á su padre, diciendo al padre que tambien lo ofrecia por él, que Dios haría bien al padre por aquello que él ofrecia en el templo, y así con esta su ordenacion de aparente piedad, mostrando que el primer padre es Dios, venían á hacer que los hijos quebrantasen el mandamiento de Dios, no proveyendo de lo necesario á sus padres, porque esto significa el honrarlos segun el hablar de la lengua hebrea.

Muy al propósito alega Cristo las palabras de Esaías para mostrar la falsa religion y aparente piedad de aquellos santos del mundo que le calumniaban á sus discípulos. Aquello «enseñando doctrinas» etc., es digno de mucha consideracion para que cada persona cristiana esté sobre sí á no enseñar cosas humanas, cosas de hombres por muy santos que ellos sean y por muy santas que ellas parezcan, pues hay tanto que enseñar en las cosas divinas que muchas vidas de muchos hombres no bastarian á enseñar la centésima parte de ellas, y pues dice Dios que pierden tiempo los que enseñan doctrinas que son mandamientos de hombres. Adonde dice: «me sirven,» el vocablo griego significa atender al culto divino. Por «profana» en el griego está un vocablo que significa hacer comun, conforme al hablar de la lengua hebrea que llama comun á todo lo prohibido en la ley de Dios, y así dijo San Pedro: «Numquam manducavi omne commune et immundum» Act. 10; y profanar al hombre es lo mismo que apartarlo de Dios como lo profana y lo aparta el ser desobediente á Dios.

Las palabras de Esaías segun la letra hebrea dicen así: «Y dijo el Señor: Pues que allegado» (ó afligido) está este pueblo con su boca, y con sus lábios me honra, y su corazon lo ha alejado de mí, y su temerme es por mandamiento enseñado de hombres, por tanto ved que yo añadiré á hacer maravillas en este pueblo, maravilla y maravilla, y perecerá la sabiduría de sus sábios, y la prudencia de sus prudentes se esconderá.» Esaías 29. Adonde

parece que, enojado Dios de que su pueblo lo sirviese no conforme á la ley que él le habia dado sino conforme á lo que mandaban los que pretendian interpretar la ley, amenazó al pueblo con la predicacion del evangelio, la cual echa por tierra la sabiduría de los sabios y esconde y escurece la prudencia de los prudentes, siendo así que, con la sabiduría y con la prudencia espiritual de los que aceptan la gracia del evangelio, es aniquilada y deshecha toda la lumbre natural, toda la prudencia y razon humana. En esta misma consideracion era entrado San Pablo cuando alegó parte de estas palabras 1ª Cor. 1, y la inteligencia de estas sirve para la inteligencia de aquellas.

Entónces allegándosele sus discípulos le dijeron: ¿Sabes que los Fariseós oyendo esta palabra se han escandalizado? Y él respondiendo dijo: Toda planta, que no habrá sido plantada por mi padre el celestial, sera cortada. Dejadlos, guias son ciegas de ciegos, y, si el ciego guiará al ciego, entrambos caerán en el hoyo. Y respondiéndole Pedro le dijo: Dínos á nosotros esta parábola. Y Jesus dijo: ¿Aún vosotros tambien estáis sin entendimiento? aún no entendeis que todo lo que entra por la boca., va al vientre y es echado fuera? Pero lo, que sale de la boca, del corazon sale, y aquello profana al hombre, porque del corazon salen malos pensamientos, homicidios, adulterios, fornicaciones, hurtos, falsos testimonios, blasfemias. Esto es lo que profana al hombre, que comer con manos no lavadas no profana al hombre.

De lo que los discípulos dicen á Cristo: «¿sabes que los Fariseós» etc., se colige que, hallándose presentes los Fariseós al tiempo que Cristo dijo á las gentes: «no lo que entra por la boca» etc., ó con efecto se escandalizaron, pareciéndoles cosa impía aquella, ó fingieron escandalizarse porque se escandalizasen las gentes y así no siguiesen á Cristo; y de cosas semejantes hacen siempre muchas los santos del mundo contra los santos de Dios. De lo que Cristo responde á los discípulos, diciendo: «toda planta que no habrá sido plantada» etc., se colige que Cristo estimaba en poco que los Fariseos se escandalizasen, sabiendo que no eran plantas de Dios y que por tanto no podian estar en el reino de Dios; y esto pertenece á la predestinacion y es casi conforme á lo que dice Cristo en San Juan: «Nemo rapiet eos de manu mea,» en cuanto, así como aquí entiende Cristo que los que no son plantados de Dios no puede ser que no sean cortados del reino de Dios, así allí entiende que los que son sus ovejas no puede ser que se aparten de él.

Y de lo que añade Cristo, diciendo: «dejadlos guías son ciegas de ciegos,» se colige que las gentes, dejaron á Cristo, partiéndose escandalizadas con los Fariseos, á los cuales daban más crédito que á Cristo, porque no eran ovejas de Cristo, y así, siguiendo en el escándalo tras los Fariseos, cayeron en él como ellos. De lo que San Pedro pregunta á Cristo, diciendo: Dínos «ó decláranos á nosotros esta parábola,» se colige que los discípulos no estaban sin alguna partecilla de escándalo. Y de lo que Cristo les responde, diciendo: «aún no entendeis que todo» etc., se colige que segun Cristo no nos profanan, no nos apartan de Dios las cosas que comemos sino las que pensamos, hablamos y hacemos.

Adonde tengo por cierto que, si fuera replicado á Cristo, si comer entónces las cosas que la ley prohibia profanara ó apartara de Dios al hombre, que él respondiera que no por las cosas en sí sino por el animo desobediente á Dios con que el que comiera aquellas cosas las comiera y así entiendo que, si los discípulos de Cristo dejaran de lavarse las manos por menosprecio de los mayores que habian ordenado aquella ceremonia, fueran reprehendidos

de Cristo, como merecen ser reprendidos siempre los que de la misma manera quebrantan las ordenaciones de sus mayores, y merecen ser disculpados los que las quebrantan con la simplicidad que los discípulos de Cristo dejaban de lavarse las manos cuando se asentaban á comer, en los cuales no podia haber malicia ni presuncion, porque aprendian de su celestial maestro á ser humildes y á tener mansedumbre, y los que son tales no menosprecian á sus menores, cuanto más á sus mayores.

De todo esto se colige: Primero, que no son plantas de Dios, que no son del número de los predestinados para la vida eterna los que se escandalizan de la verdad cristiana, los que, porque no les cuadra en sus entendimientos, se apartan de ella y la condenan, como aconteció á estos Fariseos. Y quanto al escándalo, me remito á lo que he dicho en una consideracion. Segundo, que no bastan lenguas de hombres ni de ángeles para hacer capaz á un hombre de la verdad cristiana, si no tiene dentro de sí al espíritu santo que lo haga capaz.

Que esto sea así, consta por esto que, si bastasen, bastara mucho mejor la lengua del mismo Cristo, hijo de Dios, la cual, por lo que vemos en los discípulos, consta que no bastaba; y no cabe decir que era por la rudeza de ellos, porque es certísimo que era solamente por la excelencia de las cosas cristianas, siendo esto cierto que, quanto fueran más agudos y más entendidos los discípulos, tanto fueran más incapaces de las cosas que Cristo les decia, ántes se escandalizaran ellos así como los otros. Y aquí entiendo que el hombre que es capaz de la verdad cristiana, entendiéndola y comenzando á sentir en sí los efectos de ella, la cual consiste en la remision de pecados y reconciliacion con Dios por la justicia de Dios ejecutada en Cristo, puede tener por cierto que tiene dentro de sí al espíritu santo, por cuyo favor es capaz de esta verdad cristiana.

Tercero, que merecen ser disculpados los que con simplicidad no por malicia ni por bellaquería quebrantan alguna ordenacion de sus mayores, como sería decir comiendo lo que les es prohibido, porque la culpa no está en el comer; y que merecen ser reprendidos los que con malicia y bellaquería quebrantan algunas de las tales ordenaciones, porque la culpa está en el ánimo de donde sale, y los que tienen en sus ánimos malicia y bellaqueria, aún no han tomado el yugo de Cristo ni han aún aprendido de Cristo á ser humildes y á tener mansedumbre, de la manera que hemos dicho sobre el cap. 11.

Y saliendo de allí Jesus se apartó á las partes de Tiro y Sidonia, y hé aquí una mujer cananéa que salida de aquellos confines lo llamó á gritos, diciendo: ¡Compadécete de mí, señor, hijo de David! Mi hija malamente está endemoniada. Pero él no le respondia palabra, y allegándose sus discípulos le rogaban diciendo: Despídela, que viene gritando tras nosotros. Y él respondiendo, dijo: No soy enviado sino á las ovejas perdidas de la casa de Israel. Y ella allegándose lo adoró, diciendo: ¡Señor, ayúdame! Y él respondiendo, dijo: No es bueno tomar el pan de los hijos y echarlo á los perrillos. Y ella dijo: Así es, señor, pero tambien los perrillos comen de las migajas que caen de la mesa de sus señores. Entónces respondiendo Jesus le dijo: ¡Oh mujer, grande es tu fé! Hágase como tú quierdes. Y fué sana su hija desde aquella hora.

Viendo Cristo que aquellos santos del mundo con las gentes que lo seguian se habian escandalizado de sus palabras, no curando ni de contrastar con ellos ni de ponerse á hacer capaces á ellas de la verdad, contentándose con haberla propuesto llanamente, se fué de allí

hacia la gentilidad, como comenzando á descubrir el secreto de que la gracia del evangelio, desechada y menospreciada de los judíos, habia de ser presentada á los gentiles y ellos la habian de aceptar, conociéndose necesitadísimos de ella y por tanto abrazándola con todo el ánimo. De manera que parece que esta mujer cananea fué como una figura de lo que habia de ser en toda la gentilidad, ántes en esta mujer considero á la letra lo que acontece á cada uno de los que aceptamos la gracia del evangelio, en cuanto, así como esta mujer, queriendo que Cristo le sanase la hija, no se considera á sí, pero considera á Cristo, así nosotros, queriendo que Cristo nos sane las conciencias, nos las aquiete y nos las apacigue, no nos consideramos á nosotros, pero consideramos á Cristo.

Si esta mujer se considerara á sí, conociéndose ajénísima de Dios, no confiara en Cristo ni osara parecer delante de Cristo; pero como consideró solamente á Cristo, y en Cristo conoció la bondad de Dios, confió en Cristo, pareció delante de Cristo y casi con razon convenció á Cristo hasta que alcanzó de él lo que queria; y si cada uno de nosotros se considerase á sí, conociéndose lleno de malignidad y de perversidad y por tanto enemigo de Dios, no confiara en Cristo ni osaria parecer delante de Cristo; pero, como considera solamente á Cristo y en Cristo, ve castigados todos sus pecados y en él mismo se ve reconciliado con Dios, aquieta y apacigua su conciencia, teniéndose por perdonado y por reconciliado con Dios.

Y en cuanto, así como esta mujer, siendo como tentada con las respuestas de Cristo á apartarse de la fé y así á desistirse de la demanda, no se apartaba ni se desistia, ántes se encendia y fortificaba más en su fé y en su demanda, así nosotros, siendo tentados unas veces de las persuasiones de los hombres, otras de nuestras propias imaginaciones y otras de las que los demonios nos ponen delante, las cuales todas pretenden apartarnos de la fé que tenemos, de nuestra reconciliacion con Dios por Cristo, no nos apartamos de la fé, ántes nos inflamamos más en ella y nos fortificamos más en ella, de manera que viene á ser que, así como la fé de esta mujer crecia, siendo tentada á no creer, así nuestra fé crece, siendo tentados á no creer. Y este es un eficazísimo contraseño, por el cual el hombre puede entender si la fé que tiene es inspirada o es enseñada, porque la fé enseñada no crece jamás y siendo tentada descrece.

En esta misma mujer considero la diferencia que hay entre el que ora enseñado y el que ora inspirado, en cuanto el que ora enseñado es semejante á los que llama Cristo étnicos, que piensan que por su mucho hablar han de ser oidos, y el que ora inspirado es semejante á esta mujer que en dos palabras demandaba á Cristo lo que queria de él, proponiéndole su necesidad segun que la sentia dentro del ánimo. En llamar esta mujer á Cristo «hijo de David» parece que interiormente era certificada que él era el Mesía que esperaban los judíos, del cual por la vecindad tenian noticia en aquellas partes que habia de ser hijo de David.

No respondiendole Cristo cosa ninguna á las voces de esta mujer, la ejercitaba en la fé, y ejercitándola la acrecentaba en ella. Y diciendo los discípulos á Cristo: «despídela» ó despáchala etc., mostraban el temor que llevaban por el escándalo en que quedaban los santos del mundo con las otras gentes. Diciendo Cristo: «no soy enviado sino» etc., ejercitaba la fé de la mujer, y entendia que, pues el padre lo habia enviado por beneficio de los judíos, á los cuales llama ovejas perdidas por la condenacion á muerte eterna que es

comun á todos los hombres, no era bien empacharse con los gentiles. Adonde, llamando Cristo «ovejas perdidas» á los que vino á redimir, se conforma con aquello que dice Esaías: «Todos nosotros como ovejas anduvimos perdidos.» Y replicando Cristo: «no es bueno» ó no es justo «tomar» etc., perseveraba en ejercitar la fé de la mujer, y entiende: no siendo yo enviado sino á los israelitas, no es justo que haga con los gentiles lo que tengo de hacer con los israelitas, así como no es justo que el padre quite el pan que pertenece á los hijos y lo dé á los perrillos.

Y estas palabras de Cristo parece que eran bastantísimas para derribar la fé de todos los hombres del mundo, como con efecto derribaran la fé de la mujer, si creyera ó si orara enseñada, pero, porque creía y oraba inspirada, con ellas creció en la fé, y así continuó su oracion, convenciendo á Cristo con el conocimiento de sí misma, de su vilísimo y bajísimo ser, llamándose perrilla, porque tal se conocía, mirándose á sí, y, si como era grande en fé, fuera grande en obras, nunca se humillara á aceptar el nomnbre de perra, porque así es anexa á las obras la propia estimacion como es anexa á la fé la humildad. Diciendo Cristo: «¡Oh mujer, grande es tu fé!» etc., mostró que la fé de la mujer lo forzaba á dar sanidad á la hija, y tengo por cierto que, si los discípulos dijeran á Cristo: Pues no eres venido sino para los israelitas ¿por qué haces este bien á esta mujer que no es israelita? que Cristo respondiera que la fé la habia hecho israelita, así como hace israelitas á todos los que creen segun que lo trata San Pablo, Rom. 4.

Dos cosas me quedan que decir aquí. La una, que me parece ver á esta mujer inspirada á creer y á orar interiormente por el mismo Cristo que exteriormente parecia que la apartaba de la fé y de la oracion, de manera que así era obra de Cristo la perseverancia en la fé y en la oracion como era la tentacion á apartarse de lo uno y de lo otro; y por tanto me place lo que oí decir una vez á uno, el cual, repitiendo aquellas palabras: «Oh mujer, grande es tu fé,» decia: ¡Á la fé, Señor, es grande vuestra fé, que vos se la dábades, porque, si vos no se la diérades, no la tuviera ella. La otra, que si, ántes que muriendo Cristo hiciese en la cruz la paz entre Dios y los hombres, reconciliándonos con Dios, era Dios así liberal con los hombres que le eran enemigos, cuánto más lo será ahora despues que ya reconciliados le somos amigos. Adonde se puede certificar cada uno de nosotros, diciendo: si, siendo yo enemigo de Dios, fuí reconciliado con Dios por la muerte de Cristo, el cual castigó en él lo que habia de castigar en mí, ¿por qué tengo de dudar, siendo yo amigo y reconciliado con él, en que me haya de dar y conceder lo que quiero, que es inmortalidad y vida eterna con el mismo Cristo?

Y pasando de allí Jesus vino junto al mar de Galiléa, y subido en un monte se asentó allí, y llegaronse á él muchas gentes que tenian consigo cojos, ciegos, mudos, lisiados y otros muchos, y echáronlos á los piés de Jesus, y sanólos, en tanto que se maravillaban las gentes, viendo á los mudos hablar, á los lisiados sanos, á los cojos andar, á los ciegos ver, y glorificaban á Dios de Israel. Y Jesus llamando á sus discípulos dijo: Tengo compasion de esta gente, porque ya ha tres dias que perseveran en estar conmigo y no tienen que comer y despedirlos ayunos no quiero, porque no desfallezcan en el camino. Y dícenlo sus discípulos: ¿De dónde tenemos nosotros en despoblado tantos panes para hartar tanta gente? Y díceles Jesus: ¿Cuántos panes teneis? Y ellos dijeron: Siete y unos pocos pececillos. Y mandó á las gentes que se asentasen en tierra, y tomando los siete panes y los peces, hechas las gracias partió y dió á sus discípulos, y los discípulos á la gente, y

comieron todos y hartáronse, y alzaron de lo que sobró de los mendrugos siete espuertas llenas. Y los que habían comido eran cuatro mil hombres sin mujeres y muchachos. Y despidiendo á las gentes, subió en una barca y vino á los confines de Magdalá.

Sobre lo que está dicho en lo pasado, quanto á la sanidad que daba Cristo á estas gentes, se ofrece aquí esto: que toda persona cristiana debe considerar que, pues sanaba Cristo los cuerpos de estos para que estuviesen bien en la vida presente, no siendo aquel su propio oficio, mucho mejor resucitará nuestros cuerpos para que estén bien en la vida eterna, siendo este su propio oficio, conforme á aquello: «ego veni ut vitam habeant» etc.; y más que, pues sanaba Cristo á estos, por la fé que tenían que los podía sanar y que los sanaría, mucho mejor nos resucitará á nosotros los que creyendo gozamos de su justicia, pues á este fin vino en el mundo.

Sobre lo que está dicho en el capítulo precedente, quanto al dar Cristo de comer milagrosamente á estas gentes, se ofrece esto: que, pues Cristo se compadecía, tanto quanto aquí vemos, de aquellos que lo seguían con afectos humanos por propios intereses y por cosas corporales, y, no queriendo que pudiesen en el camino, milagrosamente los sustentaba, mucho mejor se compadecerá de nosotros los que lo seguimos con afectos espirituales y por tanto por gloria de Dios y por cosas espirituales, y, no queriendo que perezcamos en el camino, milagrosamente nos proveerá en todas nuestras necesidades en la vida presente y nos defenderá de todas las cosas que nos podrían apartar de él, haciéndonos perder la porción que tenemos en el reino de los cielos, y más que, pues Cristo no apartaba de sí á sus discípulos por la poca fé que tenían en él, como consta por esto que, habiendo poco ántes visto el milagro de los cinco panes, dudaban ahora que tenían siete, ántes los allegaba y procuraba fortificarlos y confirmarlos en la fé, no nos debemos nosotros espantar ni atemorizar por nuestra flaqueza en la fé cuando vacilaremos, siendo solicitados á dudar, antes tener por cierto que Cristo hará con nosotros lo que hacía con sus discípulos, fortificándonos y confirmándonos en la fé.

Y siempre que me acuerdo de los muchos milagros que los discípulos de Cristo veían y de las muchas palabras buenas que oían y de la poca impresión que lo uno y lo otro hacía en ellos, porque aún no habían recibido el espíritu santo, no siendo aún Cristo glorificado, me certifico en esta verdad que valen poco los milagros y que valen poco las buenas palabras en los que no tienen espíritu santo; es bien verdad que vale mucho lo uno y lo otro para disponer al hombre á demandar á Dios su espíritu santo y para ayudarse después que ha recibido el espíritu santo, como valió mucho en los discípulos de Cristo lo que, ántes de tener espíritu santo, oyeron y vieron de Cristo.

Capítulo XVI

Y viniendo los Fariseos y los Saduceos, tentándole rogaban que les mostrase alguna señal del cielo. Y él respondiendo díjoles: Venida la tarde, decís: sereno hará, porque el cielo está colorado; y mañana: hoy habrá tempestad, porque el cielo tiene color triste. Hipócritas, sabéis juzgar la cara del cielo y ¿no podéis juzgar las señales de los tiempos?

Generacion mala y adúltera señal va buscando, y señal no le será dada sino la señal de Jonas profeta. Y dejándolos se partió.

Los santos del mundo, no pudiendo sufrir delante de sí la santidad de Cristo porque echaba por tierra su santidad de ellos, lo iban siempre tentando, como han ido y van siempre continuando en tentarlo, y así fingiendo que deseaban ser ciertos que él fuese el Mesía y que para certificarse no les bastaban los milagros que hacía, le demandan que haga algun milagro en el cielo, como sería decir haciendo firmar el sol como hizo Josué. Y Cristo, conociendo sus malas intenciones, no queriéndoles dar otra señal que la de su muerte y resurreccion, los reprehende de la ceguedad ó ignorancia con que trataban las santas escrituras, diciéndoles que tenian ingenios y discursos para juzgar hoy del dia que hará mañana, si hará sol ó si lloverá, y que no tenian ingenios ni discursos para entender por las santas escrituras como aquel era el propio tiempo en que habia de venir el Mesía. Esta es la sentencia de estas palabras. Lo mismo es: «sereno hará» que: sol hará. Por lo que aquí dice: «color triste» el griego dice: está colorado triste, pero entiende lo que decimos: está mustio. Á los Fariseos y Saduceos llama Cristo hipócritas porque era este el ordinario nombre con que los llamaba y porque venian á tentarlo mostrando uno en lo exterior y teniendo otro en lo interior.

Cuanto á la señal de Jonas profeta, me remito á lo que he dicho en el cap. XII, añadiendo esto que me cuadraria mucho si la escritura dijese que los de Nínive supieron el caso entrevenido á Jonas y que por tanto le dieron crédito y se convirtieron; y aunque no se puede colegir de ella esto, no pudiéndose colegir el contrario y cuadrándome tambien, digo que entiendo que, así como los tres dias y tres noches, que Jonas estuvo en el vientre de la ballena, fueron señal á los ninivitas, por lo cual, convencidos en sus conciencias, dieron crédito á la predicacion de Jonas y se con

virtieron á Dios, así los tres dias y tres noches, que Cristo estuvo en la sepultura, son eficacísima señal para convencer las conciencias de los hombres á creer el testimonio de Cristo de nuestra reconciliacion con Dios por su sangre que él derramó al tiempo que fueron castigados en él nuestros pecados y así de nuestra justificacion, resurreccion y glorificacion. Los que no son convencidos con esta señal, no serian convencidos con todas las señales que pueden ser vistas en el cielo y en la tierra; y tengo por cierto que en tanto son convencidos los hombres con ella, en cuanto la creen.

Y venidos sus discípulos á la otra ribera, habíanse olvidado de tomar panes. Y Jesus les dijo: Mirad y guardáos de la levadura de los Fariseos y Saduceos. Y ellos razonaban entre sí, diciendo: Porque no tomamos panes. Y conociendo esto Jesus, les dijo: ¿Qué razonais entre vosotros hombres de poca fé, que no habeis tomado panes? Cómo, aún no entendeis ni os acordais de los cinco panes de los cinco mil? y cuántos cofines alzastes? ni de los siete panes de los cuatro mil, y cuántas espuestas alzastes? cómo no entendeis que no os he dicho del pan: Guardáos de la levadura de los Fariseos y Saduceos?-Entónces entendieron que no les habia dicho que se guardasen de la levadura del pan, sino de la doctrina de los Fariseos y Saduceos.

Tres cosas se coligen de estas palabras. La primera la incredulidad del ánimo humano que, por mucho que crea, mientras es humano, cuando ve la necesidad al ojo, duda, como los discípulos que, viéndose sin panes, pensaban padecer hambre, como consta por lo que ellos decían entre sí y por lo que Cristo les responde. Y aquí entiendo que, si queremos no dudar jamás, por muy grande que sea nuestra necesidad, roguemos á Dios que nos despoje de todo lo que tenemos de Adam, porque, mientras tendremos rastro de Adam seremos solicitados á dudar y dudaremos.

La segunda, que los hombres, mientras están intentos á las cosas exteriores, son incapacísimos de las cosas interiores, como los discípulos que, estando atentos á los panes, interpretaban las palabras de Cristo de los panes. Y aquí entiendo que el, que querrá ser capaz de las cosas interiores y espirituales, trabaje primero por apartar el ánimo de las cosas exteriores y corporales, cierto que no entenderá las unas mientras estará atento á las otras.

La tercera, que á los santos de Dios pertenece estar siempre alerta, mirando, advirtiendo y guardando no les entre por parte ninguna rastro ninguno de doctrina de santos del mundo, cuales eran los Fariseos, ni de sabios del mundo, cuáles eran los escribas, tomando cada uno de ellos para sí el aviso que da aquí Cristo á sus discípulos, porque siempre es levadura para mal la doctrina de los santos del mundo y de los sabios del mundo. Y aquí entiendo cuán poco me debo fiar de las persuasiones de los hombres que en el mundo son tenidos por santos y por sabios, y entiendo que el mejor expediente con que yo podré guardarme de ellos es con rogar continuamente á Dios, imprima bien en mi memoria la fé cristiana con la doctrina del vivir cristiano que me predicán y enseñan los apóstoles y los evangelistas, á fin que, viniendo las persuasiones de los santos del mundo y de los sabios del mundo á este parangon, les acontezca lo que acontece á las piedras falsas cuando están en presencia de las finas, y aún lo que acontece á las finas cuando están en presencia de las que son más finas que ellas.

Después de escrito esto, entiendo que propiamente pretendió aquí Cristo avisar á sus discípulos que se guardasen de lo que enseñaban los escribas y los saduceos acerca de la pompa con que se habían soñado que había de venir el Mesías; y á esta inteligencia favorece mucho lo que inmediatamente se sigue de la confesión de San Pedro. Adonde dice: «porque no tomamos panes,» pienso que se ha de entender: esto dice porque no tomamos panes.

Y venido Jesús en las partes de Cesarea la de Filipe, preguntó á sus discípulos, diciendo: ¿Quién dicen los hombres que soy el hijo del hombre? Y ellos dijeron: Unos Juan el Bautista y otros Elías y otros Jeremías ó uno de los profetas. Díceles: Y vosotros, ¿quién decís que soy? Y respondiendo Simon Pedro, dijo: Tú eres Cristo, el hijo de Dios vivo. Y respondiendo Jesús, le dijo: Bienaventurado eres, Simon Barjoná, porque la carne y la sangre no te lo ha revelado sino mi padre el que está en los cielos. Y yo también te digo á tí que tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella. Y daréte las llaves del reino de los cielos, y lo que atarás sobre la tierra, será atado en los cielos, y lo que desatarás sobre la tierra, será desatado en los cielos.

Muchas cosas hay en estas palabras, dignas de mucha consideración, para la inteligencia de las cuales convendría que el hombre estuviese desnudo y despojado de todo afecto humano, de toda opinión humana y aún de todo discurso de prudencia humana. Yo diré lo

que en ellas al presente entiendo, remitiéndome siempre á la inteligencia de los santos que las entienden mejor.

Cuanto á lo primero, no entiendo que preguntó Cristo á sus discípulos la opinion, que los hombres tenían de él, por saberla él, sino, porque diciendo ellos la que tenían, la cual él sabia bien, con su respuesta de él ellos quedasen confirmados en ella. Y aquí entiendo que quiere Dios que confesemos la fé que él imprime en nuestros corazones, en presencia de nuestros superiores, á fin que, confirmándonos ellos en ella, alcancemos salud y vida eterna, y por tanto dice San Pablo: «corde creditur ad justitiam, ore autem confessio fit ad salutem». Rom, 10.

Por las diversas opiniones que segun parece los hombres tenían de Cristo, las cuales todas iban enderezadas á menoscabar la gloria de Cristo y la omnipotencia de Dios, como que no podía criar un profeta de nuevo sin resucitar á uno de los ya muertos, y por lo que yo he visto por alguna experiencia, entiendo que, siempre que los hombres como hombres toman opiniones de Cristo y de los que son miembros de Cristo, sin pretenderlo ellos, vienen á menoscabar la gloria de Cristo y la omnipotencia de Dios; y por tanto seria sanísimo consejo á todos los hombres, guardarse de tomar opinion ninguna en las cosas espirituales y divinas mientras que son hombres no regenerados y renovados por espíritu santo, y aún entónces les está bien atenerse al áncora de la fé cristiana y al intento del vivir cristiano, guardando el decoro cristiano, y en lo demás no atarse á opinion ninguna, porque, como se atan á una, se obligan á defenderla, y, como la quieren defender, se apartan de la mansedumbre cristiana y decoro cristiano.

Diciendo San Pedro: «tú eres Cristo el hijo de Dios vivo,» entiendo que confesó en Cristo humanidad y divinidad, humanidad en cuanto lo confesó por el Mesía prometido en la ley, del cual constaba que habia de ser hombre del linaje de Abraham, de la simiente de David, y divinidad en cuanto lo confesó por hijo de Dios y una misma cosa con Dios, en la cual confesion está fundada la fé cristiana, en cuanto los, que aceptamos el indulto y perdon general que nos es intimado en el evangelio, fundamos nuestra fé en que Cristo es el Mesía y es hijo de Dios, y así nos certificamos en la remision de nuestros pecados y en nuestra reconciliacion con Dios, teniéndonos por hijos de Dios, incorporados en Cristo, y por herederos de la vida eterna con Cristo. Los que no se conocen perdonados y reconciliados con Dios en Cristo y por Cristo ni se conocen hijos de Dios, habilitados para la heredad de Dios que es la vida eterna, si bien dicen á Cristo lo mismo que le dijo San Pedro, tengan por cierto que no lo dicen por divina revelacion sino por humana instruccion, y los tales no siguen jamás á Cristo, no imitan en Cristo la mansedumbre ni la humildad, porque aún no están sujetos al yugo de Cristo.

A Dios entiendo que llama vivo ó viviente porque solo él tiene vida en sí y da ser y vida á todas las cosas que son y viven; y sobre esta manera de hablar que usa la escritura, diciendo Dios vivo, agua viva, piedra viva, esperanza viva etc., he hablado en la primera epístola de San Pedro capítulo primero.

Por aquellas palabras de Cristo: «porque la carne y la sangre» etc., entiendo que no son bienaventurados los que por relacion é instruccion humana y exterior confiesan á Cristo por

Mesía, hijo de Dios vivo, sino los que lo confiesan por revelación e inspiración divina interior, como San Pedro. Y la bienaventuranza consiste en que incorporados en Cristo no los mira Dios por lo que son por sí, sino por lo que son por Cristo, y, así unidos e incorporados en Cristo, gozan de lo que goza Cristo, siendo de ellos lo que es de Cristo. Adonde entiendo que a todo hombre, que confiesa lo que confiesa aquí San Pedro, pertenece examinarse muy bien, si la confesión hace sus efectos en él, a fin que, hallándose con la confesión y sin los efectos de ella, entienda que su fe es de carne y sangre, y que por tanto no pertenece a él la bienaventuranza de San Pedro, y entendido se vuelva con fervor a Dios, suplicándole, le dé la fe revelada e inspirada, para que toque también a él la bienaventuranza que es anexa a la fe cristiana inspirada y revelada. Barjoná es lo mismo que hijo de Juan.

La santa escritura acostumbra llamar «carne y sangre» a los hombres con todo lo que tienen como hijos de Adam, comprendiendo a la ciencia del bien y del mal, a la lumbre natural, que es propia de Adam porque él la adquirió comiendo del árbol de la ciencia del bien y del mal.

Como gratificando y confirmando Cristo la confesión de San Pedro entiendo que dice: «y yo también te digo a ti que» etc., como si dijese: Tú me has confesado a mí por Mesía hijo de Dios vivo, y yo te doy a ti este nombre de piedra por la firmeza que hay en esta tu confesión que es como piedra, y te digo más que sobre esta piedra edificaré mi iglesia etc. Adonde entiendo que dice Cristo que había de edificar su iglesia sobre la confesión de San Pedro, entiendo que el fundamento de la iglesia es confesar a Cristo por Mesía, hijo de Dios vivo, en cuanto los que, aceptando la gracia del evangelio, la remisión de pecados, y reconciliados con Dios por la justicia de Dios ya ejecutada en Cristo, siempre que son solicitados a dudar de esta verdad, recurren a este firme y estable fundamento, diciendo: él que nos ha hecho este beneficio y él que lo publicó y hace publicar en el mundo es Jesús Nazareno, el cual es el Mesía prometido en la ley de Dios y es hijo de Dios, y puesto es así verdad, también es verdad lo que él publicó y hace publicar, que es el indulto y perdón general, del cual gozan los que lo creen. De esta manera entiendo que la iglesia cristiana está fundada sobre creer de Cristo lo que aquí confiesa San Pedro.

También entiendo que, queriendo Cristo mostrar la excelencia de su iglesia y asegurar a los que pertenecen a ella, dice: «y las puertas del infierno» etc., entiendo que todos juntos los espíritus infernales no serán bastantes a deshacer a esta iglesia, a derribarla y echarla por tierra, porque ella será poderosa en Cristo a hacerles resistencia a todos; de manera que sea esta la misma sentencia que dice Cristo en otra parte: «et nemo rapiet eas de manu mea,» a las cuales sentencias y a las que son como ellas debemos abrir bien los ojos los que somos ovejas de Cristo, porque, dando el crédito que se debe a las palabras de Cristo, nos podemos bien certificar con San Pablo que ni la muerte ni la vida ni criatura ninguna será bastante a apartarnos de Cristo y por el consiguiente ni del reino de Cristo en la presente vida ni del reino de Dios en la vida eterna.

Queriendo Cristo gratificar aún más la confesión de San Pedro por confirmarla más y establecerla más, le dice: «y daréte las llaves del reino de los cielos,» y entiendo que, declarando qué llaves son estas, dice: «y lo que atarás sobre la tierra» etc., de manera que estas llaves consistan en el atar y en el desatar. Estas llaves entiendo que las tuvo Cristo

mientras vivió corporalmente entre los hombres, y entiendo que, pronunciando aquí á San Pedro por bienaventurado y confirmándolo en la fé que tenia de él, usó de la una de las llaves, y de la otra entiendo que usaba cuando pronunciaba por infieles á Corazain, á Betsaida y á Capernaum, y cuando pronunciaba por hipócritas á los pontífices, escribas, Saduceos y Fariseos.

Tambien entiendo que usaban de la una de estas llaves los apóstoles cuando admitian á la congregacion cristiana á los que confesaban que Jesus es el Mesía, hijo de Dios vivo, como admitió San Felipe al eunuco, San Pedro á Cornelio y San Pablo á Tito etc., y que usaban de la otra llave cuando apartaban de la congregacion de los cristianos á los que, viviendo viciosa y profanamente, daban testimonio de sí que la fé que tenian no era revelada ni inspirada, sino relatada y enseñada. De manera que el uso de estas llaves sea confirmar la fé del que, creyendo con el corazon por espíritu-santo, confiesa por la boca aquello que cree, afirmándole que su fé es buena, como hizo Cristo con San Pedro, la cual cosa es necesarísima en la iglesia, porque el ánimo del hombre es tanto solicitado á dudar que, por muy grandes inspiraciones interiores que tenga, siempre tiene necesidad del testimonio exterior; y de manera que sea tambien el uso de estas llaves condenar la infidelidad tanto del que no cree de Cristo lo que San Pedro, quanto del que, si bien confiesa por la boca lo que confesó San Pedro, muestra en su mal vivir que no lo confiesa con el corazon, que habla enseñado y no inspirado, y que habla por relacion de carne y sangre y no por revelacion de espíritu-santo.

Aquí añadiré esto que por revelacion de Dios conocemos á Cristo cuando nos desatapa Dios los ojos para que lo conozcamos por el Mesía y lo conozcamos por hijo de Dios, conociéndolo por hijo de David segun la generacion humana y por hijo de Dios segun la generacion divina. Los que conocen de esta manera á Cristo, aceptando la gracia del evangelio, se tienen por perdonados de todos sus pecados hechos y por hacer, y teniéndose por amigos de Dios, aman á Dios, y reconociéndose hijos de Dios, se aplican á imitar á Cristo con intento de guardar el decoro de hijos de Dios. Los que conocen á Cristo por relacion de hombres ó de escrituras no se tienen jamás por perdonados de Dios ni por amigos de Dios ni por hijos de Dios, y así no aman á Dios ni se aplican á imitar á Cristo.

Esto es lo que al presente entiendo en estas palabras, las cuales son de tanta importancia que, aunque me parece quedar satisfecho con esta inteligencia, todavía quedo con deseo de alcanzar otra mejor, y así ruego á Dios me la dé ó por sí mismo ó por medio de algun siervo suyo, pero en cuanto ha de servir para gloria suya y de su unigénito hijo Jesu Cristo nuestro Señor.

Entónces mandó á sus discípulos que no dijesen á ninguno que él es Jesu Cristo. Desde entónces comenzó Jesus á descubrir á sus discípulos que le convenia ir á Jerusalem y padecer mucho de parte de los ancianos y príncipes de los sacerdotes y escribas y ser muerto y resucitar al tercero dia. Y apartándolo Pedro comenzó á reprehenderlo diciendo: Mejor sea á tí, señor; nunca tal te entrevenga. Y él vuelto dijo á Pedro: ¡Quítateme de delante, Satanás! Escándalo me eres, porque no sabes las cosas de Dios sino las de los hombres.

La causa porque Cristo prohibió á sus discípulos que no lo publicasen por el Mesía pienso que es, porque tenia Dios ordenado que este secreto no fuese descubierto ni publicado entre los hombres hasta que Cristo fuese muerto, resucitado y glorificado. En aquello «desde entónces comenzó Jesus» etc., noto esto que primero confirmó Cristo á sus discípulos en lo que habian de creer de él, que les descubriese el secreto de su muerte, y entiendo que se lo dice ántes que sea por facilitarles el sentimiento de ella. Y aquí aprendo que los que Dios trae á Cristo, primero deben ser confirmados y fortificados en lo que han de creer de Cristo, que les sea dicho lo que han de padecer por Cristo, y más, que ántes que venga el padecer, muchas veces se les debe poner delante, á fin que, cuando venga, se hallen armados y apercebidos de tal manera, que por el padecer no se aparten de Cristo, desamparando la fé cristiana y el vivir cristiano. Adonde dice «ancianos,» puede decir presbíteros, es nombre de dignidad. Y aquí es digno de consideracion esto que los, que tenían la cumbre de la religion entre los judíos, fueron los que dieron la muerte á Cristo.

En San Pedro considero aquí á todos los que con prudencia humana presumen reprehender y aconsejar á los que, siendo hijos de Dios, son regidos y gobernados por espíritu de Dios, en cuanto, así como San Pedro, ufano por ventura con las palabras que le acababa de decir Cristo, presumió reprehender á Cristo porque queria ir á cumplir la voluntad de Dios, siendo llevado por espíritu santo, así ellos, ufanos con el nombre de cristianos, con las ceremonias cristianas y con alguna noticia de las cosas cristianas que han alcanzado por revelacion y escritura, presumen reprehender á los que siguen á Cristo y siguiendo á Cristo van á cumplir la voluntad de Dios, siendo llevados por el espíritu santo.

A donde entiendo que á los, que, incorporados en Cristo, son hijos de Dios, pertenece responder á los hombres, que, mostrando celo, los reprehenden, lo que respondió Cristo á San Pedro, diciendo: «quítateme de delante, Satanás» etc. Y para poderles responder de esta manera, conviene primero que ellos se persuadan y tengan por cierto que todos los hombres que no son hijos de Dios, no siendo regenerados y renovados por espíritu santo, les son á ellos el mismo Satanás, porque, estando con esta persuasion, tendrán por sospechosas todas sus reprehensiones, todos sus celos y todos sus consejos, los cuales, siendo de hombres no pueden ser sino carne y sangre.

Diciendo Cristo: «escándalo me eres,» entiende: me eres fastidioso y enojoso, como nos es la piedra en que tropezamos. Y aquí se entiende una manera de escandalizar los hombres á Dios y á los que son hijos de Dios. Y declarando Cristo de dónde procedia que San Pedro le era escándalo, dice: «porque no sabes» etc., entendiendo que de no saber San Pedro las cosas de Dios, de no entenderlas ni penetrarlas, procedia el fastidio que le daba con aquellas sus palabras. Si San Pedro supiera el divino consejo en la muerte de Cristo, no se pusiera á reprehender á Cristo porque iba á morir; y aún si solamente considerara la divina sabiduría y potencia que veía en Cristo, callara y dejárale hacer; pero como no consideraba lo uno ni sabia lo otro, sabiendo solamente las cosas de los hombres que tienen por malo el morir y por malísimo el morir ignominiosamente, oyendo decir á Cristo de su muerte, pensó acertar, diciéndole lo que le dijo.

Adonde pueden considerar las personas cristianas que, pues Cristo, ofendido de las palabras de San Pedro que nacian de ánimo vivo aún no mortificado por la fé, no lo echó de sí, solamente lo trató mal de palabra, que tampoco las echará de sí á ellas cuando lo

ofenderán como San Pedro con viveza de ánimo aún no mortificado por la fé, si bien las tratará mal de palabra, dándoles á sentir que se tiene por ofendido de ellas. A donde dice: «sabes,» puede decir: precias, estimas y sientes. En aquello: «mejor sea á tí, señor, nunca, tal te entrevenga» y en aquello: «quítateme de delante, Satanás» están unas maneras de decir castellanas por otras maneras de decir hebreas.

Entónces dijo Jesus á sus discípulos: Si alguno querrá venir tras mí, niéguese á sí mismo y tome su cruz y sígame, porque el que querrá salvar su ánima, la perderá, y el que perderá su ánima por mi causa., la hallará, porque ¿que aprovechará al hombre si ganará á todo el mundo con daño de ánima? ó ¿qué dará el hombre en trueco por su ánima? Porque será así que vendrá el Hijo del hombre en la gloria de su padre con sus ángeles, y entónces dará á cada uno segun su obra. Dígoos de verdad que hay algunos de los que están aquí, los cuales no gustarán la muerte hasta que vean al hijo del hombre venir en su reino.

Habiendo Cristo como intimado á sus discípulos su pasion despues de haberlos confirmado en la fé, les intima lo que á cada uno de ellos conviene padecer, habiendo como buenos discípulos de seguir á su maestro, de pasar por donde él pasó. Adonde parece que, tomando Cristo ocasion de lo que San Pedro le habia dicho condenando por malo el padecer, dice así á todos los discípulos: no solamente es necesario que yo vaya á padecer, á perder esta vida que tengo como hijo de Adam, pero sabed que es tambien necesario que los que me han de seguir vayan por donde yo voy, negándose á si mismos, privándose de todos sus placeres, de todas sus satisfacciones y de todas sus comodidades, y tomando á cuestras su cruz, el tormento y el fastidio que les causará esta privación, y la deshonra, y la ignominia que la misma les causará en los ojos del mundo, y entónces me seguirán de la manera que yo quiero ser seguido. De esto he hablado en dos consideraciones sobre estas mismas palabras de Cristo.

Y aquí entiendo que, queriendo Cristo declarar en qué consiste esta negacion, añade: «porque el que querrá salvar» etc., mostrando que entónces el hombre se niega á sí mismo cuando, por salvar su vida, por resucitar á vida eterna, la pierde en esta, menospreciándola y teniéndola en poco y así privándose de todo lo que arriba está dicho, y ofreciéndose al martirio, siempre que será necesario por la manifestacion del evangelio.

Aquello: «por mi causa» es digno de consideracion para que entiendan los hombres que, perdiendo sus vidas, hora sea con las privaciones ya dichas, hora sea con el martirio, no las hallarán en la vida eterna si no tienen por objeto á Cristo, siendo su principal intento la gloria de Cristo, no sus propios intereses ni sus opiniones ó pasiones. Y aquí entiendo que no pierden las vidas por Cristo sino los que se tienen por justos en Cristo, porque solos estos no pueden pretender justificacion ni glorificacion, conociendo que la han alcanzado en Cristo, pretendiendo solamente imitar á Cristo por el deber de la regeneracion cristiana; los otros todos, perdiendo las vidas, la pierden por justificarse delante de Dios y no por Cristo.

Aquello: «porque ¿qué aprovechará al hombre» etc., entiendo dicho como por comparacion: así como sirve poco á un hombre el ser señor del mundo, si da por ello la vida, así sirve poco á otro hombre gozar en la vida presente de todo lo que se puede gozar, pues por ello pierde el gozar de la vida eterna. Y diciendo: «ó ¿qué dará el hombre» etc.,

entiende que es cosa tan preciosa la vida, que no hay recompensa ninguna que dar por el rescate de ella, como si dijese: y pues yo os ofrezco vida eterna en contracambio de la vida presente, no os debe parecer recio el perder la vida presente. Conforme es á esto lo que se lee en el Salmo 49.

Y queriendo Cristo declarar cuándo comenzará esta vida eterna entera y cumplidamente, dice: «porque será así que vendrá» etc., entendiendo que comenzará desde el día del juicio, en el cual día dice que dará Dios «á cada uno segun su obra,» entendiendo que dará vida eterna á los que habrán perdido por su causa de él la vida presente, y que dará muerte eterna á los que no habrán querido perder por su causa de él la vida presente.

Aquello que añade Cristo, diciendo: «Dígoos de verdad que hay algunos» etc., yo no lo entiendo, y digo que no lo entiendo, porque no me cuadra lo que unos dicen que vieron á Cristo en su reino los que lo vieron transfigurado en el monte Tabor, porque no entiendo que aquel fuese el reino de Cristo ni sería al propósito de lo que aquí precede; ni me cuadra tampoco lo que dicen otros que los discípulos no gustaron la muerte porque no sintieron el agonía de la muerte como los otros hombres, porque sé que segun el hablar de la lengua hebrea, gustar la muerte es lo mismo que morir; tampoco me cuadra lo que dicen otros que vieron á Cristo en su reino, los que despues de la venida del espíritu santo vieron glorificado á Cristo, siendo aceptado su evangelio de grande muchedumbre de gentes, porque veo que aquí habla Cristo del día del juicio, en el cual día descubrirá á todo el mundo su gloria y su majestad.

Es bien verdad que las palabras que pone San Márcos se podrian aplicar á la venida del espíritu santo, porque él dice: «hasta que vean venir el reino de Dios con virtud» ó potencia, y no hay duda sino que lo vieron venir tal los discípulos al tiempo que recibieron al espíritu santo, desde el cual tiempo entendemos que comenzó á venir el reino de los cielos que se predicaba en tiempo de Cristo. Y si se pudiese decir que algunos de los, que estaban presentes al tiempo que Cristo dijo estas palabras, están reservados para el día del juicio, no siendo muertos, no habría que dudar. En efecto, es poco lo que alcanzamos de los misterios de Dios, por mucho que presumamos alcanzarlos, y por tanto es cosa segura confesar en ellos nuestra ceguedad.

Capítulo XVII

Y desde á seis dias tomó Jesus á Pedro, á Jacobo y á Juan, su hermano, y subióslos á un monte alto aparte y transfiguróse en presencia de ellos, y resplandeció su cara como el sol, y sus vestiduras se tornaron blancas como la luz, y hé aquí vieron á Moisen y á Elías hablando con él. Y respondiendo Pedro dijo á Jesus: Señor, bueno nos es estar aquí; si quieres hagamos aquí tres cabañas, una para tí, otra para Moisen y otra para Elías. Aún estaba él hablando y hé aquí una nube resplandeciente que los cubrió, y hé aquí una voz salida de la nube que decia: Este es mi hijo el amado, en el cual me he contentado. Oidlo. Y oyendo esto los discípulos cayeron sobre sus caras y temieron mucho. Y llegando Jesus asió de ellos y dijo: Levantáos y no temais. Y alzando sus ojos no vieron á ninguno sino á

solo Jesus. Y bajando ellos del monte, les mandó Jesus diciendo: No digais á ninguno la vision hasta que el hijo del hombre resucite de entre los muertos.

Lo que Cristo pretendió dando á aquellos tres discípulos este gusto de la gloria de la vida, eterna, puédesse bien conjeturar, pero mal se puede acertar, mayormente de los que como yo no nos habremos hallado en cosa semejante para poder testificar del efecto que hace una tal vision en el ánimo del que la ve, y por tanto me remito á lo que dicen ó dirán los que tendrán alguna experiencia. A los cuales tambien remito la consideracion de la causa porque Cristo escogió á estos tres discípulos entre los otros, si fué porque estos eran más capaces que los otros por estar más mortificados y más purificados en sus ánimos, ó si fué porque estos tenían más necesidad de ser certificados y confirmados en la opinion que habian de tener de Cristo, bien que yo me atengo á esto, que dependió de la voluntad de Cristo, elegir más á estos tres que á ninguno de los otros para mostrarles su gloria y su majestad en la vida eterna.

Diciendo: «y transfiguróse,» entiende: mostróse en otra forma de la que solia; solia mostrarse con el ser humano, pasible y mortal, y mostróse con el ser divino, impassible é inmortal. Yo pienso que se mostró Cristo tal en el monte á estos tres discípulos, cual se mostró á todos despues de la resurreccion al tiempo que subió al cielo.

Queriendo San Mateo mostrar en qué cosa consistió esta transfiguracion, dice: «y resplandeció su cara,» etc.; y diciendo: «y sus vestiduras» etc., entiende que tambien los vestidos mudaron color. Adonde dice: «como la luz,» San Marcos dice: como la nieve. Entienden que Moisen y Elías fueron vistos con Cristo, porque la ley y los profetas dan testimonio de Cristo y son como ministros de Cristo.

Lo que hablaban Moisen y Elías con Cristo se entiende por San Lúcas, el cual dice que hablaban de la muerte que Cristo habia de morir en Jerusalem, hablaban, como seria decir, del vituperio, estando en la gloria. Adonde podemos nosotros aprender que es cosa buena hablar de lo que habemos de padecer por Cristo y pensar en ello cuando nos hallamos más favorecidos de Dios y de Cristo, á fin que el favor no nos haga presuntuosos. El hablar en esto pienso que no era por Cristo sino por los discípulos que oian, á fin que supiesen que era necesario que pasase así lo que Cristo ya les había dicho y que no tuviesen aquella, cosa por defecto de Cristo sino por perfeccion de Cristo, pues veían que hablaban de ella Moisen y Elías, la ley y los profetas. Aquí se puede decir que Moisen estaba con Cristo en espíritu y que Elías estaba en cuerpo y en ánima, por lo que se lee, en su historia del carro ó torbellino de fuego en que fué arrebatado.

Lo que San Pedro dijo á Cristo: «Señor, bueno nos es» etc., dicen siempre á Cristo los que, sintiendo los favores de Cristo, se ceban en ellos con los ánimos y con los cuerpos, y no lo dicen los que, sabiendo que al estado de la vida presente es más anexo el padecer que el gozar, estando en la gloria se acuerdan del vituperio y no ménos huelgan de estar crucificados con Cristo en el monte Calvario que de estar transfigurados con Cristo en el monte Tabor, de ser crucificados con Cristo que de ser glorificados con Cristo, ántes se tienen por más seguros hallándose crucificados que sintiéndose como transfigurados.

Y aquí entiendo dos cosas. La una, que con todos nosotros hace Cristo lo que hizo con estos discípulos, en cuanto, así como á estos discípulos primero les hizo gustar de su gloria que de su ignominia, mostrándoseles primero transfigurado que crucificado, así á nosotros primero nos hace gustar la paz de las conciencias por la reconciliacion con Dios, con los otros efectos que hace en nosotros la fé que nos incorpora en él, que nos entrega en las manos á los hombres á que nos traten como trataron á él. Y la otra que muestran grande imperfeccion los que en los gustos y sentimientos interiores se transportan hasta dejar que la carne tome su parte de ellos, así como es imperfeccion en las cosas exteriores transportarse tanto hasta que el ánimo gusta de ellas, siendo así que al perfecto cristiano pertenece usar de las cosas exteriores, que pertenecen al cuerpo, con reguardo y miramiento que el ánimo no guste de ellas, y usar de las cosas interiores, que pertenecen al ánimo, con reguardo y miramiento que el cuerpo no guste de ellas, dejando estar las unas cuando el ánimo se va cebando en ellas, y dejando estar las otras cuando siente que el cuerpo se va cebando en ellas.

La causa que movia á San Pedro á querer hacer las tres cabañas ó chozas, queriendo que cada uno de los tres estuviese en la suya, no pienso que se puede saber, y no importa mucho saberla, pues hablaba como hombre imperfecto. Sería bien cosa digna de saber cómo eran estos tres discípulos, siendo aún imperfectos, hábiles sugetos para poder sufrir tanta gloria y tanta majestad como tenían delante de sí, viendo á Cristo transfigurado y con él á Moisen y á Elías, pero en esto me contento con entender que el mismo Dios, por cuya voluntad subieron al monte, los habilitó para que pudiesen sufrir aquella gloria y majestad. Y aquí se me ofrece esto: que no es señal de perfeccion el ver visiones y revelaciones, pues estos tres discípulos, siendo aún imperfectos, fueron admitidos á ésta. Esto digo á fin que ni los que las tendrán se ensoberbezcan por ello ni los que no las tendrán se entristezcan por ello, considerando que tambien envió Cristo el espíritu santo sobre los discípulos que no subieron al monte como sobre los que subieron.

Las palabras del testimonio, que el padre eterno nos da de Cristo, son dignas de mucha consideracion, pues es así que por ellas entendemos que Cristo es hijo de Dios, y por lo que dice: «el amado» entendemos que el ser Cristo hijo de Dios es muy de otra manera que el ser hijos de Dios los que la santa escritura llama hijos de Dios, pues Cristo es el amado, el querido y favorecido y es el primogénito y unigénito, siendo su divina generacion, como seria decir, «ab initio et ante saecula,» y siendo una misma con Dios, y de la misma sustancia del padre. Y por tanto con solo Cristo se ha contentado y contenta Dios, porque, como dice Esaías, en él ha sido prosperada la voluntad de Dios, quiere decir que en Cristo ha salido Dios con lo que queria, en cuanto, poniendo en él los pecados de todos nosotros y castigándolos todos en él, él sufrió el castigo sin apartarse un punto de la voluntad de Dios. Y es bien de notar que en aquello «me he contentado» ó complacido, en el griego está el vocablo de que usa San Pablo cuando habla de nuestra predestinacion.

Y es mucho más de notar aquello «oidlo,» para que sepamos que lo que á nosotros, los que somos cristianos, pertenece, es cerrar los oidos á toda la prudencia y razon humana y á toda la lumbre natural y abrirlos solamente á Cristo para seguir lo que él nos dirá, por mucho que por el contrario brome y vocee la prudencia humana con la lumbre natural. Y al que deseará saber en dos palabras qué es lo que ha de oir de Cristo, en qué cosas ha de obedecer á Cristo, le diré que en las que él ha dicho en el capítulo 11: «Tomad mi yugo

sobre vosotros y aprended de mí» etc., en lo cual encerró Cristo la fé cristiana y el vivir cristiano, como allí habemos declarado.

En aquello que cuenta San Mateo que alzando los ojos los discípulos no vieron á Moisés ni á Elías, viendo solamente á Cristo, se puede entender lo que el mismo Cristo ha dicho en el capítulo 11, que la ley y los profetas sirvieron hasta el tiempo de San Juan; antes entiendo que es así siempre, que, si bien cada uno de los hombres, mientras no oye la voz del padre, mientras no tiene la inspiracion interior, ve á Moisen y á Elías con Cristo, sirviéndose de la ley y de los profetas para ver á Cristo, en oyendo que oye la voz del padre, en siendo inspirado interiormente y traído á Cristo, se le desaparecen Moisés y Elías, no sirviéndose ya más de la ley ni de los profetas para ver á Cristo, para aceptar su justicia y atenerse solamente á ella. Adonde diré esto: que siempre Moisen y los profetas son tan comedidos que, luego que entra Cristo, se salen fuera, dando lugar á Cristo, y por tanto el mejor expediente de todos para librar á uno de Moisen y de profetas es ponerle delante á Cristo, la fé cristiana y despues el vivir cristiano.

Por la misma causa entiendo que mandó Cristo á estos tres discípulos que no publicasen esta vision, que habia mandado ántes á todos que no dijessen que él era Cristo; en efecto, se ve clarísimamente que Cristo no quería manifestar á los hombres quieín era, mientras andaba vestido de humanidad. Y aquí viene bien una epístola que he escrito pretendiendo mostrar las causas por qué Cristo unas veces se encubria y otras veces se descubria, y viene bien una consideracion adonde he puesto seis causas, por las cuales segun entónces me pareció, entendí que Cristo vivió entre los hombres en aquella forma de vida en que vivió.

Y preguntáronle sus discípulos diciendo: ¿Pues cómo los escribas dicen que conviene que Elías venga primero? Y respondiendo Jesus les dijo: Así es que Elías vendrá primero y lo restituirá todo, pero dígoos que Elías ya vino y no lo conocieron, mas hicieron en él todo cuanto quisieron. De la misma manera tambien al hijo del hombre harían padecer aquellos. Entónces entendieron los discípulos que de Juan el Bautista les decia.

Certificados los discípulos que Cristo era el Mesía, parece que de haber visto á Elías en su compañía les nació una duda, de la cual queriendo certificarse preguntan á Cristo, diciendo: «pues ¿cómo los escribas dicen» etc., como si dijessen: pues es así que tú, señor, eres el Mesía y no ha venido Elías primero que tú, ¿en qué se fundan los escribas diciendo: que Elías ha de venir primero que el Mesía?

En esta pregunta entiendo dos cosas: La primera, que los escribas eran en aquel tiempo como son en este los doctores teólogos, los letrados en la santa escritura. Y la segunda, que á todas las personas cristianas es cosa segura manifestar las dudas que se les ofrecerán en el negocio cristiano á personas que sean suficientes á satisfacerlas en ellas, haciendo como hicieron con Cristo los discípulos, y no como hacen muchos que, parte por miedo y parte por vergüenza, porque es deshonra dudar, no osan comunicar sus dudas, y, teniéndolas en sí, no caen en la cuenta que hacen en sus ánimos lo que otra tanta ponzoña haria en sus cuerpos.

A la duda de los discípulos responde Cristo diciendo: «así es que Elías vendrá» etc., adonde, considerando que no veo como pertenezca á San Juan el restituirlo todo, y

considerando que Malachías dice que vendrá Elías ántes del día del juicio, entiendo que, diciendo: «así es que Elías» etc., confirma la opinion de los escribas, la cual estaba fundada en la profecia de Malachías, diciendo que Elías vendrá á ántes de su segundo advenimiento al juicio y con su venida serán restituidas todas las cosas en su propio ser, y estas cosas entiendo que son las que la razon y la prudencia humana, pretendiendo adobar y enderezar han gastado y estragado en la iglesia cristiana juntamente con las que el Anticristo habrá gastado y estragado.

Y entiendo que, diciendo Cristo «pero dígoos que Elías etc., entiende que el Elías, que había de venir ántes de su primer advenimiento, ya era, venido, y que, no conociéndolo los judíos por el que era, lo habian hecho morir, conforme á sus dañadas voluntades. Y así entiendo que dice Cristo que San Juan tuvo en su primer advenimiento el oficio que tendrá Elías en su segundo advenimiento, en cuanto, así como Elías aparejará la iglesia cristiana para la venida de Cristo glorioso, así San Juan aparejó á la sinagoga hebrea para la venida de Cristo humilde; y el aparejo entiendo que consistió en mostrarle su depravacion y mostrarle juntamente á Cristo por remedio de ella. Añadiendo Cristo: «de la misma manera tambien al hijo» etc., entiende: y lo mismo que aconteció á San Juan con estos, me acontecería tambien á mí, en cuanto así como no conociendo que San Juan venia en espíritu y virtud de Elías, segun que, ántes que fuese concebido, lo denunció el ángel á Zacharías, su padre, le dieron la muerte, así, no conociéndome á mí por Mesía, me darán la muerte.

Aquello «y no lo conocieron» se puede referir á los escribas juntamente con aquello «harán padecer aquellos.» De esta respuesta, que Cristo respondió á la duda de sus discípulos, deben tomar ejemplo todas las personas que son eminentes en la iglesia cristiana para gobernarse por ella con los que les vendrán á preguntar algunas dudas, siguiendo este ejemplo de Cristo y siguiendo lo que enseña San Pablo. Rom. 14.

Y venidos ellos adonde estaba la gente, se le allegó un hombre hincándosele de rodillas y diciendo: Señor, compadécete de mi hijo que es lunático y padece mucho mal y es así que muchas veces cae en el fuego y muchas veces en el agua y hélo traido á tus discípulos y no lo han podido sanar. Y respondiendo Jesus dijo: ¡Oh generacion incrédula y perversa, hasta cuándo estaré con vosotros? hasta cuándo os tengo de sufrir? Traédmelo aquí. Y amenazólo Jesus, y salió de él el demonio, y sanó el muchacho desde aquella hora. Entónces allegados los discípulos á Jesus aparte, le dijeron: ¿Por qué causa nosotros no lo pudimos echar? Y Jesus les dijo: Por vuestra incredulidad. Porque os digo de verdad que, si tendreis fé quanto un grano de mostaza, direis á este monte: Pásate de aquí allí, y se pasará, y ninguna cosa os será imposible. Pero este linaje no sale sino con oracion y ayuno.

Parece que al tiempo que Cristo tomó á los tres discípulos, con los cuales se subió al monte, el resto de los discípulos con la otra gente que seguia á Cristo quedaron en el llano, y así cuenta San Mateo que, al tiempo que Cristo con los tres discípulos vino adonde los otros eran quedados, entrevino el caso que aquí se cuenta, en el cual se ofrecen estas cosas dignas de consideracion.

La primera, la indignacion de Cristo contra la incredulidad de sus discípulos y de las otras gentes, y el fastidio que recibia estando y conversando entre los hombres, y el deseo que tenia de ser libre de ellos. Y aquí entiendo dos cosas: La una, que, así como la fé es la

cosa que más agrada á Dios, así la incredulidad es la cosa que más le desagrada y le ofende; y la otra, que las personas cristianas pueden tener por buen contraseño de su fé el sentirse indignadas contra la incredulidad de los hombres y el desear salir de entre ellos por no sentir ni ver sus incredulidades.

La segunda, que la incredulidad es un mal tan interior que pocos lo conocen ni aún cuando son caidos en algun inconveniente por él, como los discípulos de Cristo que, no habiendo podido sanar al otro por su incredulidad de ellos, no conocian que la imposibilidad nacia de la incredulidad. Y aquí entiendo que á toda persona cristiana pertenece conocerse incrédula y falta de fé, atribuyendo á su incredulidad todas sus faltas y todos sus defectos.

La tercera, que, pues es así que no hay cosa imposible al que cree hasta mudar los montes de una parte á otra, á toda persona cristiana pertenece perseverar en oracion, demandando á Dios fé y más fé, sin apartarse de esta demanda hasta tanto que se conozca con tanta fé que le parezca poder mudar los montes de una parte á otra, siempre que se ofrecerá caso en el cual por esta mutacion venga á ser ilustrada la gloria de Dios. Lo que digo de los montes, digo tambien de todos los otros milagros, con los cuales es ilustrada la gloria de Dios, siendo con ellos confirmada la verdad de la fé cristiana. La comparacion del grano de la mostaza entiendo que se ha de referir á que es pequeño.

La cuarta, que como consolando Cristo á sus discípulos, no queriendo que faltasen de ánimo por lo que les habia dicho de su incredulidad, añadió: «pero este linaje» etc., entendiendo: y hay tambien otra cosa, que los demonios, que son de la calidad de este, no salen jamás de los cuerpos de los hombres sino es con oracion y con ayuno. Adonde no tendria por inconveniente entender que la oracion del que echa al demonio es inflamada con el ayuno, de manera que con el ayuno sea inflamada la oracion y con la oracion sea acrecentada la fé y con la fé fuerte y eficaz sea echado el demonio, porque, como acaba de decir Cristo, no hay cosa imposible al que cree.

La quinta, que es Cristo superior á todas las cosas, pues es así que, siendo aquella suerte de demonios de tal calidad que no salen de los cuerpos humanos sino con oracion y con ayuno, Cristo hizo salir á aquel sin oracion y sin ayuno, como parece por esto que, en viniéndole delante el hombre endemoniado con amenazar al demonio, á la hora el hombre queda libre y sano. Adonde es cierto cosa admirable que viesen los hombres de aquel tiempo una cosa como esta, y que la crean los hombres de este tiempo, y que ni aquellos tuviesen ojos para conocer á Cristo por hijo de Dios vivo, ni estos tengan ojos para conocer que este Cristo, al cual confiesan por hijo de Dios vivo, cumplirá con ellos lo que les promete de parte de Dios, diciendo que el que creará al evangelio y se bautizará alcanzará salud y vida eterna. Y al evangelio creen los que, aceptando el indulto y perdon general, se tienen por perdonados y por reconciliados con Dios por Cristo y en Cristo, incorporados por la fé en Cristo.

Y estando ellos en Galilea, díjoles Jesus: El hijo del hombre será entregado en manos de hombres y mataránlo y resucitará al tercero dia. Y entristeciéronse mucho.

Dos cosas son dignas de consideracion en estas palabras. La una, que iba Cristo mezclando á sus discípulos lo dulce con lo amargo, la resurreccion con la muerte. Y aquí entiendo que hace siempre Cristo lo mismo con nosotros mezclándonos la vivificacion con la mortificacion, los favores interiores de Dios con los desfavores exteriores del mundo, porque no desfallezcamos en el camino. Y la otra, que estaban aún los discípulos tan apegados á las cosas de la vida presente que, aunque juntamente con la muerte les fué intimada la resurreccion, se entristecieron, bien que la tristeza se podria referir á la natural inclinacion del hombre, que es fácil á creer el mal y difícil á creer el bien: y así los discípulos, como hombres creyendo fácilmente la muerte y no siendo así fáciles á creer la resurreccion, se entristecieron. Y no se entristecieran, si creyeran tanto la resurreccion como creyeron la muerte. Por lo que aquí dice: «estando,» el vocablo griego significa platicar y conversar.

Y venidos ellos á Capernaum, llegaron á Pedro los que cobran las didracmas y dijeron: ¿Vuestro maestro no paga las didracmas? El dijo: Sí. Y como fué entrado en la casa, lo previno Jesus diciendo: ¿Qué te parece á tí, Simon? los reyes de la tierra ¿de quién cobran tributo ó censo? de sus hijos ó de los ajenos? Dícele Pedro: De los ajenos. Díjole Jesus: De manera que son libres los hijos. Pues porque no los escandalicemos, ve al mar y echa el anzuelo y toma el pez que primero saldrá, y, abriéndole la boca, hallarás una estatera; tomándola dásela por mí y por tí.

Cuenta San Mateo que, siendo venido Cristo con sus discípulos en Capernaum, que era su tierra, los que en aquella tierra cogian las rentas del emperador, pareciéndoles que á Cristo como natural de la tierra pertenecia pagar como pagaban los otros, se llegaron á San Pedro, estando fuera de casa, á preguntarle, pero como maravillaándose de lo pasado, si Cristo pensaba pagar lo que los otros; y que San Pedro determinadamente les respondió que sí; y que, entrado en casa adonde estaba Cristo, mostrando Cristo que sabia lo que habia pasado con aquellos hombres, le habló en ello ántes que él le hablase; y que, queriéndole mostrar que habia respondido mal en su pensamiento, por su propia respuesta le mostró que, así como los hijos de los príncipes son libres de todo pagamiento, así el que es hijo de Dios y los que estando incorporados en él, son hijos de Dios, son libres de todo pagamiento; y que, queriendo mostrar Cristo á San Pedro que esto no lo decia por no pagarlo, porque con efecto lo quería pagar por no dar escándalo á aquellos hombres, y que para pagarlo no tenia necesidad de demandarlo, siendo él señor de todo, ni de tomarlo á ninguno de los que se aprovechan de ello, mandó á San Pedro que fuese al mar y que echase el anzuelo con la caña y que al primer pez que prendiese lo tomase y le abriese la boca y, hallando, como le hallaria, allí una moneda que valia doblado de lo que tocaba pagar á Cristo, la tomase y la diese á aquellos hombres por todos dos.

Adonde aprendemos todo esto: Primero, que los que, incorporados en Cristo somos hijos de Dios, somos libres y exentos de todo pagamiento, á que los otros hombres son sujetos, no siendo cuanto á Dios, ni en rigor, obligados á pagarlo; y esta es una parte de la libertad cristiana. Y sintiendo esto así San Pablo decia: «cum essem liber ab omnibus» etc., y en otra parte: «omnia mihi licent.»

Segundo, que los mismos que, incorporados en Cristo, somos hijos de Dios, por nuestra voluntad holgamos de pagar lo que los otros, convidándonos á ello la caridad cristiana. Y

sintiendo esto San Pablo decia: «omnium me servum feci» etc., y en otra parte: «non omnia expediunt» etc.

Tercero, que á los mismos hijos de Dios pertenece tener más respeto á no escandalizar á los hombres del mundo en las cosas humanas que á los santos del mundo en las cosas divinas, pues es así que Cristo tuvo respeto á no escandalizar á estos hombres del mundo como los escandalizara en caso que no les pagara lo que pretendian haber de él, que era cosa del mundo, no habiendo tenido respeto á no escandalizar á los Fariséos, santos del mundo, como los escandalizó defendiendo la calumnia que daban á los discípulos sobre el lavar ó no lavar las manos.

Cuarto, que, pues es así que con la misma facilidad, con que se proveyó Cristo de dineros para pagar el tributo doblado, podria proveer en sus necesidades á todos los que incorporados en él le son hermanos, tambien es así que demandándonos que seamos limosneros, que hagamos bien á los que son cristianos, no nos lo manda tanto porque remedemos las necesidades de aquellos, cuanto porque mostremos en ellos el amor que tenemos á Cristo y á Dios, ayudando á aquellas personas, á las cuales Cristo y Dios tienen prometido que ayudarán, pretendiendo solamente que, hallando ellos verdad en los prometimientos de Cristo y de Dios, crezcan en la fé y confianza que tienen en Cristo y en Dios.

En mandar Cristo á San Pedro que diese aquella moneda por todos dos, solamente entiendo que pretendió mostrar liberalidad y una grande sujecion voluntaria, pues demandándole por sí, pagaba por sí y por San Pedro. Didracma era una suerte de moneda, como seria decir dos carlines ó dos reales, y estatera era otra suerte de moneda que valia doblado, como seria decir cuatro carlines ó cuatro reales.

Capítulo XVIII

En aquella hora vinieron los discípulos á Jesus diciendo: ¿Quién, pues, es mayor en el reino de los cielos? Y llamando Jesus á un niño, lo puso en medio de ellos y dijo: Dígoos de verdad, si no tornareis á ser como niños, no entrareis en el reino de los cielos. Por tanto cualquiera que se humillará como este niño, este es el mayor en el reino de los cielos, y el que acogerá al tal niño en mi nombre, á mi me recibirá, y al que escandalizará á uno de estos pequeñuelos que creen en mí, le convendria más que le fuese atada al cuello una muela asnal y fuese e chapuzado en lo hondo del mar.

Por lo que leo en San Mateo y en San Lúcas entiendo que de haber hablado Cristo en su muerte y en su resurreccion nació contencion entre los discípulos sobre cuál habia de ser el mayor en el reino de los cielos, y de la contencion procedió que vinieron á Cristo con esta pregunta, diciendo: «¿quién pues es mayor» etc., adonde parece que, queriendo Cristo reprimir el afecto ambicioso que conoció en sus discípulos, llamando á sí un niño, les dijo: «dígoos de verdad, si no» etc., como si les dijera: mirad cuán engañados estais en los pensamientos que teneis, que, si no los dejais y venís á ser como niños, no entrareis en el reino de los cielos. Y entiendo que á la hora, que los discípulos recibieron el espíritu santo

por la regeneracion que él hizo en ellos, tornaron como niños y así tomaron posesion en el reino de los cielos; y entiendo tambien que segun que iban creciendo en Cristo, así iban siendo hombres enteros en Cristo.

Y lo que considero en estos discípulos de Cristo, lo considero tambien en todos los que son discípulos de Cristo, los cuales todos, regenerados por el espíritu santo, tornan como niños, y como tales entran en el reino de los cielos, adonde atendiendo á la imitacion de Cristo, de niños de Cristo se van haciendo hombres de entera edad en Cristo, y así por la fé cristiana vienen á ser niños de Cristo y como niños entran en el reino de los cielos, y por el vivir cristiano vienen á ser de perfecta edad en Cristo y se conservan en el reino de los cielos.

Añadiendo Cristo: «por tanto cualquiera que» etc., entiendo que responde á la pregunta de los discípulos, entendiendo que aquel será más grande en el reino de los cielos que será más conforme á un niño, siendo así humilde como es un niño, estimándose poder ser y valer por si tan poco cuanto es, puede y vale por sí un niño.

Y queriendo Cristo animar á sus niños porque no piensen que, reduciéndose á ser niños, quedan perdidos, añade: «y el que acogerá al tal» etc., como si dijese: y no penseis que los que se reducirán á ser como niños, quedarán sin abrigo, porque os hago saber que hallarán siempre quien los abrigue, porque será así que el que en mi nombre abrigará á uno de ellos, será lo mismo que si me abrigase á mí, pues yo le he tornado niño; y añade: «y al que escandalizará» etc, como si dijese: y no penseis que los, que serán mis niños, no tendrán quien mire por ellos, porque os hago saber que el, que ofenderá en la menor cosa del mundo al menor de ellos, será castigado de Dios de tal manera que le habria sido ménos mal, ser primero ahogado en medio del mar. De manera que los niños de Cristo pueden estar seguros que ni les faltará jamás abrigo sin que ellos lo vayan procurando, segun que tampoco lo procuran siendo niños del mundo, ni les faltará quien torne por ellos cuando los hombres los maltratarán, sin que ellos hagan resistencia, segun que tampoco lo hacian cuando eran niños del mundo.

«Muela asnal» llama Cristo á la que en el molino, está debajo ó á la que un asno trae al rededor en el molino.

Guai del mundo por los escándalos, porque es necesario que vengan escándalos, pero guai del hombre por el cual viene el escándalo. Pues si tu mano ó tu pié te escandaliza, córtalo y échalo de tí. Mejor te es á tí, entrar en la vida cojo ó manco que teniendo dos manos ó dos piés ser echado en el fuego eterno. Y si tu ojo te escandaliza, sácalo y échalo de tí. Mejor te es á tí, con un ojo entrar en la vida que teniendo dos ojos ser echado en el fuego del infierno. Advertid, no menospreciéis á uno de estos pequeños, porque os digo que sus ángeles en los cielos siempre ven la presencia de mi padre el que está en los cielos.

Entrado Cristo en la consideracion del terribleísimo inconveniente, en que caen los hombres escandalizando, siendo molestos y enojosos á sus niños, vino á decir: «guai del mundo por» etc., entendiendo que el castigo con que serán castigados los hombres que escandalizarán á sus niños, será terribleísimo y cruelísimo. Y diciendo: «porque es necesario que» etc., entiende lo mismo que entiende San Pablo, 1ª Cor. 11, adonde dice que

es necesario que haya sectas, heregías y divisiones, á fin que sea descubierta la bondad de los buenos. Y añadiendo: «pero guai del hombre» etc., entiende que la necesidad que hay de los escándalos no librára del castigo al escandalizador, porque el que escandaliza no tiene intento á suplir aquella necesidad sino á ejecutar la malicia y malignidad de su ánimo, como vemos en Faraon que escandalizó al pueblo hebreo, y vemos en Júdas que escandalizó á Cristo y á los suyos, y habemos visto en los que de mano en mano han escandalizado á los niños de Cristo y santos de Dios.

Á propósito del escándalo entiendo que puso aquí Cristo un consejo necesarísimo á toda persona cristiana que regenerada en Cristo, es entrada en posesion en el reino de los cielos, diciendo: «pues si tu mano ó tu pié» etc., adonde entiendo Cristo que al hombre que por la fé cristiana es entrado en posesion del reino de los cielos y por el vivir cristiano se conserva en la posesion, viviendo no como los que están en el reino del mundo, sino como los que están en el reino de Dios, pertenece quitar, apartar y desechar de sí todas las cosas que como quiera que sea le pueden impedir ó estorbar su vivir cristiano, imitando á Cristo, aunque le sean tan necesarias y aunque le sean tan caras como le son las manos, los piés y los ojos. Así entiendo estas palabras de Cristo, y quanto á las causas porque entiendo que no se pueden entender como suena la letra, me remito á lo que he dicho en el capítulo 5, adonde están casi estas mismas palabras.

Y tornando Cristo á hablar en favor de sus niños, dice: «advertid, no menosprecieis» etc., adonde entiendo que avisa, á los que son fuertes en la fé y son perfectos, que no menosprecien ni tengan en poco á los que aún son flacos en la fé y son niños, de manera que sea este aviso conforme á lo que trata San Pablo, Romanos 14. Y poniendo Cristo la causa porque sus niños no deben ser menospreciados, dice: «porque os digo que sus ángeles» etc., entiendo que los ángeles que Dios les tiene dados para que hagan con ellos lo que dice el salmo 90, son tan favoritos de Dios que siempre están en presencia de Dios, y, estando sus ángeles, están tambien ellos, y, estando tambien ellos, tiene Dios especial cuidado de ellos, y por tanto no deben ser menospreciados ni tenidos en poco.

Aquí se deben animar y esforzar los que aceptando la gracia del evangelio son niños de Cristo, conociéndose niños de Cristo, están aplicados á vivir cristianamente, imitando á Cristo, y así á ser hombres enteros y perfectos en Cristo, considerando que Dios tiene especialísimo y particularísimo cuidado de ellos, teniéndolos siempre en su presencia. Y aquí tambien deben aprender todos los hombres, tanto los espirituales quanto los animales ó carnales, y principalmente los espirituales, que es cosa segurísima no menospreciar ni tener en poco á ningun hombre, por flaco, por vil y por apocado que parezca en sus costumbres ó en su vivir, por no venir á tratarlo mal y así ofenderlo y escandalizarlo, considerando que aquel tal hombre puede ser que sea de los niños de Cristo.

Vino cierto el hijo del hombre á salvar lo perdido. ¿Qué os parece á vosotros? Si tendrá un hombre cien ovejas y se perderá una de ellas, veamos ¿no dejará las noventa y nueve en los montes y yendo buscará la perdida? Y si acontecerá que la halle, dígoos de verdad que holgará más con ella que con las noventa y nueve no perdidas. De la misma manera no es la voluntad de vuestro padre el que está en los cielos, que perezca uno de estos pequeños.

Prosiguiendo Cristo en mostrar en cuanto precia y estima á sus niños, por más de poco que sean, en estas palabras dice tres cosas. La primera, que el propio intento de su venida en el mundo fué «á salvar lo perdido,» quiere decir: á dar vida eterna á los que en Adam la habian perdido. Y aquí cuadra bien, decir que, así como, desobedeciendo Adam, todos morimos, así, obedeciendo Cristo, todos resucitamos, bien que la resurreccion no será gloriosa, sino para los que, creyendo que murieron en Adam y que resucitaron en Cristo, se aplicarán á vivir en la presente vida como muertos y como resucitados, imitando aquella vida que se ha de vivir en la vida eterna, el retrato de la cual, cuanto á la puridad, bondad, sinceridad, verdad, fidelidad etc., lo vemos en Cristo.

La segunda, que Cristo se goza sumamente con cada uno de los que trae á que, creyendo que murieron en Adam y que resucitan en Cristo, se aplican á vivir como muertos y resucitados. Este su gozo lo compara Cristo á él del pastor que, yendo á buscar la oveja que se le ha perdido, la halla, de manera que la comparacion del pastor cuadre en esto que, así como el pastor va con diligencia á buscar la oveja perdida y hallándola se goza sumamente con ella, así Cristo vino con diligencia á buscar á los que son sus ovejas, predestinados para la vida eterna, los cuales iban perdidos con los otros hombres del mundo, condenados á muerte eterna, y se holgó sumamente cuando los halló, habiendo muerto por ellos y resucitado para ellos, y se huelga de mano en mano con cada uno de los que aceptan por suya su muerte y su resurreccion.

La tercera, que la voluntad de Dios es que estos niños, que Cristo buscó y halló, y busca y halla, no perezcan de ninguna manera, entendiendo que estarian á peligro de perecer cuando fuesen menospreciados, escandalizados y maltratados de los hombres, mayormente de los que son principales en el vivir cristiano, con los cuales entiendo que principalmente habla aquí Cristo, amonestándoles que no desprecien ni escandalicen á sus niños, cuando serán flacos y enfermos en la fé. Y ya he dicho que aquí pertenece lo que San Pablo habla acerca del escándalo de los enfermos. Y cuanto al escándalo, me remito á lo que he dicho en una consideracion.

Y pues todo este razonamiento es en favor de los niños de Cristo, favorezcámonos con él, pero de tal manera que atendamos á creer en Cristo hasta venir á ser varones perfectos en Cristo, á los cuales pertenece estar sobre aviso, de manera que no escandalicen á los que somos niños de Cristo y no nos escandalizarán, si no nos despreciarán, considerando que la voluntad de Dios es que no perezca ni aún uno de nosotros y que Cristo sumamente huelga cuando hallándonos nos trae á que seamos sus niños, porque para este efecto vino al mundo. Y aquí entiendo que todos los hombres venimos en el mundo para vivir y que solo Cristo vino en el mundo para dar vida. Por lo que aquí dice: «se perderá,» «perdida» y «perdidas» el vocablo Griego significa perder el camino, andar descarriados.

Y si tu hermano pecará contra tí, vé y reprehéndelo entre tí y él solo; si te oirá, habrás ganado á tu hermano; y si no te oirá, toma aún contigo uno ó dos, á fin que en boca de dos ó tres consista toda palabra; y si no los oirá, dilo á la iglesia; y si no oirá á la iglesia, séate como el étnico y el publicano. Dígoos de verdad: todo lo que atareis sobre la tierra, será atado en el cielo: y todo lo que desatareis sobre la tierra, será desatado en el cielo. Otra vez os digo que, si dos de vosotros se conformarán sobre la tierra de toda cosa que demandarán,

les será concedido de parte de mi padre el que está en los cielos. Porque adonde están dos ó tres ayuntados en mi nombre, allí estoy en medio de ellos.

Porque á lo que ha dicho Cristo pudiera replicar uno de sus discípulos en nombre de todos los que son varones perfectos en Cristo, diciendo: y si uno de estos niños me ofendería á mí, escandalizándome á mí, como quiera que sea mediata ó inmediatamente, ¿tengo de disimular con él por no escandalizarlo, por no darle causa que se aparte de tí? viene Cristo á decir: «y si tu hermano pecará» etc., adonde da Cristo, á los que son perfectos en él, la regla como se han de gobernar con los que son niños en él, teniendo siempre intento á no escandalizar á ninguno de ellos por ninguna manera.

Y la regla es esta que, cuando el que es perfecto en Cristo verá que uno de los que somos niños en Cristo hace alguna cosa mal hecha contra quien quiera que sea, apartándose del deber cristiano ó del sentir cristiano, no lo vaya publicando, porque será irritarlo á hacer peor, pero que secretamente lo reprehenda con amor y caridad; y que, en caso que el tal no se corregirá, antes perseverará en aquel su mal vivir ó mal sentir, que lo torne á reprehender en presencia de una ó de dos personas cristianas, á fin que aquellas puedan dar testimonio de la segunda reprehension; y que, en caso que ni aún con esto se querrá corregir, que lo diga á la iglesia, á toda la congregacion de cristiamios, perfectos é imperfectos, que se hallarán en aquel lugar, á fin que toda la iglesia lo reprehenda; y que en caso que tampoco con esta comun reprehension no se enmendará, que no lo tenga, más por niño de Cristo sino por hombre del mundo, cuales son los étnicos y publicanos, y que no cure de escandalizarlo, de apartarlo de la compañía de los que son niños de Cristo.

Y porque el que, siendo incorregible, será apartado de nuestra compañía, sepa cierto que está apartado tambien de la union con Dios y incorporacion en Cristo, y porque tambien el que, siendo apartado y reconociéndose, querrá tornar á ella, á ser buen niño de Cristo y á procurar de ser varon perfecto en Cristo, sepa cierto que, siendo admitido á nuestra compañía, es tambien admitido á la union con Dios, añade Cristo: «dígoos de verdad, todo» etc., entendiendo que los que, siendo incorregibles, serán desechados de la iglesia cristiana, serán tambien desechados de la union con Dios y de la incorporacion en Cristo, y que los que reconociéndose y corrigiéndose serán admitidos á la iglesia cristiana, serán tambien admitidos á la union con Dios y á la incorporacion en Cristo.

En lo demás me remito á lo que he dicho sobre el cap. 16, adonde están estas mismas palabras, solamente que allí dice: «cielos» y aquí dice «cielo,» pero los hebreos no miran en estos números.

Y porque se pudiera dudar del número de las personas que bastan para hacer iglesia que pueda atar y desatar, entiendo que añade Cristo: «otra vez os digo que si dos» etc., entendiendo que dos de los que son varones perfectos en Cristo bastan para atar al incorregible y para desatar al corregible, de manera que su atar y desatar sea eficaz acerca de Dios, con tanto pero que haya conformidad entre ellos, que todos dos concurran en la misma sentencia. Y añadiendo: «porque adonde están dos» etc., confirma lo que ha dicho, mostrando que la sentencia de estos es eficaz por su presencia de él, porque, estando ayuntados en su nombre, está él en medio de ellos, en el cual y por el cual sus oraciones son aceptas al padre, y, siendo aceptas, son otorgadas del padre.

De esta manera entiendo que van estas palabras de Cristo dependiendo unas de otras, entiendo que habla Cristo con cada uno de los que en su iglesia son principales, porque veo que hablaba con sus discípulos, á los cuales, aunque entónces eran imperfectos instrua de lo que habian de hacer cuando fuesen perfectos, y que, diciendo «tu hermano,» entiende: el que como tú es miembro mio, y que, diciendo «pecará contra tí» entiende: te ofenderá, te escandalizará, ó haciendo lo que no debe ó sintiendo como no debe, y que, diciendo: «á fin que en boca de dos» etc., entiende: á fin que toda cosa pueda ser afirmada por testimonio de dos ó de tres personas, y entiendo que por iglesia entiende el número de los niños en Cristo y perfectos en Cristo incorporados en Cristo. Etnico es lo mismo que infiel, no cristiano.

Tambien entiendo que, diciendo: «de toda cosa que demandarán» etc., encarece Cristo la potestad de los que en conformidad, estando ayuntados en él, determinan una cosa, pues es general para todo lo que quieren demandar á Dios, los cuales nunca demandan sino lo que es conforme á la voluntad de Dios, porque, siendo tales, demandan con afecto de espíritu y no con afecto de carne.

Diciendo «dos de vosotros,» entiende lo que he dicho que conviene que los que han de hacer este efecto sean perfectos en Cristo, pues no dice dos de los niños, sino dos de vosotros, á los cuales enseño de qué manera conviene que os governeis con mis niños. Y si habrá alguno que dude aquí, diciendo haber visto muchas veces personas ayuntadas en Cristo demandar á Dios una cosa, como seria decir la inteligencia de un lugar de la santa escritura, y no serles concedida entónces, como consta por esto que otra vez lo han entendido de otra manera que entónces, y así por la segunda inteligencia vienen á conocer que la primera no era buena, lo remitiré á lo que he dicho en una respuesta, añadiendo esto que muchas veces deseamos estas inteligencias y las demandamos con afecto de carne, con ánimo curioso, y sonnos negadas cuando las demandamos, siéndonos concedidas cuando no las demandamos, porque ya entónces habemos perdido el afecto curioso.

Y si parecerá extraño á alguno que San Pablo en Antioquía, reprehendiendo públicamente á San Pedro, no siguiese esta doctrina de Cristo, haciéndole primero las amonestaciones secretas que aquí dice Cristo, considere estas tres cosas y no le parecerá extraño. La primera, que San Pedro no era niño en Cristo sino varon perfecto en Cristo, y por tanto no podia San Pablo pensar que su reprehension habia de dar escándalo á San Pedro. La segunda, que la cosa era de tanta importancia, tratándose de la libertad cristiana y verdad evangélica que no sufria tanta dilacion cuanta fuera menester para hacer las primeras amonestaciones. Y la tercera, que el espíritu-santo no se sojuzga á leyes ni á doctrinas ningunas más de cuanto sirven á la gloria de Dios, dispensando en ellas por la misma gloria de Dios, á la cual tiene intento el espíritu-santo en las personas que son regidas y gobernadas por él, como era San Pablo.

Entónces allegándosele Pedro dijo: Señor, ¿cuántas veces pecará contra mí mi hermano y lo perdonaré? hasta siete veces? Dícele Jesus: No te digo hasta siete veces, pero hasta setenta veces siete.

Habiendo entendido San Pedro que el hermano, que, siendo reprehendido una, dos y tres veces y no corrigiéndose, será echado de la iglesia, será, tenido como étnico y publicano, debe ser admitido á la iglesia en caso que se reconozca y se corrija, porque en esto consiste el desatar, y queriendo saber hasta cuántas veces debe ser admitido el que será echado, pregunta á Cristo, si bastará hasta siete veces. Y tengo por cierto que á San Pedro le pareció que decia mucho, y dijo mucho con efecto segun la caridad humana, pero dijo poco segun la caridad cristiana, como parece por la respuesta de Cristo, el cual, con una manera de hablar hebrea en la cual se entiende número infinito, dice que quiere que el hombre echado de la iglesia por incorregible sea tornado á admitir á ella todas cuantas veces él demandará perdon de lo pasado y prometerá vivir y sentir como cristiano.

Cuanto á las limitaciones con que son limitadas estas palabras, me remito á la verdad y digo que, aunque parece que, diciendo Cristo en lo pasado: «pecará contra tí» y diciendo aquí San Pedro: «pecará contra mí,» se entiende de lo que un hombre cristiano derechamente hace ofendiendo á otro, que el ofendido reprehenda al ofendedor y que lo perdone, no se entiende sino en general, como será decir que pecaba contra San Pablo aquel Corintio que tenia á la mujer de su padre, porque era escandaloso en la iglesia, apartándose del vivir cristiano. Que esto sea así, consta por esto que, si de las ofensas particulares se entendiera la pregunta de San Pedro, fuera excusado, pues ya él habia sabido de Cristo que el cristiano ha de ser liberalísimo en perdonar y, habiendo sabido esto, fuera cosa impertinentísima decir: «¿hasta siete veces?» Porque de allí se pudiera colegir que San Pedro, pasadas las siete veces, quería vengarse del que pecase contra él.

Por la respuesta de Cristo entendemos que no habemos de perder la esperanza de la correccion del hombre mientras tiene vida, considerando que es poderoso Dios para reducirlo á vivir cristianamente y á sentir cristianamente, por muy apartado que esté de lo uno, y muy enajenado que esté de lo otro. Los que piensan que esta reduccion depende del hombre, luego pierden la esperanza, y los que saben que depende de Dios, no la pierden jamás, porque no fundan su esperanza en el hombre sino en Dios, conociendo que es poderoso para hacer de piedras hijos á Abraham.

Por tanto es comparado el reino de los cielos á un hombre rey que quiso ponerse á cuenta con sus criados. Y como comenzase á hacer cuenta, fuele traído un deudor de mil talentos, y, no teniendo de qué pagar, mandó el Señor que fuese vendido él y su mujer y los hijos y todo lo que tenia, y que pagase. Y caido en tierra el criado lo adoraba, diciendo: Señor, sé paciente conmigo, y yo te lo pagaré todo. Y compadeciéndose el Señor de aquel criado, lo absolvió y le perdonó la deuda. Y saliendo aquel criado, halló á uno de sus compañeros, el cual le debia cien dineros, y asiéndolo lo ahogaba, diciendo: Págame lo que debes. Y caido en tierra el compañero le rogaba diciendo: Sé paciente conmigo y yo te lo pagaré todo. Y él no queria, ántes fué y echólo en la cárcel hasta que pagase la deuda. Y sabiendo sus compañeros lo que pasaba, se entristecieron mucho y viniendo manifestaron á su señor todo lo que pasaba. Entónces llamándolo su señor le dice: Mal criado, perdonéte toda aquella deuda, porque me rogaste. ¿No era justo que tú te compadecieses de tu compañero, así como yo me compadecí de tí? Y airado su señor lo entregó á los atormentadores hasta que le pagase todo lo que le debia. De la misma manera hará tambien á vosotros vuestro padre el celestial, si cada uno de vosotros no perdonará de corazon á su hermano sus pecados.

Por esta parábola ó comparacion parece que lo que dice arriba: «pecará contra tí» y «pecará contra mí» se ha de entender de los pecados y ofensas en particular, y por lo que habemos visto arriba, parece que no se ha de entender sino de los pecados y ofensas en general; y, no sabiendo yo salir de esta dificultad, me atengo á confesar mi ignorancia más presto que hacer lo que hacen algunos, torciendo esta parábola á que diga otro de lo que Cristo propio muestra que ha de decir, añadiendo á la fin: «de la misma manera hará tambien» etc., por las cuales palabras consta clarísimamente que el intento de Cristo en esta parábola es amonestarnos que perdonemos á nuestros hermanos las injurias, los males y los daños que nos harán, considerando que Dios nos perdona á nosotros nuestras iniquidades, nuestras rebeliones y nuestros pecados, y amenazarnos que, si no perdonaremos de verdad á nuestros hermanos, que tampoco nos perdonará Dios á nosotros, que nos revocará el perdón general que nos ha hecho, no queriendo que gozemos de él.

Este es verdaderamente el intento de la parábola, la cual entiende que, en cuanto amonesta, pertenece á los que, siendo imperfectos cristianos, olvidados del beneficio que han recibido en Cristo, no son con sus hermanos lo que es Dios con ellos, adonde tengo por cierto que es imposible que no perdone el que tiene vivo en su memoria que es perdonado, piensa en ello y considera cuanto le importa; y en cuanto amenaza, entiendo que pertenece á los que, siendo casi ajenos de Cristo, no están bien ciertos que son perdonados por Cristo. Y aquí entiendo que no perdonan jamás como se debe los que no se tienen por perdonados de Dios, de manera que es buen contraseño, con que el hombre se puede certificar que verdaderamente se tiene por perdonado de Dios, el sentirse que perdona á sus hermanos con todo el corazón sin que le quede en el ánimo rencor ninguno, porque es así que el que perdona da testimonio de sí que se tiene por perdonado, y que el que no perdona, da testimonio de sí, que no se tiene por perdonado, que no cree al evangelio de Cristo, que no es verdadero cristiano.

Cuanto al particular de la parábola, se ha de entender que, diciendo que el reino de los cielos es semejante ó es comparado á un hombre rey, no entiende que el reino es como el rey, sino que en el reino acontece lo que al rey, en cuanto, así como el hombre rey poniéndose á cuenta con sus criados, hace que se le humillen, conociendo que no le pueden pagar, y despues de humillados los perdona, así Dios, poniéndose á cuenta con los que él tiene escogidos por suyos, les da conocimiento de sí mismos, con el cual les hace que se humillen, conociendo que no se pueden justificar en su presencia, y humillados les muestra como los ha perdonado en Cristo, y en cuanto, así como el hombre rey para perdonar á su criado no miró á la insolencia que mostró, diciendo: «y yo te lo pagaré todo,» sino á la humildad que mostró, echándose en tierra, adorándole y diciéndole: «señor, sé paciente conmigo,» así Dios para admitirnos al beneficio de Cristo, á la gracia del evangelio, no mira á la insolencia y presuncion con que pensamos con el tiempo poder satisfacer á su justicia, sino á que nos humillamos conociendo que en aquel estado en que nos hallamos, no nos podemos valer sino con su misericordia, remitiéndonos como mejor podemos á ella.

Conoce Dios nuestra mala masa, y por tanto no es así riguroso con nosotros como somos nosotros unos con otros, y es así que los que de nosotros no conocen del sér del hombre lo que conoce Dios, son tan rigurosos contra los flacos y enfermos que no los perdonan, ni aún conforme á lo que ellos demandan ser perdonados, y Dios nos perdona á nosotros aún más

cumplidamente de lo que le demandamos que nos perdone, haciendo con nosotros lo que este hombre rey hizo con su criado, en cuanto el criado demandaba tiempo para pagar, conociendo que entónces no podía pagar, y él, conociendo que ni aún con el tiempo no le podía pagar, le perdonó toda la deuda, absolviéndolo de ella.

Acontece tambien en el reino de Dios lo que aconteció en el de aquel hombre rey, en cuanto, así como el criado perdonado, olvidado del beneficio recibido, no quiso perdonar á su compañero, así los que se olvidan que son perdonados de Dios no quieren perdonar á sus hermanos, y aquí aprenda todo cristiano á tener siempre viva en su ánimo la memoria del perdon que Dios en Cristo le ha hecho; y en cuanto, así como el hombre rey, ofendido de la ruindad del criado, le revocó el perdon que le había hecho, y quiso que le pagase toda la deuda entera, entregándolo para este efecto en las manos de los que atormentaban á los ruines, así Dios, ofendido de la ruindad de los que no querrán perdonar á sus hermanos, les revocará el perdon que les ha hecho en Cristo, pues, no perdonando ellos, mostrarán y darán testimonio de sí que no se tienen por perdonados, que no creen el perdon general en Cristo, y queriendo que le paguen toda la deuda entera los echará en el fuego del infierno, adonde irán á morar todos los que, no perdonando, darán testimonio de sí que no se tienen por perdonados. De esta manera entiendo toda esta parábola.

Y porque, hablando del hombre rey, adonde dice «compañero» y «compañeros,» el vocablo griego significa criado y criados del mismo señor, y, hablando de Dios, dice «hermanos,» parece que este perdonar se podría restringir á los que pertenecen á Cristo, á la iglesia cristiana, y en tal caso en alguna manera se podría aplicar esta parábola á la interpretacion de las palabras precedentes en general, pero hay dos cosas contrarias, la una, que no dice la parábola que los cien dineros, porque el un criado echó en la cárcel al otro criado, eran del señor, y la otra, que hace Cristo mucho caso del perdonar de corazon, con todo el ánimo, lo cual no puede pertenecer sino á las ofensas particulares, y por tanto torno de nuevo á confesar mi ignorancia.

Capítulo XIX

Y aconteció que, como acabó Jesus estas palabras, pasó de Galiléa y vino á los confines de Judéa allende el Jordan, y siguiéronlo muchas gentes, y sanólas allí. Y llegósele los Fariséos, tentándolo y diciéndole: ¿Si es lícito al marido dejar á su mujer por cualquiera causa? Y él respondiéndole, díjoles: ¿No habeis leído que el que hizo de principio, los hizo macho y hembra, y dijo: ¿por esto dejará el hombre al padre y á la madre y se allegará á su mujer y serán los dos una carne? De manera que ya no son dos sino una carne. Pues lo que Dios ayuntó, no lo aparte el hombre. Dícenle: Pues ¿por qué causa Moisen mandó dar carta de quitacion y dejarla? Díceles: Porque Moisen por vuestra dureza de corazon os permitió dejar vuestras mujeres, pero de principio no era así, y dígoos que el que dejará á su mujer sino por adulterio y se casará con otra, comete adulterio, y el que se casará con la dejada, comete adulterio.

Vienen los Fariséos, como santos del mundo envidiosos de la santidad de Cristo, á tentar á Cristo acerca del matrimonio, adonde pienso que la tentacion consistia en esto que, siendo

tenida aquella ley del divorcio por muy larga, los Fariséos tuvieron por cierto que Cristo hablaría contra ella y que, hablando contra ella, tendrían ellos con que poderlo calumniar y llevar á la muerte, de manera que, diciendo: «tentándolo,» entienda: provocándolo á hablar contra la ley. Adonde entiendo que, conociendo Cristo sus malos ánimos, no les responde á lo que le preguntan de lo que era lícito entonces por la ley de Moisen, sino á lo que era lícito por la ley natural.

Y aquí veo una grandísima diferencia entre la ley y el evangelio, en cuanto la ley, condescendiendo á la enfermedad de los hombres, les permitía lo que no les era permitido por el deber natural, dispensando con ellos en el matrimonio y en otras muchas cosas, y el evangelio, reparando la enfermedad de los hombres en la regeneracion y renovacion cristiana, hace que cumplan con el deber natural de la generacion humana y hace que, pasando más adelante, cumplan con el deber espiritual de la regeneracion cristiana, no poniéndoles en cuenta lo que faltan á la una y á la otra, miéntras son imperfectos, ántes, mostrándoles que no les pone en cuenta lo que faltan, los reduce á tal perfeccion que vienen á no faltar en nada por el sentimiento con que sienten que no les es puesto en cuenta lo que faltan.

Esta verdad no la creerán de ninguna manera los que, siendo carnales, viven segun la carne, conociendo, ellos que, si creyesen que sus bellaquerías no les son puestas en cuenta, serian muy más viciosos y licenciosos de lo que son, pero creeránla los que, siendo espirituales, viven segun el espíritu, porque tienen la experiencia de ella.

Aquí se me ofrece esto que la ley hacia á los hombres flacos, enfermos y de á poco, y el evangelio los hace fuertes, valientes y esforzados, y entiendo que en los que pertenecian á la ley era necesaria la flaqueza, la enfermedad y la poquedad, porque no tomasen osadía de apartarse de las ceremonias de ella, y que en los que pertenecen al evangelio es necesaria la fortaleza, la valentía y el esfuerzo, porque, como ha dicho Cristo en el cap. 11, los esforzados son los que toman el reino de Dios.

Diciendo Cristo «¿no habeis leído» etc., entiendo que pretende decirles que, pues es así que, criando Dios á los primeros hombres, los hizo macho y hembra, diciendo por boca de Adam que su voluntad era que el hombre de tal manera se ayuntase á la mujer que tomase en su compañía, que por ella se apartase de todas las otras cosas del mundo, hasta del padre y de la madre, persuadiéndose que, aunque ántes de ayuntarse eran dos cuerpos, ya despues de ayuntados son un solo cuerpo, y como tal debe el hombre perseverar en compañía de la mujer y la mujer en compañía del hombre sin pensar en apartarse ni él de ella ni ella de él, que es grande atrevimiento el de los hombres cuando por propia autoridad apartan una cosa que ha Dios ayuntado así estrechamente.

Y porque de esta respuesta de Cristo no se podia colegir que condenase lo que la ley mandaba, queriendo los Fariséos salir con su intento, le repreguntan, diciendo: «pues ¿por qué causa Moisen» etc. A lo cual Cristo responde que Moisen no tuvo intento al deber de la generacion humana, sino á la dureza, ó por mejor decir á la flaqueza de los judíos que no les bastaba el ánimo á permanecer con la mujer que tomaban, de manera que por la ley de Moisen era lícito á los hombres lo que no les era lícito por la ley natural, por el deber de la generacion humana.

Lo que añade Cristo, diciendo: «y dígoos que el que dejará á su mujer» etc., entiendo que pertenece al tiempo del evangelio, en el cual parece que la voluntad de Dios es que el cristiano en el matrimonio siga el deber de la generacion humana, el cual en el matrimonio es casi conforme con el deber de la regeneracion cristiana, y no la permission de la ley de Moisen que se apartaba del un deber y no se allegaba al otro. Y he dicho «casi,» porque el deber de la regeneracion cristiana, fuera del deber de la generacion humana, quiere que por el evangelio deje el hombre á la mujer, no que la repudie, sino que le pierda el aficion que le tiene como á mujer y que la deje del todo cuando le será impedimento, hora sea en el predicar la fé cristiana, hora sea en el enseñar el vivir cristiano, hora sea en el vivir cristianamente, imitando á Cristo. Lo mismo es de la mujer con el marido que del marido con la mujer.

Cuanto á lo que he dicho sobre San Pablo, 1ª Corintios 7, y cuanto al divorcio, al dejar ó no dejar la mujer, al matrimonio cristiano, al intento que el cristiano ha de tener casándose y como se ha de gobernar en el matrimonio, y al casarse ó no casarse la dejada ó repudiada, me remito á lo que se usa.

Adonde dice dejar y dejada, se ha de entender repudiar y repudiada. Y diciendo «el que hizo de principio,» pienso que entiende: el que dió principio á todas las cosas, el que las crió, dándoles el sér que tienen. Y adonde dice: «por esto,» entiendo: por este ayuntamiento ó matrimonio. Y diciendo «dejará,» entiende: apartará de sí, desampará. Adonde dice: «ayuntó,» el vocablo griego significa unció, puso debajo de un mismo yugo. Adonde dice: «por adulterio,» es diferente vocablo en el griego del que está adonde dice: «comete adulterio,» pero en todas dos partes cuadra bien el vocablo de adulterio.

Dícenle sus discípulos: Si de esta manera está la causa del hombre con la mujer, no conviene casar. Y él les dijo: No todos son capaces de esta cosa sino aquellos á los cuales es concedido, porque hay eunucos los cuales del vientre de la madre son nacidos así, y hay eunucos á los cuales los hombres han hecho eunucos, y hay eunucos los cuales se han hecho eunucos por el reino de los cielos. El que puede tomar tome.

Pareciendo dura á los discípulos la ley del matrimonio que decia Cristo conforme al deber de la generacion humana, porque tenian la costumbre en contrario por la permission de la ley de Moisen, dicen á Cristo: «si de esta manera está» etc., entendiendo que, si el hombre ha de estar atado á la mujer que toma, conforme al deber de la generacion humana que Cristo ha dicho, no le está bien, tomar mujer, casarse. Y respondiéndoles Cristo: «no todos son capaces» etc., confirma lo que los discípulos han dicho que no le está bien al hombre casarse, por las causas que pone San Pablo 1ª Cor. 7, y, añadiendo «sino aquellos» etc., entiende que son capaces para vivir sin mujer aquellos que tienen don de Dios para ello, siendo todos los otros incapaces, en cuanto no puede caber en ellos el vivir castamente.

Y porque pudiera serle replicado que hay algunos que viven sin mujer, no teniendo aquel don de Dios que él entendia, añade: «porque hay eunucos» etc., poniendo tres suertes de hombres que pueden vivir sin mujer. Los primeros son los que son de natura frios, naciendo tales del vientre de la madre; estos pueden vivir sin mujer por defecto natural. Los

segundos son los que los hombres hacen eunucos; esto se hacia antiguamente por grandeza de los que se servian de los tales hombres, los cuales viven sin mujer por fantasia de hombres. Los terceros son los que, teniendo don de Dios para poder vivir sin mujer, y conociendo que les está mejor, en cuanto están más libres y más desocupados para gozar del reino de Dios y servir en él á Cristo, no se casan.

Añadiendo Cristo: «el que puede tomar» etc., muestra dos cosas, la una, que es buena cosa estar sin mujer, y la otra, que es cosa difícil, pues es así que, de todo el número de los hombres que no son comprendidos ni entre los primeros ni entre los segundos que aquí nombra Cristo, solamente está bien, vivir sin mujer, fuera del matrimonio, á los que conocen que tienen don de Dios para ello, conociéndose capaces de este vivir castamente. El cual vivir en tanto es bueno, en cuanto el hombre goza de las comodidades y se libra de las incomodidades que leemos 1ª Cor. 7, y á lo que allí he dicho me remito, aquí añadiendo esto: que parece cosa digna de consideracion que solamente en esta cosa del matrimonio habla Cristo así retenido, no persuadiéndolo ni disuadiéndolo.

Adonde dice «tomar tome», en el griego está el mismo vocablo que adonde dice «capaces». Y adonde dice: «cosa», puede decir: palabra. Eunucos en griego significa guardadores de cama, porque para este efecto los hacian eunucos los hombres ricos, los grandes señores.

Entónces le fueron traídos niños para que les pusiese las manos encima y orase. Y los discípulos les reñian. Y Jesus dijo: Dejad á los niños y no les vedeis el venir á mí, porque de los tales es el reino de los cielos. Y habiéndoles puesto las manos encima, se partió de allí.

Por lo que esta dicho en el capítulo precedente acerca de los niños, se entiende qué es lo que Cristo pretendió, diciendo: «de los tales es el reino de los cielos», adonde entiendo que, considerando Cristo que por la regeneracion y renovacion cristiana los cristianos tornamos á ser niños de la manera que habemos visto, se deleitaba y se holgaba con aquella edad, de manera que, diciendo: «de los tales», entienda: de los que son niños como estos, no en generacion sino en regeneracion.

El intento, que tenían los que traian á Cristo estos niños, era el mismo que tienen los que llevan sus niños á que uno, que conocen por buen cristiano, los santigüe y los bendiga, diciendo: Dios te haga bienaventurado, ó una tal cosa; y es así que, en lugar de nuestro santiguar, los hebreos usaban poner las manos sobre la cabeza, por ventura imitando al patriarca Jacob cuando bendijo á sus hijos.

Diciendo: «y orase», entiende: y rogase á Dios por ellos. El intento, con que los discípulos reprehendian ó reñian á los que traian á los niños, era porque pensaban que Cristo recibia pesadumbre y fastidio; y el intento, con que Cristo dice: «dejad á los niños» etc., es el que habemos dicho y mostrar que el cristiano, que toma posesion en el reino de los cielos, se ha de conocer niño y ha de atender á ir creciendo en Cristo hasta venir á ser de edad perfecta en él.

Aquí se puede decir que vedan el venir á Cristo á los que son niños de Cristo los que, pretendiendo predicar á Cristo y al evangelio, predicán á Moisés y á la ley. También vedan el venir á Cristo á los niños los que no les quieren dar el agua del bautismo.

Y hé aquí que llegándose uno le dijo: Maestro bueno ¿qué bien haré para alcanzar vida eterna? Y él le dijo: ¿Por qué me llamas bueno? Ninguno hay bueno sino uno, Dios. Pero, si quieres entrar en la vida, guarda los mandamientos. Dícele: ¿Cuáles? Y Jesús le dijo: No matarás, no adulterarás, no hurtarás, no atestiguarás lo falso, honra al padre y á la madre, y ama á tu prójimo como á tí mismo. Dícele el mancebo: Todo esto he guardado desde mi mocedad. ¿Qué me falta? Dícele Jesús: Si quieres ser perfecto, ve, vende tu hacienda y dála á pobres, y tendrás tesoro en el cielo, y ven sígueme. Y oyendo el mancebo la cosa, fué entristecido, porque tenía muchas posesiones. Y Jesús dijo á sus discípulos: Dígoos de verdad que el rico con dificultad entrará en el reino de los cielos. Y otra vez os digo: más fácil cosa es pasar un camello por el ojo de una aguja que un rico entrar en el reino de Dios. Y oyendo esto sus discípulos se espantaron mucho, diciendo: Pues ¿quién se podrá salvar? Y mirando Jesús les dijo: Esto es imposible acerca de los hombres, pero acerca de Dios todo es posible.

Tanto con mayor atención debe el cristiano mirar que en la inteligencia de estas palabras entre Cristo y el mancebo no se deje engañar, cuanto que, porque hablaba Cristo con un hebreo, parece que de ellas se puede colegir que por las obras exteriores el hombre puede alcanzar vida eterna, cosa contrarísima á la verdad evangélica; y por tanto conviene advertir que Cristo habla con un hebreo mancebo, el cual atendía á justificarse y á buscar vida eterna, pero por sus obras y no por Cristo, como lo muestra preguntando: «¿Qué bien haré,» y el cual tenía buena opinión de sí, persuadiéndose haber cumplido la ley, como lo muestra diciendo: «todo esto he guardado desde mi mocedad,» y el cual estaba enamorado de sus riquezas más que de la vida eterna, como lo muestra partiéndose de Cristo, entristecido porque le tocó adonde le dolía.

Llevando pues nosotros en la inteligencia de estas palabras, este concepto que Cristo tuvo del mancebo, luego que comenzó á hablar con él, las iremos considerando de esta manera. Diciendo el mancebo á Cristo: «maestro bueno ¿qué bien haré?» etc., mostró tres cosas. La una, que tenía á Cristo por bueno, no conociéndolo por más que hombre, y por el consiguiente se tenía á sí por bueno, pues se persuadía haber cumplido lo que mandaba la ley. La segunda, que su intento era alcanzar vida eterna, por el cual intento pienso que Cristo se contentó de él, como muestra San Marco. Y la tercera que pensaba alcanzar vida eterna obrando, en la cual cosa mostró que no se conocía á sí ni conocía á Dios, porque, si se conociera á sí y conociera á Dios, fuera imposible que tuviera tal pensamiento, como lo he dicho en una consideración.

Respondiendo Cristo al mancebo: «¿porqué me llamas bueno?» etc., le comenzó á dar conocimiento de sí mismo para que perdiese la buena opinión que tenía de su propia bondad, considerando: este es mejor que yo, y no quiere ser llamado bueno, luego tampoco soy yo bueno, pues es así que á solo Dios pertenece el ser bueno. De manera que no entendamos que Cristo reprehendió al mancebo porque lo llamó bueno, sino porque, no conociéndolo por más que hombre, lo llamó bueno, teniéndose él también por bueno, y que entendamos que de la misma manera, que es Dios bueno, es Cristo bueno, siendo en el hijo

lo que es en el padre, porque es de la misma sustancia que el padre. Y aquí diré esto: que es así natural á Dios el ser bueno como es natural al hombre el ser malo por la generacion humana, siendo natural el ser buenos á los que dejan de ser hombres, muriendo y resucitando con Cristo por la fé y el bautismo, en lo cual consiste la regeneracion cristiana.

Diciendo Cristo: «pero si quieres entrar» etc., le responde conforme al tiempo en que habló, en el cual la ley estaba en toda su gloria y majestad, y el evangélio no era aún comenzado á ser predicado á la descubierta, porque aún Cristo no habia sido castigado por nuestros pecados; y respóndele conforme á su pregunta. El preguntó: ¿qué haré? y Cristo le responde: haz esto. Replicando el mancebo: ¿cuáles?, parece que tenia en poco el guardar los mandamientos del decálogo y que deseaba saber si habia otros mandamientos que guardar, y tornando á replicar despues de haber oido los mandamientos de la ley: ¿todo esto he guardado» etc., mostró su temeridad, afirmando haber cumplido con la ley.

La cual temeridad se me representa tanto mayor, cuanto que me acuerdo de aquello que dice David: «delicta quis intelliget?» Y así entiendo que los que son santos del mundo, persuadiéndose por su vivir moral que cumplen la voluntad de Dios, afirman lo que temerariamente afirmó el mancebo, diciendo: «todo esto he guardado,» y que los que son santos de Dios, conociéndose á si mismos y conociendo á Dios, no se persuaden jamás que cumplen con la voluntad de Dios, ántes dicen siempre con David: «delicta quis intelliget?» Y cuanto ellos más están en este conocimiento, tanto se tienen por más justos no en sí sino en Cristo.

Y vese más particularmente la temeridad de este mancebo en que afirma haber cumplido con el amor del prójimo amándolo como á sí mismo, lo cual era falsísimo, pues tenia muchas posesiones y se entristeció cuando le fué dicho que las vendiese y las diese á los pobres que eran sus prójimos, y, si los amara como á si mismo, ó no tuviera tantas posesiones ú holgara de venderlas cuando Cristo se lo dijo.

Añadiendo: «¿qué me falta?» mostró, aún no estar bien seguro en su conciencia, aunque se persuadia haber cumplido con la ley. Y aquí se ha de considerar que, por mucho que el hombre se persuade de su propia justicia, de sí mismo, siempre está mal contento, pareciéndole que le falta algo, porque es así que sola la fé, con que abrazamos la justicia de Cristo, nos aquieta las conciencias, afirmándonos que no nos falta nada.

Aunque digo esto, no tendria por inconveniente decir que este mancebo no vino á Cristo para saber de él lo que le preguntaba, sino para que Cristo lo tuviese por santo y por tal lo pronunciase, y así pienso que, diciendo; «¿qué me falta?» pensó que Cristo le habia de responder: no te falta nada, tuya es la vida eterna y puedesla demandar á Dios por justicia y quejarte de él si no te la da, pues has hecho todo lo que debes; ántes creo que no fué otro que este el intento del mancebo, y créolo porque conozco la natura del hombre que es lleno de vanidad y de presuncion, y conozco que esta vanidad y esta presuncion es más natural á los que son santos del mundo como era este mancebo.

Al cual muy á propósito respondió Cristo: «si quieres ser perfecto, vé» etc.; conociólo arrogante, en cuanto era santo del mundo, y conociólo avaro, en cuanto amaba sus riquezas, y, porque vió que ya él se tenia por santo, le convida con la perfeccion en la santidad, como

si dijera Cristo: pues es así como dices que has guardado los mandamientos, si quieres guardarlos perfectamente, vende tu hacienda y dala á pobres, y de esta manera tendrás tus tesoros en el cielo, habiéndolos dejado por alcanzar vida eterna, y teniéndolos en el cielo tendrás tambien tu ánimo en el cielo, y habiendo hecho esto, ven y sígueme, porque de otra manera no podrás ser perfecto. Esto propio creo que Cristo pretendió decir al mancebo.

Y de ello se puede colegir que no basta que el hombre guarde los mandamientos, cuando bien le fuese posible guardarlos, ni basta que venda todo cuanto tiene y lo dé á pobres, sino sigue á Cristo, imitando su mansedumbre, su humildad de ánimo, su sufrimiento, su paciencia, su obediencia y su caridad. Tambien se puede colegir de estas palabras que los ricos que de tal manera están aficionados á sus riquezas que se entristecerian y dejarian de seguir á Cristo por no dejarlas á ellas, son amonestados aquí que, por no venir en este terribilísimo inconveniente, vendan sus haciendas, se libren y se despojen de ellas.

Partiéndose el mancebo entristecido y malcontento de Cristo y siendo la causa de su mal contentamiento el tener muchas posesiones ó heredades, (como habemos dicho), mostró que no decia verdad, diciendo que desde su mocedad habia amado al prójimo, y mostró que combatian en él dos afectos, el amor de la vida eterna con el amor de las riquezas, del cual combate procedia la tristeza, porque se amaba á sí mismo, y mostró que, si bien el amor de la vida eterna era grande, que el amor de las riquezas era mayor, pues no se quiso privar de ellas por amor de ella. De donde tomó Cristo ocasion de decir á sus discípulos: «Dígoos de verdad que el rico» etc., adonde entiendo por «reino de los cielos» el regimiento y el gobierno del espíritu santo que es comunicado á los que aceptan el Evangelio.

Vengo á entender siete causas de donde resulta la dificultad que el rico tiene para entrar en este reino de los cielos.

La primera es que, siendo anexas á las riquezas la honra y la estimacion del mundo, y siendo anexas al gobierno del espíritu santo la ignominia y el vituperio del mundo, con grandísima dificultad se reducirá un rico, que por sus riquezas es honrado y estimado en el mundo, á ser por Cristo injuriado y vituperado en el mundo.

La segunda es que, siendo el fruto de las riquezas el bienestar exterior, satisfaciéndose con ellas el hombre en todos sus afectos y en todos sus apetitos, de los cuales tanto más es solicitado, cuanto tiene mayor aparejo para cumplirlos, y siendo el fruto del gobierno del espíritu santo el privarse el hombre de sus satisfacciones y de sus comodidades, mortificando sus afectos y sus apetitos, viene á ser que halla el hombre tanto mayor dificultad en reducirse á la mortificacion con que se vive en el reino de los cielos, cuanto tiene más parte de las riquezas de este mundo.

La tercera es que, siendo propio de las riquezas el sustentar al hombre la vida corporal y la sanidad en la presente vida, y siendo propio del reino de los cielos el esperar el hombre su sustentacion de solo Dios, viene á ser que es casi imposible que el hombre rico pueda esperar de solo Dios su sustentacion corporal, reduciéndose á un tal estado que, como pobre, dependiendo de solo Dios, diga estas ú otras semejantes palabras: Dios por Cristo me tiene prometido que, buscando yo el reino de Dios y su justicia, me proveerá de estas cosas exteriores; yo voy buscando lo uno y lo otro, luego no me faltará á mí, cuando bien

faltase á todos los otros. Porque el decir esto y sentirlo parece que es propio de los pobres, siendo así que los ricos nunca piensan que les pueda faltar el vivir, acordándose que tienen dineros con que comprarlo, y por tanto, si bien dicen: «panem nostrum quotidianum da nobis hodie», dícenlo por costumbre y dícenlo enseñados y no porque ellos esperen de Dios aquel mantenimiento, desconfiando de poderlo haber por otra vía.

La cuarta es que, siéndome necesario á mí para entrar en el reino de los cielos despojarme de todo el afición que tengo á las cosas del reino del mundo, y siendo las riquezas las que más nos tiran y nos aficionan por las comodidades de que gozamos con ellas, viene á ser que, cuanto yo tengo más de riquezas, tanto es mayor la dificultad que hallo en perderles el afición para entrar desaficionado como conviene en el reino de los cielos.

La quinta es que, cuanto uno tiene más cosas que le agradan y le contentan en el reino del mundo, tanto le es más dificultosa cosa el desenamorarse de ellas para entrar en el reino de Dios, pues siendo así que cuanto uno es más rico, tanto tiene más cosas que lo tienen como preso en el reino del mundo, es también así que tanto es mayor la dificultad que tiene para entrar en el reino de Dios, en el cual se ha de entrar perdiendo el amor de todas las cosas que son del reino del mundo.

La sexta cosa es que, siendo anexa á las riquezas la solicitud y siendo anexo al vivir en el reino de Dios el descuido de todas las cosas que no son pertinentes á él, viene á ser que cuanto uno es más rico, tiene más cuidados, y cuanto tiene más cuidados, tiene más dificultad de entrar y de estar en el reino de Dios.

Y la séptima es, que persuadido el rico por la falsa religion que el hombre se justifica con sus limosnas y obras pías; viendo que puede hacer muchas, no se delibera en haber de Dios lo que se persuade poder haber por sí, y así no entra en el reino de Dios.

Adonde si me preguntara un rico diciendo: pues es así dificultosa cosa entrar en el reino de Dios con las riquezas, ¿parécete que yo deje todas las mias? le responderé que no las deje hasta tanto que, ensayándose en el vivir cristiano y conociendo en sí que no puede seguir á Cristo, que no puede estar en el reino de Dios con las riquezas, comenzará á desear ser libre de ellas por la dificultad que hallará en tenerlas y estar con ellas en el reino; y entónces le diré que se despoje de todas, pero diréle que ruegue á Dios que con algun expediente se las quite, y que esté con el ánimo atento á no hacer resistencia á los hombres que se las querrán quitar en parte ó en todo por cualquiera manera que sea, certificándose que no son los hombres los que se las quitan, pero que es Dios el que se las quita por medio de aquellos hombres, y haciéndolo así, ganará esto que teniendo las riquezas las tendrá sin estar aficionado á ellas, ántes tendrá por cruz pesada el tenerlas, y perdiéndolas estará cierto que no las ha dejado por su propia fantasía, sino por la voluntad de Dios, y así estará contentísimo, como están las personas cristianas en todo lo que conocen que están por voluntad de Dios, estando descontentísimas en todo lo que conocen que están por propia voluntad.

Y diréle más que, si aquí reclamará la prudencia humana pretendiendo piedad, diciendo que es mejor que el hombre se despoje que no que se deje despojar, que dé toda su hacienda

á buenos hombres que no que se la deje tomar y usurpar de malos hombres, que la deje á ella decir y vocear y que él siga esto, lo cual es tanto mejor cuanto es más contrario á lo que la prudencia humana aprueba y á la natural inclinacion del hombre, el cual se complace en las cosas que hace por su voluntad y se duele y se resiente en las que hace constreñido contra su voluntad.

Y tornando á las palabras de Cristo, entiendo que, queriendo dificultar más lo que habia dicho, añadió: «y otra vez os digo: más fácil» etc., y es así con efecto, por las causas que arriba hemos visto, cuando el hombre por sí solo, no siendo ayudado del espíritu de Cristo, presume entrar y estar en el reino de Dios, en el vivir cristiano, y no es así, cuando el hombre, aceptando la gracia del evangelio y con ella recibiendo el espíritu cristiano, su poco á poco se va aplicando al vivir cristiano, viviendo como conviene vivir en el reino de Dios, porque es así que en el tal el espíritu de Dios hace posible lo que naturalmente es imposible. Y por tanto respondiendo Cristo al espanto de los discípulos dijo: «esto es imposible acerca» etc., y siendo todo posible á Dios, es todo posible á los que tienen al espíritu de Dios, como lo tenia San Pablo cuando decia: «omnia possum in eo qui me confortat.» y Cristo dice: «omnia possibilia sunt credenti.»

En la interpretacion de estas palabras me parece quedar satisfecho, y si parecerá extraño á alguno que convidase Cristo con su compañía á, este, sabiendo que no la habia de aceptar, habiendo desechado la compañía de otros que lo querian seguir, sepa que no tuvo Cristo intento á que este lo siguiese, sino á bajarle su arrogancia, dándole conocimiento de sí mismo. Y si parecerá duro á otro que ponga Cristo tanta dificultad en el entrar el rico en el reino de los cielos, habiendo de resolverla diciendo que lo que es imposible á los hombres, es posible á Dios, pues parece que se puede poner la misma dificultad en todas las otras cosas á que los hombres como hombres nos aficionamos, sepa que, porque las riquezas son las que nos tienen más tiranizados y las que nos tienen vivos en las otras aficiones de la vida presente, queriendo Cristo que los, que aceptamos su evangelio, perdamos toda el aficion que tenemos á todas las cosas de la vida presente, porque demos lugar al aficion que debemos tener á las cosas de la vida eterna, pone toda esta dificultad en el entrar el rico en el reino de los cielos. Y rico es el que está aficionado á lo que tiene, poco ó mucho, y por el contrario es pobre el que ha perdido toda el aficion á todo lo que tiene.

Cuanto á la letra, diciendo: «sino uno, Dios,» entiende: sino uno y este es Dios. En aquello: «no matarás, no hurtarás» etc., se ha de entender que refiere Cristo las propias palabras de la ley. Por lo que aquí dice, «¿qué más me falta?» en el griego á la letra dice: ¿qué más despues? pero significa: ¿qué más me falta? Y por lo que dice: «tu hacienda,» el griego dice: lo que tienes y entiende: tu hacienda, tu ropa. Adonde dice «cosa,» el griego dice: palabra, pero segun el hablar de la lengua hebréa entiende: cosa. Por camello, entienden algunos maroma de nao, y no importa, solamente que se entienda que Cristo pretendió mostrar la imposibilidad.

Aquello «y mirando Jesus» se puede entender que Cristo miró á sus discípulos para que estuviesen más atentos á lo que les queria decir y así fuesen más capaces de ello, importándoles mucho saber que Dios lo puede todo, á fin que ellos estuviesen con sus ánimos reposados, considerando que, así como Dios lo puede todo, así ellos como hijos de Dios lo podian todo. Y no hay duda sino que, si esta verdad estuviese bien impresa en los

ánimos de los que sintiendo la incorporación en Cristo sabemos cierto que somos hijos de Dios, teniendo por cierto que todas las cosas nos son posibles, no dudariamos de ninguna y mucho ménos, que de todas las otras juntas, de nuestra reconciliación con Dios y por tanto de nuestra resurrección á inmortalidad y vida eterna.

Los que están inciertos de esto, dan testimonio de sí que no creen que Dios lo puede todo, y si dicen que lo creen y no están ciertos de esto, muestran que no creen que Cristo lo puede todo ó que no se tienen por incorporados en Cristo y su poco á poco vienen á confesar que no tienen del espíritu de Cristo, y que con efecto no son cristianos. Pues es así que los que son cristianos tienen del espíritu de Cristo, están incorporados en Cristo, son poderosos en Cristo, así como Cristo es poderoso en Dios y así están ciertos que en Cristo pueden todas las cosas y que principalmente pueden vencerse á sí mismos, al mundo, al demonio, al infierno y á la muerte y así alcanzar inmortalidad y vida eterna con el mismo Cristo.

Entónces; respondiendo Pedro, le dijo: He aquí nosotros lo habemos dejado todo y te habemos seguido. ¿Qué será pues de nosotros? Y Jesus les dijo: Dígoos de verdad que vosotros los que me habeis seguido en la regeneración, cuando se asentará el hijo del hombre en la silla de su gloria, os sentaréis también vosotros sobre doce sillas, juzgando á las doce tribus de Israel. Y todo aquel que habrá dejado casas ó hermanos ó hermanas ó padre ó madre ó mujer ó hijos ó heredades por mi nombre, recibirá cien tanto y heredará la vida eterna. Y muchos primeros serán postreros, y postreros primeros.

Considerando San Pedro que el mancebo oyendo decir á Cristo: déjalo todo y sígueme, no habia querido hacer lo uno ni lo otro, comenzó á considerar como él y sus compañeros habian hecho lo uno y lo otro y comenzó estimarlo en más que ántes, y por tanto preguntó á Cristo, diciendo: «hé aquí nosotros lo habemos dejado todo» etc., entendiendo: nosotros habemos hecho lo que dijistes al mancebo que hiciese, pues ¿qué sera de nosotros? De la cual pregunta colijo que los discípulos seguian á Cristo simplemente sin haberse movido con deseo á seguirlo, siendo solamente movidos por el llamamiento exterior de Cristo y por la inspiración interior de Dios.

Y tengo por cierto que lo que aconteció á los discípulos de Cristo, siguiendo á Cristo, acontece á todos los que siguen á Cristo con la misma vocación é inspiración; quiero decir que, así como los discípulos sin propio deseo seguian á Cristo, así ellos todos sin propio deseo siguen á Cristo. También tengo por cierto que acontece y acontecerá á todos los que siguen á Cristo sin deseo como estos discípulos lo que ha acontecido y acontecerá á estos discípulos, quiero decir que, así como estos discípulos siguiendo á Cristo han alcanzado y alcanzarán mucho más sin ninguna comparación de lo que ellos diseñando se pudieran imaginar, así también los que como ellos seguirán á Cristo alcanzarán en la vida presente y en la futura mucho más de lo que ellos diseñando se podrian imaginar.

Y aquí entiendo dos cosas. La una, que los que se hallaran en el camino de Cristo, siguiendo á Cristo, y conocerán que no son entrados con deseo ninguno sino simplemente por la vocación exterior del evangelio que nos llama á todos á Cristo y por la inspiración interior, se podrán certificar que son verdaderamente discípulos de Cristo. Y la otra, que los que siguiendo á Cristo hallan en el camino cosas que nunca pensaron hallar, se pueden

certificar que hallarán en la vida eterna más felicidad de la que ellos en la vida presente se pueden imaginar.

De manera que es buena señal que los discípulos, habiendo dejado lo que tenían y siguiendo á Cristo, no supiesen qué había de ser de ellos, bien que el quererlo saber parece que tiene un resabio de curiosidad, la cual no entiendo que era mala en los discípulos, considerando que de ella resultó que fueron confirmados y certificados de su felicidad con la respuesta de Cristo, la cual confirmacion y certificacion no los podia hacer insolentes ni viciosos, como los hiciera en caso que ellos con propio diseño hubieran sido movidos á seguir á Cristo.

Y aquí entiendo que á los, que siguen á Cristo como estos discípulos, la certificacion de su glorificacion los hace más modestos y caritativos, más humildes y más cuidadosos de seguir á Cristo, de imitar á Cristo, pero esta verdad no la creen los que no tienen experiencia de ella, y por tanto no quieren que el hombre en la presente vida sea cierto de su glorificacion, haciendo injuria al evangelio de Cristo y yendo torciendo las palabras de Cristo, queriendo que digan no lo que él quiso sino lo que ellos quieren, como aquí que quieren que Cristo hablase condicionalmente en la respuesta: si perseveraréis en lo que habeis comenzado etc.

Y si dirá uno que si Cristo hubiera dicho estas palabras sin esta condicion, no hubieran sido verdaderas en Júdas, le responderé que Cristo las dijo para los que las creyeron, en los cuales fueron verdaderas, como serán tambien verdaderas en todos los que las creerán, y que no las dijo para Júdas, el cual no las creyó, porque, si las creyera, no vendiera á Cristo, posponiendo la felicidad que aquí propone Cristo por un precio así vilísimo, antes el creerlas fuera así eficaz en él como fué en los otros discípulos para mortificarlos y así hacerles perseverar perpétuamente en Cristo.

Y viniendo á la declaracion de las palabras, se ha de considerar que, habiendo los discípulos propuesto dos cosas á Cristo, la una: lo habemos dejado todo, y la otra: y te habemos seguido, Cristo respondiéndoles toma primero lo más principal que es el fin de la otra y dice: «vosotros los que me habeis seguido» etc., mostrando que la importancia está en seguirlo á él y no en dejarlo todo.

Aquello «en la regeneracion» se puede juntar con lo que precede, de manera que diga: vosotros los que me habeis seguido y seguís en el estado de la regeneracion, entendiendo de la cristiana que hace en nosotros el espíritu cristiano, estaréis asentados en doce sillas en el estado de la resurreccion, juzgando á las doce tribus de Israel; tambien se puede juntar con lo que se sigue, de manera que diga: vosotros los que me habeis seguido en la presente vida, en la resurreccion, que será nueva generacion, os asentareis etc.; esta segunda interpretacion parece más llana, pero, considerando que la santa escritura llama estado de regeneracion al de los cristianos en la presente vida, llamando estado de resurreccion al de los mismos en la vida eterna, me contenta la primera interpretacion, á la cual favorece aquello de San Pablo: per lavacrum regenerationis etc. Tito 3, y aquello de San Pedro: regeneravit nos Deus in spem vivam 1^a Ped. 1. Lo mismo es «en la silla de su gloria» que: en su silla gloriosa; así llama á la gloria y majestad con que vendrá el día del juicio.

Diciendo: «á los doce tribus de Israel», pienso que entiende que los apóstoles, siendo hebreos condenarán la infidelidad de los hebreos, así como los, que de la gentilidad aceptarán el evangelio, condenarán la infidelidad de los que no lo habrán aceptado en la gentilidad, de manera que sea lo mismo: «juzgando» que: condenando.

Habiendo Cristo respondido á la parte principal de la propuesta de los discípulos y viniendo á responder á la otra parte, dice: «y todo aquel que habrá dejado» etc., entendiendo que el que por seguir á Cristo, hora sea por predicar el evangelio, hora sea por enseñar el vivir cristiano, hora sea por imitar á Cristo, por vivir cristianamente, se privará con efecto de estas cosas ó de alguna ó algunas de ellas, siéndole impedimento, así como los discípulos se privaron de sus cosas porque no podían teniéndolas seguir á Cristo, será galardonado de Dios largamente en la vida presente y en la futura; en la presente, en cuanto será enriquecido con dones espirituales, y las cosas pertenecientes á la vida presente le serán dadas por añadidura, y en la vida futura, en cuanto como miembro de Cristo hecho hijo de Dios alcanzará la heredad de Dios que es la vida eterna con el mismo Cristo. Aquí conviene advertir que hay dos maneras de dejar el hombre todas sus cosas por seguir á Cristo.

La una es con el afecto, y esta pertenece generalmente á todos, quiero decir, que á todos los cristianos pertenece dejar con el afecto todas estas cosas, perdiéndoles el afición con que naturalmente las aman, de manera que amándolas las amen no con afecto natural sino espiritual, y esto es conforme á lo que dice San Pablo: ut qui habent uxores tanquam non habentes sint etc. 1ª Cor. 7. La otra es con efecto, y esta pertenece particularmente á los que, cuanto á las casas y heredades, son semejantes al hebreo de quien acaba de hablar el evangelista, á los cuales pertenece, dejar con efecto sus riquezas, y pertenece también á los que son tan aficionados á los suyos que por cumplir con ellos se apartan del deber de la regeneración cristiana ó no están tan enteros en él cuanto debían. Y esto me acuerdo haberlo tratado en una respuesta. Quanto al dejar con efecto la mujer, ó la mujer dejar con efecto al marido, me remito á lo que dice San Pablo 1ª Cor. 7.

En aquello «recibirá cien tanto» entiendo número finito por infinito, y con efecto es así que cada uno de los que por Cristo, por seguir é imitar á Cristo, por enseñar el vivir cristiano ó por predicar el evangelio de Cristo, se priva como hemos dicho de todas estas cosas que aquí cuenta Cristo, viene á tener mucho más que deja, en cuanto tiene todo lo que tienen todos los miembros de Cristo y tiene tantos hermanos, tantas hermanas, tantos padres, tantas madres y tantos hijos cuantos hay que son miembros de Cristo; esto es en la vida presente, como lo señala San Marcos, y en la futura dice Cristo que los, que por seguirlo habrán dejado estas cosas, alcanzarán vida eterna, no por lo que han dejado sino por el fin porque lo han dejado, que es seguir á Cristo.

Y por tanto añadió Cristo: «y muchos primeros serán postreros» etc., entendiendo que muchos, que pensarán ser primeros en la vida eterna porque á su parecer habrán dejado mucho, serán postreros, y que muchos, que pensarán ser postreros porque á su parecer habrán dejado poco, serán primeros. Adonde no se ha de entender que los unos precederán á los otros en la vida eterna, sino que los unos serán admitidos á ella y los otros serán excluidos de ella, así como en aquello que dice Cristo: «los publicanos y las meretrices os precederán en el reino de los cielos» no entiende que tendrán mejor lugar que los Fariseos,

sino que serán admitidos al reino, siendo los Fariseos excluidos de él; y esta manera de hablar que usa Cristo, la he notado en el cap. 5, sobre aquello: «menor será llamado» etc.

Los primeros que serán postreros entiendo que serán de aquellos que dice Cristo que le dirán en el día del juicio: «Señor, Señor ¿no profetizamos en tu nombre?» etc., y los postreros que serán primeros, entiendo que serán de aquellos que dirán á Cristo en el día del juicio: «Señor ¿cuándo te vimos hambriento?» etc., á los cuales responderá Cristo que lo que hicieron á uno de los suyos, lo hicieron á él.

Capítulo XX

Porque el reino de los cielos es semejante á un hombre señor de casa que salió luego de mañana á coger peones para su viña, y concertado con los peones por un denario al día, los envió á su viña. Y saliendo á hora de tercia, vió otros que estaban ociosos en la plaza y díjoles: Id tambien vosotros á la viña y daréos lo que será justo: y ellos fueron. Y tornando á salir á hora de sexta y de nona, hizo de la misma manera. Y saliendo á la undécima hora, halló á otros que estaban ociosos y díceles: ¿Por qué causa estais aquí todo el día ociosos? Dícenle: Porque no nos ha cogido ninguno. Díceles: Id tambien vosotros á la viña y recibiréis lo que será justo. Y venida la tarde, dice el señor de la viña á su hacedor: Llama á los peones y págales el jornal, comenzando de los postreros hasta los primeros. Y viniendo los de la undécima hora, recibieron sendos denarios; y viniendo los primeros, pensaron que habian de recibir más y recibieron ellos tambien sendos denarios; y habiéndolos recibido murmuraban contra el señor de casa, diciendo: Estos postreros no han trabajado sino una hora y haslos hecho iguales á nosotros que hemos soportado el peso del día y el calor. Y él respondiendo dijo á uno de ellos: Amigo, no te hago agravio; veamos: ¿no te concertaste conmigo por un denario? Toma lo tuyo y véte. Quiero yo dar á este postrero como á tí. ¿Cómo, no me es lícito á mí, hacer lo que quiero en mis cosas? O ¿tu ojo es malo porque yo soy bueno? De esta manera serán los postreros primeros y los primeros postreros. Porque muchos son llamados y pocos escogidos.

De las palabras de donde parece que tomó Cristo ocasion para decir esta parábola y de las palabras con que la concluye, que son las mismas, con aquella añadidura: «muchos son llamados y pocos escogidos,» se colige bien que su intento es mostrar en qué manera los primeros serán postreros y los postreros primeros. Adonde se ha de entender que el señor de casa es Dios; la viña es la iglesia, la cual, como ha mostrado Cristo en otras parábolas, comprende buenos y malos; los peones que van á cavar la viña somos todos nosotros; y el hacedor del señor de la viña es Cristo. Y es así que todos los que entran en la iglesia entran llamados de Dios, pero unos solamente con la vocacion exterior, que es la predicacion del evangelio, y otros con la exterior y la interior.

Los que entran con sola la vocacion exterior, creyendo por relacion, nunca entienden la justicia de Cristo, y, pretendiendo alcanzar vida eterna por sus obras y trabajando y fatigándose días y noches, se hallan tan ricos de obras exteriores que se tienen por primeros en el reino de Dios; y los que entran con la vocacion exterior y con la interior, creyendo por revelacion, abrazan la justicia de Cristo, y como no obran por ser justos sino porque son

justos, por mucho que obran, siempre les parece que obran poco, y así se tienen por postreros en el reino de Dios; pero viniendo Cristo al juicio, admitirá en el reino á los que se tienen por postreros y echará del reino á los que se tienen por primeros, no mirando á la cantidad de obras de los unos ni de los otros sino á la fé y al intento con que habrán obrado. De donde resultará la murmuracion de los que serán excluidos del reino, los cuales alegrarán sus buenas obras, pero aprovecharánles poco sus alegancias.

De esta manera entiendo toda esta parábola, considerando en los murmuradores la propia condicion de los santos del mundo que se tienen y son tenidos de los hombres por primeros, y considerando en los otros la propia condicion de los santos de Dios que se tienen y son tenidos de los hombres por postreros, y considerando en el señor de la viña la bondad y liberalidad de Dios, y entendiendo que en los muchos llamados son comprendidos los que tienen sola la vocacion exterior y que en los pocos escogidos son comprendidos los que tienen la una y la otra. Adonde si parecerá extraño á alguno que entendamos que serán excluidos del reino los primeros que dice Cristo que serán postreros, lea en San Lúcas, cap. 13, adonde verá que estas palabras de Cristo no pueden ser entendidas de otra manera.

Y si parecerá duro á otro que esta parábola no cuadre en muchas cosas y mayormente en esto que la murmuracion de los primeros no fué porque no eran pagados, sino porque eran igualados con los otros, lea en el cap. 13 de San Mateo la declaracion de Cristo en la parábola de las cizañas, y hallando que la declaracion no cuadra en todo con la parábola ni aún con lo que pudiéramos pensar que era el intento de ella segun que lo he mostrado allí, no se maravillará, ántes conocerá que, siendo las parábolas tomadas de cosas humanas para explicar las cosas divinas y siendo diferentísimas las unas de las otras, basta harto que cuadren en el intento principal.

Aquí añadiré dos cosas. La una, que siempre esto es así que los, que segun el juicio humano son primeros por ser muy ricos de obras exteriores, segun el juicio divino son postreros porque obran sin fé, y así como la fé sin obras de fé no vale nada, así las obras sin fé no valen nada; y que por el contrario los, que segun el juicio humano son postreros por ser pobres de obras exteriores, segun el juicio divino son primeros porque tienen fé; la cual es eficaz en sus corazones para reducirlos á que obrando obran por puro amor, y vale mas una obra pequeña con fé que cien mil grandes sin fé. Y la otra, que los que obran sin fé, obrando por amor propio, son siempre temerarios, presuntuosos y murmuradores, y que los que obran con fé, obrando por puro amor de Dios, son siempre modestos, humildes y callados; estos dan testimonio de sí que son santos de Dios, y aquellos dan testimonio de sí que son santos del mundo, y por tanto serán condenados con el mundo.

Y subiendo Jesus á Jerusalem, tomó á los doce discípulos aparte en el camino, y díjoles: Hé aquí subimos á Jerusalem, y el hijo del hombre será entregado á los príncipes de los sacerdotes y á los escribas, y condenaránlo á muerte y entregaránlo á los gentiles á que hagan burla de él y lo azoten y lo crucifiquen, y al tercero dia resucitará.

Casi las mismas palabras habemos visto en el capítulo 16 que dijo Cristo á sus discípulos, solamente que aquí están un poco más claras, porque, diciendo «será entregado á los príncipes» etc., y despues: «y entregaránlo á los gentiles» etc., muestra como habia de

ser vendido y puesto en las manos de los que entre los judíos tenían la cumbre de la santidad y letras, y como ellos lo habían de juzgar digno de muerte y como, no pudiendo ser ejecutores de la muerte, lo habían de poner en las manos de Poncio Pilato y de sus ministros para que ellos fuesen los ejecutores, precediendo los escarnios y los azotes que acrecentaban el dolor y al sentimiento de la muerte; y siendo el género de muerte en sí cruelísimo y terrible y condescendiendo Cristo á la flaqueza de los discípulos, les intimó la resurrección juntamente con la muerte.

Adonde entiendo que siempre que á los que aceptan la gracia del evangelio de Cristo es propuesta la cruz de Cristo, lo que se obligan á padecer con Cristo, les debe ser juntamente propuesta la resurrección de Cristo, mostrándoles como es así que no gozarán de la resurrección de Cristo sino los que poco ó mucho habrán sentido en la presente vida la cruz de Cristo; y la cruz de Cristo sentimos cuando, aplicándonos á la fé cristiana y al vivir cristiano, somos murmurados ó despreciados ó perseguidos ó martirizados de los hombres del mundo. Y tengo por cierto que no hay hombre ninguno de los que se aplican á la fé cristiana y al vivir cristiano que no sienta muy gran parte de esta cruz; en esto me certifico por la experiencia que tengo y por lo que dice San Pablo «omnes qui pie volunt vivere in Christo Jesu persecutionem patientur,» la cual sentencia ha sido, es y será verdadera hasta la fin del mundo, y el que no siente esta persecución y contradicción por Cristo, no sé como se pueda asegurar que vive píamente en Cristo.

Entonces se llegó á él la madre de los hijos del Zebedeo con sus hijos, adorándolo y demandándole alguna cosa. Y él le dijo: ¿Qué quieres? Dícele: Dí que estos mis dos hijos se asienten en tu reino uno á tu diestra y otro á la siniestra. Y respondiendo Jesus dijo: No sabéis lo que demandáis. ¿Podéis beber el cáliz que yo tengo de beber? Y con el bautismo, con que yo soy bautizado, ser bautizados? Dícenle: Podemos. Y dícele: Bebereis bien mi cáliz, y con el bautismo, con que yo soy bautizado, sereis bautizados, pero el asentar á mi diestra y á mi siniestra no es mio darlo, pero será de aquellos á los cuales lo tiene aparejado mi padre.

Habiendo Cristo intimado á sus discípulos su muerte y su resurrección, parece que pensando los dos hijos del Zebedeo que ya era tiempo de demandar mercedes á Cristo, rogaron á su madre que hablase por ellos, la cual, cuenta San Mateo, que vino humildemente á Cristo y que le demandó alguna merced y que, diciéndole Cristo que demandase lo que quería, ella le demandó para sus dos hijos los dos primeros lugares en su reino -esto entiendo por el asentar á la diestra y á la siniestra, á la mano derecha y á la izquierda. Adonde es digno de consideración cuán poco estaban mortificados los dos discípulos, pues hacían semejantes diseños, y más, que se imaginaban que el reino de Cristo había de ser conforme á los reinos del mundo, no entendiendo aún como, si bien en la vida eterna el reino de Cristo consiste en gloria, que en la vida presente consiste en vituperio, en cuanto el mundo tiene y juzga por cosa ignominiosa y vituperosa el estar en el reino de Cristo aceptando la justicia de Cristo y atendiendo á la imitación de Cristo.

En la respuesta de Cristo que dice: «no sabéis lo que demandáis» se entienden dos cosas: la una, que conociendo Cristo que la demanda no salía de la madre sino de los hijos, no respondió á ella, sino á ellos; y la otra, que les quiso mostrar como el no darles lo que

demandaban no procedía de falta de él sino de ignorancia de ellos que demandaban cosa impertinente.

Añadiendo Cristo: «podeis beber el cáliz» etc., les mostró bien claramente que á la gloria de su reino no se va sino por el vituperio, pasando por donde él pasó, quiero decir que no gozarán de la gloria de Cristo los que no habrán gustado y sentido el vituperio de Cristo. Adonde no se ha de entender que por premio del vituperio es dada la gloria sino que el vituperio es el camino por donde se va á la gloria, así como por el sudor se va á la victoria, pero no se da por el sudor la victoria, pero es necesario que suden los que quieren salir victoriosos.

Lo mismo es cáliz que suerte ó parte; la santa escritura lo toma unas veces en mala parte, como allí: ignis, sulphur, spiritus procellarum pars calicis eorum, salmo 10, y allí: bibisti de manu domini calicem irae suae, Esaías 51, y otras veces lo toma en buena parte, como allí: dominus pars hereditatis meae et calicis mei etc., salmo 15, y allí: calix meus inebrians, salmo 22. Añadiendo: «y con el bautismo con que» etc., declara lo que ha dicho, entendiendo que su cáliz era su muerte y pasión, y que su bautismo era lo mismo que su cáliz, de manera que beben el cáliz de Cristo y son bautizados con el bautismo de Cristo los que en la presente vida siendo bautizados son vituperados y martirizados por Cristo, por la fé cristiana y por el vivir cristiano.

Respondiendo los discípulos: «podemos,» concedieron que la demanda salía de ellos y mostraron bien la gana que tenían de haber lo que la madre demandaba para ellos, afirmando que les bastaba el ánimo á pasar por lo que no sabían qué cosa era y que podían lo que no podían, como lo mostraron huyendo también ellos como los otros discípulos, y, si pudieran lo que pensaban que podían, no huyeran; y tales como eran en aquella sazón estos dos discípulos de Cristo que se persuadían poder lo que no podían, si bien después que recibieron al espíritu santo pudieron, son todos los que, confiados en sí mismos, se persuaden poder grandes cosas y después caen en las pequeñas, los cuales nunca podrán lo que se persuaden poder, si Dios por su misericordia no les envía su espíritu santo.

Replicando Cristo: «bebereis bien mi cáliz» etc., profetizó el martirio á los dos discípulos y confirmó la sentencia de la predestinación, diciendo que ya Dios tiene aparejados los lugares que cada uno ha de tener en el reino celestial. Y es bien digna de consideración esta humilde respuesta de Cristo, en la cual atribuye á solo el padre el dar y repartir los grados de gloria, como si dijese: mi oficio es adquirir vida eterna, habilitaros para que tengáis parte en la heredad de mi padre, en el reino de mi padre, y á mi padre toca dar esos lugares que vosotros demandáis, y darálos á los que él en su mente divina tiene determinado de darlos.

Aquí conviene repetir esto: que el que tiene por cierto y firme que en la vida eterna le tiene Dios aparejado lugar, se aplica á vivir en la vida presente con aquella puridad, justicia y santidad que ha de vivir en la vida eterna, y el que no tiene esta aplicación, da testimonio de sí que no tiene la certificación, de manera que la certificación es efficacísimo instrumento para la mortificación, y la mortificación, el vivir con mansedumbre y humildad, es grande contraseño de la certificación. Siempre que en la vida de Cristo nos es representada su

humildad y obediencia á Dios, se nos ha de representar que convenia que fuese tal, pues venia á reparar lo que Adam habia perdido por soberbia y desobediencia.

Y oyendo esto los diez se indignaron de los dos hermanos; y llamándolos Jesus dijo: Ya sabeis que los príncipes de las gentes las enseñorean, y los que son grandes se apoderan de ellas. No será de esta manera entre vosotros, pero el que entre vosotros querrá ser grande, sea vuestro mozo, y el que entre vosotros querrá ser primero, sea vuestro siervo; así como el hijo del hombre no vino á ser servido sino á servir y á dar su ánima en rescate por muchos.

De resentirse los diez discípulos por la ambiciosa demanda de los dos, en la cual mostraron querer ser superiores á los otros, ganamos nosotros esta necesarísima respuesta de Cristo, la cual entiendo que perteneció á los apóstoles para el tiempo, en el cual, habiendo recibido el espíritu santo, se hallaron y conocieron en el reino de Cristo, y que pertenece á todos los que, recibiendo el mismo espíritu, se hallan y se conocen en el mismo reino, los cuales todos son por estas palabras avisados que tiene el primer lugar y es principal en el reino de Cristo el que es más semejante á Cristo, señaladamente en esto que, así como Cristo no vino al mundo á ser servido, honrado,preciado ni estimado, sino á servir, consistiendo su servicio en dar su vida por las vidas de muchos, muriendo él por resucitar á vida eterna á muchos, así el que está en el reino de Cristo, no ha de tener intento á ser servido, honrado,preciado ni estimado por el grado que tiene en el reino, sino á servir, constituyendo su servicio en poner su vida con todo lo demás por predicar á otros el evangelio y por enseñarles el vivir cristiano y así ayudarles para que gozen del beneficio de Cristo.

Adonde entiendo que los que de esta manera imitan á Cristo, sirviendo como él sirvió, pueden decir con San Pablo; que suplen lo que faltó en la pasion de Cristo por el cuerpo de Cristo que es la iglesia, pues es así que Cristo muriendo rescató las vidas de todos, y ellos predicando y enseñando y padeciendo lo que por el predicar y enseñar se les ofrece, son medios para que muchos gozen del rescate de Cristo, y este es el propio servicio cristiano, en el cual no hay ambicion ninguna ni cosa que tenga resabio de ella.

Los que en el reino de Cristo presumen ser primeros y ser principales, dan testimonio de sí que aún no están en el reino de Cristo, ó que, dejándose vencer de sus afectos, son flacos é imperfectos y por tanto no tienen el primer lugar sino el último. Diciendo Cristo: «ya sabéis que los príncipes» etc., pretende mostrar la diferencia que hay entre el reino del mundo y el reino de Dios que es reino de Cristo, en cuanto en el reino del mundo son mayores y más principales los que son servidos y tienen en sujecion y debajo de tiranía á los hombres, y en el reino de Dios, en la iglesia cristiana son mayores y más principales los que sirven más y por ello son más oprimidos y más maltratados de los hombres.

Diciendo Cristo: «así como el hijo» etc., nos convida á su imitacion, á que procuremos en la vida presente la grandeza que él procuró, viviendo como él vivió, siguiendo lo que él siguió y muriendo como él murió, dando con su muerte vida á muchos. Dió bien Cristo con su muerte vida á todos los hombres, en cuanto en él nos mató Dios á todos y en él nos resucitó á todos, pero, porque no gozarán de esta resurreccion sino los que se tendrán por muertos en Cristo y por resucitados en Cristo, dice la santa escritura unas veces que Cristo

murió por muchos, teniendo respeto al efecto, y dice otras veces que murió por todos, teniendo respeto al acto. Aquí se ha de advertir que estas palabras de Cristo no quitan los dominios ni las superioridades entre cristianos, cuanto á lo temporal, ni cuanto al vivir cristiano, porque Cristo fué superior entre los discípulos, de los cuales era llamado Señor.

Y saliendo ellos de Jericó, lo siguió mucha gente, y hé aquí que dos ciegos asentados al camino, oyendo que Jesus pasaba, dieron voces diciendo: ¡Compadécete de nosotros, Señor, hijo de David! Y la gente los amenazaba que callasen. Y ellos daban mayores voces diciendo: ¡Compadécete de nosotros, Señor, hijo de David! Y deteniéndose Jesus los llamó y dijo: ¿Qué quereis que os haga? Dícenle: Señor, que nos sean abiertos los ojos. Y movido Jesus á misericordia, les tocó los ojos y luego sus ojos cobraron la vista, y siguiéronlo.

Si estos dos ciegos no conocieran su ceguedad, no demandaran la sanidad, y sino desearan muy mucho la sanidad, no fueran así importunos en demandarla, y á lo ménos, siendo reprehendidos, callaran y así no cobrarán la vista de los ojos. De la misma manera acontece á los hombres y es así que los, que no se conocen ciegos, no demandan á Dios que les abra los ojos interiores, y que los que se conocen ciegos, si no desean muy mucho ver, no son importunos en la oracion, y así ni estos ni los otros no cobran la vista, y cóbranla solamente los que por don de Dios se conocen ciegos é imitando á estos dos ciegos demandan con importunidad á Cristo que los sane, y no dejan de demandar por mucho que los hombres del mundo y que los demonios del infierno los reprehendan y los estorben, ántes son más impetuosos y más importunos en demandar, cuanto son más reprehendidos y estorbados. A estos tales abre Cristo los ojos interiores, y ellos, conociendo con ellos á Cristo, siguen á Cristo, imitando á Cristo. Y aquí entiendo que no siguen á Cristo sino los que, habiendo cobrado la vista interior por beneficio de Cristo, comienzan á conocer á Cristo.

Capítulo XXI

Y como se acercasen á Jerusalem y viniese á Betfagé al Monte de las Olivas, entónces Jesus envió dos discípulos diciéndoles: Id á la aldea la de enfrente de vosotros, y luego hallareis una asna atada y un borrico con ella; desatándolos traedlos á mi; y si alguno os dirá algo, decid: el señor tiene necesidad de ellos, y luego los enviará. Y esto todo fué hecho así á fin que fuese cumplido lo que estaba dicho por el profeta que dice: Decid á la hija de Sion: hé aquí tu rey que viene á tí, manso y asentado sobre asna y borrico hijo de la domada. Partidos, pues, los discípulos y haciendo segun que Jesus les habia ordenado, trajeron al asna y al borrico, y pusieron sobre ellos sus vestiduras y asentáronlo á él sobre ella. Y la mucha gente extendía sus vestiduras en el camino, y otros cortaban ramos de los árboles y los extendían en el camino. Y las gentes, las que iban delante y las que iban detras, gritaban diciendo: ¡Hosana al hijo de David! ¡Bendito el que viene en el nombre del Señor! ¡Hosana en las alturas! Y entrado que fué en Jerusalem, alborotóse toda la ciudad, diciendo: ¿Quién es este? Y las gentes decían: Este es Jesus el profeta de Nazaret la de Galilea. Y entró Jesus en el templo de Dios, y echó á todos los que vendían y compraban en el templo y trastornó las mesas de los cambiadores y los asentamientos de los que vendían palomas, y díceles: Escrito está: Mi casa casa de oracion ha de ser llamada, y vosotros la

habeis hecho cueva de ladrones. Y allegáronse á él ciegos y cojos en el templo y sanólos. Viendo los príncipes de los sacerdotes y los escribas las maravillas que hacia y los muchachos que daban voces en el templo y decian: ¡Hosana al hijo de David! indignáronse y dijéronle: ¿Oyes lo que estos dicen? Y Jesus les dice: Sí. ¿Nunca habeis leído: De boca de niños y que maman perfeccionaste loor? Y dejándolos se salió fuera de la ciudad á Betania y aposentóse allí.

En esta entrada de Cristo en Jerusalem y en el templo me parece que mostro más majestad que en ninguna otra cosa de cuantas hizo, la cual majestad se me representa tanto mayor, cuanto la veo más mezclada con profundísima humildad. Grandísima majestad fué entrar en Jerusalem con la ceremonia de los ramos que acostumbraban los hebreos hacer en el séptimo mes, conforme á lo que les era mandado en el Levítico cap. 23, y con las aclamaciones de hosana que habian los hebreos añadido á la ceremonia de los ramos, como consta por sus historias; y fué grandísima humildad, entrando con aquella majestad, entrar cabalgando en un asno, propiamente como lo habia visto entrar el profeta Zacarías cuando dijo: «decid á la hija de Sion» etc. Tambien fué grandísima majestad entrar Cristo en el templo de Jerusalem, haciendo el estrago que hizo y diciendo las palabras que dijo; y fué grandísima humildad salirse aquella noche fuera de la ciudad, no queriendo seguir, como seria decir, la victoria contra los principales de la sinagoga.

Esto lo considero así en general, y, viniendo al particular, entiendo que, enviando Cristo los dos discípulos con todas aquellas circunstancias á que le trajesen el asna y el borrico con que entrar en Jerusalem, pretendió certificarlos y confirmarlos en la fé y en la opinion que debian tener de él, de su omnipotencia, en cuanto veian que no le era hecha resistencia en lo que queria, y de su verdad, en cuanto veian que acertaba en todo lo que decia.

En aquello: «el señor tiene necesidad» etc., podria parecer extraño á alguno que Cristo, que era la misma humildad, hablando de sí, se llamase señor, pero, si considera que era necesario que Cristo dijese á los discípulos las palabras formales que debian decir, no le parecerá extraño, mayormente que estaba Cristo más lejos de entrar en ningun género de ambicion por títulos que los hombres le diesen, que está el mar oceano de salir de madre por un pequeño arroyo que entre en él.

En aquello: «y esto todo fué hecho» etc., entiende el evangelista que esto, que hacia Cristo, cuadraba con la profecia de Zacarías, no lo hacia él, teniendo intento á lo que habia dicho Zacarías, ántes Zacarias lo habia dicho porque lo habia de hacer él; y quien tuviera ojos para cotejar lo que veia en Cristo con las palabras de Zacarías, pudiera bien conocer que Cristo era el Mesía, siendo aquel de quien habló Zacarías, el cual segun la letra hebrea (porque San Mateo sigue la letra griega), dice así: «¡Alégrate mucho, hija de Sion; júbila, hija de Jerusalem! Hé aquí que tu rey viene á tí, justo y salvo, humilde y cabalgando sobre asno y sobre borrico hijo de asna,» y más adelante dice: «y su imperio de mar á mar desde el rio hasta los fines de la tierra.» Adonde entiendo que, siéndole mostrado en vision al profeta esta gloriosa entrada de Cristo en Jerusalem, todo alegre y contento comenzó á decir: «alégrate mucho» etc., llamando hija de Sion á Jerusalem que estaba en el monte de Sion, y llamando hija de Jerusalem á la iglesia cristiana que nació en Jerusalem, porque allí fué comenzada la predicacion del evangelio.

Lo mismo entiendo que es «justo» que «salvo,» libre de todo pecado, en lo cual consiste la gloria de Cristo, antes la nuestra, porque en la justicia é inocencia de Cristo constituimos nuestra justicia y nuestra inocencia, certificándonos que el castigo de Dios, que cargó sobre Cristo, no fué por haber pecado él sino por haber tomado sobre sí nuestros pecados, conociéndose y hallándose tan culpado delante de Dios por cada uno de ellos como si realmente los hubiera, cometido todos.

En aquello: «humilde y cabalgando» etc., se ha de considerar que juntó bien el profeta la humildad con el ir cabalgando en el asno. Lo mismo es en el evangelista «hijo de la domada» que en el profeta «hijo de asna.»

Por San Marcos se entiende que Cristo entró cabalgando en el borrico, por ventura significando su superioridad en el pueblo cristiano, el cual no reconoce otro señor que á Cristo. En aquello: «su imperio de mar» etc., significó ó profetizó Zacarías que el imperio de Cristo se extiende por todo el mundo, no digo el temporal y exterior sino el espiritual é interior, porque tiene absoluta potestad en el cielo y en la tierra. Así entiendo la profecía de Zacarias, con la cual se entiende bien la alegacion del evangelista.

En la profecía parece extraño á algunos que, adonde, dice «salvo,» no diga salvador, no considerando que lo que entenderia diciendo salvador, lo entiende diciendo: «Tu rey,» porque así es llamado el Mesías, ni considerando que cabe el «justo» cuadra muy bien el «salvo,» siendo costumbre de los profetas cuando quieren encarecer una cosa poner dos vocablos juntos que significan una misma cosa y poner dos veces una misma sentencia por diferentes palabras.

En la misma profecía ofende grandemente á los hebreos que se diga que su rey viene cabalgando en asno y no hallan como pueda cuadrar en su Mesía este cabalgar en asno, y así van imaginando cosas extrañas, porque, no siendo capaces de los dos estados de Cristo, el humilde y el glorioso, no saben distinguir entre las profecías que hablan de Cristo, cuales hablan de él en el estado humilde y cuales hablan de él en el estado glorioso, los cuales dos estados van tan mezclados en los profetas que parece que les eran mostrados todos dos juntos para que hablasen de todos dos juntos como si fueran uno solo, como que quisiese Dios engañar á la prudencia humana, dándole causa para que, cuanto más escudriña las escrituras, tanto más ciega quede en ellas.

Cuanto á la ceremonia de los ramos, ya he dicho que aludian á la fiesta que hacian en el séptimo mes, y es verdaderamente cosa divina que aquellas gentes, sin saber lo que hacian, hiciesen en honra de Cristo lo que hacian en honra de Dios, añadiendo el extender las capas por el camino, la cual ceremonia no sé de donde la habian tomado, pero me place considerar á Cristo que en cuanto á sí se humillaba yendo cabalgando en un asno, y cuanto á las gentes era ensalzado con todas aquellas ceremonias que ellas podian, con los ramos, con las vestiduras y con las exclamaciones que decian: hosana, que es lo mismo que: salva, ahora y añadiendo: «al hijo de David,» confesaban á Cristo por Mesía, como hemos visto en lo pasado. Y diciendo: «bendito el que viene» etc., confirmaban la opinion que tenian, que era el Mesía, enviado por Dios á redimir á Israel, pero no como ellos pensaban, de la tiranía de los hombres en la presente vida sino de la tiranía de la carne, del demonio, del infierno y de la muerte en la vida eterna, la cual liberacion comienzan á sentir en la presente

vida los que han de gozar de ella en la vida eterna. Replicando su hosana con aquello «en las alturas,» pienso que entendían que sus voces subiesen en alto hasta ser oídas de Dios.

Y háse de entender que era lo mismo decir hosana que si dijeran lo que solemos nosotros decir cuando el rey entra en un lugar: ¡viva el rey! Y también que estas palabras con que estas gentes honraban á Cristo son tomadas del salmo 118, adonde está un verso que dice así: «suplícote, Señor, salva ahora; suplícote, Señor, prospera ahora! Bendito el que viene en el nombre del Señor!» Adonde, remitiéndome á lo que he dicho sobre el salmo, diré esto: que fuera verdaderamente grandísima la felicidad de aquellas gentes si supieran lo que hacían y decían, conociendo que eran inspirados por Dios á hacerlo y decirlo, como será grandísima nuestra felicidad cuando, siendo inspirados por Dios, como eran aquellos, conoceremos que aquella es inspiración de Dios y la abrazaremos, consistiendo nuestra felicidad en que juntamente conoceremos la omnipotencia de Dios y de Cristo, lo que sus inspiraciones pueden en nosotros, y así nos certificaremos más en nuestra justificación, resurrección y glorificación.

El alboroto ó el movimiento y alteración que hubo en Jerusalem por la entrada de Cristo con gloria y con majestad mezclada con bajeza y con humildad me representan el alboroto, el movimiento y alteración que hay en cada uno de aquellos en los cuales entra el espíritu de Cristo con gloria y con majestad interior mezclada con bajeza y humildad exterior, en cuanto humilla y abaja á tal hombre, dándole conocimiento de sí mismo; y el alboroto es en la gente de la ciudad en los afectos y en los apetitos que son según la carne, los cuales todos se resienten en la entrada del espíritu de Cristo. Por lo que respondían los que venían con Cristo á los de la ciudad, diciendo: «este es Jesús el profeta» etc., consta que, sin saber ellos lo que hacían, atribuían á Cristo más de aquello que le pertenecía según la opinión que ellos tenían de él.

En la autoridad y majestad con que Cristo echó del templo á los que compraban y vendían, sin que hubiese ninguno que le fuese á la mano diciéndole que no lo hiciese, considero á Cristo mucho más glorioso que cuando lo considero transfigurado en el monte Tabor, teniendo por cierto que, si aquellas gentes no vieran en él más de lo que otras veces solían ver, no le dejaran así salir con aquella rigurosidad que usaba contra ellas.

Aquellas palabras con que Cristo atapaba las bocas á los pontífices y letrados hebreos diciéndoles: «mi casa casa de oración ha de ser llamada,» son tomadas de Esaías cap. 56; y añadiendo Cristo: «vosotros la habeis hecho cueva de ladrones,» entiende que, siendo el templo casa de Dios, adonde convenía adorar y hacer oración á Dios, aquellos lo habían hecho tal que era así pernicioso como es una cueva de ladrones, en cuanto, así como en la cueva se acogen los malhechores que saltean los caminos, así en el templo se acogían los que tiranizaban y robaban al pueblo de Dios, en cuanto en el templo, con achaque del templo pretendiendo religión y santidad, robaban á la pobre gente, disminuyendo las haciendas de los hombres por acrecentar los tesoros y las riquezas del templo.

Sanando Cristo allí en el templo á los ciegos y á los cojos que se llegaron á él, confirmó la opinión que las gentes tenían de él y dió ocasión á los pontífices y letrados que entonces tenían la cumbre de la santidad exterior para que descubriesen las malignidades de sus ánimos, preguntando á Cristo si oían lo que las gentes decían, pretendiendo decirle que

hacia mal en consentirlo, en cuanto segun ellos le atribuian lo que no le pertenecia, como si, oyendo los santos del mundo que tino de los que en Cristo son santos de Dios es llamado justo y santo de otros hombres, ellos lo quisiesen argüir de soberbio y de impío, porque consiente que le atribuyan lo que no le pertenece segun ellos que lo consideran por lo que ven en él.

Adonde entiendo que, así como á Cristo no ofendia lo que las gentes le atribuian, porque conocia en sí lo que no conocian aquellos santos del mundo, ni tampoco lo ensoberbecia, como ensoberbeciera á aquellos santos del mundo, así no ofende á los miembros de Cristo la santidad ni la justicia que les es atribuida, porque se conocen incorporados en Cristo y por tanto justos y santos en Cristo, ni tampoco los ensoberbece, como ensoberbeceria á los santos del mundo, porque no se conocen justos ni santos en sí sino en Cristo.

Y entiendo tambien que, así como Cristo defendió á los que lo alababan alegando las palabras de David, así los miembros de Cristo puede defender á los que los alaban, alegando las palabras de San Pablo, ántes las del mismo Cristo, adonde habla de la union que hay entre él y los que son sus miembros. Y entiendo que, alegando Cristo estas palabras: «de bocas de niños» etc., pretendió decir: estos no me alaban á mí pero alaban á Dios en mí y por mí, y su loor es agradable á Dios, y, que esto sea así, consta por lo que dice David que Dios hace que su loor sea perfecto y entero, abriendo las bocas de los niños para que lo alaben; y niños eran todos los que decian aquellas palabras á Cristo, en cuanto no las decian ellos sino el espíritu de Dios en ellos, no entendiendo ellos lo que decian.

Y aquí entiendo que los, que comenzamos á renacer en Cristo, somos niños mientras que amamos, creemos, esperamos y deseamos, no sabiendo qué es lo que amamos, creemos, esperamos ni deseamos, si bien lo sabe el espíritu santo que nos inspira y mueve á amar, creer, esperar y desear, siendo él el que en nosotros ama, cree, espera y desea. Y entiendo que, segun que vamos siendo capaces de lo que amamos, creemos, esperamos y deseamos, conociéndolo y entendiéndolo, así vamos creciendo en Cristo hasta venir á ser varones enteros y perfectos en Cristo. Por lo que aquí segun la letra griega dice: «perfeccionaste loor,» en el hebreo dice: fundaste fortaleza, sobre la cual interpretacion me remito á lo que he dicho sobre el salmo 8.

Y tornando por la mañana á la ciudad, hubo hambre, y viendo una higuera en el camino, se fué á ella, y no halló nada en ella sino hojas solamente. Y dícele: No nazca más fruto de tí para siempre. Y á la hora se secó la higuera. Y viéndolo los discípulos se maravillaron, diciendo: ¿Cómo á la hora se secó la higuera? Y respondiendo Jesus les dijo: Dígoos de verdad, si tendreis fé y no dudareis, no solamente hareis lo de la higuera, pero tambien, si direis á este monte: álzate y échate en la mar, será hecho; y todo cuanto demandareis en la oracion, creyendo, lo recibireis.

Leyendo que Cristo hubo hambre, lo conozco segun la humana generacion sujeto á las miserias, á que esta nuestra carne, mientras es pasible y mortal, está sujeta; y viendo á Cristo ir á la higuera á buscar higos y viendo que no los halló y que maldijo á la higuera y que la higuera se secó, de donde nació admiracion en los discípulos, y así tuvo Cristo ocasion de engrandecer la fé y la oracion con fé, vengo á entender que no fué Cristo á la higuera, pensando hallar higos en ella, porque sabia bien que no los habia, no siendo tiempo

de higos, como cuenta San Marcos, sino buscando ocasion con que decir á los discípulos lo que les dijo acerca de la fé y de la oracion con fé, á lo cual daba eficacia el caso de la higuera.

Pretendia Cristo, como habemos dicho otras veces, mostrar á sus discípulos que eran incrédulos y faltos de fé, á fin que se moviesen á demandarle que se la acrecentase, y aquí tornó á decir que á todo hombre cristiano pertenece tenerse por incrédulo y falto de fé miéntras no tiene tanta que hace con ella mudar los montes, á fin que demande siempre que le sea acrecentada la fé.

Tambien digo que la oracion que es sin fé no vale nada, y que entónces mi oracion es con fé cuando tengo por cierto que Dios me dará aquello que le demando, y digo que, siempre que yo conozco en mí esta certificacion, me puedo asegurar que oro inspirado y no enseñado, y por tanto es certísimo lo que dice Cristo que alcanzamos de Dios todo lo que le demandamos, ciertos que nos lo ha de dar, porque entónces demandamos inspirados y no enseñados, demandamos por voluntad de Dios y no por nuestras fantasías; los que demandan enseñado, y por sus fantasías es imposible que demanden con fé.

Adonde dice: «y dudareis,» el vocablo griego significa, como seria decir: hacer exámenes, vacilar en la fé, como hacemos cuando, deseando haber alguna cosa de Dios y mirándonos á nosotros, demandamos dudando de parte de la imperfeccion que conocemos en nosotros, en nuestras costumbres y en nuestro vivir, como si, para darnos ó no darnos Dios lo que le demandamos, tuviese respeto á nosotros ó como si no fuese mayor imperfeccion en nosotros el dudar haciendo estos exámenes que todas juntas las otras imperfecciones que podemos tener.

El cristiano, cuando deseará haber alguna cosa de Dios, mire primero si tiene prometimiento de Dios en que fundar la fé de su oracion y despues advierta en no mirarse de ninguna manera á sí y mire solamente Dios y al prometimiento de Dios y creyendo alcanzará todo cuanto demandará. Y quanto á los prometimientos de Dios, me remito á lo que he dicho en una respuesta. A esta higuera que solamente tenia hojas, estando sin fruto ninguno, son semejantes los que solamente tienen nombre de cristianos y tienen ceremonias y obras exteriores, estando sin el fruto del nombre cristiano, que es la imitacion de Cristo, la humildad, mansedumbre, puridad, caridad y obediencia de Cristo, y estando sin el fruto de las ceremonias y obras que son cristianas, que es la mortificacion y vivificacion, los que son tales acontecerá lo que aconteció á la higuera.

Y venido en el templo se allegaron á él estando enseñando los príncipes de los sacerdotes y los ancianos del pueblo, diciendo: ¿Con qué autoridad haces esto y quién te ha dado esta autoridad? Y respondiendo Jesus les dijo: Preguntaréos yo tambien una cosa, y si me la direis, tambien yo os diré con qué autoridad hago esto. El bautismo de Juan ¿de dónde era? Del cielo ó de los hombres? Y ellos consideraban entre sí, diciendo: Si diremos: del cielo, dirános: pues ¿por qué no lo creisteis? Y si diremos: de los hombres, tememos á la gente, porque todos tienen á Juan como profeta. Y respondiendo á Jesus dijeron: No sabemos. Díjoles tambien él: Ni yo os digo con qué autoridad hago esto.

No entiendo que estos preguntaban á Cristo con qué autoridad hacia lo que hacia, como era entrar en la ciudad con la pompa con que era entrado el dia de ántes, entrar en el templo con la rigurosidad con que era entrado el día de ántes, haciendo lo que hizo y diciendo lo que dijo, porque dudasen ellos que lo hacia con autoridad divina, porque de esto estaban ciertos, si bien porque les pesaba que fuese así, procuraban persuadirse que no era así, como acontece á los santos del mundo que, si bien están ciertos de la santidad de los santos de Dios, porque les pesa que sean santos, procuran persuadirse que no lo son. Pero entiendo que lo preguntaban con dos intentos: el uno, demostrar al pueblo que ellos, que tenian la cumbre de la religion y santidad en el mundo, no estaban resueltos en tener buen crédito de Cristo, á fin que ni el pueblo tampoco se resolviese; y el otro, de venir en palabras con Cristo para tomar ocasion de alguna palabra con que prenderlo ó á lo ménos hacerle perder el crédito que tenia en el pueblo.

Estos sus intentos entiendo que los conoció Cristo, y así les respondió de manera que no pudieron salir con el uno ni con el otro, no queriéndoles responder á propósito de lo que le preguntaban, y arguyéndoles el no haber recibido á San Juan ó su bautismo y el prometer la observacion de la ley de Dios y no observarla; esto lo muestra por la parábola de los dos hijos que pone luego. Tales son, como los príncipes de los sacerdotes y los ancianos del pueblo, los que, viendo que con la sinceridad de la doctrina y con la puridad de la vida de los que son miembros de Cristo van por tierra sus falsas doctrinas y son descubiertas sus hipocresías, van procurando que no tengan crédito con las gentes y van deseñando cómo tomarlos á palabras para destruirlos.

Preguntando Cristo á estos si el bautismo de San Juan era del cielo ó de los hombres, entiende: si era cosa divina ó humana, si era ordenacion de Dios ó fantasía del mismo San Juan. Diciendo el evangelista: «consideraban entre sí,» entiende que, queriendo responder á Cristo, deseando que él les respondiese á ellos, hacian estos exámenes entre sí. Cosa es verdaderamente divina que, siendo estos, que vinieron á hacer esta pregunta á Cristo, los principales en santidad y en autoridad entre los hebreos, y siendo Cristo tenido por hombre bajo y plebeyo, tuviese él tanta autoridad sobre ellos que, no queriéndoles responder á su pregunta si ellos no le respondian primero á la suya, se saliese con ello, la cual cosa no la atribuyo yo tanto al crédito que habia alcanzado Cristo en el pueblo, quanto á la majestad y gravedad que en aquella su bajeza tenia, la cual de suyo se descubria sin que el la descubriese. Y de esta misma entiendo que hay una partecilla en cada uno de los que tienen del espíritu de Cristo, más ó ménos segun que ellos son más ó ménos semejantes á Cristo. A este propósito hace una consideracion que he escrito.

¿Qué veamos os parece á vosotros? Un hombre tenia dos hijos. Y llegando al primero dijo: Hijo, vé hoy, trabaja en mi viña. Y él respondiendo dijo: No quiero; pero despues arrepentido fué. Y llegando al segundo dijo de la misma manera, y el respondiendo dijo: Yo, señor; y no fué. ¿Cuál de los dos hizo la voluntad del padre? Dícnle: El primero. Díceles Jesus: Dígoos de verdad que los publicanos y las meretrices os precederán en el reino de Dios; porque vino á vosotros Juan por camino de justicia y no lo creisteis, y los publicanos y las meretrices lo creyeron, pero vosotros viéndolo no os arrepentisteis despues para creerlo.

Habiendo Cristo atapado las bocas á los pontífices y ancianos que eran venidos á demandar cuenta de lo que hacia y decia en el templo, y queriendo mostrarles que su santidad toda consistia en palabras, les propuso una parábola, diciendo: «un hombre tenia dos hijos» etc., entendiendo que el hombre es Dios; y que el trabajar en la viña era el vivir conforme á la

ley de Dios y es el vivir conforme á la voluntad de Dios; y que el hijo que, siendo enviado á la viña, dijo que no queria ir y, despues conociendo que hacia mal, fué, eran y son los hombres del mundo que, por satisfacer á sus afectos y á sus apetitos, dicen que no se quieren sujetar ni á la ley de Dios ni á la voluntad de Dios, pero, despues conociendo que hacen mal, se sujetan á ella; y que el hijo que, siendo enviado á la viña, dijo que queria ir y no fué, eran y son los santos del mundo que, tomando por punto de honra la santidad, dicen que quieren sujetarse á la ley de Dios y voluntad de Dios y hacen todo lo contrario de lo que quiere Dios, siendo ambiciosos, murmuradores, envidiosos, malignos y diabólicos, cuales eran los pontífices y ancianos con quienes Cristo hablaba, y son todos los que, pretendiendo santidad, persiguen á Cristo, los cuales serán excluidos del reino de Dios, siendo admitidos á él los publicanos y las meretrices, porque se humillaran y aceptaran la justicia de Cristo. De manera que (como he dicho otras veces) diciendo: «os preceden» no entiende: son más preeminentes que vosotros, sino: son admitidos, siendo vosotros excluidos. Añadiendo Cristo: «porque vino á vosotros» etc., entiende: esto que digo lo entiendo así, considerando que vosotros nunca os reducisteis á creer á Juan, y los publicanos y las meretrices lo creyeron, aceptando su predicacion y su bautismo; y la aceptacion entiendo que consistia en que creian que estaba cercano el reino de los cielos y se conocian inhábiles para estar en él y se bautizaban en señal de su conocimiento ó reconocimiento y arrepentimiento. Diciendo el hijo segundo: «yo, Señor,» parece que responde á lo que habia dicho el primero: «no quiero,» como si dijera: yo sí quiero. Diciendo: «por camino de justicia» ó «en camino de justicia,» entiende: predicando el reconocimiento ó arrepentimiento que es camino para la justicia del evangelio, porque los que no se conocen no aceptan el indulto del evangelio, pareciéndoles que no toca á ellos.

Oid otra parábola. Era un hombre señor de su casa, el cual plantó una viña y cercóla de valladar y cavó en ella un lagar y edificó una torre y arrendóla á labradores y fuése camino largo. Y llegado el tiempo de los frutos, envió sus criados á los labradores para que tomasen lo que le pertenecia de los frutos, y tomándole los labradores á los criados á uno hirieron, á otro mataron y á otro apedrearon. Tornó á enviar otros criados más que los primeros é hicieron lo mismo con ellos. Ultimamente les envió á su hijo, diciendo: Tendrán respeto á mi hijo; más los labradores, viendo al hijo, dijeron entre sí: Este es el heredero, venid, matémoslo y tendremos su heredad; y tomándolo lo echaron fuera de la viña y lo mataron. Cuando vendrá, pues, el señor de la viña, ¿qué hará á aquellos labradores? Dícnle: Como á malos malamente los destruirá, y dará su viña á otros labradores, los cuales les den sus frutos á sus tiempos. Díceles Jesus: ¿Nunca habeis leído en las escrituras: La piedra que desecharon los edificadores, esta ha sido puesta en la cabeza del rincon; el señor ha hecho esta cosa y es admirable en nuestros ojos? Por tanto os digo que os será quitado el reino de Dios y será dado á gente que hará sus frutos. Y el que caerá sobre esta piedra, será descalabrado, y sobre el que ella caerá será quebrantado. Y oyendo los príncipes de los sacerdotes y Fariseos sus parábolas, conocieron que decia de ellos, y

procurando prenderlo temieron á las gentes, porque lo tenían como á profeta. Y respondiendo Jesús tornó á hablarles en parábolas, diciendo:

El intento de Cristo en esta parábola, como consta por aquellas palabras: «por tanto os digo que os será quitado» etc., claramente parece que fué profetizar la ruina de la sinagoga hebrea que era gobernada por los pontífices, ancianos, Fariseos y letrados, y la sucesión de la iglesia cristiana que es gobernada por apóstoles, evangelistas y doctores, no de doctrina enseñada sino inspirada. Y así entiendo que el hombre señor de su casa es Dios; que la viña es el pueblo de Dios, el valladar, el lagar y la torre eran las escrituras de la ley y de los profetas; y que los labradores eran los pontífices, ancianos etc.; y que los frutos de la viña eran el amor de Dios y del prójimo con el culto divino; que los criados del señor, que mataron los labradores, fueron los profetas y justos que enviaba Dios á la sinagoga, á los cuales todos perseguían ó hacían morir los principales de la sinagoga, como lo dirá Cristo en el capítulo 23; y que el hijo del señor es Cristo, al cual dieron la muerte los mismos. Cuanto á si lo conocieron ó no, me remito á lo que diré sobre San Marcos. A estos principales de la sinagoga hebrea, entiende Cristo que había de ser quitada la viña de Dios, el pueblo de Dios, y dado á los principales de la iglesia cristiana.

Adonde entiendo que entónces estos principales dan á Dios el fruto de su viña cuando, predicando el evangelio, enseñando el vivir cristiano y supliendo las necesidades de los cristianos, pueden decir con San Pablo que sirven á Dios en espíritu y en el evangelio de su hijo, y que han aprovechado mucho en el mismo evangelio. Aquello: «tendrán respeto á mi hijo,» aunque cuadra en el hombre señor de la viña, no cuadra en Dios, y ya he dicho que en las parábolas solamente se ha de mirar que cuadre el intento.

Diciendo Cristo: «¿nunca habeis leído» etc., pretende hacerlos capaces de la inteligencia de la parábola, entendiendo que al hijo, que ellos como malos labradores habían de matar, había Dios de poner en el más eminente lugar en su reino haciéndolo rey y cabeza en el reino, cumpliéndose verdaderamente en él lo que fué dicho de David en el salmo 117, en cuanto, así como David, siendo desechado de los principales del reino, fué al fin puesto por principal en el reino, siendo hecho rey, así Cristo, crucificado y muerto por los que eran entónces principales en el pueblo de Dios, es puesto por cabeza en el reino de Dios y es hecho rey.

Cuanto á lo demás, me remito á lo que he dicho declarando el salmo, añadiendo esto: que no entiendo que haya pasado así en la edificación del templo, como entienden algunos, que una piedra desechada haya después cuadrado en lo alto del templo, sino que es un hablar figurado, cosa ordinaria en la santa escritura.

Diciendo: «el señor ha hecho esta,» entiende: el señor ha hecho esta cosa, que la piedra desechada sea puesta en lo alto, y nosotros la tenemos por cosa admirable, cosa de que con razón nos maravillamos. Diciendo: «y el que cairá sobre esta piedra» etc., entiende que, hora el hombre tropiece en Cristo, hora Cristo tropiece en el hombre, de una manera ó de otra el tal hombre perecerá, de manera que sea este un hablar como el que comunmente usamos diciendo: si la piedra da en el cántaro, mal para el cántaro, y si el cántaro da en la piedra, mal para el cántaro; que vayan siempre descalabrados los que, sin ser llamados de Dios, vendrán á Cristo por sus fantasías ó por sus deseos humanos, los cuales todos

perecen, hora sea por escandalizarse ellos de la humildad y bajeza de Cristo, hora sea por escandalizarse Cristo de su soberbia y arrogancia de ellos.

Adonde se ha de entender que es llamado Cristo «piedra» tanto porque todos los hombres, que sin espíritu santo se allegan á él, tropiezan y se rompen las cabezas en él, cuanto porque todos los hombres, que con espíritu santo se allegan á él, están saldos, firmes y constantes en él, como un edificio edificado sobre piedra viva. Así parece que lo entendió Simeon cuando dijo: «ecce positus est hic in ruinam et in resurrectionem multorum in Israel» etc., Luc. 2.

Añadiendo el evangelista que los pontífices y ancianos, conociendo que Cristo decia por ellos lo que decia, lo prendieran si osaran, nos muestra bien el fruto que hace la palabra de Dios en los santos del mundo. Adonde entiendo que, si estos fueran hombres mundanos, conociendo que Cristo hablaba de ellos, se confundieran y avergonzaran y por ventura se enmendaran, pero, como hacian profesion de santos, se deliberaron de prender á Cristo para hacerlo morir, viendo que los iba descubriendo sus maldades, bellaquerías y ruindades. Y siempre hacen semejantes deliberaciones contra los que son miembros de Cristo los que hacen profesion de propia santidad como la hacian estos principales de la sinagoga.

Capítulo XXII

El reino de los cielos es comparado á un hombre rey, el cual hizo bodas á su hijo. Y envió á sus criados á llamar á los convidados á las bodas, y no querian venir. Tornó á enviar otros criados, diciendo: Decid á los convidados: Catad que he aparejado mi comida, mis toros y mis capones son ya muertos y todo está aparejado, venid á las bodas. Y ellos menospreciándolo se fueron uno á su posesion, y otro á su mercancia y los otros prendiéndole los criados los injuriaron y los mataron. Y oyendo esto el rey se indignó y enviando sus ejércitos destruyó á aquellos homicidas y quemóles su ciudad. Entónces dice á sus criados: La boda está aparejada, pero los convidados no han sido dignos de ella; salid pues á las salidas de los caminos y á todos cuantos hallareis llamadlos á las bodas. Y saliendo aquellos criados á los caminos ayuntaron todos cuantos hallaron, malos y buenos, y la boda fué llena de asentados. Y entrando el rey á ver los asentados, vió allí un hombre no vestido con vestidura de boda, y dícele: Amigo ¿cómo entraste aquí, no teniendo vestidura de boda? Y él enmudeció. Entónces dijo el rey á los que servian: Atándole las manos y los piés, echadlo en las tinieblas exteriores, allí hay llanto y batimiento de dientes. Porque muchos son llamados y pocos escogidos.

En todas estas parábolas conviene advertir la manera de comparar que usa Cristo, diciendo que el reino de los cielos es comparado ó es semejante al señor de la viña ó al hombre rey, y entendiendo que en el reino de los cielos acontecerá como aconteció al señor de la viña ó al hombre rey.

En esta parábola tiene Cristo dos intentos: el uno es el mismo de la parábola precedente, cuanto al ser desechada la sinagoga hebrea para que en su lugar sucediese la iglesia cristiana, y el otro es el mismo que habemos visto en otras parábolas, cuanto al ser echados

del reino de Dios, de la iglesia cristiana, los que entran en ella sin fé cristiana y están en ella sin costumbres cristianas, viniéndose ellos sin ser llamados de Dios.

El hombre rey es Dios. La comida es la vida eterna, de la cual toman posesion en la vida presente los que, siendo llamados á ella, dejan todas las cosas y siguen la vocacion. El aparejo de la comida, los toros y los capones ya muertos para el convite, entiendo que es la gloria y felicidad aparejada para los que aceptan la gracia del evangelio, porque, así como aquellas cosas son la sustancia del convite humano y temporal, así estas cosas son la sustancia del convite divino y eterno.

Los convidados á la comida ó boda en tiempo de la ley eran los que estaban sujetos á la ley, en el cual tiempo los criados que llamaban eran los profetas y justos, y en tiempo del evangelio los convidados son todos los hombres en general, porque el indulto y perdon que publica el evangelio es general, en el cual tiempo los criados que llaman son los apóstoles, los que tienen don de apostolado, y lo que dicen es aquello que pone San Pablo 2ª Cor. 5: obsecramus pro Christo: Reconciliamini Deo. Eum qui non noverat peccatum pro nobis peccatum fecit, ut nos efficeremur justitia Dei in ipso.

Los que, siendo llamados en tiempo de la ley, no quisieron venir, el uno por ir á su posesion y el otro por ir á su mercancía, son los que menospreciaban el llamamiento de Dios por atender á las cosas de la vida presente, no resolviéndose de una en dejarlo todo por obedecer á Dios, y los que prendieron á los criados del rey son los santos del mundo que en tiempo de la ley hicieron morir á los profetas y á los justos, porque los llamaban al reino de Dios; teníanse ellos por santos y eran tenidos por tales, y por tanto no podian sufrir que les fuese intimada otra santidad de la que ellos tenían. Los ejércitos, con que el rey destruyó á sus convidados quemándoles su ciudad, podemos decir que fueron los de Tito y Vespasiano que destruyeron á los hebreos y quemaron á Jerusalem.

Los que, siendo llamados en tiempo del evangelio, no quieren venir, no queriendo aceptar la gracia del evangelio, son los hombres mundanos que menosprecian la puridad, la mansedumbre y la humildad de Cristo. Y los, que hacen profesion de santidad exterior, diciendo que creen en Cristo y negando la gracia del evangelio de Cristo, el beneficio de Cristo, son entendidos en el hombre que entró en la boda sin vestidura de boda, y tales son con efecto todos los que entran en la iglesia cristiana con prudencia humana y por tanto con deseos humanos como mercenarios, viniendo vestidos de obras sin fé, y desnudos de fé y de obras de fé, y así viniendo vestidos de ley y desnudos de evangelio, vestidos de Moisen y desnudos de Cristo, del cual conviene que vayan vestidos todos los que han de comer la comida de Dios en la vida eterna, porque esta es la vestidura de boda, y por tanto dice San Pablo: induimini dominum nostrum Jesum Christum, Rom. 13., Y á Cristo nos vestimos cuando, atendiendo á comprehender la perfeccion en que somos comprendidos, imitamos las divinas perfecciones que vemos en Cristo, y entónces mostramos estar vestidos de Cristo cuando son vistas en nosotros costumbres cristianas.

Y concluyendo Cristo esta parábola, diciendo: «por que muchos son llamados y pocos escogidos,» nos obliga á que digamos que en aquel uno que fué echado de la comida, son comprendidos todos los que con solo el llamamiento exterior, con deseos humanos aceptan á su modo el evangelio; y á que entendamos que es mayor el número de los

llamados y no escogidos que el de los escogidos; y á que nos confirmemos en que las parábolas no cuadran en todo, pues, si cuadrara esta en todo, fuéramos necesitados á decir que son sin ninguna comparacion más los escogidos que los llamados, pues la parábola no dice que fué echado de la boda sino solo uno de muchos que eran entrados en ella.

En esta parábola considero cuatro suertes de hombres. Los primeros son los que, amando más la vida presente que la vida eterna, siendo llamados para la vida eterna, no les basta el ánimo á perder esta por ganar la otra; estos muestran su incredulidad.

Los segundos son los que estimándose y siendo estimados santos en el mundo, si son llamados para ser santos de Dios, se indignan contra los que los llaman, y los prenden y los matan; estos muestran con su incredulidad su malicia y su malignidad; y aquí entiendo á cuanto peligro están los que son santos del mundo.

Los terceros son los que, deseando con un deseo humano y natural alcanzar vida eterna y siendo llamados para ella con llamamiento exterior, sin esperar el interior van sin saber cómo ni adónde, vistiéndose de vestiduras hechas por manos de hombres, no conociendo aquella vestidura de boda hecha por mano de Dios, esta es Jesu-Cristo nuestro Señor; estos muestran su ignorancia y ceguedad, y estos son casi como los segundos y están á peligro de hacer lo que ellos en esta vida; y en la otra vida harán el fin que ellos, pues serán echados en las tinieblas de fuera, de las cuales está dicho en el cap. 13.

Los cuartos son los que por don de Dios se conocen impíos y enemigos de Dios en sí mismos, y comienzan á desear ser justos y amigos de Dios, y, siéndoles intimado el evangelio, el cual les ofrece lo uno y lo otro de balde y graciosamente y siendo interiormente movidos á aceptarlo con vocacion interior y exterior, se conocen justos y amigos de Dios, no en sí sino en Cristo, y, conociéndose tales, entran en posesion del reino de los cielos, desnudándose y despojándose de todas las cosas que los podrian privar de la posesion, como son los placeres, las satisfacciones, las honras y las dignidades de la vida, presente, á las cuales todas pierden el aficion, y como son las justificaciones exteriores, las cuales los son odiosas por no venir á ser santos del mundo, y vistiéndose y ataviándose con todas las cosas que los pueden mantener en la posesion como son la mortificacion y vivificacion, con las cuales están siempre las costumbres cristianas, las que Cristo mostró en su vivir; estos muestran que son escogidos de Dios, que son hijos de Dios y que son regidos y gobernados con el espíritu de Dios, y así solos estos son admitidos á la comida del gran rey que es padre de nuestro señor Jesu-Cristo.

Por lo que aquí dice: «capones,» el vocablo griego significa aves engordadas; y por lo que aquí dice: «muertos,» el vocablo griego significa muertos en sacrificio. Diciendo: «á las salidas de los caminos,» entiende: adonde unos caminos se juntan con otros, porque allí se hallan más presto hombres. Diciendo: «de asentados,» entiende: de hombres asentados á comer, pero no comieron los malos sino los buenos; y malos son los que, estando sin fé cristiana, están sin obras de fé, sin costumbres cristianas, y por el contrario son buenos los que tienen la fé y las obras de fé, consistiendo su bondad en la fé, de la cual dan testimonio las obras de fé.

Entonces partidos los Fariseos tomaron consejo como lo asirian en palabras, y enviáronle sus discípulos con los herodianos, diciendo: Maestro, sabemos que eres verdadero y que enseñas con verdad el camino de Dios y no te curas de ninguno, porque no miras la persona de los hombres. Dínos, pues, ¿qué te parece: es lícito pagar tributo á César ó no? Y conociendo Jesus su bellaquería, dijo: ¿Para qué me tentais? Hipócritas! Mostradme la moneda del tributo. Y ellos le dieron el denario. Y díceles: ¿Cúya es esta imagen y sobredito? Dícnle: De César. Entonces les dice: Dad, pues, lo de César á César y lo de Dios á Dios. Y oyendo esto se maravillaron y dejándolo se fueron.

De la misma manera que estos Fariseos santos del mundo, convencidos por las palabras de Cristo, consultaron contra él para asirlo á palabras, para hacerle decir alguna cosa con que tomar ocasion para prenderlo y matarlo, todos los que, siendo santos del mundo, se hallan convencidos por las palabras de los que son santos de Dios, consultan contra ellos para hacerles decir alguna cosa con que prenderlos y matarlos. Y por tanto á los santos de Dios pertenece ó no venir en palabras con los santos del mundo ó viniendo estar muy sobre aviso para no decir cosa que les sea calumniada.

Toda esta malicia farisáica está llena de artificio. El primero consiste en que, queriendo los Fariseos preguntar á Cristo del tributo ó censo que los judíos pagaban al emperador de Roma, la cual cosa parecia extraña á los judíos que el pueblo de Dios fuese tributario á un hombre impío, le enviaron personas que eran de opinion que no se debia pagar, á fin que Cristo más libremente dijese que no era lícito pagarlo y así vendrian á haber su intento, acusándolo que prohibia que no fuese pagado el tributo al emperador, como falsamente lo acusaron despues que lo tuvieron preso. No me place la opinion de los que dicen que estos herodianos eran de los que cogian el tributo ó que tenian opinion que se debia pagar, porque no fuera á su propósito enviarle á estos, queriendo ellos que dijese que no era lícito pagar el tributo, como parece por las palabras que le dicen.

El segundo artificio consiste en que, ántes que pregunten, le dicen palabras enderezadas á que hable contra el emperador, las cuales eran propias de los Fariseos y en los cuales se puede considerar tres calidades que deben concurrir en un predicador cristiano: la primera, que sea verdadero, la segunda, que su doctrina sea verdaderamente cristiana conforme á la voluntad de Dios, y la tercera, que no tenga respeto á los hombres del mundo, dejando por ellos de predicar el evangelio ó de enseñar el vivir cristiano; antes estas tres calidades concurren siempre en los que tienen don de apostolado y por ellas podemos juzgar si el que nos predica es apóstol de Cristo ó de hombres.

Estas mismas calidades concurren en los que por divina inspiracion aceptan el evangelio, la cual aceptacion los hace verdaderos en sí, y les enseña la verdad para que ellos la puedan enseñar á otros, y les hace que, estando resueltos con el mundo, solamente tengan respeto al evangelio, á Cristo y á Dios. Y estas tres calidades nos pueden servir por contraseños por las cuales podemos conocer qué tanto efecto ha hecho en nosotros la aceptacion del evangelio. Diciendo Cristo: «¿Para que me tentais? Hipócritas,» mostró que le daba fastidio la malignidad y bellaquería artificiosa con que venian á asirlo en palabras.

Y preguntando: ¿«cúya es esta imagen» etc., no pretendió saberlo, porque ya lo sabia, sino tomar ocasion de lo que le habian de responder, para decirles lo que les dijo: «Dad

pues lo de César» etc., entendiendo que importa poco que demos á los hombres lo que quieren de nosotros, porque demos á Dios lo que quiere de nosotros, como si dijera: Dad al emperador lo que él pretende que le debeis dar, lo que él quiere de vosotros, y dad á Dios lo que él pretende que le debeis dar, lo que él quiere de vosotros. El emperador quiere el tributo ó censo, dádselo; y Dios quiere fé y amor, dádselo. Diciendo: «la moneda del tributo,» entiende la moneda con que se paga el tributo. Sobre este pagar tributo habla San Pablo, Rom. 13, y á lo que he dicho allí, me remito.

En aquel dia se llegaron á él los Saduceos que dicen que no hay resurreccion, y preguntáronle diciendo: Maestro, Moisen dijo: si alguno morirá sin tener hijos, cásele su hermano con su mujer y levante simiente á su hermano. Fueron entre nosotros siete hermanos, y el primero despues de casado murió y, no teniendo simiente, dejó á su mujer á su hermano, y así el segundo y el tercero hasta los siete, y á lo postre de todos murió tambien la mujer. Veamos, en la resurreccion ¿de cuál de los siete será la mujer? Porque todos la tuvieron. Y respondiendole Jesus les dijo: Errais, no entendiendo las escrituras ni la potencia de Dios, porque en la resurreccion no se casarán ni serán casados, pero serán como los ángeles de Dios en el cielo. Y quanto á la resurreccion de los muertos ¿no habeis leído lo que os dice Dios diciendo: Yo soy el Dios de Abraham, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob? No es Dios Dios de muertos sino de vivos. Y oyendo esto las gentes se espantaron de su doctrina.

Segun parece por estas palabras y por las que están Act. 23, en el pueblo hebreo no era creida por fé la resurreccion de los cuerpos, estando solamente en opinion; los Fariseos la afirmaban y los Saduceos la negaban. Y estos queriendo convencer á Cristo á que la negase como ellos, le van á hacer una pregunta que, aunque á su parecer era bastantísima para probar su intencion, al parecer de cualquiera persona, que no estará apasionada en querer defender aquella opinion, es ineptísima.

Adonde entiendo cuánto se debe guardar todo hombre de tomar opinion ninguna, porque es así siempre, que despues de tomada se obliga á defenderla, y queriéndola defender le acontece propiamente lo que acontecia á estos Saduceos que, negando la resurreccion de los cuerpos, defendian su opinion con argumentos semejantes al que ponen aquí. Antes, este debía ser el que ellos tenian por más eficaz, imaginándose que en la vida eterna nuestros cuerpos resucitados, ya impassibles é inmortales, han de atender á lo que atienden estos cuerpos que son pasibles y mortales.

Esta ley del matrimonio, que alegan aquí, está Deut. 25, y parece que tuvo Dios intento en aquella ley á que durasen las casas de los hebreos que habian de partir entre sí la tierra de promision, á fin que estuviese más impreso en sus memorias el beneficio recibido. Diciendo: «levante» ó resucite «simiente á su hermano,» entiende: haga en la mujer de su hermano el muerto hijos, de los cuales entiende que el primero habia de ser llamado hijo del hermano muerto y no del que lo hacia. Lo mismo es: «no teniendo simiente» que: no dejando hijos.

En la respuesta de Cristo, que dice: «errais, no entendiendo» etc., se entiende que todos los errores de los hombres en las cosas que son sobrenaturales proceden de dos principios, de los cuales el uno es no entender las santas escrituras, porque, si las entendiesen, no

errarian, siendo certísimo que ellas enseñan al que las entiende toda la verdad, y el otro es no entender la potencia de Dios, porque, si supiesen los hombres que Dios puede todo cuanto quiere, cuando les fuese propuesta una cosa con que es ilustrada la gloria de Dios, no dudarian de ella, porque considerarian: con esta cosa es ilustrada la gloria de Dios, Dios es omnipotentísimo, luego bien se sigue que esta cosa es verdadera, y de la misma manera, cuando les fuese propuesta otra cosa con que es menoscabada la gloria de Dios, no la admitirian de ninguna manera, porque considerarian: con esta cosa es menoscabada la gloria de Dios, Dios es omnipotentísimo, luego bien se sigue que esta cosa no es verdadera, pues con ella es derogada la gloria de Dios. De manera que á todo hombre es sano consejo, primero no tomar opinion ninguna, y despues rogar á Dios que le abra los ojos, de manera que él conozca su omnipotencia y entienda las santas escrituras á fin que no yerre jamás en cosa ninguna.

De estas palabras de Cristo se colige bien que el, que entenderá las santas escrituras y conocerá la omnipotencia de Dios, creará la resurreccion de los muertos, en la cual afirma Cristo que no habrá casamientos porque, aunque habrá cuerpos de carne, tendrán aquella limpieza que tienen los ángeles que están en el cielo.

Y queriendo Cristo mostrar á los Saduceos uno de los lugares de las santas escrituras, adonde se puede entender la resurreccion de los muertos, alega lo que dice Dios: «yo soy Dios de Abraham» etc., Exodo 3, y añadiendo: «no es Dios de muertos» etc., parece que entendió Cristo que, si Dios en su mente divina no tuviera por resucitados á Abraham, á Isaac y á Jacob, no se llamara Dios de ellos, porque, siendo él Dios vivo, no se llamaria Dios de muertos, de manera que no entendamos que, diciendo Dios: «yo soy el Dios de» etc., entiende: yo soy el Dios á quien adoró y sirvió Abraham etc., sino: yo soy el Dios á quien adora y sirve Abraham, y adorará y servirá, porque, aunque su cuerpo está en la sepultura, su ánima está viva y á su tiempo se tornará á juntar con su cuerpo. Y con razon se espantaron las gentes de esta doctrina de Cristo, porque no hay duda sino que ningun hombre hubiera jamás sacado esta inteligencia de aquellas palabras.

Y los Fariseos, oyendo que habia cerrado la boca á los Saduceos, se juntaron en uno, y preguntóle uno de ellos, un cierto legista, tentándolo y diciendo: Maestro, ¿cuál es el mandamiento grande en la ley? Y Jesus le dijo: Amarás al señor Dios tuyo con todo tu corazon y con toda tu ánima y con toda tu mente. Este es el primero y grande mandamiento. Y el segundo es semejante á este: Amarás á tu prójimo como á tí mismo. En estos dos mandamientos penden toda la ley y los profetas.

Contentos los Fariseos que Cristo hubiese respondido á los Saduceos de tal manera que no la pudiesen replivar, se fueron á él con intento de ganar con él la honra que los Saduceos, que eran sus contrarios, habian perdido, y así hicieron que uno de ellos, el cual era docto en la ley de Moisen por probar lo que sabia, le preguntase cuál era el principal mandamiento en la ley.

Y en la respuesta de Cristo entendemos que la principal cosa que Dios quiere del hombre es el amor, queriendo que este amor sea sin resabio ninguno de propio interes, siendo limpiísimo y perfectísimo; y entónces es tal, cuando el hombre pone todo su amor y

toda su afición en Dios, no teniendo en su corazón, en su ánimo ni en su mente sino á solo Dios, deleitándose con solo él y teniéndole siempre impreso en su memoria sin jamás apartarlo de ella. Esto es lo que Dios quiere de cada uno de los hombres; por esto los acaricia y les hace las gracias, los beneficios y las mercedes que les hace.

Y es así que, queriendo Dios ser amado de los hombres y conociendo que el mayor impedimento que tienen para amarlo es el conocimiento que tienen de haberlo ofendido, porque, como se dice vulgarmente, el que ofende no perdona, puso en su unigénito hijo Jesu-Cristo nuestro Señor los pecados de todos los hombres y en él los castigó todos, perdonando generalmente á todos los hombres á fin que, quitado el impedimento en el amor, ellos se apliquen á amarlo de la manera que él quiere ser amado de ellos.

Y sobre esto tengo escrita una consideración, á la cual me remito, diciendo aquí esto que, mientras el hombre no se conocerá perdonado de Dios en Cristo, será imposible que ame á Dios de la manera que él quiere ser amado por sí mismo sin otro respeto ninguno, ántes con efecto no sabrá qué cosa es amar á Dios. Adonde se ha de entender que entónces ama el hombre á Dios de la manera que él quiere ser amado «con todo el corazón, con todo el ánimo,» cuando lo ama sin interés ninguno, solamente porque merece ser amado.

Y no puede el hombre amar á Dios de esta manera mientras es hombre no regenerado por espíritu santo, porque, amándose naturalmente á sí de primer amor, viene á amar á Dios por sí, haciendo notable injuria á Dios, el cual quiere ser amado de primer amor y quiere que el hombre se ame á sí y que ame á los otros hombres y á las otras criaturas de Dios por amor de Dios, más ó ménos segun que ellos y ellas ilustran más ó ménos la gloria de Dios, á la cual tienen solamente intento los que aman á Dios no por sí mismos sino por las perfecciones que conocen en Dios.

Los hombres que no se conocen perdonados de Dios, reconciliados con Dios y amigos de Dios por Cristo, aunque se reduzcan á amar á Dios y obrar segun lo que conocen de la voluntad de Dios, no amarán ni obrarán por amor de Dios sino por amor de sí mismos, por ser perdonados de Dios, reconciliados con Dios y amigos de Dios; y no vendrán jamás á alcanzar lo que quieren por esta vía, porque la verdadera es aceptar la gracia del evangelio y despues amar, servir y obrar, porque Dios merece ser amado, ser servido y ser obedecido sin que el hombre tenga otro respeto ninguno.

De manera que son cuatro causas por las cuales es imposible que el hombre ame á Dios como él quiere ser amado, si no se tiene por reconciliado con Dios y por amigo de Dios por Cristo: La primera, que el que ofende no perdona, y no perdonando no puede amar. La segunda, que el hombre no regenerado, teniendo viva su inclinación natural, es imposible que no se ame á sí de primer amor. La tercera, que, no teniéndose por justo en Cristo, si ama, amará por ser justo. La cuarta, que, no conociendo á Cristo, no conocerá á Dios, y, no conociéndolo, no lo amará como él quiere ser amado «con todo el corazón» etc.

Al cual término habemos todos de trabajar por llegar, y, porque el que no comienza á caminar hácia él, está más lejos de él, á todo hombre, que ha aceptado la gracia del evangelio, pertenece persuadirse que ha de llegar á este término y que es Dios poderoso

para hacerlo llegar, y con esta persuasión comenzar á caminar hacia él, rogando á Dios que le envíe su espíritu santo que le sea guía en esta generosa empresa.

Y no piense hombre ninguno ser capaz por ciencia de este divino amor si no comienza por la experiencia; y tanta capacidad tendrá de él cuanto experiencia tenga en él. Y sepa más todo hombre que no vendrá jamás á amar al prójimo como á sí mismo, si primero no ama á Dios sobre todas las cosas, entrando en el amor (como está dicho) por la fé y por el conocimiento.

Y aquí diré esto: que, diciendo en una consideración que la fé y la esperanza son sustentadas con la caridad, y que la caridad se sustenta de por sí, entendí que, si el hombre no ama á Dios, no estará constante en fiarse de él ni en esperar el cumplimiento de sus prometimientos, y que, amando á Dios, porque lo ama por sí mismo, conociendo que merece ser amado, no tiene necesidad de ser sustentado en el amor, ni con la fé de lo que cree que ha hecho Dios por él, ni con la esperanza de lo que espera que hará, Dios con él, porque ama sin interés propio, del cual amor son incapaces los hombres mientras son hombres, porque no saben amar sin interés y sin deseo, amándose á sí mismos en todas las cosas y sobre todas las cosas.

Añadiendo Cristo: «en estos dos mandamientos» etc., entiende que el, que cumple estos dos mandamientos del amor de Dios y del prójimo, cumple todo lo que mandan la ley y los profetas, porque ella y ellos no tienen otro intento sino reducir al hombre á que ame á Dios y que ame al prójimo; y el que amará á Dios no se apartará de la voluntad de Dios, antes se aplicará á todo lo que conocerá que es voluntad de Dios, negando y renunciando su propia voluntad, y él que amará al prójimo no le hará cosa que le pueda ser perjuicio, antes se aplicará á hacerle todos los beneficios que podrá, hasta privarse de sus comodidades y satisfacciones por acomodar y satisfacer al prójimo, como vemos que hizo Cristo y vemos que hizo su apóstol San Pablo.

Cosa es cierto digna de consideración que este mandamiento del amor no esté entre los del que llaman decálogo sino en el Deuteronomio, en la segunda ley. Por ventura lo guardó Dios para la segunda ley como más perfecto y más puro, pretendiendo que el pueblo instruido y ejercitado en los mandamientos de la primera ley sería más capaz de la inteligencia de este, pero esta es imaginación mía.

Según la letra hebrea este mandamiento dice así: «oye, Israel, el señor Dios nuestro es un señor, y amarás al señor Dios tuyo con todo tu corazón y con todo tu ánimo y con toda tu fuerza.» Deut. 6, como si dijese Moisés: pues Dios es solo, amadlo á él solo, dándole todo vuestro amor. Adonde dice: «con toda tu fuerza» según el hablar de la lengua hebrea dice: con todo tu mucho, y entiendo que está dicho por encarecimiento y no que haya diferencia entre uno y otro.

Y ayuntados los Fariseos, les preguntó Jesús diciendo: ¿Qué os parece á vosotros de Cristo, cuyo hijo es? Dícenle: de David. Díceles: Pues ¿cómo David en espíritu lo llama señor, diciendo: Dijo el Señor á mi señor: Asíéntate á mi diestra hasta que ponga á tus enemigos por banquillo de tus pies? Pues si David lo llama señor ¿cómo es su hijo? Y ninguno le podía responder palabra, ni osó ninguno desde aquel día preguntarle más nada.

Para la inteligencia de estas palabras conviene considerar dos cosas. La una, que Cristo no se despreciaba de ser llamado hijo de David, pues consta que los que lo querían honrar lo llamaban así, y que San Mateo comenzando su evangelio lo llama así, y que San Pablo dice: «qui factus est ei ex semine David secundum carnem,» Rom. 1. Y la otra, que aquello del salmo 110: «Dixit dominus domino meo: sede a dextris meis» etc. entre los hebreos comunmente era entendido del Mesía, de Cristo, como aún los judíos, que han sido despues de Cristo, lo entienden de la misma manera, pero no quieren que pertenezca á nuestro Cristo, porque no lo conocen por Mesía.

Consideradas estas dos cosas, entendemos que pretendió Cristo en estas palabras convencer á los Fariseos á que tuviesen mejor opinion del Mesía de la que tenían. Ellos solamente lo tenían por hijo de David y por tanto por puro hombre, y Cristo pretende mostrarles que David lo tenía por más que hijo y por tanto por más que puro hombre, pues hablando en espíritu lo llama señor, y no lo llamara señor si no lo conociera por más que hijo; conocíalo bien por hijo segun la generacion humana, y conocíalo por hijo de Dios segun la generacion divina y por tanto lo llamaba señor.

Esta entiendo que es la propia inteligencia de estas palabras. Y si me dirá uno que pudieran bien los Fariseos responder á Cristo, diciendo que llama David señor al Mesía, aunque es su hijo, de la manera que adoró á Salomon cuando fué elegido por rey, aunque le era hijo, le responderé que no pudieran, porque lo que hizo David con Salomon, no fué en espíritu, como el llamar al Mesía señor, sino en carne, fué una ceremonia exterior conveniente al reino temporal.

Y si me dirá otro que pudieran bien los Fariseos responder á Cristo, diciendo que aquellas palabras de David no pertenecen al Mesía, ántes parece que son palabras dichas á David en nombre del pueblo hebreo, segun que lo he mostrado en la declaracion de los salmos, le responderé que no pudieran, por lo que habemos dicho que desde ántes de Cristo aquellas palabras comunmente eran entendidas del Mesía, de la cual inteligencia consta haberse Cristo querido servir para su intento.

Y por tanto dice bien el evangelista que ninguno le podia responder palabra, no sabiendo el divino secreto de la divina generacion del Mesía. Y añadiendo: «ni osó ninguno desde aquel dia» etc., muestra el evangelista que las preguntas todas, que aquellos hacían á Cristo, eran armadas sobre malicia, pues dejaban de preguntar, conociendo sus divinas respuestas. Si preguntaran con sinceridad, les creciera el deseo de preguntar, enamorados de las respuestas que les daba, pero, como preguntaban por calumniar, no querían preguntar, viendo que no salían con su intento.

Capítulo XXIII

Entónces Jesus habló á las gentes y á sus discípulos diciendo: Sobre la silla de Moisen se asientan los escribas y Fariseos; todo pues lo que os dirán que guardéis, guardadlo y hacedlo, pero no hagais segun ellos hacen, porque dicen y no hacen. Y es así

que atan cargas pesadas é incomportables y pónenlas sobre los hombros de los hombres, pero ellos no las quieren mover con su dedo. Y todas sus obras las hacen por ser vistos de los hombres, alargan sus filaterías y engrandecen las fimbrias de sus vestiduras, quieren los primeros asentamientos en los convites y las primeras sillas en las sinagogas y las saluciones en las plazas y ser llamados de los hombres rabí. Y vosotros no os hagais llamar rabí, porque uno es vuestro maestro, este es Cristo, y todos vosotros sois hermanos. Y no llameis á ninguno padre sobre la tierra, porque uno es vuestro padre, este es el que está en los cielos. Ni os hagais llamar maestros, porque uno es vuestro maestro, este es Cristo. Y el mayor de vosotros será vuestro ministro. Y cualquiera que se ensalzará, será humillado, y cualquiera que se humillará, será ensalzado.

Tres cosas hay en estas palabras dignas de ser muy consideradas. La primera, que es verdad lo que hemos dicho en el cap. 5 que muchas cosas dijo Cristo que pertenecian solamente para el tiempo en que las decia, y para aquellos que las oian, porque, pues es así que asentarse los escribas y los Fariseos sobre la silla de Moisen es lo mismo que enseñar la observacion de la ley de Moisen, es tambien así que el que querrá decir que estas palabras de Cristo pertenecen á todos tiempos, será forzado á confesar que con el evangelio ha de ser guardada toda la ley, la cual cosa es condenada desde el tiempo de los apóstoles; de manera que esta amonestacion de Cristo solamente pertenecia para aquel tiempo mientras él vivia entre los hombres, en el cual tiempo y hasta la venida del espíritu santo fué la voluntad de Dios que su pueblo estuviese sujeto á la ley, de la cual sujecion fué libre, venido que fué el espíritu santo, el cual sucedió en el regimiento y gobierno del pueblo de Dios en lugar de la ley.

Y así fué comenzada á ser cumplida la profecía de Jeremías, cap. 31, la cual entiendo que sienten comenzada á cumplir en sí mismos todos los que, aceptando el evangelio, reciben al espíritu santo; y entiendo que el perfecto y entero cumplimiento lo veremos en la vida eterna, adonde todos, chicos y grandes, conoceremos á Dios, y en él conoceremos todas las cosas, y así no tendremos necesidad de ser enseñados.

Los que, no habiendo aceptado el evangelio, no han recibido al espíritu santo, se están todavia, como dice San Pablo, debajo del pedagogo, debajo de ley, no siendo aún comenzada á cumplir en ellos la profecía de Jeremías. Y de estos son los que, aunque tienen nombre cristiano y leen el evangelio, van buscando «quid licet,» y si fuesen verdaderamente cristianos, habiendo aceptado el evangelio, dejarian de ir buscando «quid licet» y atenderian á buscar «quid expedit,» como lo he escrito en una consideracion.

Queriendo Cristo declarar la causa por qué no queria que sus discípulos hiciesen como los escribas y Fariseos, dice: «porque dicen y no hacen,» entendiendole: porque no guardan ellos lo que enseñan á los otros que guarden; y declarándose aun más en esto, dice: «y es así que atan cargas» etc., entendiendole que cargaban al pueblo con observaciones extrañas é incomportables, guardándose ellos de someterse á ellas, y aún de tocarlas con el dedo.

De estas palabras de Cristo se puede colegir que, aunque el vivir de los escribas y Fariseos era malo, porque los ánimos eran malos, la doctrina no era tan mala que por entónces fuese dañoso el seguirla. Adonde considerando yo que lo más dañoso que hay en nuestros escribas y Fariseos es la doctrina, entiendo que son aun más perniciosos los

nuestros que eran aquellos. Y cuanto á la causa, me remito á lo que he dicho en una respuesta.

Y si parecerá á alguno que es contrario esto á lo que ha dicho Cristo en el cap. 16, avisando á sus discípulos que se guardasen de la doctrina de los escribas y Saduceos, le diré que, segun yo entiendo, aquí hablaba Cristo de la doctrina que consistia en hacer, que pertenecia al cumplimiento de la ley y de las constituciones humanas, y allí hablaba de la doctrina que consiste en creer, en aceptar á Cristo por el Mesía prometido en la ley, la cual aceptacion era impedida con la doctrina de aquellos que se habian soñado un Mesía profano y mundano, y forzaban las santas escrituras á que dijesen lo que ellos se habian soñado.

Desde aquello «y todas sus obras las hacen» etc., es otra cosa digna de consideracion, porque, poniendo Cristo las calidades de aquellos escribas y Fariseos, nos abre á nosotros los ojos, para que tengamos por escribas y Fariseos á todos aquellos en los cuales veremos estas calidades.

La primera el holgar que sus obras, que ellos tienen por buenas y que el vulgo persuadido por ellos tiene por buenas, sean vistas de los hombres para que los precien y estimen por ellas.

La segunda el mostrar santidad con señales exteriores, como hacian los Fariseos y escribas con sus filaterías, adonde traian escritas algunas sentencias de la Biblia ó los mandamientos del decálogo, y con sus fimbrias que ataban en cuatro partes de sus vestiduras por mostrar aspereza de vida.

La tercera el ser ambiciosos, queriendo tener el primer lugar en todos los lugares públicos adonde estaban, como era en aquel tiempo en los convites y en las sinagogas.

Y la cuarta el ser vanos y vacantes, queriendo ser salvados y reverenciados en público y llamados maestros, como hacian los escribas y Fariseos, los cuales se hacian llamar con aquel nombre rabí que significa maestro, pero, siendo derivado de un vocablo que significa mucho, quiere decir maestro de muchas ciencias.

Desde aquello: «y vosotros no os hagais llamar» etc., es otra cosa digna de consideracion para entender algunas cosas del deber del hombre cristiano. La primera, que el cristiano por ninguna manera se ha de preciar de ser llamado con nombre que signifique grandeza ni autoridad como era el rabí y es ahora el maestro.

La segunda, que no ha de conocer por maestro sino á Cristo, y á Cristo conocen por maestro los que, teniendo del espíritu de Cristo, comienzan á sentir en sí mismos el cumplimiento de la profecía de Jeremías. Estos, aunque llaman maestros á algunos, llámanselo con las bocas por cumplir con ellos y por una cierta usanza, pero no con los corazones, no porque ellos los reconozcan por maestros, conociendo que tanto saben y entienden de las cosas espirituales y divinas cuanto sienten y experimentan dentro de sí, al cual sentimiento y á la cual experiencia tienen ellos por enseñanza, no dejando sin embargo de estimar á los que esteriormente con don de apostolado ó doctrina los encaminan y guian al sentimiento y á la experiencia interior; pero estos no se precian de ser llamados maestros

ni son llamados maestros de los que los conocen. Y no es contrario á esto que San Pablo se llamase doctor de las gentes ó de los gentiles, siendo así que se llamaba doctor porque, teniendo don de doctrina con el don de apostolado, enseñaba á los de la gentilidad el vivir cristiano.

La tercera cosa del deber del hombre cristiano es que ha de tener por hermanos á todos los que tienen del espíritu de Cristo, queriendo ser tenidos de cada uno de ellos por hermano; y en la hermandad hay igualdad con poca diferencia de hermano mayor á hermano menor.

La cuarta, que no ha de conocer por padre sino á Dios, y á Dios conocen por padre los que, siendo regenerados por el espíritu santo, espíritu cristiano, se conocen renovados en sus costumbres, comenzando á dejar y á aborrecer las costumbres profanas y comenzando á tomar y á amar las costumbres cristianas. Estos conocen á Dios por padre, porque se conocen hijos de Dios, regidos y gobernados por el espíritu de Dios y, aunque llaman padres á algunos, llamánselo con las bocas por cumplir con ellos y por usanza, pero no con los corazones, no porque ellos conozcan de ellos el ser que tienen segun el espíritu, conociéndolo solamente de Dios por Cristo.

Y no es contrario á esto lo que dice San Pablo, mostrando que le eran hijos los que por medio de su predicacion traia Dios á la obediencia de la fé, á la aceptacion del evangelio, porque su intento no es ambicioso de querer ser estimado y respetado como padre, sino solamente de querer ser creido en lo que toca á la doctrina del vivir cristiano, y es una manera de decir como si dijese: pues yo os he traído al evangelio, seguid la doctrina del vivir cristiano que yo os enseño, y no os apartéis de ella.

La quinta cosa del deber del hombre cristiano que se entiende aquí es que la superioridad cristiana consiste en servir á los que son cristianos, de manera que aquel cristiano es mayor entre los cristianos que más los sirve, no solamente en las cosas interiores y espirituales, pero tambien en las exteriores y corporales, abajándose á cualquier oficio vil por servicio de cualquiera persona cristiana, conociendo en ella á Cristo, al espíritu de Cristo.

Y concluyendo Cristo estas sus amonestaciones, diciendo: «y cualquiera que se ensalzará» etc., muestra que su intento en todas ellas ha sido exhortarnos á la humildad, á que nos despreciemos y abajemos, haciendo todo el contrario de lo que hacian los escribas y Fariseos, de manera que con la humildad mostremos la diferencia que hay entre los santos del mundo y los santos de Dios, y entiende Cristo que Dios humillará y abatirá por tierra al que á ejemplo de los Fariseos se ensalzará, y que ensalzará al que á ejemplo suyo de él se humillará, y echará por tierra, despreciando y aniquilándose á sí y holgando de ser despreciado y aniquilado de los hombres hasta perder aquella vana arrogancia que por la depravacion natural es anexa á todos los hombres, para el cual efecto la más propia medicina es considerar la humildad de Cristo, el cual «cum in forma Dei esset, non rapinam arbitratus est etc., sed semetipsum exinanivit» etc., Filip. II.

Y ¡guai de vosotros escribas y Fariseos hipócritas! que cerrais el reino de los cielos delante de los hombres y vosotros ciertamente no entráis ni dejais entrar á los que entran.

¡Guai de vosotros escribas y Fariseos hipócritas! que os tragais las casas de las viudas y con achaque de que orais mucho; por esto tomareis más abundante condenacion. ¡Guai de vosotros escribas y Fariseos hipócritas! que rodeais la mar y la tierra por hacer un tornadizo, y despues de hecho lo haceis hijo del infierno doblado que vosotros. ¡Guai de vosotros guías ciegas! los que decís: el que jurará por el templo, no es nada, pero el que jurará por el oro del templo, es deudor. Locos y ciegos ¿cuál es mayor el oro ó el templo que santifica al oro? Y: el que jurará por el altar, no es nada, pero el que jurará por el don que está sobre él, es deudor. Locos y ciegos ¿cuál es mayor: el don ó el altar que santifica al don? Pues el que jura por el altar, jura por él y por todo lo que está sobre él; y el que jura por el templo, jura por él y por el que mora en él; y el que jura por el cielo, jura por el trono de Dios y por el que está asentado sobre él. ¡Guai de vosotros escribas y Fariseos hipócritas! que diezmais la hierba buena y el eneldo y el comino y dejais lo que es más grave de la ley: el juicio, la misericordia y la fé. Esto convenia hacer y no dejar aquello. Guías ciegas que colais el mosquito y os tragais el camello. ¡Guai de vosotros escribas y Fariseos hipócritas! que alimpiáis lo de fuera del vaso y del plato, pero dentro están llenos de robo y de suciedad. Fariseo ciego, alimpia primero lo de dentro del vaso y del plato para que sea tambien limpio lo de fuera de ellos. ¡Guai de vosotros escribas y Fariseos hipócritas! que sois semejantes á los sepulcros blanqueados, los cuales parecen bien por de fuera hermosos, pero dentro están llenos de huesos de muertos y de toda suciedad; así tambien vosotros por de fuera parecis bien á los hombres justos, pero dentro estais llenos de hipocresía y de iniquidad. ¡Guai de vosotros escribas y Fariseos hipócritas! que edificais los sepulcros de los profetas y adornais las memorias de los justos y decís: si estuviéramos en los días de nuestros padres, no participáramos con ellos en la sangre de los profetas. De manera que vosotros mismos os sois testimonio que sois hijos de los que mataron á los profetas, y vosotros cumplid la medida de vuestros padres. Serpientes, generacion de víboras ¿cómo huireis de la condenacion del infierno?

Dos cosas son dignas de consideracion en estas palabras. La primera que, siendo Cristo la misma mansedumbre, benignidad y misericordia con todo el pueblo segun que lo habemos visto en lo pasado, era áspero, riguroso y reprehensible contra los escribas y Fariseos, porque tenian la cumbre de la santidad, hacian el último de potencia por ser tenidos y estimados santos, siendo; impíos, inícuos y perversos. Adonde aprendemos nosotros que no hay cosa más aborrecible á Dios que es la hipocresía, la santidad exterior de los que se tienen y huelgan de ser tenidos por santos en el mundo, encubriendo sus bellaquerías y publicando sus falsas bondades. Y aprendemos más que contra estos nos habemos de oponer por gloria de Dios, siempre que veremos que son perjudiciales en el pueblo de Dios, en la iglesia de Dios y entre los escogidos de Dios, descubriendo sus hipocresías y sus ruindades á fin que no les sea dado crédito en sus falsas doctrinas, mirando sin embargo por nosotros que no nos apasionemos, que no dejemos que la carne se cebe en la tal obra, porque esto seria apartarnos del deber y del decoro cristiano.

Con este intento entiendo que Cristo dijo todo esto contra los escribas y Fariseos, y con el mismo entiendo que San Pablo llamaba perros y malos obreros á los falsos apóstoles. Adonde añadiré esto: que, así como no tendré por malo que uno, imitando á Cristo y á San Pablo, descubra la falsa doctrina y la maldad de los que, siendo santos del mundo, hacen profesion de ser santos de Dios, porque creeré que lo que dice lo dice por celo del evangelio de Cristo y de Dios, libre de pasion humana, así tampoco tendré por malo que otro, aunque

vea y conozca la falsa doctrina y la maldad de los santos del mundo, disimule y calle, porque creeré que no le basta el ánimo á hablar, conociéndose tan flaco que no podría hablar sin apasionarse, sin poner del suyo.

La segunda cosa que hay que considerar en estas palabras, es ocho calidades que concurren en los que son santos del mundo, cuales eran los escribas y Fariseos.

La primera calidad es ser contrarios al vivir cristiano y espiritual, interpretando las santas escrituras á su modo, segun sus opiniones y no segun lo que pretendieron los que las escribieron. Esto entiendo que es cerrar el reino de los cielos delante de los hombres, de la cual cosa se sigue siempre que no entran en el reino de los cielos, en la iglesia cristiana y espiritual los tales intérpretes, ni dejan entrar á los que entran, impidiéndoles y estorbándoles la entrada por todas las vías y maneras para ello posibles, de manera que, diciendo: «ni dejais entrar á los que entran,» entienda que, cuanto á ellos, no entraria ninguno de los que entran, porque hacen el último de potencia por no dejarles entrar.

La segunda calidad de los santos del mundo es engañar á las viudas y personas devotas, pero símplices, comiéndoles sus haciendas con darles á entender que ruegan mucho á Dios por ellas; los que son tales, dice Cristo que llevarán ó tomarán «más abundante condenacion,» cargando el mal que hacen á las viudas sobre el mal que se hacen á sí mismos, siendo malignos y perversos.

La tercera calidad de los santos del mundo es procurar y beber, como dicen, los vientos por traer á uno á su religion ó profesion, como seria decir: hacer cristiano aparente á un judío, moro ó turco, y despues hacerlo mas diabólico é infernal que son ellos, en cuanto el tal, desengañado y librado de su religion y no tomando la cristiana, que es toda espiritual é interior, queda impiísimo. Y aquí entiendo con cuanto miramiento deben andar los hombres cuando apartan á uno de una religion por traerlo á otra, ó del vivir supersticioso por traerlo al vivir espiritual.

La cuarta calidad de los santos del mundo es la avaricia solapada, cual era la de los escribas y Fariseos, los cuales hacian grave el jurar por el oro del templo y por el don ó la ofrenda del altar porque el que juraba pagase oro y diese ofrenda, y no hacian grave el jurar por el templo ni por el altar porque el que juraba no podia ser condenado á pagar templo ni altar, no siendo lícito hacer otro templo ni otro altar, y no consideraban lo que dice Cristo que es mayor el templo que el oro y el altar que el don, pues es así que el oro era santo porque estaba en el templo, y el don era santo porque estaba en el altar. Esto pertenecia para aquellos tiempos. Y diciendo santo, entiendo: dedicado á Dios.

Tambien podría ser que en estas palabras tachase Cristo á los escribas y Fariseos de la ceguedad en la inteligencia de la ley, y así seria la cuarta calidad de los santos del mundo la ceguedad en la inteligencia de la santa escritura. Cuanto al jurar, me remito á lo que he dicho sobre el cap. 5.

La quinta calidad de los santos del mundo es que son escrupulosos en las cosas de poca importancia. Tales dice Cristo que eran los escribas y Fariseos que ponian gran diligencia en el diezmar las hierbezuelas y las legumbres y así otras cosas de poca importancia no

teniendo cuenta con las cosas que eran el fundamento de la ley, como son: el juicio, juzgando justa é igualmente á todos; la misericordia, apiadando á las personas miserables, mezquinas y afligidas; y la fé, dando crédito á las palabras de Dios, confiándose en sus prometimientos y dependiendo en todo y por todo de Dios.

En tiempo del evangelio cumplimos estas tres cosas aplicándonos á ser rectos é iguales en el juzgar entre nuestros prójimos y hermanos, y á ser piadosos con ellos, y á creer que, castigando Dios en Cristo nuestros pecados, nos ha perdonado y nos tiene ya por justos, por resucitados y glorificados; y es cosa cierto admirable que entre los cristianos apenas haya quien se confiese de lo que falta en esta fé cristiana. Añadiendo Cristo: «esto convenia hacer» etc., mitigó la calumnia que le podian dar diciendo que enseñaba que no fuesen pagados los diezmos; en efecto se ve que tuvo Cristo intento á que no se le pudiese decir que era en cosa ninguna contrario á lo que mandaba la ley. Al escrupular las cosas de poca importancia y dejar pasar las cosas de mucha importancia llama Cristo colar el mosquito y tragar el camello.

La sexta calidad de los santos del mundo es ser muy supersticiosos en la santidad exterior y aparente, y ser muy licenciosos en la interior y existente, haciendo como los que lavan el vaso ó el plato por de fuera y lo dejan sucio en lo de dentro á donde es más necesaria la limpieza, porque la suciedad exterior no ensucia lo que se bebe ó lo que se come, si bien ofende á los ojos y á las manos del que bebe ó come, y la suciedad interior ensucia á lo uno y ofende á lo otro. Añadiendo Cristo: «Fariseo ciego, limpia primero» etc., nos enseña que debemos atender primero á componer y adornar el hombre interior, porque, alimpiado este, es fácil cosa componer el exterior, ántes él se compone de suyo, y, cuando el exterior es compuesto primero, el interior queda más descompuesto, porque el hombre se mira de fuera y, hallándose justo y santo, no cura de lo de dentro. Aquí cuadra bien la comparacion de la sarna ó roña que me acuerdo haber escrito.

La séptima calidad de los santos del mundo es el ser semejantes á las sepulturas ó á los sepulcros muy adornados en lo de fuera y muy hediondos en lo de dentro; el ornamento exterior consiste en todas aquellas cosas que tienen apariencia de santidad, y la hediondez interior consiste en la infidelidad, en el amor propio, en la malicia y malignidad, que son siempre anexas á los que son santos del mundo.

La octava calidad de los que son santos del mundo es honrar, preciar y estimar á los que han sido santos de Dios, y deshonorar, despreciar, perseguir y matar á los que son santos de Dios; y es así que, no pudiendo negar la santidad de los pasados, por lo que se ha visto en ellos, los honran, los precian y los estiman, como hacian los escribas y Fariseos con los profetas y con las otras personas justas, edificándoles sepulcros y memorias ó monumentos, y es tambien así que, no pudiendo sufrir la santidad de los presentes, porque con ella es condenada la suya de ellos que es falsa y fingida, los deshonoran, desprecian, persiguen y matan, como hacian los escribas y Fariseos con Cristo é hicieron despues con los cristianos que son santos de Dios.

De manera que no reprehende aquí Cristo á los escribas y Fariseos por lo que hacian con los profetas y con los justos que sus padres habian matado, sino porque, perseverando ellos en ser tales como sus padres, hacian lo que hicieron ellos, si bien afirmaban el contrario,

como si dijera Cristo: ¿de qué sirve condenar lo que hacian vuestros padres? pues, siendo vosotros tales como ellos, haceis y hareis como hicieron ellos. Y añadiendo: «y vosotros cumplid» etc., entiende: pues sois tales como vuestros padres, desenmascarais y haced como ellos hicieron. Y considerando Cristo el castigo que habia de cargar sobre ellos, añadió: «serpientes» etc., entendiendo: vosotros hareis como vuestros padres y sereis castigados como ellos en el fuego del infierno.

Estas ocho calidades que concurren en los santos del mundo, las deben bien considerar los que son santos de Dios, para guardarse de sus doctrinas y de sus conversaciones, y santos de Dios son aquellos que están aplicados á las ocho beatitúdes que pone Cristo en el cap. 5, las cuales son como ocho calidades de los que son santos de Dios.

Por tanto catad que yo os envio profetas y sabios y escribas, y de ellos matareis y crucificareis y de ellos azotareis en vuestras sinagogas y perseguireis de ciudad en ciudad, á fin que venga sobre vosotros toda sangre justa derramada sobre la tierra desde la sangre de Abel el justo hasta la sangre de Zacarías hijo de Barachías al cual matasteis entre el templo y el altar. Dígoos de verdad: vendrá todo esto sobre esta generacion. ¡Jerusalem, Jerusalem!, que matas á los profetas y apedreas á los que te son enviados, cuántas veces he querido recoger á tus hijos de la manera que la gallina recoge á sus pollos debajo las alas, y no habeis querido! Hé aquí, es dejada vuestra casa desierta. Porque os digo: no me vereis de aquí adelante hasta que digais: Bendito el que viene en nombre del Señor.

Habiendo Cristo puesto las ocho calidades que concurrían en los escribas y Fariseos, las cuales concurren á la letra en todos los santos del mundo, en cuanto tambien ellos son escribas y Fariseos, viene á amenazar terriblemente á toda la nacion hebrea, entendida por los escribas y Fariseos y por Jerusalem, diciendo: «por tanto catad que yo os envio» etc. Adonde pareciéndome que no cuadran bien estas palabras que Cristo las diga de sí que él enviaba profetas etc., si bien él las pudiera decir de sí, me remito á San Lúcas, el cual, diciendo: «por tanto y la sabiduría de Dios dijo» etc., declara que estas palabras no las dijo Cristo en su nombre sino en nombre de la sabiduría de Dios, y esto pertenece á la humildad de Cristo que, pudiéndolas decir en su nombre, siendo él la sabiduría de Dios, porque no le convenian en el hábito en que estaba, las dijo en nombre de la sabiduría de Dios, quiero decir que, aunque las dijo él de sí, quiso atribuir las no á sí sino á la sabiduría de Dios que hablaba en él, porque sus palabras fuesen más estimadas de los que las oian, ántes pienso que era esta una manera de hablar de la lengua hebrea, porque está una semejante al principio del libro del Eclesiaste, adonde dice: «Vanidad de vanidades y todo vanidad, dijo la predicadora,» y entienden los hebreos que Salomon atribuía sus palabras á la sabiduría de Dios, á la cual llama concionadora ó predicadora.

De manera que entendamos que, diciendo Cristo: «por tanto catad que yo os envio» etc., entiende: y pues sois tales, os quiero decir lo que la sabiduría de Dios tiene determinado de vosotros, esto es que, pues os ha enviado, envia y enviará profetas, sabios y escribas ó letrados que os pongan por el camino de la verdad, y vosotros no solamente no los habeis querido escuchar, pero los habeis tratado con toda crueldad, matándolos, crucificándolos y persiguiéndolos, que caiga sobre vosotros el castigo de Dios que merecen estas vuestras maldades y bellaquerías, de manera que sea castigada en vosotros toda la sangre de

hombres justos que ha sido derramada sobre la tierra desde el principio del mundo hasta la hora de ahora. Así entiendo estas palabras.

Sobre quién era este Zacarías hijo de Barachía hay diversas opiniones, yo tanto pienso que fuese alguno que en tiempo de Cristo fué matado y áun despues de ser muerto San Juan. Y añadiendo Cristo «dígoos de verdad» etc., mostró claramente que entendió de la destruccion de Jerusalem que segun dicen fué setenta y cinco años despues del nacimiento de nuestro Señor Jesu-Cristo, y esto se confirma más por la exclamacion contra Jerusalem que añade diciendo: «¡Jerusalem, Jerusalem» etc. Adonde se han de entender dos cosas, la una, que debajo del nombre de Jerusalem entendia Cristo á toda la nacion hebrea, y la otra, que hablaba de lo que habia sido y habia de ser.

Por aquello: «¡cuántas veces he querido» etc., parece que los hombres pueden hacer resistencia á la voluntad de Dios, de manera que no pueda Dios hacer de los hombres lo que quiere, adonde juntando esto con lo que dice Cristo: «nemo potest venire ad me nisi pater, qui misit me, traxerit eum» Juan 6, pienso si se podria decir que somos todos los hombres tan ajenos de querer lo que Dios quiere de sujetarnos á su voluntad, que no nos puede reducir miéntras usa de la potestad ordinaria, como parece que usaba con Jerusalem, pues no podia salir con su intento, y que nos reduce usando de la potestad absoluta, á la cual, como dice muchas veces la santa escritura, ninguno puede hacer resistencia, y de la cual usa Dios con todos cuantos trae á Cristo, trayéndolos por fuerza á Cristo, no rigurosa sino amorosa, dulce y sabrosa.

Yo tanto puedo bien afirmar esto de mí, y de tal manera fuí como violentado á venir á Cristo que soy cierto que, aunque quisiera resistir, no pudiera; y pensando esto mismo de cada uno de los que están incorporados en Cristo, pienso que usa Dios con ellos de la potestad absoluta, forzándolos y violentándolos para que dejen el reino del mundo y entren en el reino de Dios, dejen la imágen de Adam y tomen la imágen de Cristo, aceptando la gracia del evangelio. Cuanto á la manera como entiendo que Dios nos fuerza y nos violenta, me remito á lo que he dicho en una consideracion.

Tambien se puede decir aquí lo que algunos entienden, poniendo dos voluntades en Dios y llamando á la una «voluntas signi,» y la otra «voluntas beneplaciti.» De manera que entienda Cristo que Dios habia hecho con Jerusalem muchas demostraciones de quererla reducir y allegar á sí, y que ella no habia querido, porque á esta voluntad de Dios, mostrada por señales y amonestaciones exteriores, cuales fueron las de Jerusalem, á la cual fueron enviados profetas, sábios y escribas, pueden los hombres hacer resistencia, no pudiéndola hacer á la voluntad de Dios que es con deliberacion y determinacion, porque así lo quiere y le place.

Segun esta distincion se puede entender que, siempre que la santa escritura dice que los hombres hacen resistencia á la voluntad de Dios, entiende á la que es llamada «voluntas signi,» y que, siempre que dice que los hombres no pueden hacer resistencia á la voluntad de Dios, porque él hace todo lo que quiero, entiende á la que es llamada «voluntas beneplaciti.»

Buena es esta inteligencia, pero á mí más me place y más me edifica la primera, y téngola por más cierta, tanto por la experiencia que tengo de ella, quanto porque con ella es más descubierta la depravacion de esta nuestra natura depravada, y es más ilustrada la gloria de Dios, su bondad y su liberalidad, pues es así que, viendo que los hombres resisten á su potencia ordinaria, usa de la potencia absoluta quando quiere y con los que quiere, dándoles conocimiento de su bondad y misericordia, poniéndoles delante de los ojos á Cristo y mostrándoles la felicidad de la vida eterna, y así con una violencia amorosa y sabrosa los reduce á que hagan su voluntad.

Diciendo Cristo: «hé aquí, os es dejada» etc., entiende: y pues no habeis querido lo que la sabiduría de Dios, el mismo Dios, ha querido, habiéndole hecho resistencia, sabed cierto que la sabiduría de Dios, el mismo Dios, se apartará de vosotros y os dejará que vais tras vuestras fantasías. Aquello: «porque os digo: no me vereis» etc., está obscuro, si entendemos que son todas palabras dichas en nombre de la sabiduría de Dios; entenderemos que quiere decir que aquellas gentes no serian capaces de la sabiduría de Dios si no conocian á Cristo, y, aunque entendamos que son dichas en nombre del mismo Cristo, puede estar esta sentencia que diga Cristo: pues yo os certifico que no me vereis más si primero no me conoceis para poder con gozo alabar mi venida en el mundo, siendo como soy enviado por Dios, diciendo: «bendito el que viene» etc., de manera que aquello: «hasta que digais» valga tanto como si dijese: si primero no decís.

En la inteligencia de estas palabras no quedo bien satisfecho. Aquí podría reclamar la prudencia humana, diciendo: que hizo Dios agravio á los moradores de Jerusalem, castigando en ellos la sangre que habian derramado sus antepasados y no ellos, á la cual se ha de responder que usó bien Dios de misericordia con los antepasados de aquellos, no castigando de mano en mano en ellos la sangre que iban derramando, y que no usó de injusticia, castigándola toda en aquellos, tanto porque, aunque se dice así, no fué mayor el castigo que la propia maldad merecia, quanto porque somos criaturas suyas y puede hacer de nosotros á su voluntad sin poder ser jamás argüido de injusticia.

Y aquí se puede notar cuánto son diferentes los juicios de Dios de los juicios de los hombres, y la justicia de Dios de la justicia de los hombres, la cual cosa deberia ser bastante á mortificar y á matar toda cuanta prudencia y sabiduría humana puede haber, en quanto toca á querer juzgar las obras de Dios, poniéndose á cuenta con él, porque castigó á estos y no á los otros, porque fuerza con su potestad absoluta á unos y no á otros, en la cual cosa más que en otra ninguna muestran los hombres su arrogancia y su impiedad, y por tanto estos exámenes no están jamás en personas incorporadas por fé en Cristo, las cuales son humildes y tienen piedad, y por tanto aprueban todas las obras de Dios por santas, justas y buenas, adorando lo que no entienden.

Capítulo XXIV

Y saliendo Jesus se partia del templo, y allegáronse sus discípulos á mostrarle los edificios del templo, y Jesus les dijo: ¿No veis todo esto? Dígoos de verdad: no quedará aquí piedra sobre piedra que no sea destruida. Y asentado él en el monte de las Olivas,

allegáronse á él los discípulos aparte, diciendo: Dínos, ¿cuándo será esto y cuál es la señal de tu venida y de la fin del mundo? Y respondiendo Jesus les dijo: Mirad, no os engañe ninguno, porque muchos vendrán en mi nombre, diciendo: Yo soy Cristo, y engañarán á muchos. Y oireis guerras y sonidos de guerras; advertid, no os perturbeis, porque conviene que todo sea hecho así. Pero aún no es la fin, porque se levantará gente contra gente y reino contra reino, y habrá pestilencias y hambres y terremotos por los lugares; todo esto es principio de dolores. Entónces os entregarán á la afliccion y os matarán, y sereis aborrecidos de todas las gentes por mi nombre, y entonces se escandalizarán muchos y se entregarán unos á otros y se aborrecerán unos á otros, y levantaránse muchos falsos profetas y engañarán á muchos; y por el abundar la iniquidad se resfriará la caridad de muchos, y el que perseverará hasta el fin, este se salvará. Y será predicado este evangelio del reino en todo el mundo por testimonio á todas las gentes. Y entónces vendrá el fin.

En la inteligencia de este capítulo hallo más dificultad que en ninguno otro de todo el testamento nuevo; yo diré lo que al presente alcanzo á entender: remitiéndome á mejor y más cierta inteligencia. Cuanto á lo primero, entiendo que los discípulos mostraron á Cristo el edificio del templo por una cosa suntuosísima, y que, tomando Cristo ocasion de aquello, les profetizó la destruccion del templo, diciendo, «no quedará aquí piedra» etc., denotando que la destruccion seria en todo extremo terrible.

Y entiendo que, habiendo los discípulos sentido esta profecía, desearon saber el propio tiempo en que habia de ser cumplida, y que, imaginándose que el cumplimiento de aquella profecía habia de ser en el segundo advenimiento de Cristo en la fin del mundo, se llegaron á Cristo á preguntarle de todas dos cosas, de la destruccion de Jerusalem y de su venida al juicio en la fin del mundo.

Y entiendo que Cristo les respondió á todas dos cosas, mezclando la una con la otra de tal manera que los discípulos podian confirmarse en su pensamiento que todas dos cosas habian de ser en un mismo tiempo.

La causa porque Cristo respondió de esta manera, yo no la sé; pienso bien que de esta respuesta tomaron principal ocasion los discípulos de pensar que la fin del mundo habia de ser en su tiempo, como he notado en San Pablo, ántes por San Pedro parece que algunos cristianos de la primitiva iglesia comenzaban á vacilar en la fé, viendo que Cristo tardaba en su venida, y puede ser que respondiese Cristo así confusamente á los discípulos por terneros siempre en esperanza de su venida.

La cual esperanza hace estos dos efectos en los que están en ella: el uno es que los tiene alegres y contentos espiritualmente, y el otro es que en gran manera mortifica en los que esperan todos los deseos y deseos de carne y de mundo y, conociendo yo por experiencia la divina eficacia de este esperar á Cristo, tengo por cierto que esta esperanza sea aquella divina virtud puesta entre la fé y la caridad.

Cuanto á la respuesta de Cristo entiendo que todas estas palabras que he traducido pertenecen á todo el tiempo de la manifestacion del evangelio, comenzando desde la venida del espíritu santo hasta el propio día del juicio, en el cual tiempo, así como son anexas á los

discípulos de Cristo todas estas cosas que aquí nos profetizó Cristo, así nos son necesarios todos estos avisos que aquí nos da Cristo.

Y en todas estas palabras entiendo que pretende Cristo avisarnos que ni estemos descuidados de su venida ni tampoco nos creamos de ligero en ella, por los inconvenientes que de cualquiera de estas dos cosas nos podrían entrevenir, en cuanto del descuidarnos podría resultar el hacernos licenciosos, y del creernos de ligero podría resultar el apartarnos de Cristo, pensando que nos llegamos á Cristo, tomando al Anticristo por Cristo.

Y así dice: «mirad, no os engañe ninguno» etc. Y lo que se sigue: «porque muchos vendrán» etc., entiendo que de mano en mano se va cumpliendo y que será colmado al último tiempo. Y aquello: «oíreis guerras» etc., entiendo que pertenece á advertirnos que, si bien veremos y oiremos decir que todo el mundo se enciende en guerra, que no pensemos que ha de perecer por guerra, porque, si bien las guerras serán como preludios ó escaramuzas de la fin del mundo, no serán ellas las que lo acabarán.

Añadiendo Cristo: «porque se levantarán» etc., satisface á lo que ha dicho: «oíreis guerras.» á las cuales ayunta las pestilencias y la hambre que son siempre anexas á las guerras, y ayunta los terremotos que atemorizan y amedrentan á los hombres. Diciendo: «todo esto es principio de dolores,» entiende que estos males que habian y han de venir de tiempo en tiempo, en el mundo ántes de la fin del mundo, no serán el mal de los males á los hombres del mundo sino el principio de los males, siendo el fin el dia del juicio, dia de supremo dolor para los hombres del mundo y de sumo gozo para los hijos de Dios.

Añadiendo Cristo: «entónces os entregarán» etc., parece que entiende que en todos estos tiempos crecerá sobre manera el ódio que los hombres del mundo concebirán contra los hijos de Dios, santos de Dios, como adivinando que desean que el mundo perezca, y por tanto los perseguirán y matarán cruelísimamente.

Y esta persecucion entiendo que será sin ninguna comparacion más terrible y más cruel en el tiempo vecino al juicio que la que padecieron los cristianos en la primitiva iglesia y que de mano en mano habrán padecido hasta entónces, consistiendo la mayor terribilidad en esto, que los que tendrán nombre de cristianos, pretendiendo religion y santidad cristiana, perseguirán á los que confesarán la fé cristiana y vivirán como cristianos, imitando á Cristo; y así vendrá á ser mayor la gloria de la iglesia cristiana en su fin que en su principio.

Por aquello: «y entónces se escandalizarán muchos» me confirmo en que toda esta persecucion vendrá de los falsos cristianos á los verdaderos cristianos, muchos de los cuales se escandalizarán, se ofenderán, viendo que permite Dios que sean tratados de aquella manera de los que se llamarán cristianos.

Lo mismo es: «se entregarán» que: se venderán; los falsos cristianos venderán á los verdaderos y los aborrecerán, y verdaderamente se me representa en esta última persecucion de la iglesia una tanta confusion y un escándalo tan general en las personas no bien fundadas y fortificadas en la fé cristiana, habiéndola confirmado con propia experiencia del vivir cristiano, que apénas oso pensar en ella, ántes no me basta el ánimo por mi flaqueza y poquedad, mayormente cuando ayunto lo que añade Cristo: «y

levantaránse muchos falsos profetas» etc., porque se me representa que tras estos irán los falsos cristianos, y que los unos y los otros, pretendiendo hacer servicio á Dios y á Cristo, darán tras los verdaderos cristianos, no pudiendo sufrir ni comportar que no sigan lo que ellos y vivan como ellos.

Profetas llama á los que pretenderán predicar el evangelio y entender las santas escrituras. Aquello: «y por el abundar» entiendo que está dicho al trocado segun el hablar de la lengua hebrea; quiero decir que, entendiendo Cristo que de resfriarse la caridad en muchos resulta que abunda la iniquidad, dice que de abundar la iniquidad resulta el resfriarse la caridad.

Esto lo entiendo así, entendiendo que habla aquí Cristo de los malos cristianos, la depravacion de los cuales entiendo que comienza en que se descuidan de la fé cristiana, de donde resulta el resfriarse en la caridad cristiana, del cual resfriamiento resulta la depravacion en las costumbres cristianas y así la malicia y malignidad en los ánimos; y es esto así siempre, que, atendiendo nosotros á tener siempre viva en nuestros ánimos nuestra fé cristiana, crecemos en caridad cristiana y en costumbres cristianas, y, descuidándonos nosotros de nuestra fé cristiana, nos resfriamos en la caridad cristiana y así perdemos las costumbres cristianas.

De esto he hablado en dos respuestas. Y aunque me parece buena esta interpretacion, tengo por mejor decir que entiende Cristo que del abundar la iniquidad, malignidad y perversidad en los hombres del mundo, resultará el resfriarse en la caridad muchos santos de Dios, atemorizados por la furia con que serán perseguidos de los hombres del mundo.

Añadiendo Cristo: «y el que perseverará» etc., entiendo que se salvarán, que alcanzarán vida eterna los que no se apartarán de la fé cristiana y caridad cristiana ni por las persecuciones de los falsos profetas ni por las persecuciones de los falsos cristianos.

Y concluyendo Cristo esta su amonestacion que pertenece hasta el dia del juicio, añade: «y será predicado este evangelio» etc., entiendo que, ántes que venga la fin del mundo, ha de ser predicado por todo el mundo el evangelio, la buena nueva de la remision de pecados y reconciliacion con Dios, que es intimada generalmente á todos los hombres á fin que no haya ninguno que se pueda quejar sino de sí mismo.

Adonde entiendo que, porque los hombres podrian alegar en su defension su fragilidad, el ser concebidos y nacidos en pecado conforme á aquello: «ecce enim in iniquitatibus conceptus sum» etc., el evangelio les quita esta desculpa, en cuanto, ofreciéndoles él la remision de los pecados y no queriendo ellos aceptarla, no les quede desculpa ninguna, y de esta manera el evangelio será testimonio á todas las gentes porque les mostrará su infidelidad, impiedad y malignidad.

Aquí queda este escrúpulo: ¿cómo podrá el evangelio ser testimonio á aquellas gentes que serán muertas sin haber tenido ninguna noticia de él como será decir á los indios que murieron ántes que oyesen nombrar á Cristo, y aún á muchas gentes que mueren ántes que les sea propuesta la verdad cristiana, la remision de pecados y reconciliacion con Dios de que gozan los que la creen, en lo cual consiste el evangelio? Pero aquí es necesario que

cautive el hombre su entendimiento y que, confesando su ignorancia, adore lo que no entiende, certificándose por las palabras de Cristo que, luego que el evangelio será predicado por todo el mundo, vendrá la fin del mundo. Pues cuando vereis la abominacion de la destruccion., la dicha por Daniel, profeta, estar en lugar santo ¡el que lee entienda! entónces los que estarán en Judéa, huyan á los montes, y el que en el tejado, no baje á tomar nada de su casa, y el que en el campo, no torne á tomar sus vestiduras, y ¡guai de las preñadas y de las que darán la teta en aquellos dias! Orad, pues, para que vuestra huida no sea en invierno ni en sábadó, porque habrá entónces grande afliccion cual no ha sido desde el principio del mundo hasta ahora ni será. Y si aquellos dias no fuesen acortados, no sería salva toda carne, pero por los escogidos serán abreviados aquellos días.

Estas palabras parece que pertenecen á la primera pregunta que hicieron los discípulos, acerca de la destruccion de Jerusalem, y así parece que en lo que dice de la abominacion de la destruccion ó abominacion destruidora, tomándolo de Daniel, alude á la estatua de Adriano que dicen que estuvo en el templo de Jerusalem, algunos años. Y parece que, porque las palabras de Daniel están oscuras, añadió Cristo: «el que lee entienda;» yo tanto no las entiendo, como tampoco entiendo en qué manera la estatua de Adriano puesta en el templo de Jerusalem, habia de ser señal de su ruina que ya era pasada. Entiendo bien que, queriendo Cristo exprimir una terrible y espantosa ruina y persecucion, pone aquellas cosas que acontecen cuando una ciudad es entrada por fuerza y es puesta á cuchillo, en cuanto los moradores de ella, habiendo perdido la esperanza de salvar las haciendas, atiendan solamente á salvar las vidas, huyendo á los montes, escondiéndose en lo alto de sus casas y no curando ni áun de tomar sus vestidos, y en cuanto están á mal partido las mujeres preñadas porque no pueden huir, y las que dan la teta porque no les basta el ánimo dejar sus niños.

Y queriendo Cristo exprimir aun mejor la furia de la persecucion, añade: «rogad, pues, que vuestra huida» etc., acomodándose al tiempo en que hablaba, en el cual no era lícito caminar en sábadó más que cierto número de pasos, ántes pienso que era un comun hablar como sería decir: guárdeos Dios de venir en necesidad de huir en invierno que hay malos caminos, y en sábadó que no es lícito caminar. Y poniendo la causa de estas amonestaciones, dice: «porque habrá entónces grande afliccion» etc.; y añadiendo: «y si aquellos días» etc., puede entender que, si Dios no atajase la afliccion de aquel tiempo, no consintiendo que la persecucion pasase adelante, no quedaría vivo judío ninguno; y añadiendo: «pero por los escogidos» etc., puede entender que atajaría Dios la furia de aquella persecucion porque no pudiesen en ella los judíos que él tenia escogidos para traerlos á Cristo y darles vida eterna con Cristo.

De toda esta interpretacion quedo mal contento, pareciéndome que cuadrarian mejor á lo ménos estas últimas palabras en el dia del juicio, tanto porque no entiendo que la destruccion de Jerusalem haya sido mayor que fué la del diluvio ni que será la del tiempo del juicio, y entiendo que la del juicio será mayor que la de Jerusalem y que la del diluvio, cuanto porque aquello: «no sería salva toda carne,» que es lo mismo que si dijese: no se salvaría hombre ninguno, pertenece más al tiempo del juicio que al de la ruina de Jerusalem, siendo como es un hablar general, cuanto tambien porque aquello: «pero por los escogidos» etc., cuadra mucho mejor en el tiempo del juicio en el cual abreviará y acortará

Dios la persecucion con que será perseguida la fé cristiana y será perseguido el vivir cristiano, porque no perezcan en ella sus escogidos y así no perezca toda la carne. Van estas palabras tan mezcladas las que pertenecen al juicio con las que pertenecen á Jerusalem y áun á las persecuciones contra los verdaderos cristianos que han sido y serán hasta la fin del mundo, que apenas puede el hombre distinguir las unas de las otras.

Entónces si alguno os dirá: ¡Hé aquí á Cristo! Ó: aquí! no lo creais, porque se levantarán falsos cristianos y falsos profetas, y darán grandes señales y milagros hasta ser engañados, si fuese posible, tambien los escogidos. Hé aquí, os lo he dicho. Por tanto si os dirán: ¡Hé aquí está en el desierto! no salgais. ¡Hé aquí en los escondrijos! no lo creais. Porque así como el relámpago sale de oriente y es visto hasta poniente, así será el advenimiento del hijo del hombre. Porque adonde estará, el cuerpo, allí se ayuntan las águilas.

Estas palabras propiamente pertenecen al tiempo del juicio y fin del mundo, en las cuales aprendemos cinco cosas.

La primera, que no habemos de dar crédito á ningun hombre que se nos haga Cristo, aunque le veamos hacer mucho mayores milagros de los que leemos que hizo Cristo.

La segunda, que los que, sintiendo su vocacion interior, se conocen escogidos de Dios, pueden estar ciertos que, por mucho que los hombres del mundo ayudados de los demonios del infierno trabajen por engañarlos, no serán bastantes á ello.

La tercera, que el engaño de los escogidos de Dios podria consistir en ir á buscar al que se hiciese Cristo, puesto en el desierto ó escondido en lo más secreto de la casa, porque correrian peligro de seguirlo y siguiéndolo se apartarian de Cristo.

La cuarta, que la venida de Cristo será presta, ilustre, clara y manifiesta por todo el mundo, comparada al relámpago que en un punto se muestra desde oriente hasta poniente.

La quinta, que en el dia del juicio los escogidos de Dios serán ayuntados con Cristo así como las águilas se ayuntan adonde ven un cuerpo muerto. Aquello: «hasta ser engañados» etc., parece que responde á lo que ha dicho que por los escogidos serán abreviados aquellos dias de persecucion, siendo el remedio de ella la presta venida de Cristo. En aquello: «en el desierto y en los escondrijos,» se han de entender todas las otras partes para donde los falsos cristianos llamarán á los verdaderos, llevándolo al Anticristo con achaque de llevarlos á Cristo.

Y luego despues de la afliccion de aquellos dias se oscurecerá el sol, y la luna no dará su claridad, y las estrellas caerán del cielo, y las potencias del cielo se moverán. Y entónces será vista en el cielo la señal del hijo del hombre. Y entónces lloraran todos los tribus de la tierra y verán al hijo del hombre venir en las nubes del cielo con potencia y gloria grande, y enviará á sus ángeles con voz grande de trompeta y ayuntarán á sus escogidos de cuatro vientos desde lo alto de los cielos hasta el término de ellos.

Entiende Cristo que, pasada la afliccion y persecucion que será ántes de su advenimiento, sucederá esto que el sol se oscurecerá etc., y que entónces, faltando la luz del sol y la claridad de la luna, vendrá él con su luz y su claridad en el mundo, y así á esta luz y claridad será vista su gloria y su majestad, á la cual entiendo que llama «señal del hijo del hombre,» entendiendo su humanidad glorificada. Y queriendo Cristo mostrar que esta su venida hará dos efectos, uno de miseria en los hombres impíos y otro de gloria en los justos, dice: «Y entónces llorarán» etc.; y por «llorarán» el vocablo griego significa llorar de rabia, como los que llorando se mesan, se rascan y se muerden las manos.

Por tribus entiendo naciones ó linajes. Y diciendo: «de cuatro vientos,» entiendo: de las cuatro partes del mundo, y diciendo: «desde lo alto de los cielos» etc., entiendo; de la una extremidad de los cielos hasta la otra, porque en el griego es un mismo vocablo en el «alto,» que en el «término;» y parece que en estas palabras ha respondido Cristo á las dos cosas que habia tocado en las precedentes quanto á su venida que la comparó al relámpago y quanto al ayuntarse á él sus escogidos como las águilas al cuerpo muerto.

Y de la higuera aprended la parábola, ya cuando su ramo se enternece y nacen las hojas, conoceis que está cerca el verano; así tambien vosotros, cuando vereis todo esto, conoced que está cerca á la puerta. Dígoos de verdad: no pasará esta generacion hasta que todo esto sea hecho. El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras norpasarán. Y de aquel dia y hora ninguno lo sabe ni los ángeles del cielo sino solo mi padre.

Cuatro cosas hay en estas palabras. La primera la comparacion de la higuera, adonde entiendo Cristo que, así como por la higuera conocemos la venida del verano, así por el cumplimiento de todas estas señales que él ha dicho, conoceremos su venida al juicio.

La segunda, que, ántes que se pasase aquella edad de hombres que vivian entonces, vendria la ruina de Jerusalem, como con efecto vino. Y aunque parece extraño referir estas palabras á la ruina de Jerusalem, yo no hallo otro expediente con que salir de esta dificultad, porque el expediente que toman los que por generacion entienden á los hebreos, que diga Cristo: no será deshecho del todo este linaje de judíos sin que primero sean cumplidas todas estas cosas, no lo sufre la letra griega, la cual propiamente entiendo: esta edad, estos hombres que viven ahora, y comunmente dicen que una edad es espacio de cien años, y el expediente que toman otros, diciendo que todas las cosas que aquí dice Cristo, quanto á las persecuciones, quanto á las guerras y sonidos de guerras y quanto á los falsos cristianos y falsos profetas, segun escribe Josefo fueron vistas ántes de la destruccion de Jerusalem, tampoco cuadra así, porque no escribe Josefo que aquellos falsos cristianos y falsos profetas hicieron las señales grandes y prodigios ó milagros que aquí ha dicho Cristo, como porque viene á ser casi el mismo inconveniente en este expediente que en el referir estas palabras á la ruina de Jerusalem, pues es así que en aquello: «hasta que todo esto sea hecho» parece que viene tambien incluido lo que ha dicho del sol, de la luna y de las estrellas con todo lo demás que pertenece al juicio universal; y por tanto pienso que sea buen expediente referirlo á lo que ha dicho de la destruccion de Jerusalem. Y es mejor expediente confesar el hombre su ignorancia y decir: esto no lo entiendo.

La tercera cosa que hay en estas palabras, es la estabilidad y firmeza de las palabras de Cristo, que son más estables y más firmes que el cielo y que la tierra.

Y la cuarta el mucho secreto que tiene Dios en sus cosas, pues ni aun á sus ángeles ha revelado el día en que será el juicio final; y si á los ángeles es encubierto, grandísima temeridad sería la nuestra si pretendiésemos saberlo.

Tambien entiende San Pablo que nunca los ángeles entendieron la vocacion de las gentes á la participacion de la gracia del evangelio hasta que la vieron, y él mismo prueba que la entendieron algunos hebreos como sería decir David y Esaías; y si la entendieron y profetizaron estos, cosa grande es decir que no la hubiesen entendido los ángeles, á lo ménos por las escrituras; en efecto, es grandísima nuestra ceguedad.

Y así como fué en los dias de Noé, así tambien á la venida del hijo del hombre, porque así será como en los dias de ántes del diluvio estaban comiendo y bebiendo, casándose y casando hasta el dia que entró Noé en el arca y no conocieron hasta que vino el diluvio y los llevó á todos, así tambien será la venida del hijo del hombre. Entónces estarán dos en el campo, el uno será tomado y el otro será dejado; y dos moliendo en la muela, la una será tomada y la otra será dejada. Así que, velad, pues que no sabeis á que hora ha de venir vuestro señor. Y sabed esto que, si supiese el señor de su casa á qué hora el ladron ha de venir, velaria cierto y no consentiria que su casa fuese minada. Por tanto y vosotros estad aparejados, porque á la hora que no pensais vendrá el hijo del hombre.

Tres cosas notables toca aquí Cristo, en las cuales todas tiene intento á hacernos estar alerta, esperando cada dia y cada hora su venida al juicio.

La primera, que su venida al juicio será semejante á la venida del diluvio, en cuanto, así como en el diluvio perecieron casi todos los hombres, porque estaban descuidados como si no hubiera de venir, salvándose solamente los que estaban con cuidado, esperando, sabiendo y creyendo que habia de venir, así en su venida al juicio perecerán casi todos los hombres, porque estarán descuidados como si no hubiese de venir, salvándose solamente los que estarán, con cuidado, esperando, sabiendo y creyendo que ha de venir y que ha de tornar seguros á los hombres del mundo. De esta misma comparacion he hablado, 1ª Pedro 3, y aquí viene á propósito una consideracion que he escrito.

La segunda, que en la venida de Cristo estarán mezclados malos y buenos, justos é injustos, y que el bueno y justo será tomado y llevado á la inmortalidad y vida eterna, y el malo é injusto será dejado en afliccion y en miseria. Y esta eleccion de Dios entiendo que pertenece á la predestinacion. Y llamo bueno y justo al que su vivir cristiano, imitando á Cristo, da testimonio de su fé cristiana, de su incorporacion en Cristo.

La tercera, que el deber de toda persona cristiana es tener siempre delante sus ojos la venida de Cristo, esperándolo cada dia y cada hora sin descuidarse, si es posible, ni un momento; y cuánto sea útil y provechoso á las personas cristianas este contínuo cuidado para mantenerlas en el deber cristiano, para hacerlas vivir en la presente vida como muertas, viviendo una vida muy semejante á la que se ha de vivir en la vida eterna, lo saben por propia experiencia los que, siendo verdaderos cristianos, atienden á vivir cristianamente.

Cuanto á la comparacion del ladron al cual es comparado el dia del juicio, me remito á lo que he dicho 1ª Tesal. 5, que entiende Cristo: así como el señor de la casa, sabiendo cierto que un ladron ha de venir á robársela, está alerta para defendérsela, así cada uno de nosotros, sabiendo cierto que ha de venir este dia del juicio y que ha de poner en perpétua miseria á los que hallará descuidados, debe estar alerta y con cuidado para defenderse en aquel dia, como Noé se defendió del diluvio.

Diciendo: «casándose,» entiende los hombres, y diciendo: «y casando,» entiende á las mujeres. Diciendo: «y no conocieron,» entiende el peligro en que estaban. Diciendo: «moliendo en la muela,» alude á los molinos de mano adonde molian las mujeres. Al que ha llamado: «vuestro señor,» llama despues: «hijo del hombre.»

¿Cuál pues es el criado fiel y prudente al cual constituye el señor sobre los suyos para que les dé el comer á tiempo? Bienaventurado aquel criado al cual viniendo su señor hallará que hace así. Dígoos de verdad que lo constituirá sobre todo lo que tiene. Pero si aquel mal criado dirá en su corazon: Tarda mi señor de venir, y comenzará á herir á los otros criados y á comer y beber con beodos, vendrá el señor de aquel criado en el dia que no espera y en la hora que no sabe y partirálo por medio y pondrá su parte con los hipócritas, allí habrá llanto y batimiento de dientes.

Parece que esta parábola pertenece solamente á los discípulos de Cristo, quiero decir á los que por don de Dios son apóstoles ó doctores en la iglesia cristiana, predicando el evangelio ó enseñando el vivir cristiano, cada uno de los cuales es semejante al criado ó siervo que el señor constituye sobre los otros sus criados, en cuanto su deber es atender á predicar el evangelio y á enseñar el vivir cristiano á los que le son encomendados. Y cuando hará así, viniendo Cristo al juicio, la dará grande grado de gloria, así como por el contrario al mal discípulo que, descuidado de la venida de Cristo, pareciéndole que, pues Cristo tarda de venir, que no vendrá, usará mal de los dones que tendra de Dios, tiranizando á los que dependerán de él y viviendo viciosa y licenciosamente con hombres viciosos y licenciosos, tomándolo la venida de Cristo descuidado, será castigado terribilísimamente.

Adonde se entiende que, así como la gloria será mayor en los que emplearán bien los dones que Dios les habrá dado, así la pena será mayor en los que emplearán mal los dones que Dios les habrá dado. En efecto se ve bien que Cristo quiere que sus cristianos estemos siempre vigilantes, no descuidándonos jamás de su venida, y que atendamos á emplear bien los dones que él nos habrá dado.

Adonde dice: «sobre los suyos,» entiende: sobre su familia, sobre los de su casa; y adonde dice «á los otros criados,» el vocablo griego significa á los que son criados como él, en su compañía. Diciendo: «partirálo por medio,» entiende: castigarálo reciamente como son castigados los que son descuartizados. Tanto entiendo que vale decir: «con los hipócritas» como si dijese: con los santos del mundo, los cuales son hipócritas en cuanto, atendiendo á la santidad exterior y no á la interior, muestran ser lo que no son, y pertenéceles este nombre áun cuando ellos no tienen aquel intento, quiero decir cuando no pretenden en sus obras ser tenidos por santos en los ojos del mundo, si pretenden justificarse con ellas en presencia de Dios.

Y aquí entiendo cuánto será recio el castigo con que serán castigados los santos del mundo, pues, queriendo Cristo encarecer el castigo del mal siervo, dice que será puesto con los hipócritas que son los santos del mundo, los cuales serán puestos en perpétua miseria, entendida por el llanto ó llanto y batimiento de dientes.

Esto es lo que al presente yo alcanzo á entender en todo este capítulo; si en algun tiempo entenderé alguna cosa mejor, no dejaré de añadirla aquí, como añadiré ahora dos cosas.

La una es que, viendo yo que á las curiosas demandas de los discípulos, que deseaban saber el tiempo de la ruina de Jerasalem y del dia del juicio cristiano, respondió de manera que de su respuesta no podian colegir lo uno ni lo otro, porque, quanto á la ruina de Jerusalem, parece que no les dice sino que entiendan la profecía de Daniel, y, quanto al dia del juicio, no les dice sino muchas señales que serán vistas primero, avisándolos de la manera como se debian gobernar en aquel tiempo y reduciéndolos á que pasasen toda su curiosidad en esperar continuamente cada dia y cada hora su venida al juicio, entiendo que debo mortificar y matar en mí toda manera de curiosidad, estando asimismo advertido á mortificarla y matarla en las personas cristianas que platicarán y conversaran conmigo. Y curiosidad entiendo que es todo aquello en que no hay edificacion cristiana, como eran estas preguntas de los discípulos de Cristo.

La otra cosa es que, siendo todo este capítulo profecía de la ruina de Jerusalem, y del dia del juicio, no es maravilla que Cristo proceda en él mezclando lo uno con lo otro de la manera que algunos profetas, antes los más principales, proceden en sus profecías, mezclando unas cosas con otras, como se vé en Esaías y en Jeremías, los cuales, profetizando la liberacion del pueblo hebreo de la cautividad de Babilonia, su tornada en Jerusalem, la reedificacion de la ciudad y del templo, con los dos advenimientos, el humilde que habemos visto y vemos en los que son sus miembros, y el glorioso que veremos en él y en los que son sus miembros, y así la felicidad del reino de Cristo en la presente vida, quanto á la comunicacion del espíritu santo que es comunicado á los que creen, con la gloria del reino de Dios en la vida eterna, quanto al ver á Dios cara á cara, al conocerlo á él como él nos conoce á nosotros, de tal manera van mezclando lo uno con lo otro que no basta toda junta la prudencia humana á poder distinguir lo uno de lo otro.

Adonde entiendo que, así como es menester espíritu de profecía para hacer distincion en lo que dicen los profetas, así es tambien menester espíritu de profecía para hacer distincion en lo que aquí con espíritu de profecía dice Cristo.

Tambien entiendo que, así como la feliz tornada del pueblo hebreo en Jerusalem fué como sombra de la felicísima tornada del pueblo cristiano despues de la resurreccion en el reino de Dios y vida eterna que es celestial Jerusalem, así la particular ruina de Jerusalem, con las persecuciones, con los trabajos y con las miserias que fueron antes de ella, fué como sombra de la general ruina de todo el mundo con las persecuciones, con los trabajos y con las miserias que serán ántes de ella.

Para lo cual todo conviene que todos nosotros estemos armados, con estas amonestaciones que aquí da Cristo á sus discípulos y por ellos á todos nosotros, tomando por principal amonestacion el estar continuamente alerta, esperando esta felicísima venida

de Jesu-Cristo nuestro Señor, ciertos que viene á darnos inmortalidad y vida eterna porque esta, como he dicho, entiendo que es la esperanza cristiana la que pone San Pablo entre la fé y la caridad, como he dicho en una consideracion.

Capítulo XXV

Entónces será semejante el reino de los cielos á diez vírgenes, las cuales tomando sus lámparas salieron á recibir al esposo. Las cinco de ellas eran nécias y las cinco sabias. Las que eran necias, tomando sus lámparas, no tomaron consigo ólio, y las sabias tomaron ólio en sus vasos con las lámparas. Y tardando el esposo, se adormecieron, todas y durmieron; y á media noche fué dicho á voces: ¡Hé aquí, viene el esposo! Salid á recibirlo. Entónces se levantaron todas aquellas vírgenes y aderezaron sus lámparas. Y las nécias dijeron á las sabias: Dadnos de vuestro ólio porque nuestras lámparas se apagan; y respondieron las sabias, diciendo: No, porque por ventura no falte á nosotras y á vosotras; mejor será que vais á los que lo venden y que os compreis. Y como fueron idas á comprar, vino el esposo, y las aparejadas entraron con él á las bodas y fué cerrada la puerta. Y despues vinieron tambien las otras vírgenes, diciendo: ¡Señor, Señor, ábrenos! Y él respondiendole, dijo: Dígoos de verdad: no os conozco. Así que velad, pues que no sabéis el dia ni la hora en que el hijo del hombre viene.

El intento de Cristo en esta parábola, como parece por las palabras con que la concluye, es el mismo que habemos visto en la parábola precedente, avisarnos que estemos alerta y á punto, esperando siempre su venida al juicio. Y no la esperan sino los que la desean, y no la desean sino los que por el evangelio tienen por cierto que será gloriosa para ellos.

Adonde se ha de notar la manera que usaba Cristo en sus comparaciones, porque dice: «entónces será semejante el reino de los cielos á diez vírgenes,» entendiendole que en su venida al juicio acontecerá á los cristianos, comprendiendo buenos y malos, lo que en unas bodas aconteció á diez vírgenes, en cuanto, así como todas estas diez se aparejaron con sus lámparas para recibir al esposo, así todos los cristianos se aparejan con el bautismo y con los otros sacramentos y las otras ceremonias de la iglesia para recibir á Cristo cuando vendrá á tomar consigo á su esposa que es la iglesia; y en cuanto, así como las cinco vírgenes siendo nécias no llevaron consigo ólio con que encender sus lámparas, y las otras cinco vírgenes siendo sabias llevaron ólio consigo en sus vasos, así los malos cristianos siendo nécios no llevan consigo aquella fé, con que, aceptando el hombre la gracia del evangelio, hace suya la justicia de Cristo, y la cual tiene al hombre en continua esperanza de la venida de Cristo, cierto que será gloriosa para él, y la cual, mortificando y vivificando al hombre, hace en él aquellos efectos de caridad que pone San Pablo 1ª Cor. 13, la cual fé con sus efectos es la que hace que las lámparas ardan, que los cuerpos resuciten gloriosos, y los buenos cristianos siendo sabios con aquella divina sabiduría, llevan consigo aquella viva fé, demandando siempre á Dios que se la acreciente, la cual tiene vivas sus lámparas, teniendo siempre viva en sus memorias la sangre que Cristo derramó por ellos; y en cuanto, así como, tardando la venida del esposo, todas diez vírgenes, vencidas del sueño, se durmieron, así, tardando la venida de Cristo al juicio, todos los cristianos, malos y buenos, morimos; y en cuanto, así como, viniendo el esposo, las vírgenes á voces fueron

despertadas y todas despertaron, así, viniendo Cristo al juicio, los cristianos al sonido de la trompeta seremos llamados para que lo salgamos á recibir y todos resucitaremos; y en cuanto, así como, queriendo las vírgenes nécias encender sus lámparas, echaron ménos el ólio, viendo que no ardian, así, queriendo los malos cristianos comparecer delante de Cristo, echarán ménos la fé con los efectos de la fé, viendo que no les basta el ánimo á comparecer con sus justificaciones exteriores salidas de amor propio; y en cuanto, así como no sirvió á las vírgenes necias el ólio que llevaban las vírgenes sabias, así no servirá á los malos cristianos la fé cristiana con los efectos de la fé que llevarán los buenos cristianos.

El resto de la parábola cuadra bien en las cosas humanas, pero no cuadra en las cosas divinas, quiero decir la respuesta de las vírgenes sabias con el ir las nécias á comprar el ólio y el tornar despues de haberlo comprado. Y sí dirá uno: si no cuadra ¿para que lo puso Cristo? le responderé que lo puso por venir á decir aquella terrible palabra que será dicha á los malos cristianos: «no os conozco.»

Y no conoce Cristo sino á los que, aceptando por divina inspiracion su santo evangelio, la aceptacion es en ellos eficaz, en cuanto los incorpora en él á hacerles vivir como vivió él, quiero decir, á aplicarlos á vivir en la presente vida una vida muy semejante á la que han de vivir en la vida eterna con puridad y limpieza, con humildad y mansedumbre y con caridad y obediencia á Dios en todas las cosas; á los que no son tales no los conoce Cristo, y por tanto no entrarán en las bodas de la vida eterna cuando Cristo ayuntará consigo á su iglesia, y, como dice San Pablo, entregará el reino á su eterno padre.

Para la cual fiesta nos amonesta Cristo que estemos siempre apercebidos con el ólio de la fé que abraza la remision de pecados y reconciliacion con Dios por Cristo y en Cristo, y que es eficaz en nosotros para hacernos vivir cristianamente, mortificados cuanto á Adam y vivificados cuanto á Cristo, esperando con mucho deseo la venida de Cristo, ciertos que nuestras lámparas, que son nuestros cuerpos, teniendo en sí el ólio de la fé cristiana, serán gloriosos, claros y resplandecientes, y no como los de los malos cristianos que serán como las lámparas de las vírgenes nécias, oscuras y tenebregosas.

Y aquí es bien decir que la diferencia que hay entre la fé humana de los falsos cristianos y la fé cristiana de los verdaderos cristianos, es esta: que la fé humana hace que los falsos cristianos, creyendo por opinion, por relacion y por informacion, creen la historia de Cristo, pero no creen el prometimiento en Cristo, no creen que en Cristo han sido castigados y que son reconciliados; con Dios por Cristo, ni se aplican á la imitacion de Cristo porque no aman á Dios ni á Cristo, y por tanto no esperan el dia del juicio, ántes lo temen y nunca querrian que viniese; y la fé cristiana hace que los verdaderos cristianos, creyendo por inspiracion y revelacion, no solamente creen la historia, de Cristo, pero creen el prometimiento de Dios en Cristo y por Cristo, aceptando la gracia que les ofrece el evangelio, teniéndose por justos y por reconciliados con Dios en Cristo y por Cristo, y se aplican á la imitacion de Cristo, deseosos de comprehender la perfeccion en que son comprendidos por la incorporacion en Cristo, y de aquí es que con grandísimo deseo esperan el dia del juicio como dia de su entera glorificacion. Adonde dice: «fué dicho á voces,» en el Griego á la letra dice: fué gritado ó fué voceado.

Así como un cierto hombre, queriendo ir un largo camino, llamó á sus criados y dióles su hacienda; y á este dió cinco talentos, á este dos y á este uno, á cada uno segun su propia fuerza, y partióse luego. Fué pues el que habia recibido los cinco talentos y negoció con ellos é hizo otros cinco talentos. Semejantemente y el que habia recibido los dos, tambien él ganó otros dos. Y el que habia recibido el uno, ido cavó en la tierra y escondió el dinero de su señor. Y despues de mucho tiempo vino el señor de aquellos criados y púsose á cuenta con ellos. Y venido el que habia recibido cinco talentos, trajo otros cinco talentos, diciendo: Señor, cinco talentos me diste, hé aquí, otros cinco talentos he ganado con ellos. Y díjole su señor: Oh, buen criado y fiel, en poco has sido fiel, en mucho te constituiré, entra en el gozo de tu señor. Y viniendo tambien el que habia recibido los dos talentos, dijo: Señor, dos talentos me diste, hé aquí, otros dos talentos he ganado sobre ellos. Díjole su señor: Oh, buen criado y fiel, en poco has sido fiel, en mucho te constituiré, entra en el gozo de tu señor. Y viniendo tambien el que habia recibido el un talento, dijo: Señor, conociéndote que eres hombre terrible, que siegas adonde no has sembrado y que allegas adonde no has derramado, tuve miedo y fuí y escondí tu talento en la tierra; hé aquí, tienes lo tuyo. Y respondiendo su señor le dijo: Mal criado y perezoso, sabias que siego adonde no he sembrado y allego adonde no he derramado, convenia pues que tú diceses mi dinero á los cambiadores, y viniendo yo habria recibido lo mio con logro. Quitadle, pues, el talento y dadlo al que tiene diez talentos. Porque á todo aquel que tiene será dado y abundará, y del que no tiene aún lo que tiene le será quitado. Y al criado inútil echadlo á la obscuridad postrera, allí habrá llanto y batimiento de dientes.

El intento de Cristo en esta parábola es exhortar y amonestar á los que por beneficio suyo de él tienen dones espirituales á que aprovechen con ellos á sus prójimos, predicando á todos los hombres el evangelio y enseñando á sus hermanos el vivir cristiano, y aprovechando y sirviendo á los unos y á los otros conforme á los dones que tienen de Dios, y mostrar que los que lo harán así, serán admitidos á la gloria de la vida eterna, y que los que harán de otra manera, miserablemente serán echados de ella.

El hombre, que, queriéndose partir un largo camino, reparte su hacienda entre sus criados ó siervos, es Cristo, el cual continuamente desde el cielo, adonde está sentado á la diestra de su eterno Padre, reparte su espíritu, con los otros tesoros divinos que Dios ha puesto en él, con los que Dios trae á él, porque estos son sus criados, sus siervos. Y el repartimiento es, como dice San Pablo, «secundum mensuram donationis Christi,» Efes. 4, y como dice en otra parte: «sicut Deus divisit mensuram fidei,» Rom. 12, y esta es la propia fuerza, habilidad ó capacidad de cada uno de los que somos criados, y siervos de Cristo.

Por el que recibió los cinco talentos y por el que recibió los dos son entendidos todos aquellos que, habiendo recibido dones de Dios, los emplean bien, granjeando con ellos, quién más y quién menos, segun son mayores ó menores los dones. Estos en el dia del juicio serán alabados de Cristo y admitidos á la vida eterna que es «el gozo de su señor,» adonde Cristo esta glorioso y triunfante.

Por el que recibió un talento son entendidos todos los que, teniendo mala opinion de Cristo, lo temen como siervos, lo temen como á tirano cruel y vindicativo, y por tanto, teniendo miedo que, si se ponen á granjear con los dones que les da, más presto los

hombres los gastarán y estragarán á ellos de manera que vendrán á perder sus dones, que no ellos aprovecharán á otros con ellos, ó se callan con ellos no queriéndolos comunicar, ó se van á esconder en desiertos ó lugares solitarios. Estos en el día del juicio serán injuriados de Cristo y privados de lo que recibieron y echados en el fuego del infierno.

Y aquí principalmente aprendemos dos cosas importantísimas. La una, que, porque siempre los hombres nos gobernamos con Dios y con Cristo segun la buena ó mala opinion que tenemos de Dios y de Cristo, á cada uno de nosotros pertenece atender á formar dentro de nuestros ánimos buena opinion de Dios y de Cristo, para lo cual debemos huir toda leccion de escrituras escritas con espíritu humano y aplicarnos á la leccion de las escrituras escritas con espíritu santo é interpretadas con aquel mismo espíritu con que fueron escritas, conforme á lo que dice San Pedro en su epístola segunda, cap. I. Lo que digo de las escrituras, entiendo tambien de las conversaciones; los hombres como hombres no pueden hablar bien de Dios ni de Cristo, aunque ellos trabajen por hablar bien, porque de la abundancia del corazon habla la boca, y el espíritu santo en los hombres por la misma causa no puede sino hablar bien de Dios y de Cristo. Y casi siempre es así que tales somos nosotros cuales son las escrituras en quienes leemos y son los hombres con quienes platicamos y conversamos.

La otra cosa, que aprendemos aquí, es: cuánto es peligroso el temor, pues á los temerosos acontecerá lo que aconteció al mal siervo. Los hombres que sin espíritu cristiano leen las santas escrituras, viendo que casi toda la piedad de los santos de la ley estaba fundada en temor, van canonizando el temor, y no consideran que á aquellos santos que estaban debajo de ley, era tan propio y tan anexo el temor como es propio y anexo el amor á los santos del evangelio que como dice San Pablo, no están debajo de ley sino debajo de gracia, antes no consideran que el temor de los santos hebreos no era por tener mala opinion de Dios, porque lo tuviesen por tirano, por cruel ni por vindicativo, sino por tener mala opinion de sí mismos, hallándose vivísimos en sus afectos y en sus apetitos, porque aún no habia Cristo mortificado la carne de sus miembros, matando la suya en la cruz, de la cual mortificacion sienten los efectos los que por la fé cristiana están incorporados en Cristo.

Adonde yo, teniendo por certísimo que todos cuantos irán por la vía del temor, el cual no puede ya ser divino sino humano, por mucho que lo quieran colorar, intitulándolo temor filial, tendrán de Dios y de Cristo la misma opinion que el mal siervo tenia de su señor, aconsejaré siempre á las personas que se hallarán con dones espirituales y cristianos, que se aparten del camino del temor y se alleguen al camino del amor, y será así certísimo que será en ellos más eficaz para hacerlos vivir vida espiritual y divina un quilate de amor que ciento de temor. Los que no aman, porque no saben qué cosa es amar, no creen que pueda ser esto, así como el que no es magnánimo, porque no sabe qué cosa es magnanimidad, no cree lo que le es dicho de la magnanimidad.

Haciendo Cristo que el Señor repita las palabras del mal criado para justificar su sentencia, muestra que el espíritu santo convence á los hombres del mundo con sus propias palabras, conforme á aquello: «qui comprehendit sapientes in sapientia sua.» Aquello: «porque á todo aquel que tiene» etc., entiende que es proverbio vulgar del cual se sirvió Cristo como si dijera: y cúmplase el proverbio que dice que al que tiene dan y al que no

tiene quitan lo que tiene; y aunque parece extraño decir que al que no tiene quitan lo que tiene, no es extraño, porque entiende Cristo que al que no tiene más de lo que ha recibido, como el mal siervo, le es quitado lo que tiene, lo que ha recibido.

Y aquí se ha de advertir que no es necesario que la parábola cuadre en que el talento del mal criado será dado al buen criado, porque cuadra bien esto en el hombre que repartió su hacienda, pero no cuadra en Cristo, el cual no tiene necesidad de quitar á unos para dar á otros, siendo él riquísimo y abundantísimo de dones espirituales y divinos, así como el sol no tiene necesidad de privar á uno de su luz para hacer que otro vea más luz.

Pues cuando vendrá el hijo del hombre en su gloria y todos los santos ángeles con él, entónces se asentará en el trono de su gloria y serán ayuntadas delante de él todas las gentes, y apartará á los unos de los otros así como el pastor aparta las ovejas de los cabritos y pondrá á las ovejas á su diestra y á los cabritos á la siniestra. Entónces dirá el rey á los que estarán á su diestra: Venid, benditos de mi padre, heredad el reino aparejado para vosotros desde el principio del mundo, porque hube hambre y dístesme de comer, hube sed y dístesme de beber, fuí peregrino y acogístesme, desnudo y vestístesme, enfermo y visitástesme, estuve en cárcel y venístes á mí. Entónces le responderán los justos diciendo: Señor, ¿cuándo te vimos hambriento y te alimentamos, ó sediento y te dimos de beber, y cuándo te vimos peregrino y te acogimos, ó desnudo y te vestimos, y cuándo te vimos enfermo ó en carcel y venimos á tí? Y respondiendo el rey les dirá: Dígoos de verdad: en cuanto habeis hecho esto con uno de estos mis hermanos los pequeños, conmigo lo habeis hecho. Entónces dirá tambien á los de la siniestra: Partíos de mí, malditos, al fuego eterno el aparejado al diablo y á sus ángeles, porque hube hambre y no me dístes de comer, hube sed y no me dístes de beber, fuí peregrino y no me acogístes, desnudo y no me vestístes, enfermo y en cárcel y no me visitástes. Entónces le responderán tambien estos diciendo: Señor, ¿cuándo te vimos hambriento, ó sediento, ó peregrino, ó desnudo, ó enfermo, ó en carcel y no te servimos? Entónces le responderá diciendo: Dígoos de verdad: en cuanto no habeis hecho esto con uno de estos pequeños, ni conmigo lo habeis hecho. E irán estos á castigo eterno, y los justos á vida eterna.

Así como en la parábola precedente entiendo que tuvo Cristo intento á amonestar á los que tienen dones espirituales, que sirvan y que aprovechen con ellos á sus prójimos para hacerlos hermanos y á sus hermanos para perfeccionarlos más, así entiendo que en estas palabras tiene Cristo intento á persuadir á los que tienen de las riquezas de este mundo, que sirvan y que provean las necesidades de los que son sus miembros, persuadiéndose, como es así verdad, que no sirven á ellos sino á él en ellos.

Esto hace mostrándoles que en el dia del juicio no conocerá por suyos á los que en la presente vida no lo habrán conocido á él en sus miembros, en los que, aceptando su evangelio, están incorporados en él, y así no habrán hecho con ellos el deber de personas cristianas, mostrando en ellos el amor que se persuaden tenerle á él, y que en el mismo dia conocerá por suyos á los que lo habrán conocido y servido á él en sus miembros; y así á estos dará vida eterna, y á los otros enviará al fuego eterno. Este es el intento de Cristo en todas estas palabras, en las cuales hay muchas cosas dignas de mucha consideracion.

La primera, la forma del juicio universal, quiero decir la gloria y la majestad con que Cristo vendrá á él. La segunda, que resucitarán buenos y malos, justos é injustos. La tercera, que holgaba siempre Cristo de compararse al pastor, adonde nos podemos consolar los que somos de Cristo, ciertos que tiene de nosotros el cuidado que tiene el buen pastor de sus ovejas. La cuarta, que en los que son justos, concurren estas dos calidades: la una, que son benditos de Dios, la cual bendicion los hace justos; y la otra, que son predestinados para la vida eterna, cosa que da grande ánimo á los que sienten en sí la bendicion de Dios, con que son certificados que serán herederos del reino de Dios.

La quinta, que mostrará Cristo la justicia de los verdaderos cristianos por la misericordia que ellos habrán mostrado con él, proveyendo las necesidades de sus miembros, quiero decir que, alegando Cristo las obras de misericordia que sus miembros habrán hecho con sus miembros, mostrará que han sido justos, porque, si no lo fueran, no las hicieran, en cuanto, si no fueran ellos miembros de Cristo, no conocieran á los miembros de Cristo, y no conociéndolos no pudieran haber hecho con ellos lo que aquí dice Cristo.

La sexta, que, porque los que son justos, obrando obras de caridad, no pretenden justificarse por ellas ni aun hacen cuenta que las obran ellos sino el espíritu de Dios en ellos, como no las tienen por suyas, no tienen cuenta con ellas, y así, siéndoles hablado en ellas, se maravillan. Tal es la condicion de los que obran porque son justos, no obrando por interes sino por aficion; los que obran por ser justos, obrando por interes, tienen gran cuenta con sus buenas obras, y no son buenas, porque nacen de amor propio, pues es así que obran por interes, obran por ser justos, no siendo justos, y el mal árbol no puede dar buen fruto.

La séptima, que condenará Cristo la injusticia, la impiedad y la infidelidad de los falsos cristianos que son los cabritos; porque este juicio es entre verdaderos y falsos cristianos, alegándoles el no haber usado de caridad con sus miembros, porque, si la hubiesen usado, habrian dejado la injusticia, la impiedad y la infidelidad, en cuanto no la puede usar el que no se aparta de todo esto, y apartándose habrian sido verdaderos cristianos. Adonde se ha de considerar que, si tratará Cristo con todo este rigor á los falsos cristianos que no habrán usado misericordia con sus miembros ¿qué pueden esperar que les entrevendrá los que habrán perseguido á los miembros de Cristo?

La octava, que, así como la heredad de Dios, que es la vida eterna, está aparejada desde el principio del mundo para Cristo y para los miembros de Cristo, así el fuego eterno está aparejado para el diablo y para sus ángeles; y aquí parece que llama Cristo ángeles del diablo á los hombres del mundo y santos del mundo, y estáles bien este nombre o esta semejanza, porque el diablo se sirve de ellos para impedir las obras de Dios, tentando, molestando, persiguiendo y matando á los que son escogidos de Dios por apartarlos de Cristo y de Dios.

La nona, que si bien los falsos cristianos hacen alguna vez algun bien á Cristo, á los que son miembros de Cristo, porque no tienen intento á servir á Cristo, no moviéndose por amor de Cristo sino por amor propio, por interes propio de la vida presente ó de la futura, no les es tomado en cuenta aquel bien que hacen; es bien, en cuanto sirve á los escogidos de Dios, y no es bien, en cuanto no sale de ánimo bueno, y por tanto no agrada á Dios.

La décima, que los falsos cristianos que, no conociendo á Cristo en sus miembros, no lo habrán servido en ellos, serán castigados con pena eterna, y que los verdaderos cristianos que, conociendo á Cristo en sus miembros, lo habrán servido en ellos, serán remunerados con gloria eterna. Adonde no se ha de entender que los falsos cristianos serán condenados porque no habrán servido á Cristo en sus miembros sino que serán condenados porque, habiendo aceptado á Cristo con las bocas y no habiéndolo aceptado en sus corazones, se habrán estado en sus pecados, en su impiedad é infidelidad, mostrando ser tales en no haber servido á Cristo en sus miembros, porque, si no fueran tales, le hubieran servido; ni tampoco se ha de entender que los verdaderos cristianos serán remunerados porque habrán servido á Cristo en sus miembros sino que serán salvos porque, habiendo aceptado á Cristo en sus corazones, habrán alcanzado remision de sus pecados y sido píos, santos y justos, mostrando ser tales en haber servido á Cristo en sus miembros, porque, si no fueran tales, no le hubieran servido.

De manera que el servir ó no servir á Cristo en sus miembros no nos hace justos ni injustos, sino da testimonio de nuestra justicia ó injusticia. Los que pretenderán ser justos, sirviendo á los que conocerán ó pensarán que son miembros de Cristo, darán testimonio de sí que no conocen á Cristo, que no saben qué cosa es la justicia de Cristo, porque en aquella pretension está el error; y los que dudarán si son ó no son justos, pareciéndoles que no sirven á los que son miembros de Cristo, ó porque no conocen ningunos ó porque no se ofrece en qué servirlos, darán tambien testimonio de sí que no conocen bien á Cristo, que no han aún aceptado en sus corazones la justicia de Cristo; porque es así que los que conocen bien á Cristo y han aceptado bien en sus corazones la justicia de Cristo, conociéndose justos en Cristo, no pretenden justificacion ninguna por sus obras, y obrando obran por aficion y obran descuidadamente, porque no obran ellos sino el espíritu de Cristo en ellos, el cual les ofrece y pone delante, sin que ellos las busquen ni las procuren, grandes ocasiones en que, sirviendo por aficion á Cristo en sus miembros, muestran que conocen á Cristo, que aman á Cristo, que tienen por suya la justicia y la inocencia de Cristo y que por tanto son píos, justos y santos, no por sí ni por sus servicios sino porque creyendo están incorporados en Cristo y atienden á comprehender la perfeccion en que son comprendidos por la incorporacion en Cristo.

Cuanto á lo que demás de esto se podria decir sobre estas palabras, me remito á lo que he escrito en una consideracion. Aquello: «entónces dirá el rey,» se ha de considerar, porque, hablando Cristo de sí, se llama rey. Tambien se ha de considerar que debajo de estas obras de misericordia, que aquí nombra Cristo, habemos de entender todas las que son en utilidad corporal de nuestros hermanos, porque en estos servimos á Cristo. Diciendo: «pequeños,» entiendo humildes y despreciados en el mundo.

Y porque aquí no hace Cristo mencion sino del bien que se hace á los que, siendo sus miembros, son sus hermanos y padecen como él, es bien añadir aquí esto que al cristiano pertenece hacer bien á todos, á unos, como á prójimos, y á otros como á hermanos, á los prójimos con intento de traerlos y reducirlos á que sean hermanos, y á los hermanos con intento de servir á Cristo en ellos, pretendiendo que ellos conozcan y vean que Cristo cumple con ellos lo que les tiene prometido en la vida presente, á fin que así se certifiquen más que les cumplirá tambien lo que les tiene prometido en la vida eterna, y, certificados más, sean más verdaderos cristianos; de manera que siempre el hermano sea prepuesto al

prójimo. Esto es conforme á lo que dice San Pablo: «operemur bonum ad omnes, maxime autem ad domesticos fidei.» Gal. 6.

Esta forma del juicio final, cuanto al condenar y salvar, entiendo que está declarada por Cristo, Lucas 7, en el caso de la mujer y del Fariseo, como lo mostraré allí.

Capítulo XXVI

Y aconteció que, habiendo acabado Jesus todas estas palabras, dijo á sus discípulos: Ya sabeis que pasados dos dias será la pascua, y el hijo del hombre será entregado á ser crucificado. Entónces se ayuntaron los príncipes de los sacerdotes y los escribas y los ancianos del pueblo en el palacio del príncipe de los sacerdotes, el llamado Caifas, y consultaron de prender á Jesus, con engaño y matarlo, y decian: No en la fiesta, porque no haya alboroto en el pueblo. Y estando Jesus en Betania en casa de Simon el leproso, vino á él un mujer que tenia, un alabastro de unguento precioso y derramóselo sobre la cabeza, estando él asentado. Y viéndolo sus discípulos se indignaron, diciendo: ¿Para qué esta perdicion? Pudiera bien este unguento ser vendido por mucho y dado á pobres. Y Jesus conociendo esto, les dijo: ¿Por qué dais fastidio á la mujer? Buena obra ha cierto obrado en mí, porque á los pobres siempre los tendreis con vosotros, pero á mí no me tendreis siempre. Y echando esta este unguento sobre mi cuerpo, me hizo para ser enterrado. Dígoos de verdad: adonde quiera que este evangelio será predicado por todo el mundo, será tambien dicho lo que esta ha hecho, por memoria de ella. Entónces partido uno de los doce, el llamado Judas Iscariote, á los príncipes de los sacerdotes, dijo: ¿Qué me quereis dar y yo os lo entregaré? Y ellos le constituyeron treinta argénteos. Y desde entónces buscaba oportunidad para entregarlo.

Cuenta San Mateo como, acercándose el tiempo en el cual Dios en su divina providencia tenia determinada la muerte de Cristo que es nuestra vida, él de nuevo la profetizó á sus discípulos, pretendiendo aparejarles los ánimos de manera que, viéndolo morir, no se perturbasen ni escandalizasen mucho; y juntamente cuenta como los, que en la sinagoga hebrea eran principales, consultaron y deliberaron prender á Cristo por engaño y matarlo; y cuenta tambien que, porque en el dia de pascua concurría gran gente á Jerusalem, temiendo los pontífices hebreos que el pueblo en un caso semejante se alborotaria por lo que estimaba á Cristo, deliberaron dejar pasar la pascua.

Y considerando yo que no la dejaron pasar, ántes en la víspera de la pascua ejecutaron en Cristo su deliberacion, conozco cuán poco valen los consejos y las deliberaciones de los hombres cuando Dios tiene ordenado lo contrario de lo que ellos aconsejan y deliberan. Tenia Dios ordenado que Cristo muriese en aquella grande fiesta á fin que, cuadrando la figura con lo flgurado, la obra de Dios fuese más clara y manifiesta, y, por mucho que los judíos consultaron y deliberaron lo contrario, al fin hicieron lo que Dios tenia ordenado.

Habiendo San Mateo puesto la deliberacion de los judíos, pone el caso de la santa mujer que derramó el vaso de unguento sobre la cabeza de Cristo, porque de allí tomó Judas ocasion de vender á Cristo, segun que más claramente lo cuenta San Juan cap. 2.

Y en el caso de esta santa mujer se considera bien cuán diferentemente juzgan de las cosas de Dios la prudencia humana y el espíritu santo, en cuanto los discípulos, juzgando con prudencia humana esta buena obra de esta santa mujer, la condenaron diciendo que aquel unguento era perdido y que fuera mejor venderlo y dar el precio de él á los pobres, y Cristo, juzgando con espíritu santo, defendió la obra de la santa mujer, mostrando que habia obrado con caridad y con inspiracion; como si viniendo á mi casa un hombre cristiano, en el cual yo conociese aquel espíritu cristiano que conozco en San Pablo, le mostrase mi aficion, haciéndole un convite en el cual gastase cien ducados, y mis criados murmurasen de mí, diciendo que aquellos dineros fueran mejor empleados en los pobres, y aquel hombre cristiano defendiendo mi afecto de caridad, dijese á mis criados: No murmureis contra vuestro amo por esta fiesta que me ha hecho, porque de los pobres del mundo siempre tendreis abundancia para poder mostrar en ellos vuestra caridad y piedad, pero no siempre tendreis un verdadero cristiano con quien poder mostrar vuestra caridad y piedad cristiana, añadiendo que no es perdido sino muy ganado lo que se gasta en la persona de Cristo, en las personas que están incorporadas en Cristo y tienen del espíritu de Cristo.

En un tal caso entiendo que nos podemos servir contra la prudencia humana de lo que entrevino á esta santa mujer con su unguento, y en los casos que serán semejantes á este, porque entiendo que, despues que Cristo no conversa corporalmente entre los hombres, lo que hacemos con los que tienen espíritu de Cristo, estando incorporados en Cristo y representándonos la imágen de Cristo, lo hacemos con el mismo Cristo, con el cual corporalmente no lo podemos ya hacer, porque, como él dice: «á mí no me tendreis siempre,» entendiendo aquella su presencia corporal; y por tanto no podemos decir que hacemos con Cristo sino lo que hacemos con los que son verdaderos miembros de Cristo. Examinándome yo á mí mismo si, viendo un caso semejante al de esta santa mujer ó al que he dicho del convite, juzgaria de él como juzgaron los discípulos ó como juzgó Cristo, conozco qué tanto hay en mí de prudencia humana y qué tanto de espíritu santo.

Y añadiendo Cristo: «echando esta este unguento» etc., muestra claramente que aquella santa mujer habia hecho aquella obra, no solamente con afecto de caridad nacida de la fé que tenia en Cristo, pero con movimiento de espíritu santo, el cual en aquel caso pretendió mostrar que Cristo estaba cercano á la muerte y sepultura, de manera que diciendo: «me hizo para ser enterrado,» entienda: profetizó mi cercana sepultura, porque los judíos acostumbraban ungir á los muertos. Y queriendo Cristo encarecer aún á la obra de esta santa mujer, dice: «dígoos de verdad: adonde quiera que este evangelio» etc., afirmando que el afecto caritativo con el movimiento de espíritu santo, que habia tenido aquella santa mujer, era de tanta estimacion que, siempre que por el mundo fuese predicado el evangelio, se hablaria tambien en el caso de esta santa mujer, como con efecto se habla.

Adonde se ha de entender que, diciendo Cristo: «este evangelio,» no entiende: esta historia evangélica, porque en esto no parece que habia que profetizar, sino: este evangelio que yo predico, intimando á los hombres la cercana venida del reino de Dios con el evangelio que despues de mi muerte, resurreccion y ascension y venida del espíritu santo será predicado, en el cual será intimada á los hombres la remision de pecados y reconciliacion con Dios por mi muerte y pasion. Diciendo: «por memoria de ella,» entiende que se hablará en este caso para que haya memoria de esta santa mujer.

Los que se sirven del caso de esta santa mujer para salvar los gastos que hacen los cristianos en cosas que no redundan en utilidad de los que son pobres de Cristo, siendo hermanos de Cristo y teniendo del espíritu de Cristo, no consideran que aquí afirma Cristo que á él no lo tenían siempre, ni consideran que da Cristo testimonio de esta santa mujer que obró inspirada, ántes con espíritu de profecía, si bien ella no entendió la profecía. Añadiendo el evangelista: «entónces uno de los doce» etc., muestra que de allí tomó Júdas ocasion de ir á vender á Cristo; y siempre es así que los que venden á Cristo en sus miembros, toman principio de aparente piedad, ántes el diablo los engaña con aquella aparente piedad, cegándolos de manera que, vendiendo á Cristo, no miran lo que hacen, como no lo miró Júdas, y cuando lo miró, se ahorcó, abriéndole el diablo los ojos para que se ahorcase, así como se los había cerrado para que vendiese á Cristo.

Así como decimos un vidrio ó un cristal, entendiendo un vaso de vidrio ó de cristal, así dice aquí un alabastro, entendiendo un vaso de alabastro. Argénteos era una moneda de plata, como sería decir reales ó carlines.

Y el primer dia de los ázimos se allegaron los discípulos á Jesus, diciendole: ¿Adónde quieres que te aparejemos para comer la pascua? Y él dijo: Id á la ciudad al tal y decidle: El maestro dice: Mi tiempo está cercano, tu casa hago la pascua con mis discípulos. Y hicieron los discípulos segun les ordenó Jesus, y aparejaron la pascua. Y venida la tarde, estaba sentado con los doce y, mientras comian, dijo: Dígoos de verdad que uno de vosotros me venderá. Y entristecidos mucho, comenzó cada uno de ellos á decirle: ¿Por ventura soy yo, señor? Y él respondiendo dijo: El que ha mojado conmigo la mano en el plato, este me venderá. El hijo del hombre va bien, segun está escrito de él, pero ¡guai de aquel hombre, por el cual el hijo del hombre es vendido! Bueno le fuera á él si no fuera nacido aquel hombre. Y respondiendo Júdas, el que lo vendió, dijo: ¿Por ventura soy yo, rabi? Dícele: Tú lo dijiste. Y estando comiendo, tomando Jesus el pan y hechas las gracias partió y dió á los discípulos, y dijo: Tomad, comed, este es mi cuerpo; y tomando el cáliz, hechas las gracias, dióselo diciendo: Bebed todos de él, esta cierto es mi sangre la del nuevo testamento, la que es derramada por muchos por remision de pecados, y dígoos: no beberé más de este fruto de vid hasta aquel dia cuando lo beberé con vosotros nuevo en el reino de mi padre. Y dicho el himno, se salieron al monte de las Olivas.

Dos cosas cuenta San Mateo que hizo Cristo en su última cena, la una, mostrar ó significar que Júdas era el que lo habia de vender, y la otra, instituir el santísimo sacramento de la eucaristía. En la primera parece que se podria decir que tuvo intento Cristo á hacer, como sería decir, el último de potencia ordinaria por apartar á Júdas de su mala deliberacion, á fin que sea en todo y por todo inexcusable en el dia del juicio; y en la segunda entiendo que tuvo Cristo intento á dejar impresa en nuestros ánimos su muerte, su sangre derramada por nosotros, á fin que, siempre que en el evangelio nos es intimada la remision de pecados y reconciliacion con Dios que es como un indulto y perdon general, nosotros nos podamos certificar en el perdon, considerando á Cristo justificado y viendo derramada su sangre. Y aquí está bien repetir lo que muchas veces he dicho que, ejecutando Dios el rigor de su justicia en Cristo, tuvo más intento de asegurarme á mi que de satisfacerse á sí.

Cuanto á lo demás que convendría decir aquí acerca del uso de este santísimo sacramento del cuerpo y de la sangre de Cristo, me remito á lo que he dicho, 1 Cor. 11. Diciendo: «el primer día de los ázimos» ó panes sin levadura, entiende el primero de los siete días en los cuales los hebreos, celebrando la fiesta de su salida de Egipto, comían pan sin levadura. Cuanto á la causa porque esta fiesta era llamada pascua, me remito á lo que he dicho 1 Cor. 4, y cuanto al tiempo en que Cristo celebró la pascua y al tiempo en que la celebraban los hebreos, me remito á lo que dicen los que tienen noticia de esto.

Adonde dice «al tal,» se pudiera pensar que Cristo había dicho el propio nombre de aquel hombre, en la casa del cual quería que le fuese aparejada la pascua, pero por San Márcos y por San Lúcas entendemos que no lo puso, y entendemos más que Cristo tenía presentes las cosas que habían de ser como si ya fueran. Diciendo: «mi tiempo está cercano,» entiende: mi muerte está vecina. Aquello «el que ha mojado conmigo» etc. es digno de considerar para tomar ejemplo de la paciencia y mansedumbre de Cristo, viendo que no solamente admitió á Júdas á su mesa, pero á su plato, y esto después que él tenía hecho el concierto para venderlo. Y considerando yo que tal me hallaría en un caso semejante, conozco mi imperfección, mi poca mortificación y mucha viveza. Y añadiendo Cristo: «ciertamente el hijo del hombre va» etc., pretendió mostrar que su muerte era por divina ordenación, aunque parecía que era cosa urdida, tramada y concertada por hombres.

Y porque alguno pudiera pensar diciendo: Luego los hombres no tienen culpa, añade: «pero guai de aquel hombre» etc., entendiendo que, si bien su muerte era divina ordenación, no dejaría de ser gravemente castigado el hombre que sería ministro ó ejecutor de aquella divina ordenación, porque el tal no pretendía cumplir la voluntad de Dios sino la suya dañada, perversa y diabólica, y dice que al tal hombre fuera mejor no ser nacido que cometer tan grande traición.

Y estas palabras dan que decir á los que, creyendo más á Aristóteles en lo que dice que es menos mal, ser y mal ser que no ser, que á Cristo que dice aquí claramente lo contrario, no se fatigan por hacer que Aristóteles diga lo que dice Cristo, antes trabajan por hacer que Cristo diga lo que dice Aristóteles, como si el autor de Cristo consistiese en conformarse con Aristóteles. Yo ateniéndome á lo que dice Cristo, entiendo que fuera menos mal á Júdas y á todos los impíos y perversos como él, no ser que ser, diga Aristóteles lo que quisiere.

En aquellas palabras: «esta es cierta mi sangre» etc., parece que aludió Cristo á las que están Exod. 24: «hic est sanguis testamenti quod pepigit dominus vobiscum super cunctis sermonibus his» etc., como si dijera Cristo: el testamento ó pacto puesto por Moisés entre Dios y el pueblo hebreo fué mediante sangre de animales brutos, y el testamento ó pacto que pongo yo ahora entre Dios y los hombres es mediante mi sangre, la cual los certifica que Dios los ha perdonado, y así creyendo el perdón gozan de él.

Adonde es mucho de notar la perversidad del ánimo humano en esto que los hebreos, confiados en la palabra de Dios, se tenían por reconciliados con Dios por la sangre de los animales que veían derramada por sus pecados, y apenas hay entre los que se llaman cristianos quien, confiado en la palabra de Dios, se tenga por perdonado de sus pecados, por reconciliado con Dios por la sangre del hijo de Dios que ven derramada por ellos,

afirmando el mismo hijo de Dios que es derramada, por los pecados de muchos, entiende de todos los que, viendo la sangre derramada, por sus pecados, se tendrán por perdonados por ella y por tanto por justos y santos, y así se aplican á vivir justa y santamente.

Entre la remision de pecados que era por la sangre de los animales y la que es por la sangre de Cristo, entiendo que hay esta diferencia, que los perdonados por la sangre de los animales alcanzaban de Dios lo que era prometido á los que cumplian la ley, bienes temporales, y los perdonados por la sangre de Cristo alcanzan de Dios lo que es prometido á los que creen al evangelio, vida eterna.

Aquello que añade Cristo: «y dígoos de verdad: no beberé» etc., yo no lo entiendo ni me cuadra lo que entienden los que dicen que entendió Cristo que no beberia vino hasta morir y resucitar, de manera que llame: «reino de mi padre» al tiempo despues de su resurreccion; y tanto, porque no hallo que la santa escritura use esta manera de hablar, cuanto porque no entiendo en qué manera aquel vino, que Cristo bebió despues de la resurreccion, fuese nuevo, digo que no me cuadra esta inteligencia, y me place decir que no entiendo estas palabras tampoco como las que están al fin del cap. 16 casi en esta misma sentencia. Por aquello: «y dicho el himno» parece bien que al fin de la comida acostumbraba Cristo con sus discípulos decir algun salmo ó himno, alabando á Dios.

Entónces les dice Jesus: Todos vosotros os escandalizareis en mí en esta noche. Porque escrito está: Heriré al pastor y esparciránse las ovejas del rebaño. Pero despues que habré resucitado, iré ántes que vosotros á Galilea. Y respondiendo Pedro le dijo: Si bien todos se escandalizaran en tí, yo no me escandalizaré. Díjole Jesus: De verdad te digo que en esta noche, antes que el gallo cante, me negarás tres veces. Dícele Pedro: Aunque me convenga morir contigo, de ninguna manera te negaré. De la misma manera dijeron tambien todos los discípulos.

El intento, con que Cristo profetizó á sus discípulos que se habian de escandalizar en la noche de su prision, entiendo que fué propiamente el que resultó, en cuanto, prometiendolos que no se escandalizarian y que moririan con él, si fuese menester, ántes que negarlo, y escandalizándose y desamparándolo que fué un negarlo con efecto, todos ellos, pero principalmente San Pedro, que habia sido más atrevido en prometer, fué más diligente en negar una, dos y tres veces, conocieron su mucha fragilidad, poca firmeza y ménos constancia, en cuanto, deliberando de morir más presto con Cristo que negarlo, en breve espacio de tiempo los unos desamparándolo huyeron y el otro lo negó tres veces, de donde resultó que se reconoció y lloró agriamente, considerando su inconstancia, su flaqueza y poca firmeza. Y de allí adelante comenzó á estimarse en poco y á fiarse poco de sí, como lo mostró cuando Cristo le preguntó: Pedro ¿ámasme? No bastándole el ánimo á responder: Sí señor, sino: Tú, Señor, sabes que te amo.

Conocia bien San Pedro que amaba á Cristo, pero, escarmentado del caso de la negacion, no osaba afirmar que lo amaba. En este mismo conocimiento tengo por cierto que vino cada uno de los otros discípulos, si bien él de San Pedro fué mayor, porque el

atrevimiento habia sido mayor, siendo más atrevido en prometer de sí lo que no sabia si podria cumplir.

Adonde se entiende que, cuanto es más grande el error en que el hombre cae por flaqueza y enfermedad, tanto es mayor la humildad que alcanza por el conocimiento de su flaqueza y enfermedad, y adonde tambien, como muchas veces habemos dicho, aprendemos nosotros á pensar ántes mal que bien de nosotros como hombres, á no prometer ni deliberar en aquello que no está en nuestra mano cumplir, deseemos el bien que nos es propuesto y aborrezcamos el mal, y roguemos á Dios que nos dé lo que deseamos y que nos guarde de lo que aborrecemos, y así no cairemos en el inconveniente en que cayó San Pedro y que cayeron los discípulos.

En los cuales entiendo que el escándalo fué interior y exterior, exterior en cuanto, tropezando con los cuerpos en la prision de Cristo, quién fué á una parte y quién fué á otra, é interior en cuanto, tropezando con los ánimos en la misma prision, comenzaron á dudar en lo que ántes creian, vacilando si Cristo era ó no era el Mesía.

Que cosa sea escándalo, lo he dicho en una consideracion. Alegando Cristo aquellas palabras de Zacarías: «heriré al pastor» etc., entendió que en su prision vendria á ser cumplida aquella profecia de Zacarías, adonde hablando Dios con la espada de su justicia, la cual rigurosamente cargó sobre Cristo, por estar, como estaba, vestido de nuestros pecados, siendo los judíos y los gentiles la propia espada, dice: «espada, levántate sobre mi pastor y sobre el varon cercano á mí, dice el Señor de ejércitos; hiere al pastor y esparciránse las ovejas» etc.; y no importa que, diciendo el profeta: «hiere,» diga el evangelista: «heriré,» porque lo que hizo la espada de Dios, lo hizo el mismo Dios.

Entónces viene Jesus con ellos á una posesion llamada Getsemané, y dice á los discípulos: Asentáos aquí hasta que vaya á orar allí. Y tomando á Pedro y á los dos hijos del Zebedeo, comenzó á entristecerse y acongojarse. Entónces les dice Jesus: Entristecida está mi ánima hasta la muerte. Quedáos aquí y velad conmigo. Y andando un poco cayó sobre su cara, orando y diciendo: Padre mio, si es posible, pase de mí este cáliz, pero no como yo quiero sino como tú. Y viene á los discipulos y hállalos durmiendo, y dice á Pedro: ¿Cómo que no habeis podido velar una hora conmigo? Velad y orad para que no entreis en tentacion. El espíritu está bien pronto, pero la carne está enferma. Luego otra vez yendo oró diciendo: Padre mio, si no puede ser que este cáliz pase de mí sin que lo beba, hágase tu voluntad. Y viniendo hallólos otra vez durmiendo, porque estaban sus ojos agravados. Y dejándolos, tornando oró la tercera vez, diciendo la misma oracion. Entónces viene á sus discípulos y díceles: Dormid ya y reposad, hé aquí, se ha acercado la hora, y el hijo del hombre es entregado en manos de pecadores. Levantáos, vamos, hé aquí, se ha acercado el que me vende.

Digo la verdad que soy tan flaco que apenas me oso poner con Cristo en el huerto á considerar el agonía, la tristeza y congoja que allí sintió, tanto me siento de poco y tanto se me representa grande el agonía y la turbacion en que Cristo se vió allí. Y tengo por cierto que, si Dios del todo me abriese los ojos de manera que yo pudiese considerar bien lo que Cristo sintió en aquel huerto, considerando que padeció, no por sí sino por mí, y que sintió, no sus culpas sino las mias, no solamente me certificaría de lo que me afirma el evangelio

acerca de la remision de pecados y reconciliacion con Dios, pero de tal manera quedaria muerta mi carne por la consideracion de lo que allí sintió la de Cristo, que no viviria más en ella cosa que tuviese resabio de pecado. Y entiendo que no hace Dios esto con nosotros porque nuestra carne pasible y mortal no es hábil sujeto para tanta felicidad, y así entiendo que en sus escogidos va Dios templando el conocimiento de lo que Cristo padeció, con el cual poco á poco los va certificando en la remision y reconciliacion, y, segun que los va certificando, así los va mortificando, siendo la certificacion la que los mortifica.

Cuanto á la cosa en que entiendo que propiamente consistió el agonía de Cristo, qué era lo que tanto lo atemorizaba, le dolia, lo entristecia y lo congojaba, me remito á lo que he dicho en una consideracion, la cual á mi ver es de grandísima eficacia para certificar á uno en la remision de sus pecados hechos y por hacer, y para mortificarle y matarle todos los deseos de pecar. Aquí diré esto: que el temor que tenia Cristo, no era tanto por la muerte que veia cercana, cuanto por la vergüenza que le causaba el conocerse culpado por cada uno de nuestros pecados, y por ver el rigor con que Dios lo castigaba por todos ellos. Esta consideracion entiendo que lo tenia amedrentado y atemorizado hasta hacerle sudar gotas de sangre; en efecto no bastan lenguas de hombres para poder expresar la milésima parte de lo que Cristo padeció, ni aun bastan los entendimientos á poderlo comprender; ruego á Dios me lo haga sentir, haciéndome hábil sujeto para ello.

La causa porque Cristo no quiso llevar á todos sus discípulos á que fuesen testigos de lo que sentia en el huerto, yo no la alcanzo, como tampoco alcanzo la propia causa, porque no quiso llevarlos á todos á que viesen su gloria en el monte Tabor. En aquello, «cayó sobre su cara» etc., es pífima consideracion decir que como avergonzado Cristo por los pecados que habia tomado sobre sí y conocia en sí, hallándose culpado por ellos como si los hubiera cometido todos, no bastándole el ánimo á mirar hácia el cielo, puso su cara en el suelo.

En la oracion de Cristo aprendemos en qué manera habemos de orar nosotros cuando nos sentiremos y hallaremos en semejantes tristezas y congojas, remitiéndonos siempre á la voluntad de Dios, sospechando de la nuestra. Lo mismo es: «este cáliz» que: esta muerte, este afán y esta congoja. Diciendo Cristo: «si es posible,» pienso que entendia: si puede ser, señor, que esta tu divina voluntad de reconciliarte á los hombres haya efecto sin que pase por mí lo que pasa, líbrame de ello; y si no es posible, hágase, padre mio, lo que quieres, no quiero que por mi causa sea impedida esta obra de tu santísima voluntad.

En aquello que dice Cristo en su segunda oracion: «hágase tu voluntad,» se ha de considerar que tomó Cristo para sí el consejo que dió á sus discípulos cuando les dijo qué es lo que habian de orar. Aquello: «velad y orad para que no» etc., entiendo que pertenece á todos los tiempos, quiero decir que es un consejo de Cristo general, por el cual entendemos que velando y orando resistiremos á la tentacion; y velar es lo mismo que estar el hombre sobre sí, no descuidándose jamás, porque los descuidados son los que son vencidos en las tentaciones. Y lo que añade Cristo: «el espíritu está bien pronto» etc., puede ser que lo entienda de sí mismo, entendiéndolo: si bien, como veis, mi carne está flaca y enferma en este paso, os certifico que mi ánimo está fuerte y gallardo para pasar por todo lo que placirá á Dios que pase; y puede ser que lo entienda de los discípulos, entendiéndolo: dígoos que veis y que oreis contra la tentacion, porque conozco que, aunque en vuestros ánimos estais aparejados á no recibir escándalo, en la carne sois flacos y enfermos y así podria

acontecer que, vencida la carne, cayéseis en tentacion. Yo no sabia cual inteligencia de estas tomar por mejor.

En las idas y venidas que hacia Cristo de sus discípulos á la oracion y de la oracion á sus discípulos, en el despertarlos, amonestarlos y reprehenderlos considero la turbacion en que la tristeza y la congoja tenian puesto á Cristo, la cual es aún más exprimida con aquellas palabras: «dormid ya y reposad» que parecen dichas como por ironía. Aquello: «en manos de pecadores,» tiene eficacia.

El que querrá considerar esta cosa del huerto más profundamente tome en sí la persona de Cristo y vaya particularmente considerando lo que sentiria cuando se hallase en un caso semejante á este en que se halló Cristo, hallándose por una parte inocentísimo y libre de todo pecado y por otra cargado de muchos pecados no suyos sino ajenos, y hallándose por una parte destituido y desamparado de todo favor humano y por otra dejado de Dios en mano de la tribulacion, y hallándose vecino á la muerte cruelísima é ignominiosísima, y tanto mas ignominiosa, cuanto que los, que le hacian morir, pretendian hacer servicio á Dios y decian que le hacian morir como á impío y enemigo de Dios.

Yo tanto cuanto me pongo á pensar lo que en un caso semejante sentiria, me hallo tal que pienso cierto que á la hora moriria, y así creo que fué obra de Dios que Cristo no muriese de congoja en el huerto, porque pasase por lo que habia de pasar. Ruego á Dios que me reduzca á tanta mortificacion que me sea así dulce y sabroso el pensar en padecer por Cristo lo que conozco que Cristo padeció por mí, cuanto me es dulce y sabrosa la consideracion de lo que Cristo ha padecido por mí, conociendo que de su padecer resulta mi gozar en la presente vida en parte y en la vida eterna entera y cumplidamente.

Yo he dicho sobre este paso del huerto lo que he sentido, y el que querrá pasar más adelante, póngase con Cristo en el huerto y ruegue á Dios con mucha instancia, le haga gracia de abrirle los ojos del ánimo para que vea bien lo que allí sintió Cristo, y soy cierto que tendrá en poco lo que yo aquí he escrito, aunque junte con ello la consideracion, con tanto sin embargo que persevere en estar en el huerto y que no se canse de orar y que ore con mucha confianza en Dios que le dará lo que le demanda, fundando su confianza en aquel divino prometimiento: «petite et dabitur vobis» etc., Mat. 7.

Áun estaba él hablando y he aquí que Júdas, uno de los doce, vino y con él mucha gente con espadas y lanzas enviados por los príncipes de los sacerdotes y ancianos del pueblo. Y el que lo vendia, les había dado señal, diciendo: Al que besaré, él es, prendedlo. Y luego allegándose á Jesus, dijo: Ave, rabí; y besólo. Y Jesus le dijo: Amigo ¿á qué vienes? Entónces allegándose echaron las manos á Jesus y prendiéronlo. Y he aquí que uno de los que estaban con Jesus, extendiendo la mano, sacó su cuchillo y hiriendo al criado del príncipe de los sacerdotes, le cortó la oreja. Entónces le dice Jesus: Torna tu cuchillo á su lugar, porque todos los que toman cuchillo, con cuchillo morirán. O ¿piensas que no puedo ahora rogar á mi padre y me dará más de doce legiones de ángeles? ¿Cómo pues serán cumplidas las escrituras que dicen que así conviene que sea? En aquella hora dijo Jesus á las gentes: Como á ladron habeis salido con espadas y lanzas á prenderme. Cada dia estaba asentado con vosotros enseñando en el templo y no me prendistes. Y todo esto pasó así para

que se cumpliesen las escrituras de los profetas. Entónces todos los discípulos desamparándolo huyeron.

Sirvió Júdas á los judíos en la prision de Cristo de mostrarles el lugar adonde estaba, y de mostrárselo á él entre los otros por ventura que aquellos, que lo iban á prender, no lo conocian así bien.

Aquí se me ofrecen dos cosas harto dignas de consideracion. La una, que Cristo fué vendido de su propio discípulo, y en esto aprendo cuan poco me puedo fiar en el mejor de los hombres del mundo que están sin espíritu cristiano. Y la otra, que los, que enviaron á prender á Cristo, eran los principales de la religion hebrea, no delante de Dios sino delante de los hombres. Y aquí aprendo cuán poco me puedo fiar de los que en la religion cristiana son principales delante de los hombres si no lo son tambien delante de Dios, y conozco el error de los que dependen de hombres y fian en hombres y tomo para mí aquello: «mihi autem adhaerere Deo bonum est» etc.

En aquellas palabras de Cristo: «amigo ¿á qué vienes?» se han de considerar dos cosas: la una la mansedumbre de Cristo que llama amigo á su mayor enemigo, y la otra que, preguntándole á qué venia, fué como un traerlo á conocimiento del mal que hacia á que considerase que venia á entregar á la muerte al que es la propia vida. En el hecho de San Pedro es bien de considerar su ánimo que osó entre tantos enemigos ponerse á defender con armas á su maestro.

Aquellas palabras de Cristo: «porque todos los que toman cuchillo» etc., se han de entender simplemente que los que andan con armas, van á peligro de morir con armas, como si dijera Cristo: no quiero yo que me defiendas á mi ni que te defiendas á tí con armas, porque no quiero yo morir ni quiero que tú mueras con armas, queriendo yo morir y queriendo que tú mueras otro género de muerte. En efecto quiere Cristo que los que son suyos sigan á él, hagan como él y vayan por donde fué él. Añadiendo Cristo: «Ó piensas que no puedo» etc., pretendió asegurar el ánimo de San Pedro, certificándolo que, aunque al parecer moria por voluntad de aquellos que lo llevaban á la muerte, no moria sino por su propia voluntad, la cual se conformaba con la voluntad de Dios, el cual no solamente queria que Cristo muriese por nuestros pecados segun que lo tenia prometido, pero queria que en su muerte concurriesen aquellas cosas que estaban profetizadas, á fin que la cuadrancia entre lo profetizado y lo ejecutado sea como una confirmacion de la fé de los que son inspirados á creer.

Las escrituras, que al presente yo hallo que más me cuadran con lo que veo ejecutado en la muerte de Cristo, son el salmo 22 que comienza: «Deus, Deus meus» etc., y el salmo 69 que comienza: «Salvum me fac Deus» etc., y el capítulo 53 de Esaías. Diciendo Cristo: «como á ladron» etc., pretendió mostrarles la malicia y maldad con que eran venidos. En el Griego está un mismo vocablo adonde dice «cuchillo» y «espadas,» y helo traducido diferentemente porque me parece impropio dar espada á San Pedro, y el vocablo Griego significa lo uno y lo otro. Por San Juan consta que este que cortó la oreja era San Pedro. Aquella palabra «ave» he puesto latina, porque no tengo ninguna castellana con que exprimir lo que significa la Griega, usada para saludar escribiendo y hablando. Esto mismo he hecho en el «ave» del cap. 27, y en el «avete» del cap. 28.

Y ellos prendiendo á Jesus lo llevaron á Caifás el príncipe de los sacerdotes, adonde estaban ayuntados los escribas y los ancianos. Y Pedro seguía desde lejos hasta el palacio del príncipe de los sacerdotes, y entrado se estaba sentado con los servidores por ver el fin. Y los príncipes de los sacerdotes y los ancianos y todo el concilio buscaban algun falso testimonio contra Jesus por matarlo, y no hallaban, y viniendo muchos testigos falsos no hallaban. Pero despues viniendo dos testigos falsos dijeron: Este dijo: Puedo deshacer el templo de Dios y en tres dias edificarlo. Y levantándose el príncipe de los sacerdotes le dijo: ¿No respondes nada? por qué causa estos atestiguan contra tí? Y Jesus callaba. Y respondiendo el príncipe de los sacerdotes le dijo: Conjúrote por el Dios vivo que nos digas si tú eres Cristo el hijo de Dios. Dícele Jesus: Tú lo has dicho. Empero dígoos: de ahora vereis al hijo del hombre asentado á la diestra de la potencia y venir en las nubes del cielo. Entónces el príncipe de los sacerdotes rompió sus vestiduras, diciendo: Blasfemado ha. ¿Qué necesidad tenemos ya de testigos? He aquí ahora habeis oido su blasfemia. ¿Qué os parece? Y ellos respondiendo dijeron: Digno es de muerte. Entonces le escupieron en la cara y lo abofetearon y otros le dieron de bofetadas diciendo: Profetízanos, Cristo, quién es el que te ha herido.

Lo que dice San Mateo que aquellas gentes buscaban algun falso testimonio, con el cual pudiesen condenar á muerte á Cristo y que no lo hallaban, lo entiendo así: que buscaban testimonio que, aunque no fuese verdadero, tuviese del verisímile y que no hallaban cosa á su propósito.

Adonde se ha de considerar la puridad é inocencia con que vivió Cristo, pues ni aún con falsedad no podia ser culpado de cosa mala que hubiese hecho, de

manera que la culpa fuese verisímile en él; y acordándome que, para comprehender la perfeccion en que soy comprehendido, tengo de reducirme á un vivir así puro é inocente, y viéndome tan léjos de ello, yo mismo me avergüenzo de mí mismo, representándoseme cuánto estoy lejos de aquel grado de perfeccion que como cristiano voy procurando, y ruego á Dios, me ponga muy cerca de él.

La falsedad de los testigos que dijeron: «este dijo: puedo» etc., no consiste en que no fuese verdad que Cristo hubiese dicho estas palabras, porque consta que las dijo, pero consiste en que no las dijo en el sentido que los testigos las interpretaban; ellos las interpretaban del templo de piedra, y Cristo las habia dicho del templo de su cuerpo, como parece en San Juan cap. 2.

Conjura lo Cristo por Dios vivo, fué como necesitado á responder, pero templó su respuesta, no afirmando ni negando, como habia hecho en la cena con Judas. Y añadiendo Cristo: «empero dígoos: de ahora vereis» etc., parece que pretendió decir: si os ofende verme en este estado vil y menospreciado, os hago saber que no pasará mucho tiempo que me vereis en un estado glorioso y triunfante en sumo grado acerca de Dios y sobre las nubes del cielo. Adonde aludió Cristo á su segundo advenimiento al juicio, y no importa que por sus palabras parezca que entendia que luego habia de venir, porque, aunque segun el juicio humano parece que no ha sido así, pues no ha venido aún, segun el juicio divino es

así, en cuanto mil años en presencia de Dios son tanto cuanto es para nosotros el día de ayer.

Si Cristo como hombre conociera con espíritu humano su venida al juicio, hablando como hombre dijera que á luengos tiempos verían al hijo del hombre á la diestra etc., pero conociéndola como hijo de Dios, como verbo de Dios, con espíritu divino habló como Dios, diciendo: «de ahora vereis» ó presto vereis. Lo mismo es: «á la diestra de la potencia» que á la diestra poderosa, entiende: de Dios. El romper ó rasgar sus vestiduras el pontífice hebreo fué segun la usanza hebrea y tuvo intento á agravar lo que Cristo habia dicho, propio oficio de prelado hebreo apasionado y ciego. Aquellas palabras: «profetízanos, Cristo» están llenas de escarnio.

Y Pedro estaba sentado fuera en el patio, y allegóse á él una moza diciendo: Tú tambien estabas con Jesus el Galileo. Y él negó en presencia de todos, diciendo: No sé lo que dices. Y saliendo él á la puerta viólo otra y dice á los que estaban allí: Tambien este estaba con Jesus; el Nazareo. Y tornó á negar con juramento que no conocia tal hombre. Desde á poco allegándose los que estaban allí, dijeron á Pedro: Verdaderamente, tambien tú eres de ellos, porque y tu habla te manifiesta. Entónces comenzó á maldecirse y á jurar que no conocia tal hombre. Y luego cantó el gallo, y acordóse Pedro de la palabra de Jesus que le dijo: Antes que el gallo cante, me negarás tres veces. Y salido fuera, lloró amargamente.

Entendiendo por toda la historia de Cristo que San Pedro era muy vivo y muy orgulloso, poniéndose delante en todas las cosas y muchas veces sin consideracion, como en el reprehender á Cristo porque hablaba en su muerte, y como en el decir que no se escandalizaria, habiendo Cristo dicho que se escandalizaria, y como en el cortar la oreja al otro, entiendo que pretendió Cristo (como he dicho arriba) mortificar la viveza en San Pedro, dejándolo caer en la tentacion porque se conociese y humillase, como con efecto se conoció y se humilló.

Y aquí entiendo la causa porque muchas veces deja Dios caer á los suyos en tentaciones; es el ánimo humano vanísimo y arrogantísimo y por tanto tiene necesidad de ser abajado, abatido y humillado.

Tambien entiendo aquí que al cristiano pertenece desear, como seria decir, no negar á Cristo por ninguna cosa del mundo y no presumir de sí que será bastante á no negarlo, pero rogar á Dios que le dé fuerzas para poder resistir á las tentaciones con que será solicitado á negarlo.

Entiendo tambien aquí que la causa, porque á las personas cristianas, que proponen y deliberan muchas cosas que son santas y buenas, muchas veces les sale todo el contrario de lo que deliberan, es por que su deliberacion es sin consideracion de su propia imposibilidad, segun que lo he escrito en una consideracion.

En cuanto San Pedro no era conocido por el vestido sino por el hablar, entendemos que los discípulos de Cristo no andaban vestidos diferenciadamente de los otros hombres.

Cuanto al llorar de San Pedro, entiendo que lloró de mal contento, viéndose caído en el inconveniente en que había deliberado y afirmado que no caería; y entiendo que imitan el llorar de San Pedro los que lloran de desplacer, cuando se apartan del deber cristiano, del decoro cristiano, llorando como enojados y airados contra sí mismos, descontentos de haber ofendido á quien se conocen obligados á servir y á quien entrañablemente desean servir.

Los que lloran por miedo del mal que les puede venir por su pecado ó pecados, pretendiendo ser perdonados por sus lágrimas, no imitan el llorar de San Pedro. Juntando esta negacion de San Pedro con lo que Cristo ha dicho en el cap. 10, que negará á quien lo negará, se entiende bien que no entiende Cristo sino de los que con deliberacion y con pertinacia lo negarán conociéndolo y no queriendo confesarlo ni con la boca ni con el vivir cristiano.

La negacion de San Pedro procedió de flaqueza y fragilidad, aunque primero negó simplemente, segundo negó con juramento y tercero negó añadiendo la maldicion al juramento. Adonde entiendo que, si San Pedro negara con deliberacion de negar, resolviéndose en ello, holgándose de ello, no llorara, como lloró amargamente luego como se reconoció, ántes hiciera lo que hizo Júdeas en reconociéndose, como cuenta luégo San Mateo, poniéndonos, tras un ejemplo de fragilidad, con el cual son consolados los flacos, un otro ejemplo de malignidad con el cual son atemorizados los malignos.

Aquí añadiré esto: que por la tentacion de San Pedro conozco de qué calidad son las tentaciones con que permite Dios que sus escogidos, siendo tentados, caigan; y que por la tentacion de Júdeas conozco de qué calidad son las tentaciones con que son tentados los que no son del número de los escogidos de Dios, aunque en lo exterior parece que lo son y ellos se persuaden que lo son; en cuanto estos no conocen jamás su error y, si lo conocen, se desesperan como hizo Júdeas, y aquellos luego ó muy presto conocen su error y, tan presto como lo conocen, se duelen, conociéndose caídos en lo que no quisieran caer, como hizo San Pedro.

Capítulo XXVII

Y venida la mañana, tomaron consejo todos los príncipes de los sacerdotes y los ancianos del pueblo contra Jesus para matarlo, y atándolo lo trajeron y lo entregaron á Poncio Pilato el presidente. Entónces viendo Judas, el que lo había vendido, que era condenado, arrepentido tornó los treinta argénteos á los príncipes de los sacerdotes y á los ancianos, diciendo: Pequé vendiendo la sangre inocente. Y ellos dijeron: ¿Qué se nos da á nosotros? Tú lo verás. Y arrojando los argénteos en el templo, se apartó é ido se ahorcó. Y los príncipes de los sacerdotes tomando los argénteos dijeron: No es lícito echarlos en el cepo, porque son precio de sangre; y tomando consejo, compraron de ellos un campo de un ollero por sepultura para los forasteros; por tanto fué llamado aquel campo Campo de Sangre hasta el dia de hoy. Entónces se cumplió lo dicho por Jeremías profeta que dice: Y tomaron los treinta argénteos, el precio apreciado que fué apreciado por los hijos de Israel y diéronlos por el campo del ollero, segun que me ordenó el Señor.

Con el mismo espíritu entiendo que se conoció condenado Júdas y se ahorcó, conociendo su condenacion, que se habia apasionado para vender á Cristo y lo habia vendido: quiero decir que el mismo espíritu malo, que lo cegó ántes que hiciese el mal para que no lo considerase, le abrió los ojos despues de hecho el mal para que lo conociese y se conociese condenado por él y se ahorcase. Adonde entiendo que, aunque Júdas conocia que hacia mal en vender á Cristo, porque no se conoció condenado por ello, no se desistió de su mal propósito; que esto sea así, consta por esto que, luego como conoció su condenacion, se arrepintió y de mal contento se ahorcó. Y tengo por cierto que todos los que apasionados como Júdas persiguen á Cristo en sus miembros, persiguiendo la verdad cristiana y el vivir cristiano, al fin se resuelven en lo que se resolvió Júdas, y, si con efecto no se ahorcan, es porque su malignidad es áun mayor que la de Júdas, perseverando hasta el fin de sus días en ejecutarla sin confesarse jamás malignos como se confesó Júdas, la cual confesion, si bien no le sirvió á él, sirvió á la manifestacion de la inocencia de Cristo, pues el mismo que lo vendió dió testimonio de ella.

En los pontífices hebreos y en los ancianos se ha de considerar al natural la propia condicion de los que se aplican á la falsa religion, que se tragan el camello y van colando el mosquito, mataban al inocente y escrupuleaban el poner en el tesoro del templo los dineros que habian dado al que lo habia vendido. Tales cosas como esta son vistas siempre en los que son tales como estos; y son tales como estos todos cuantos se aplican á la falsa religion, que consiste en vanas ceremonias y en supersticiosas observaciones de días, de meses, de tiempos y de años etc., y se apasionan por ella, porque, no conociendo la verdadera religion que consiste en aceptar á Cristo y en imitar á Cristo, son casi forzados á perseguir á los que se aplican á ella y más á los que aplicados á ella la enseñan, porque, así como con la claridad del sol son descubiertas las tachas de una cosa fea y mal hecha, así con la claridad de la verdadera religion son descubiertas las tachas y las fealdades de la falsa religion.

Con la profecía, que alega aquí San Mateo, ha dado bien que hacer y que decir á los que han escrito sobre ella desde entónces acá, á los cuales me remito. Adonde dice: «el presidente,» puede decir: el gobernador. Diciendo que era condenado, entiende que por su pecado merecia el infierno. Por lo que aquí dice «cepo,» el vocablo griego, que es hebreo, significa el lugar adonde eran puestos los dineros que las gentes ofrecian en el templo, como son las cajetas ó arquillas que en Castilla ponen en las iglesias para que los que entran echen allí limosna para la fábrica de la iglesia, á las cuales arquillas llamamos cepos. Adonde dice: «campo,» entiende una tierra ó haza. Y adonde dice: «forasteros,» puede decir peregrinos, extranjeros y huéspedes. «Ollero» es el que hace cosas de barro, por otro nombre es llamado alfaharero.

Y Jesus estaba delante del presidente, y preguntóle el presidente diciendo: ¿Eres tú el rey de los Judíos? Y Jesus le dijo: Tú lo dices. Y siendo acusado de los príncipes de los sacerdotes y de los ancianos, no respondia nada. Entónces le dice Pilato: ¿No oyes cuántas cosas atestiguan contra tí? Y no le respondió á ninguna palabra, en tanto que el presidente se maravillaba mucho. Y por la fiesta acostumbraba el presidente soltar un preso al pueblo, el que querian; y tenia entónces un preso estimado llamado Barrabás. Ayuntados pues ellos, díjoles Pilato: ¿Cuál quereis que os suelte: á Barrabás ó á Jesus, el llamado Cristo? Sabia bien que por envidia lo habían entregado. Y asentado él en el tribunal, envió á él su mujer diciendo: No te empaches con aquel justo, porque mucho he padecido hoy en sueño por su

causa. Y los príncipes de los sacerdotes y los ancianos persuadieron á las gentes que demandasen á Barrabás y que á Jesus lo hiciesen morir. Respondiendo pues el presidente les dijo: ¿A cuál de los dos quereis que os suelte? Y ellos dijeron: A Barrabás. Díceles Pilato: Pues ¿qué haré á Jesus el llamado Cristo? Dícenle todos: Sea crucificado. Y el presidente dijo: ¿Por qué? ¿qué mal ha hecho? Y ellos con más instancia gritaban diciendo: ¡Sea crucificado! Y viendo Pilato que no aprovechaba nada, ántes más bullicio se hacia, tomando agua se lavó las manos en presencia de la gente, diciendo: Inocente soy yo de la sangre de este justo. Vosotros lo vereis. Y respondiendo todo el pueblo dijo: Su sangre venga sobre nosotros y sobre nuestros hijos. Entónces les soltó á Barrabás, y á Jesus azotado lo entregó para ser crucificado.

En estas palabras se ofrecen estas ocho cosas dignas de consideracion. La primera, que los santos del mundo, que escrupuleaban el poner en el cepo los dineros que les arrojó Júdas, estaban acusando al hijo de Dios en presencia de Pilato gentil. Adonde aprendo que me conviene apartar de todo aparente santidad, pues hace tales efectos.

La segunda, que, preguntando Pilato á Cristo si era él el rey de los judíos, entendió propiamente del Mesía, al cual era cosa pública que esperaban los judíos. Y aquí se conoce más la maldad de los pontífices y letrados hebreos, en cuanto hicieron morir á Cristo, del cual por lo ménos se sospechaba que era el Mesía.

La tercera, que de la misma manera que se maravilló Pilato, viendo que Cristo callaba, siendo acusado, no disculpándose, se maravillan los hombres del mundo cuando ven que los santos de Dios, miembros de Cristo, no se disculpan, siendo acusados. Y aquí aprendo qué es lo que me conviene hacer, siendo acusado como Cristo, y me avergüenzo de mi poca mortificacion y mucha viveza cuando me pongo á considerar qué es lo que haria cuando me viese en un caso semejante á este en que se vió Cristo, y ruego á Dios, me reduzca á tanta mansedumbre y humildad que conozca yo en mí lo que considero en Cristo. Y aquí cuadrará bien decir que, callando Cristo, se cumplia la profecía de Esaías que dice: «como res á la carnicería será llevado y como oveja que en presencia del que la desquila enmudece y no abrirá su boca.»

La cuarta, que, así como Pilato, hombre del mundo, no era tan injusto contra Cristo como eran los judíos, santos del mundo, así no son tan perniciosos á los miembros de Cristo los hombres del mundo como son los santos del mundo. Y aquí aprendo que me tengo de apartar más de los santos del mundo que de los hombres del mundo.

La quinta, que andaba el diablo desatinado con Cristo; por una parte le procuraba la muerte, poniendo en el corazon á Júdas que lo vendiese, y por otra parte la impedía, espantando á la mujer de Pilato entre sueños para que enviase á decir á su marido que no se empachase con Cristo; por la cual embajada Pilato procuró tanto librar á Cristo y de miedo se lavó las manos, usando la ceremonia hebrea, porque trataba con hebreos. Y aquí aprendo que, si los secretos de Dios no son entendidos de los demonios, como con efecto no fué entendido este de la muerte de Cristo, ni son entendidos los de las personas cristianas, á las cuales Dios por medio de ellos con tentaciones y con persecuciones mortifica, mucho ménos serán entendidos de la prudencia humana por más acendrada, y afinada que esté, ántes tengo por cierto que, cuanto ella está más acendrada y afinada, tanto es más incapaz

de las cosas de Dios. Y aquí aprendo que en las cosas divinas y cristianas ningun crédito tengo de dar á la prudencia humana, no admitiendo sus razones humanas.

La sexta, que por la mayor parte es tal el pueblo cuales son los que lo gobiernan, mayormente en las cosas que pertenecen á religion; y así no me maravillo que el pueblo hebreo se dejase así fácilmente persuadir de sus pontífices á demandar la muerte del que le venia á dar vida, del que poco ántes habia recibido con su «Osana al hijo de David.» Y aquí entiendo que por lo que veré en las costumbres de los inferiores en una religion, podré conjeturar qué tales son los superiores en ella, para no fiarme de ellos, para guardarme de lo que ellos aprueban, y no curarme de lo que ellos condenan.

La séptima, que propiamente vino al pueblo hebreo lo que demandó sobre sí, diciendo: «su sangre venga sobre nosotros y sobre nuestros hijos,» comenzando en la destruccion de Jerusalem y viniendo de mano en mano sobre los que aprueban lo que sus padres hicieron, matando á Cristo, en cuanto se están en la pertinacia en que sus padres estaban. Y aquí me espanta la ceguedad en que eran caidos los hebreos al tiempo que decian aquellas palabras, y me espanta más la ceguedad en que están los hebreos de nuestros tiempos, los cuales ni áun por la consideracion de lo, que les ha venido por la muerte de Cristo, abren los ojos para poder ver la luz del Evangelio.

La octava, que toda la bondad que está fundada y armada sobre falso, sobre temor, como era la de Pilato, da señal de sí, dando consigo en el suelo; primero procuraba Pilato librar á Cristo que lo llamaba justo, y al fin lo entregó á la muerte, pero despues de haberlo hecho azotar segun era la costumbre de los Romanos. Y aquí aprendo cuál es el efecto del temor tan alabado y canonizado de los que no saben qué cosa es amor, porque no aman, no sabiendo qué cosa es fé cristiana, porque no la tienen; y, si la tuviesen, amarian, y si amasen, condenarian al temor como cosa contraria y enemiga del amor.

Entónces los soldados del presidente tomando á Jesus en el pretorio, allegaron á él toda la compañía y vistiéndolo lo envolvieron con un manto de grana y tejiendo una corona de espinas la pusieron sobre su cabeza y una caña en su diestra y, arrodillándose en su presencia, hacian burla de él, diciendo: Ave, rey de los judíos. Y escupiendo en él, tomaban la caña y heríanlo en la cabeza. Y habiendo hecho burla de él, le desnudaron el manto y le vistieron sus vestidos y lo llevaron á crucificar. Y salidos hallaron un hombre Cireneo, llamado Simon; á este cogieron para que le llevase la cruz. Y venidos al lugar llamado Golgotá, que es dicho lugar de calavera, le dieron á beber vinagre mezclado con hiel y gustando no quiso beber.

Tengo por cierto que sin ninguna comparacion ofendia más á Cristo la malignidad con que era acusado de los hebreos, que la bestialidad con que era maltratado y escarnecido de los gentiles, los cuales parece que, siendo Cristo acusado de que se hacia rey, por burla y escarnio lo ponian en forma de rey para tratarlo despues peor que siervo y esclavo.

El manto que le pusieron dicen que era vestidura de guerra, yo más pienso que fuese vestidura real. Cogiendo al Simon Cireneo para que llevase á Cristo la cruz, no pienso que tuvieron intento á quitar á Cristo la fatiga sino á llegar más presto adonde iban.

El dar á beber á Cristo el vinagre ó vino fuerte, dicen que fué porque acostumbraban los Romanos dar así á beber á los que querian justiciar, á fin que no sintiesen tanto el tormento. El mezclar la hiel con el vinagre nacia de la bestialidad de los ministros.

Aquí diré esto: que el que considerará á Cristo puesto entre aquellos soldados, tratado con tanta inhumanidad y bestialidad, y considerará aquellas palabras de Esaías adonde dice: «despreciado está y esquivado de hombres, como hombre de dolores y experimentado en enfermedad, y como de quien esconden las caras, fué despreciado y no lo estimamos,» será forzado que diga que vió Esaías á Cristo en aquel propio estado en que cuenta el evangelista en que estuvo. De donde se puede colegir que es cosa provechosa para los que son tentados acerca de la verdad cristiana, cotejar con simplicidad y humildad las profecías de la pasion y muerte de Cristo con las historias que escriben los evangelistas.

Y como lo hubieron crucificado, repartieron sus vestiduras, echando suertes, á fin que se cumpliese lo dicho por el profeta: Repartiéronse mis vestidos y sobre mi vestidura echaron suerte. Y asentados lo guardaban allí. Y pusieron sobre su cabeza su causa escrita: Este es Jesus el rey de los judíos. Entónces fueron crucificados con él dos ladrones, uno á la diestra y otro á la siniestra. Y los que pasaban, lo blasfemaban, moviendo sus cabezas y diciendo: El que destruías el templo y en tres días lo edificabas, sálvate á tí mismo. Si eres hijo de Dios, baja de la cruz. Semejantemente y los príncipes de los sacerdotes burlando con los escribas y ancianos decían: A otros salvó, y á sí no se puede salvar. Si es rey de Israel, baje ahora de la cruz y creémoslo. Ha confiado en Dios; líbrelo ahora, si lo quiere, porque dijo: Soy hijo de Dios. De la misma manera tambien los ladrones, que estaban crucificados con él, lo injuriaban.

Tres cosas hay que notar en estas palabras. La primera el repartir entre sí los soldados las vestiduras de Cristo, por donde fué cumplido en él lo que está en el salmo 22, sobre la declaracion de las cuales palabras me remito á lo que he dicho allí; de donde se puede colegir que, aunque los vestidos que traia Cristo no eran preciosos, no eran tan viles que no valiesen algo, pues los soldados con suertes los repartieron entre sí.

La segunda, que fué obra de Dios que Pilato hiciese poner á Cristo título de rey de los judíos, no tanto para confusion de los judíos que entregaron á muerte á su rey, cuanto para gloria de los verdaderos cristianos, en cuanto, viendo á Cristo crucificado y leyendo el título de la cruz, se precian de haber conocido por su rey al que los judíos condenaron é hicieron morir como á impío, siendo verdaderamente su rey.

La tercera, que los meneos con que Cristo era escarnecido y las palabras con que era injuriado de los que pasaban por aquel camino (porque, segun parece, la cruz estaba junto el camino) y de los principales de la sinagoga hebrea y de los propios ladrones que estaban crucificados con él, parece que eran otras tantas tentaciones con que era Cristo tentado, no solamente á resentirse viéndose en aquel estado, pero á apartarse de la voluntad de Dios, bajando de la cruz. Esto lo pienso así, considerando que pudiera Cristo, si quisiera, bajar de la cruz y hacerse creer y aceptar por el que era, que podia destruir al templo y edificarlo, en tres días aún de la manera que ellos lo entendían y que pudiera mostrar que era hijo de Dios y que era poderoso para salvarse y librarse de la muerte y que era rey de Israel. Y entiendo que la tentacion que más sentia Cristo era aquella: «ha confiado en Dios; líbrelo ahora, si lo

quiere,» ó si lo ama, porque esto tocaba en la honra de Dios, en cuanto parecia que no libraba al que habia confiado en él, y tocaba á la piedad de Cristo, en cuanto parecia que no lo amaba Dios, pues no lo libraba.

Esto lo entiendo así, parte por lo que leo en David que estaba siempre celoso que no le fuese dicho que le había faltado la confianza en Dios, ó que Dios no lo amaba ni tenia cuenta con él, como particularmente lo he mostrado sobre el salmo 3, y parte por lo que siento en mí mismo que no hay cosa que más me aflija y atormente que los pensamientos que á las veces me molestan, poniéndome en duda esta confianza y este amor, y que las calumnias de los santos del mundo, con que van calumniando mi fé cristiana y mi vivir cristiano, y tengo por cierto que es esto mismo en todas las personas que, teniendo fé cristiana, están aplicadas al vivir cristiano, las cuales si consideran, cuando se hallasen en un caso algo semejante á este en que Cristo se hallaba, del cual se pudiesen librar, pero apartándose de lo que conocen que es la voluntad de Dios, qué es lo que sentirían cuando les fuesen dichas palabras semejantes á las que eran dichas á Cristo y cuántas veces serían movidas á bajar de la cruz, sentirán mejor lo que sentía Cristo puesto en la cruz y conocerán si tuvo razon Esaías de alabar en Cristo esto: que la voluntad de Dios fué prosperada en su mano de él, que salió Dios con su intento en lo que quiso hacer en Cristo y por Cristo, estando él siempre firme y constante en la voluntad de Dios sin apartarse de ella por ninguna manera, y conociéndolo rogarán á Dios que les dé firmeza y constancia para que tambien en ellas sea prosperada su divina voluntad.

Considerando la fuerza de las tentaciones, con que era tentado Cristo de los hombres al tiempo de su muerte, tengo por ciertas las tentaciones con que dicen que son tentados los cristianos de los demonios al tiempo que están para morir; y entiendo que, diciendo aquellos hombres impíos las palabras que decian á Cristo, no eran ellos los que hablaban, pero era el espíritu diabólico que hablaba en ellos, haciendo en ellos como en sus hijos lo que hace en nosotros el espíritu de nuestro divino y celestial padre: este nos inspira á nosotros á glorificar á Dios y á Cristo, y aquel inspiraba á aquellos á blasfemar á Dios y á Cristo, como inspira siempre á los que son tales como eran aquellos.

Aquí se ve bien que, diciendo el evangelista: «á fin que se cumpliese» etc., no entiende que el intento fué cumplir aquella profecía, sino que con aquel hecho fué cumplida la profecía, no fué porque estaba profetizado, pero estaba profetizado porque habia de ser. Diciendo: «su causa escrita,» entiende la causa porque moría; esto se ve mejor en San Juan.

El mover de las cabezas era segun la usanza hebrea, ántes escribe esto David en el salmo 22 como si lo viera con los ojos corporales. A lo que aquí podrian calumniar, como calumnian los judíos, que no era costumbre en Israel crucificar á los hombres de la manera que leemos que Cristo fué crucificado, se les ha de responder que es así verdad, ántes que Israel estuviese sujeto al imperio Romano, en la cual sujecion con otras muchas cosas fué mudada esta.

Y desde la hora sexta hasta la hora nona sobrevino obscuridad por toda la tierra. Y á la hora nona dió Jesus una grande voz, diciendo: Elí, Elí ¿lamá sabactani? Quiere decir: Dios mio, Dios mio, ¿por qué me has desamparado? Y ciertos de los que estaban allí oyéndolo decian: A Elías llama este. Y luego corriendo uno de ellos y tomando una esponja

é hinchéndola de vinagre y poniéndola en una caña, le daba á beber. Y los otros decian: Deja, veamos si viene Elías á librarlo. Y Jesus otra vez dando un grande grito expiró.

Si, diciendo el evangelista, «por toda la tierra,» entiende: por todo el mundo, yo no lo sé; esto sé que los hebreos llamaban toda la tierra á toda la tierra de Israel. Y por ventura no seria inconveniente decir que esta obscuridad no fué tal cuál es la de la noche, pero que fué tal que los, que tuvieron ojos, conocieron por ella que el sol que da luz á los cuerpos, mostraba sentimiento por lo que padecia el sol de justicia, Jesu-Cristo nuestro señor, el cual da luz á nuestras ánimas, antes parece que es necesario entenderlo así, porque, si por aquellas tres horas la obscuridad fuera tal cual es la de la noche, ni los que miraban á Cristo crucificado burlando de él lo pudieran ver ni ménos las mujeres que desde lejos estaban mirando lo que pasaba, bien que en esto me remito á los que más saben y entienden.

Aquellas palabras de Cristo: «Elí, Elí, lamá sabactani» ó «azabtani» como está en el hebreo, son á la letra las primeras del salmo 22 que tanto cuadra con lo que Cristo padeció en su muerte.

Aquello «por qué me has desamparado» se ha de tomar como voz de la carne que, viéndose en aquel estado, se sentia desamparada de Dios y puesta en manos de la tribulacion, así como era tambien voz de la carne de Cristo aquella que dijo en el huerto: «pase de mí este cáliz.» Era la carne de Cristo así carne como la mia, en cuanto al ser pasible y mortal, si bien, en cuanto á ser sujeta á pecado, no era como la mia, y por tanto, como carne pasible, se sentia en el padecer, ántes fué necesario que Cristo mostrase y sintiese toda esta flaqueza á fin que yo me certifique que en una carne pasible como la mia ejecutó Dios el rigor de su justicia por lo que habia de ser ejecutado en mi carne, y así me confirme en la fé del evangelio, en creer que es así lo que me es intimado en el evangelio, la cual intimacion está fundada en el padecer de Cristo, y es tanto más firme la fundacion ó el fundamento, cuanto fué más riguroso el padecer, y no se pudiera mostrar en cosa ninguna tanto su rigurosidad quanto en mostrarnos cómo Cristo padeciendo se sintió en la carne desamparado de Dios.

Y las personas cristianas que, habiendo algun tiempo sentido en sus ánimos la presencia de Dios y el favor de Dios y habiéndose en otro tiempo visto por una parte perseguidas de los hombres del mundo y tentadas de los demonios del infierno, y por otra parte privadas del sentimiento de la presencia de Dios y del favor de Dios, podrán dar algun testimonio de lo mucho que sintió Cristo al tiempo que dijo estas palabras; y estas mismas entenderán que, así como ellos en casos semejantes, diciendo que Dios las ha desamparado, no lo dicen con el corazon sino con la boca, porque en el ánimo no lo sienten así, así, diciendo Cristo: «¿por qué me has desamparado?» no lo decia con el corazon porque lo sintiese, sino con la boca por lo que la carne sentia.

Los que decian: «á Elías llama este» parece bien que no eran judíos sino gentiles, porque, si fueran judíos, entendieran su lengua, ántes conocieran las palabras del salmo. Lo que dijo Cristo con grande voz al tiempo que expiró ó envió el espíritu, no lo pone San Mateo, como tampoco pone las otras palabras que Cristo dijo en la cruz que escriben los otros evangelistas, de las cuales, placiendo á Dios, hablaremos en su propio lugar.

Adonde, dice: «dió una grande voz» y adonde dice: «dando un grande grito,» he puesto unas maneras de hablar castellanas por otras griegas. En aquello «y luego corriendo» etc., no se ha de entender que este corrió á hacer aquello por lo que oyó decir á Cristo sino que se movió de suyo á hacer aquello por alguna fantasía suya.

Y hé aquí que el velo del templo se rasgó en dos partes de arriba abajo y la tierra tembló y las piedras se rompieron y las sepulturas se abrieron y muchos cuerpos de santos que dormían resucitaron y salidos de las sepulturas, despues de la resurreccion de él, vinieron á la santa ciudad y aparecieron á muchos. Y el centurion y los que y estaban con él guardando á Jesus, viendo el terremoto y lo que pasaba, temieron mucho, diciendo: Verdaderamente este era hijo de Dios.

Habiendo Cristo perseverado en la obediencia de Dios hasta la muerte sin haberse dejado vencer á apartarse de ella ni por la crueldad con que era tratado ni por los denuestos que le eran dichos ni por las tentaciones de los hombres que diciéndole las palabras que habemos visto parece que lo tentaban á que abajase de la cruz, ilustró Dios su muerte con tantas demostraciones milagrosas que bastaron á convencer los ánimos de los gentiles que estaban presentes á que lo confesasen por hijo de Dios, de manera que desde el punto que Cristo expiró en la cruz comenzó su muerte á ser más eficaz que habia sido su vida, ántes es así que hizo muriendo, en cuanto fué conocido por hijo de Dios de los que lo estaban guardando como á enemigo de Dios, mucho más que si bajara de la cruz cuando los judíos lo tentaban diciéndole que bajase. Y lo que hizo Dios con Cristo entiendo que hace siempre con los que son miembros de Cristo, haciendo que sean más ilustres en sus victorias contra las tentaciones, que serian cuando bien alcanzasen toda aquella felicidad que les es propuesta cuando son tentados en caso que se dejasen vencer de las tentaciones.

En el rasgarse ó romperse el velo del templo que estaba delante del «sancta sanctorum,» parece que fué denotada la abrogacion de la ley, la cual entiendo que duró hasta que Cristo expiró. Diciendo: «y muchos cuerpos de santos» etc., entiendo que á la voz con que Cristo expiró revivieron muchos cuerpos de santos que estaban en las sepulturas, pero que no salieron de ellas hasta que Cristo hubo resucitado, á fin que, como dice San Pablo, fuese Cristo «primogenitus mortuorum.» Col. 1. En este caso de estos muertos que resucitaron tengo algunos escrúpulos de que deseo ser libre y, esperando que Dios cuando le placirá me librá de ellos, no los pongo aquí por no dar ocasion á otros que los tomen. Aquello «que dormían» es segun el hablar de la santa escritura, la cual á la muerte de los, que mueren conociendo á Dios por su Dios ciertos que han de resucitar, llama sueño, aludiendo, como creo, á la resurreccion.

Y estaban allí muchas mujeres mirando de léjos, las cuales habian seguido á Jesus desde Galilea, sirviéndolo, entre las cuales estaba María la Magdalena y María la madre de Jacobo, y de José y la madre de los hijos del Zebedeo. Y siendo ya tarde, vino un hombre rico de Arimatea llamado Josef, el cual tambien era discípulo de Jesus; este yendo á Pilato le demandó el cuerpo de Jesus. Luego Pilato mandó que le fuese dado el cuerpo, y tomando Josef el cuerpo, lo envolvió en una sábana limpia y púsolo en su monumento nuevo que habia cavado en piedra y, revolcando una grande piedra á la boca del monumento, se fué. Y estaba allí María la Magdalena y la otra María asentadas en frente de la sepultura.

Entiendo que hace mención San Mateo de estas santas mujeres, las cuales no solamente estuvieron presentes hasta ver a Cristo muerto y sepultado, pero perseveraron en estar en lugar de donde siquiera pudiesen ver el monumento o la sepultura adonde estaba el cuerpo de Cristo, por alabar su constancia y perseverancia en el amor espiritual con que amaban a Cristo. Amabanlo vivo, amaronlo muriendo, amaronlo muerto y amabanlo enterrado, y no lo pudieran amar tanto ni con tanta perseverancia, ni fuera tan firme ni tan constante el amor, si fuera suyo de ellos, pero por eso era así firme y constante porque el amor era de Dios, en cuanto Dios se lo había dado y se lo conservaba y mantenía, y en cuanto no se amaban ellas a sí mismas en Cristo, pero amaban a Dios en Cristo.

El caso de Josef entiendo que lo cuenta el evangelista por mostrar que también en aquel hombre había fe y amor, y también porque importa a la resurrección de Cristo que se sepa en donde y como fue sepultado.

Por ventura cuadran en este enterramiento de Cristo las palabras de Isaías adonde dice: «Y dió a impíos su sepultura y a rico en sus muertos, sobre no haber hecho iniquidad y no haber habido engaño en su boca,» Esai. 53, de manera que entienda que la sepultura de Cristo fue dada a guardar a impíos, como veremos, y que la propia sepultura era la que aquel hombre rico tenía hecha para enterrar sus muertos, encareciendo que, no habiendo Cristo hecho jamás ni dicha cosa que lo debiese, fue tratado como si fuera puro hombre y aún de los malos y perversos.

Y el día siguiente que es después del aparejo de la Pascua se ayuntaron los príncipes de los sacerdotes y los Fariseos a Pilato, diciendo: Señor, habémonos acordado que aquel engañador dijo siendo vivo: Después de tres días resucitaré. Manda pues que sea guardada la sepultura hasta tres días, porque no acontezca que viniendo sus discípulos lo hurten y digan al pueblo: Resucitado ha de entre los muertos; y será el error postrero peor que el primero. Díjoles Pilato: Teneis guarda, id y guardadlo como sabeis. Y ellos idos pusieron guarda a la sepultura, sellando la piedra con la guarda.

Grandísima cosa es esta que, cuanto más la prudencia humana se va ingeniando por ocultar y encubrir la gloria de Cristo, tanto es ella por aquella vía más ilustrada, como fue ilustrada la resurrección de Cristo por la malvada diligencia de estos santos del mundo; por el contrario entiendo que, cuanto más la prudencia humana por sí sola procura ilustrar la gloria de Cristo, tanto más la oscurece por aquella propia vía que ella procura ilustrarla. De esto se podrían dar hartos ejemplos, los cuales remito a la espiritual consideración, de las personas, en las cuales la gloria de Cristo es ilustrada por el espíritu santo que por el mismo Cristo les es comunicado.

Lo mismo es: «después de tres días» que: al tercero día. En aquello: «sellando la piedra» etc., entiendo que declara el evangelista qué guarda fue la que los judíos pusieron a la sepultura, conviene a saber: sellar la piedra que estaba a la boca de la sepultura y poner gente de guarda que no se apartase de allí hasta pasados los tres días.

El cristiano, que, siendo perseguido, aunque sea de los que se llaman cristianos y sea con título de no cristiano, considerará bien aquella palabra que dijeron de Cristo los principales de la sinagoga hebrea: «aquel engañador,» soy cierto que no desmayará en la

persecucion, ántes se confortará y cobrará fuerzas, viendo que es tratado propiamente como fué tratado el hijo de Dios; y la gloria del cristiano es mayor ó menor segun que él es más ó ménos semejante á Cristo, el cual no solamente murió por nosotros, pero nos dejó su vida y su muerte como por dechado de perfeccion para que nosotros sigamos sus pisadas.

Capítulo XXVIII

Y á la tarde de los sábados que esclarece en uno de los sábados, vino María la Magdalena y la otra María á ver el sepulcro. Y hé aquí sobrevino un grande terremoto, porque el ángel del Señor bajando del cielo, allegándose trastornó la piedra de la puerta y estaba sentado sobre ella, y su vista era como el relámpago y su vestido blanco como la nieve, y de miedo de él temblaron los que lo guardaban y quedaron como muertos. Y respondiendo el ángel dijo á las mujeres: No temais vosotras. Sé bien que á Jesus el crucificado buscais. No está aquí, porque ha resucitado segun que dijo. Venid, ved el lugar adonde estaba puesto el señor, y presto partiéndoos decid á sus discípulos que ha resucitado de entre los muertos. Y catad que va ántes que vosotros á Galilea, allí lo vereis. Hé aquí os lo he dicho. Y salidas presto del monumento con temor y gozo grande corrieron á sus discípulos. Y como fuesen á notificarlo á sus discípulos, hé aquí que Jesus las encontró, diciendo: Avete. Y ellas allegándose le asieron los piés y lo adoraron. Entónces les dice Jesus: No temais. Id, notificad esto á mis hermanos para que vayan á Galilea y allí me verán.

Habiendo contado San Mateo la muerte y la sepultura de Cristo, de las cuales dependen nuestra justificacion y mortificacion, en cuanto los, que aceptamos la gracia del evangelio, incorporados en Cristo gozamos de la justicia de Cristo, quiero decir, de la que fué ejecutada en Cristo, porque realmente y con efecto morimos y fuimos sepultados con Cristo (segun que particularmente lo he tratado en una respuesta,) viene á contar la resurreccion de Cristo, de la cual depende nuestra vivificacion en la presente vida y nuestra resurreccion en la vida eterna, en cuanto es en nosotros lo que es en él.

Adonde ha de considerar toda persona cristiana que, así como con sus desobediencias á Dios acrecentó el agonía de Cristo en su pasion (como lo he dicho en una consideracion), así tambien con sus obediencias á Dios acrecentó el gozo de Cristo en su resurreccion, porque entiendo que, así como tuvo Cristo presente muriendo todas nuestras desobediencias, así tuvo tambien presentes resucitando todas nuestras obediencias, á fin que, así como las unas le habian acrecentado el agonía, así las otras le acrecentasen el gozo.

El que querrá examinarse para ver si ha aceptado la gracia del evangelio con afecto de carne y sangre ó con afecto de espíritu santo por revelacion del padre eterno como San Pedro, mire bien si la muerte y si la resurreccion de Cristo han hecho sus efectos en él ó los han comenzado á hacer, mortificándolo y vivificándolo, aplicándolo á vivir en la presente vida como muerto y resucitado, porque los, que no están aplicados á esto, no sienten el beneficio de Cristo, no se conocen ni se sienten muertos con Cristo ni resucitados con Cristo. Aquí viene á propósito una consideracion que he escrito sobre la resurreccion de Cristo.

Para entender aquello «y á la tarde de los sábados» etc., basta saber que como nosotros decimos feria 2, feria 3 etc., los hebreos decian segundo de los sábados, tercero de los sábados etc., porque al primer día de la semana llamaban sábado; con esto se entiende que estas santas mujeres fueron al sepulcro el domingo de mañana al reir del alba y que llama San Mateo «tarde de los sábados» á toda la noche del sábado, conforme á aquello: «factumque est vesper et mane dies unus,» Gén. 1.

Por los otros evangelistas se entiende que estas santas mujeres venian á ungir el cuerpo de Cristo, en la cual cosa, aunque mostraban en afeccion, mostraban tambien su poca fé, pues pensaron hallarlo en la sepultura, habiendo él prometido que al tercero dia resucitaria. Y puédesse colegir de aquí lo que yo suelo decir que las personas cristianas son muchas veces movidas con un intento segun ellas y con otro segun el espíritu santo que las mueve. El intento con que estas santas mujeres se movieron fué ungir á Cristo, y el espíritu santo las movió con intento que viesen á Cristo resucitado. Y aquí entiendo que es buena señal cuando el hombre se mueve con un buen intento y le sale otro mejor, quiero decir que es señal que aquel mejor es de espíritu santo.

Cuanto á aquello: «sobrevino un grande terremoto,» me acuerdo haber dicho sobre los salmos, que acostumbra Dios mover con terremotos la tierra en semejantes casos como los de la muerte y resurreccion de Cristo, por certificarnos que el mismo Dios, que, como seria decir, consiente la muerte de Cristo y resucita á Cristo, es el que crió todas las cosas, las rige y las gobierna como absoluto señor de todas ellas, á fin que, certificados de esto los que nos sentimos incorporados en Cristo para la aceptacion de la gracia del Evangelio, estemos seguros en los prometimientos de Cristo, fundando nuestra seguridad en la providencia y omnipotencia de Dios; y es verdaderamente grandísima satisfaccion y gloria interior al verdadero cristiano, saber cierto que es favorecido, amado y querido del que tiene en su mano á todas las criaturas, de las cuales es en todo y por todo obedecido; á mí tanto esta consideracion me da la vida.

Cuanto al bajar del cielo el ángel y al mostrarse resplandeciente y claro en su presencia y en sus vestidos, me remito á lo que dicen los que hablan con alguna experiencia, porque yo no tengo ninguna y así no puedo decir sino lo que dicen otros. Aquello «y respondiendo el ángel» etc., es segun el hablar de la santa escritura, la cual parece que entiende que se responde no á lo que se pregunta sino á lo que se querria ó deberia preguntar.

Aquí se ha de considerar que los que guardaban el sepulcro eran hombres, y las que venian á ver el sepulcro eran mujeres; y estas estuvieron firmes y constantes, y los hombres temieron, temblaron y quedaron como muertos. Estos mismos efectos hacen siempre las obras de Dios, atemorizan y espantan á los hombres del mundo hasta hacerlos salir de sí, y consuelan y alegran á los hijos de Dios hasta trasformarlos en Dios. Aquello: «y catad que va ántes» etc., se ha de juntar con lo que acabada la cena prometió Cristo á sus discípulos, diciendo: «pero despues que habré resucitado, iré ántes que vosotros á Galilea.»

Cuanto á las causas porque Cristo se quiso dejar ver de sus discípulos en Galilea y no en Jerusalem, como se dejó ver de las santas mujeres; me remito á lo que otros dicen, no bastándome á mí el ánimo á hablar por conjetura en las cosas en que no puedo hablar con

alguna evidencia, ó experiencia. En aquellas palabras del ángel: «Jesus el crucificado» es muy digno de consideracion que lo, que es ignominioso en presencia del mundo y de los hijos de Adam que siguen el juicio de la prudencia humana, es glorioso en presencia de Dios y de los hijos de Dios que siguen el juicio del espíritu santo; y por tanto el ángel de Dios hablando con las santas mujeres que eran hijas de Dios, llama á Cristo: Jesus el crucificado, dándole el título más honroso y más glorioso que como á hombre le pudo dar, en cuanto no venció Cristo resucitando sino muriendo.

Esto lo sentia así San Pablo como hijo de Dios y por tanto no queria gloriarse sino en la cruz de Cristo ni queria saber sino á Cristo crucificado, y siéntenlo tambien así los que, teniendo del espíritu que tuvo San Pablo, son hijos de Dios, pero unos lo sienten más y otros lo sienten ménos segun es más ó ménos eficaz en ellos la fé cristiana y el espíritu cristiano. Todos los otros hombres tienen por título ignominioso el de la cruz, porque por tal lo juzga y lo tiene la prudencia humana, si bien alaban y adoran la cruz de Cristo.

Adonde entiendo que tienen por honrosa y gloriosa la cruz de Cristo los que están resueltos con el mundo y consigo mismos de tal manera que no se avergonzarian ni resentirian como hombres cuando fuese menester pasar por lo que pasó Cristo, y, si no están entera y perfectamente reducidos á esto, conocen que lo deben estar, desean reducirse á ello, y están aplicados á ello, atendiendo á la mortificacion de todo lo que tienen de Adam, con intento de reducirse á que les sea gloriosa y sabrosa la Cruz de Cristo, el padecer por gloria de Cristo, lo que padeció Cristo por gloria nuestra, deseosos de ser muy semejantes á Cristo en el estado de la pasibilidad y mortalidad por ser tambien muy semejantes á Cristo en el estado de la resurreccion y glorificacion.

Los que no están reducidos á esto ó aplicados á esto, deseándolo y procurándolo, por mucho que alaben y que adoren con señales y demostraciones exteriores la cruz de Cristo, está claro que no son hijos de Dios, pues, teniendo por ignominiosa la cruz de Cristo, no queriendo por ninguna manera verla sobre sí, dan testimonio de sí que no siguen el juicio del espíritu santo que siguen los hijos de Dios, sino el de la prudencia humana que siguen los hijos de Adam; estos son los que adoran con el cuerpo y alaban con la boca la cruz de Cristo, y escupen con el ánimo y aborrecen con el corazon la misma cruz de Cristo, amando más la gloria de los hombres que la gloria de Dios y de Cristo. En aquello: «con temor y gozo grande» exprime bien el evangelista el efecto que hace un semejante caso áun en hombres. Lo que significa aquella palabra «avete,» lo he dicho en el cap. 26.

Y partidas ellas, he aquí que algunos de la guarda, viniendo á la ciudad, notificaron á los príncipes de los sacerdotes todo lo que pasaba. Y ayuntados con los ancianos y tomando consejo, dieron harto dinero á los soldados, diciendo: Decid que sus discípulos viniendo de noche le hurtaron, estando vosotros durmiendo: y si vendrá esto á oídos del presidente, nosotros lo aplacaremos, y á vosotros os aseguraremos. Y ellos tomando el dinero, hicieron segun que eran enseñados. Y fué divulgada esta cosa acerca de los judíos hasta el dia de hoy.

Considerando que de poner los pontífices hebreos sus guardas á la sepultura de Cristo y de corromper con dineros á las guardas para que negasen la verdad y afirmasen la falsedad,

resultó que fué más ilustrada la gloria de la resurreccion de Cristo y fué más conocida la maldad y perversidad de los que lo habian hecho morir.

Me place repetir aquí lo que al fin del capítulo precedente he dicho que por la misma vía, que la prudencia humana procura menoscabar y escurecer la gloria y dignidad de Cristo por ilustrar y engrandecer ella su ignominia y su indignidad, es engrandecida é ilustrada la gloria y la dignidad de Cristo y es menoscabada y escurecida la ignominia y la indignidad de la prudencia humana, como vemos que aconteció á estos pontífices hebreos y como sabemos que aconteció á los que persiguieron y mataron en tiempo de los mártires á los que confesaban á Cristo, y como consta que ha siempre acontecido y acontece á los que han procurado y procuran lo que procuraron los pontífices Hebreos.

Adonde considerando yo que acontece á la prudencia humana con Cristo y con los que son miembros de Cristo lo mismo que le aconteció con el mismo Dios ántes de Cristo, como consta por el caso de Faraon, por el de Senacherib y por el de Nabucodonosor, veo un evidentísimo testimonio de la divinidad de Cristo.

Habiendo considerado esto, y considerado por otra parte que, siempre que la prudencia humana sin espíritu santo procura y pretende ilustrar y engrandecer el nombre de Dios y de Cristo, los menoscaba y escurece por aquella misma vía que ella pretende y procura engrandecerlos é ilustrarlos, vengo á entender esto que las personas cristianas se deben entristecer cuando ven que los hombres del mundo procuran ilustrar y engrandecer la gloria de Cristo, teniendo por cierto que sale todo lo contrario, y se deben alegrar cuando vea que los mismos procuran menoscabar y escurecer la gloria de Cristo, sabiendo cierto que resultará todo lo contrario. Y aún entiendo que las mismas personas cristianas se deben entristecer siempre que conocerán que los hombres del mundo las quieren ilustrar y engrandecer, y se deben alegrar siempre que verán que los mismos las quieren oprimir y abatir, teniendo por cierto que sucederá todo lo contrario, de manera que tengan por afecto de carne el entristecerse por los malos tratamientos que les harán los hombres y el alegrarse por los buenos tratamientos, y tengan por afecto de espíritu el entristecerse por los buenos tratamientos y el alegrarse por los malos, como se alegraron los apóstoles cuando los judíos, queriendo encubrir la gloria de Cristo, los azotaron, mandándoles que no predicasen á Cristo.

Tambien entiendo que á todo hombre pertenece estar sobre sí aún cuando se sentirá movido á engrandecer ó ilustrar la gloria de Cristo, sabiendo cierto que, si el movimiento es de carne, de prudencia humana, pensando engrandecerla é ilustrarla, la menoscabará y escurecerá. Es Dios tan celoso de su gloria que no quiere que sea ilustrada y engrandecida sino con su espíritu santo y por su espíritu santo.

Aquello: «estando vosotros durmiendo» es bien de considerar, porque se les pudiera replicar: si dormisteis ¿cómo vísteis que los discípulos lo hurtaron? Por aquello: «hasta el día de hoy» parece que San Mateo escribió esta historia algunos años despues de la resurreccion de Cristo, pero ántes de la destruccion de Jerusalem

Y los once discípulos se fueron á Galilea al monte adonde les habia ordenado Jesus y como lo vieron lo adoraron, y ellos habian dudado. Y allegándose Jesus les habló

diciendo: Dado me ha sido todo poder en el cielo y en la tierra. Yendo pues instruid á todas las gentes, bautizándolas en el nombre del padre y del hijo y del espíritu santo, enseñándoles guardar todo cuanto os he mandado á vosotros. Y catad que yo estoy con vosotros todos los dias hasta la fin del mundo.

Habiendo puesto San Mateo por certificacion de la resurreccion de Cristo el testimonio de las santas mujeres y el de las guardas que guardaban el sepulcro, pone el de los once apóstoles que en Galilea vieron á Cristo resucitado en el propio lugar á donde él les habia certificado que lo verian, y pone las palabras que les dijo, ordenándoles que se fuesen á predicar el evangelio, á bautizar y á enseñar el vivir cristiano, certificándoles que él estaria perpétuamente con ellos sin apartarse nunca de ellos. Adonde hay tres cosas dignas de mucha consideracion.

La primera, que los discípulos de Cristo habian dudado de la verdad de la resurreccion de Cristo con todo que él muchas veces se la habia profetizado y que las mujeres se la habian dicho, de donde colijo que el dudar no es indicio de infidelidad sino de flaqueza y enfermedad y por tanto no se deben tener por infieles los que dudan, aunque sea en las cosas de la fé, pero débense tener por flacos y enfermos y deben rogar afectuosamente á Dios, les haga sentir bien dentro de sus ánimos el beneficio de Cristo á fin que, creciendo en la fé, dejen la flaqueza y enfermedad y con ella el dudar. Yo tanto más me maravillo de los que no dudan que de los que dudan, tanto que tengo por sospechoso el nunca dudar si no es en los que han dudado, porque sé que el dudar, ántes el no creer es natural al hombre y el creer es sobrenatural, es don de Dios y no industria humana.

La segunda, que de aquellas palabras de Cristo: «dado me ha sido todo poder en el cielo y en la tierra» podemos tomar parte del concepto que como cristianos debemos tener de Cristo; sobre lo cual he escrito una, consideracion, á la cual me remito, porque allí he dicho en qué manera entiendo que Cristo tiene en la tierra este absoluto poder; y quanto á la manera como lo tiene en el cielo, me remito á la experiencia cuando hallándome allá lo conoceré y veré cara á cara. Quanto á lo que aquí dudan algunos, diciendo, que siendo Cristo el verbo de Dios, hijo de Dios ¿qué necesidad habia que Dios le diese lo que él se tenia? se puede responder que dió Dios este absoluto poder á aquel Cristo hombre que murió, fué enterrado y resucitó, y en esta misma sentencia dice San Pablo. «propter quod et Deus exaltavit illum» etc. Fil. 2, ántes parece que entendió esto mismo Daniel adonde dice: «viendo ví en vision de noche y ved con las nubes del cielo como hijo de hombre venia y hasta antigüedad de dias llegaba y fué traído delante de él y dióle poder y gloria y reino, y todos pueblos, naciones y lenguas lo servirán; su poderío poder eterno y no será quitado y su reino no será corrompido.»

Con estas palabras de Daniel cuadra tambien la respuesta de Cristo á Caifás que habemos visto en el capítulo 26. Notificando Cristo á sus discípulos este su poderío absoluto en el cielo y en la tierra, entiendo que pretendió que supiesen y que sepamos esta su omnipotencia á fin que se asegurasen y nos aseguremos que todas juntas las criaturas en el cielo, en la tierra y en los infiernos no son poderosas contra nosotros, mientras nosotros estamos en la escuela de Cristo, estando él con nosotros y nosotros con él, porque en él lo podemos todo, así como él lo pudo todo, esto lo entendia así San Pablo cuando dijo: «todo lo puedo en el que me hace poderoso.»

La tercera cosa digna de consideracion que hay en estas palabras de Cristo es la manera como instruyó á sus discípulos, queriendo enviarlos á predicar, á bautizar y á enseñar.

Adonde pueden aprender los que envian á predicar, á bautizar y á enseñar, que primero han de instruir á los que envian en el concepto que deben tener de Cristo, diciéndoles como tiene todo poder en el cielo y en la tierra, luego les han de decir el órden que han de guardar, y al último los han de certificar que siempre el espíritu de Cristo los acompañará por donde quiera que irán, á fin que, asegurados de esto, se descuiden de sí mismos, pasando todo su cuidado en el negocio á que son enviados. Pueden tambien aprender aquí los que interiormente son movidos á predicar el evangelio y á enseñar el vivir cristiano que lo primero que han de intimar á los hombres es el indulto y perdon general por la justicia de Dios ya ejecutada en Cristo, rogándoles de parte de Dios y de Cristo que, aceptando este indulto, se tengan por reconciliados con Dios, certificándolos que los que lo creen y se bautizan gozan de él.

Esto lo entiendo en aquellas palabras: «yendo pues instruid á todas las gentes,» entendiendo que la instruccion es la propia intimacion del evangelio y que despues á los que, admitiendo la instruccion, aceptando la intimacion, se tendrán por reconciliados con Dios, los han de bautizar en el nombre del padre, del hijo y del espíritu santo, certificándolos que son admitidos á la union con el padre, con el hijo y con el espíritu santo, á la que pueden tener como hombres que por la fé y el bautismo gozan del indulto y perdon general, los cuales son regenerados, mudan natura de la manera que he dicho en una respuesta. Esto lo entiendo en aquellas palabras: «bautizándolas en el nombre del padre, del hijo y del espíritu santo.»

Cuanto á la manera como entiendo que el bautismo, en virtud del pacto que consiste en la fé y en el bautismo, tiene parte en la justificacion, me remito á lo que he dicho en una respuesta, adonde he dicho tambien que los, que somos bautizados desde pequeños, entónces comenzamos á sentir en nosotros mismos el fruto del bautismo cuando, aceptando con el corazon por divina inspiracion la gracia del evangelio y aprobando el ser bautizados de tal manera que, cuando no fuéramos bautizados, nos bautizaríamos, nos resolvemos á vivir cristianamente, imitando á Cristo, poniendo fin á toda ambicion y propia satisfaccion.

Pueden tambien aprender aquí los predicadores cristianos que á los que, habiendo aceptado la gracia del evangelio, habiendo sido bautizados ó habiendo aprobado el ser bautizados, han puesto fin á toda ambicion y propia satisfaccion, han de enseñar el vivir cristiano, poniéndoles delante todo lo que Cristo enseñó á sus discípulos, no como por ley sino como por una instruccion en el vivir cristiano á imitacion de Cristo, á fin que con su vivir cristiano confirmen su fé cristiana y den testimonio de su bautismo cristiano, mostrando con efecto que creen con el corazon y que se han bautizado, ó han aprobado el ser bautizados, porque han primero creído, porque han aceptado la gracia del evangelio.

Esto lo entiendo en aquellas palabras: «enseñándoles guardar todo cuanto os he mandado á vosotros,» de manera que en estas palabras de Cristo los que son inspirados á predicar el evangelio y á enseñar el vivir cristiano aprenden que han de intimar el evangelio generalmente á todas las gentes y que no han de bautizar sino á los que han aceptado la

gracia del evangelio y que no han de enseñar el vivir cristiano sino á los que, aceptando la gracia del evangelio, se bautizan ó aprueban el ser bautizados y poniendo fin á toda ambicion y propia satisfaccion se determinan vivir cristianamente, imitando á Cristo.

Y esta propia órden consta que era guardada en la primitiva iglesia, despues duró mucho tiempo que no se daba el bautismo sino á los que estaban bien instruidos en la fé cristiana y en el vivir cristiano, pero los apóstoles, como consta por su historia, siguiendo esta órden de Cristo, luego bautizaban á los que creían, á los que aceptaban la gracia del evangelio, y parece que es necesario que se haga así, porque (como he dicho en una respuesta,) así como con el bautismo es ejercitada la fé de los que no son bautizados, pareciéndoles cosa de burla que por la fé y el bautismo sin otra observacion de ley vengan á gozar de la remision de pecados y reconciliacion con Dios por Cristo, así con el mismo bautismo es confirmada la fé de los que son bautizados, sirviéndoles el bautismo como de un arrimo con que se confirman en su fé cristiana, diciendo: si yo no creyera, no me bautizara ó no aprobara el ser bautizado, determinándome en vivir como bautizado, que es lo mismo que como muerto y resucitado, porque en el bautismo, como dice San Pablo, morimos y resucitamos con Cristo.

Aquello: «y catad que yo estoy con vosotros» etc., entiendo que pertenece no solamente para los que predicán el evangelio y enseñan el vivir cristiano, pero tambien para los que aceptan el evangelio y atienden al vivir cristiano, los cuales todos se pueden certificar que Cristo está y estará siempre con ellos sin apartarse nunca de ellos, y esta certificacion de la presencia de Cristo entiendo que hace dos efectos en nosotros, los que, habiendo aceptado el evangelio y aprobado el ser bautizados y habiendo puesto fin á toda ambicion y propia satisfaccion, atendemos á vivir cristianamente.

El uno es que vivimos seguros contra todo el mal que todas juntas las criaturas nos pueden hacer, conociéndonos y sintiéndonos poderosos contra todas ellas por la presencia de Cristo, ciertos que no nos pueden empecer. Y el otro es que vivimos más sobre nosotros para no apartarnos jamás en poco ni en mucho del deber de personas cristianas, en las cuales está Cristo y estará hasta la fin del mundo.

Los que no están ciertos de esta presencia de Cristo, viven en continuo temor, porque confían en sí y desconfían de Cristo y no viven cristianamente ni guardan el deber ni el decoro de personas cristianas; y por lo que conocen en sí, dicen y afirman que no hay santos en el mundo, no acordándose que confiesan que los hay, diciendo que creen «sanctorum communionem,» y dicen y afirman que no puede el hombre ser cierto que está en gracia de Dios, no entendiendo que el evangelio no es otra cosa que una buena nueva que es intimada á los hombres, diciéndoles como Cristo los ha reconciliado con Dios, que lo crean y se bauticen y que gozarán de la reconciliacion, por donde se entiende que en tanto es uno cristiano, en cuanto está cierto que por Cristo está en gracia de Dios, estando reconciliado con Dios.

Al cual doy infinitas gracias que me ha traído á la participacion de esta su divina gracia y me ha favorecido con su espíritu santo en la interpretacion de esta divinísima escritura de la vida y doctrina de su unigénito hijo Jesu-Cristo nuestro señor, para gloria del cual pretendo que sea dicho lo que he acertado á decir en esta interpretacion, pretendiendo que

lo que he errado ó lo que no he acertado sea para mi propia vergüenza y confusion, siendo en esto conocido mi propio sér, el que tengo como hijo de Adam, y siendo en lo otro conocido el sér que tengo como hijo de Dios, incorporado por la fé y el bautismo en el unigénito hijo de Dios Jesu-Cristo nuestro señor, al cual con el padre y con el espíritu santo sea perpétua gloria. Amen.

Capítulo V

Y viendo las gentes, subiose á un monte y, como se hubo asentado, se fueron á el sus discípulos, y abriendo su boca les enseñaba diciendo: Bienaventurados los pobres en el espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos. Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados. Bienaventurados los mansos, porque ellos heredarán la tierra. Bienaventurados los hambrientos y sedientos por justicia, porque ellos serán hartados. Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia. Bienaventurados los limpios en el corazon, porque ellos verán á Dios. Bienaventurados los que apaciguan, porque ellos serán llamados hijos de Dios. Bienaventurados los perseguidos por causa de la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos. Bienaventurados sois cuando os injuriarán y perseguirán y dirán toda mala palabra contra vosotros, mintiendo, por mi causa; gozáos y alegráos, porque vuestro galardón es grande en los cielos, así también persiguieron á los profetas que fueron antes de vosotros.

Habiendo puesto San Mateo las palabras con que Cristo predicaba el evangelio del reino de los cielos, celestial y divino, y habiendo contado algunos milagros de los muchos que hacia como por confirmacion de su predicacion, viene á contar una larga intruccion toda cristiana y divinísima que hizo á sus discípulos, en la cual parece que pretendió enseñarles estas siete cosas. La primera que el reino de los cielos que el predicaba no era ni exterior ni corporal en la presente vida sino interior y espiritual, si bien en la vida eterna despues de la resurreccion de los justos será exterior é interior, corporal y espiritual, siendo entera, cumplida y colmada la felicidad. La segunda, que la dignidad de sus discípulos es altísima y es divinísima, en cuanto son luz del mundo y son sol de la tierra. La tercera que, mientras él vivia corporalmente con ellos, queria que la ley en todo y por todo fuese respetada y guardada. La cuarta que á los, que entran en el reino de los cielos por la aceptacion del evangelio, pertenece resolverse con el mundo y consigo mismos, reduciéndose á vivir segun el deber de la regeneracion cristiana; y poniendo la diferencia entre el deber de la generacion humana y el de la regeneracion cristiana, pone la propia idea de la perfeccion cristiana y los avisos para venir á ella. La quinta que los que pertenecen al reino de los cielos han de huir de todas apariencias de santidades exteriores, no queriendo que el mundo los tenga por santos. La sexta que los que están en el reino de los cielos se deben descuidar de sí, confiando en el cuidado que Dios tiene de ellos. Y la septima que á los, que están en el reino de los cielos, pertenece vivir con mucho recatamiento entre los hombres, y les pertenece atender á confirmar su fe cristiana con la experiencia del vivir cristiano.

Este parece que fué el intento de Cristo en este razonamiento, y el cristiano que llevará este tino en él, conociéndose discípulo de Cristo, hallará mucha edificacion, en cuanto entenderá en qué manera le conviene vivir para guardar el decoro cristiano, cumpliendo con el deber de la regeneracion cristiana, y el que no se conocerá discípulo de Cristo, no hallándose entrado en el reino de los cielos, entenderá que para entrar en él le conviene renunciar su propia justicia, desconfiado de sí y abrazar la justicia de Cristo, confiando en Cristo, cierto que esta no le puede faltar.

Viniendo pues Cristo á poner las calidades que concurren en los que son hijos del reino de los cielos, siendo suyo el reino, pone por primera la pobreza en el espíritu, quiere decir en el ánimo, la cual tiene por contraria á la magnanimidad en cuanto el magnánimo depende de sí mismo y le pareceria grande afrenta depender de Dios, y el pobre en el espíritu depende de Dios y no le bastaria el ánimo á depender de sí mismo; del magnánimo es, como seria decir, el reino de la tierra, y del pobre en el espíritu es el reino de los cielos. El mundo tiene por felice el magnánimo y por infelice al pobre en el espíritu, y Dios tiene por infelice al magnánimo y por felice al pobre en el espíritu, no por la pobreza en sí sino por lo que resulta de ella, en cuanto él, desconfiando de sí mismo y de todas las criaturas, aunque es muy rico, no espera la salud ni la sustentacion corporal de sus riquezas sino de Dios, aunque es muy gran señor, no pretende que sus vasallos ni que sus criados lo han de defender de los peligros de la presente vida, pretendiendo haber esto de solo Dios, y aunque vive justa y santamente, no pretende justificarse en presencia de Dios con su propia justicia, ateniéndose á la justicia de Cristo, de donde resulta que, viviendo así, desconfiado de sí mismo y de todas las criaturas, y confiado en solo Dios, tiene Dios cuidado de él, y rigiéndolo y gobernándolo Dios con su espíritu santo, viene á ser lo que aquí dice Cristo que es suyo el reino de los cielos.

Por segunda calidad de los que están en el reino de los cielos pone Cristo el llorar, quiere decir el estar el hombre descontento de sí mismo por sus defectos y flaquezas, juntamente con padecer las necesidades corporales á que esta nuestra carne está sujeta mientras es, pasible y mortal. El mundo tiene por infelices á los que lloran, teniendo por felices á los que rien, á los que gozan de los placeres vanos y miserables de la vida presente, viviendo en prosperidad y en felicidad, y Dios tiene por infelices á los que rien, teniendo por felices á los que lloran, no porque lloran, sino porque llorando por lo que lloran, se encomiendan á Dios, y Dios los consuela en los ánimos, haciéndoles que miren á Cristo, en el cual son justos, si bien en sí son injustos, y en los cuerpos, poniéndoles delante la felicidad de que gozarán en la vida eterna.

Por tercera calidad de los que están en el reino de los cielos pone Cristo la mansedumbre, la cual consiste en que el hombre viva en la presente vida como oveja entre lobos y propiamente de la manera que vivió Cristo, conforme á lo que Esafías habia profetizado de él, como veremos en el capítulo 12. El mundo tiene por infelices á los que viven con esta mansedumbre, juzgándolos por ruines y de poco, teniendo por felices á los valerosos que se hacen temer de los otros, y Dios tiene por infelices á estos valerosos del mundo, teniendo por felices á sus mansos, no por la mansedumbre en sí, sino porque, habiéndola aprendido de Cristo, y cobrádola con la incorporacion en Cristo, será de ellos lo que es de Cristo, en cuanto, así como Cristo es heredero del reino de Dios ó de la heredad

del mundo prometida á Abraham y á su simiente, así ellos serán herederos en la misma heredad y en el mismo reino.

Por cuarta calidad de los que están en el reino de los cielos pone Cristo el tener hambre y sed por justicia; quiere decir que se congojan y se afligen ansiosos por comprehender la justicia y perfeccion en que se conocen comprehendidos por la incorporacion en Cristo por ser así justos y perfectos en sí como son justos y perfectos en Cristo. El mundo tiene por infelices á los que van tras esta justicia y tras esta perfeccion, teniendo por felices á los que por sus santidades exteriores se persuaden que son santos y justos, y Dios tiene por infelices á los que están en esta persuasion, teniendo por felices á los que viven con aquella hambre y con aquella sed, no por la hambre ni por la sed en sí, sino por lo que resulta de ella, en cuanto, encomendándose ellos á Dios, Dios les acrecienta la fé y el espíritu con que son mortificados y vivificados, de manera que vienen á matar su hambre y su sed, alcanzando mucha parte de aquella justicia y perfeccion que pretenden y desean.

Por quinta calidad de los que estan en el reino de los cielos pone Cristo la misericordia y piedad, el compadecerse el hombre de aquellos que ve en necesidad y ayudarlos, no por propia gloria ni por propio interes ó merecimiento sino por gloria de Dios, porque la misericordia, que no es de esta manera, no es misericordia cristiana, y Cristo habla aquí de la cristiana.

El mundo precia bien á los misericordiosos, teniéndolos por felices, pero en cuanto pretenden su propia gloria y su propio interes, teniendo por infelices á los que esconden sus misericordias, y Dios tiene por infelices á los que publican sus misericordias, como veremos en el capítulo 6, teniendo por felices á los que esconden sus misericordias, no por la misericordia en sí, sino porque de ella resulta la misericordia que ellos alcanzan de Dios, favoreciéndolos con dones espirituales y con beneficios corporales.

Por sexta calidad de los que están en el reino de los cielos, pone Cristo la limpieza en el corazon, la cual solamente toca á los que aceptan la gracia del evangelio, los cuales por la fe alcanzan esta limpieza conforme á aquello que dice San Pedro «fide purificans corda eorum,» Act. 15, adonde se ha de entender que todos los hombres del mundo tienen sucios los corazones, en cuanto como hijos de Adam son impíos, infieles y enemigos de Dios, teniendo esta impiedad, infidelidad y enemistad en los corazones, la cual es purificada y alimpiada por la fé cristiana, por la aceptacion de la remision de pecados y reconciliacion con Dios por Cristo. Y es cosa verdaderamente milagrosa y divina que, luego que el hombre acepta con el ánimo la justicia de Cristo, pierde la impiedad, infidelidad y enemistad con Dios, y comienza á creer á Dios, á confiar en Dios y á amar á Dios y así á conocer y ver á Dios, en lo cual consiste su felicidad. Quanto á este conocimiento de Dios y esta vision de Dios, me remito á lo que he dicho 1^a Cor. 13. y en dos consideraciones. El mundo no tiene cuenta con la limpieza del corazon y por tanto no tiene por felices sino á los que tienen limpieza en las costumbres exteriores, y Dios á estos tiene por infelices, como veremos en el capítulo 23, teniendo por felices á los que tienen limpieza en los corazones, con la cual son hábiles para conocer y ver á Dios en la presente vida como se puede y en la vida eterna como se debe.

Por séptima calidad de los que están en el reino de los cielos, pone Cristo el hacer paz, el ser apaciguadores, pero de la manera que lo fué el mismo Cristo, el cual muriendo en la cruz reconcilió á los hombres con Dios, reconciliando tambien entre sí á los hombres que entran en esta reconciliacion, los cuales, si bien son inquietados del mundo con persecuciones y con muertes, gozan de la paz con Dios y así tienen paz en sus conciencias y tienen paz con todos, no inquietando ellos ni haciendo guerra á ninguno. Son pues pacíficos, apaciguadores ó hacedores de paz, los que, intimando á los hombres la paz que hizo Cristo entre Dios y ellos, los traen á que gocen de esta paz.

El mundo no tiene cuenta con esta paz y por tanto trabaja por hacer infelices á los que de esta manera son apaciguadores, persiguiéndolos y matándolos, y Dios no tiene cuenta con los que el mundo tiene por apaciguadores, á los cuales tiene por infelices, porque no conocen la verdadera paz, teniendo por felices á los que, conociendo la verdadera paz, procuran traer á ella á los hombres. Y su felicidad consiste en que, haciendo el mismo oficio que hizo el hijo de Dios, son tambien ellos hijos de Dios y por tales son tenidos y así son llamados de Dios.

Por octava calidad de los que están en el reino de los cielos, pone Cristo el padecer persecucion por la justicia, quiere decir por la que es propia del reino de los cielos, por aceptarla ó por predicarla, á la cual justicia es anexa la persecucion, porque los hombres no pueden comportar que haya otra justicia sino la que ellos con su prudencia humana entienden y alcanzan. De donde procede que el mundo tiene por infelices á los perseguidos por esta justicia, teniendo por felices á los perseguidores, en cuanto, como dice Cristo, se persuaden que hacen servicio á Dios, y Dios tiene por infelices á los perseguidores, teniendo por felices á los perseguidos, no por la persecucion en sí sino porque con ella es ilustrada la gloria de Dios, y mediante ella son ellos conservados y mantenidos en la posesion del reino de Dios, de la misma manera que los que son pobres en el espíritu; y así igualmente dice Cristo de los unos y de los otros: «porque de ellos es el reino de los cielos.» Adonde tengo por cierto que solos los que sienten la pobreza en el espíritu y son perseguidos por la justicia cristiana, sienten el regimiento y el gobierno de Dios, en el cual consiste el reino de los cielos.

Lo que añade Cristo, diciendo: Bienaventurados sois etc., pertenece á amplificar esta octava calidad, adonde son dignas de mucha consideracion aquellas dos palabras «mintiendo» y «por mi causa», á fin que se entienda que no toca esta felicidad á los que simplemente son injuriados falsamente sino á los que son injuriados falsamente por causa de Cristo, porque lo predicán, porque enseñan el vivir cristiano ó porque viven cristianamente, imitando á Cristo.

Aquello «gozaos y alegraos» etc. lo cumplieron á la letra los apóstoles, como consta por San Lúcas Act. 5, y lo han cumplido y cumplen de mano en mano todos los que han sido y son verdaderos Cristianos, considerando que con su padecer es ilustrada la gloria de Dios y de Cristo, y que así es acrecentada su gloria de ellos en el reino de los cielos que es en la presente vida, y será acrecentada en el que será en la vida eterna.

Y aquí se ha de considerarla liberalidad de Dios, que nos da él constancia y firmeza en el padecer por Cristo y despues galardona con acrecentamiento de gloria la firmeza y

constancia que él nos da. Diciendo Cristo «así también persiguieron» etc., nos consuela con el ejemplo de los profetas á los que somos sus discípulos, los cuales comportamos mejor las persecuciones, considerando que por ellas pasaron los profetas, y mucho mejor considerando que por ellas pasó el mismo Cristo, y han siempre pasado los que lo han predicado y los que lo han querido imitar.

De estas ocho calidades, que ha dicho Cristo que concurren en los que están en el reino de los cielos, pudieran bien comprender los discípulos, que el reino de los cielos en la presente vida no es corporal sino espiritual; pero estaban tan enajenados de esta opinion que nunca la entendieron, hasta que recibieron el espíritu santo, el cual les mostró por experiencia lo que ellos no habían podido comprender por ciencia, si bien Cristo claramente les había dicho estas ocho calidades, las cuales son tan conjuntas entre sí con lo que resulta de ellas, que todas ellas están en cada uno de los que entran en el reino de los cielos, aceptando la justicia de Cristo.

Porque es así que esta aceptación les da la pobreza en el espíritu, esta les hace que lloren y se entristezcan por sus defectos y por sus flaquezas, esta les da verdadera mansedumbre, esta les pone hambre y sed de justicia de ser más justos en sí, esta los hace misericordiosos, esta les da limpieza en los corazones, esta los hace apaciguadores de la manera que Cristo fué apaciguador, y por esta son perseguidos, injuriados y maltratados en el mundo; de donde resulta que están en el reino de los cielos, son llamados hijos de Dios y lo son, que conocen y ven á Dios, que es Dios misericordioso con ellos, que comprenden gran parte de la justicia y perfección en que son comprendidos, que son herederos del mundo que fué prometido á Abraham y á su simiente, y que son consolados de Dios en todas sus angustias y en todos sus trabajos.

Aquí ha de considerar toda persona cristiana que, pues es así que los que en la presente vida, mientras esta carne es pasible y es mortal, aceptan la gracia del evangelio, gozan de todos estos privilegios, qué tales deben ser aquellos de que gozarán en la vida eterna, mayormente cuando esta nuestra carne será impasible é inmortal.

Vosotros sois la sal de la tierra. Pues si la sal se desvanece ¿con qué se salará? No vale más para nada sino para ser echada fuera y ser pateada de los hombres. Vosotros sois la luz del mundo. No se puede esconder la ciudad que esta puesta encima de un monte, ni encienden candela y la ponen debajo del almud sino sobre el candelero y alumbrá á todos los que están en casa. Así pues resplandezca vuestra luz en presencia de los hombres de manera que vean vuestras buenas obras y glorifiquen á vuestro padre el que está en los cielos.

Habiendo Cristo mostrado como la felicidad del reino de los cielos en la presente vida es toda interior y espiritual, viene á mostrar la grandeza de la dignidad de los que son sus discípulos, mayormente de aquellos que lo van imitando á él en todo lo que es imitable, y constituye esta dignidad en dos cosas: la una, en que son sal de la tierra, y la otra, en que son luz del mundo.

Adonde entiendo que el ser sal de la tierra pertenece á los discípulos de Cristo en dos maneras: la una en que, así como la sal da sabor á las viandas que sin ella nos descontentarian, así los discípulos de Cristo dan sabor al mundo, hacen que Dios se contente de conservarlo y de mantenerlo, y la otra en que, así como con la sal son preservadas de corrupcion las viandas, así con la vida, con la doctrina y con la predicacion ó intimacion del evangelio que pertenece á los discípulos de Cristo son preservados los hombres que viven en el mundo, en esta vida de la corrupcion de las costumbres y en la otra vida de la muerte eterna.

Aquello «pues si la sal se desvanece,» ó deja deser sal, con lo que se sigue, pertenece para advertir á los discípulos de Cristo que conozcan su dignidad y se conserven en ella, haciendo en el mundo lo que hace la sal en las viandas. Diciendo «¿con que se salará?» etc., entiende que, así como dejando la sal de tener sabor, no hay cosa con que se le pueda dar, por ser ella la que lo da á las otras cosas, y no teniendo sabor no es de ninguna utilidad y por tanto es desechada y pisada, así, dejando los discípulos de Cristo de tener fé cristiana con costumbres cristianas, no hay cosa con que se les pueda dar perfeccion, siendo ellos los que con su predicacion la dan á todos los otros y, no teniendo fé cristiana con costumbres cristianas, no son de ninguna estimacion y por tanto Dios los desecha y desprecia.

Tambien entiendo que el ser los discípulos de Cristo luz del mundo les pertenece en cuanto, así como mediante la luz exterior del sol vemos nosotros con la lumbre de nuestros ojos exteriores las cosas exteriores que no veriamos sin la luz del sol, así mediante la luz interior de los que han sido y son discípulos de Cristo vemos nosotros con la lumbre de nuestros ojos interiores las cosas interiores, espirituales y divinas; el cómo lo deajo considerar á las personas espirituales, las cuales habiendo visto luz con la luz de otras y sirviendo ellas de luz á otras, pueden por propia experiencia dar testimonio de esto.

Adonde se ha de entender que los discípulos de Cristo, si bien son luz del mundo, no lo son en sí propios sino en cuanto siendo discípulos de Cristo, el cual en sí propio es luz del mundo; Cristo les comunica su luz; y así ellos son luz del mundo por participacion de Cristo, el cual dice de sí «Ego sum lux mundi,» Jo. 8. de manera que se puede decir que entre la luz de Cristo y la de sus discípulos hay la diferencia que entre la luz del sol y la de la luna y de las estrellas, y por tanto parece que vendria mejor comparar los discípulos de Cristo á la lumbre de la candela, y no lo he hecho así porque la candela no es luz del mundo ni lo son muchas candelas.

Y lo que añade Cristo: «Ni encienden candela» etc., pertenece á amonestar á sus discípulos que conozcan su dignidad y se conserven en ella, estando y platicando entre los hombres y con los hombres como hizo él, á fin que sean candela sobre candelero y no debajo de almud. Aquello «así pues resplandezca,» etc., lo juntó con lo que precede, de manera que diga: resplandezca vuestra luz como resplandece la candela que esta sobre el candelero.

Y diciendo Cristo «de manera que vean vuestras buenas obras» etc., muestra que la principal cosa en que los discípulos de Cristo son luz del mundo es en el vivir cristiano, imitando á Cristo, porque á este vivir entiendo que llama buenas obras, las cuales son luz del mundo en cuanto en ellas ven los hombres á Cristo. Las obras, en que puede haber

fingimiento, quiero decir, que pueden estar sin fe y sin caridad, no son luz del mundo ni aún cuando son hechas de discípulos de Cristo, porque por la imitación de Cristo son luz del mundo. Añadiendo Cristo «y glorifiquen á vuestro padre» etc. enseña que el intento que sus discípulos deben tener siendo luz del mundo es la gloria de Dios y no la propia gloria.

Es bien verdad que el verdadero discípulo de Cristo no puede pretender en sus cosas sino la gloria de Dios, porque esto aprende en la escuela de Cristo el cual atendió á ilustrar la gloria del padre, remitiendo al padre la ilustración de su propia gloria. Los que buscan sus propias glorias no son discípulos de Cristo, no son entrados en la escuela de Cristo. Aquello «no se puede esconder» etc., lo entiendo así que, así como la candela puesta sobre el candelero se deja ver de todos los que entran en la cámara, así la ciudad puesta sobre un monte se deja ver de todos los que pasan por allí, y los que son discípulos de Cristo han de conocer que son luz del mundo y que por tanto les pertenece hacer oficio de candela sobre candelero y de ciudad sobre monte, dejándose ver platicar y conversar. Los que no lo hacen así, ó no conocen su dignidad ó se dejan vencer de su pusilanimidad.

No penseis que soy venido á romper la ley ó los profetas, porque no soy venido á romper sino á cumplir. Porque os certifico que hasta que pase el cielo y la tierra, una jota ó un ápice no pasará de la ley hasta que todo sea hecho. Por tanto cualquiera que romperá uno de estos mandamientos pequeños y enseñará así á los hombres, pequeño será llamado en el reino de los cielos, y el que hará y enseñará, este será llamado grande en el reino de los cielos.

Habiendo Cristo dicho á sus discípulos la opinión que debían tener del reino de los cielos y la opinión que debían tener de sí mismos en cuanto eran sus discípulos, les viene á decir el respeto que quería que tuviesen á la ley y á los profetas mientras él vivía entre ellos, y así les dice: «No penseis que soy,» etc., como si dijese: y aunque me veis predicar y enseñar cosas diferentes de las que entendeis en la ley y en los profetas, no penseis que yo sea venido á vivir contrario á ella ó á ellos y á enseñar contra ella y contra ellos, porque os engañareis muy mucho, porque es así que antes yo tengo de guardar y de cumplir á ella y á ellos, siendo esto certísimo que más presto sería posible que el cielo y que la tierra dejaran de ser que no que la ley viniese á ser abrogada, ántes de ser guardado y cumplido todo lo que está figurado en ella y todo lo que está mandado en ella.

Por tanto quiero que sepais que cualquiera de vosotros, que, viviendo yo, romperá el menor mandamiento de la ley y enseñará á otros á romperlo con achaque de la predicación de la cercana venida del reino de los cielos, no tendrá parte en el reino de los cielos, y por el contrario el que guardará la ley y enseñará á otros que la guarden, este tendrá gran parte en el reino de los cielos.

Así entiendo todas estas palabras de Cristo. Porque decir que con estas palabras pretendió Cristo dar autoridad á la ley más que por el tiempo que él vivía, no se sufre, porque vemos la experiencia en contrario, pues es así que con la venida del espíritu santo cesaron la ley y los profetas, sucediendo en su lugar el espíritu santo, el cual hace interiormente en el pueblo de Dios, que es todo espiritual, lo que hacían exteriormente la

ley y los profetas en el pueblo de Dios cuando era exterior. De donde ha resultado que, si bien David hallaba en la ley de Dios el sabor que muestra en el salmo 118, San Pedro hallaba en la misma graveza y pesadumbre, como consta Act. 15. Y aquí entiendo que los que, aplicando sus ánimos á Dios, hallan gusto y sabor en la ley y en los profetas, no tienen aún espíritu cristiano, no son aún llegados adonde era llegado San Pedro, estándose todavía adonde estaba David.

Tampoco se sufre decir que entiende Cristo solamente del cumplimiento de lo figurado en la ley, porque no cuadra aquello «por tanto cualquiera que romperá,» etc, y considerando esto, me afirmo en la inteligencia que he puesto. Con tanto que se entienda que cumplió Cristo la ley en cuanto la guardó absolutísimamente sin contravenir por todo el tiempo de su vida á la más mínima parte de ella, cosa que hasta él ninguno la habia hecho, y así la ley nunca habia sido guardada, y, como dice aquí Cristo, era necesario que fuese guardada antes de ser abrogada; y cumplió tambien Cristo la ley en cuanto fueron cumplidas en él todas las figuras de la ley, y no debia ser abrogada la ley hasta que en Cristo fuese cumplido lo figurado en ella.

De manera que la ley fué cumplida por Cristo y fué cumplida en Cristo, y despues cesó y fué abrogada, habiendo llegado al fin para que fué dada. Fué dada para que sirviese de pedagogo en el pueblo de Dios, como dice San Pablo Gal. 3, miéntras el pueblo era niño, y cesó y fué abrogada luego que el pueblo de Dios dejó de ser niño, teniendo cada uno de los que pertenecen al pueblo de Dios, dentro de sí al espíritu santo, el cual lo mantiene en la obediencia de Dios. Los que no tienen al espíritu santo, espíritu cristiano, no pertenecen al pueblo de Dios, porque, como dice San Pablo, «Si quis spiritum Christi non habet, hic non est ejus,» Rom. 8; y es así con efecto que en los que aceptan la gracia del evangelio, siendo el espíritu cristiano eficaz en ellos, cesa todo respeto de ley, viven bien conforme á lo que manda la ley cuanto á las costumbres, pero su intento no es cumplir la ley, porque harian lo mismo aunque nunca hubiese habido ley, sino seguir el gobierno del espíritu santo que mora en ellos, el cual los inclina por la regeneracion y renovacion que hace en ellos á vivir no ya como hijos de Adam sino como hijos de Dios, imitando al primogénito y unigénito hijo de Dios, Jesu-Cristo nuestro señor.

Cuanto á la letra, lo mismo es romper que abrogar y que quebrantar. Aquello «hasta que pase» es manera de hablar hebrea, y aquello «una jota ó un ápice» está dicho por encarecimiento. Lo mismo es «hasta que todo sea hecho» que: hasta que todo lo que contienen la ley y los profetas, sea cumplido y sea guardado. Diciendo «pequeño será llamado,» entiende: no tendrá nombre ninguno; de esta manera de hablar usa, algunas veces Cristo, como en aquello «serán los primeros postreros,» etc., entendiendo que serán del todo excluidos, y como en aquello «los publicanos y las meretrices os precederán en el reino de los cielos,» adonde entiendo que los publicanos y las meretrices estarán en el reino y que los pontífices y ancianos del pueblo serán excluidos de él. Y diciendo «será llamado grande» entiende: tendrá gran nombre. Cuanto á las causas porque ordenó Dios que Cristo viviese sujeto á la ley y porque quiso Cristo que, viviendo él, fuese guardada la ley, me remito á lo que he dicho en un discurso sobre la abrogacion de la ley.

Dígoos de verdad que, si vuestra justicia no sobrepujará á la de los escribas y Fariseos, no entrareis en el reino de los cielos.

Habiendo dicho Cristo á sus discípulos la calidad del reino de los cielos que el predicaba y la dignidad de los que son hijos del reino, y habiéndoles declarado lo que pertenecía á la observacion de la ley, miéntras él vivía corporalmente con ellos, viene á declararles en qué manera conviene que vivan los que aceptando el evangelio entran en el reino de los cielos, y así dice: «Dígoos de verdad que si vuestra justicia,» etc., como si dijese: y no penseis que, venido el reino de los cielos, ya abrogada la ley, os ha de ser lícito vivir segun los deseos carnales y sensuales, porque os hago saber que, si vuestra justicia, vuestra puridad de vida no será mayor que es la de los escribas y Fariseos, la que ellos siguen y aprueban por la ley, no entrareis en el reino de los cielos.

Esta entiendo que es la sentencia de estas palabras, en las cuales y en todas las que se siguen en todos estos tres capítulos, entiendo que pretendió Cristo proveer al inconveniente en que facilmente pudieran caer los que aceptaran la gracia del evangelio, diciendo: á nosotros nos es perdonado hecho y por hacer, la ley es abrogada, luego bien podemos vivir á placer, ejecutando todos nuestros deseos carnales y sensuales, -como con efecto consta que cayeron muchos en aquel principio y que han caido de mano en mano los que han aceptado el evangelio sin ser inspirados por espíritu santo.

Proveyendo pues Cristo á este inconveniente, muestra en estos capítulos la puridad con que pertenece vivir á los que entran en el reino de los cielos, aceptando la gracia del evangelio, y así entendemos que entonces nuestra justicia, con que entramos en el reino de los cielos, sobrepuja á la justicia de los escribas y Fariseos, que es la justicia de la ley, cuando aceptando nosotros la gracia del evangelio nos resolvemos en desear y procurar reducirnos á vivir en todo y por todo conforme á la doctrina que aquí nos enseña Cristo, en la cual consiste el deber de la regeneracion cristiana, el cual deber sobrepuja en gran manera al deber de la regeneracion humana, en el cual esta fundada la ley. Y así va Cristo cotejando ó parangonando el un deber con el otro, como si á diez villanos, que fuesen aceptados por hijos del emperador, les fuese propuesto el deber de hijos, cotejándose con el deber de villanos.

Adonde, si dirá uno que de esta manera es más dura la sujecion del evangelio que la de la ley, le responderé que es más dura sin comparacion ninguna para los que del evangelio hacen ley, pretendiendo justificarse por la observacion de la doctrina del vivir cristiano, así como sería más duro á los diez villanos el guardar el deber de hijos que el de villanos, cuando pretendiesen por su vivir como hijos venir á ser hijos, y que sería y es más blanda y más suave á los que se aplican á vivir segun el deber del evangelio, no por ser justos sino porque son justos, no por ser hijos sino porque son hijos, porque es así que el conocerse justos y tenerse por hijos mortifica y mata en ellos de tal manera los efectos y apetitos de la carne que, viniendo á ser señores de sí mismos por la libertad del ánimo, no sienten la sujecion de la carne, ántes huelgan y tienen por gloria tenerla sujeta.

Y hay otra cosa más: que el deber de la ley acusa y condena á los que, estando sujetos á ella, no lo guardan con el ánimo y con el cuerpo, y el deber del evangelio ni acusa ni condena á ninguno, contentándose con que el hombre se aplique con el ánimo á él y

procure de reducir su carne á el. Que esto sea así consta por lo que trata San Pablo Rom. 7 y al principio del 8, adonde, habiendo puesto la contradiccion que los que nos conocemos muertos en Cristo, nos hallamos en nuestra carne, queriéndola mortificar, concluye que lo, que en este medio faltamos, no nos es imputado á condenacion.

De aquí se colige que á los que aceptando el evangelio entran en el reino de los cielos les pertenece aplicarse á vivir con la puridad que aquí enseña Cristo, pretendiendo guardar el decoro de hijos del reino, á los cuales pertenece vivir no segun el deber de la generacion humana, porque ya, cuanto á esta son muertos y enterrados por la incorporacion en la muerte de Cristo, sino segun el deber de la regeneracion cristiana, porque, cuanto á esta, son resucitados y vivos por la incorporacion en la resurreccion de Cristo, la cual haciéndolos hijos de Dios, amorosamente los obliga al deber de hijos de Dios, disimulando con ellos lo que por flaqueza ó por descuido hacen contra este deber.

En esto me he así dilatado por abrir el camino para la inteligencia de esta doctrina de Cristo á fin que los licenciosos sepan que no están en el reino de Dios, porque, si estuviesen, no serian licenciosos, y á fin que los que son aún flacos y enfermos, se aseguren, ciertos que por sus flaquezas ni por sus enfermedades no son privados del reino ni de la dignidad de hijos, aplicándose ellos á sanar de las enfermedades y así á ser fuertes y gallardos, para lo cual les será buen expediente descuidarse de si mismos, tomando un continuo cuidado de Dios, no olvidándose jamás que son hijos de Dios y que están en el reino de Dios. Aquí se ha de entender que nombra Cristo á los escribas y á los Fariseos como á las personas que entónces eran tenidas por más santas, por mas observadoras de la ley.

Ya habeis oido que fué dicho á los antiguo: No matarás, y el que matará será digno de juicio. Yo empero os digo que todo aquel que se airará contra su hermano, será digno de juicio, y el que dirá á su hermano raca, será digno de concilio, y el que le dirá bobo, será digno del fuego del infierno. Por tanto, si ofrecerás tu don al altar y allí te acordarás que tu hermano tiene algo contra tí, deja allí tu don delante el altar y vé, primero reconcíliate con tu hermano y entonces ven y ofrece tu don. Conciértate con tu adversario presto mientras estás en el camino con él, porque el adversario no te entregue al juez y el juez te entregue al ministro y seas echado en la cárcel. Dígote de verdad, no saldrás de allí hasta que pagues el postrer cuadrante.

Comenzando Cristo á poner la diferencia entre el deber de la ley por la generacion humana, y el deber del evangelio por la regeneracion cristiana, el que han de atender á guardar los que aceptan la gracia del evangelio, dando con su vivir cristiano testimonio de su fé cristiana, dice «ya habeis oido que fué dicho» etc., como si dijese: la ley, siguiendo el deber de la generacion, prohíbe el homicidio amenazando á los homicidas, y por tanto los escribas y los Fariseos se tienen por justos no matando, y tienen por justos á los que no matan, y el evangelio por el deber de la regeneracion prohíbe todo afecto de ira y de rencor contra cualquier hombre del mundo, queriendo que el regenerado no venga á ofender á ninguno ni aun con una señal exterior, porque aun las señales exteriores de menosprecio,

siendo indignas de hijos de Dios, son dignas de castigo delante de Dios. Por tanto vosotros procurad de quitar y apartar todas las ocasiones que os pueden hacer desmandar contra las personas y así venir á ofenderlas.

Esta entiendo que es la sentencia de estas palabras de Cristo, por las cuales muestra que su intento es que los que son sus discípulos, los que son regenerados por su evangelio, vivan en el mundo con la mansedumbre con que él vivió, como ovejas entre lobos. Y hase siempre de replicar que Cristo se contenta en los suyos con el afecto, disimulando lo que por flaqueza ofenden con efecto.

Cuanto á las particularidades de la letra, se ha de advertir que iguala Cristo á la ira con el homicidio; diciendo que todos dos son dignos de juicio, entiende de ser juzgados como prevaricadores. Por «concilio» el vocablo griego significa el lugar adonde es pronunciada la sentencia, y parece que significa mas que juicio, así como el fuego del infierno es más que el concilio. Va Cristo encareciendo la cosa por desarraigarla de nuestros ánimos, conociendo que la ira y el ódio nos son naturales, y así igualando á la ira con el homicidio le pone el juicio como seria decir la pesquisa. Al «raca,» que es vocablo de menosprecio y significa vano ó vanidad, pone el concilio como seria decir la sentencia, y al bobo pone el fuego del infierno, como seria decir la ejecucion de la sentencia. Por este rigor entiendo que han de pasar todos los que partirán de la presente vida sin Cristo.

Diciendo Cristo, «por tanto si ofrecerás» etc., entiendo que á los que estamos en la regeneracion cristiana pertenece estar tan sobre nosotros para quitar toda ocasion de ira y de ódio de nuestros corazones que, acordándonos que habemos ofendido á alguna persona cristiana, á algun hermano, á la hora dejemos todas las cosas por santas que sean, y vamos á reconciliarnos con el hermano ofendido. Adonde se ha de advertir que, porque en el tiempo en que Cristo dijo estas palabras, la más santa ocupacion en que el hombre podia estar, era ofreciendo su ofrenda al altar, usó de esto por encarecimiento, nosotros en este tiempo diremos así: si estarás oyendo la predicacion del evangelio ó la doctrina del vivir cristiano, ó estarás para recibir el santo sacramento, déjalo todo y ve á reconciliarte con tu hermano, porque estas son las ocupaciones mas santas en que un cristiano puede estar.

Diciendo Cristo «conciértate con tu adversario» etc., nos avisa que para ser libres de ira y de ódio atajemos todas maneras de litigios con todos los hombres, concertandonos con ellos por no venir á los inconvenientes á que se viene por las cosas semejantes. Aquello «porque el adversario» etc. está dicho como por inconveniente del litigar; y adonde dice «conciértate» el vocablo griego significa: sé benévolo, y es lo mismo que: conciértate. Por ministro entiendo executor; y cuadrante es lo mismo que meaja. Quanto al litigar ó pleitear, me remito á lo que he dicho: 1 Cor. 6., adonde pone San Pablo, como seria decir, en práctica lo que aquí pone Cristo, como seria decir, en teórica. Aquí se ha de considerar que el que no estará resuelto con el mundo para guardar el deber de la regeneracion cristiana, no se podrá reducirse á irse á reconciliar con su hermano ni á concertarse con su adversario, porque tendrá respeto á no perjudicar á su honra, la que tiene por generacion humana.

Ya habeis oido que fué dicho á los antiguos: No cometerás adulterio. Yo empero os digo que todo hombre, que mira á la mujer para codiciarla, ya en su corazon ha cometido adulterio con ella. Por tanto, si tu ojo derecho te escandaliza, sácatelo y échalo de tí porque mejor te está que perezca uno de tus miembros, que no que todo tu cuerpo sea echado en el infierno. Y si tu mano derecha te escandaliza, córtatela y échala de tí, porque mejor te está que perezca uno de tus miembros que no que todo tu cuerpo sea echado en el infierno.

Prosiguiendo Cristo en poner la diferencia entre el deber de la ley fundado en la generacion humana y el deber del evangelio fundado en la regeneracion cristiana, el cual pertenece á los regenerados, dice: «ya habeis oido que fué dicho» etc. como si dijese: la ley, siguiendo el deber de la generacion, prohíbe el adulterio y por tanto los escribas y los Fariseos se tienen por justos, porque no adulteran, y tienen por justos á los que no adulteran; y, porque el evangelio, siguiendo el deber de la regeneracion, prohíbe todo afecto carnal, os digo que no os contenteis de no adulterar con el efecto, reduciéndoos á no adulterar con el afecto, quitando y apartando de vosotros todas las cosas que os pueden conducir al adulterio, en tanto que tengais por menor inconveniente sacar los ojos y cortaros las manos, que dejaros conducir al adulterio, al que es en efecto ni al que es en afecto. Así entiendo estas palabras, y entiendo que, aunque Cristo nombra el adulterio solamente, entiende toda simple fornicacion, la cual como quiera que sea es contrarísima al espíritu, y es indignísima de personas cristianas. Y quanto á esto, me remito á lo que he dicho 1ª Cor. 6.

Aquello «por tanto si tu ojo» etc. entiendo que esta dicho por consejo ó por remedio contra el afecto del adulterio, y aquello «si tu mano derecha» etc. entiendo que está dicho contra el efecto del mismo. Adonde se ha de advertir que es esta una manera de hablar, en la cual por ojo derecho entiende Cristo todas las cosas que nos pueden conducir al afecto, y por mano derecha todas las que nos pueden conducir al efecto, de las cuales cosas conviene que nos privemos por más caras y por más provechosas que nos sean; y que no se haya de entender así á la letra consta por esto que, aunque yo me cortase las manos y me sacase los ojos, no entraria en la vida eterna sin manos ni sin ojos, y por esto que, aunque yo me sacase los ojos, no me privaria del afecto de adulterio, el cual podria entrar por los oidos, y aunque me cortase las manos, no me privaria del efecto.

A que diré esto, que la mejor medicina contra todo afecto de carne es que el hombre se acuerde y tenga siempre en su memoria el deber de la regeneracion cristiana, acordándose que como miembro de Cristo murió en la cruz con Cristo, que, matando Cristo en la cruz su carne, mató la carne de todos los que somos sus miembros. El que no estará resuelto consigo mismo, determinado en guardar el deber de la regeneracion cristiana, no se podrá jamás reducir á lo que aquí aconseja Cristo, porque en el tal la carne hará su oficio y, no pudiéndose reducir al consejo, tampoco se reducira á no cometer adulterio á lo menos con el afecto y estara á peligro de caer en el efecto. Diciendo «te escandaliza», entiende: te hace tropezar y caer.

Tambien fué dicho: El que dejará á su mujer déle carta de quitacion. Yo empero os digo, que cualquiera que dejará á su mujer, no siendo por causa de adulterio, la hace ser adúltera, y cualquiera que se casará con la dejada comete adulterio.

Porque Cristo en el capítulo 19 habla más particularmente del matrimonio, me reservo para allí, bien que he dicho mi parecer 1 Cor. 7, adonde está la práctica de esta teórica. Lo que declara aquí Cristo es, que el hombre ha de perseverar en el matrimonio con la mujer que tomará, no dejándola sino en caso de adulterio, y que el hombre que se casará con la mujer dejada cometerá adulterio. Si entiende de la dejada por adulterio ó no, me remito á los que más saben. El que querrá entender en qué manera pasaba esto del divorcio en tiempo de la ley, podrá leer en el Deut. cap. 24. «Carta de quitacion» es lo mismo que libello de repudio. A todo hombre cristiano que se casa, pertenece mirar muy bien la compañía que toma, cierto que solo la muerte lo puede apartar de ella. Es intemperancia tomarla sin consideracion, y es inconstancia dejarla sin demasiada causa.

Más habeis oido que fué dicho á los antiguos: No perjurarás, pero darás al Señor tus juramentos. Yo empero os digo: No jureis de ninguna manera, ni por el cielo, porque es el trono de Dios, ni por la tierra, porque es el banquillo de sus piés, ni por Jerusalem, porque es ciudad del grande rey; ni jurarás por tu cabeza, pues no puedes hacer un cabello blanco ó negro. Será, pues vuestra palabra: sí sí, no no, y lo demas de estos de mala parte es.

Continuando Cristo su intento de mostrarla diferencia entre el deber de la ley por la generacion humana y el del evangelio por la regeneracion cristiana, dice «más habeis oido» etc., entendiendo: porque la ley siguiendo el deber de la generacion no prohíbe el jurar sino el perjurar, los escribas y Fariseos se tienen por justos cuando no se perjuran, teniendo por justos á los que no se perjuran, y, porque el evangelio siguiendo el deber de la regeneracion no quiere que el regenerado jure de ninguna manera, os aviso yo que no jureis de ninguna manera ni por ninguna cosa, reduciéndoos á un simple sí para afirmar y á un simple no para negar, porque os hago saber que todo lo que á esto se añade, sale y procede de ánimo no mortificado, que no siente ni conoce el deber de la regeneracion. Esta entiendo que es la sentencia de estas palabras.

Y viniendo á la particularidad de ellas, se ha de entender que, diciendo la ley «no perjurarás,» entendía que, cuando el hombre prometiese alguna cosa con juramento, en cuanto parecia que jurando la prometia á Dios, la cumpliese, porque no cumpliendola venia á ser perjuro. Con esto se entiende aquello «pero darás al Señor tus juramentos.» Lo mismo es «no perjurarás» que lo que dice el segundo mandamiento de la ley: «no tomarás el nombre del Señor Dios tuyo en vano.» Diciendo Cristo «no jureis,» excluye el perjurar y prohíbe el jurar, y entiende que, pues el cielo es de Dios y no nuestro, y la tierra es de Dios y no nuestra, y Jerusalem es de Dios y no nuestra, y en nuestras cabezas no podemos hacer lo que queremos, no es bien que juremos por cosa ninguna de ellas. Diciendo «será vuestra palabra,» entiende: será vuestro afirmar y vuestro negar. Y diciendo «y lo demas de esto,» entiende lo que se añade á este sí y á este no. Muchos escriben muchas cosas, pretendiendo declarar estas palabras de Cristo, limitándolos y poniendo casos en los cuales es lícito al cristiano jurar: yo me contento con decir esto: que, porque leo que San Pablo, deseando ser

creído, juró algunas veces como consta Rom. 1; 2ª Cor. 11 y Gal. 1, y teniendo por cierto que el espíritu de Cristo hablaba en San Pablo, el cual espíritu no se aparta jamás del deber de la regeneracion cristiana, pienso así que en todo juramento que el hombre hace por su voluntad, no siendo constreñido á ello, se aparta del deber de la regeneracion cristiana. De manera que entónces es lícito al cristiano jurar, cuando es constreñido por los hombres y cuando es inspirado por Dios, como fué inspirado San Pablo. El hombre que no estará resuelto con el mundo para guardar el deber de la regeneracion cristiana, no se reducirá jamás á esta puridad, porque el respeto de la honra del mundo lo constreñirá á jurar, deseando ser creído en lo que afirmará.

Ya habeis oido que fué dicho: Ojo por ojo y diente por diente. Yo empero os digo: no resistais al mal, ántes, si alguno te dará una bofetada en tu carrillo derecho, vuelve el otro, y al que te querrá llevar en juicio y tomarte tu capa, déjale tambien el sayo, y si alguno te alquilará para una milla, vé con él dos. Al que te demandará, dále, y al que querrá alguna cosa prestada de tí, no se la niegues.

Prosiguiendo Cristo en poner la diferencia entre el deber de la ley por la generacion humana y el del evangelio por la regeneracion cristiana, dice «ya habeis oido que fué dicho» etc., como si dijese: porque la ley, siguiendo el deber de la generacion, quiere al que sacará á otro un ojo, le quebrará un diente etc., le sea sacado un ojo o un diente etc., los escribas y los Fariseos se tienen por justos, viviendo conforme á esto, y tienen por justos á los que hacen lo mismo; y porque el evangelio, siguiendo el deber de la regeneracion, quiere que el regenerado viva como muerto en la presente vida, os aviso yo que atendais á estar tan mortificados al ambicion y al interes que no hagais resistencia alguna al que os tratara mal, tanto que, si os será dada una bofetada en el un carrillo, no halleis resistencia en vosotros para parar el otro carrillo, para que os sea dada otra, y que si otro querrá litigar con vosotros la capa, tengais tan perdida el afeccion á todas estas cosas corporales que no tengais en nada dejarle tambien el sayo, y que, si otro os pagará porque le sirvais en uno, esteis tan libres de todo interes que, siendo necesario, le sirvais en dos, y que, si otro os demandara algo de lo que teneis, no se os haga de mal dárselo y que, si otro os demandará alguna cosa prestada, holgueis de prestársela.

Así entiendo todas estas palabras de Cristo. Entiendo que su intento es decir que al cristiano regenerado pertenece vivir tan como muerto á la honra del mundo, que no se resienta siendo injuriado, y tan desenamorado de todas las cosas del mundo, estando resuelto consigo mismo, que no haga resistencia al que se las querrá quitar ó tomar por fuerza ó por grado.

Y viniendo al particular de las palabras, entiendo que, diciendo la ley «ojo por ojo» etc., entendía que al que sacase un ojo, le fuese sacado otro etc. Si esto lo habian de hacer los jueces de su oficio sin querella de la parte ó si era necesaria la querella de la parte, siendo lícito al hebreo ir á demandar aquella justicia, yo no lo sé; entiendo bien por estas palabras de Cristo que entre los hebreos era tenido por cosa lícita demandar venganza conforme á la ley en presencia de los jueces. Diciendo «no resistais al mal,» entiende: no hagais

resistencia al que os querrá maltratar, y añadiendo «antes si alguno te dará,» entiende: aparéjate á recibir más presto la segunda injuria que á vengar la primera. De manera que no entienda, que el parar el otro carrillo sea así á la letra; que esto sea así, consta por esto que ni Cristo lo hizo así en presencia de Caifás ni su apóstol San Pablo lo hizo así en presencia de Ananías, pero el uno y el otro guardaron bien el no hacer resistencia ni el defenderse de los que los abofeteaban y maltrataban.

Aquello «y al que te querrá llevar» etc. es casi lo mismo que ha dicho arriba del concertarse el hombre con su adversario, sino que esta es mayor perfeccion que aquella, en cuanto quiere Cristo que esté yo tan desaficionado á mi capa que no solamente no la defienda de él que me la querrá quitar por fuerza en juicio, pero que, siendo necesario, le deje tambien el sayo, estando tan bien desaficionado de él, antes que venir en competencia ni en juicio; lo que es de la capa y del sayo, es de todas las otras cosas. Diciendo «y si alguno te alquilará» etc., quiere que seamos así liberales del propio trabajo y sudor, estando desenamorados de nosotros mismos como de la hacienda. Aquello «el que demandará» etc. con aquello «al que querrá alguna cosa» etc. pertenece al ser liberales de lo que tenemos, aún cuando podriamos dejar de serlo.

Aquí consta mucho mejor que en ninguna de las otras partes, que el hombre que no estará revolvido con el mundo quanto al ambicion, y consigo mismo quanto á la propia satisfaccion, para guardar el decoro de la regeneracion cristiana, será imposible á toda imposibilidad reducirse en poco ni en mucho á este vivir cristiano, no solamente al efecto, pero ni aún al afecto, porque luego reclamará, la honra del mundo y luego dará voces la sensualidad. De manera que es necesarísimo al hombre, que entra en el reino de los cielos aceptando la gracia del evangelio, para vivir segun el deber de la regeneracion cristiana, estar bien atento á todas estas palabras de Cristo, las cuales todas tienen intento á este deber.

Y quanto á las limitaciones con que muchos las limitan, me remito á los que aciertan, yo para mí tomo sola esta limitacion que, deseando y procurando con la gracia y con el favor de Dios reducirme á lo que aquí entiendo que Cristo quiere de mí, me tendré por imperfecto mientras no lo conoceré en mí, y estaré cierto que Dios no me pone en cuenta mi imperfeccion, porque no me considera á mí por mí sino por Cristo, no alegándole yo mi propia justicia sino la justicia de Cristo, en el cual me conozco y siento muerto y resucitado, vivificado y glorificado, y doy infinitas gracias á Dios que me ha dado este conocimiento y este sentimiento y le suplico me lo acreciente, acrecentando en mí la fé y el espíritu.

Ya habeis oido que fué dicho: amarás á tu prójimo y aborrecerás á tu enemigo. Yo empero os digo: Amad á vuestros enemigos, decid bien de los que os maldicen, haced bien á los que os aborrecen, y orad por los que os oprimen y persiguen, para que seais hijos de vuestro padre el que está en los cielos, que hace que nazca su sol sobre malos y buenos y llueve sobre justos e injustos. Porque si amareis á los que os aman ¿que premio tendreis? ¿cómo y los publicanos no hacen lo mismo? Y si solamente saludareis á vuestros hermanos ¿qué gran cosa haceis? ¿cómo y los publicanos no hacen así? Sed pues vosotros perfectos segun que vuestro padre el que está en los cielos es perfecto.

Prosiguiendo Cristo en mostrar la diferencia entre el deber de la ley por la generacion humana y el del evangelio por la regeneracion cristiana, dice «ya habeis oido que fué dicho» etc., como si dijese: los escribas y Fariseos, porque no conocen por prójimos sino á solos los hebreos, se tienen por justos y tienen por justos á los que solamente aman á sus propios hebreos, aborreciendo á todos los que no son hebreos, porque la ley, siguiendo el deber de la generacion, dice «amarás á tu prójimo,» de lo cual infieren ellos que debe ser aborrecido el que no es prójimo, el que no es hebreo, y porque el evangelio, siguiendo el deber de la regeneracion, quiere que los regenerados vivan como hijos de Dios, imitando á Dios, os aviso que ameís á todos los hombres de cualquiera estado, ley ó condicion que sean, teniéndolos á todos por prójimos, aunque os sean enemigos y os hagan obras de enemigos aborreciéndolos, maldiciéndolos, oprimiéndolos y persiguiéndolos, porque haciéndolo así guardareis el decoro de hijos de Dios, siendo semejantes á él en cuanto, así como el envia su sol y su lluvia generalmente sobre todos los hombres, así vosotros hableis bien de todos, hagais bien á todos y rogueis á Dios por todos, no haciendo diferencia entre amigos y enemigos, pues Dios tampoco la hace.

Y siendo vosotros hijos de Dios, no os habeis de contentar con ser perfectos de la manera que son perfectos los hijos de Adam aún los muy depravados, los cuales aman á los que los aman y saludan á los que les son hermanos, pero habeis de pretender, desear y procurar ser perfectos de la manera que vuestro padre es perfecto. El muestra su perfeccion, haciendo bien á los que, siendo impíos é infieles, le son enemigos; mostrad tambien vosotros vuestra perfeccion, haciendo bien á los que os son enemigos.

Así entiendo todas estas palabras de Cristo, porque entiendo que en tiempo de la ley no era tenido por prójimo sino el hebreo, y Cristo en la parábola del otro que cayó en manos de ladrones declaró que todo hombre es prójimo. Y que aquello «aborrecerás á tu enemigo» era como una de las sentencias que aun entre nosotros, siendo humanas, vulgarmente son tenidas por divinas, como aquella «ordinata caritas incipit a se ipso.» Y que diciendo Cristo «decid bien de los que» etc., declara que son nuestros enemigos los que nos maldicen, los que dicen mal de nosotros, nos aborrecen, nos oprimen y nos persiguen, y que nosotros habemos de mostrar el amor que les tenemos, hablando bien de ellos, haciéndoles buenas obras y rogando á Dios por ellos.

Y entiendo que, diciendo Cristo «para que seais hijos» etc., nos convida á esta perfeccion con el deber de la regeneracion cristiana, como si dijese: si fuédes hijos de Adam, como lo sois por la generacion humana, bastaria que fuédes perfectos como lo son los otros hombres, pero, siendo como sois hijos de Dios por la regeneracion cristiana, no basta que seais perfectos como los otros hombres, porque conviene que seais perfectos como hijos de Dios, avergonzándoos que sean vistas en vosotros costumbres que no convengan á hijos de Dios, mucho más que se avergonzarian diez villanos zafios cuando, siendo tomados por hijos del emperador, se hallasen con costumbres que no conviniesen á hijos del emperador.

Y aquí se ha de entender que todos los, que por la regeneracion cristiana nos conocemos hijos de Dios, habemos de pretender y procurar las costumbres que son propias de los que son hijos de Dios, aprendiéndolas del unigénito hijo de Dios Jesu Cristo, nuestro señor, y

del mismo Dios, porque á los hijos pertenece ser muy semejantes á su padre. Y aquí cuadra bien una respuesta que he escrito declarando en qué manera entiende San Pablo que los cristianos somos perfectos y que debemos atender á la perfeccion.

El que considerará bien esta perfeccion que en todo este capítulo ha puesto Cristo, soy cierto que, viendo que no la puede alcanzar ni aún desear por sí, desconfiara de poder entrar en el reino de los cielos por su propia justicia, y soy tambien cierto que si, viniendo á esta desconfianza, aceptará y abrazará la justicia de Cristo que en el evangelio es ofrecida generalmente á todos los hombres, entrará con ella en el reino de los cielos y, resolviéndose con el mundo y consigo mismo, comenzará á desear esta perfeccion y comenzará á reducirse á ella. Y soy tambien cierto que segun que él se irá reduciendo á ella, así irá sintiendo en sí que está en el reino de los cielos, sintiéndose regenerado y sintiendo el regimiento y el gobierno del espíritu.

Y tengo por certísimo que con el sentimiento de esta regeneracion y de este gobierno se irá reduciendo más y más y que, yéndose reduciendo más y más, irá deseando mas esta perfeccion, y, deseándola más, entrará más en el reino de los cielos, porque aceptará y abrazará con más fé y con mayor afeccion la gracia del evangelio, rogando á Dios continuamente que le acreciente la fé y el espíritu, corriendo tras Dios y tras Cristo aficionadísimamente, olvidado de todas las cosas de la vida presente y de sí el primero, acordándose solamente de Dios y principalmente del amor que le ha mostrado castigando á Cristo por lo que habia de castigar á el.

De manera que ni el que está ajeno de Cristo se debe desesperar viendo que le es propuesta una tan alta perfeccion para entrar en el reino de los cielos, pues es así que lo, que no puede alcanzar por sí, lo alcanzará por Cristo, desconfiando de sí y confiando en Cristo, ni el que está incorporado en Cristo debe desconfiar teniéndose por ajeno de Cristo cuando se hallará fuera, de esta perfeccion, no guardando el decoro de hijo de Dios, hermano de Cristo, pues es así que, no considerándolo Dios á él por el sino por Cristo, no le pone en cuenta lo que falta al deber cristiano mientras el no se aparta con el ánimo de Cristo. Y al que querrá aprovechar mucho en este camino cristiano, comprehendiendo la perfeccion en que es comprehendido, le aconsejaré que piense lo menos que podrá en sí y en las cosas del mundo, y que piense lo más que podrá en Dios y en las cosas de Dios, en Cristo y en las cosas cristianas.

En lo que Cristo ha dicho, cuanto al hablar y decir bien de los enemigos, podria dudar uno, diciendo que Cristo no lo hizo así con los escribas y Fariseos que le eran enemigos, como lo veremos en el capítulo 23, ni lo hizo así San Pablo con los falsos apóstoles que le eran enemigos, como consta en todas sus epístolas. Al cual se puede responder que Cristo decia mal de los escribas y Fariseos y que San Pablo decia mal de los falsos apóstoles, no con ánimo vindicativo, sino por quitarles el crédito que tenian con laa gentes con el cual las apartaban de Dios, de manera que Cristo decia mal de los unos, porque como enemigos de Dios apartaban á las gentes de Dios, y San Pablo decia mal de los otros, porque como enemigos de Cristo apartaban á las gentes de Cristo y del evangelio, llevándolas á Moisen y á la ley.

Y si dirá: luego tambien puedo yo decir mal de los que me seran enemigos á mí porque son enemigos de Dios y de Cristo, le responderé que es más seguro no decir mal de ninguno, porque el ánimo humano es inclinadísimo á apasionarse y el cristiano debe ser libre de toda pasion, pero que debe decir mal de los que le serán así enemigos, cuando le parecerá que conviene así para la confirmacion de la verdad cristiana, estando sobre sí de manera que no se apasione, y mostrando en su decir mal mucha modestia y mucha mansedumbre, de manera que los que oyen, conozcan que no se deleita en aquel mal decir ni se apasiona en él.

Tambien podia una persona cristiana desear saber la causa por que Cristo en todas las cosas que ha dicho en este capítulo, cotejando la perfeccion y justicia hebrea con la perfeccion y justicia cristiana, no ha tocado al primer mandamiento de la adoracion de Dios y amor de Dios ni al tercero de la santificacion del sábado ni cuarto del honrar al padre y á la madre, habiendo puesto ó tocado todos los otros mandamientos del decálogo.

Y á la tal persona yo responderia así: quanto el primer mandamiento que pertenece al culto y al amor divino, diria que no lo tocó Cristo porque la ley le da tanta perfeccion que no se le puede acrecentar mayor, hora sea en el Exod. cap. 20, adonde es mandada la adoracion, hora sea en el Deut. cap. 6, adonde es mandado el amor; quanto al tercero mandamiento que pertenece á la santificacion del sábado, diría que no lo tocó Cristo porque esta su instraccion no pertenecia para el tiempo en que la decia, en el cual era guardado el sábado, sino para el tiempo del reino de Dios, en el cual no hay diferencia entre dia y dia, siendo al cristiano, todos los dias un continuo sábado quanto á la santificacion. Quanto al cuarto mandamiento que pertenece al honrar al padre y á la madre, diria que no lo tocó Cristo, porque su intento no era instruirnos en el deber de la generacion humana, por el cual somos obligados al padre y á la madre, sino en el deber de la regeneracion cristiana, por el cual habemos de renunciar el deber de la generacion humana, de la manera que he dicho en una respuesta; diré bien aquí esto que, habiendo pretendido Cristo en todo este razonamiento como enseñarnos la via para reprimir y mortificar los afectos y los apetitos que nos son naturales, á fin que, mortificado lo que es natural, haya lugar para lo que es espiritual, y siendo natural al hombre el honrar y sustentar á sus padres, ni habia para qué hacer aquí mencion de ello ni se le pudiera añadir perfeccion sobre la que la ley le da.

Esto es lo que al presente siento en este capítulo, y ruego á Dios me reduzca á término, que conozca yo en mí la perfeccion, que leyendo este capítulo, declarándolo y considerándolo, se me ha representado que me conviene tener para comprehender aquella perfeccion en que soy comprehendido por la aceptacion del evangelio ó incorporacion en mi Cristo.

Capítulo VI

Advertid no hagais vuestra limosna en presencia de los hombres por ser vistos de ellos; y si no, no tendreis galardón acerca de vuestro padre el que está en los cielos. Por

tanto, cuando harás limosna, no tengas la trompeta delante de tí como hacen los hipócritas en las sinagogas y en las calles por ser glorificados de los hombres. Dígoos de verdad: ya tienen su galardón. Tú empero, cuando harás limosna, no sepa tu mano izquierda lo que hace la derecha, á fin que tu limosna sea en secreto; y tu padre el que ve en secreto, él te remunerará en público.

Habiendo mostrado Cristo en el capítulo precedente que el reino de los cielos habia de ser interior y espiritual, que los que son hijos del reino son sal de la tierra y son luz del mundo, que la ley habia de vivir hasta que fuese guardada por él y cumplida en él, y que el deber del evangelio fundado en la regeneracion cristiana es mucho más perfecto que el deber de la ley fundado en la generacion humana, y que la perfeccion del vivir cristiano en el reino de los cielos es diferentísima de la perfeccion del vivir hebreo en el reino de la ley, viene á instruir á sus regenerados en la manera como se deben gobernar en las obras exteriores que se hacen por religion y piedad, como son la limosna, la oracion, el ayuno etc.

Adonde su intento es reducirlos á que no pretendan que los hombres del mundo los tengan por santos, porque en esta pretension hay muchos inconvenientes, siendo muy principal la concurrencia con los santos del mundo cuales eran los escribas y los Fariseos. Y hablando primero de la limosna, dice: «Advertid no hagais» etc., como si dijese Cristo: los escribas y los Fariseos, queriendo ser tenidos por santos, van siempre procurando que las limosnas que dan, sean públicas y manifiestas á todos, y en cuanto por ello son tenidos por santos reciben su galardón, alcanzando lo que pretenden, y vosotros que no habeis de pretender ser tenidos de los hombres por santos, sino ser santos delante de Dios, comprehender la santidad en que sois comprendidos, estad sobre vosotros, de manera que en vuestras limosnas de ninguna manera querais ser vistos de los hombres, porque, si no lo haceis así, dando testimonio de vosotros que no las haceis por Dios sino por el mundo, no tendrá Dios que agradeceros.

Esta entiendo que es la sentencia de estas palabras, en las cuales el intento que tiene Cristo es desarraigar de los ánimos de sus discípulos, de los que están en la regeneracion cristiana, todo afecto de hipocresía, la cual viniendo cubierta con manto de religion es la propia peste de la regeneracion cristiana, siendo contrarísima al vivir cristiano y espiritual, el cual es ajenísimos de toda apariencia de santidad. Y es así certísimo que el que es más santo delante del mundo, el cual juzga por lo exterior, es ménos santo delante de Dios, cuando él quiere que el mundo lo tenga por santo; y es tambien así, que el que es más santo delante de Dios, el cual juzga por lo interior, es ménos santo delante del mundo, porque él se guarda bien de ser tenido por santo en el mundo. Y debajo de este nombre «mundo» entiendo á todos los hombres que están sin espíritu cristiano y por tanto sin regeneracion cristiana.

Aquí podria dudar uno, diciendo: que esto es derechamente contrario á lo que Cristo ha enseñado arriba, diciendo que resplandezca nuestra luz delante de los hombres como la candela sobre el candelero, á fin que vean nuestras buenas obras, etc. Al cual se podria responder que allí habla Cristo de las obras que no pueden estar con fingimiento, que son propiamente cristianas, que se aprenden del mismo Cristo, como son la humildad de ánimo, la modestia, la mansedumbre, la sinceridad y resolutamente la mortificacion y la vivificacion, las cuales cosas, siendo obradas en nosotros por el espíritu de Dios, redundan

en gloria no nuestra sino de Dios, y es así que el que las tiene en la verdad no se estima ni se precia de ellas, no conociendo en ellas ninguna propia virtud; y que aquí habla Cristo de las obras que pueden estar con fingimiento, que pueden ser hechas con espíritu humano, las cuales, siendo por la mayor parte obras nuestras, redundan en gloria nuestra, y es así que el que hace estas obras por la mayor parte se precia y estima por ellas y huelga de serpreciado y estimado por ellas, conociendo en ellas propia virtud, misericordia y liberalidad, porque estas son las obras que el mundo precia y estima, teniendo por más santos á los que están más puestos en ellas.

Y si habrá otro que, tomando ocasion de aquellos vocablos galardón y remuneración, dirá que Cristo quiere que obremos con intento de merecer, se le podrán decir dos cosas: la una, que advierta que aquí Cristo hablaba con hombres que aún no habían recibido espíritu de hijos, aún no eran entrados en el reino de Dios, porque aún no era venido, y los que son tales se mueven siempre por interés, y que si hablara con hombres que fueran ya hechos hijos, no les propusiera el galardón ó remuneración sino solamente el deber de hijos; y la otra, que puede bien el hombre obrar con intento de premio ó galardón con tanto que conozca que obra como puro hombre, como mercenario y como siervo, no como cristiano regenerado, no como amigo ni como hijo, á los cuales es propio obrar puramente por amor sin tener respeto ninguno á interés.

Y si habrá otro que desee saber en qué consiste esta remuneración que dice Cristo, le responderé que no consiste en la inmortalidad y felicidad eterna, porque esta se da á los que aceptan la gracia del evangelio por la justicia de Cristo, sino en el aumento de aquella felicidad, la cual entiendo que será mayor ó menor según que el hombre partirá de la presente vida más ó menos mortificado y vivificado, porque, (como otras veces he dicho), entiendo que á la mortificación responde la vivificación y que á la vivificación responderá la gloria de la resurrección.

Y al que deseara saber si será cosa cristiana obrar con intento de acrecentar la gloria de su resurrección, le diré que el cristiano regenerado ha perdido el amor propio y esta todo transformado en el amor de Dios y que, estando así, obra no por propia gloria presente ni futura, sino puramente por gloria de Dios; y por gloria de Dios obran los que dando limosna tienen intento á que el que la recibe, no quede avergonzado ni confuso en la confianza que tiene en Dios.

Esta palabra limosna en el Griego es derivada de misericordia, porque el que hace limosna usa de misericordia, ántes todas las obras de misericordia son limosna. La misma palabra en el hebreo es derivada de justicia, ó porque es cosa justa que el hombre que puede, ayude al que no puede, ó porque los hebreos se justificaban dando limosnas, obrando obras de caridad, pretendiendo con ellas suplir lo que faltaban en el cumplimiento de la ley; y son hebreos todos los que con este intento obran obras de caridad, y es imposible que no obren con este intento los que no se conocen justos en Cristo, los que no han aún aceptado en sus ánimos la justicia de Cristo, porque solos estos no obran por ser justos sino porque son justos, obrando inspirados y no enseñados, y obrando por amor y no por deseo.

Diciendo «no tangas la trompeta», entiende: no quieras ser visto de los hombres. Hipócritas son los que muestran ser lo que no son, como los que en las comedias representan otro de lo que son. Sinagogas ya he dicho que eran los lugares ó casas públicas adonde los judíos se ayuntaban á oír doctrina. Diciendo «no sepa tu mano izquierda» etc., entiende: hazla lo más secretamente que te será posible. Diciendo «y si no», entiende: y si lo haceis de otra manera, si no lo haceis así, etc.

Y cuando orarás, no serás como los hipócritas, los cuales huelgan orar en pié en las sinagogas y en los rincones de las plazas, porque los vean los hombres. Dígoos de verdad que ya tienen su galardón. Tú empero, cuando oras, éntrate en tu cámara y cerrando tu puerta haz oración á tu padre el que está en secreto, y tu padre, el que ve en secreto, te remunerará en público. Y orando no hablareis mucho segun hacen los étnicos, porque piensan que por su mucho hablar han de ser oídos; no seais pues semejantes á ellos, porque sabe bien vuestro padre de qué cosas teneis necesidad ántes que le demandeis. Así pues orad: Padre nuestro que estás en los cielos. Santificado sea tu nombre. Venga ya el tu reino. Sea hecha tu voluntad como en el cielo, así también en la tierra. Nuestro pan el ordinario dánoslo hoy. Y perdónanos nuestras deudas así como también nosotros hemos perdonado á nuestros deudores. Y no nos metas en tentación, pero líbranos de mal. Pues que tuyo es el reino y la potencia y la gloria por siglos. Amen. Por tanto, si perdonáreis á los hombres sus errores, os perdonará también á vosotros vuestro padre el celestial, y si no perdonáreis á los hombres sus errores, ni vuestro padre os perdonará á vosotros vuestros errores.

Habiendo dicho Cristo en qué manera el cristiano regenerado se ha de gobernar, cuando obrar á obras de caridad, para no concurrir en aparente santidad con los escribas y Fariseos que son santos del mundo, viene á decir en qué manera se ha de gobernar en la oración y qué es lo que ha de orar. Cuanto á la manera, pone dos cosas: la una, que sea en secreto, contra los escribas y Fariseos hipócritas que, haciendo profesión de ser más santos que los otros y procurando ser tenidos y estimados por tales, oraban en público; y la otra, que sea con pocas palabras, contra los gentiles, que pensaban ser oídos hablando mucho como se lee de los sacerdotes de Baal. 3. Reg. 9.

Estas dos partes quiere Cristo que tenga la oración vocal del cristiano regenerado, y digo la vocal, porque para la mental no tiene necesidad de encerramiento, pues no la ven los hombres, ni tiene necesidad de tasar palabras, pues no consiste en palabras; y llamo oración mental al deseo del hombre cristiano que pretende haber alguna cosa de Dios, y así como todo hombre puede desear siempre y en todo lugar sin ser visto, así todo cristiano puede orar siempre y en todo lugar sin ser visto.

Cuanto á lo que el cristiano ha de orar, pone Cristo siete cosas, de las cuales las tres primeras principalmente tienen intento á la gloria de Dios, la una á nuestra sustentación corporal y las otras tres á nuestra conservación en la justicia del reino de Dios. Y porque en una consideración he puesto lo que entonces entendí en esta santísima oración, remitiéndome á lo que allí he dicho, diré aquí lo que ahora entiendo, y así digo que la primera cosa que el cristiano ha de orar es que el nombre de Dios sea santificado, y entonces es santificado cuando es glorificado Dios en sus obras y por sus obras, y esto

generalmente de todas sus criaturas y por todas ellas. Esta demanda con deseo no puede estar sino en los que santifican á Dios, los que aman la gloria de Dios y no su propia gloria; los otros todos desean sus santificaciones y sus glorificaciones.

La segunda, que venga ya el reino de Dios, que venga ya aquel tiempo, en el cual, habiendo Cristo entregado el reino á su eterno padre, será Dios el todo en todas las cosas. Esta demanda con deseo no puede estar sino en los que están ciertos que estarán bien en el reino de Dios; los otros todos ántes temen este reino que lo desean. Los discípulos miéntras vivió Cristo entiendo que demandaban lo que Cristo pretendió que demandasen, la breve venida del Espíritu Santo, el cual los puso en el reino de Dios, y nosotros entiendo que quiere Cristo que demandemos su breve venida al juicio.

La tercera, que sea cumplida y efectuada acá en la tierra aquella voluntad de Dios que agrada y satisface á Dios, de la misma manera que es cumplida y ejecutada en el cielo. Esta demanda con deseo no puede estar sino en los que aman á Dios y están ciertos que son amados de Dios, porque los que no son de estos, desean cumplir sus voluntades no fiándose de la voluntad de Dios.

La cuarta cosa es que nos provea Dios del necesario mantenimiento para nuestra sustentacion corporal. Y no pueden demandar esto deseándolo sino los que tienen la pobreza en el espíritu que habernos dicho al principio del capítulo precedente, porque solos estos, habiendo renunciado el favor de las criaturas, dependen totalmente de Dios; los otros todos, confiando en sus riquezas y dependiendo de ellas, no desean ser sustentados por favor de Dios. Diciendo «hoy,» muestra que cada día se ha de demandar á Dios esto; y llamando al pan «nuestro» y no tuyo, pienso que alude á que con él somos nosotros sustentados, y parece que es de usanza de la santa escritura.

La quinta cosa es que nos perdone nuestros errores y defectos, aquellos en que nos apartamos del deber de la regeneracion cristiana y del decoro cristiano, pues tambien nosotros perdonamos á los hombres sus errores. Y no pueden demandar esto deseándolo sino los que, caminando tras la perfeccion que en el capítulo precedente ha puesto Cristo, se van allegando á ella, porque solos estos perdonan á los hombres las injurias que les hacen, no porque por ello Dios los perdone á ellos, sino por cumplir con el deber de la regeneracion cristiana y guardar el decoro cristiano; los otros todos ó quieren ser perdonados sin perdonar, ó no se conocen culpados, no conociendo el deber de la regeneracion cristiana ni el decoro cristiano.

Huelgan las personas regeneradas en Cristo de decir á Dios «perdónanos nuestras deudas,» etc., porque, aunque se conocen y se sienten perdonados en Cristo y por Cristo, les place humillarse confesando que tienen errores, como hacia David que, aunque estaba cierto que Dios le habia perdonado su pecado, no dejaba de demandar á Dios perdon por confesarse culpado; y les place tambien obligarse á perdonar ó acordarse que han de perdonar, por desarraigar de sus ánimos todo afecto de ira y de rencor.

La sexta cosa es que, si bien seremos tentados para ser humillados y mortificados con las tentaciones, que no seamos vencidos ni sobrepujados en ellas. Esto no lo pueden demandar deseándolo sino los que confian en Dios, y conocen la malignidad propia, la cual

tiene necesidad de ser humillada y mortificada; los otros todos no querrian ninguna suerte de tentacion.

La séptima cosa es que seamos librados del mal á que esta nuestra vida mortal está sujeta, de manera que los males no nos aparten del reino de los cielos y así de Dios y de Cristo. Esto no lo demandan deseándolo sino los que dependen de Dios, los cuales han renunciado todo el favor de las criaturas; los otros todos, confiando en sí mismos y en las criaturas, pretenden haber esta liberacion por sí mismos y por las criaturas.

De esta manera entiendo estas siete cosas que Cristo nos enseña que demandemos á Dios, entendiendo que, aunque muchos las demandan con la boca, solamente las demandan deseándolas con el corazon los que, aceptando la gracia del evangelio de Cristo y siendo regenerados en Cristo, son entrados en el reino de Dios por Cristo.

Con aquello que añade Cristo á su oracion, diciendo: «por tanto si perdonáreis,» etc., entiendo que pretende obligarnos á perdonar, poniéndonos como á imperfectos delante el interes: si perdonáreis, sereis perdonados, y si no perdonáreis, no sereis perdonados. De las cuales palabras no se puede colegir que perdonando merecemos ser perdonados, pero colígese bien que los que perdonan se pueden certificar por estas palabras de Cristo que son perdonados, y que por las mismas los que no perdonan se pueden certificar que no son perdonados.

Conocía bien Cristo, cuánto es natural al hombre el afecto vindicativo, y, queriéndolo mortificar y matar en los suyos de manera que ningun rastro quede de él, les pone delante que no serán perdonados si no perdonan, bien que, (como he dicho), no son perdonados porque perdonan, ántes ellos perdonan porque son perdonados, y es así que, sintiéndose ellos perdonados de Dios, amorosamente son constreñidos á perdonar.

Adonde si me preguntara uno: qué es la causa por que en la doctrina del vivir cristiano se hace más instancia en el perdonar que en el no ofender, le responderé dos cosas: la una, que porque el ánimo humano es más solicitado y más inclinado á no perdonar que á ofender; y la otra, porque el ofender por la mayor parte es con ira y cólera, adonde el hombre pierde el sentido y así no mira lo que hace y por tanto es ménos culpable que en el no perdonar, adonde el hombre está, sobre sí y mira lo que hace y por tanto es más culpable. Digo pues que por estas dos causas entiendo que en la doctrina del vivir cristiano se hace más instancia en el perdonar que en el no ofender.

A la persona cristiana que, movida por aquellas palabras de Cristo «porque sabe bien vuestro padre» etc., dirá: si sabe Dios qué es lo que yo he menester ántes que se lo demande ¿para qué me dicen que le demande? ¿de qué sirve la oracion? se le podrá responder que es así lo que dice Cristo: que sabe Dios nuestras necesidades ántes que se las digamos en nuestras oraciones, y aún más que sabe en qué manera nos ha de socorrer en ellas, y que quiere por nuestra imperfeccion que recurramos á él, á fin que, cuando nos dará lo que le demandaremos, reconociendo en ello su misericordia y su liberalidad nos certifiquemos que nos ama y así nos movamos á amarlo. Es el corazon humano tan incrédulo en tenerse por amado de Dios, y tan duro en amar á Dios, que tiene necesidad de ser certificado y ablandado con todas estas cosas.

Añadiré yo aquí esto que los, que conociéndose hijos de Dios regenerados y renovados por Cristo y en Cristo, en todas las cosas se descuidarán de sí mismos, de pensar en sus cosas, ora sea en las que pertenecen á la vida presente, ora sea en las que pertenecen á la vida futura, poniendo todo su cuidado en Dios y en Cristo y pensando siempre en Dios y en Cristo y en las cosas que son de Dios y de Cristo, se pueden certificar por estas palabras de Cristo, que Dios tiene cuidado de ellos y que piensa por ellos, sin que ellos le demanden lo que quieren de él, ántes es así que, cuanto ellos ménos piensan en sí por pensar en Dios, tanto piensa Dios más en ellos. Si los hombres nos redujésemos á creer esta verdad, viviríamos en la presente vida una vida celestial y divina. Dios me haga gracia de reducirme á ello. La oracion del cristiano ha de ir siempre llena de fé, de certificacion, que Dios le ha de dar lo que en la oracion le demanda. La oracion que no va así, no es cristiana.

Y cuando ayunaréis, no esteis mustios como los hipócritas, los cuales descoloran sus caras, porque los hombres vean que ayunan. Dígoos de verdad que tienen su galardón. Tú empero, cuando ayunas, unta tu cabeza y lava tu cara, porque no vean los hombres que ayunas sino tu padre el que ve en secreto, y tu padre, el que ve en secreto, te remunerará en público.

Porque á la oracion es anexo el ayuno, habiendo hablado Cristo de la oracion, habla del ayuno, en el cual quiere que en los suyos no haya ninguna demostracion ni apariencia ninguna exterior por evitar la concurrencia con los santos del mundo. Adonde se ha de entender que, porque el ayuno hebreo consistia en privacion de todas las satisfacciones con que el hombre se deleita fuera de Dios, queriendo los hipócritas ser tenidos por buenos ayunadores y así por muy santos y justos, se mostraban mustios y descoloridos. Esta demostracion es la que Cristo reprehende aquí.

Y diciendo «unta tu cabeza», etc., entiende: si bien ayunaras, muestra que no ayunas. Acostumbraban los hebreos untarse las cabezas y lavarse las caras por señal de alegría y satisfaccion. En efecto quiere Cristo que sus cristianos engañen á la prudencia humana y al juicio humano, haciendo lo que deben hacer y disimulando como si no lo hiciesen. Aquí se ha de notar que hablaba Cristo segun el tiempo en que hablaba; si hablara en nuestros tiempos, por ventura tuviera más que tachar en el ayuno.

Cuanto á lo demás, así como toda la vida del cristiano debe ser una continua oracion, así tambien debe ser un continuo ayuno, una continua abstinencia de todas las cosas con que se deleita la sensualidad ó con que nosotros sensualmente nos deleitamos en las criaturas y con las criaturas, no siendo nuestro deleite espiritual. Los que no ayunan de esta manera, ayunando ayunan segun el mundo, pero no ayunan segun Dios, y el ayuno de los tales no es anexo á la oracion, y por tanto no es cristiano ni aun hebreo, sino en cuanto es ceremonioso. El intento del cristiano en el ayuno, que consiste en afliccion de la carne, ha de ser solamente el que muestra San Pablo que tenia en sus ayunos, adonde dice que castigaba su cuerpo por ser señor de sus afectos y de sus apetitos. 1ª Cor. 9.

No os atesoreis tesoros en la tierra adonde el orin y la polilla corrompen y adonde los ladrones horadan y hurtan, pero atesoraos tesoros en el cielo adonde ni el orin ni la polilla corrompen y adonde los ladrones no horadan ni hurtan. Porque, adonde está vuestro tesoro, allí está también vuestro corazón.

Esta amonestación de Cristo entiendo que pertenece á todo lo que ha dicho arriba acerca de la limosna, de la oración y del ayuno, y así entiendo que atesoran en la tierra los que, obrando obras de caridad, orando y ayunando, tienen intento á que los hombres los tengan y estimen santos, y que atesoran en el cielo los que, obrando obras de caridad, orando y ayunando, se encubren de los hombres y se descubren á Dios. Y así como los que atesoran en la tierra, teniendo sus corazones en la tierra con los hombres de la tierra, tienen corazones terrenos, bajos y plebeyos que atesoran en el cielo, teniendo sus corazones en el cielo con Dios y con Cristo, tienen corazones celestiales, altos y divinos. Los que atesoran en la tierra, tienen ánimos hebreos, y los que atesoran en el cielo, tienen ánimos cristianos.

El orin y la polilla, con que son corrompidos ó deshechos los tesoros atesorados en la tierra, entiendo que son la vanagloria y ambición, y los ladrones, que hurtan estos tesoros horadando las paredes, entiendo que son los demonios del infierno, de lo cual todo están seguros los tesoros atesorados en el cielo, porque allá no hay vanagloria ni hay ambición ni hay tampoco espíritus infernales. Y es así que el que, obrando obras de caridad, orando y ayunando, solamente mira á Dios, no entra por esto en vanagloria ni en ambición ni da lugar á las persuasiones del demonio, conociendo que en sus obras de caridad y que en sus oraciones por sí ó por otros no hay más bondad ni más perfección de la que Dios les da, queriéndolas aceptar por buenas, y conociendo que, si ayuna, es por no depravarse, y así en el ayuno conoce su imperfección, de manera que no le queda de qué gloriarse ni preciarse sino de su imperfección.

De esta manera entiendo estas palabras, bien que no contenderé con quien las querrá entender á la letra, diciendo que atesoran en la tierra los que tienen los ánimos intentos á hacerse ricos de cosas temporales, las cuales cosas están sujetas á orin, á polilla y á ladrones, y que atesoran en el cielo los que tienen los ánimos intentos á hacerse ricos de cosas espirituales, las cuales cosas no están sujetas á orin, ni á polilla ni á ladrones.

La candela del cuerpo es el ojo. Pues, si tu ojo será sencillo, todo tu cuerpo será claro, y si tu ojo será malo, todo tu cuerpo será obscuro. Pues, si la lumbre, que está en tí, será obscuridad, la obscuridad ¿cuánta será?

Como por un bonísimo expediente, con qué poder atesorar en el cielo, entiendo que da Cristo este aviso, diciendo «la candela del cuerpo» etc. Adonde parece que entiende Cristo que en el hombre interior es lo mismo que en el hombre exterior, en cuanto, así como el ojo corporal es la lumbre corporal del hombre exterior, así la razón humana es la lumbre natural del hombre interior, y en cuanto, así como, estando limpio y puro el ojo corporal, todo el hombre exterior está limpio y puro, y, estando gastado y estragado, todo el hombre exterior va gastado y estragado, así, estando limpia y pura la razón humana, todo el hombre interior

está limpio y puro, y, estando gastada y estragada, todo el hombre interior está gastado y estragado.

Adonde se ha de entender que la razon humana, la lumbre natural, la ciencia del bien y del mal, que el hombre aquistó perdiendo la lumbre espiritual, está siempre gastada y estragada por más de mil maneras en todos los hombres que son puros hombres, no regenerados ni renovados por espíritu santo, y que está pura y limpia en los hombres regenerados y renovados por espíritu santo, siendo clarificada y purificada con la lumbre espiritual, en los cuales solo el hombre interior está claro y resplandeciente.

Entendido esto, se entiende bien que con estas palabras pretende Cristo avisarnos que no basta nuestra razon humana, nuestra lumbre natural, nuestra ciencia del bien y del mal á hacer que nuestro hombre interior esté así claro y resplandeciente que pueda atesorar en el cielo de la manera que conviene que atesoremos los que estamos en posesion del reino de los cielos por la aceptacion del evangelio y regeneracion cristiana, porque lo que en nosotros es lumbre, está obscuro y tenebregoso miéntras no es purificado y clarificado con la lumbre espiritual; y que, siendo esto así, debemos atender á alcanzar esta lumbre espiritual, á procurarla y á demandarla á Dios con fe y con importunidad. Y por convidarnos y movernos más á esto, dice: «pues si la lumbre que está en tí» etc., entendiéndolo: estando en tí la razon, que es tu luz, obscurecida, puedes pensar qué tales estarán las otras cosas interiores que en si no son luz sino obscuridad. Por ojo sencillo entiendo lo contrario del ojo malo ó corrompido.

Ninguno puede servir á dos señores, porque ó aborrecerá al uno y amará al otro, ó se allegará al uno y despreciará al otro. No podeis servir á Dios y á la hacienda. Por tanto os digo: no penseis á vuestra anima qué comereis ni qué beberéis, ni á vuestro cuerpo qué vestireis. ¿Cómo y el ánima no es más que el manjar? ¿y el cuerpo que el vestido? Considerad las aves del cielo, que no siembran ni cogen ni ayuntan en trojes, y vuestro padre el celestial las mantiene. ¿Cómo y vosotros no valeis mucho más que ellas? ¿Quién de vosotros pensando puede añadir á su estatura un codo? Y del vestido ¿para qué pensais? Reconoced los lirios del campo, cómo crecen, bien que no trabajan ni hilan; y dígoos que ni Salomon en toda su gloria estuvo vestido como uno de estos. Pues si á la hierba del campo, que es hoy y mañana es echada en el horno, viste Dios de esta manera ¿no vestirá mucho mejor á vosotros, oh hombres de poca fé? No penseis pues diciendo ¿qué comeremos? ó ¿qué beberemos? ó ¿qué vestiremos? porque todo esto lo buscan las gentes. Sabe bien vuestro padre el celestial que teneis necesidad de todo esto. Buscad pues el reino de Dios y su justicia, y todo esto os será añadido. No penseis pues á mañana, porque mañana pensará por sí; bástale al dia su afliccion.

Habiendo puesto Cristo las calidades y felicidades de los que están en el reino de los cielos, su dignidad, su deber, quanto al ser santos delante de Dios y á no querer ser santos delante del mundo, viene á poner la seguridad con que pueden y deben vivir en la presente vida los que son hijos del reino de los cielos, descuidándose de sí mismos por poner todo su cuidado en Dios, ciertos que Dios tiene cuidado de ellos y que les proveerá mejor de todo lo

que será necesario, mientras ellos dejarán de pensar en sí por pensar en Dios, que se proveerían ellos, pensando siempre en sí mismos.

Adonde me place decir esto que, si los que nos llamamos cristianos, mirando bien á lo que Jesu-Cristo nuestro señor pretendió en estas palabras, sin glosarlas ni limitarlas con la lumbre natural, obscura sin la lumbre espiritual, nos examinásemos bien, qué tanto nos confiamos en ellas, en qué difiere el pensamiento que nosotros tenemos de lo que habemos de comer, de beber y de vestir, del que tienen los que no se llaman cristianos, soy cierto que nos confundiríamos y avergonzaríamos, conociendo que usurpamos el nombre de cristianos, pues, cuanto al confiarnos en las palabras de Cristo, somos iguales á los que no se llaman cristianos.

Esto lo digo por lo que he conocido de mí y en mí, y ¡pluguiese á Dios que no lo dijese por lo que al presente conozco! y ¡pobre de mí! que lo que más siento, lo que más me duele y me lastima, me llega hasta el ánima y me traspasa el corazón es que, si por lo que me confío en estas palabras de Cristo que pertenecen á la vida presente, quiero juzgar lo que me confío en otras palabras de Cristo que pertenecen á la vida eterna, me hallo tan ajeno de Cristo que casi ninguna parte tengo en él, pues es así que ni estas palabras, que pertenecen á la vida presente, tocan sino á los que las creen, ni las otras, que pertenecen á la vida eterna, tocan sino á los que las creen, y si, por lo que me aseguro en estas, tengo de juzgar lo que me aseguro en las otras, yo estoy fresco.

En esta agonía y aflicción tengo dos cosas con que me conforto. La una es la confianza que tengo en Dios que, pues me ha dado el deseo que tengo, de depender totalmente de él, tanto en lo que pertenece á la vida, presente cuanto en lo que pertenece á la vida eterna, también me dará el efecto del deseo que me ha dado, y así yo viviré alegrísimo y contentísimo. Y la otra es que, conociendo yo como es así que el ánimo humano, mucho más fácilmente se reduce á confiar en Dios en las cosas que el hombre conoce que no puede alcanzar por sí, que en aquellos que piensa poder alcanzar por sí, por su industria y por su diligencia, y sabiendo yo de mí que en mi ánimo está impresa firme y constante esta verdad que de ninguna manera ni por ninguna vía puedo alcanzar vida eterna, sino es remitiéndome á la justicia de Cristo, abrazándome con ella y á ateniéndome á ella, no estando así impresa en mi ánimo esta verdad que ni con mi industria ni con mi diligencia basto á alcanzar lo que pertenece para la vida presente, no hago juicio en lo que creo las palabras de Cristo que pertenecen á la vida eterna por lo que creo las palabras de Cristo que pertenecen á la vida presente, teniendo por cierto que me fio más en las que pertenecen á la vida eterna, porque estoy resuelto que no la puedo alcanzar por mí, que en las que pertenecen á la vida presente, porque no estoy así resuelto de no poderlas alcanzar por mí.

Y con todo esto no dejo de tenerme por imperfectísimo, siempre que leo estas palabras de Cristo, ni dejo de desear tener la perfección de ellas ni de rogar á Dios que me la dé para gloria suya, ni de aplicarme con todo el ánimo á ellas, trabajando por conocer en mí el efecto de ellas.

Y viniendo á las palabras de Cristo, entiendo que, conociendo él cuánto es el hombre impedido en el cuidado que debe tener de Dios, de estar siempre unido con Dios y de procurar la gloria de Dios, del cuidado que tiene de estas cosas corporales y exteriores,

pretende con estas palabras asegurarnos á los que somos suyos, que Dios nos proveerá de las cosas corporales, á fin que, descuidados de ellas, nos demos y nos apliquemos todos á las cosas espirituales.

Y así comienza diciendo: «Ninguno puede servir á dos señores,» etc. Y declarando qué señores son estos, dice: no podeis servir á Dios y á la hacienda, entendiendo que es imposible que un hombre atienda á las cosas corporales de la presente vida y á las cosas espirituales de la vida eterna sin faltar ó á las unas ó á las otras, de manera que es necesario que se resuelva á atender á las unas ó á las otras. Y queriendo Cristo que los que somos regenerados en él, nos resolvamos en atender á las cosas espirituales, descuidándonos de las corporales, dice, «por tanto os digo: no penseis» etc., como si dijere: y pues es así que no podeis servir á Dios y á la hacienda, atended á servir á Dios, y descuidáos de la hacienda, no pensando en el comer y beber para sustentar vuestras vidas, ni pensando en el vestir para cubrir vuestros cuerpos.

Y deseando Cristo persuadirnos que perdamos este cuidado, dice: «¿cómo y el ánima es» etc., entendiendo: pues os ha dado Dios las ánimas que son mucho más que el manjar con que son sustentadas, y pues os ha dado los cuerpos que son mucho más que los vestidos con que son cubiertos, bien podeis, aseguraros que, así como os ha dado lo que es más, os dará tambien lo que es ménos, y asegurados perder el cuidado de ello. Y queriendo Cristo que esta cosa nos penetre en los ánimos, teniéndola por importantísima, dice: «considerad las aves del cielo» etc., entendiendo: pues veis la liberalidad de que Dios usa con las aves del cielo, dándoles el comer sin su trabajo y sin su solicitud, bien podeis aseguraros que hará lo mismo con vosotros, y tanto más cuanto que vosotros sois de mayor excelencia que las aves.

El mismo argumento hace Cristo en los lirios del campo que en las aves del cielo. Y cuanto él más procura hacernos capaces de esta verdad á fin que perdamos este cuidado, tanto yo pienso más en la necesidad que tenemos de perderlo, y tanto me avergüenzo más cuando mirándome me hallo despojado de él, y ruego á Dios me libre y me despoje de tal manera de él, que yo no piense más á lo que tengo de comer que piensan las aves del cielo, ni piense más á lo que tengo de vestir que piensan los lirios del campo, porque hasta que me conozca en este estado, me tendré y juzgaré imperfecto. En aquello «¿quién de vosotros pensando» etc. entiende Cristo que, pues es así que nuestros cuidados no son bastantes á dar crecimiento á nuestros cuerpos y, sin pensarlo nosotros, Dios se lo da como le place, ¿por qué causa no nos descuidaremos, con Dios á nuestro grado, en la sustentacion de nuestros cuerpos, así como á nuestro despecho nos descuidamos en la estatura de los mismos cuerpos?

Aquello «oh hombres de poca fe» tiene mucha eficacia; y tales somos en la verdad, todos los que oimos estas palabras de Cristo y no nos resolvemos de una á descuidarnos de lo de la vida presente, pasando todo nuestro cuidado á lo de la vida eterna. Tiene tambien mucha eficacia aquello «todo esto lo buscan las gentes,» adonde entiende Cristo que nosotros, los que somos hijos de Dios regenerados por él y en él, no debemos atender á lo que atienden las gentes, pues ya nosotros por la regeneracion y renovacion habemos dejado de ser gentes, habiendo dejado de ser hijos de Adam y venido á ser hijos de Dios.

Viniendo pues Cristo al punto principal, dice: «buscad pues el reino de Dios» etc., adonde declara que nuestro cuidado debe ser todo y del todo en buscar el reino de Dios y la justicia de Dios, porque esto es lo que pertenece á la vida eterna. Y diciendo «y todo esto os será añadido,» entiende que á los que buscaremos el reino de Dios y su justicia, nos dará Dios lo uno y lo otro, y nos dará como por añadidura sin nuestra solicitud todas las cosas que nos serán necesarias para comer, beber y vestir. Adonde entiendo que buscan el reino de Dios los que, saliéndose del reino del mundo, renunciando el regimiento y el gobierno de su prudencia humana, se entran en el reino de Dios, ateniéndose á estas palabras de Cristo, ciertos que serán cumplidas con ellos, y tanto más, cuanto más ellos perderán el cuidado de sí mismos. Tambien buscan el reino de Dios los que, certificados que estarán bien en él, van deseando el cumplimiento de aquellas palabras que habemos declarado en la santísima oracion de Cristo que dicen: «venga ya el tu reino;» y entiendo que buscan la justicia de Dios los que aceptan el perdon general que predica el evangelio por la justicia de Dios ya ejecutada en Cristo: esta es la justicia con que Dios nos justifica, y esta es la justicia con que se toma la posesion en el reino de Dios; con la misma es defendida la posesion y con la misma es conservada, y la misma lleva á los que la aceptan á la gloria de la resurreccion.

Concluyendo Cristo esta divinísima y eficazísima amonestacion, dice: «no penseis pues á mañana,» etc., adonde muestra que su intento en todo esto ha sido reducirnos á que en un día no pensemos en lo que habemos de comer, de beber y de vestir otro día, pues basta que pensemos hoy por hoy y mañana por mañana. Y diciendo «bástale al día su afliccion,» muestra Cristo que es una de las miserias humanas el tener cuidado del comer y del vestir, aunque no sea más que para un día, y así lo sienten con efecto los que tienen del espíritu de Cristo, los cuales tendrían por felicidad poderse pasar sin comer y sin vestir. De esta manera entiendo todas estas palabras de Cristo, las cuales me ponen delante los ojos mi imperfeccion, tanto que me avergüenzo de mí mismo, viéndome tan lejos de aquello que Cristo quiere de mí.

Cuanto á las limitaciones con que son limitadas estas palabras, me remito á los que aciertan mejor, tomando esto para mí que, (como he dicho), me tendré por imperfecto, hasta que me halle tan descuidado de lo que tengo de comer para sustentar mi vida, cuanto están descuidadas las aves del cielo, y tan descuidado de lo que me tengo de vestir, cuanto están descuidados los lirios del campo. Esto he tornado á replicar porque me place, y para mí tanto no quiero limitacion en estas palabras, holgándome de conocer con ellas mi imperfeccion. En todas las partes adonde dice «penseis» y «pensando,» el vocablo griego significa algo más que pensar, tener cuidado ó solicitud; es bien verdad que el evangelista lo usa por pensar simplemente, como veremos en el cap. 10, adonde, diciendo Cristo á sus discípulos que no piensen en lo que han de decir en su defension cuando serán llevados delante de los príncipes del mundo, porque el espíritu santo hablará por ellos, usa de este mismo vocablo, y allí claramente consta que lo usa el evangelista por «pensar.» Adonde dice «hacienda,» el vocablo griego significa, como seria decir, «vitualia,» las cosas de comer y de vestir. Por «ánimas» entiende vidas.

Capítulo VII

No juzgueis, á fin que no seais juzgados, porque con el juicio que juzgais, sereis juzgados y el con la medida que medís, os será medido. ¿Por qué pues ves la arista que está en el ojo de tu hermano, y no consideras la viga que está en tu ojo? Ó ¿cómo dirás á tu hermano: deja; echaré la arista de tu ojo, y ves que la viga, está en tu ojo? Hipócrita, echa primero la viga de tu ojo, y entónces verás á echar la arista del ojo de tu hermano.

Viniendo Cristo á hablar en el recatamiento, con que los que siendo regenerados son hijos del reino de los cielos, conviene que vivan entre los hombres del mundo, y acabar de poner este fundamento de la fe cristiana con el cual está saldo y firme contra todos los combates con que es combatida, dice: «No juzgueis.» Adonde conviene entender, que el juzgar las vidas ajenas es propio de los santos del mundo y más de los más perfectos, -estos las juzgan y las condenan cuando los hombres no viven como ellos, y que el mismo juzgar es propio de los santos de Dios, pero imperfectos, en cuanto aún tienen en sí resabio de santos del mundo, aún saben á la raíz de la santidad del mundo, de donde son cortados.

Porque, entendido esto, se entiende que, prohibiendo aquí Cristo el juzgar ó condenar, muestra que habla con estas dos suertes de gentes, diciendo: «hipócrita, echa primero» etc., porque no solamente son hipócritas los que fingen ser lo que no son, pero son tambien hipócritas los que se persuaden ser lo que no son, como los perfectos santos del mundo, que por su vivir moral y por sus justicias exteriores se tienen y se estiman santos, y como los imperfectos santos de Dios, que aún no han desechado el jugo de la raíz de la santidad del mundo. Y que sea así que los imperfectos santos de Dios sean sujetos á este vicio de condenar las obras ajenas, consta por San Pablo, Rom. 14, adonde reprehende el juzgar en los imperfectos, á los cuales él llama enfermos, y reprehende el menospreciar en los perfectos, á los cuales no es prohibido el juzgar, en cuanto juzgan con lumbré espiritual y no con lumbré natural, y segun San Pablo «spiritualis omnia judicat,» 1ª Cor. 2, y en cuanto juzgando no condenan como los que son hipócritas.

Sabido esto, se entiende bien que, hablando aquí Cristo con los santos más perfectos del mundo y con los santos imperfectos de Dios, les dice que repriman y mortifiquen el afecto de juzgar, porque no los juzgue Dios á ellos. Y diciendo, «porque con el mismo juicio» etc., entiende lo mismo que entiende San Pablo, Rom. 2, que el que juzga á otro se da la sentencia contra sí, incurriendo en el mismo delito que él condena.

Esta misma sentencia está replicada en aquello «y con la medida que medís» etc., las cuales palabras dicen que son dichas por refran ó proverbio en la lengua hebrea, tomado del que vende y compra, que vendiendo con una medida es obligado á comprar con la misma medida; con la que da, con aquella recibe. Declarándose Cristo en lo que ha dicho, dice: «porque ves la arista» etc., entendiendo que son siempre mayores los defectos que tienen los que juzgan que los que tienen aquellos que son juzgados, porque los santos del mundo los más perfectos son los que más juzgan, y por ordinario juzgan á los santos de Dios, y júzganlos de algunas cosas que ó no son defectos en ellos, como son las observaciones exteriores de las cuales eran juzgados los discípulos de Cristo de los escribas y Fariseos, ó son como arista en el ojo, cotejadas con la viga que está en el ojo del que las juzga.

Diciendo «y entónces verás» etc., entiende Cristo que es el hombre inhábil para conocer los defectos ajenos miéntras tiene defectos propios, así como es inhábil uno que no ve, para curar en otro el mal de ojos. Y porque acerca de este juzgar he hablado declarando á San Pablo, Rom. 14, me remito á lo que allí he dicho. Y de aquello y de esto tomo esta doctrina, verdaderamente cristiana, que es cosa segurísima no juzgar las obras ajenas, y tomo este aviso que, cuando veré á uno que juzga el vivir ajeno, lo tendré ó por perfecto santo del mundo ó por imperfecto santo de Dios, por imperfecto cristiano.

No deis lo santo á los perros ni echeis vuestras piedras preciosas delante de los puercos, porque no acontezca que estos las pisen con sus piés y aquellos vueltos á vosotros os despedacen.

Avisa Cristo á las personas espirituales, á los hijos del reino de los cielos que están en la regeneracion cristiana, que no platiquen en cosas de espíritu y de regeneracion en presencia de hombres carnales ni de hombres malignos, por el inconveniente que de ello se sigue, esto es que los carnales desprecian y burlan de las cosas que son de espíritu, y los malignos calumnian, persiguen y maltratan á los que les dicen las cosas espirituales. Los carnales las desprecian, porque no las entienden ni las sienten, y los malignos persiguen á los que se las dan, porque no quieren que otros tengan lo que ellos no tienen.

Este aviso es necesarísimo en todos tiempos, y las personas cristianas deben mirar mucho en él. Adonde si me preguntará uno diciendo: si no se han de dar ni comunicar los tesoros espirituales ni con carnales ni con malignos, ¿cómo se podrá predicar el evangelio el cual es santo y es piedras preciosas y es el verdadero tesoro espiritual y divino? y si no se predica ¿cómo será aceptado? le responderé que con estas palabras no prohíbe Cristo el predicar el evangelio, el cual debe ser predicado generalmente á todos los hombres por todo el mundo, pero prohíbe el razonar y el platicar en el vivir cristiano y en lo que es anexo á él con los hombres que no han aceptado el evangelio. ¿A qué propósito tengo yo de decir, en qué manera es Cristo señor de los escogidos de Dios, es cabeza en la iglesia de Dios, y es rey en el pueblo de Dios, á los que, no habiendo aceptado el evangelio, no saben qué cosa es Dios ni qué cosa es Cristo? ¿De qué sirve que yo hable de la incorporacion, con que el hombre es incorporado por la fe en Cristo, con hombres que no han aceptado en sus corazones el evangelio de Cristo? ¿A qué propósito tengo yo de mostrar como, matando Dios en la cruz á Cristo, mató á todos los que creen en Cristo, y que, resucitando Dios glorioso á Cristo, resucitó glorioso á todos los que creen en Cristo, á los que no creen el evangelio de Cristo? ¿Para qué efecto tengo de proponer la doctrina del vivir cristiano, que todo consiste en mortificacion, á los hombres que por no haber aceptado el evangelio estan dedicados al mundo?

Sea pues esta la conclusion: que sea propuesto generalmente á todos el evangelio de Cristo, intimándoles el indulto y perdon general por la justicia de Dios ejecutada en Cristo, y que la doctrina del vivir cristiano sea solamente propuesta á los que han aceptado el evangelio de Cristo, y que los secretos de la regeneracion cristiana, los privilegios, de que

gozan los que son hijos del reino de los cielos, solamente sean platicados con los que comienzan á sentir en sí los frutos y efectos del evangelio, dejando de ser puercos, de ser viciosos y carnales, y dejando de ser perros, de ser malignos y perversos, y comenzando á vivir pura y santamente, siguiendo el deber de la regeneracion cristiana. Y el ser perros contra los santos de Dios entiendo que es propio de los santos del mundo, porque estos son los que se vuelven contra ellos y los despedazan con murmuraciones, con persecuciones y con martirios. De los cuales como de peste deben huir los santos de Dios, los verdaderos cristianos.

Demandad y dáros han, buscad y hallareis, llamad y abriros han. Porque todo hombre que demanda recibe, y el que busca halla, y al que llamará será abierto. ¿Hay por ventura algun hombre de vosotros que, si su hijo le demandara pan, le dará piedra? y si le demandara un pez ¿dará por ventura una serpiente? Pues, si vosotros, que sois malos, sabeis dar buenas dádivas á vuestros hijos ¿cuánto mejor vuestro padre el que está en los cielos dará bienes á los que le demandarán?

Este consejo de Cristo cuadra muy bien, juntado con lo que en el capitulo pasado ha hablado de la oracion, porque allí enseña á los hijos del reino de los cielos cómo y qué han de orar, y aquí les enseña que es bien orar y ser importunos en la oracion y los certifica que alcanzarán lo que demandarán en la oracion. Y que sea así, que este consejo pertenezca solamente para los que son hijos de Dios por regeneracion, consta por el ejemplo que pone Cristo del padre con el hijo.

Somos todos los hombres hijos de Dios por la creacion, pero esta filiacion no nos hace amigos de Dios, y esta la tenemos comun con todas las criaturas; y somos todos los verdaderos cristianos incorporados en Cristo, hijos de Dios por la regeneracion, la cual filiacion nos hace amigos de Dios, en cuanto no nos considera Dios por lo que somos en nosotros mismos sino por lo que somos incorporados en Cristo, en el cual somos justos y santos, porque él es justo y santo á estos hijos dice Cristo que demanden, que busquen y que llamen á la puerta de Dios, siempre que desearán haber alguna cosa de Dios, prometiéndoles que alcanzarán de Dios todo lo que desearán. Y por confirmarlos más en esta verdad á fin que así mejor se certifiquen en ella, porque la certificacion es la que da vida á la oracion, dice «porque todo hombre que demanda» etc., entendiendo que de esta general pueden tomar esta particular que si demandan, que si buscan y que si llaman, saldrán con su intento.

Aquello «hay por ventura algun hombre» etc., es para confirmarnos más en la confianza, en la cual quiere Cristo que estemos confirmadísimos y certificadísimos, y por tanto, siempre que habla en la confianza, que habemos de tener en Dios, hace en ella más instancia que en otra cosa ninguna, y así dice aquí: sois vosotros malos y dais á vuestros hijos lo que os demandan, ¿y dudais que vuestro padre que es bonísimo, os dará á vosotros lo que lo demandais?

Adonde si dirá uno: yo dudo, porque no me tengo por hijo, le responderé que, si ha aceptado el evangelio, hace injuria á Cristo no teniéndose por hijo, mostrando que con

efecto no cree que Cristo sea hijo, porque, si lo creyese, habiendo aceptado el evangelio y con él estando incorporado en Cristo, no dudaría de tenerse por hijo. Y si dirá otro: yo dudo, porque, aunque me tengo por hijo, me tengo por mal hijo, le responderé que, si por su ser bueno se tiene por hijo, tiene razon de dudar, porque está en un error grandísimo, atribuyéndose á sí lo que no es suyo, y que, si por su incorporacion en Cristo no se tiene por buen hijo, hace grandísima injuria á Cristo, dudando de la bondad, de la justicia y de la santidad de Cristo, en cuanto no se conoce, por la incorporacion en Cristo, bueno, justo y santo.

Cierre pues todo hombre cristiano incorporado en Cristo por la aceptacion del evangelio, digo que cierre las orejas del cuerpo y del ánimo á las persuaciones humanas y diabólicas que le interturbarán la confianza en la oracion, y diga así: Cristo es hijo de Dios y yo, incorporado en Cristo, soy hijo de Dios; Cristo es buen hijo de Dios, justo y santo, y yo soy buen hijo de Dios, justo y santo; y así demande á Dios con confianza, no dudando, ántes estando cierto que alcanzará lo que demanda, fundando su certificacion en este prometimiento de Cristo, y será así que alcanzará lo que demandará.

Y lo que ha de demandar está dicho en el capítulo precedente. Adonde se ha de entender que á los que somos cristianos pertenece examinar nuestros deseos, cuando somos movidos á orar, para ver si somos movidos á demandar una de aquellas siete cosas que Cristo nos enseña que demandemos, á fin que, cuando serán conformes á aquellas, los abracemos y demandemos á Dios el efecto de ellos, y, cuando serán contrarios, los desechemos y no nos pongamos á demandar el efecto de ellos. Aquello «si vosotros que sois malos» etc., es digno de consideracion contra nuestra natura depravada por el pecado del primer hombre, por el cual nos es tan natural el ser malos, cuanto, no pecando Adam, nos fuera natural el ser buenos. En Adam somos malos todos los hombres, y en Cristo somos buenos todos los que aceptamos el indulto y perdon general que nos es predicado en el evangelio de Cristo. Por lo que aquí dice «dará bienes,» San Lúcas dice: «dará el espíritu bueno», quiere decir el espíritu santo. Esto digo deseando persuadir á las personas cristianas que demanden á Dios que les de su espíritu santo, ciertas que se lo dará, fundando su certificacion en este prometimiento de Cristo.

Todo pues, quanto querreis que los hombres hagan con vosotros, haced tambien vosotros así con ellos, porque esta es la ley y los profetas.

Esta sentencia no entiendo como depende de las palabras que preceden, ni como cuadra con las que siguen. San Lúcas las pone junto con la perfeccion que San Mateo pone en el capítulo 5, y pónelas por conclusion de toda ella, y allí cuadran bonísimo, porque incluyen todo lo que allí está dicho, pues es así que el que hará con los hombres lo que huelga que los hombres hagan con el, no ofenderá jamás á ninguno. El deber de la generacion humana quiere que el hombre no haga con otro lo que no querria que el otro hiciese con él, y el deber de la regeneracion cristiana pasando más adelante quiere que haga lo que querría que fuese hecho con él. Adonde se entiende que se engañan mucho los que igualan con la doctrina cristiana á la filosofía moral, la cual aún no llega al deber de la generacion humana, al cual deber pasa la doctrina cristiana.

Diciendo «porque esta es la ley» etc., entiende que, teniendo intento la ley y los profetas á reducir á los hombres á esto, el que se reducirá á ello cumplirá con ella y con ellos, y el que faltará será condenado por ella y por ellos, si no habrá abrazado la justicia de Cristo, la cual libra de toda condenacion á los que la abrazan, como entiende San Pablo, Rom. 8.

Entrad por la puerta estrecha; porque ancha es la puerta y espacioso el camino que lleva á perdicion, y muchos son los que entran por ella, y porque estrecha es la puerta y angosto el camino que lleva á la vida, y pocos son los que la hallan.

Porque la carne, que de ninguna manera querria ser estrechada, queriendo y deseando andar siempre libre y exenta, se pudiera resentir sintiendo la perfeccion que aquí le propone Cristo, queriendo Cristo que sus regenerados no se tiren afuera, espantados de tanta perfeccion: dice «entrad por la puerta» etc. Adonde parece que se imaginó Cristo dos puertas y dos caminos, la una puerta y el un camino difícil y árduo, y la otra puerta y el otro camino fácil y apacible, y que por el difícil se va á la vida eterna y que por el fácil se va á la muerte eterna. Y háse de entender que, así como el que lleva á la muerte eterna es fácil, es dulce y sabroso á la carne, si bien el ánimo, tornando sobre sí, halla en él dificultad y amargura sin sabor, así el camino, que lleva á la vida eterna, es difícil, amargo y desabrido para la carne, si bien es fácil, dulce y sabroso para el ánimo regenerado por Cristo.

Y entendiendo estas palabras así, no serán contrarias á las que dirá Cristo en el capitulo 11, que su yugo es suave, etc., porque allí, llamando yugo á la fé con que es aceptado el evangelio, lo llama suave porque no hay cosa en el mundo más suave que sentir la remision de pecados y reconciliacion con Dios por Cristo, y, llamando carga á la doctrina del vivir cristiano, la llama ligera porque tal es con efecto á los que, habiendo tomado el yugo de la fé, sienten los efectos de ella. Y aquí llama puerta estrecha y camino angosto á la doctrina del vivir cristiano, de que va hablando, entendiendo que es tal para la carne no mortificada por la fé.

Facilita pues aquí Cristo la dificultad del vivir cristiano, diciendo que, caminando el hombre por él, va á la inmortalidad y vida eterna, así como, caminando por el vivir mundano, va á la perdicion y muerte eterna.

En aquello «y pocos son los que la hallan» entiende que serán pocos los que irán á la vida eterna, cotejados con los muy muchos que irán á la muerte eterna. Y la causa, porque son pocos, es porque son pocos los que toman el yugo de la fé cristiana, sin la cual no se halla jamás el camino del vivir cristiano. Es la fé cristiana un manjar tan delicado que pocos estómagos lo sufren, y por tanto decia San Pablo «non omnium est fides»; y siendo la fé de pocos, es de pocos hallar el camino del vivir cristiano, por donde se va á la vida eterna.

Adonde se entiende que los que, aceptando el evangelio, comienzan á vivir cristianamente, comienzan tambien á gozar de la vida eterna, porque comienzan á vivir una vida semejante á la que habemos de vivir en la vida eterna; pero esto no lo creen jamás los que no tienen alguna experiencia de ello. Trabajemos pues, todos los que habemos aceptado

el yugo de la fé cristiana, por entrar por la puerta estrecha, por caminar por el camino angosto, poniéndonos delante el deber de la regeneracion cristiana, mortificando todos nuestros deseos carnales, no satisfaciéndonos jamás en cosa ninguna de las que agradan á la sensualidad, ciertos que alcanzaremos inmortalidad y vida eterna con Jesu Cristo nuestro señor.

Despues de escrito esto, considerando aquello «y pocos son los que la hallan,» entiendo que llama Cristo «puerta estrecha» y «camino angosto» á la fé cristiana, y al vivir cristiano, porque lo uno y lo otro consiste en un punto, el cual es tan primo y tan sùtil que pocos lo aciertan á entender y poquísimos lo aciertan á exprimir. Y entiendo que, porque, despues que el hombre acierta en el punto de la fé cristiana y en el punto del vivir cristiano, halla grandísima satisfaccion en lo uno y en lo otro, dice Cristo en el cap. 11 que su yugo es apacible y su carga ligera. Y de esto he hablado en una respuesta.

Guardáos de los falsos profetas, los cuales vienen á vosotros con vestiduras de ovejas, pero dentro son lobos robadores. Por sus frutos los conocereis. ¿Por ventura cogen de espinas uva, ó de abrojos higos? Así todo árbol bueno hace buena fruta, y el árbol malo hace mala fruta. No puede el buen árbol hacer mala fruta ni el árbol malo hacer buena fruta. Todo árbol, que no hace buena fruta, es cortado y echado en el fuego. Por tanto por sus frutos los conocereis.

Este aviso, que da Cristo á sus discípulos, consta claramente que no servia para el tiempo que él vivia con ellos corporalmente, sirviendo para el tiempo que él vive con sus discípulos espiritualmente, á los cuales es necesarísimo este consejo en todos tiempos, porque siempre entre los verdaderos profetas se engieren los falsos. Y háse de entender que los que aquí llama Cristo falsos profetas, porque habló en tiempo de la ley, llama San Pablo falsos apóstoles, porque habló en tiempo del evangelio. Estos entiendo que son profetas y son apóstoles, en cuanto predicán á Cristo y enseñan el vivir cristiano, habiendo aprendido por ciencia lo uno y lo otro, y entiendo que son falsos, en cuanto con Cristo mezclan á Moisen y con el vivir cristiano mezclan la ley.

Las «vestiduras de ovejas,» que estos traen, entiendo que son el nombrar mucho á Cristo y al evangelio, la pobreza exterior, la humildad en las palabras, la vida austera, el menosprecio aparente del mundo y de las pompas y riquezas de él. Y el ser estos «lobos robadores» no entiendo que consiste en que toman á nadie lo suyo sino en que, así como los lobos son la peste de las ovejas porque las roban y se las comen, así estos son la peste de las ovejas de Cristo porque las apartan de Cristo y las llevan á Moisen, las apartan del evangelio y las llevan á la ley, como habian apartado á los Gálatas segun parece por la epístola que San Pablo les escribió. De estos tales lobos dice Cristo que nos guardemos, que pongamos los ojos en ellos, para que no nos perviertan.

Y diciendo «por sus frutos los conocereis», entiendo que, mirando bien en sus obras, conoceremos que son falsos profetas y que son falsos apóstoles. Las obras del verdadero profeta y apóstol son la humildad del ánimo, la modestia, la mansedumbre, la sinceridad y la verdad, y es resolutamente la mortificacion de lo que es carne y es mundo; el que es tal,

predica puramente á Cristo sin mezclarlo con Moisen, y enseña puramente el vivir cristiano sin mezclarlo con ley, porque en su corazon tiene á Cristo, al evangelio y al vivir cristiano, y no puede dar sino de lo que tiene, y háse de entender que la fé cristiana ha hecho este efecto en él.

Las obras del falso profeta y apóstol son la propia estimacion, el ser escandaloso, revoltoso, contencioso, falso, maligno y mentiroso; el que es tal, predica más de Moisen que de Cristo, si bien nombra más á Cristo que á Moisen, y enseña más ley que evangelio, porque tiene más de Moisen que de Cristo y más de ley que de evangelio, y no puede dar sino de lo que tiene. Y por tanto muy á propósito compara Cristo á los falsos profetas al árbol malo, comparando á los verdaderos profetas y apóstoles al árbol bueno. Antes es así que todo hombre, por muy virtuoso que sea segun las virtudes morales, si está sin Cristo, es mal árbol, y, siendo mal árbol, es necesario que dé mal fruto, porque el corazon, de donde sale el fruto, es malo; así como todo hombre, por flaco y enfermo que sea, si está incorporado en Cristo, es buen árbol, y, siendo buen árbol, es necesario que dé buen fruto, porque el corazon, de donde sale el fruto, es bueno, estando renovado por Espíritu santo.

Y por tanto decia bien San Jacobo: «muéstrame tu fé por tus obras y mostraréte yo mi fé por mis obras», entendiendo que no aprovecha que yo diga que creo, si en mi vivir mortificado y aún muerto al mundo no muestro que creo, porque es así que la mortificacion es el efecto de la fé, así como tambien la humildad y la caridad, porque el que cree es humilde y es caritativo.

Diciendo Cristo «por sus frutos los conoceréis», nos da licencia á los que somos suyos que juzguemos de la falsedad y de la verdad de los que no son profetas y apóstoles por lo que veremos en su vivir exterior, á fin que, viendo que su vivir es ambicioso, escandaloso y contencioso, teniéndolos por falsos y mentirosos profetas, huyamos de ellos, y, viendo que es humilde, modesto y puro, teniéndolos por verdaderos profetas, nos lleguemos á ellos. Para el cual juicio es necesario que siempre roguemos á Dios, acreciente en nosotros su espíritu santo, teniendo por cierto que sin él no lo sabremos jamás hacer.

No todo el que me dice «señor, señor», entrará en el reino de los cielos sino el que hará la voluntad de mi padre el que está en los cielos. Muchos me dirán en aquel dia: señor, señor, ¿no habemos profetizado en tu nombre? ¿no habemos echado demonios en tu nombre? ¿y en tu nombre habemos hecho muchos milagros? Y entónces les confesaré: nunca os conocí, apartaos de mí los que obrais iniquidad! Por tanto á todo el que oye estas mis palabras y las hace, lo compararé al hombre sabio que edificó su casa sobre piedra; y bajó la lluvia y vinieron los rios y soplaron los vientos y cayeron en aquella casa y no cayó, porque estaba fundada sobre piedra. Y todo el que oye estas mis palabras y no las hace, será semejante al hombre necio que edificó su casa sobre el arena; y bajó la lluvia y vinieron los rios y soplaron los vientos y dieron en aquella casa, y cayó: y fué su caida grande.

Habiendo Cristo largamente instruido á sus discípulos en el deber de la regeneracion cristiana que es propio de los que están en el reino de los cielos habiendo aceptado la gracia

del evangelio, viene á concluir su instruccion, diciendo: «no todo el que me dice» etc., entendiendo que, para tomar posesion del reino de los cielos en la presente vida de manera que la continuemos en la vida eterna, es menester que, aceptando la gracia del evangelio por la cual llamamos á Cristo señor, nos apliquemos á vivir cristianamente por el deber de la regeneracion cristiana segun lo que en estos tres capítulos él nos enseña, confirmando nuestra fé con nuestro vivir cristiano y mostrando por nuestras obras que tenemos fé.

Y así al hombre que, viviendo segun se acostumbra en el reino del mundo, piensa salvarse, diciendo que tiene fé, lo compara Cristo al que edifica sobre arena su casa, en cuanto la fé del tal, no estando confirmada con experiencia del vivir cristiano, siendo combatida, cae; y al hombre que, viviendo cristianamente sin conformarse en nada con el mundo, confirma su fé cristiana con su vivir cristiano, lo compara Cristo al que edifica su casa sobre piedra, en cuanto la fé del tal, estando así confirmada, aunque es combatida, no cae.

Adonde se ha de entender que pretende Cristo persuadir á todos los que aceptamos su evangelio, que nos apliquemos á vivir de la manera que él ha enseñado en este razonamiento, pretendiendo con nuestro vivir cristiano mostrar y dar testimonio de nuestra fé cristiana y conservarnos en ella, defender y mantener la posesion del reino de los cielos en que entramos creyendo. Y háse de entender que la fé, que no resuelve al hombre en vivir de esta manera y que no lo reduce á ello á lo menos á quererlo, desearlo y procurarlo, no es inspirada ni revelada sino enseñada y relatada.

Esto digo á fin que se entienda que el vivir cristiano de los que viven cristianamente es efecto de la fé cristiana y no de su industria humana, para que no se glorie hombre ninguno en presencia de Dios. Así entiendo todas estas palabras de Cristo. Y entiendo más que, porque habia muchos que seguian á Cristo por curiosidad y otros que siguiéndolo no se aplicaban á vivir segun lo que él les enseñaba, y porque conocia Cristo que siempre en el mundo habria otros muchos semejantes á estos, queriendo desengañar á los unos y á los otros, á fin que, ó se aplicasen y apliquen á vivir como él les enseñaba y enseña, ó se apartasen y aparten de él y lo dejasen y dejen y no le diesen ni den mal nombre con su vivir profano y mundano, dice: «no todo el que me» etc., entendiendo: para entrar en el reino de los cielos no basta que os andeis tras mí, que os llameis cristianos y que me llameis señor, porque es menester que principalmente cumplais la voluntad de Dios. Y la voluntad de Dios entiende Cristo que es que nos apliquemos á vivir de la manera que él ha enseñado aquí. Y no nos aplicaremos, si primero no aceptamos la gracia del evangelio, la cual es eficaz en nosotros para resolvernos con el mundo y con nosotros mismos y así aplicarnos y reducirnos á vivir cristianamente.

Los que no aceptan el evangelio es imposible que vivan cristianamente, y los que lo aceptan, si conservarán en sí la memoria de la aceptacion, será imposible que su poco á poco no vengán á vivir cristianamente, siguiendo tras el deber de la regeneracion cristiana. Queriendo Cristo confirmar esto mismo, dice: «muchos me dirán» etc., entendiendo que en el dia del juicio habrá muchos que, persuadidos por falsos profetas y apóstoles, se habrán creído tener posesion en el reino de los cielos por llamarse cristianos y por llamar á Cristo señor, y hacer ceremonias cristianas y hacer milagros en nombre de Cristo, no teniendo fé cristiana, de la cual nace el vivir cristiano, y que á todos ellos les dirá que se aparten de él,

porque no los conoce, por ser ellos como son obradores de iniquidad; y tales son todos los que están sin Cristo, por muy santos que parezcan en los ojos del mundo, y sin Cristo están todos los que dudan de la justificación por Cristo, y dudando no se aplican al vivir cristiano.

Aquello «¿no habemos profetizado en tu nombre?» entiendo que toca á los falsos profetas y apóstoles que predicán á Cristo con Moisés y al evangelio con la ley, viviendo ellos como gentiles ó como hebreos. Aquello «¿no habemos echado demonios?» con lo que se sigue, entiendo que pertenece á los que, para hacer conjuros, hechizos y ensalmos, se sirven del nombre de Cristo y del nombre de Dios, persuadiéndose ellos que hacen aquello en virtud de Cristo y de Dios, haciéndolo verdaderamente en virtud del demonio. Con quien querrá decir, que puede estar la fé de hacer milagros querrá en nombre de Cristo adonde no está la fé de la justificación por Cristo que es el fundamento del vivir cristiano, yo no contendere; es bien verdad que no me puedo persuadir que sea así, porque lo que dice San Pablo, 1ª Cor. 13, lo entiendo de la manera que allí lo he declarado.

Después de escrito esto acordándome que los discípulos de Cristo tuvieron don de hacer milagros y los hicieron, ántes que entendiesen el secreto del evangelio, de la muerte de Cristo y resurrección de Cristo, si bien conocían que Cristo era el Mesías, entiendo que puede estar el don de hacer milagros en hombres que no hayan aceptado la gracia del evangelio entendiéndola. En la cual inteligencia me confirmo más, acordándome que, siendo Júdas del número de los doce, le tocó también á él hacer milagros en nombre de Cristo.

En la comparación de los que edifican se ha de entender que, diciendo «y las hace,» entiende: y se aplica á hacerlas, á ponerlas en ejecución, no contentándose con decir: bien dice; y entiendo que no puede haber esta aplicación sino adonde hay fé cristiana, siendo así que el que no está cierto por la fe cristiana de estar bien en la vida eterna, no se puede jamás despojar del todo de la afección á la vida presente y á las cosas de ella, y mientras no se despoja de esta afección, no puede aplicarse á la doctrina de Cristo.

La lluvia, los ríos y los vientos que dan sobre la casa edificada, quiero decir sobre la fé cristiana, entiendo que son las persecuciones de los hombres del mundo, las falsas persuasiones de los demonios del infierno y los asaltos de la propia sensualidad. Estos entiendo que dan sobre la fé cristiana, y entiendo que, cuando la hallan confirmada con la experiencia del vivir cristiano, está salda, firme y constante, así como, cuando la hallan fundada en opinión y sin experiencia del vivir cristiano, dan con ella en tierra, y su caída es tanto mayor cuanto la profesión cristiana es mayor. Y por tanto es necesario que el hombre funde su fé cristiana con la experiencia del vivir cristiano, según que me acuerdo haberlo escrito en una consideración.

Hasta aquí ha puesto San Mateo la mayor parte de la doctrina de Cristo, en la cual conviene y es muy necesario que el cristiano lleve el tino que está dicho arriba, acordándose siempre que le pertenece hacerse una grandísima violencia, resolviéndose con el mundo y consigo mismo, de la manera que habemos dicho arriba, y así reducirse á conformar su vivir, en cuanto le será posible, con esta doctrina, y sabiendo que, cuando alguno faltará en ella, no se ha de tener por ajeno de Cristo, ántes ha de conocer el beneficio

de Cristo, considerando que, si Cristo no hubiera satisfecho y pagado por él, con todo este rigor seria juzgado y condenado en el juicio de Dios como serán juzgados y condenados los que no habrán aceptado el perdon general por Cristo que les es intimado en el evangelio, por la cual aceptacion venimos al vivir cristiano, y, aunque faltamos en algo en él, no somos juzgados con este rigor.

Y aconteció que, como acabó Jesus estas palabras, se espantaron las gentes de su doctrina, porque les enseñaba como persona que tenia autoridad y no como los escribas.

Habiendo puesto San Mateo este divinísimo razonamiento de Cristo, pone el efecto que hizo en los ánimos de los que lo oyeron, diciendo que se espantaron, que quedaron atónitos, y, diciendo la causa de donde procedia su espanto, dice «porque enseñaba» etc., entendiendo que no se espantaban tanto de lo que decia, cuanto de la majestad y autoridad con que lo decia, como señor y patron de lo que decia y no como siervo y sujeto á ello, cuales eran los escribas.

Adonde entiendo que la diferencia, que habia entre Cristo y los escribas, la hay tambien entre los que, teniendo del espíritu de Cristo, enseñan por experiencia, siendo tambien ellos señores y patrones de lo que dicen, y los que, teniendo por opinion las cosas cristianas, enseñan por ciencia, no siendo señores de lo que dicen. Esta diferencia la habrán experimentado en sí mismos los que, habiendo en su tiempo enseñado por ciencia, son venidos á enseñar por experiencias á enseñar con espíritu y no con letra; y experimentanla tambien los que, habiendo oido á los escribas que enseñan por ciencia, oyen á los cristianos que enseñan por experiencia, enseñando aquello que ellos propios experimentan dentro de sí mismos.

Aquí se me ofrece esta consideracion que verdaderamente me causa grandísima admiracion: que fuesen de mayor eficacia para convertir á los hombres diez palabras de San Pedro despues de la venida del Espíritu santo que todas estas que aquí ha dicho Cristo. En la cual consideracion aprendo tres cosas. La primera, cuánto somos incapaces los hombres de las cosas divinas, por mucho que oigamos hablar en ellas, miéntras que el Espíritu santo no nos mueve interiormente. La segunda, cuánto es Dios más liberal con los hombres despues que en Cristo castigó todos nuestros pecados, que era ántes que los castigase. Y la tercera, que el propio oficio de Cristo en el mundo no fué convertir hombres sino morir por los hombres, tomando sobre sí los pecados de todos ellos. Y cuanto más considero esto, tanto más me certifico en esta verdad que, habiendo Dios castigado en Cristo mis pecados, no me castigará á mí por ellos; y esta certificacion conozco que hace en mí este singularísimo efecto que me mortifica los deseos de pecar y me reduce á término que desearia ser privado de toda delectacion corporal y exterior por poder estar totalmente embebido en la consideracion de este singularísimo beneficio de Cristo, la cual en grandísima manera me aficiona á Dios y á Cristo.

Aquí me maravillo de esto que, habiendo dicho San Mateo en el principio del capítulo 5 que Cristo comenzó á hablar con sus discípulos y habiendo llevado continuado este razonamiento, diga aquí que se espantaban las gentes, por donde parece que lo oian, pues se

espantaban; pero en esto me remito á los que lo entienden; yo me huelgo de confesar mi ignorancia.

Capítulo VIII

Y bajando él del monte, lo siguieron muchas gentes; y he aquí que un leproso viniendo lo adoró, diciendo: Señor, si quieres, puedes me alimpiar. Y extendida la mano, lo tocó Jesus, diciendo: Quiero, sé limpio; y luego le fué alimpiada la lepra. Y díjole Jesus: Mira no lo digas á ninguno, pero vé muéstrate al sacerdote y ofrece el don que mandó Moisen en testimonio á ellos.

En estas palabras se ofrecen estas cosas dignas de consideracion. La primera, aquello «lo adoró», adonde entiende el evangelista que hizo el leproso á Cristo la ceremonia que se hacia en el templo á Dios, que era echarse en tierra en señal de obediencia y sumision. Segundo: el crédito que el leproso tenia de Cristo, segun lo muestra diciendo: «si quieres, puedes.» Tercero: la facilidad con que Cristo lo sanó, confirmándole con el efecto la opinion que tenia de él. Cuarto: que manda Cristo al leproso que no diga á ninguno que él lo habia sanado, adonde yo pienso que se lo mandó, no porque no lo dijese, sino porque con la prohibicion le viniese más voluntad de decirlo, á fin que fuesen más los que glorificasen á Dios. Quinto: que, enviando Cristo al leproso al sacerdote, enseñó con obra lo que en el capitulo 5 habia enseñado de palabra, cuanto al no romper el menor mandamiento de la ley, la cual, como está dicho, habia de ser guardada en todo y por todo hasta la venida del Espíritu santo. El que querrá entender, como pasaba esta cosa de los leprosos en tiempo de la ley, leerá en el Levítico, capítulo 14, adonde entenderá. Aquello «en testimonio á ellos» quiere decir: á los leprosos alimpiados de la lepra.

Y entrando Jesus en Capernaum, vino á él un centurion, rogándole y diciendo: Señor, mi criado está echado en casa parlático, gravemente atormentado. Y dícele Jesus: Viniendo yo lo sanaré. Y respondiendo el centurion dijo: Señor, no soy digno para que entres en mi casa, pero solamente dílo, de palabra, y será sano mi criado. Porque aún yo soy hombre sujeto que tengo debajo de mí soldados, y digo á éste: Va! y va, y á otro: Ven! y viene, y á mi siervo: Haz esto! y hácelo. Y oyendo esto Jesus se maravilló y dijo á los que lo seguian: Dígoos de verdad que ni aún en Israel no he hallado tanta fé; y dígoos que muchos vendrán de Oriente y de Poniente, y se asentarán con Abraham, Isaac y Jacob en el reino de los cielos: y los hijos del reino serán echados en la última obscuridad, allí hay llanto y batimiento de dientes. Y dijo Jesus al centurion: Vé, y segun que has creído, sea hecho contigo. Y en aquella hora fué sanado su criado.

En este milagro principalmente es digno de consideracion esto que, teniendo este centurion la fé que tenia en Cristo, de la cual dice el mismo Cristo: «dígoos de verdad que ni aun en Israel no he hallado tanta fé», se tenia por tan vil y tan malo que se juzgaba indigno que Cristo entrase en su casa; y si, como era este hombre así excelente en fé, fuera excelente en obras, se tuviera por justo y santo, y tuviera á Cristo por indigno que entrase en su casa.

Adonde se entiende bien, cuánto son diferentes los efectos que hace la fé, de los que hacen las obras sin fé, pues es así que la fé aún con obras humilla, y las obras sin fé ensoberbecen. La causa de estos tan contrarios efectos es esta, que en la fé no conoce el hombre ninguna propia virtud y así no se ensoberbece, y conociendo por ella y con ella sus propios defectos, se humilla; y en las obras sin fé conociendo el hombre su propia virtud, el cual conocimiento lo ciega, no dejándole ver sus defectos, no se puede humillar, ántes se ensoberbece. La experiencia de esto la tenemos en los escribas y fariseos y en todos los que son santos del mundo.

En efecto es esto así que, así como la fé sin obras no es fé sino opinion y aún peligrosa, así las obras sin fé no son obras de caridad sino de carnalidad y aún peligrosísimas. La fé es fundamento de todo bien. Y llamo fé á la que da crédito á los prometimientos de Dios, y, teniendo á Dios por fiel y poderoso, está cierto en su ánimo que con el propio cumplirá todo lo que promete, y en particular se tiene por reconciliado con Dios por Cristo, no espantándose por muy malo que se conozca en sí. Y llamo obras de fé á las que dan testimonio de la fé, no pudiendo estar con fingimiento, como son la mansedumbre, la humildad, la obediencia y la caridad cristiana, las cuales cosas no están jamas sino adonde hay fé cristiana.

Lo que dijo Cristo del centurion «ni aún en Israel no he hallado tanta fé,» entiendo que lo fundó en las palabras del mismo centurion, en las cuales mostró tener mayor opinion de Cristo que el leproso que habia dicho «si quieres, puedes me alimpiar,» y aún que los discípulos que, dejadas todas las cosas, siguieron á Cristo, conociéndolo por más que hombre y por superior á todas las cosas criadas. Y es así que diciendo «porque aún yo soy hombre» etc., consta que quiso decir: yo soy hombre sujeto á hombres y soy obedecido con mi palabra de los que me son sujetos á mí, pues cuanto más tú, que eres más que hombre, no sujeto á hombres, serás obedecido con tu palabra de las criaturas que te son sujetas. Por donde parece que conoció el centurion divinidad en Cristo, y que de allí coligió que tenia mayor superioridad sobre las enfermedades y sobre las otras cosas criadas que tenia él sobre sus soldados y sobre sus criados.

Del caso del centurion tomó Cristo ocasion para tocar la conversion de los gentiles á la gracia del evangelio, y así dice «y dígoos que muchos vendrán» etc., adonde entiendo que los que aceptan el evangelio, siendo hijos de Abraham, entran en el reino de los cielos y se sientan con Abraham en la presente vida como se puede, y en la vida eterna se asentarán cumplida y perfectamente. A los hebreos llama Cristo «hijos del reino,» porque á ellos parece que tocaba, siendo ellos hijos de Abraham segun la carne y habiendo sido prometida la heredad del mundo, el reino de los cielos á Abraham y á su simiente. Estos dice Cristo que serán echados en la última obscuridad, entendiendo en la que está más léjos de la luz, adonde entiendo que, así como los que aceptamos el evangelio, en la presente vida

entramos en posesion de la luz, del reino de Dios, adonde gozamos y jubilamos por la paz de nuestras conciencias; así los que no lo aceptan, en la presente vida entran en posesion de la obscuridad, del reino de Satanás, adonde lloran y tiemblan por la inquietud de sus conciencias; nosotros comenzamos á gustar de la felicidad del reino de Dios, y ellos comienzan á gustar de la infelicidad del reino de Satanás.

Diciendo Cristo al centurion: «Vé y segun has creído» etc., confirma mucho en grandísima manera la fé de los que creemos, certificándonos que hará Dios con nosotros segun nuestra fé, y así nos animamos á estar saldos, firmes y constantes en ella y á rogar á Dios que nos la acreciente, ciertos que con ella alcanzaremos de Dios todo cuanto querremos.

Si la fé ajena es bastante á alcanzar la salud interior del ánima, como parece en este caso que fué bastante para alcanzar la salud exterior del cuerpo, lo deajo examinarálos que lo saben.

Adonde dice «criado,» el vocablo griego significa tambien hijo, y yo tradujera hijo, si no que San Lúcas, contando este milagro, pone un otro vocablo que no puede significar sino criado, mozo ó siervo. Diciendo «de Oriente y de Poniente,» entiende indiferentemente de todas las partes del mundo.

Y viniendo Jesus á la casa de Pedro vió á su suegra echada y con calentura, y tocóle la mano, y dejóla la calentura, y levantóse y sirviólos.

De aquí se colige bien que San Pedro fué casado; si dejó la mujer ó no, por la predicacion del evangelio, no consta; es bien verdad, que por lo que dice San Pablo, parece que la traia consigo por donde iba á predicar. De lo que dice que la suegra de San Pedro despues de sanada sirvió á Cristo y á los discípulos se colige que guardaba Cristo en su manera de vivir una cierta mediocridad sin pompa y sin austeridad. La causa porque no vino con pompa ni vino con austeridad, la he puesto en una consideracion, ántes he puesto seis causas segun lo que entónces entendí.

Y venida la tarde le trajeron muchos endemoniados, y echaba los espíritus con la palabra y sanó á todos los enfermos, á fin que fuese cumplido lo dicho por el profeta Esaías que dice: Él tomó nuestras enfermedades y llevo á cuestras nuestras dolencias.

Muestra San Mateo la potencia de Cristo, diciendo que con la palabra echaba los malos espíritus de los cuerpos humanos. Quanto á las palabras de Esaías, me remito á lo que dicen los que entienden como cuadran á este propósito.

Y viendo Jesus muchas gentes cabe sí, mandóles ir á la otra ribera. Y viniendo un escriba le dijo: Maestro, seguiréte adonde quiera que fueres. Y dícele Jesus: Las raposas tienen cuevas, y las aves del cielo nidos, y el hijo del hombre no tiene adonde eche la cabeza. Y otro de sus discípulos le dijo: Señor, déjame primero ir y enterrar á mi padre. Y Jesus le dijo: Sígueme y deja á los muertos enterrar á sus muertos.

En el escriba letrado ó teólogo considero á los hombres del mundo que, no viendo en Cristo sino aquello que espreciado y estimado en el mundo, sin ninguna consideracion se deliberan seguir á Cristo y, cuando ven en Cristo la bajeza, la pobreza y la humildad que son despreciadas del mundo, se apartan de la deliberacion. A estos entiendo que desecha Cristo, mostrándoles lo que en él es despreciado en los ojos del mundo, porque no quiere ser seguido con intentos ni con deseos humanos de avaricia, de ambicion ó de curiosidad.

En el discípulo considero á los hijos de Dios, predestinados para la vida eterna, á los cuales lleva Cristo tras sí, haciéndoles que dejen de cumplir con el deber de la generacion humana por cumplir con el deber de la regeneracion cristiana. El deber de la generacion humana llevaba á este discípulo á enterrar á su padre, y Cristo no se lo consintió, diciéndole que le siguiese á él, en lo cual cumplía con el deber de la regeneracion cristiana. Diciendo Cristo «deja á los muertos» etc., entiende: cumple tú con el deber de la regeneracion cristiana y remite á los no regenerados que cumplan con el deber de la generacion humana. Aquí sí que pudiera gritar la ley contra Cristo, diciendo que aconsejaba á este que no guardase el cuarto mandamiento del decálogo; adonde entiendo que no gritaron contra Cristo los Fariseos sobre esto, porque no pertenecia á ceremonias, en la observacion de las cuales eran supersticiosísimos, como son todos los hombres que sin espíritu santo pretenden religion.

Grandísimo consuelo entiendo que es para las personas, que llamadas de Dios siguen á Cristo, considerar el caso de este discípulo, porque se persuaden que, haciendo Cristo con ellos lo que hizo con él, no las dejará apartar de sí, ni aún cuando serán provocadas por el deber de la generacion humana, en el cual hay cierta manera de piedad. Aquello «aves del cielo» es segun el hablar de la lengua hebrea, la cual llama cielo á la region del aire. Tambien aquello «hijo del hombre» es segun el hablar de la lengua hebrea, la cual á los hombres viles, bajos y plebeyos llama hijos de hombre ó de Adam, y es en efecto lo mismo que si los llamase hombres, á fin que conozcan su bajeza y vileza, siendo formados de tierra.

Adonde se ha de notar que la humildad de Cristo no se ha de considerar en que nació con pobreza y bajeza sino en que fué hombre, en el cual ser se humillara, cuando bien naciera emperador de todo el mundo, segun que lo he notado, Filip. 2. Ezequiel en su escritura acostumbra llamarse hijo de hombre. Añadiré aquí esto: que segun el juicio humano fuera razon que Cristo admitiera en su compañía al escriba que se ofrecia, y desechara de su compañía al discípulo que se excusaba, y Cristo hizo todo lo contrario. Adonde entendemos dos cosas: la una, que Cristo conocia los corazones de los hombres, sus deseos y sus intenciones, del cual conocimiento es comunicada una partecilla á las personas que tienen del espíritu de Cristo; y la otra, que es grandísima temeridad querer juzgar las obras de Dios, del hijo de Dios y aún de los que son hijos de Dios sino es con el

mismo espíritu de Dios con que son hechas, conforme á lo que dice San Pablo que el espiritual juzga toda cosa, no siendo él juzgado de ninguno.

Y entrado el en una barca, lo siguieron sus discípulos. Y he aquí sobrevino una grande tempestad en el mar, tanto que la barca era cubierta de las olas, y él dormía. Y allegándose los discípulos, lo despertaron diciendo: ¡Señor, sálvanos! ¡perdidos somos! y dícele: ¿Por qué temeis, hombres de poca fé? Entónces levantado amenazó á los vientos y al mar, y sobrevino grande tranquilidad. Y los hombres se maravillaban diciendo: ¿Quién es este que y los vientos y el mar lo obedecen?

Lo que acontecio á estos discípulos de Cristo entiendo que acontece muchas veces á cada uno de los que somos discípulos de Cristo, en cuanto, así como con la tempestad del mar fué ejercitada la fe de estos discípulos á fin que, conociéndose incrédulos y faltos de fé, se humillasen y, deseando tener mucha fé, la demandasen, así tambien con diversas tribulaciones y tentaciones es ejercitada la fé de cada uno de nosotros, á fin que, conociéndonos incrédulos y faltos de fé, nos humillemos y, deseando tener mucha fé, la demandemos á Dios. Tenian fe estos discípulos, porque, si no la tuvieran, no siguieran á Cristo ni fueran á demandarle que los librase del peligro, pero la fé era flaca y enferma, porque, si fuera firme y constante, tuvieran por cierto que no podían perecer, estando en la barca con Cristo, y así no fueran á despertar á Cristo ni él los reprehendiera con aquellas palabras «¿por qué temeis?» etc. De las cuales se colige bien que el temer es indicio de poca fé; y, si el temer de aquellos discípulos de Cristo que no tenían particular prometimiento en que poder fundar su fé, fué indicio de poca fé, cuánto será mayor indicio de poca fé el temer de cada uno de nosotros, que no estamos en una barca con Cristo, pero que estamos incorporados en Cristo y tenemos grandes prometimientos de Dios.

Sea pues esta la conclusion: que el que teme, duda, y que el que duda, tiene poca fé, porque, si tuviese mucha fé, no dudaria. Y no cabe decir: no temo de parte de Dios, pero temo de parte mía, porque lo que la fé quiere de mí es, que me asegure de parte de Dios y de parte mia, fundando mi seguridad no en mí sino en Dios y en Cristo. Añadiré aquí esto: que es grandísimo consuelo para los que somos discípulos de Cristo, flacos en la fé, considerar que Cristo no desechó á estos sus discípulos por la flaqueza en la fé, ántes los salvó y libró como si fueran fuertes en la fé, porque se conocian flacos en la fé. Gran señal de la divinidad de Cristo fué el ser así obedecido de los vientos y del mar.

Y venido él á la otra ribera á la provincia de los Gergesenos, le vinieron al encuentro dos endemoniados, salidos de sepulturas, terribles en gran manera, en tanto que no podia ninguno pasar por aquel camino, y he aquí que gritaron diciendo: ¿Qué tenemos que ver contigo, Jesus hijo de Dios? ¿Eres venido aquí á atormentarnos ántes de tiempo? Estaba pues léjos de ellos un rebaño de muchos puercos paciendo, y los demonios le rogaban diciendo: Si nos echas de aquí, permítenos ir al rebaño de puercos. Y díjoles: Id, y ellos saliendo fueron al rebaño de los puercos, y he aquí que todo el rebaño de los puercos con ímpetu se echó rodando en el mar, y murieron en las aguas. Y los que apacentaban huyeron

y yendo á la ciudad lo manifestaron todo y lo de los endemoniados. Y he aquí que toda la ciudad salió al encuentro á Jesus, y viéndolo le rogaron que se partiese de sus comarcas.

Muchas cosas aprendemos en esta historia. Primero, que los endemoniados se metian en las sepulturas ó sepulcros grandes que estaban fuera de la ciudad. Segundo, que los endemoniados hacian mal á las gentes, pues dice San Mateo que, siendo aquellos terribles, la gente no podia pasar por el camino. Tercero, que no hay ninguna conveniencia entre Cristo y el demonio, pues ellos propios le decian: «¿qué tenemos que ver contigo?»

Cuarto, que los demonios conocian que Cristo era hijo de Dios. Adonde entiendo dos cosas. La una, que este conocimiento no ha de ser llamado fé, porque no hay fé sino adonde hay prometimiento; á los demonios no les era prometido bien ninguno por Cristo, y por tanto, si bien conocian que Cristo era hijo de Dios, no tenian fé, no creian haber bien por Cristo. Y la otra, que no tienen fé cristiana los que conocen á Cristo por hijo de Dios y creen que ha reconciliado á los hombres con Dios, si no tienen por cierto y firme que ellos son comprendidos en esta reconciliacion, y así se tienen por amigos de Dios y están ciertos de su resurreccion y de su glorificacion.

Quinto, que ha de venir tiempo en el cual los demonios han de ser atormentados por Cristo. Esto entiendo que comenzará á ser en el día del juicio, y entónces entiendo que se cumplirá aquello que dijo Dios, maldiciendo á la serpiente que engañó á Eva: «*ipsum, conteret caput tuum*». Esto se entiende en aquello «*ántes de tiempo*».

Sexto, que los demonios no tienen poder de hacer mal ni aún á los animales brutos, si Dios no se lo consiente, cosa que da mucha satisfaccion á las personas cristianas, certificándose que, pues el demonio no las puede dañar sin la voluntad de Dios, ellas están seguras que, si bien las acometerá para apartarlas de Dios, no las derribará.

Séptimo, que los demonios tienen por oficio hacer mal como quiera que sea; no pudiendo molestar á los hombres, van á molestar á los puercos.

Octavo, que Cristo tiene en poco el daño de la hacienda, pues no curó del daño que padecían los dueños de los puercos; y de aquí entiendo que procede que las personas, que tienen del espíritu de Cristo, no estiman estas cosas exteriores en más de en cuanto les sirven á la sustentacion corporal. Tambien pienso que permitió Cristo el caso de los puercos porque el milagro fuese más evidente y así causase más admiracion.

Nono, que, así como es dulce y sabrosa la compañía de Dios, de Cristo, y de los que son de Dios y de Cristo, á las personas que aman á Dios y á Cristo, así es espantosa y temerosa á los hombres ajenos de Dios y de Cristo. Y no es maravilla, pues por experiencia se ha visto que muchos impíos han perecido por la compañía de los siervos de Dios; de esto dará testimonio Abimelec, el cual hubo mal por la compañía de Abraham, de esto mismo dará testimonio Egipto que fué duramente castigado por causa del pueblo hebreo. Tambien darán testimonio de esto aquellos reyes que fueron echados de la tierra de promision, y dará testimonio de esto Jerusalem, que fué destruida por castigo de la muerte de Cristo, de manera que no es maravilla que estos Gergesenos rogasen á Cristo que se fuese de sus comarcas, temiendo que de su compañía no les viniese algun mal, como con efecto viene

casi siempre mal á los siervos del mundo de la compañía de los siervos de Dios, no por defecto de los que son de Dios, sino por la malicia y malignidad de los que son del mundo, los cuales, ejercitando su impiedad contra los siervos é hijos de Dios, provocan contra sí la ira de Dios, y así son tratados de manera que les valdria más no conocerlos. Y por tanto seria bueno y sano consejo para los hijos del mundo, no empacharse con los hijos de Dios sino hacer, como hicieron estos Gergesenos con Cristo, rogándoles que se aparten de ellos, pero no constriéndolos ni forzándolos á ello, como hicieron estos con Cristo.

Décimo, se entiende aquí que á los hijos de Dios pertenece no contender ni contrastar con los que no los quieren en su compañía, pero apartarse con paz de ellos, como hizo Cristo con estos Gergesenos.

Capítulo IX

Y entrado en la barca, pasó el mar y vino á su ciudad. Y he aquí que le trajeron un paralítico, echado en un lecho. Y viendo Jesus la fé de ellos, dijo al paralítico: Está de buen ánimo, hijo, tus pecados te son perdonados. Y he aquí que algunos de los escribas dijeron entre sí: Este blasfema. Y viendo Jesus sus pensamientos, dijo: ¿Por qué causa vosotros pensais mal en vuestros corazones? ¿Cuál veamos es más fácil, decir: los pecados te son perdonados, ó decir: levántate y camina? Pues, porque sepais que el hijo del hombre tiene potestad sobre la tierra de perdonar los pecados, entónces dice al paralítico: Levántate, toma á cuestras tu lecho y véte á tu casa. Y levantado se fué á su casa. Y viendo esto las gentes, se maravillaron y glorificaron á Dios que da tal potestad á los hombres.

El intento de Cristo en sanar á todo este paralítico, lo muestra San Mateo, poniendo el efecto que resultó de la sanidad, este es que las gentes glorificaron á Dios por la potestad que daba á Cristo. De este caso aprendemos nosotros esto: Primero, que acostumbra Dios hacer bien á unos por la fé de otros, bien que se puede decir que, diciendo «la fé de ellos,» viene tambien á ser comprendido el paralítico.

Segundo, que, si bien en estos, que traian á este paralítico, habia caridad con la fé, dice el evangelista que Cristo tuvo respeto á la fé como á la raiz de donde procedia la caridad, porque es cierto que, si aquellos no creyeran que Cristo podia sanar al paralítico y que lo habia de sanar, no hicieran aquella obra de caridad, trayéndolo á Cristo.

Tercero, aprendemos aquí que tenia Cristo autoridad para perdonar los pecados aún ántes que en él fuesen castigados, y, si ántes, cuánto mejor despues.

Cuarto, vemos en este caso lo que acontece á muchos que van con un intento á hablar á una persona cristiana y alcanzan lo que ellos ni lo pretendian ni lo pensaban, y lo que acontece á todos los que son hijos de Dios, que alcanzan de Dios lo que ellos jamás se habrian sabido imaginar.

Quinto, aprendemos que cuanto los hombres están más llenos de letras sin espíritu, tanto son más temerarios en juzgar, como aconteció á estos escribas, letrados ó teólogos, que, en sintiendo decir á Cristo «tus pecados te son perdonados,» luego en sus ánimos condenaron á Cristo por blasfemo contra Dios, en cuanto segun ellos se usurpaba lo que pertenece á solo Dios, por ser los pecados ofensas hechas contra Dios, y al ofendido toca el perdonar.

Sexto, aprendemos que Cristo conocia los ánimos y los corazones de los hombres, bien que esto ya lo habemos visto. Lo mismo es «pensais mal en vuestros corazones» que: teneis malos pensamientos. La mayor facilidad en el decir «tus pecados te son perdonados» que en el decir «levántate y camina» pienso que la constituyo Cristo en esto que de lo uno se podia ver el efecto y de lo otro no. Es sin ninguna comparacion mayor efecto el perdonar los pecados que el sanar al paralítico, pero tambien es mayor la evidencia del sanar al paralítico que del perdonarle los pecados, y por tanto Cristo, queriendo certificar á los escribas de la remision de los pecados, que era de mayor efecto, sanó al paralítico, que era de mayor evidencia, de manera, que el paralítico hubo la sanidad interior por su fé y la de los que lo trajeron á Cristo, y hubo la sanidad exterior por la murmuracion de los escribas.

Y así la séptima cosa, que aprendemos aquí, es certificarnos de lo que dice San Pablo: «diligentibus Deum omnia cooperantur in bonum,» Rom. 8. Aquello «toma tu lecho» es de considerar. Antes que Cristo lo sanase, era traído en el lecho, y, despues de sanado, él llevaba á cuestras el lecho, la cual cosa hacia que el milagro fuese más ilustre, y así resultó bien lo que añade San Mateo, diciendo que las gentes, que vieron esto, se maravillaron y glorificaron á Dios.

Y pasando Jesus de allí, vió un hombre sentado al banco, llamado Mateo, y dícele: Sígueme; y él levantado lo siguió. Y aconteció que, estando él asentado en casa, he aquí muchos publicanos y pecadores que venidos estaban asentados con Jesus y con sus discípulos. Y viéndolo los Fariseos, dijeron á sus discípulos: ¿Por qué causa vuestro maestro come con publicanos y pecadores? Y oyéndolo Jesus les dijo: No tienen los sanos necesidad de médico sino los enfermos. Andad pues y aprended qué cosa es: misericordia quiero y no sacrificio. Porque no soy venido á llamar justos sino pecadores á reconocimiento.

En la vocacion de San Mateo aprendemos que no hay hombre ninguno tan malo, el cual por la consideracion de sus pecados haya de pensar que está cerrado para él el reino de los cielos. Banco era el lugar adonde se asentaban los que cogían el tributo, alcabala ó pecho, y los que hacian este oficio eran tenidos por infames, y eran llamados publicanos, que eran más que pecadores. En Castilla un tiempo era tenido este oficio por tan infame, que apenas lo hacían sino los judíos.

Considerando á Cristo asentado á comer en la casa del publicano con publicanos y pecadores, se me representa la bondad y misericordia de Dios que traia á aquellos á que holgasen de la compañía de Cristo, al cual los Gergesenos echaron de sus comarcas, espantados y aterrorizados del milagro; y la humildad y mansedumbre de Cristo que, siendo

la misma justicia y la misma puridad, no se avergonzaba de estar asentado con gente de aquella calidad.

Y considerando el escándalo de los Fariseos, se me representa la grandísima diferencia que hay entre los santos del mundo y los santos de Dios. Los santos del mundo, constituyendo su santidad en la opinion que el mundo tiene de ellos, huyen las compañías y las conversaciones de los hombres que tienen mal nombre y mala fama; y los santos de Dios, constituyendo su santidad en la opinion que Dios tiene de ellos, solamente huyen las compañías y las conversaciones que les pueden profanar los ánimos y gastar las costumbres, no curándose de la opinion que el mundo puede tener de ellos. Los santos del mundo, pretendiendo la gloria del mundo, atienden á servir á Dios y á servir al prójimo en cosas que parezcan de fuera, sacrificando y ayudando al prójimo con beneficios corporales; y los santos de Dios, pretendiendo la gloria de Dios, atienden á servir á Dios y á servir al prójimo en cosas interiores, «in sanctitate et justitia», y en el evangelio de Cristo. Los santos del mundo se escandalizan de los que no son como ellos, y los santos de Dios se duelen y compadecen de los que no son santos de Dios. En San Marcos, cap. 2, se entiende que la casa, donde estaba Cristo asentado á comer, era del mismo San Mateo; levantólo Cristo á él del banco y fué á asentarse con él en su casa.

Diciendo Cristo: «no tienen necesidad los sanos» etc., habló segun la opinion que tenían de si los Fariseos, como si dijera: vosotros os teneis por sanos y estos se tienen por enfermos, y por tanto á mí que soy médico, pertenece conversar y platicar con estos y no con vosotros; y añadiendo Cristo: «andad pues y aprended» etc., habló segun la opinion que él tenía de ellos, mostrándoles que por el mismo caso, que murmuraban de él, mostraban no entender aquello que dice Oséa «misericordia quiero» etc., pues les parecia mal que él se ejercitase en la piedad, estando con aquellos publicanos y pecadores, reduciéndolos á que reconociéndose dejasen de ser publicanos y pecadores y fuesen santos y justos, en el cual oficio se ejercita la misericordia, la cual placia, mucho más á Dios en tiempo de la ley que los sacrificios de animales que eran hechos por ordenacion del mismo Dios, y, si esto era así en tiempo de la ley, cuánto más será así en tiempo del evangelio.

En el hebreo por lo que aquí traducimos «misericordia,» está el vocablo que significa tambien piedad, religion y santidad; y es bien saber que, habiendo dicho, el profeta «misericordia», piedad, religion ó santidad, «quiero y no sacrificio,» añade «y conocimiento de Dios más que holocaustos,» adonde yo entiendo que es una misma sentencia repetida con encarecimiento, de manera que sea lo mismo, pero un poco más, el conocimiento de Dios que la misericordia, así como es lo mismo, pero un poco más, el holocausto que el sacrificio, y es así que no puede haber misericordia, piedad ni santidad adonde no hay conocimiento de Dios, porque estas cosas son el efecto del conocimiento de Dios, y es tambien así que no pueden agradar á Dios los sacrificios ni los holocaustos de los hombres que, estando sin ciencia de Dios, sin conocimiento verdadero de Dios, están sin misericordia, sin piedad y sin santidad.

Aquellas palabras de Cristo «porque no soy venido» etc., son terribles contra los santos del mundo, los cuales se tienen por justos delante de Dios, porque son justos delante del mundo, en quanto no hacen cosa por la cual los hombres del mundo los puedan condenar, y no consideran la grandísima distancia que hay entre el juicio de Dios y el juicio de los

hombres; á estos tales, dice Cristo, que no vino á llamar, porque, teniéndose ellos por justos, no abrazan jamás la justicia de Cristo, y dice que vino á llamar á los pecadores á reconocimiento; á que, reconociendo su injusticia, se remitan á la justicia de Dios, y así, dejando de ser pecadores, sean justos, no en su propia estimacion sino en la estimacion de Dios que los considera no por lo que son en sí, sino por lo que son en Cristo.

Aquí me place avisar á todo hombre cristiano que por una parte trabaje por vivir de tal manera entre los hombres del mundo que su cara descubierta les pueda decir con Cristo: «Quis ex vobis arguet me de peccato?», y que por otra parte se guarde como del fuego de entrar en fantasía de pretender por esto ser justo delante de Dios, ni aún ser estimado justo ni perfecto en opinion de los hombres, y mucho ménos de aquellos que han de ser edificados y aprovechados con su doctrina y conversacion, no dando oídos á la prudencia humana cuando le dirá que es bien que encubra sus defectos, porque no pierda el crédito con aquellas personas á las cuales enseña, porque debajo de este zelo está veneno. Es el ánimo humano arrogantísimo y, por mucho que sea humillado, tiene necesidad de humillarse más, y no hay cosa que más nos humille que ver que otros saben nuestros defectos, y por tanto los santos no se han avergonzado de publicar los suyos, como San Pablo que publicaba que era tentado de apetito carnal despues de haber sido arrebatado hasta el tercer cielo.

Entónces vienen á el los discípulos de Juan, diciendo: ¿Por qué causa nosotros y los Fariseos ayunamos mucho, y tus discípulos no ayunan? Y díjoles Jesus: No pueden llorar los hijos del esposo miéntras está con ellos el esposo, pero vendrán dias cuando les será quitado el esposo, y entónces ayunaran. Y ninguno echa remiendo de paño nuevo en vestidura vieja, porque su remiendo quita de la vestidura, y la rotura viene á ser peor; ni echan vino nuevo en odres viejos, y si no, rómpense los odres, y el vino se derrama y los odres se pierden; pero echan vino nuevo en odres nuevos, y todos dos se conservan.

Apenas habia Cristo respondido á una calumnia, cuando es acometido con una duda que daba fastidio á los discípulos de San Juan, los cuales, viendo la libertad con que vivian los discípulos de Cristo, libres de aquellos ayunos ceremoniosos de que veian cargados á los Fariseos y de que tambien ellos estaban cargados, y maravillándose que Cristo dejase en aquella libertad á sus discípulos, le preguntan la causa de ello, no con ánimo maligno como era el de los Fariseos, sino con ánimo simplice y puro; y así Cristo no les responde como á los Fariseos, pero dáles cuenta de sí en lo que le preguntan.

Adonde entendemos que á las personas cristianas las cuales por el ordinario ó son calumniadas de los santos del mundo ó vienen en suspicion en la opinion de los que, comenzando á ser santos de Dios, tienen aún resabios de santos del mundo, pertenece quebrar los ojos con la santa escritura á los santos del mundo y dar razon de sí á los santos de Dios imperfectos, á los que no vienen con malicia sino con sinceridad.

Cuanto al ayuno, ya está dicho arriba que el ayuno hebreo era una afliccion que duraba por todo un dia, como consta, Joel 2, y consta tambien por lo que aquí dice Cristo «no pueden llorar,» como que sea lo mismo llorar que ayunar. Cuanto á la respuesta de Cristo,

quién la juntará con lo que refiere San Juan el evangelista en nombre del bautista, diciendo: «qui habet sponsam, sponsus est», juzgará que fué convenientísima cosa que, hablando Cristo con los discípulos de San Juan, se llamase esposo, pues el mismo San Juan lo llamaba así. Es Cristo esposo porque tiene esposa, esta es la iglesia que él ha adquirido con su sangre, lavándola y alimpiándola en ella, con ella y por ella, poniendo ella la fé con que cree que es esposa de Cristo, que está limpia, y lavada con la sangre de Cristo, el cual tomó sobre sí toda la suciedad de su esposa, y muriendo en la cruz se libró de ella, y así la esposa queda limpia y el esposo limpieísimo. Los hijos de este matrimonio somos los que creemos y creyendo gozamos de la limpieza de la esposa de Cristo, siendo nosotros propios la esposa. Estos no pueden ayunar, estar en lloro, en llanto ni en tristeza, mientras que Cristo está con ellos y ellos están con Cristo, pero, partido Cristo de con ellos, entonces ayunan de verdad y á su despecho.

Esto fué así á la letra en los discípulos de Cristo, los cuales, mientras tuvieron la presencia corporal de Cristo, no tuvieron cosa que les causase dolor ni tristeza, como lo afirma el mismo Cristo adonde dice: «Numquid aliquid defuit vobis?» Luc. 22, y despues que perdieron la presencia corporal de Cristo, les vinieron los trabajos, las tristezas y los dolores causados por las persecuciones, con los cuales, si bien interiormente se gozaban, no dejaba la carne de dolerse y de entristecerse. Esto mismo es así en todos los que son discípulos de Cristo: mientras está Cristo con ellos, haciéndoles sentir su presencia, no puede entrar en ellos tristeza ninguna; apartado Cristo de ellos, en no sintiendo la presencia de Cristo, luego se entristecen, ántes no puede entrar alegría en ellos. Tambien es esto así siempre que, mientras los que son discípulos de Cristo están con Cristo y Cristo está con ellos, no ayunan el ayuno ceremonioso ni usan de las otras ceremonias que son semejantes á esta, pero cuando, descuidándose ellos de Cristo, se aparta Cristo de ellos, luego ellos se van al ayuno y á las otras ceremonias, segun que más largo lo he tratado en una respuesta.

Queriendo Cristo aun satisfacer más á los discípulos de San Juan, dice «y ninguno echa remiendo» etc., como si dijese: y por la misma causa que no se acostumbra remendar con paño nuevo la vestidura vieja, por el inconveniente que se sigue, en cuanto, no pudiendo el paño viejo de la vestidura resistir á la fuerza del remiendo de paño nuevo, viene á ser que se arranca y así se hace mayor la rotura ó el agujero de la vestidura, no acostumbro yo enseñar á los Fariseos ni á los que no son mis discípulos á que no ayunen por el inconveniente que se seguiria, en cuanto, no pudiendo con las costumbres viejas de pretension de santidad estar la nueva doctrina que es propia de los que son mis discípulos, vendria á ser que de supersticiosos y ceremoniosos tornarian viciosos y licenciosos.

Conformándome con esto, acostumbro yo muchas veces decir que no se ha de proponer la doctrina del vivir cristiano y espiritual sino á los que, habiendo aceptado el indulto y perdon general que publica el evangelio, comienzan á dar señal de sí, mostrando que la fé es eficaz en ellos, como es en todos los que creen por inspiracion y divina revelacion. Diciendo «quita de la vestidura,» entiende que, arrancándose el remiendo nuevo, lleva tras sí aquello que tomaba la costura del paño viejo.

No contentándose Cristo con lo dicho, porque queria enviar muy satisfechos á los discípulos de San Juan, añade «ni echan vino nuevo» etc. Adonde entiendo que todos los que somos discípulos de Cristo somos odres nuevos, en cuanto somos regenerados y

renovados por espíritu santo, y entiendo que son cueros viejos todos los que, estando fuera de esta regeneracion y renovacion, pretenden piedad. Tambien entiendo que es vino nuevo la doctrina del vivir cristiano y espiritual, la cual comenzó en el mundo desde Cristo, y entiendo que es vino viejo la doctrina del vivir moral y del vivir legal. Y así entiende Cristo que no doctrinaba á los que no eran sus discípulos como á sus discípulos, porque se perderian la doctrina y los doctrinados, y concluye que, así como el vino nuevo está bien en odres nuevos, así la doctrina del vivir cristiano, que es nueva, está bien en personas regeneradas y renovadas por espíritu santo, las cuales conservan la doctrina y son conservados con la doctrina. Diciendo «y si no,» entiende: y si no lo hace así, y si lo hace de otra manera. Y odres es lo mismo que cueros.

Hablándoles él estas cosas, he aquí un príncipe que viniendo lo adoró, diciendo: Mi hija es muerta ahora, pero ven y pon tu mano sobre ella y vivirá. Y levantado Jesus lo siguió y sus discípulos. Y he aquí que una mujer, que habia doce años que tenia flujo de sangre, llegando por detras, tocó la fimbria de su vestidura, porque decia, entre sí: Si tan solamente tocaré á su vestidura, seré libre. Y Jesus volviendo y viéndola dijo: Está de buen ánimo, hija, tu fé te ha librado. Y fué libre la mujer desde aquella hora. Y venido Jesus á la casa del príncipe y viendo los tañedores y la gente que hacia ruido, les dice: Andad, íos, no es muerta la doncella, pero duerme. Y refíanse de él. Y siendo echada la gente y entrado él dentro, le tomó la mano, y la doncella se levantó. Y salió esta fama por toda aquella tierra.

Todos estos dos milagros nos enseñan el valor de la fé, que alcanza tanto de Dios cuanto le basta á creer que alcanzará. Creyó el príncipe que, si Cristo tocaba la mano de su hija, resuscitaria, y, tocando Cristo la mano de su hija, resucitó; creyó la mujer que tenia el flujo de sangre, tantos años habia, que, si tocaba á la fimbria ú orilla de la vestidura de Cristo, luego sanaria, y, en tocando á la fimbria de la vestidura de Cristo, luego sanó.

Adonde considerarán las personas cristianas que, pues fué así que estos tanto alcanzaron de Cristo cuanto creyeron, que alcanzarian aún de aquellas cosas que eran como accesorias en la venida de Cristo, tambien será así que tanto alcanzarán ellas de Cristo y por Cristo, cuanto creerán que han de alcanzar, y tanto más cuanto que el intento de la venida de Cristo fué á darles lo que ellas creen haber por Cristo, esto es inmortalidad y vida eterna, de lo cual tienen larguísimos prometimientos de parte de Dios.

Este príncipe, como consta por San Marco y San Lúcas, era príncipe ó señor de una de las sinagogas de aquella tierra, adonde se congregaban los judíos. Cuanto á la adoracion, ya está dicho en el capítulo precedente. El caso de esta mujer lo cuentan más particularmente los otros evangelistas. Aquellas palabras de Cristo «está de buen ánimo, hija,» tienen intento á confirmar la fé de la mujer; y diciendo Cristo «tu fé te ha librado,» parece que pretendió quitar á la mujer la opinion que pudiera tener que el tocar á la fimbria de la vestidura de Cristo la habia sanado, á fin que, estando cierta que no la habia sanado sino la fé con que habia tocado, atribuyese su sanidad no al tocar sino á la fé con que tocó.

Y aquí entiendo que los santos hebreos, que se justificaban obrando lo que mandaba la ley, no atribuían su justificación á sus obras sino á la fé con que creían ser justos obrando, segun que lo he tocado en una consideración. Aquello «los tañedores» etc., era de la costumbre de aquellos tiempos. Aquello «y reíanse de él» acontece cada día, en cuanto los que, aunque con las bocas confiesan otra vida, no la creen en sus corazones, siempre se burlan y rien de los que, incorporados en Cristo, teniéndose por muertos y por resucitados en él, comienzan á vivir en la vida presente como resucitados con la puridad y sinceridad que han de vivir en la otra vida; y los que se burlan y se rien de estos, tengan por cierto que se burlan y se rien de Cristo, y los que son burlados y escarnecidos tengan por cierto que son miembros de Cristo, y sepan cierto que Dios los tiene por muertos, por resucitados y por glorificados en Cristo y por Cristo.

Y partido de allí Jesus, lo siguieron dos ciegos, gritando y diciendo: ¡Compadécete de nosotros, hijo de David! Y venido á la casa, se fueron á él los ciegos, y díceles Jesus: ¿Creeis que puedo hacer esto? Dícenle: Sí, Señor. Entónces les tocó los ojos, diciendo: Segun vuestra fé sea hecho á vosotros; y abriéronseles los ojos. Y amenazólos Jesus, diciendo: Mirad, no lo sepa ninguno. Y ellos partidos lo divulgaron á él por toda aquella tierra.

En el caso de estos dos ciegos es digno de consideración que, queriéndolos Cristo sanar, no les pregunta si han vivido bien ni si han hecho buenas obras ni les manda que las hagan, preguntándoles solamente si creen, si tienen fé, y así les da la sanidad conforme á su fé. Adonde considero que, así como las obras que obraba la fé en estos ciegos eran irse tras Cristo, dando voces y demandándole sanidad, así las obras que obra la fé en los que, creyendo en Cristo, pretendemos alcanzar inmortalidad y vida eterna por Cristo, son irnos tras Cristo, dando voces y demandándole inmortalidad y vida eterna. Y en el ir tras Cristo incluyo y encierro el imitar á Cristo, el vivir como vivió Cristo. Y en el dar voces incluyo y encierro la continúa oración, la cual es tan anexa al ir tras Cristo que nunca se apartan de compañía. Los que pretenden alcanzar inmortalidad y vida eterna por sus obras, no van voceando tras Cristo, y así su vivir no es semejante al de Cristo, ni sus oraciones son oraciones cristianas, no estando fundadas en Cristo.

Amenazando Cristo á los ciegos que no dijese que él los había sanado, no pretendió que no lo dijese sino que lo dijese más, como he dicho en el capítulo precedente sobre el leproso. Conocía bien Cristo la natural condición de los hombres, que somos inclinados á hacer lo que nos es prohibido, y por tanto, cuando quería que una cosa se supiese, decía que no se dijese, y salióle segun su intento. Es bien verdad que, no obedeciendo estos á Cristo, no entiendo que pensaban hacer mal, ántes entiendo que pensaban hacer bien, mostrándose agradecidos del beneficio que recibían, no curando de lo que Cristo les mandaba, porque creían que era por modestia y no porque él en la verdad no holgase que se dijese. Y aunque esto es así, viendo que al fin hacían estos el contrario de lo que Cristo les mandaba, ya no sé, qué responderán á esto los que quieren que Cristo sanase primero los ánimos de aquellos, á los cuales sanaba los cuerpos, diciendo «lo divulgaron,» entiendo que

divulgaron á Cristo, publicando quién era.

Y partidos ellos, he aquí le trajeron un hombre mudo y endemoniado. Y echado el demonio, habló el mudo, y maravilláronse las gentes, diciendo: Nunca ha sido visto tal en Israel. Y los Fariseos decían, en virtud del príncipe de los demonios echa los demonios.

Tres cosas notables intervinieron en este milagro: la primera, que, librado que fué el hombre del demonio, se le desató la lengua, y habló; la segunda, la admiracion que este caso puso en las gentes; y la tercera, la calumnia de los Fariseos, santos del mundo. Estas mismas tres cosas entrevienen siempre que Dios por su espíritu santo saca á un hombre del reino del mundo, librándolo de la tiranía del demonio y lo trae al reino de Dios, poniéndolo en la libertad cristiana, y es así que á este tal luego se le desata la lengua y comienza á hablar cosas espirituales y divinas. La cual cosa causa grande admiracion en las gentes que ven lo que pasa, y mueve á los santos del mundo á que, calumniando aquella obra de Dios, pretendiendo piedad, persigan al que Dios ha librado, diciendo que no ha sido obra de Dios sino del demonio. Por aquello «nunca se ha visto tal en Israel» parece bien la majestad y autoridad con que Cristo hacia estas cosas.

Y andaba Jesus por todas las ciudades y las aldeas, enseñando en sus sinagogas y predicando el evangelio del reino y curando toda enfermedad y toda dolencia en el pueblo. Y viendo á las gentes, se compadeció de ellas por causa que estaban desamparadas y descarriadas como ovejas que no tienen pastor. Entonces dice á sus discípulos: La mies cierto es mucha y los obreros pocos; rogad pues al señor de la mies que eche obreros en su mies.

Tres cosas dice San Mateo que hacia Cristo miéntras andaba por las ciudades y aldeas de Judea, la una enseñar y la otra predicar y la otra obrar obras de caridad. Adonde entiendo que predicaba Cristo el evangelio del reino, quiero decir la buena y alegre embajada de la cercana venida del reino de los cielos, que es reino de Dios, el cual entiendo que comenzó en la venida del espíritu santo y se manifestará á la descubierta en la segunda venida de Cristo. Tambien entiendo que enseñaba Cristo el vivir segun el deber de la ley que entónces vivia, y segun el deber del reino de los cielos que se esperaba. Aquello «y viendo á las gentes» parece que no depende de lo precedente. Y la compasion, que aquí tuvo Cristo de los hombres, la tienen todos los verdaderos miembros de Cristo cuando los consideran así desamparados y descarriados, como están las ovejas cuando no tienen pastor que las recoja y abrigue.

Diciendo Cristo á sus discípulos «la mies es mucha» etc., llama mies á los que ha comparado á las ovejas, y con efecto es así que los que pertenecen al reino de Dios son ovejas en cuanto siguen á Cristo como á pastor, y son mies en cuanto, así como la mies es puesta en las trojes del señor, así ellos son puestos en posesion del reino de Dios, la cual continúan en la vida eterna. Diciendo Cristo «rogad pues al señor de la mies» etc., nos

enseña que Dios quiere ser rogado aún en las cosas que él tiene determinadas y aún en aquellas cosas con que es ilustrada su gloria y que á nosotros toca rogárselas. Obreros para coger la mies de Dios entiendo que son los que son enviados de Dios á predicar el evangelio y á enseñar el vivir cristiano, y por esto dice «que eche;» los que no son echados ó enviados por Dios entre los hombres para este efecto, si bien predicán el evangelio y enseñan el vivir cristiano, no son obreros de Dios. Y aquí entiendo la causa porque, siendo también hoy la mies mucha y habiendo al parecer muchos obreros porque hay muchos predicadores que tienen en las bocas al evangelio y á Cristo, hacen poquísimo fruto, entendiéndolo que no son obreros de Dios sino de hombres, y por tanto pertenece á ellos aquello que dice Dios por el profeta: Non mittebam profetas et ipsi currebant.

Capítulo X

Y llamando á sus doce discípulos, les dió potestad contra los espíritus sucios para que los echasen y para sanar toda enfermedad y toda dolencia. Y los nombres de los doce apóstoles son estos: primero Simon, el llamado Pedro, y Andres, su hermano; Jacobo, el del Zebedeo, y Juan, su hermano; Filipe y Bartolomé; Tomas y Mateo, el publicano; Jacobo, el del Alfeo, y Lebeo el que tiene por sobrenombre Tadeo; Simon el Cananeo y Judas Iscariote, el que lo vendió.

De haberse compadecido Cristo de las gentes y de ver que la mies era mucha, parece haberse movido á enviar á los apóstoles como obreros á que predicasen. Adonde noto la majestad de Cristo en dos cosas: la una, en que es él el que envía obreros á la mies de Dios, cosa que pertenece á solo Dios, y la otra, en que á estos obreros que envía les da la potestad de hacer milagros, cosa que también pertenece á solo Dios. De muchos leemos que han hecho milagros, y de solo Cristo leemos que ha dado poderío de hacer milagros.

Adonde entiendo que lo que, estando Cristo corporalmente en el mundo, hizo aquí corporalmente, lo hace espiritualmente, estando en espíritu en el mundo. Y es así que espiritualmente envía obreros á la mies de Dios, á los cuales da poderío espiritual de sacar con sus palabras á los hombres de la tiranía del demonio que es espíritu sucio, y ponerlos en la libertad cristiana y de sanar todas las enfermedades y dolencias interiores; y los que hacen estos efectos evidentes son apóstoles de Cristo y obreros de Dios; los que no los hacen no son lo uno ni lo otro. Quien querrá entender las significaciones de los nombres de los apóstoles y por qué causa fueron doce y por qué están unos primero que otros, podrá leer en otras escrituras.

A estos doce envió Jesus, ordenándoles diciendo: No ireis por camino de gentiles ni entrareis en ciudad de Samaritanos, ántes id á las ovejas perdidas de la casa de Israel, y yendo predicad diciendo: Cercano está el reino de los cielos. Sanad enfermos, alimpiad leprosos, resucitad muertos, echad demonios. De balde lo habeis tomado, de balde lo dad.

Por estas palabras consta clarísimamente que no todas las cosas, que dijo y ordenó Cristo, ni aún á sus discípulos, pertenecen á nuestros tiempos, pues es así que, si lo que aquí dice «no ireis por el camino» etc., perteneciera más que por el tiempo en que se dijo, no fuera lícito á los apóstoles ir á predicar el evangelio á los de la gentilidad despues de la venida del espíritu santo. Es menester llevar grandísimo tino en la eleccion de los evangelios para ver qué cosas son dichas solamente para aquellos tiempos, y qué cosas para todos tiempos, y qué cosas son dichas á personas cristianas y qué cosas á personas ajenas de Cristo, porque el que desatinará en esto, cairá en grandes inconvenientes. Háse pues de entender aquí que por la misma causa que quería Cristo que, viviendo él, la ley fuese en todo y por todo respetada y guardada, como habemos visto en el cap. 5, quería que, viviendo él, no fuese predicado el evangelio á los gentiles ni á los samaritanos sino solamente á los hebreos á los cuales particularmente había sido prometido.

Adonde dice «envio,» en el griego está el vocablo del cual es derivado el nombre de apóstoles. Diciendo «no ireis por camino» etc., entiende: no vais á predicar á los gentiles; y diciendo «ni entrareis en ciudad» etc., entiende: ni ireis tampoco á predicar en ninguna ciudad de samaritanos, los cuales ni bien eran gentiles ni bien eran judíos. Diciendo «mas id ántes á las ovejas» etc., entiende: pero ireis á predicar entre los judíos, adonde entiendo que llama Cristo ovejas perdidas etc. á los israelitas que, estando predestinados para la vida eterna, eran ovejas de Dios, pero andaban perdidos buscando y procurando justificarse por sus obras. Ordenando Cristo á sus discípulos que predicando dijesen «cercano está el reino de los cielos,» nos enseña á nosotros que, cuando seremos inspirados á predicar, prediquemos el reino de los cielos, no diciendo «cercano está,» como decían los apóstoles por órden de Cristo, porque aún el reino no era venido, no siendo venido aún el espíritu santo, pero diciendo: ya es venido el reino de los cielos.

Adonde entiendo que es lo mismo predicar el reino de los cielos que predicar en que manera huelga ya Dios de regir y gobernar no á un pueblo solo, como ántes que Cristo reconciliase á los hombres con Dios, ni con ley escrita, como ántes que fuese la ley cumplida en Cristo y por Cristo, sino á todos los pueblos del mundo y con su espíritu santo solamente que, aceptando ellos la gracia del evangelio, se entren en el reino de los cielos, descuidándose de sí mismos, renunciando el gobierno de la prudencia humana y posando todo su cuidado en Dios, remitiéndose á su regimiento y á su gobierno.

Y aquí me parece sentir que es llamado reino de los cielos este reino de Dios porque es divinísimo y perfectísimo, así como llamamos celestiales y del cielo á las cosas perfectísimas, de manera que sea lo mismo reino de los cielos que reino celestial, divinísimo, espiritualísimo y perfectísimo. Habiendo Cristo ordenado á sus discípulos qué es lo que habian de predicar, les ordena qué es lo que habian de obrar, diciendo: sanad enfermos, etc. Adonde se ha de notar qué obras son las que pertenecen al predicador del evangelio, las cuales no las hace él sino el espíritu de Dios en él; y tengo por cierto que al don de apostolado es anexo este obrar por espíritu santo, ó juntamente en los cuerpos y en los ánimos, como era en la primitiva iglesia, ó solamente en los ánimos, como ha sido y es despues acá.

Aquello «de balde lo habeis tomado» etc., pertenece á quitar el avaricia de los ánimos de los apóstoles, los cuales pudiera ser que, engañados por la prudencia humana, se persuadieran que era bien tomar de los ricos, á quien daban sanidad, para dar á los pobres, la cual cosa diera mal nombre al evangelio; y pretendiendo Cristo remediarlo, dice: pues de balde y graciosamente habeis recibido de Dios este don de hacer estas cosas milagrosas, comunicadlo de balde y graciosamente con los que lo comunicareis, no tomando premio ninguno por ello. Adonde no se ha de entender que prohíbe Cristo el tomar de los que han aceptado el evangelio, para dar á los que padecen necesidad entre los que tambien lo han aceptado, como consta que lo hacia San Pablo, sino que no se tome como por premio de lo que se da, ni tome para sí el que da.

No poseereis oro ni plata ni metal en vuestras cintas, ni alforja por el camino, ni dos vestiduras ni zapatos ni bordon. Porque digno es el obrero de su manjar, y en cualquiera ciudad ó aldea que entrareis, pesquisad quién es en ella digno, y allí os estad hasta que os partais.

Porque cuanto el ánimo del hombre está más libre del cuidado de las cosas corporales y exteriores, tanto mejor puede atender á las cosas espirituales é interiores, y cuanto más conoce por propia experiencia que, descuidándose él de sí y posando todo su cuidado en Dios, no le deja Dios padecer necesidad, tanto más confía en Dios, aprendiendo por estas cosas corporales lo que se puede prometer de Dios en las cosas espirituales: queriendo Cristo que los que él enviaba á predicar su evangelio atendiesen solamente á él, desembarazándose de las cosas del mundo, y que aprendiesen por propia experiencia lo que se podian prometer de él, les ordenó que no llevasen cosa que les pudiese ser impedimento, porque fuesen libres y desembarazados, ni en que pudiesen asirse á poner su confianza, porque la pusiesen solamente en él. Y así entiendo que pretendió Cristo dos cosas en esto: la una, que sus discípulos fuesen desembarazados, y la otra, que aprendiesen á confiar en él y á depender de él. Por oro, plata y metal entiende dineros de oro, de plata y de metal; y diciendo «en vuestras cintas,» entiende: en vuestras bolsas, porque los antiguos traían las bolsas en las cintas.

No quiere que lleven alforjas, porque no quiere que se provean de un lugar para otro. No quiere que lleven dos sayos ó capas, porque no quiere que piensen en lo que han de vestir, cuando habrán rompido lo que llevan vestido. No quiere que lleven zapatos, porque se pueden pasar sin ellos y así van más desembarazados. Y por la misma causa entiendo que no quiere que lleven bordon, vara ó baston. Y porque le pudieran decir los discípulos: Pues ¿de qué viviremos? él responde diciendo: «digno es el obrero de su manjar» ó el jornalero de su jornal. En aquello «y en cualquiera ciudad ó aldea» etc., les ordena dos cosas: la una, que busquen la posada del más hombre de bien que haya en el lugar adonde entrarán y que posen allí, y la otra, que no sean inconstantes, mudando posadas, porque es nota de ligereza.

A quien me preguntase si quiso Cristo entender que fuesen así propio sus discípulos como aquí ha dicho, y si quiere Cristo que los predicadores del evangelio vayan así, le responderia, cuanto á los discípulos de Cristo: que tengo por certísimo que á la letra fueron

así, porque así lo muestra Cristo adonde dice «quando misi vos» etc.; y quanto á los predicadores: que tengo por certísimo que los que, sufriendolo sus complexiones, pudiesen ir como fueron los discípulos de Cristo, lo acertarian, y aún creo y tengo por firme que en ello ganarian mucho cuando su intento fuese ir muy desembarazados é ir á merced de Dios, confiando en solo Dios que, pues no falta á las aves del cielo ni falta á los lirios del campo, tampoco les faltará á ellos.

A alguno podria parecer extraño que ordenase Cristo á sus discípulos que no llevasen dineros para el camino, no haciéndolo él así, como consta que Judas tenia los dineros que le eran dados, y como consta que llevaba Cristo tras sí mujeres que de sus haciendas le hacian la costa; y no le parecerá extraño, si considera que Cristo no tenia la necesidad de ser ejercitado en la fé, que tenian los discípulos que eran imperfectos, ni tenia Cristo necesidad de desembarazarse de las cosas exteriores y corporales para atender á las interiores y espirituales, como la tenian los discípulos que eran imperfectos. Y así entiendo que, quanto uno es más imperfecto, tanto tiene más necesidad de seguir el órden que Cristo daba á sus discípulos, con tanto que no piense que la perfeccion consiste en no llevar dinero con todo lo demas, y que atienda á conseguir el fin para que le es ordenado que no los lleve.

Tambien podrá decir algun otro: Pues como habemos visto en lo pasado, Cristo platicaba con publicanos y con pecadores ¿por qué causa ordena á sus discípulos que hagan lo contrario, ordenándoles que pesquisen cuáles son los más hombres de bien y que posen en sus casas? Y á esto se puede responder que á Cristo no le podia dañar la conversacion de los publicanos ni de los pecadores, ni en profanarle el ánimo ni en corromperle las costumbres, y que á los apóstoles, que eran imperfectos, podia dañar en lo uno y en lo otro, y que por tanto Cristo les manda y ordena que se alleguen á personas de buena fama, porque estas no los harian daño ni en lo uno ni en lo otro. Los santos del mundo, como está dicho arriba, huyen las conversaciones de los hombres profanos y malos, porque el mundo no los juzgue á ellos por profanos y malos; y los santos de Dios solamente huyen las tales conversaciones cuando están á peligro de gastar con ellas sus ánimos o sus costumbres, no curándose del juicio del mundo cuando no están á este peligro, como vemos que hacia Cristo, porque del todo estaba fuera de este peligro.

Entrados pues en la casa, saludadla; y, si será la casa digna, venga vuestra paz sobre ella, y, si no será digna, vuestra paz se torne á vosotros. Y el que no os recibirá ni oirá vuestras palabras, salidos de aquella casa ó de aquella ciudad, sacudid el polvo de vuestros piés. Dígoos de verdad que será mas tolerable el mal á la tierra de los de Sodoma y de Gomorra en el dia del juicio que á aquella ciudad.

La salutacion es lo mismo que una breve oracion en la cual rogamos á Dios por aquella ó aquellas personas á quien saludamos. La ordinaria salutacion que usaban los hebreos era decir: Paz á tí; y debajo de este nombre paz entendian mucha felicidad y prosperidad. Sabido esto, se entiende que ordenaba Cristo á sus discípulos que al tiempo que entrasen en la casa que pesquisando habrian entendido que era digna, que la saludasen con la ordinaria salutacion. Y añade «y si será la casa digna» etc., como prometiéndoles que su oracion seria

oída en caso que la fama de aquella casa fuese verdadera, y que, en caso que no fuese verdadera, les daría Dios á ellos lo que había de dar á aquella casa.

Y añadiendo Cristo «y el que no os recibirá» etc., les ordena que, cuando, informados de la bondad de uno por su fama, se irán á posar en su casa, y el tal hombre no los querrá recibir ó recibéndolos no querrá oír la predicación evangélica, que no estén más allí; y entiende lo mismo de una ciudad o aldea que de una persona particular. Y háse de notar que, para que los discípulos estuviesen en una casa ó en una ciudad, no bastaba que fuesen recibidos, siendo necesario que fuesen también oídos. El día de hoy hay muchos que reciben á los discípulos de Cristo y hay pocos que oyen sus palabras, porque no las oyen sino los que aceptan en sus corazones la buena nueva que les traen, intimándoles el indulto y perdón general por la justicia de Dios ejecutada en Cristo.

El sacudir el polvo de los pies debiera ser ceremonia hebrea, cuando querían mostrar la impiedad de aquellos adonde eran entrados. Aquella amenaza con juramento «dígoos de verdad que será» etc., es terribilísima contra aquellos hombres que oyen el evangelio y no lo aceptan y reciben; y si es terribilísima contra estos, ¿qué tal será contra los que contradicen al evangelio y lo persiguen? Si los hombres mirasen lo que hacen cuando se ponen á contradecir y perseguir una cosa con achaque de religión, soy cierto que irían más recatados que por el ordinario van.

Veis aquí que yo os envío como ovejas en medio de lobos. Sed pues prudentes como serpientes y sinceros como palomas, y guardaos de los hombres, porque os entregarán á concilios y en sus sinagogas os azotarán, y á gobernadores y reyes sereis llevados, por mi causa, por testimonio á ellos y á las gentes. Pues cuando os entregarán, no penseis cómo ó qué hablareis, porque en aquella hora os será dado qué habléis, porque no sois vosotros los que hablan, pero el espíritu de vuestro padre es el que habla en vosotros.

A los discípulos compara Cristo á ovejas no en sus mandras sino en medio de los lobos; estos son todos los hombres del mundo, mientras son hombres del mundo no regenerados por el evangelio de Cristo. Y es bien á este propósito una consideración que me acuerdo haber escrito, mostrando como todos los hombres son como leones y tigres, pero atados con cadenas de la honra, del temor y de la conciencia. Y dando Cristo á sus discípulos las propias armas con que defenderse de los hombres, les dice «sed prudentes» etc., como si dijese: y pues es así que vais entre los hombres del mundo como van las ovejas entre los lobos, advertid de ser semejantes á las serpientes en la prudencia, no dejándoos jamás engañar de sus palabras ni de sus persuasiones, en las cuales todas siempre tendrán intento á hacer que dejéis de ser ovejas y seáis lobos como son ellos; y advertid de ser semejantes á las palomas en la sinceridad y simplicidad.

Quiere Cristo que de tal manera usen sus discípulos de la prudencia serpentina, cuanto á guardarse de los hombres del mundo, que no vengan á tener costumbres serpentinadas, y por tanto les avisa que con la prudencia serpentina tengan la sinceridad columbina, no dejándose engañar y no engañando, defendiéndose del mal y no ofendiendo, etc. De la prudencia de la serpiente me basta saber esto que en figura de serpiente engañó el diablo á

los primeros hombres, y de la sinceridad de la paloma me basta saber esto que en figura de paloma vino el espíritu santo sobre Cristo, como habemos visto en el cap. 3.

Diciendo «y guardáos de los hombres» etc., se declara más en lo que ha dicho, como si dijese: dígoos que hagais cuenta que vais como ovejas entre lobos y que os apereibais de prudencia serpentina y de sinceridad columbina; porque sabed que todos los hombres os son enemigos, no os fieis de ninguna manera de ellos, ni aún cuando se os mostrarán muy amigos, porque entónces os dañarán más. Y que esto sea así lo vereis por experiencia cuando contradiciendo á vuestra predicacion os perseguirán, y presos os entregarán á concilios y os azotarán en sus sinagogas, y no contentos con esto os presentarán á gobernadores y reyes, haciendo el último de potencia por quitaros las vidas.

Adonde entiendo que habló Cristo como en el tiempo que habló, en el cual tiempo habia en Judea concilios, que eran los tribunales de los romanos, y habia sinagogas, que eran las casas adonde se ayuntaban los judíos á sus lecciones y predicaciones, y habia reyes y habia gobernadores ó presidentes. Y diciendo «en sus sinagogas,» muestra Cristo que eran judíos los que habian de hacer esto contra sus discípulos, como con efecto lo fueron en aquel principio de la predicacion del evangelio, al cual tiempo refiero yo estas palabras, porque no leo que viviendo Cristo los discípulos fuesen tratados de esta manera, ántes leo todo lo contrario.

Aquello «por mi causa» parece dicho como por mitigar el dolor de la persecucion, el cual con efecto se hace tolerable cuando el hombre considera que es perseguido por Cristo. Diciendo «por testimonio á ellos y á las gentes,» entiende que la persecucion de los discípulos de Cristo será en el día del juicio como un testimonio de la impiedad de los judíos que los habrán perseguido y de los gentiles que habrán sido ejecutores de la persecucion de los judíos.

Aquello «pues cuando os entregarán» etc., pertenece tanto para consolar á los discípulos con la consideracion que, si los hombres les serán contrarios y enemigos, que Dios será en su favor y les ayudará con su espíritu santo, cuanto para reducir á los discípulos á que tambien en esto mortifiquen sus discursos humanos, no pretendiendo defender la predicacion del evangelio con razones humanas ni con argumentos humanos, remitiendo la defension á lo que en aquel punto Dios les dará que decir, haciendo que el espíritu santo hable en ellos, de manera que sus palabras no sean suyas sino del espíritu santo. De estas palabras de Cristo se colige esto:

Primero, que los discípulos de Cristo se han de persuadir que están entre los hombres del mundo como ovejas entre lobos; y los que no tienen esta persuasion, no pueden guardar el decoro cristiano, el deber de discípulos de Cristo.

Segundo, que se han de armar con prudencia serpentina contra las persuasiones de los hombres, y de sinceridad columbina contra los ímpetus de sus afectos y apetitos humanos; y los que no están armados de esta manera, es imposible que perseveren en la escuela de Cristo.

Tercero, que han de tener á todos los hombres por enemigos, no para tratarlos como á enemigos, sino para guardarse de ellos como de enemigos, huir y guardarse de dar ni tomar con ellos; y los que no harán esto así, serán forzados á apartarse muchas veces del decoro cristiano. Y hombres son (como he dicho) todos los que no son regenerados por el evangelio, todos los que no son discípulos de Cristo.

Cuarto, que han de poner fin á la ambicion y á la gloria del mundo, holgándose que el mundo los maltrate y los persiga como á malos y perversos, no siéndolo, teniendo por cierto que todo esto es anexo á los que entran en la escuela de Cristo; y los que no estarán en esta resolucion, fácilmente serán apartados de la escuela de Cristo.

Quinto, que han de tener tan mortificada su razon y prudencia humana, que no se piensen servir de ella por ninguna manera para defenderse en el negocio cristiano ni para defender la predicacion del evangelio, estando remitidos á lo que al tiempo de la defension el espíritu santo les dará que decir; y los que no harán esto así, forzadamente vendrán á decir cosas ajenísimas de Cristo y del evangelio de Cristo, con las cuales más presto ofenderán á sí mismos, á Cristo y al evangelio que lo defenderán.

Y no cabe decir que el vocablo griego por lo que aquí dice «penseis» significa pensar con solicitud, porque si es así que no han de hablar sino lo que en aquella hora el espíritu santo les dará que decir, ¿de qué sirve el pensar aunque sea sin solicitud? En efecto, quiere Cristo que sus discípulos no dependan de los hombres del mundo ni dependan de sí mismos, pero que dependan de solo Dios y que de él esperen toda cosa, no solamente lo que han de comer y de vestir, pero tambien lo que han de hablar. Tampoco cabe decir: ¿qué sé yo si este prometimiento toca á mí? no quiero tentar á Dios. Porque este prometimiento toca á todos los que, mortificando sus discursos, confien en él, ciertos que no les faltará Dios en lo que les promete; y nunca tienta á Dios el que se funda en prometimiento de Dios, diciendo: Dios me dice que no piense en lo que tengo de hablar en presencia de los gobernadores y reyes del mundo, porque en la propia hora él me dará lo que tengo de hablar, yo sé que lo puede hacer y sé que no lo prometeria si no lo hubiese de hacer, pues confiado yo en este prometimiento, no quiero pensar en lo que tengo de hablar.

Aquí diré esto: que tengo por experiencia que nunca mejor hablé en mi vida que cuando he hablado sin haberme puesto á pensar lo que habia de hablar, lo mismo digo del escribir. Y ruego á Dios que, como me ha reducido en esta quinta cosa á hacer el deber de discípulos de Cristo, me reduzca en las otras cuatro precedentes, y me perfeccione cada dia más en esta y en aquellas, reduciéndome á que en todo y por todo sea tan buen discípulo de Cristo que por ninguna manera me aparte de la escuela de Cristo hasta que en mí sea vista la propia imágen de Cristo, pudiendo yo decir á los otros discípulos de Cristo con San Pablo: «imitatores mei estote sicut et ego Christi».

Y entregará el hermano al hermano á muerte, y el padre al hijo, y levantaránse hijos contra padres y mataránlos. Y sereis aborrecidos de todos por mi nombre, y el que perseverará hasta el fin, este será salvo.

Prosiguiendo Cristo en profetizar á sus discípulos la persecucion que habian de padecer por el evangelio, la cual (como he dicho) pertenece no á lo que fué en tiempo de Cristo, sino á lo que fué, ha sido y es despues de la venida del espíritu santo, les muestra como habia de ser tan grande la rabia de los hombres del mundo contra los que fuesen sus discípulos, que, olvidados del deber de la generacion humana, el hermano no tendría respeto al hermano, ni el padre al hijo ni el hijo al padre. Esto tengo por certísimo que fué verificado así á la letra en tiempo de los mártires, cuando fué tan odioso el nombre cristiano en el mundo que, como uno era cristiano, tenia por enemigos á sus propios parientes, los cuales lo entregaban á la muerte. Y ¡plugiuese á Dios que no se pudiese con verdad decir que lo que entónces era el nombre cristiano en el mundo, cuanto al ser aborrecido y perseguido, es ahora el vivir cristiano! De manera que siempre ha sido y es verificado en los que son discípulos de Cristo esto que aquí profetizó Cristo, y en tanto no es verificado en cuanto ellos no se muestran ni se descubren ser discípulos de Cristo; que, si descubriéndose ellos el mundo los conociese por tales, no hay duda sino que haria con ellos lo que ha hecho siempre con los que ha conocido. Y no se deben maravillar los discípulos de Cristo, si, así como ellos entrando en la escuela de Cristo renuncian el deber de la generacion humana, abrazándose con el deber de la regeneracion cristiana, así los hombres olvidados del deber de la generacion humana los tratan como á cosa que ya no pertenece de ninguna manera á ellos; ántes deben tomar por cierta señal, que son discípulos de Cristo, el ser tratados de los hombres, y más de sus propios parientes, como enemigos.

Y aquí noto una diferencia entre los hombres del mundo y los discípulos de Cristo; que los hombres del mundo tienen por enemigos á los discípulos de Cristo y los tratan como á enemigos; y los discípulos de Cristo tienen por enemigos á los hombres del mundo, pero, no los tratan como á enemigos sino como á amigos, viviendo entre ellos como ovejas entre lobos.

Diciendo Cristo «y el que perseverará,» etc., entiendo que de sus discípulos aquellos alcanzarán salud y vida eterna que perseveraran hasta la muerte en la escuela de Cristo, no saliéndose de ella ni por muerte ni por vida; y no entiendo que se sale de la escuela de Cristo, sino el que por miedo ó por vergüenza del mundo no solamente abandona y deja el vivir cristiano, pero se aparta de la fé cristiana, atendiendo á justificarse por sus obras, así como no se sale de la frailía sino el que deja los hábitos y se sale del monasterio. Lo mismo es «por mi nombre» que por mi causa. Diciendo «hasta el fin,» entiende: hasta la muerte en el martirio; y diciendo «será salvo,» entiende: alcanzará vida eterna, de la cual felicidad serán excluidos los que, no pudiendo sufrir la ignominia de la cruz de Cristo, darán con la cruz en tierra.

Y cuando os perseguirán en una ciudad, huid á otra, porque os digo de verdad que no acabareis de andar todas las ciudades de Israel que no sea primero venido el hijo del hombre.

De estas palabras se colige bien que no solamente no deben los discípulos de Cristo ofrecerse al martirio sin ser llevados á él, pero que lo deben huir cuando huyéndolo es más presto aumentado que menoscabado el evangelio, segun que tenemos el ejemplo en San

Pablo; de manera que huir del martirio no es salirse de la escuela de Cristo sino conservarse en ella para aprovechar más en ella. Y parece que, porque pudieran decir los discípulos: Tú, señor, nos mandas que no vamos entre los gentiles ni entre los Samaritanos, y por otra parte nos dices que huyamos de ciudad en ciudad cuando habremos sido perseguidos en todas las ciudades de Judea, ¿qué quieres que hagamos? Cristo les dice: «Porque os digo de verdad,» etc., entendiendo: Estad de buen ánimo, que primero vendré yo que vosotros hayais acabado de andar por todas las ciudades de Israel.

Esto es lo que suenan estas palabras, las cuales no sé como cuadran entendiéndolas de la predicacion que fué en aquel propio tiempo, ni sé tampoco como cuadran entendiéndolas de la predicacion que fué despues, ni sé tampoco qué venida es esta que dice Cristo; siento la dificultad y, no sabiendo salir de ella, me remito á lo que sobre esto dicen los que hablan mejor. Diré yo aquí esto: que es grandísimo indicio de la depravacion de nuestros ánimos este que nos altera más una sentencia que á nuestro parecer no cuadra con lo sucedido, que nos aquietan y nos confirman ciento que cuadran bonísimo.

No es el discípulo sobre el maestro ni el siervo sobre su señor. Bástale al discípulo que sea como su maestro y que el siervo sea como su señor. Y si al señor de casa han llamado Beelzebul, ¡cuánto más á sus familiares! Por tanto no los temais.

Va Cristo facilitando en los ánimos de sus discípulos la acerbidad y amargura de la cruz, y así en estas palabras les dice en sentencia: no es muy gran cosa que vosotros, que sois mis discípulos, seais maltratados de los hombres del mundo, pues yo, que soy vuestro maestro y preceptor, he sido y soy y será maltratado de los mismos. Que Cristo fuese llamado Beelzebul lo veremos en el cap. 12, á donde los Fariseos dicen que Cristo echaba los demonios en virtud de Beelzebul.

Así era llamado un ídolo de ciertos gentiles vecinos á Judea, y segun dicen era comun nombre á todos los ídolos llamarlos Baal que es lo mismo que Beel, pero uno era llamado Baal-peor y otro Baal-zebul, y significa maestro ó señor de moscas. Diciendo «por tanto no los temais,» concluye que, pues lo mismo, que habia de pasar por ellos, habia tambien de pasar por él, no tenian causa de atemorizarse, considerando que, lo que sería de él, sería de ellos; y con efecto es grandísimo consuelo para los que son murmurados, perseguidos y maltratados por la justicia del evangelio, considerar que por allí pasó Cristo.

Porque no hay cosa encubierta que no haya de ser descubierta, ni secreta que no se haya de saber. Lo que os digo en obscuridad, decidlo en claridad; y lo que oís á la oreja, predicadlo en los tejados.

Sabiendo por experiencia como esto es así, que es grandísimo consuelo para los que son perseguidos por Cristo y como Cristo, pensar que al último ha de ser vista y descubierta su inocencia y su verdad, y considerando que va Cristo aquí mezclando á sus discípulos lo

dulce con lo amargo, pienso que se sirvió de esta sentencia general «no hay cosa encubierta» etc., pretendiendo decirles: estad de buen ánimo, que, aunque vuestra justicia y vuestra verdad en la presente vida esté encubierta, en la vida eterna será descubierta, juntamente con la injusticia y maldad de los que os maltratarán; y pienso que, añadiendo Cristo «lo que os digo en obscuridad» etc., entendió: y pues esto ha de pasar así, sin ningún respeto, no temiendo ni muerte ni infamia, os podreis deliberar á decir clara y públicamente en presencia de los hombres estas cosas que yo ahora os digo escondidamente y como á la oreja.

Esta inteligencia me satisface y es digna de Cristo. Pero por lo que leo en San Marco 4, adonde están estas mismas palabras, pienso que sea esta la propia inteligencia que, queriendo Cristo quitar de los ánimos de sus discípulos la sospecha, en que podían entrar pensando que las cosas, que comunicaba con ellos, habían de estar siempre secretas, les dice: «porque no hay cosa» etc., entendiendo: esto no os lo digo para que lo tengáis secreto ó encubierto, ántes os lo digo para que lo manifesteis y publiqueis, pero á su tiempo.

En efecto, parece que el intento de Cristo fué tener secreto y encubierto el negocio del evangelio mientras él vivía corporalmente entre los hombres; y túvolo tan secreto que ni aún los propios discípulos nunca lo entendieron hasta que vino el espíritu santo, el cual los hizo capaces dél, trayéndoles á la memoria las palabras que Cristo, estando con ellos, les había dicho. Y lo que aconteció á los discípulos de Cristo, acontece á cada uno de nosotros, en cuanto, por mucho que leemos y oímos del negocio del evangelio, nunca lo entendemos hasta que viene el espíritu santo en nosotros, el cual nos hace capaces dél por lo que sentimos y trayéndonos á la memoria lo que habemos leído y oído dél.

Y no temáis á los que matan al cuerpo, no pudiendo matar al ánimo, mas ántes temed al que puede destruir en el infierno al ánimo y al cuerpo. ¿Cómo y no son vendidos dos pajarillos por un dinerillo? Y uno de ellos no cae sobre la tierra sin vuestro padre. Y de vosotros hasta los cabellos de la cabeza, todos están contados. Por tanto no temáis, pues vosotros sois de mayor excelencia que muchos pajarillos.

Esto pertenece para confirmar y fortificar los ánimos de los que son entrados en la escuela de Cristo, á fin que no acontezca que, espantados y atemorizados de la furiosa enemistad con que son perseguidos de los hombres del mundo ó con que serán perseguidos cuando el mundo los descubrirá por discípulos de Cristo, se aparten de la escuela de Cristo, como acontece á los que entran en ella, no siendo traídos de Dios; de manera que diciendo «y no temáis» etc., entiendo: no tengáis temor de los hombres del mundo, los cuales, si bien son poderosos para matar los cuerpos, no son poderosos para matar las ánimas, y, cuando hayais de temer, temed á Dios, el cual solo es poderoso para destruir ánimas y cuerpos. Aquí conviene advertir dos cosas: la una, que no nos dice Cristo que temamos á Dios, entendiendo que, pues nos puede matar los cuerpos y las ánimas, temamos, no nos los mate, porque esto sería tenernos en servidumbre peor que hebrea, cosa ajenísima del evangelio de Cristo, pero nos dice que, habiendo de vivir en temor, es más al propósito temer á Dios que temer á los hombres; y la otra, que á solo Dios pertenece hacer que las ánimas perezcan en el infierno.

Añadiendo Cristo, «¿cómo y no son vendidos» etc., entiendo que pretende certificarnos de dos cosas, las cuales en gran manera nos consuelan en nuestros trabajos. La una es que en el mal que nos hacen los hombres, concurre la voluntad de Dios, porque sin ella no serian ellos poderosos para hacernos mal; está la prueba por los pajarillos, los cuales, siendo de tan poca estimacion que dos de ellos son vendidos por un dinerillo, Dios tiene tanta cuenta con ellos que no muere uno sin la voluntad de Dios, como si dijese: y si esto es así en un pajarillo, ¿cuánto mejor será en vosotros? La otra es que, si bien los hombres del mundo nos quitarán las vidas, despojándonos de estos cuerpos, que seamos ciertos que no perderemos nada, porque Dios tiene tanta cuenta con nosotros que aún hasta los cabellos de nuestras cabezas tiene contados para que no perezca ni uno de ellos.

Estas son dos cosas de tanta importancia que la menor de ellas es bastantísima para tenernos en sumo gozo y en suma seguridad, despojados de todo temor humano y carnal, y llenos de mucho amor divino y espiritual; y por tanto con continúa oracion debemos rogar á Dios que imprima en nuestros corazones estas dos cosas de tal manera que nunca jamás dudemos de la verdad de ellas, y esta certificacion será bastantísima á mortificar y matar en nosotros todos los respetos del mundo y todos los deseos de la sensualidad.

Aquello, «y de vosotros hasta los cabellos» etc., es digno de mucha consideracion para entender que esta estrecha cuenta no la tiene Dios, sino con los que son discípulos de Cristo, con los que, aceptando la justicia de Cristo, han tomado posesion en el reino de Dios, dejando á los otros al gobierno de estas que llaman causas segundas. Y acerca de esta voluntad de Dios y providencia de Dios, he escrito dos consideraciones y una respuesta.

Pues á todo aquel que me confesará en presencia de los hombres, lo confesaré tambien yo en presencia de mi padre el que está en los cielos; y á cualquiera que me negará en presencia de los hombres, lo negaré tambien yo en presencia de mi padre el que está en los cielos.

Con estas palabras entiendo que pretende Cristo animar á los flacos y atemorizar á los imperfectos, á los que no son aun llegados á servir por amor, como si les dijese: sed ciertos de esto, que al que me confesará, lo confesaré, y al que me negará, lo negaré. Adonde se ha de entender que confiesan á Cristo en presencia de los hombres los que, habiendo puesto fin á la gloria del mundo y á su propia satisfaccion, libremente sin temor de vida ni de honra dicen que Jesus, es el Mesía prometido en la ley, que es hijo de Dios y una misma cosa con Dios, que, tomando sobre sí los pecados de los hombres y siendo castigado por ellos, los reconcilió con Dios, y que gozan de esta reconciliacion los que la creen.

Pero háse de advertir que entónces es buena esta confesion cuando sale del corazon, y no puede salir del corazon si no está en el corazon, y no puede estar en el corazon si el espíritu santo no la ha puesto por su mano, y es bonísima cuando, saliendo del corazon, se dice en presencia de hombres que la contradicen, la desprecian y la persiguen. De esta manera conviene que nosotros confesemos á Cristo, confesándolo tambien con el vivir

cristiano, conformando nuestro vivir con el de Cristo; y, haciéndolo así, Cristo nos confesara á nosotros, abrazándonos como á miembros suyos.

Tambien se ha de entender que niegan á Cristo en presencia de los hombres los que, temiendo la infamia de la cruz de Cristo, se apartan de la fé cristiana ó del vivir cristiano, á los cuales con razon negará Cristo en presencia de su padre celestial, diciéndoles aquellas duras palabras: «Nescio vos» con lo que se sigue.

Aquí podrá uno decir que cree la primera parte de estas palabras, cuanto á la confesion, pero que no cree la segunda, cuanto á la negacion, habiendo visto la experiencia en contrario, siendo así que San Pedro negó á Cristo en presencia de los hombres, pero no ha negado Cristo á San Pedro en presencia de Dios, ántes lo ha sublimado sobre los otros. Y á este se le podrá responder que no negará Cristo á los que lo negarán de la manera que lo negó San Pedro, por poquedad, pusilanimidad y fragilidad y con ligereza, pero no con pertinacia, y que negará á los que lo negarán como Júdas, con malicia y malignidad y con pertinacia, y á los que, siguiendo tras Júdas, hacen con los miembros de Cristo lo que Júdas hizo con Cristo. Y aquí se ha de considerar que no niegan á Cristo sino los que, siendo de Cristo, dicen que no son de Cristo, que no conocen á Cristo; los que nunca han entrado en la escuela de Cristo no se puede decir que niegan á Cristo.

No penseis que soy venido á echar paz sobre la tierra, porque no soy venido á echar paz sino cuchillo, y es así que soy venido á partir al hombre contra su padre y á la hija contra su madre y á la nuera contra su suegra, y los enemigos del hombre serán sus familiares.

Estas palabras dependen de aquello que Cristo ha dicho arriba «entregaré el hermano al hermano á muerte.» Adonde parece que, porque pudiera parecer extraño á los discípulos esta disension que les profetizaba Cristo, aún mucho mayor que la que por el ordinario se ve entre los hombres, Cristo les dice: «no penseis que soy venido» etc., como si dijese: y mirad vosotros que no entreis en fantasía, pensando que mi venida haya de causar paz exterior en la tierra, porque quiero que sepais que será todo el contrario, siendo así que en lugar de paz causaré guerra, causando enemistad aún entre aquellos que por la generacion humana son conjuntísimos, como son el padre y el hijo, etc.

A donde no se ha de entender que el intento de la venida de Cristo fué á causar esta disension, sino de su venida resulta esta disension, y no por culpa de Cristo ni de los discípulos de Cristo, el cual y los cuales son la misma paz, sino por la malicia y malignidad de los hombres del mundo, los cuales son tan enemigos de Dios y tan contrarios á todas las cosas que son de Dios, que, posponiendo el deber de la generacion humana, el hijo no cristiano persigue hasta la muerte al padre cristiano, etc. Y si los hombres del mundo, vencidos de sus pasiones, se apartan del deber de la generacion humana, tornándose de hombres bestias fieras ¿por qué ha de parecer extraño á los discípulos de Cristo dejarse vencer de las inspiraciones divinas, apartándose del deber de la generacion humana por seguir el deber de la regeneracion cristiana?

A donde dice «partir,» el vocablo griego significa dividir una cosa muy conjunta; y familiares es lo mismo que domésticos, criados, hombres de casa. Y es así con efecto que un hombre cristiano no tiene mayores enemigos en el mundo que á los de su casa cuando no son tambien ellos cristianos.

Aquí tropiezan los hebreos, diciendo que no puede ser que Cristo haya sido el Mesía, pues tanto por lo que él propio dice, que vino á echar cuchillo, que es lo mismo que guerra, en el mundo, quanto por lo que se ve por propia experiencia, que el evangelio de Cristo causa disensiones y discordias en el mundo, no es Cristo autor de paz sino de guerra, y Esaías hablando del Mesía lo llama príncipe de paz y dice que las multiplicaciones de su imperio y paz no tendrán fin. Los cuales no tropezarian de ninguna manera si considerasen á Cristo como un cordero que, ni aún siendo llevado al degolladero, no balase, y si considerasen á los discípulos de Cristo como ovejas entre lobos, á los cuales quita Cristo todas las ocasiones por las cuales es perturbada la paz en el mundo, privándolos de deseos carnales, de afectos vindicativos, de afición de riquezas, de procurar honras y dignidades, y finalmente de todas aquellas cosas que procuran los hombres del mundo, á fin que, no teniendo por qué venir en competencia con ellos, no hayan de contender con ellos, y más, que los priva hasta de las demostraciones de santidad, á fin que ni aún vengan en competencia con los santos del mundo; en lo cual todo muestra Cristo ser príncipe de paz, como profetizó de él Esaías, y muestra que su imperio es todo paz, como profetizó el mismo, pues es así que no están debajo de su imperio sino los que son como ovejas entre lobos.

Sobre estos y en estos reina Cristo, de estos es príncipe y emperador, y así viene á ser que él es emperador pacífico y su imperio es pacífico, si bien en la presente vida los hombres del mundo hacen cruelísima guerra á los que están debajo de este felicísimo imperio, el cual en la vida eterna estará en suma paz y en suma felicidad, no teniendo parte en ella los hombres del mundo ni los demonios del infierno, y entónces verán los perversos judíos que tropiezan en estas palabras de Cristo, cuán propiamente cuadran en Cristo las palabras de Esaías. A donde se ha de considerar lo que está dicho sobre aquello del cap. 5: «Bienaventurados los apaciguadores,» para que se entienda que este reino de Cristo no es otra cosa sino paz. Y es así que los que aceptamos el evangelio de Cristo, siendo reconciliados con Dios, tenemos paz con Dios, la cual sentimos en nuestras conciencias, como la sentia San Pablo cuando decia: «justificati ex fide pacem habemus erga Deum per dominum nostrum Jesum Christum,» y, teniendo paz con Dios, tenemos paz entre nosotros mismos y tenemos paz con todos los hombres, no dándoles más ocasion de guerra de la que ellos se quieren tomar, haciéndonos guerra como á mortales enemigos.

¡Venga, venga ya señor Dios mio, aquel tiempo felicísimo y gloriosísimo, en el cual el mundo conocerá que tu unigénito hijo, Jesucristo nuestro señor, es príncipe de paz y emperador pacífico, y verá, para mayor tormento suyo, como siempre en su imperio ha habido mucha paz y mucha quiete, y así los que somos tus hijos, seremos enteramente glorificados con nuestro príncipe de paz, Jesu-Cristo nuestro señor!

El que ama al padre ó á la madre más que á mí, no es digno de mí; y el que ama al hijo ó á la hija más que á mí, no es digno de mí. Y el que no toma su cruz y sigue tras mí, no es digno de mí. El que halla á su ánima, la perderá; y el que perderá á su ánima por mi causa, la hallará.

Aquí entiendo que, porque pudiera uno decir: no me será á mí enemigo mi padre, porque no me apartaré yo del deber de hijo, Cristo dice en sentencia: si el amor de tu padre te tirará más á cumplir con el deber de hijo de Adam por la generacion humana que el amor, que me tienes á mí, te tirara á cumplir con el deber de hijo de Dios por la regeneracion cristiana, no serás digno de mí. Y es así que, si á los hijos del Zebedeo tirara más el amor del padre que el amor de Cristo, no dejaran al padre en la barca por seguir á Cristo, y así no fueran dignos de Cristo; lo mismo es del otro que queria ir á enterrar á su padre por cumplir con el deber de la generacion humana. El cual deber muchas veces nos tira á todo lo contrario que el deber de la regeneracion cristiana. Como será decir: mi padre, mis hermanos, mis hijos y mis parientes querrian que yo atendiese á acrecentarme en el mundo, á ser estimado, honrado y rico, y me querrian más ver muerto que verme deshonorado, afrentado y pobre; y Cristo quiere que yo ponga fin á la propia estimacion, al ambicion y á la codicia y que huelgue de ser deshonorado, afrentado y aún martirizado.

Si yo quiero satisfacer al deber de la generacion humana, por el mismo caso me apartaré del deber de la regeneracion cristiana, y así, pudiendo más en mí el amor de los mios que el amor de Cristo, no tendré parte en Cristo. Y si yo querré satisfacer al deber de la regeneracion cristiana, por el mismo caso me apartaré del deber de la regeneracion humana, y así, pudiendo más en mí el amor de Cristo que el de los mios, vendrá á seguir lo que ha dicho Cristo en lo pasado, cuanto á las disensiones y persecuciones. De manera que entónces el hombre ama más á su padre que á Cristo, cuando es más tirado del deber de la generacion humana que del deber de la regeneracion cristiana. Y ser digno de Cristo es lo mismo que ser verdadero miembro de Cristo, estar incorporado en Cristo, por la cual incorporacion no mira Dios al hombre por lo que es en sí sino por lo que es en Cristo.

Diciendo «y el que no toma su cruz» etc., declara que la cruz del hombre es todo el mal y todo el daño que le resulta de amar á Cristo más que á su padre, madre, etc. Bien añadió Cristo: «y sigue tras mí,» entendiendo: y vá por donde yo voy, siguiendo tras la voluntad de Dios sin mirar al deber de la generacion humana. Y aquí se entiende que no es cruz la que yo me tomo por mi voluntad, afligiéndome y maltratándome, sino la que tomo por voluntad de Dios, holgándome que el mundo me desprecie, me aflija y me maltrate. Esta es la cruz cristiana, porque es semejante á la cruz de Cristo; y el que no lleva en este mundo esta cruz á costas, no es digno de Cristo.

Aquello, «el que halla á su ánima» etc., entiendo que está dicho como por consolacion de los que, tomando su cruz, van tras Cristo, de los cuales dice Cristo que hallan á sus ánimas, entendiendo que todos los hombres del mundo tienen perdidas las ánimas, las vidas, estando condenados á muerte eterna, y que entre estos hallan sus vidas, sus ánimas, los que aceptan el evangelio, por el cual son justificados y así habilitados para resurreccion y vida eterna. Estos dice que perderán sus ánimas, sus vidas, poniéndolas, como dicen, al tablero por amor de Cristo y por el deber de la regeneracion cristiana, y privándose de las satisfacciones y de los placeres sensuales, de que gozan los hombres del mundo. Y dice

más que los que de esta manera perderán sus ánimas, sus vidas, las hallarán, porque resucitarán y vivirán vida eterna con Cristo.

Grandísima perfeccion es esta, y grandísima gracia de Dios es menester para que el hombre acabe consigo de perder lo que ve, con expectativa de ganar lo que no ve; y así como tengo por cierto que no vendrá jamás á esto un hombre, si el mismo Dios no lo trae, así tambien creo que el más eficaz expediente, con que trae Dios á esto á los que trae, es con darles algunos sentimientos y conocimientos de la felicidad de la vida eterna, certificándolos que, perdiendo la vida presente, ganarán la vida eterna. Los que están ayunos de estos sentimientos y conocimientos y de esta certificacion, es imposible que desprecien la vida presente ni que amen la vida eterna.

El que os recibe á vosotros, me recibe á mí; y el que me recibe á mí, recibe al que me ha enviado. El que recibe al profeta en nombre de profeta, recibirá galardón de profeta; y el que recibe al justo en nombre de justo, recibirá galardón de justo. Y cualquiera que dará á beber á uno de estos pequeños un jarro de agua fria solamente en nombre de discípulo, dígoos de verdad que no perderá su galardón.

Tres cosas entendemos en estas palabras de Cristo. La primera, que, recibiendo y acogiendo en nuestras casas á los discípulos de Cristo cuando andarán á predicar el evangelio de Cristo ó cuando andarán huyendo las persecuciones de los hombres, recibimos y acogemos al mismo Cristo, en cuanto por causa de Cristo andan fuera de sus casas, y que, recibiendo á Cristo recibimos á Dios, el cual envió á Cristo al mundo; de manera que, acogiendo en nuestras casas á los discípulos de Cristo, acogemos á Cristo y acogemos á Dios.

La segunda, que en recibir y acoger en nuestras casas á los discípulos de Cristo, solamente habemos de tener intento á que son discípulos de Cristo, de manera que no movamos por el deber de la generacion humana, sino por el deber de la regeneracion cristiana, no con intento que nuestra buena obra sea galardonada sino con intento que por nuestra buena obra sea Dios glorificado por aquel discípulo que por nuestra causa viene á confirmarse y certificarse más en que Dios es verdadero y fiel, cumpliendo lo que promete.

La tercera, que nuestras obras, cuando son hechas con el intento que esta dicho, son galardonadas de Dios en la presente vida, pero con galardones de la otra vida, respondiendo el galardón á la obra, en cuanto al que recibe al profeta, al que tiene don de interpretar la santa escritura, y particularmente lo que es profecía, teniendo solamente respeto á que es profeta, dará Dios don de profecía, y en cuanto al que recibe al justo, justificado por Cristo, teniendo solamente respeto á que es justo, dará Dios fé, con que tambien él sea justo.

Adonde se ha de advertir que, para que yo reciba á un profeta solamente porque es profeta y á un justo solamente porque es justo, es menester que yo conozca que el uno es profeta y que el otro es justo, el cual conocimiento no lo puedo yo tener sino por gracia de Dios; y así vendrá á ser que el galardón de profecía y el galardón de justicia que yo alcanzo no se atribuirán á mí sino á la gracia de Dios que obró en mí, y así á mí no me quedará de

que vanagloriarme, diciendo: yo tengo don de profecía porque recibí á un profeta, ni: yo soy justo porque recibí á un justo.

Encareciendo aún más la cosa Cristo por provocar los ánimos de los imperfectos á usar caridad con los que son discípulos suyos, dice «y cualquiera que dará» etc., entendiendo que la más mínima cosa del mundo que haremos con los que serán discípulos de Cristo, no teniendo otro respeto ninguno sino que son discípulos de Cristo, nos será galardonada de Dios con dones espirituales y divinos, como está dicho arriba. Y lo mismo se ha de entender aquí en aquello «solamente en nombre de discípulo» que arriba «en nombre de profeta» y «en nombre de justo»; es manera de hablar de la lengua hebrea, quiere decir: por causa que es justo, por causa que es profeta y por causa que es discípulo. Por aquello que dice «á uno de estos pequeños» parece que estas palabras fueron dichas en presencia de más personas que los discípulos. «De agua fria» dice entendiendo pura y sin cosa adherente, como es tomada del rio ó de la fuente.

Capítulo XI

Y aconteció que, habiendo Jesus acabado de ordenar esto á sus doce discípulos, se partió de allí á enseñar y á predicar en las ciudades de aquellos. Y oyendo Juan en la prision las obras de Cristo, enviando dos de sus discípulos le dijo: ¿Eres tú el que ha de venir ó esperamos á otro? Y respondiendo Jesus les dijo: Id, denunciad á Juan lo que ois y veis: ciegos recobran vista, cojos andan, leprosos son alimpiados y sordos oyen, muertos resucitan y á pobres es predicado el evangelio. Y bienaventurado es el que no se escandalizará en mí.

Cuanto á lo primero, es aquí digno de consideracion que el evangelista casi siempre pone juntas estas dos cosas, diciendo que Cristo enseñaba y predicaba, á fin que entendamos que son cosas distintas y diferentes. Predicaba Cristo el evangelio del reino, y enseñaba el vivir segun el deber del evangelio.

A los que predicán, llama San Pablo apóstoles, y á los que enseñan, llama doctores; los unos dice que tienen don de apostolado, y los otros de doctrina.

En la embajada, que San Juan envió á Cristo, hallo esta dificultad que no puede ser que pretendiese saber para sí lo que enviaba á preguntar, pues había mostrado saberlo, estando en el vientre de la madre y estando en el Jordan; si pretendió que lo supiesen sus discípulos ó que lo supiesen las gentes, delante de las cuales lo preguntaban, parece extraño que San Juan pusiese en duda lo que en el Jordan había afirmado, diciendo: «Ecce agnus Dei, ecce qui tollit pecata mundi» y aún parece extrañísimo que quisiese San Juan que Cristo diese testimonio de sí mismo, pudiéndolo dar el de la manera que lo había dado, y su testimonio fuera más creído, mayormente de sus discípulos, por la mucha estimacion de santidad que tenia acerca de todos, y más, que por el ordinario se da más crédito á lo que otros dicen de nosotros que á lo que nosotros mismos decimos.

Cuanto á la respuesta de Cristo, veo bien que era bastantísima para certificar á San Juan cuando él estuviera dudoso, pero no veo como era bastante para certificar á los discípulos de San Juan, los cuales por aquellas obras no se cómo podían conocer lo que preguntaban, y mucho menos veo cómo lo podían conocer las otras gentes, las cuales consta que esperaban al Mesía en hábito y en estado diferentísimo de aquel en que lo veían á Cristo. Veo las dificultades y, no sabiendo salir de ellas, espero que Dios por sí mismo me sacará cuando le placera, y entre tanto no me avergüenzo de mi ignorancia, ántes me precio de ella, para que se conozca que esto es lo que tengo que sea propio mio.

Diré bien aquí esto: que por la respuesta de Cristo, pudiera bien entender que él era el Mesía el que tuviera buenos los ojos interiores, no por los milagros, sino por lo que añadió Cristo despues de los milagros, diciendo: «y á los pobres es predicado el evangelio.» Porque es así que, juntando esto, que se veía y era confirmado con los milagros, con lo que estaba profetizado por Esaías, cap. 61, conociera claramente que Cristo era el Mesía, porque, hablando Esaías en persona de Cristo, dice así: «El espíritu del Señor, señor mio, sobre mí, porque me ungió el Señor, á predicar» ó evangelizar «a afligidos» ó pobres «me envió, á amelecinar, á los de corazon molido, á denunciar á cautivos libertad, y á presos abrimiento de cárcel, á denunciar el año apacible al Señor» etc.; de manera que, quien cotejara con estas palabras lo que oía y veía de la evangelizacion de los pobres que dijo Cristo, pudiera conocer que él era el Mesía, siendo pero ilustrado con el espíritu de Dios á ver en qué manera á los pobres era predicado el evangelio, y á entender las palabras de Esaías, las cuales el mismo Cristo interpreta de sí, Lúca. 4.

Aquí se ha de advertir que por las palabras del profeta se entiende bien qué es lo que Cristo entiende diciendo «á los pobres es predicado el evangelio,» ó los pobres son evangelizados, porque es así que el vocablo hebreo por lo que aquí dice «pobres» significa afligidos, mezquinos y pobretos, y tales son con efecto los que aceptan la predicacion del evangelio, quiero decir, que para aceptarla es menester que se conozcan tales y se tengan por tales, así como es menester que el enfermo se conozca enfermo para reducirse á tomar la medicina, y porque es tambien así que, diciendo Esaías «amelecinar á los de corazon molido» ó quebrantado, declara que la predicacion es saludable para los que la oyen, y que los que son afligidos ó pobres, son hombres de corazon molido ó quebrantado, y los mismos están cautivos y están presos, los cuales por el evangelio entran en libertad y salen de cautividad. Y es bellísima cosa que llama Esaías año apacible ó agradable al Señor, al tiempo de la predicacion del evangelio.

Adonde viene bien una respuesta que me acuerdo haber escrito, mostrando como entre las cosas que en el mundo se hacen por voluntad de Dios, en cuanto no se harian si él no quisiese que se hiciesen, solamente le agradan y le satisfacen sumamente aquellas que él propio por su espíritu santo hace en los que aceptamos el evangelio.

Añadiendo Cristo «y bienaventurado es el que no se escandalizará en mí,» parece que pretendió remediar á lo que la prudencia humana pudiera alegar al que se pusiera á cotejar lo que oía en la predicacion de Cristo con lo que habemos alegado de Esaías, persuadiéndole que no pertenecian á Cristo las palabras del profeta por ser hombre al parecer como los otros, no mostrando aquella grandeza ni aquella majestad que los judíos esperaban que habia de tener el Mesía. Y es así cierto que nunca dice la Escritura que en

Cristo se escandalizan sino los judíos, antes la propia experiencia nos muestra que el escandalizarse en Cristo es tan propio á los hebreos y á los que tienen ánimos hebreos, cuanto es propio el burlarse de Cristo á los gentiles y á los que tienen ánimos de gentiles. Lo mismo es, «no se escandalizará en mí» que: no tropezará en mi humildad y bajeza. Sobre el escándalo he escrito una consideracion.

Y partidos ellos, comenzó Jesus á decir á las gentes de Juan: ¿Qué salistes á ver al desierto? caña movida con viento? Pues ¿qué salistes á ver? á hombre vestido con vestiduras delicadas? Mirad que los que visten delicado, están en las casas de los reyes. Pues ¿qué salistes á ver? profeta? Cierto os digo: y más excelente que profeta. Este verdaderamente es de quien esta escrito: Hé aquí yo envío á mi ángel antes de tí, el cual aderezara tu camino en tu presencia.

Parece que, porque de la pregunta de los discípulos de San Juan las gentes que estaban presentes pudieran colegir que San Juan no era de aquella autoridad y santidad que se pensaban, pues dudaba de Cristo, quiso Cristo con estas palabras y con las que se siguen engrandecer el autoridad de San Juan. Y primero dice que no era «caña movida con viento,» cuales son los que no están constantes en la verdad que conocen y cual fuera San Juan si, habiendo dado testimonio de Cristo en el Jordan, dudara de Cristo en la prision. Segundo, dice que no era hombre en quien cupiese lascivia, ligereza, ni liviandad, cuales son los que se visten delicadamente por lascivia y por parecer bien, estimándose mucho por la delicadura y hermosura de sus vestidos.

Tercero dice que no solamente era profeta, pero era de mayor excelencia y dignidad que profeta, y, mostrando Cristo en qué cosa consistia esta mayor excelencia y dignidad, alega las palabras de Malachías, constituyéndola en dos cosas: La una, en que otro profeta profetizó de él, y la otra, en que su oficio fué de mayor excelencia que el de ningun profeta. Y el oficio de San Juan consiste en aparejar el camino á Cristo; esto hacia San Juan predicando penitencia, arrepentimiento ó reconocimiento, y bautizando en agua, que era lo mismo que turbar el agua de la balsa para que Cristo la clarificase, como está dicho sobre el capítulo 3. Y es siempre necesaria en nosotros la preparacion de San Juan para que aceptemos á Cristo, porque (como he dicho poco ántes) no toman la medicina sino los que se conocen enfermos, y el propio oficio de San Juan es mostrarnos nuestras enfermedades y mostrarnos juntamente á Cristo, el cual solo las sana, dándonos la medicina del evangelio, de la remision de nuestros pecados, en la cual consiste nuestra salud.

El profeta Malachías á la letra dice así: «Ved que yo envío á mi ángel y alimpiaré el camino delante de mí y luego vendrá á su templo el Señor que vosotros buskais y el ángel de la confederacion que vosotros deseais. Ved que viene, dice el Señor de ejércitos.» Adonde es digno de consideracion que se concuerdan Malachías y Esaías en el oficio de San Juan que era aparejar, aderezar y alimpiar el camino á Cristo. Y es digno aún de más consideracion que llama Malachías á Cristo ángel de la confederacion, porque es así que él es el que, enviado de Dios en el mundo, por donde le pertenece nombre de ángel, reconcilió á los hombres con Dios, tomando sobre sí los pecados de los hombres, y siendo castigado por ellos con aquel rigor que si él los hubiera cometido todos; de manera que Cristo es

ángel de la confederación, porque ha hecho paz entre Dios y nosotros. Los que no gozan de esta paz, no conocen el beneficio de Cristo, y por el consiguiente no conocen á Cristo; y los que conocen á Cristo, conocen el beneficio de Cristo y gozan de la paz y confederación que hizo Cristo entre Dios y los hombres.

Dígoos de verdad: entre los nacidos de mujeres no se ha levantado ninguno mayor de Juan el bautista, pero el menor en el reino de los cielos es mayor que él.

Dos cosas aprendemos en estas palabras de Cristo: la una, que San Juan era igual al mayor de los patriarcas y profetas, pues hasta entónces no era nacido en el mundo ningun hombre puro que le hiciese ventaja, y esto pertenece á autorizar el testimonio de San Juan y su predicación; y la otra que el menor santo de los del evangelio es mayor que el mayor santo de los de la ley, pues es así que es mayor que San Juan Bautista que fué tan grande que no hubo otro mayor, y esto pertenece á ensalzar la grandeza del evangelio. Si Cristo no hubiera dicho estas dos cosas, pareciera verdaderamente cosa recia decir que San Juan fué igual á Moisen, y pareciera cosa recísima decir que el menor santo del evangelio, porque estos son los que están en el reino de los cielos, es mayor que San Juan Bautista y que Moisen, pero, habiéndolo dicho Cristo, que es la misma verdad, conviene que lo tengamos por verdad.

La primera cosa, que es entre Moisen y San Juan, no me quiero poner á averiguarla, porque seria forzado á hablar en ella por ciencia y no por experiencia, y tambien porque es fácil cosa creerla. Averiguaré bien la segunda, que es entre San Juan y el menor santo del evangelio, porque es difícil cosa creerla, y así digo que la incorporación, con que los santos del evangelio están incorporados en Cristo, hace que el menor de ellos sea mayor que San Juan Bautista, en cuanto considera Dios en cada uno de ellos lo que considera en Cristo, pudiendo cada uno de ellos decir con San Pablo: «Vivo ego, jam non ego, vivit vero in me Christus,» y en cuanto, incorporados en Cristo, son hijos de Dios y reciben espíritu de hijos; de manera que la mayoría no consiste en el ser propio de aquel que es menor en el reino de los cielos, sino en el ser que tiene incorporado en Cristo, y así como Cristo es mayor que San Juan, así el menor de los miembros de Cristo es mayor que San Juan, el cual no entiendo que estaba incorporado en Cristo, porque aún Cristo no habia sido castigado en la cruz por nuestros pecados, del cual castigo depende nuestra incorporación en él, así como tampoco entiendo que tuviese del espíritu de Cristo, porque no fué comunicado á los hombres hasta que Cristo fué glorificado.

Tocó bien á San Juan así como á los otros santos de la ley el beneficio de Cristo, en cuanto se remitieron á la justicia que habia de ser ejecutada en Cristo, pero no les tocó la incorporación en Cristo, porque aún no era hecha, aconteciendo á los santos de la ley con Cristo crucificado lo que acontece á los santos del evangelio con Cristo glorificado, en cuanto, así como los santos del evangelio gozan de Cristo glorificado, esperando que tambien ellos han de ser glorificados con él, pero todavía traen á cuestras esta carne pasible y mortal, así los santos de la ley gozaron de Cristo crucificado, esperando ser incorporados en él y justificados por él, pero todavía su carne los molestaba y los inquietaba, porque aún Cristo no la habia matado en la cruz. Esto es cuanto á la incorporación en Cristo. Y cuanto

al espíritu de Cristo, que es espíritu filial, está claro que no tocó á los santos de la ley, á los cuales no era dado espíritu filial sino espíritu servil.

Esta diferencia de espíritus consta por aquellas palabras de Cristo cuando, reprehendiendo á sus discípulos porque querian imitar á Elías, les dijo: «Nescitis cujus spiritus estis?» y consta por aquello que dice San Juan: «Nondum erat spiritus datus, quia Jesus nondum erat glorificatus,» y consta tambien por aquello que dice San Pablo: «Non enim accepistis spiritum servitutis iterum in timore, sed accepistis spiritum adoptionis filiorum.» Y así viene bien que, porque el menor de los que, perteneciendo al evangelio, está en el reino de Dios, es hijo, y el mayor de los que pertenecen á la ley, es siervo, viene á ser verdad lo que dice Cristo que el menor de los del evangelio es mayor que San Juan Bautista, pues el uno, por ruin que sea, es al fin hijo, y el otro, por mayor que sea, es al fin siervo; y aunque acontece que muchas veces vale más en sí un siervo que un hijo, como entiendo que en sí han valido más muchos santos de la ley que muchos del evangelio, todavía en la dignidad excede el hijo al siervo. Y sobre esto mismo he hablado sobre el Salmo 149 y en una respuesta. En aquello «nacidos de mujeres» está claro que no viene á ser comprendido Cristo, no porque no haya nacido de mujer sino porque el hijo de Dios vá fuera de toda generalidad.

Y desde los dias de Juan el bautista hasta ahora el reino de los cielos es violentado, y violentos lo arrebatan. Porque todos los profetas y la ley hasta Juan profetizaron, y, si quereis entender, él es Elías el que habia de venir. El que tiene orejas para oír, oiga.

Tres cosas entendemos en estas palabras de Cristo. La primera, que, desde que San Juan comenzó á predicar, comenzaron los hombres como á ensayarse para entrar en el reino de los cielos, comenzando á reconocerse y á conocer á Cristo por Mesía, por rey de este reino. A donde diciendo «es violentado,» entiende: es saqueado, es tomado por fuerza; y puédese decir que los santos del mundo, queriendo y procurando justificarse por sus obras, pretenden entrar por pacto en el reino de los cielos, pero no entran, porque no se dá á pacto, y así no entran en él sino los violentos, los que lo toman por fuerza, no de obras sino de fé, consistiendo el ser violentos en que cautivan sus entendimientos, sus juicios y sus discursos á la obediencia de la fé cristiana, con la cual se entra en el reino de los cielos.

Los hebreos pretendian entrar en el reino de los cielos por pacto, alegando que á ellos era prometido Cristo, y quedáronse fuera; y los gentiles, no curando de pacto y ateniéndose á la fuerza de la fé, lo toman por combate y lo saquean. La segunda cosa que entendemos aquí es que luego, como el reino de los cielos comenzó á ser saqueado, comenzó tambien á faltar el reino de la ley y de los profetas, en cuanto, entrados los que pertenecen al pueblo de Dios en el reino de los cielos, á donde tienen el gobierno del espíritu santo, no tienen necesidad de ley ni de profetas, aconteciendo en este caso al pueblo de Dios lo que acontece á un niño, en cuanto, así como el niño, mientras es niño, no llegado á los años de la discrecion, es gobernado por un ayo ó pedagogo y, despues que él tiene discrecion, no tiene más necesidad del ayo, gobernándose él de por sí en unas cosas segun la crianza que le dió el ayo y en otras segun lo que á él mejor le parece, así el pueblo de Dios, mientras fué niño, tuvo por ayos y gobernadores á la ley y á los profetas, y despues de entrado en el

reino de los cielos, no teniendo necesidad de la ley ni de los profetas, se gobierna por el espíritu santo, el cual en unas cosas se conforma con la ley y en otras sigue el deber de la regeneración cristiana, de manera que en lugar de la ley es sucedido el espíritu santo en el gobierno del pueblo de Dios. Los que no sienten este gobierno, no son hijos de Dios ni están en el reino de los cielos; y sienten este gobierno los que comienzan a sentirse tirar con mayor violencia al deber de la regeneración cristiana que al deber de la generación humana, al amor de Cristo, que habemos dicho arriba, que al amor de los suyos. La comparación del niño que está debajo del ayo es tomada de San Pablo, Gálatas 3; esto lo digo a fin que sea más estimada.

La tercera cosa que entendemos en estas palabras, de Cristo, es que San Juan Bautista es el Elías que poco antes había dicho Cristo que era venido y que lo habían los judíos tratado a su voluntad. Y aquí, a la descubierta mostró Cristo ser él el Mesías; y porque esta cosa es de mucha importancia, antes importa el todo, añadió Cristo: «el que tiene orejas para oír, oiga,» como despertando a los oyentes para que advertiesen bien lo que les decía. Aquí conviene advertir que lo que dice Cristo, que desde el tiempo de San Juan Bautista el reino de los cielos es saqueado, y que hasta aquel tiempo sirvieron la ley y los profetas, no se ha de entender por todo rigor, pues es así que propiamente comenzaron a ser todas dos cosas en la venida del espíritu santo, el cual, metiendo a los hombres en el reino de los cielos, los sacó de debajo del pedagogo, de manera que entendamos que desde el tiempo de San Juan se comenzaron a sentir estas dos cosas y que en la venida del espíritu santo se comenzaron a ver.

¿A quién, pues, diré que es semejante esta generación? Semejante es a los muchachos que, asentados en las plazas, llaman a sus compañeros y dicen: Tañímosos flauta y no saltastes, tañímosos cosas llorosas y no llorastes. Porque ha venido Juan, no comiendo ni bebiendo, y dicen: Demonio tiene. Ha venido el hijo del hombre, comiendo y bebiendo, y dicen: Hé aquí un hombre comedor y bebedor de vino, amigo de publicanos y de pecadores. Y la sabiduría es justificada por sus hijos de ella.

Desde esta comparación conviene advertir que por la mayor parte acostumbra Cristo poner sus comparaciones, como sería decir, al contrario; de esta manera dice que el reino de los cielos es semejante al mercader que busca buenas piedras preciosas etc., y entiende que los que entran en el reino de los cielos son semejantes a este mercader; lo mismo es en la comparación de las diez vírgenes y en otras que iremos señalando. Y la primera es esta, adonde dice que los judíos eran semejantes a los muchachos, y entiende que él y San Juan Bautista eran semejantes a los muchachos, en cuanto, así como los muchachos decían a los otros muchachos, sus compañeros, que no los habían podido mover ni a reír reyendo ni a llorar llorando, así él y San Juan podían decir a los judíos que no los habían podido convertir ni con la vida áspera del uno ni con la vida común del otro; de manera que el tañer con la flauta se refiera a la vida de Cristo, y el tañer cosas llorosas se refiera a la aspereza de San Juan, la cual calumniaban los judíos, diciendo que era cosa diabólica, calumniando también la manera de vivir de Cristo, diciendo que era profana, y así no hallaban cosa que les satisficiera.

Y añadiendo Cristo, «y la sabiduría es justificada por sus hijos,» entiende que él y San Juan como hijos de Dios, aunque diferentísimamente, justificaban la sabiduría de Dios, el uno viviendo con aspereza y el otro viviendo con libertad, como cerrando el camino á los hombres del mundo que no hallen con que desculpase, culpando á la sabiduría de Dios, la cual les ha propuesto todas dos vías. Adonde se ha de entender que, así como, viviendo Cristo corporalmente entre los hombres, justificaba á la sabiduría de Dios, así tambien, viviendo en espíritu en los que son sus miembros, justifica á la sabiduría de Dios, y así viene á ser que tambien ellos como hijos de Dios, justifican á la sabiduría de Dios contra la sabiduría del mundo.

Esta me parece buena inteligencia, y no seria malo entender así que, si bien los judíos como hijos de la sabiduría del mundo y como santos del mundo condenaban el vivir de San Juan por demasiadamente áspero y condenaban el vivir de Cristo por demasiadamente libre, que los verdaderos cristianos como hijos de la sabiduría divina y como santos de Dios conocerán y aprobarán por bueno el divino consejo con que Dios ordenó que San Juan viviese como vivió y que Cristo viviese como vivió.

Cuanto al divino consejo en la vida de San Juan, me remito á lo que he dicho sobre el cap. 3; y quanto al divino consejo en la vida de Cristo, me remito á lo que he dicho en una epístola, adonde hablo en la causa porque Cristo unas veces se descubria y otras veces se encubria, y á lo que he dicho en una consideracion, adonde pongo seis causas por las cuales parece que fué necesario que el hijo de Dios hecho hombre viviese entre los hombres de la manera que vivió.

De esta manera entiendo estas palabras de Cristo, y pienso que las entenderia mucho mejor si supiese la forma del juego de aquellos muchachos, que, segun se puede colegir, puestos en las plazas se partian en dos partes, y los de la una parte decían á los otros las palabras que aquí pone Cristo; y lo que colijo de aquí es que solamente los hijos de la sabiduría de Dios, los que son sabios por el espíritu de Dios, conocen en las obras de los hijos de Dios el divino consejo del mismo Dios, del cual es totalmente incapaz la prudencia humana, y entónces más quando ella está más afinada, porque es así que entónces está más ciega para poder ver las cosas de Dios, porque no hay mayor ciego que el que piensa que ve.

Entónces comenzó á injuriar á las ciudades en las cuales habían sido hechos muchos de sus milagros, porque no se habian reconocido: ¡Guai de tí, Corazain! ¡guai de tí, Betsaida! porque si en Tiro y Sidonia hubieran sido hechos los milagros que han sido hechos en vosotras, ya cierto se hubieran reconocido en saco y en ceniza. Pero dígoos que en el dia del juicio será más tolerable el mal á Tiro y á Sidonia que á vosotros. Y tú, Capernaum, ensalzada hasta el cielo, hasta el infierno serás abajada, porque, si entre los de Sodoma hubieran sido hechos los milagros que han sido hechos en tí, permanecieran cierto hasta hoy. Pero dígoos que en el dia del juicio será más tolerable el mal á la tierra de los de Sodoma que á tí.

De estas palabras se colige bien que en el día del juicio serán más castigados aquellos que, habiendo, tenido más ocasiones de apartarse del mal y aplicarse al bien y así vivir en la presente vida con modestia y puridad, se habrán estado en su vivir profano y mundano. Y aquí viene á propósito lo que yo suelo decir, que siempre libran mal los malos en compañía de los buenos. Si Cristo no predicara en Corazain, en Betsaida y en Capernaum, no vinieran en el día del juicio á ser más castigadas que Tiro, Sidonia y Sodoma. Aquí se ofrecen dos dudas: la una es, si los milagros exteriores son bastantes sin el movimiento interior para la penitencia, para el arrepentimiento ó reconocimiento; y la otra es, en qué manera pueden estar estas dos cosas juntas, que haya predestinacion y que estas ciudades, contra las cuales Cristo habla aquí, merezcan ser así reprehendidas y así castigadas como las amenaza Cristo.

Cuanto á la primera duda, digo así que, segun lo que yo alcanzo, los milagros exteriores son bastantes sin el movimiento interior para una penitencia, un arrepentimiento y un reconocimiento exterior, con el cual el hombre se aparta del mal exterior y se aplica al bien exterior, pero no son bastantes para aquella penitencia, aquel arrepentimiento y aquel reconocimiento interior, con el cual el hombre se aparta del mal interior y se aplica al bien interior, y digo que no son bastantes, porque este efecto no lo hace sino el espíritu santo que obra interiormente. Que esto sea así, consta por esto que muchos veian los milagros de Cristo y se reconocian en lo exterior; pero, como aquel reconocimiento era humano, no penetraba á lo interior, mudaba lo exterior, pero no mudaba lo interior; y de esta mutacion exterior entiendo que reprehendia Cristo á estas ciudades porque no la hacian, pudiéndola hacer, movidas por los milagros que veian, como la hicieran Tiro, Sidonia y Sodoma.

Y sí dirá uno: ¿Qué es la causa que hicieran esta mutacion ó demostracion exterior estas ciudades y no la hacian aquellas? le responderé que pienso yo que estas la hicieran porque sus vicios eran más aparentes y porque no tenian obras exteriores con que justificarse, encubriendo la impiedad interior y disculpando el mal vivir exterior, como tenian aquellas, las cuales, no hallándose muy culpadas de vicios exteriores, y hallándose santas por sus obras exteriores, no podian venir en conocimiento de su impiedad interior ni se podian juzgar muy culpadas por su vivir exterior. Y aquí se entiende cuánto son peligrosas las obras cuando no salen de ánimo pío, justo y santo. Quanto á la segunda duda, me remito al discurso que tengo escrito sobre la predestinacion, la fé y las obras, la gracia y el libero arbitrio adonde hago particular mencion de estas ciudades.

Por lo que aquí dice, «muchos de sus milagros,» en el griego dice: muchas de sus potencias, pero entiendo milagros, cosas obradas por virtud y potencia sobrenatural. Diciendo, «se hubieran reconocido» ó hubieran mostrado reconocerse «en saco y ceniza,» toca la usanza hebrea; esta era que los que se conocian haber ofendido á Dios, se vestian de jerga y se asentaban en el polvo ó en la ceniza; de esto hay mucha mencion en la santa escritura. Diciendo, «permanecieron cierto» etc., entiendo los sucesores de los que moraban en aquella ciudad, no siendo como fueron consumidos ellos y ellas. «A la tierra» dice por: á los de la tierra.

En aquel tiempo respondiendo Jesus dijo: Rengrácote, padre, señor del cielo y de la tierra, que escondiste esto de los sábios y prudentes y lo revelaste á los pequeños. Cierto,

padre, porque así pareció bien en tu presencia. Todo me ha sido dado de mi padre. Y ninguno ha conocido al hijo sino el padre, ni al padre, ¿quién lo ha conocido sino el hijo, y aquel al cual lo querrá el hijo revelar? Venid á mí, todos los que trabajais y estais cargados, y yo os haré reposar. Tomad mi yugo sobre vosotros y aprended de mí, que soy manso y humilde en el corazon, y hallaréis reposo para vuestras ánimas, porque mi yugo es apacible y mi carga ligera.

Todas estas palabras están llenas de divinidad, tanto cuanto ningunas otras que haya en toda, la santa escritura; y cuanto ellas son mas divinas, tanto deben ser más y mejor consideradas. A donde yo no hallando, cómo puedan depender de las que en San Mateo preceden, me remito á San Lucas, el cual cuenta que, tornados los discípulos de Cristo de la predicacion, adonde fueron enviados, y refiriendo muy ufanos á Cristo los milagros que habian hecho, andando á predicar, y diciéndoles Cristo que no se gozasen por los milagros que hacian sino porque sus nombres estaban escritos en los cielos, entró á la hora Cristo en una tanta alegría de espíritu santo y en un tal júbilo interior que, mostrando su placer interior con palabras exteriores, comenzó á decir: «rengráciote, padre, señor del cielo» etc. Adonde, considerando el propósito á que segun San Lúcas dijo Cristo estas palabras y considerando las propias palabras en sí, entiendo que, representándosele y poniéndosele delante á Cristo toda la gloria y felicidad de los que en él habian de ser hijos de Dios, siéndolo ya en la mente divina, en la cual ya estaban escritos los nombres de todos ellos, todo alegre y contento, interiormente fué movido con estas palabras á dar gracias á Dios por la predestinacion de los que tiene predestinados.

Y así entiendo que el secreto de la predestinacion con lo que es anexo á ella, es el que dice aquí Cristo que escondió Dios de los sábios y prudentes y lo reveló á los pequeños, porque entiendo que, diciendo «escondiste esto,» entiendo lo que acababa de decir a, los discípulos: «gaudete autem quod nomina vestra scripta sunt in coelis,» no os goceis porque se os sujetan los demonios, pero gozáos porque vuestros nombres están escritos en los cielos, porque Dios os tiene predestinados para daros vida eterna. Los que, sintiendo su vocacion, siendo discípulos de Cristo, estando en la divina escuela de Cristo, se conocen predestinados de Dios, tienen bien por qué gozarse y alegrarse por sí y por todos los miembros de Cristo, imitando este gozo que aquí mostró Cristo; y los que están sin este sentimiento y sin este conocimiento, tienen bien por qué dolerse y entristecerse, y no deben desesperarse, antes deben animarse á rogar á Dios, les de este sentimiento y conocimiento y que, despues de habérselo dado, se lo acreciente.

Sabios y prudentes llama Cristo á los que son muy ricos de prudencia humana, de lumbré natural, de la ciencia del bien y del mal, que aquirió el hombre comiendo del fruto de aquel árbol; y pequeños llama Cristo á los que son como niños, en cuanto por la regeneracion cristiana han renunciado la prudencia humana, la lumbré natural, la ciencia del bien y del mal, no queriendo servirse de ella en cosa ninguna ni por ninguna manera, conociéndola ciega y oscura, y en cuanto han abrazado la lumbré espiritual y tienen por cierto, firme y verdadero lo que ven con esta lumbré, dudando de todo lo otro, y siendo en efecto como niños, en cuanto, así como los niños, no sabiendo por sí, están á lo que les es dicho en las cosas humanas, así ellos, no sabiendo ni queriendo saber por sí, están á lo que interiormente les es inspirado en las cosas divinas.

Aquí podrá parecer extraño á alguno que dé Cristo igualmente gracias á Dios porque encubre sus cosas á los sábios y prudentes y las descubre á los pequeños y niños, pareciéndole que debia Cristo dar gracias á Dios por lo que hace con los unos y rogarle que hiciese lo mismo con los otros. Al cual yo responderé así: que, considerando lo que dice San Pablo, 1ª Cor. 1, 2. contra la sabiduría y contra los sábios del mundo, y considerando lo que muchas veces he experimentado en mí, holgándome que sean incapaces de las cosas espirituales y divinas los que las quieren entender con sus ingenios y juicios humanos, entiendo que, porque así es ilustrada la gloria de Dios con la ceguedad de los sábios del mundo como con la luz de los hijos de Dios, dió Cristo gracias á Dios igualmente por todas dos cosas. Adonde no se ha de entender que es ilustrada la gloria de Dios en que los sábios del mundo no entiendan los secretos de Dios sino en que no los entiendan mientras los quieren entender con su sabiduría, y aquel no salir con su intento es el que ilustra la gloria de Dios, y por aquello rengracia Cristo al padre y contra aquello habla San Pablo, y por aquello digo yo que me suelo muchas veces holgar.

Añadiendo Cristo: «cierto, padre» etc., afirma que esta cosa, por la cual rengracia á Dios, depende de sola la voluntad de Dios; así lo hace, porque así lo quiere, así le place y le agrada, sin tener respeto sino á sola su voluntad, la cual es en todo y por todo justísima y santísima, si bien la prudencia humana no es capaz de la justicia ni de la santidad que hay en ella. Y háse de advertir que, adonde aquí dice «pareció bien,» en el griego está aquel vocablo de que usa San Pablo siempre que quiere que se entienda que nuestra predestinacion depende de sola la voluntad de Dios, el cual se ha contentado de predestinarnos para la vida eterna por sola su bondad y liberalidad, de la cual y de la obediencia de Cristo que se contentó que en su carne fuésemos castigados nosotros, habemos de reconocer nuestra predestinacion y vocacion, justificacion y glorificacion, no dando parte ninguna á nuestros merecimientos ni á cosa que tenga del nuestro, á fin que toda la gloria sea de Dios de Cristo.

Añadiendo Cristo: «todo me ha sido dado» etc., refiere á la liberalidad de Dios la potestad que tenia de comunicar los secretos de Dios con sus discípulos, la cual potestad entiendo que le fué acrecentada despues de la resurreccion, segun que él lo muestra, diciendo: «data est mihi omnis potestas in coelo et in terra.» Y es conforme á esto lo que yo he escrito en una consideracion y en otras muchas partes, adonde digo, que, así como, habiendo Dios puesto toda su luz exterior en el sol, él nos la comunica á los que tenemos clara la vista de los ojos exteriores, así, habiendo puesto Dios en Cristo su espíritu con todos los tesoros de su divinidad, él nos la comunica á todos los que por favor de Dios tenemos clara la vista de los ojos interiores, pero mejor diré así: á todos los que, habiendo aceptado la gracia del Evangelio, tenemos purificados nuestros corazones, de manera que diga Cristo: todo esto que es encubierto á los sabios y es descubierta á los pequeños, me lo ha dado mi padre á mí, para que yo lo encubra á los unos y lo descubra á los otros.

Y queriendo Cristo mostrar su dignidad, su sér divino y celestial, por el cual es Dios así liberal con él, dice: «y ninguno ha conocido al hijo» etc., entendiendo que es tan divino y celestial que solo el padre lo conoce. Y prosiguiendo en descubrir su altísima dignidad, dice: «ni al padre ¿quién lo ha conocido» etc., entendiendo que, así como solo el padre conoce al hijo, así solo el hijo conoce al padre. Y añadiendo Cristo, «y aquel al cual el hijo

lo querrá revelar,» muestra que está en su mano de él, dar conocimiento del padre á los que él quiere, los cuales solos pueden decir con verdad que conocen á Dios.

Cuanto á la manera como entiendo que por revelacion del hijo conocemos al padre, que por Cristo conocemos á Dios, me remito á lo que he dicho en una consideracion.

Aquí podría parecer extraño á alguno que dijo Cristo que ninguno ha conocido á Dios sino él y aquellos á quien él lo querrá revelar, pues es así que los santos hebreos conocieron á Dios por especial favor de Dios, aún lo conocía todo el pueblo hebreo por las santas escrituras, y así dice David: Notus in Judaea Deus, y aún segun San Pablo lo conocieron los gentiles por la contemplacion de las criaturas.

Pero no parecerá extraño al que considerará la diferencia que hay entre el conocimiento de Dios que tienen los que conocen á Dios por revelacion de Cristo al que tuvieron los gentiles, los hebreos y los santos entre los hebreos, considerando la diferencia por los efectos: en cuanto el efecto, que hizo en los gentiles el conocimiento de Dios que tenían por las criaturas, no por culpa de Dios, sino por culpa suya de ellos fué el que dice San Pablo que evanuerunt in cogitationibus suis; y el efecto que hacia en el pueblo hebreo el conocimiento de Dios que tenia por las escrituras, no por culpa de Dios, sino por culpa suya de ellos fué el que leemos en los libros de los reyes, los cuales están llenos de las idolatrías de aquel pueblo; y el efecto que hacia en los santos hebreos el conocimiento, que tenian de Dios por favor de Dios, por la natura de la ley, era el que leemos en todas las santas escrituras viejas, tenerlos en un contínuo temor y en una contínuo servidumbre; y el efecto que hace en los santos cristianos el conocimiento, que tienen de Dios por revelacion de Cristo, por la natura de la gracia, es el que leemos en las epístolas de nuestros dos apóstoles San Pedro y San Pablo, y el que vemos por alguna experiencia en personas verdaderamente cristianas, esto es librarlas de todo temor y henchirlas de todo amor, desatarlas de leyes y de preceptos y enamorarlas de la imitacion de Cristo y del mismo Dios, al cual conocen como hijos.

Y por tanto, su conocimiento es más perfecto que el de los santos hebreos y por consiguiente que el del pueblo hebreo y que el de los gentiles, ántes es así que estos conocimientos de Dios, comparados con el que tienen los santos cristianos por revelaciones de Cristo, no deben ser llamados conocimientos, así como al conocimiento de Cristo y de Dios que yo tenia veinte años há, comparándolo con el que tengo agora, no lo llamo conocimiento, de manera que pudo bien decir Cristo que solo él conoce á Dios, conociéndolo como él es, y que solamente conocen á Dios los que lo conocen por él, conociéndolo por padre benigno, misericordioso y amoroso.

Y por tanto muy al propósito, añade Cristo: «venid á mí, todos los que trabajais» etc., como si dijese: y pues está á mí, dar conocimiento de Dios, en el cual conocimiento consiste la vida eterna, conforme á aquello haec est vita eterna ut cognoscant te verum Deum solum etc., veníos á mí todos los que, hallándoos en males exteriores ó interiores, deseais salir de ellos, porque yo os sacaré, y así os haré estar reposados y contentos.

Adonde es digno de consideracion que no llama Cristo que vayan á él sino á los que trabajan y están cargados, á los que están en males exteriores, siendo perseguidos y

afligidos de los hombres del mundo, y padeciendo las incomodidades que se padecen con la pobreza, y á los que están en males interiores, conociendo sus maldades, sus rebeliones y sus pecados. Porque los que no se hallan trabajados ó cargados en una de estas maneras, no solamente son sordos á las palabras de Cristo, pero se hacen burla de ellas, pareciéndoles que no tienen necesidad de Cristo ni aún de Dios; tales son los ricos de este mundo, los cuales, dependiendo de sus riquezas, piensan alcanzar con ellas entera felicidad, y tales son los santos del mundo, los cuales, confiando en sus obras, pretenden alcanzar por ellas vida eterna; y los unos y los otros se hallarán malamente burlados. Viniendo Cristo á decir qué es lo que habemos de hacer para ir á él y así hallar descanso y reposo, dice: «Tomad mi yugo sobre vosotros» etc.

Adonde, así como he declarado en el cap. 7 sobre aquello: «entrad por la puerta angosta», por yugo entiendo la fé cristiana, á la cual abajamos las cervices de nuestra prudencia humana, aceptándola en nuestros corazones, y así entiendo que dice Cristo: tomad sobre vosotros el yugo de mi predicacion, sojuzgandoos á creer el indulto y perdon general que yo os predico, y confirmad vuestra aceptacion ó vuestra fé, aprendiendo de mí la mansedumbre y la humildad de corazon que habeis visto en mí, estimándome por el sér que tengo de hombre pasible y mortal, y así vendréis á alcanzar el reposo que yo os prometo, porque será así que por esta vía hallaréis el verdadero reposo para vuestras ánimas.

Y queriendo Cristo facilitarnos aún más esta cosa, añade: «porque mi yugo es apacible y mi carga ligera,» adonde entiendo que llama carga á lo que ha dicho que aprendamos de él, conviene á saber la mansedumbre y la humildad. Y, como he dicho sobre el cap. 7 y en una respuesta, es la carga de Cristo ligera y el yugo de Cristo apacible para los que por don de Dios aciertan en el punto en que consiste la fé cristiana, en el punto en que consiste el vivir cristiano, siendo para todos los otros el yugo áspero y la carga pesada por la dificultad que hallan en sojuzgarse á la fé cristiana, porque repugna la prudencia humana, y al vivir cristiano, porque repugna la sensualidad.

Entendidas estas palabras de Cristo de esta manera, entiendo que para aprender la mansedumbre de Cristo es necesario que atendamos á mortificar y matar en nosotros todos los ímpetus de ira y de cólera que nos pueden venir, porque la mansedumbre consiste en que el hombre viva entre los hombres como oveja entre lobos. Entiendo más que para aprender la humildad de Cristo es necesario que mortifiquemos y matemos todos los afectos de ambicion y de propia estimacion á que somos inclinados, porque la humildad cristiana consiste en que el hombre se desprecie á sí mismo, se tenga en poco y se aniquile, conociendo su fragilidad y miseria.

Los hombres que tienen la humildad exterior, que consiste en apariencia, no tienen la humildad cristiana, como tampoco tienen la mansedumbre cristiana los que la tienen en apariencia y no en existencia; y los que tienen la mansedumbre y la humildad cristiana, cuanto son más espirituales y más perfectos, tanto son más mansos y más humildes, porque tanto más conocen el bajísimo y vilísimo ser en que se hallan miéntras su carne es pasible y es mortal. A los que no son llegados á conocer esto, parece extraño que Cristo tuviese humildad en el corazon.

Tambien entiendo que en aquello «y hallareis reposo para vuestras ánimas,» respondió Cristo á lo que habia dicho: «y yo os haré reposar,» entendiendo que el reposo que él da á los que van á él, tomando su yugo y aprendiendo de él la mansedumbre y la humildad, es interior, en cuanto sienten la paz de las conciencias, que es el primero y principal efecto de la fé y es una de las cosas en que consiste el reino de Dios, quiero decir de las que gozan los que están en el reino de Dios, en el cual comenzamos á sentir en las ánimas el reposo que sentiremos en la vida eterna despues de la resurreccion de los justos en las ánimas y en los cuerpos.

Más entiendo que el ser apacible el yugo de Cristo, consiste en que no hay en esta vida cosa más dulce y más sabrosa que el sentirse el hombre perdonado de Dios y reconciliado con Dios, y que el ser ligera la carga de Cristo, que es su imitacion, consiste en que, certificados los que tienen fé que han de estar bien en la vida eterna, y así enamorados de ella, desprecian la vida presente, la aborrecen y huelgan de perderla, y en que, siendo la mortificacion uno de los efectos de la fé, viene á ser que, si bien por el ordinario es cosa pesada la mansedumbre y la humildad con todas las otras cosas que son anexas á estas en las cuales consiste la carga de Cristo, la mortificacion, que ha hecho la fé que es el yugo de Cristo en los que creen, hace que la imitacion de Cristo les sea ligera y fácil de llevar, holgándose ellos de mortificar y de matar todo lo que tienen de Adam.

Los que no han tomado sobre sí el yugo de Cristo, estando sin fé, tienen que la carga de Cristo sea pesadísima é inoportabilísima, y tal es con efecto para la carne no mortificada por la fé. Y por tanto es buen contraseño, por el cual el hombre puede conocer si la fé es eficaz en él ó no, la ligereza ó la graveza que siente en la carga de Cristo, en la doctrina del vivir cristiano á imitacion de Cristo. De esta manera entiendo al presente todas estas palabras de Cristo, y pienso, ántes tengo por cierto, que con el tiempo las entenderé mejor, porque sé que, segun que irá en mí creciendo la fé y el espíritu, así irá creciendo la paz y el reposo, é iré sintiendo más ligera la carga de Cristo, y, teniendo más experiencia de esto que aquí dice Cristo, vendré á entenderlo mejor, á gloria de Dios y del hijo de Dios, Jesu Cristo nuestro señor.

Capítulo XII

En aquel tiempo iba Jesus los sábados por los sembrados, y sus discípulos habian hambre y comenzaron á arrancar espigas y comer. Y viendo esto los Fariseós, le dijeron: Cata, que tus discípulos hacen lo que no es lícito hacer en sábado. Y él les dijo: ¿No habeis leído lo que hizo David cuando hubo hambre él y los que estaban con él? como entró en la casa de Dios y comió con los panes de la ofrenda, los cuales no era lícito comer á él ni á los que estaban con él, sino á solos los sacerdotes. ¿O no habeis leído en la ley que los sábados los sacerdotes en el templo profanan el sábado y son sin culpa? Pues dígoos que aquí está cosa mayor que el templo. Pero, si supiéseis qué cosa es: misericordia quiero y no sacrificio, no condenaríais á los sin culpa. Porque el hijo del hombre es tambien señor del sábado.

Aquí se ha de considerar que, conociendo Cristo que sus discípulos habían hambre, los llevaba por los sembrados o por los panes ya granados, á fin que la necesidad les hiciese hacer lo que no hicieran sin ella, y que, haciéndolo diesen ocasion á la calumnia de los Fariseos y á la defension con que Cristo los defendió, en la cual ellos aprendieron que no habia de ser entendida la observacion del sábalo así supersticiosamente como la entendian los Fariseos y la daban á entender al pueblo.

Y así se considera aquí la divina sabiduría de Cristo, la sinceridad de los discípulos de Cristo, la supersticion de los Fariseos. Disculpando Cristo á sus discípulos con el caso de David, les mostró lo que comunmente se dice que la necesidad no tiene ley, quiero decir, que no ofendia á Dios el que constreñido de la necesidad iba contra alguna de las observaciones de la ley, y así compara el caso de los discípulos al caso de David, como si dijese: pues David no hizo mal, entrando en la casa de Dios, (así llama al lugar donde estaba el arca del testamento,) y comiendo por necesidad los panes que no le era lícito comer, tampoco hacen mal mis discípulos en arrancar espigas y comer en sábalo, siendo constreñidos de la necesidad.

En el caso de los sacerdotes descubrió Cristo mucho su divinidad, entendiendo que, pues era lícito á los sacerdotes trabajar el sábalo en el templo, tambien era lícito á sus discípulos trabajar el sábalo, estando adonde él estaba que era más que estar en el templo. Y añadiendo «pero si supiéseis» etc., muestra que, de tener los Fariseos por cosa más agradable á Dios el sacrificar que el socorrer al prójimo, procedia que no culpaban á los sacerdotes porque sacrificando trabajaban en sábalo, y culpaban á sus discípulos porque en sábalo arrancaban las espigas por no morir de hambre. Aquello «misericordia quiero,» etc., está declarado en el cap. 9. Diciendo «porque el hijo del hombre» etc., concluye Cristo que, aunque fuera propio quebrantar el sábalo, sus discípulos lo podian hacer con dispensacion suya de él como señor del sábalo. Esto es lo que entiendo en estas palabras, las cuales á mi ver pertenecen más para el tiempo que fueron dichas, que para este tiempo.

Y pasando de allí, vino á la sinagoga de ellos, y hé aquí que estaba allí un hombre que tenia la mano seca, y preguntábanle diciendo: ¿Si es lícito curar en sábados? por acusarlo. Y él les dijo: ¿Qué hombre hay de vosotros que tenga una oveja y, si esta cairá en sábados en alguna hoyá, veamos no la tomará y levantará? ¡Pues cuánto es de mayor excelencia el hombre que la oveja! De manera que es lícito en sábados hacer bien. Entónces dice al hombre: Extiende tu mano y extendióla y fué restituida sana como la otra. Y los Fariseos salidos tomaron consejo contra él como lo matarian. Y Jesus sabiéndolo se partió de allí y siguiéronlo muchas gentes y sanólos á todos y amenazólos que no lo publicasen, á fin que fuese cumplido lo que estaba dicho por el profeta Esaías, diciendo: Hé aquí mi siervo el que he escogido, mi amado, en el cual se ha contentado mi ánima; pondré mi espíritu sobre él y anunciará juicio á las gentes; no contendrá ni voceará ni oirá ninguno en las plazas su voz; no quebrará la caña cascada ni apagará el lino que humea; hasta que saque á victoria el juicio, y las gentes esperarán en su nombre.

El caso del hombre que tenía la mano seca sirve contra la supersticiosa observación del sábado, á que estaban asidos los judíos por la natural condición de los hombres que se estrechan en lo que se podrían alargar y se alargan en lo que se debían estrechar; así hacen todos los que tienen ánimos hebreos, estréchanse en observaciones exteriores y alárganse en el vivir licencioso y vicioso y en satisfacer sus ánimos en vanidades y curiosidades.

Por lo que aquí dice Cristo de la oveja, parece que en aquel tiempo era tenida por cosa lícita aquella, y, no siendo ahora tenida por cosa lícita entre los judíos, parece que aún son más supersticiosos los judíos de ahora que los de entónces; esto pienso que procede de que deben ser más viciosos, porque es así siempre que los que son más viciosos, aquellos son más supersticiosos. Diciendo el evangelista que los Fariseos hicieron consejo, consultando y buscando manera como matar á Cristo, muestra cuanto eran malignos y perversos; no podían convencer á Cristo ni con razón ni con escrituras y, por quitárselo delante, iban pensando cómo hacerle morir.

Casi siempre son tales como estos los que se muestran celosos de las observaciones supersticiosas. Aquello «á fin que fuese cumplido» etc., para que cuadre bien, no se ha de referir, como lo refieren algunos, á las palabras que preceden inmediatamente sino á las que poco ántes han precedido: «y Jesús sabiéndolo se partió de allí,» de manera que quiera decir San Mateo que se partió de allí Cristo por no estar á contender ni á contrastar con los Fariseos, y que alegue las palabras de Esaías para mostrar que estaba profetizada esta modestia y mansedumbre de Cristo.

Las palabras de Esaías son dignas de mucha consideración, porque asientan tan bien en Cristo que, si ahora fueran escritas, no pudieran asentar mejor. Primero hablando Esaías en persona de Dios, llama á Cristo siervo, por la forma de siervo que tomó; y cuanto á esto me remito á lo que he dicho Efes. 2. Segundo dice: «el que he escogido,» para mostrar su perfección. Tercero dice: «mi amado,» para mostrar su dignidad. Cuarto dice: «en el cual se ha contentado,» satisfecho y agradado, «mi ánima,» que responde bien á la voz del padre que fué oída en el Jordán. Quinto dice: «pondré mi espíritu sobre él,» entendiendo para que él lo comunique á los otros. Sexto dice: «y anunciará juicio á las gentes;» esto pienso que pertenece al día del juicio. Séptimo celebra la mansedumbre de Cristo, diciendo: «no contendrá» etc., ó no será contencioso ni vocinglero.

Octavo celebra la modestia é inocencia de Cristo, diciendo: «no quebrará la caña» etc., entendiendo que sería tan ajeno de hacer mal ni daño á ninguno, que ni aún una caña cascada, la cual no es buena para cosa de esta vida, no la quebraría, ni apagaría ó mataría un poco de lino que viese humear. Nono dice que sería tal Cristo hasta el día del juicio, así entiendo aquello: «hasta que saque á victoria el juicio,» que es lo mismo que si dijese: hasta que venga victorioso al juicio; y son estas palabras de mucha consideración para que se vea que Esaías nota en estas palabras dos estados de Cristo: uno humilísimo, mansuetísimo y modestísimo, en el cual hasta el día de hoy está en sus miembros, en los que por fé están incorporados en él, y otro altísimo, gloriosísimo y triunfantísimo; de los cuales hemos visto y vemos el uno y esperamos ver el otro, del cual los que creemos tenemos muchas evidentes señales.

Décimo dice: «y las gentes esperarán en su nombre,» profetizando la vocacion de la gentilidad á la gracia del evangelio. Y así en estas diez cosas encierra Esaías la divina union entre Dios y Cristo, el estado humilde y el estado glorioso de Cristo con la vocacion de la gentilidad al evangelio, pero ya he dicho que el intento para que las alega San Mateo, es para mostrar que estaba profetizada la mansedumbre y modestia de Cristo.

Segun la letra hebrea dice Esaías así: «Hé aquí á mi siervo, arrimaréme á él, mi escogido, en él se ha contentado mi ánima. He dado mi espíritu sobre él, sacaré juicio á gentes; no voceará y no alzaré voz, y no hará que sea oida en plaza su voz; no quebrará la caña cascada, y el lino que humea no lo apagaré, á verdad sacaré el juicio; no se entristecerá ni faltará de ánimo hasta que ponga en la tierra el juicio, y las islas esperarán su ley.» Esaías 42. Adonde, aunque hay alguna variacion con lo que alega el evangelista, en la sustancia no hay ninguna. En aquello «arrimaréme á él,» ó haré mi fundamento en él, entiendo que, queriendo Dios reconciliarse consigo á los hombres, se arrimó, se atuvo y estribó en Cristo para castigarlo á él por asegurarlos á ellos y, por satisfacer á su justicia. Diciendo: «sacaré juicio á gentes,» y despues: «á verdad sacaré el juicio,» muestra que hasta que venga Cristo al juicio, está encubierta la igualdad con que Dios juzga, y que entónces vendrá á ser descubierta.

Aquello «no se entristecerá» etc., no es contrario á lo que veremos adelante, que Cristo en el huerto se entristeció, porque allí se entristeció por nosotros y no por sí; si se entristeciera por sí, quiero decir, por conocer en sí algun defecto, faltara de ánimo, pero, porque se entristeció por nosotros, quiero decir, por nuestras iniquidades y pecados que veía sobre sí, no faltó de ánimo, no dejó de ofrecerse á la muerte. Diciendo: «y las islas esperarán su ley,» entiende la conversion de los de la gentilidad, como la entiende San Mateo, diciendo: «y las gentes esperarán en su nombre,» que es lo mismo que: confiadas en él, esperarán gloria, inmortalidad y vida eterna.

Entónces le fué traído un endemoniado ciego y mudo, y sanólo, de manera que el ciego y mudo y hablaba y veía. Y espantáronse todas las gentes y decian: ¿Por ventura es este el hijo de David? Y los Fariséos oyendo esto dijeron: Este no echa los demonios sino en virtud de Beelzebul, príncipe de demonios. Y viendo Jesus sus pensamientos, les dijo: Todo reino dividido entre sí es destruido, y toda ciudad ó casa dividida entre sí no permanecerá, y si Satanás echa á Satanás, entre sí está dividido, pues ¿cómo permanecerá su reino? Y si yo en virtud de Beelzebul echo los demonios, vuestros hijos ¿en cuya virtud los echan? Por tanto ellos serán vuestros jueces. Pero, si yo en virtud del espíritu de Dios echo los demonios, bien se sigue que es venido á vosotros el reino de Dios. O ¿cómo puede uno entrar en la casa de un esforzado y saquearle su ajuar, si primero no ata al esforzado? y entónces le saqueará la casa. El que no es conmigo, contra mí es; y el que no granjea conmigo, desperdicia.

De sanar Cristo al endemoniado ciego y mudo resultaron estas tres cosas. La primera, que las gentes, que vieron el milagro, comenzaron á pensar que Cristo era el Mesía prometido en la ley; y así es siempre que los que ven alguna cosa eficaz de la palabra de

Dios, si están sin pasion, luego comienzan á pensar bien de ella, y esto entiendo que es el primer movimiento que hay en el hombre, y enténdolo porque en mí lo he experimentado.

La segunda, que los Fariseos descubrieron la malignidad que tenían dentro de sus ánimos, persuadiendo á las gentes que Cristo no era el Mesía, con decir que obraba por espíritu diabólico, adonde no entiendo que los Fariseos conocian verdaderamente que Cristo era el Mesía, pero entiendo que habian comenzado tambien ellos como las otras gentes á pensar si era él y que tenian por cierto que lo que obraba, no lo obraba con espíritu malo, pero, porque no querian que fuese él, aunque pensaban que era, persuadian á las gentes que no era, diciendo que obraba por espíritu diabólico; y en esto entiendo que consistia su malignidad.

La tercera, que confirmó Cristo que el reino de los cielos, que él predicaba, era ya venido, pues se veían tan grandes efectos de él; y para confirmar esta verdad que su obrar era por virtud divina y no por virtud diabólica, como calumniaban los Fariseos, hace Cristo tres argumentos.

En el primero dice así: el reino, la ciudad ó la casa, adonde hay division, siempre viene en perdicion, pues, si en el reino de Satanás hay division, como vosotros entendeis, pues decís que en virtud de un demonio echo yo á otros demonios, su reino vendrá en perdicion; y entiende Cristo que no es cosa razonable que Satanás quiera destruir su reino. Y aquí se ha de entender que Beel-zebul no era príncipe de todos los demonios sino de una parte de ellos.

En el segundo argumento, dice Cristo así: si es así, como vosotros decís, que yo echo los demonios en virtud de Beel-zebul, tambien será así que mis discípulos, que son vuestros hijos, echan los demonios en virtud de Beel-zebul, pues es así que yo les he dado autoridad para echarlos; y háse de presuponer que los Fariseos aprobaban por cosa divina el echar los discípulos de Cristo á los demonios, porque de otra manera el argumento no valdría. Aquello, «por tanto ellos serán vuestros jueces,» lo entiendo así que en el dia del juicio condenará Cristo la impiedad de los Fariseos con la piedad de los discípulos, la malignidad con la sinceridad etc.

En el tercer argumento, dice Cristo así: pues es así que no puede uno entrar en la casa de un hombre que sea valiente y esforzado para robársela y saqueársela, si primero no lo ata y prende, tambien es así que no podria yo echar á los demonios de los cuerpos humanos, adonde se han hecho señores, si primero no hubiese vencido y prendido al príncipe de todos los demonios; y resolviendo Cristo este argumento, dice: «el que no es conmigo» etc., entendiendo: pues yo no favorezco á los demonios ni los ayudo á granjear, ganar y coger hombres en su reino, ántes por el contrario los desfavorezco echándolos de los cuerpos humanos, abajándoles y quitándoles su tiranía, claro está que les soy contrario y que les destruyo. Y no es contraria á esta sentencia la que está Marc. 9, adonde dice Cristo: «el que no es contra nosotros, de nuestra parte es,» porque allí entiende que, siendo naturalmente los hombres enemigos de Dios, se puede decir que él, que no le es contrario, es de su parte; en San Marcos habló Cristo de sí propio, y aquí dijo una sentencia general al propósito que está declarado.

De esta manera muestra Cristo cuánto eran depravados los ánimos de los Fariseos, juzgando ó mostrando que juzgaban de él que obraba por virtud diabólica, por espíritu malo, y juntamente confirmó lo que las gentes comenzaban á pensar de él, si era el Mesía, si era el hijo de David, prometido rey perpétuo en el pueblo de Israel, no en el carnal y exterior, sino en el espiritual é interior, en el cual reina Cristo, hijo de David, y en el cual reinará hasta que, como dice San Pablo, entregue el reino á su eterno padre.

Por tanto os digo: todo pecado y blasfemia será perdonado á los hombres, pero la blasfemia del espíritu no será perdonada á los hombres; y al que dirá palabra contra el hijo del hombre le será perdonada, pero al que dirá contra el espíritu santo, no le será perdonada ni en el siglo presente ni en el futuro. Ó haced el árbol bueno, y su fruto será bueno, ó haced el árbol malo, y su fruto será malo; porque por el fruto es conocido el árbol. ¡Generacion de víboras! ¿cómo podeis hablar bien, siendo malos? Porque de lo que abunda en el corazon, habla la boca. El buen hombre del buen tesoro de su corazon saca bienes, y el mal hombre del mal tesoro de su corazon saca males. Y dígoos que de toda palabra ociosa, que hablarán los hombres, darán razon en el dia del juicio, porque por tus palabras serás justificado y por tus palabras serás condenado.

Prosiguiendo Cristo contra los Fariseos que persuadian al pueblo que echaba á los demonios por arte diabólica, atribuyendo al espíritu malo lo que era de espíritu santo, sintiendo ellos de otra manera que hablaban, dice: «todo pecado» etc., entendiendo que solo aquel pecado que hacian los Fariseos, siendo como era contra el espíritu santo, es irremisible; como lo es en todos los que, siendo Fariseos, son contra los hijos de Dios lo que eran estos contra Cristo. Adonde, considerando que el pecado de estos Fariseos consistia en que atribuian al espíritu malo lo que Cristo hacia por espíritu santo, no porque ellos lo creyesen así, sino porque quisieran que fuera así, y querian que el pueblo creyese que era así, vengo á entender que entonces un hombre peca contra el espíritu santo, cuando con malignidad de ánimo persuade á los hombres que son obras de espíritu malo las obras del espíritu santo, sintiendo él su ánimo de otra manera.

Este pecado entiendo que es irremisible, porque nunca está sino en hombres depravadísimos y obstinados en la depravacion, cuales eran los Fariseos que estaban armados contra Cristo. En este pecado nunca caen los que son predestinados para la vida eterna, porque Dios los tiene con su mano; y á los que caen en este pecado, pertenecen puramente aquellas rigurosas palabras que están en Esaías 6, las cuales están alegadas contra estos tales en todos cuatro evangelistas, y á este pecado entiendo que llama San Juan «peccatum ad mortem», por el cual no quiere que roguemos, porque á los que caen en él, pertenece aquello que dice San Pablo: «tradidit illos Deus in reprobum sensum.» Rom. 1. De estos fué Faraon y de estos fué Saul y fueron los Fariseos y son todos los que siguen aquella vía.

Lo mismo es «la blasfemia del espíritu» que el pecado de blasfemia dicha contra el espíritu santo. Añadiendo Cristo: «y al que dirá palabra» etc., entiendo que se declara en lo que ha dicho, como si dijese: y sabed que este pecado contra el espíritu santo es tan grave

que, si bien perdonará Dios á los hombres lo que pecarán contra mí, no les perdonará lo que pecaran contra el espíritu santo que obra en mí.

Adonde entiendo que pecaban contra Cristo los que decían de él que era comedor y bebedor, amigo de publicanos y de pecadores, y que pecaban contra el espíritu santo, que obraba en Cristo, los que decían de él que echaba los demonios en virtud de Beelzebul, príncipe de demonios. Y entiendo que el pecado contra la persona de Cristo era excusable, porque podía nacer de ignorancia sin malicia; veían los hombres á Cristo andar en aquellas conversaciones y, conociendo ellos de sí que no podían hacer aquello mismo sin depravarse, juzgaban mal de Cristo, como juzgan mal de los miembros de Cristo cuando ven que hacen lo que hacia Cristo, porque es propio de los hombres juzgar de los otros lo que juzgan de sí, quiero decir, juzgar á los otros por lo que conocen en sí.

Y entiendo también que el pecado contra el espíritu santo, que obraba en Cristo, era inexcusable, porque no podía nacer sino de ánimos depravadísimos y obstinados en la depravación, cuales son los de aquellos hombres que, imitando á los Fariseos, persuaden á las gentes que son obras de espíritu malo las que obra el espíritu santo en los que son verdaderos miembros de Cristo, en los que, habiendo tomado sobre sí el yugo de Cristo, van imitando en Cristo la mansedumbre y la humildad interior, sintiendo ellos de otra manera que hablan. Lo mismo entiendo que es «ni en el siglo presente ni en el futuro» que: en ningún tiempo.

Añadiendo Cristo: «ó haced el árbol bueno» etc., entiendo que pretende mostrar lo que habemos dicho, que lo que pecaban los Fariseos contra el espíritu santo procedía de la depravación que tenían en sus ánimos, y así entiendo que es un hablar general, como si dijese Cristo: ¿quereis ver que estos Fariseos tienen malos ánimos? mirad las palabras que dicen, pues es así que, así como el buen árbol da buen fruto y el mal árbol da mal fruto, así también el buen hombre habla bien y el mal hombre habla mal, de manera que, así como el árbol es conocido por su fruto, así el hombre es conocido por sus palabras. Entiende Cristo por las que habla, siendo suyas propias; esto digo porque acontece muchas veces que un mal hombre habla buenas palabras, pero aquellas no son suyas sino de aquellos de quien las ha aprendido, y como estas le faltan, habiendo de dar del suyo, no puede dar sino mal.

No entiendo aquí que, diciendo Cristo: «mal hombre,» comprende á todos los que no son renovados por espíritu santo, ni entiendo que, diciendo: «buen hombre,» comprende solamente á los renovados por espíritu santo, pero entiendo que habla humanamente, llamando mal hombre al depravado, al que, obstinado en malignidad diabólica, interpreta á mal todo lo bueno que ve, cuales eran los Fariseos, y llamando buen hombre al que tiene una bondad natural, con que aún lo malo interpreta á bien.

Esta inteligencia me place, y, aunque no sería malo entender que llama Cristo malos hombres á todos los que están sin espíritu santo, y que llama buenos hombres á solos los que tienen espíritu santo, todavía me contenta más la otra inteligencia, pareciéndome que toca más á los Fariseos, diciéndoles que aun entre los hombres, que naturalmente son inclinados á mal, conforme á aquello que hemos visto en el capítulo 7: «si vosotros, siendo malos» etc., ellos eran malísimos y descubrieran su maldad, persuadiendo al pueblo que lo que obraba Cristo con espíritu santo eran obras de espíritu malo, no sintiéndolo ellos así.

Aquello «generacion de víboras» etc., va contra los Fariseos; en efecto, parece haberse resentido Cristo por la blasfemia dicha contra el espíritu santo, del cual resentimiento sienten su parte los que son miembros de Cristo, cuando ven que es blasfemada la verdad del evangelio y la verdad del vivir cristiano, no resintiéndose cuando ellos propios son murmurados ó calumniados por lo que no pertenece á la verdad cristiana. Añadiendo Cristo: «y dígoos que de toda palabra» etc., pretende encarecer lo que ha dicho, como si dijese: y mirad si importa que el corazon sea bueno, para que las palabras sean buenas, que á los hombres en el dia del juicio les será tomada cuenta, no solamente de las palabras blasfemas y de las perjudiciales que habrán dicho, pero aún de las ociosas, de las que habrán dicho sin haber para qué, por pasatiempo.

Adonde entiendo que por todo este rigor han de pasar el dia de juicio los hombres que pretenderán justificarse por sus obras. Y cuanto más considero este, tanto me conozco más obligado á mi Cristo, el cual, habiéndome tomado en sí, me mató muriendo y me resucitó resucitando, y así me eximió y libró de pasar por este rigor, siendo así que no me considera ni me considerará Dios por lo que soy por mí sino por lo que soy, incorporado en Cristo, por la cual incorporacion no me es imputado á condenacion lo que á los hombres que están sin Cristo, segun que lo escribe San Pablo, Rom. 8.

Concluyendo Cristo sus palabras contra los Fariseos y contra los que son como ellos, dice: «porque por tus palabras» etc., entendiendo que el impío será condenado en el dia del juicio por las malas palabras, con que habrá dado testimonio de su impiedad, malignidad y depravacion, y que el pío será justificado en el dia del juicio por las buenas palabras, con que habrá dado testimonio de su piedad, justicia y santidad, quiero decir que, habiendo de ser las sentencias exteriores, serán alegadas en ellas las causas exteriores, las malas palabras que salen del ánimo impío y las buenas palabras que salen del ánimo pío. Sobre esto he hablado en una consideracion.

Entónces respondieron algunos de los escribas y Fariseos, diciendo: Maestro, queremos ver que hagas alguna señal. Y él respondiendo, les dijo: Generacion mala y adúltera señal busca, y señal no le será dada sino la señal de Jonás profeta, y porque, así como Jonás estuvo en el vientre de la ballena tres dias y tres noches, así estará el hijo del hombre en el corazon de la tierra tres dias y tres noches. Los hombres de Ninivé se levantarán en el juicio con esta generacion y la condenarán, porque se reconocieron á la predicacion de Jonás, y veis más que Jonás está aquí. La reina de Austro se levantará en el juicio con esta generacion y la condenará, porque vino de los fines de la tierra á oír la sabiduría de Salomon, y veis más que Salomon está aquí.

Habiendo hablado Cristo así rigurosamente contra los Fariseos, parece que ellos con los escribas perseverando en su malignidad, le dijeron: «Maestro, queremos ver que hagas alguna señal,» entendiendo que no se contentaban con las que hacia, y querian ver otras mayores; y conociendo Cristo que no demandaban la señal ó milagro porque desearan creer sino porque no creian que la podria hacer, les dice: «Generacion mala y adúltera» etc.,

entendiendo que no les daría la señal que demandaban, pero que les daría una señal que viéndola no la entenderían, esta es su muerte y su resurrección.

Adonde se ha de entender que de estar los judíos acostumbrados á esto que, siempre que Dios les prometía alguna cosa, les daba alguna señal, con que se certificasen de ella, procedió que estos demandaban á Cristo alguna señal muy evidente por confirmación que era espíritu santo el que obraba en él, y es conforme á esto lo que dice San Pablo: «Judæi signa petunt». 1ª Cor. 1, y es así siempre que todos los que tienen ánimos hebreos, demandan señales y milagros por confirmación de la verdad del evangelio, así como los, que tienen ánimos de gentiles, para la misma confirmación buscan ciencia; querían entender para creer, y Dios quiere que crean para que entiendan.

La señal ó el milagro, que estos demandaban á Cristo, entiendo que era alguna cosa muy prodigiosa, la cual entiendo que calumniaban así como calumniaban todo lo demás, porque su intento, demandando señal, no era deseando creer sino buscar que calumniar, así como el intento de los, que al tiempo que Cristo estaba en la cruz, decían: si es hijo de Dios, baje ahora de la cruz, y creerémoslo, no era creer en Cristo sino burlarse de Cristo. Y tales entiendo que son los intentos de todos los que demandan milagros por confirmación de la verdad evangélica, los cuales todos pueden tomar por suya esta respuesta que Cristo dió á los escribas y Fariseos, diciendo: «generación mala y adúltera,» etc.

Adonde considero que entrevino á estos con Cristo casi lo mismo que entrevino al rey Achaz con Esaías, en cuanto, así como á Achaz impío que no quería creer en el prometimiento de Dios, dió Esaías por señal la encarnación y el nacimiento de Cristo, la cual señal ni él la entendió ni la han entendido sus sucesores, así Cristo á estos, que le demandaban señal, les dió por señal su muerte y su resurrección, la cual señal ni ellos la entendieron ni la han entendido sus sucesores, de manera que á Achaz impío fué dada por señal la encarnación y el nacimiento de Cristo, pero él no la entendió, y á los escribas y Fariseos impíos fué dada por señal la muerte y la resurrección de Cristo, pero ellos no la entendieron.

Y así no sirven estas dos señales sino á los que aceptan la gracia del evangelio, á los cuales es señal eficaz la encarnación y el nacimiento de Cristo, como está dicho en el cap. primero, y es señal efficacísima la muerte y la resurrección de Cristo, en la cual se declaró ser hijo de Dios; y porque la señal de la resurrección de Cristo entiendo que es la más eficaz, entiendo también que es la que más nos pone delante San Pablo en todas sus epístolas juntamente con la señal de la muerte, las cuales van siempre en compañía como las juntó aquí Cristo, alegando el caso de Jonas que fué como un morir y resucitar por la salud de los de la ciudad de Ninivé.

Y háse de entender que la señal de la muerte de Cristo nos certifica de nuestra justificación, conforme á lo que muchas veces decimos, y castigando Dios en Cristo nuestros pecados, no tuvo menor intento asegurarnos á nosotros que á satisfacer á su justicia, y que la señal de la resurrección de Cristo nos certifica de nuestra glorificación; pero después que habemos aceptado el indulto y perdón general y por él nos tenemos por reconciliados con Dios, porque ántes tanto no son á nosotros estas señales cuanto fueron á los escribas y Fariseos y son á los que son tales como ellos.

Cuanto á los tres días y tres noches, teniendo yo por cierto que los de Cristo fueron propiamente como los de Jonas, digo que, si yo supiese de qué manera fueron los de Jonas, sabría de qué manera fueron los de Cristo, y, no sabiendo los unos, no me quiero poner á averiguar los otros, contentándome con saber que los unos fueron como los otros. A propósito de la señal de Jonas viene á decir Cristo que en el día del juicio los de la ciudad de Ninivé condenarán á los judíos, entendiendo que la conversion de los de Ninivé á la predicacion de Jonas condenará la obstinacion de los judíos, los cuales, teniendo presente á Cristo que era mucho más excelente que Jonas, no hicieron lo que los de Ninivé.

La misma inteligencia es en lo que dice de la reina de Austro ó de Saba, y aquí se entienden dos cosas: la una en qué manera los santos de Dios han de juzgar y condenar á los santos del mundo y á los hombres del mundo en el día del juicio, y la otra, que la resurreccion ha de ser universal de malos y buenos. Adonde, si parecerá extraño á uno, que hayan de resucitar con Cristo los que no han conocido á Cristo ni creído en Cristo, le diré que considera en la obediencia de Cristo lo que considera en la desobediencia de Adam, y que piense que, así como en la desobediencia de Adam todos fuimos desobedientes y por tanto todos fuimos condenados á muerte eterna como rebeldes y enemigos de Dios, de la cual condenacion somos libres los que creemos en Cristo, porque, aunque morimos, á tiempo resucitamos para vivir para siempre: así en la obediencia de Cristo todos fuimos obedientes y por tanto habilitados á vida eterna como reconciliados con Dios y amigos de Dios, de la cual habilitacion son excluidos los que no creen en Cristo, porque, aunque resucitarán á tiempo, no vivirán para siempre, de manera que no gozarán de la habilitacion á vida eterna sino los que, abrazando la gracia del evangelio, tendrán por cierto y firme que, así como desobedecieron en Adam, así obedecieron en Cristo, y así son obedientes en Cristo, justos en Cristo y santos en Cristo; los otros todos resucitarán bien pero no á vida eterna sino á muerte eterna. Y el que querrá hacerse bien capaz de esta consideracion, que es importantísima, lea en San Pablo Rom. 5, rogando á Dios, le dé la verdadera inteligencia de lo que leerá. Y sobre esto he escrito una consideracion.

Pues cuando el espíritu sucio sale del hombre, camina por lugares sin agua, buscando reposo y no lo halla; entónces dice: Tornaréme á mi casa, de donde salí, y viniendo hállala en ociosidad, barrida y aderezada; entónces va y toma consigo otros siete espíritus peores que él y entrando mora allí, y viene á ser lo postrero de aquel hombre peor que lo primero. Así acontecerá á esta generacion mala.

Si yo supiese la natural condicion de estos espíritus sucios de quien habla aquí Cristo, sabría decir por qué causa el que sale del hombre va por lugares sin agua, y sabría decir en qué manera halla al hombre, de donde sale, en ociosidad, barrido y aderezado, y qué espíritus son los que toma peores que él, y así todo lo demas que se desea entender aquí, pero, como no la sé, no sé tampoco decir nada de estotro, no entendiendo lo uno ni lo otro. Entiendo bien que el intento de Cristo es decir que á los judíos habia de acontecer como acontece al hombre del cual sale el sucio espíritu, en cuanto, así como á tal hombre le fuera menos mal que el espíritu no saliera de él, pues torna á él con otros siete espíritus peores que él, así á ellos les fuera ménos mal que Cristo no hubiera venido entre ellos ni hecho los

milagros que hacia, ni predicado lo que predicaba, ni enseñado lo que enseñaba, pues, estándose en su incredulidad ántes endureciéndose en ella, venian cada dia de mal en peor; á esto llama ser lo postrero peor que lo primero. En aquello «siete espíritus» entiendo número finito por infinito. Y aquello «así acontecerá» se ha de entender no como al espíritu sino como al hombre. Importa considerar estas maneras de hablar en todas estas comparaciones que pone Cristo.

Y hablando él aún á las gentes, hé aquí que su madre y hermanos estaban fuera, buscando hablarle, y díjole uno: Mira que tu madre y tus hermanos están fuera buscando hablarte. Y él respondiendo dijo al que se lo decia: ¿Quién es mi madre? ¿Y quién son mis hermanos? Y extendiendo su mano sobre sus discípulos, dijo: ¡Hé aquí mi madre y mis hermanos! Porque el que hará la voluntad de mi padre el que está en los cielos, este es mi hermano, hermana y madre.

En estas palabras de Cristo aprendemos que el verdadero cristiano que regenerado en Cristo ha dejado de ser hijo de Adam y es hijo de Dios, convierte y posa, todo su amor y toda su aficion que ántes de la regeneracion tenia á sus padres, hermanos y parientes, en los que conoce que están en la misma regeneracion, á los cuales ama y quiere aún más que á padres, que á hermanos y que á parientes, porque es más fuerte vínculo el de la regeneracion cristiana que el de la generacion humana. Adonde entiendo que es bonísimo contraseño al hombre para certificarse de su regeneracion cristiana el hallarse más aficionado á los que por la regeneracion cristiana le son padre, madre, hermanos é hijos, que á los que por la generacion humana le son padre, madre, hermanos é hijos. Los que no gustan de esta aficion, estándose siempre en la aficion que es de la generacion humana, tengan por cierto que no son entrados en la regeneracion cristiana, y, si desearán entrar en ella, rueguen á Dios con mucha fé y con mucha importunidad que los meta en ella.

Aquí se entiende que lo que al cristiano pertenece en la presente vida es guardar el decoro y el deber de la regeneracion cristiana, no por ser cristiano sino porque es cristiano; y este deber consiste en aceptar la fé cristiana y en aplicarse al vivir cristiano, porque hacer esto es hacer la voluntad de Dios, porque esto es lo que Dios quiere de nosotros.

Saber qué es lo que querian hablar á Cristo su madre y sus hermanos, importa poco; importa bien, considerar que aquellas palabras de Cristo: «¿quién es mi madre?» etc., muestran algun resentimiento, como que se resintiese Cristo que fuese llamado al deber de la generacion humana, estando ocupado, como seria decir, en el deber de la regeneracion cristiana. Adonde no se ha de entender que por estas palabras entienda Cristo que su madre ni aún que sus hermanos no hacian la voluntad de Dios, como la hacian los discípulos, sino que habló Cristo segun el intento de el que le hizo la embajada, quiero decir que, porque conoció que aquello queria tirar, como seria decir, del deber de la regeneracion cristiana al deber de la generacion humana, él le respondió conforme á aquel su intento, entendiéndole: no tengo yo por madre ni por hermanos sino á los que hacen la voluntad de mi Padre.

Los hebreos llaman hermanos á los primos, hijos de hermanos, y á los parientes comunmente. Diciendo «buscando,» entiende: procurando. Y diciendo «fuera,» entiende: fuera de la casa adonde Cristo estaba.

Capítulo XIII

En aquel dia saliendo Jesus de la casa, se asentó junto al mar, y allegáronsele muchas gentes, tanto que él, entrado en una barca, se asentó, y toda la gente estaba en la ribera, y hablóles mucho en parábolas, diciendo: Mirad, salió el sembrador á sembrar, y en el sembrar una parte cayó junto al camino, y vinieron las aves y comiéronsela; y otra cayó en lugar pedregoso adonde no tenia mucha tierra, y luego nació por no tener hondura de tierra; pero, saliendo el sol, se quemó, y, porque no tenia raíces, se secó; y otra cayó en espinas, y subieron las espinas, y ahogáronla; y otra cayó en buena tierra y dió fruto, una ciento, y otra sesenta, y otra treinta. El que tiene orejas para oír, oiga. Y llegándose los discípulos, le dijeron: ¿Por qué causa les hablas en parábolas? Y él respondiendo, díjoles: Porque á vosotros es concedido saber los misterios del reino de los cielos, pero á ellos no es concedido. Porque al que tiene, le será dado, y abundará, pero al que no tiene, y lo que tiene le sería quitado. Por esto les hablo en parábolas, porque viendo no ven, y oyendo no oyen ni entienden; y es cumplida en ellos la profecía de Esaías que dice: con oreja oireis y no entendereis, y mirando mirareis y no vereis: porque embotado está el corazón de este pueblo y con dificultad oyen con las orejas y han cerrado sus ojos, porque no les acontezca ver con los ojos y oír con las orejas y entender con el corazón, y se conviertan y los sane. Pero vuestros ojos son bienaventurados, porque ven, y vuestras orejas, porque oyen. Porque os digo de verdad que muchos profetas y justos desearon ver lo que veis y no lo vieron, y oír lo que oís y no lo oyeron. Vosotros pues, oid la parábola del sembrador. Á todo el que oye la palabra del reino y no entiende, viniendo el malo, le arrebató la simiente sembrada en su corazón; y la sembrada en lugar pedregoso, este es el que oye la palabra y luego con gozo la toma, pero no tiene raíz en sí, mas es mudable, y así, viniendo la aflicción ó la persecución por causa de la palabra, luego se escandaliza; y la sembrada en las espinas, este es el que oye la palabra, y el cuidado de este siglo y el engaño de las riquezas ahogan la palabra, y queda sin fruto; y la sembrada en tierra buena, este es el que oye la palabra y la entiende, la cual fructifica y hace una ciento, otra sesenta y otra treinta.

Aquí comienza Cristo á hablar por parábolas, por comparaciones ó similitudines. La causa porque hablaba de esta manera, no es menester que la vamos adivinando, pues el mismo Cristo, preguntado por los discípulos la declara, diciendo: «por esto les hablo en parábolas, porque viendo» etc.

El intento de Cristo en esta parábola del sembrador es mostrar que, entre los que oyen la predicación evangélica y la admiten y reciben, solamente la retienen, de manera que es en ellos eficaz, los que son buena tierra; adonde entiendo que son buena tierra aquellos hombres que, siendo predestinados para la vida eterna, son dotados de una tan buena natura, de una tal inclinación natural que, oyendo la palabra del Evangelio, la abrazan y la

retienen en sí, de manera que la bondad sea por don de Dios que les ha dado aquel buen natural, teniéndolos predestinados para la vida eterna, en los cuales la palabra del evangelio cae como la simiente que cae en buena tierra, pero cuando el que habla la palabra es inspirado á hablarla, porque entónces aquella palabra es palabra, de Dios, porque la boca de aquel que habla es boca de Dios y no de hombre; esto lo entendió así San Pablo, adonde habiendo dicho «ergo fides ex auditu est» etc., añadió: «auditus autem per verbum Christi,» entendiendo que para creer es necesario oír y que lo que se oye sea dicho por divina inspiracion; de manera que para que en uno sea eficaz la palabra de Dios, conviene que sea buena tierra, aparejada por el mismo Dios, y que la palabra que oye salga por la boca de Dios, siendo el que la dice inspirado á decirlo y que Dios toque con ella el corazon al que la oye.

Entiende pues Cristo en toda esta parábola que al apóstol que va intimando á los hombres la reconciliacion que Dios en Cristo ha hecho con ellos, perdonándoles sus pecados, acontece lo mismo que al hombre que va á sembrar, en cuanto, así como el hombre, derramando su simiente, pierde las tres partes porque cae en lugares que no son al propósito para frutificar, así el apóstol, intimando el evangelio, pierde las tres partes porque cae en hombres que, no siendo predestinados para la vida eterna, no son al propósito para recibir el evangelio de manera que él sea eficaz en ellos; y en cuanto, así como el hombre de la cuarta parte de su simiente saca mucho fruto, el cual responde segun que es más ó ménos buena la tierra adonde cae, así el apóstol de la cuarta parte de su intimacion del Evangelio saca mucho fruto, porque frutifica más ó ménos segun que son más ó ménos dispuestos para ello los que lo aceptan en aquella disposicion que Dios les ha dado. La cual parece que es natural, por que la tienen ántes que abracen el evangelio, pero no entiendo que es sino sobrenatural, habiéndosela dado Dios para que abracen el evangelio y porque habian de abrazar el evangelio.

Aquellas palabras «el que tiene orejas para oír, oiga» son de mucha consideracion, siempre que las dice Cristo, porque por ellas nos convida á que estemos atentos á entender lo que dice. Y es bien necesario que el hombre entienda con atencion esta parábola, á fin que, entendiendo como de cuatro partes de hombres que oyen la intimacion del evangelio la una sola lo recibe, de manera que el evangelio frutifica en ella, si se hallará con el fruto del evangelio, dé gracias á Dios por ello, y sino se hallará, ruegue á Dios que ser lo dé, y él entre tanto atienda á quitar y apartar de sí aquellas cosas que hacen que el evangelio no frutifique en los que lo reciben, como son la sujecion al mal espíritu, al cual llama Cristo «el malo,» la inestabilidad y ligereza, con que tropiezan y caen en las tribulaciones y persecuciones, que se ofrecen á los que aceptan el evangelio, los que se mueven ligeramente á las cosas y el cuidado de las cosas de la vida presente y el respeto del mundo. Y aquí cuadra bien una, respuesta que escribí, diciendo la causa porqué Cristo dice que no puede ser su discípulo el que no aborrece al padre, á la madre etc.

Aquello «porque al que tiene» etc., lo entiendo así: que á los que, siendo buena tierra, frutifica en ellos la gracia del evangelio, no apartándose de ella ni por las persuasiones del demonio ni por las persecuciones del mundo, ni por los cuidados de las cosas exteriores, ántes, trayendo á otros á ella, les será dado esto demás que les serán descubiertos los secretos del reino de Dios con otras gracias y otros favores de Dios, con que serían acrecentados, y que á los, que, no siendo buena tierra, no frutificará en ellos la gracia del

evangelio, les será quitado aquello poco que entenderán, aquello que habrán oído y no entendido. Y viniendo Cristo al punto de lo que le habían preguntado sus discípulos, dice: «por esto les hablo en parábolas» etc., declarándose que la causa, porque hablaba en parábolas á las gentes, era por su depravacion y malignidad, la cual los tenia tales que viendo no veian y oyendo no oian ni entendían cumplido en y así era cumplido en ellos lo que dice Esaías cap. 6: «con oreja oireis» etc.

La sentencia de estas palabras segun esta alegacion, en la cual el evangelista sigue la traslacion griega, que entónces era más usada entre aquellos, para quienes escribia, entiendo que es esta que los ánimos de los hebreos estaban tan endurecidos y tan obstinados que ellos propios no querian entender la verdad por no convertirse á Dios y así alcanzar misericordia y salud. Las palabras del profeta segun la letra hebrea, en la cual lengua, ó en la siríaca que era casi como ella, consta que habló Cristo, dicen así: «Y dijo Dios: Vé y di á este pueblo: Oyendo oíd y no entendais, y mirando mirad y no sepais; embota el corazon de este pueblo y agrava sus orejas y ciega sus ojos, porque por ventura no vea con sus ojos y oiga con sus orejas y entienda con su corazon y se convierta y sea sanidad á él.»

Adonde por las palabras que preceden y por las que se siguen parece que mandaba Dios á Esaías que dijese al pueblo hebreo aquellas palabras «oyendo oíd» etc., los cuales parece que contienen en sí maldicion, ántes entiendo que el efecto de ellas es el que se sigue: «embota» ú obstina «el corazon,» como si dijese Dios á Esaías: embota, obstina y endurece con estas palabras los corazones de este pueblo rebelde y perverso, agrávale sus orejas y ciégale sus ojos, porque no acontezca que, teniendo habilidad en los ojos para ver, en las orejas para oír y en el corazon para entender, se reconozca y se convierta y así yo lo haya de sanar. Adonde se ofrecen estas tres cosas dignas de ser consideradas.

La primera, que, siempre que los hombres sin piedad oyen aquellas palabras de Esaías «oíd oyendo» etc., se obstinan y endurecen más en la impiedad, haciendo en ellos el propio efecto para que Dios las dijo á Esaías, porque se resuelven en tener á Dios por injusto y por cruel. La segunda, que, así como las palabras que son dichas de parte de Dios á los que son buena tierra, los enternecen y ablandan, así á los que son mala tierra los endurecen y los empedernecen; y aquí cuadra bien la comparacion del sol, que enternece y derrite á la cera, y endurece y seca al barro. La tercera, que es obra de Dios que los que son impíos y rebeldes, obstinados en su rebelion y en su impiedad, sean aún más endurecidos y más obstinados, no queriendo Dios que alcancen salud por ninguna manera, y á estos entreviene propiamente aquello que dice San Pablo: «tradidit illos Deus in reprobum sensum.»

Adonde, si la prudencia humana reclamará diciendo que es Dios injusto, se les responderá que ella es ciega, pues no ve que primero los hombres se apartan de Dios y se rebelan, que Dios envíe sobre ellos este castigo; y si la carne se quejará diciendo que Dios es cruel cerrando el camino de salud á los que endurece y echa «in reprobum sensum,» se les responderá que ella es temeraria, queriendo poner ley á Dios, y que es ignorante, no considerando que en todas las obras de Dios hay misericordia, no habiendo en ninguna crueldad, la cual es tan ajena de Dios cuanto es natural al hombre, como se vé clarísimamente Jonas 4.

Y tornando á las palabras de Cristo, entiendo que alegó la profecía de Esaías para mostrar á sus discípulos que entrevenia á aquellas gentes lo que estaba profetizado por Esaías; y entiendo que, añadiendo Cristo, «pero vuestros ojos» etc., entiende: los ojos y las orejas de estos son malaventurados porque no ven ni oyen, y vuestros ojos y vuestras orejas son bienaventurados porque ven y oyen. Y lo que añade, diciendo «porque os digo de verdad» etc., es digno de mucha consideracion para confirmacion de lo que está dicho en el cap. 11, mostrando cuánto es mayor la dignidad de los santos del evangelio que la de los santos de la ley, pues consta por estas palabras que los del evangelio gozan de lo que los de la ley desearon gozar, así como los santos que están con Cristo, gozan de lo que los que aún viven desean gozar.

Aquí se me ofrece esto que, si los discípulos de Cristo tuvieran el espíritu santo, que tuvieron despues, para conocer á Cristo y para gozar de la vista de Cristo y de la conversacion de Cristo mientras vivia entre ellos, fuera tanta su alegría y su contentamiento que no pudieran sufrir tanta felicidad por ser como era su carne pasible y mortal. Y aquí entiendo una de las causas porque ordenó Dios que Cristo no fuese enteramente conocido hasta que fué subido al cielo. Adonde dice «una ciento y otra sesenta» etc., entiende que una parte de la simiente dió cien tanto y otra sesenta tanto. Por lo que aquí dice: «porque viendo no ven» etc, en San Márcos dice: «porque viendo no vean» etc., y viene mejor con las palabras de Esaías, como si dijera Cristo: hábloles en parábolas porque no quiero que me entiendan.

Parece extraña esta razon á la prudencia humana, y dice á Cristo: si no quieres que te entiendan ¿para qué les hablas? Y Cristo podria responder: Para justificar como hijo de Dios la sabiduría de Dios, como la justifican todos los que son hijos de Dios, para que no les quede desculpa á los hombres del mundo. Y porque seria dura empresa querer dar razon de esta obra de Dios, me remito á aquella exclamacion de San Pablo: «O altitudo divitiarum» etc. Rom. 12. Diciendo, «la palabra del reino,» entiendo lo que él decia: «cercano está el reino de los cielos.» Diciendo, «mas es movible,» entiende: es inconstante, anda con el tiempo, y esto significa la palabra griega. Diciendo: «luego se escandaliza,» entiende: luego que es perseguido duda y dudando se aparta de la fé, tropezando en la persecucion. Y aquí diré esto que no me aseguro del todo de ninguno de los que aceptan la gracia del evangelio, creyendo la reconciliacion con Dios, hasta que veo que están saldos, firmes y constantes en las persecuciones. Adonde dice: «el engaño,» puede decir el desvío, que las riquezas desvian y apartan al hombre del camino derecho.

Otra parábola les propuso, diciendo: Semejante es el reino de los cielos á un hombre que siembra buena simiente en su campo, y durmiéndose los hombres vino su enemigo y sembró cizañas entre el trigo y fué; y como creció la hierba, y hizo fruto, entónces fueron tambien vistas las cizañas. Y viniendo los criados del señor de casa, le dijeron: Señor, veamos ¿no sembraste buena simiente en tu campo? pues ¿de dónde tiene las cizañas? Y él les dijo: El hombre enemigo ha hecho esto. Y los criados le dijeron: ¿Quieres pues que vamos y las cojamos? Y él dijo: No, porque no entrevenga que, cogiendo las cizañas, arranqueis tambien el trigo con ellas. Dejad que todas dos crezcan hasta el segar, y al

tiempo del segar diré á los segadores: Coged primero las cizañas y atadlas en haces para quemarlas, y el trigo juntadlo en mi troj.

Estando esta parábola declarada por el mismo Cristo, como veremos luego es mejor atenernos á su declaracion y venir á estotras parábolas.

Otra parábola les propuso, diciendo: Semejante es el reino de los cielos al grano de mostaza, al cual tomó el hombre y lo sembró en su campo; el cual es cierto menor que todas las simientes, pero despues que ha crecido es mayor que las legumbres y hácese árbol tanto que vienen las aves del cielo y anidan en sus ramas.

Entiende Cristo que, así como el grano de mostaza, que es el más pequeño de todos los que son sembrados, siendo sembrado va creciendo hasta hacerse un árbol grande, así el reino de los cielos, siendo en la presente vida la cosa más abatida y más despreciada de todas cuantas son enseñadas, siendo predicado va creciendo en cantidad, abrazando más personas, y en calidad, dando más perfeccion á las abrazadas, hasta que, en la vida eterna mostrando su grandeza, se verá que sobrepuja á todos los reinos del mundo que son en la vida presente grandes é ilustres. Esta es la propia aplicacion de la parábola, adonde no hay necesidad de aplicar el anidar de las aves, pues consta que no lo dice Cristo sino para mostrar la grandeza del árbol, y (como he dicho) en las parábolas no se ha de mirar sino al intento principal que Cristo tiene en ellas.

Otra parábola les dijo: Semejante es el reino de los cielos á la levadura que toma la mujer y la esconde en tres medidas de harina hasta que sea leudado todo.

Entiende Cristo en esta parábola que entreviene en el reino de los cielos lo que entreviene en la levadura y la masa, en cuanto, así como un poco de levadura es de tanta eficacia que basta á leudar una grande cantidad de masa, así la predicacion del reino de los cielos, que en los ojos del mundo es pequeña y vil, es de tanta eficacia que basta á justificar, mortificar, vivificar y glorificar á todo el número de los que son pueblo de Dios, predestinados para la vida eterna; de manera que el intento de Cristo en esta parábola sea mostrar la eficacia de la predicacion del reino de los cielos, la virtud del mismo reino. Diciendo «tres medidas», entiende una grande cantidad de masa.

Todas estas cosas habló Jesus en parábolas á las gentes, y sin parábola no les habló, porque fuese cumplido lo que está dicho por el profeta que dice: Abriré en parábolas mi boca, alcanzaré lo escondido desde la fundacion del mundo.

Entiende San Mateo que, hablando Cristo en parábolas, venia á ser cumplido lo que está escrito en el salmo 77. Y quanto á la inteligencia del verso, me remito á lo que he dicho sobre el salmo.

Entonces, dejando las gentes, vino Jesús a casa, y vinieron a él sus discípulos diciendo: Dinos la parábola de las cizañas del campo. Y él respondiendo les dijo: El que siembra buena simiente es el hijo del hombre, y el campo es el mundo, y la buena simiente estos son los hijos del reino, y las cizañas son los hijos del malo, y el enemigo que las siembra es el diablo, y el tiempo del segar es la fin del mundo, y los segadores son los ángeles; y es así que, como las cizañas son cogidas y son quemadas con fuego, así será en la fin de este mundo: enviará el hijo del hombre sus ángeles y cogerán de su reino todos los escándalos y a los que obran iniquidad y echaránlos en el horno de fuego, allí habrá planto y batimiento de dientes. Entonces los justos resplandecerán como el sol en el reino de su padre. El que tiene orejas para oír, oiga.

Sola esta declaración de la parábola de las cizañas nos debería bastar harto para resolernos en no trabajar por hacer que las otras parábolas cuadren en todo y por todo con aquello que es entendido por ellas, pues vemos que, declarando Cristo la parábola que él propio había dicho, dejó algunas cosas de ella que no aplicó en la declaración, como el dormir los hombres y el querer arrancar las cizañas, etc.

El intento de Cristo en la parábola de las cizañas, como consta por esta su declaración, es mostrar que, si bien en la presente vida entre los verdaderos cristianos, que son los hijos del reino porque a ellos pertenece, hay falsos cristianos que son hijos del demonio, en el día del juicio los falsos cristianos serán echados en el infierno y los verdaderos serán glorificados, de manera que sea esta parábola como una amenaza contra los falsos cristianos y como un consuelo para los verdaderos cristianos que en la presente vida son murmurados, perseguidos y maltratados de los falsos cristianos.

Aquello, «la buena simiente» etc., está dicho al trocado como en las otras parábolas, queriendo decir que el fruto de la simiente, que ha sembrado y siembra Cristo en el mundo, son los verdaderos cristianos, así como el fruto de la simiente, que ha sembrado y siembra el diablo en el mundo, son los falsos cristianos, de manera que sea Cristo el sembrador que siembra por medio de sus apóstoles y sean el campo todos los hombres, y sea la simiente la intimación del evangelio de la reconciliación de los hombres con Dios y que el fruto de esta simiente sean los verdaderos cristianos y que el hombre enemigo sea el diablo, y que las cizañas que siembra sean las falsas opiniones que son contrarias a la fe cristiana y las falsas doctrinas que son contrarias a la doctrina del vivir cristiano, y que el fruto de las cizañas sean los falsos cristianos los cuales en el día del juicio, cuando vendrá Cristo, que es el sembrador, con sus ángeles a coger el fruto de su predicación, serán echados en el fuego del infierno.

«Adonde habrá planto», etc., quiere decir que allí estarán en suma miseria, siendo también entonces los verdaderos cristianos glorificados y puestos en un grado muy semejante a aquel en que fue visto Cristo después de su resurrección y a aquel en que los tres discípulos vieron a Cristo en el monte Tabor; esto lo entiendo así porque también dice aquí que los justos resplandecerán como el sol, como dice allí que la presencia de Cristo resplandeció como el sol. Lo mismo es «todos los escándalos» que todos los tropiezos,

estorbos é impedimentos; así llama Cristo á los falsos cristianos, porque estos son los que molestan y afligen á los verdaderos cristianos, y muestra que estos son entre los hijos de Dios lo que son las cizañas entre el trigo.

Aquí se podría añadir que los criados del sembrador, que durmiéndose dan lugar al enemigo que siembre las cizañas, son los que tienen cargo de predicar el evangelio y de enseñar el vivir cristiano, y que el dormirse es el estar descuidados, y que entónces son vistas las cizañas entre el trigo cuando los, que reciben las falsas opiniones y las falsas doctrinas, comienzan á contrastar con los que tienen la verdadera fé y la verdadera doctrina. Y podría también añadir que los criados muestran su indiscreción y aún su imperfección y poca caridad, queriendo remediar á su descuido con coger las cizañas, con apartar á los que tienen las falsas opiniones y las falsas doctrinas, de entre los que tienen la verdadera fé y la verdadera doctrina; y que el Señor muestra su prudencia, su bondad y su caridad, no consintiéndoselo, por el inconveniente que de allí se podría seguir, y que, diciendo «dejad que todas dos crezcan» etc., pretenda Cristo quitar la jurisdicción de juzgar entre el trigo y las cizañas, ántes es esto certísimo que, si Cristo no hubiera declarado su parábola, pensáramos que su intento en toda ella era este.

Y considerando esto me avergüenzo de mí mismo, pensando, en cuántas cosas me debo haber engañado en estas declaraciones; en efecto es grandísima nuestra ignorancia y es muy mayor nuestra temeridad, cuando presumimos dar razón de todo y pretendemos acertar en todo. Digo pues, que se podría bien decir todo esto, pero no pienso que Cristo pretendiese esto, tanto porque no veo que lo declaró, declarando lo otro, cuanto porque veo en el cap. 18 que quiere Cristo que el que corregido no se enmienda sea tenido por fruto de la cizaña, y porque veo también que San Pablo apartaba las cizañas de entre el trigo, descomulgando á unos y publicando las tachas de otros porque no gastasen la buena simiente que el como apóstol de Cristo sembraba, quiero decir el buen fruto que de lo que él sembraba nacía.

Otra vez, semejante es el reino de los cielos al tesoro escondido en el campo, el cual, habiéndolo hallado un hombre, lo escondió y, por el gozo que tiene de él, va y vende todo lo que tiene y compra aquel campo.

Entiende Cristo que á los, que, aceptando la gracia del evangelio, se hallan en el reino de los cielos, acontece lo que acontece á un hombre que á caso halla un tesoro enterrado en un campo, en una posesión, en cuanto, así como este hombre, luego que halla el tesoro en el campo, todo gozoso vende lo que tiene y compra aquella posesión por gozar de aquel tesoro, así el que, aceptando la gracia del evangelio, se halla en el reino de Dios, todo gozoso vende lo que tiene, despojándose de todo lo que tiene como hijo de Adam, aborreciéndolo todo y renunciándolo todo por poder bien gozar de la felicidad del reino de Dios, del regimiento y del gobierno del espíritu santo, con que son regidos y gobernados los que, siendo hijos de Dios, están en el reino de Dios por mantenerse en la posesión del reino que han tomado aceptando la gracia del evangelio. La experiencia de esta parábola la tienen con efecto los verdaderos cristianos, y con ella somos avisados que, para gozar del reino de

Dios y para mantenernos en la posesion, conviene que vendamos todo lo que tenemos, renunciando toda nuestra prudencia humana, nuestra lumbré natural y nuestra ciencia del bien y del mal y mortificando todos nuestros afectos y todos nuestros apetitos á que somos inclinados como hijos de Adam.

Y aquí se ha de advertir que, así como no cuadra esta comparacion en el esconder el tesoro hasta comprar la posesion, porque nosotros no escondemos el reino hasta haberlo comprado, así tampoco cuadra en el comprar, porque, como habemos visto en el cap. 11, el reino no se compra, porque no se vende, ántes es saqueado, y, si se hubiese de comprar, ninguno gozaría de él, porque no sería precio equivalente, aunque un solo hombre tuviese todo lo que tienen todos los hombres del mundo, y pudiese hacerse á sí mismo toda la violencia que se pueden hacer todos los hombres del mundo; de manera que la parábola cuadre en que así es el uno tesoro como el otro y así halla el hombre sin buscarlo el uno como el otro y así se goza el uno como el otro y así da todo lo que tiene por gozar del tesoro el uno como el otro.

Y la cosa que aquí es más notable es esta que, así como el que halla el tesoro en la posesion, lo halla, como sería decir, á caso, no buscándolo él, así el que halla el tesoro del reino de Dios, lo halla, como sería decir, á caso, no buscándolo él; y es así con efecto, que todas las personas que han hallado el tesoro del reino de Dios, dicen y confiesan no haber jamás pensado hallar tal cosa, ni aún imaginándose una tal cosa, de manera que es verificado en ellas lo que alega San Pablo, tomado de Esaías: «inventus sum á non quaerentibus me» etc., Rom. 10. Esaías 65, y de manera tambien que conocen ellas por experiencia ser verdad lo que el mismo San Pablo alega del mismo Esaías: «quod oculos non vedti» etc., 1^a Cor. 2. Esaías 64.

Otra vez semejante es el reino de los cielos al hombre mercader que busca hermosas piedras preciosas: el cual hallando una piedra preciosa de gran valor, va y vende todo lo que tiene y cómprala.

Aquí se ha de advertir la manera de comparar que usa Cristo, en cuanto, queriendo decir que la piedra preciosa de gran valor es semejante al reino de los cielos y que cada uno de los que aceptando la gracia del evangelio entran en el reino de los cielos es semejante al mercader, dice que el reino es semejante al mercader. Esta advertencia importa mucho para la inteligencia de estas comparaciones. Y en esta el intento de Cristo entiendo que es el mismo que el de la pasada, mostrar cuánto es cosa preciosa el reino de los cielos y en cuánto es estimado de los que lo hallan, de aquellos á los cuales Dios favorablemente mete en él, á fin que nosotros todos nos enamoremos de él, lo deseemos y deseándolo roguemos á Dios nos ponga en él. De manera que cuadre esta parábola en esto que el que halla el reino de Dios, no se cura de otra cosa ninguna, ántes todas las renuncia y las pospone por gozar á su placer del reino, así como el mercader, que halla la piedra preciosa, no cura de buscar otras, contentándose con sola aquella y dando por ella todo lo que tiene.

Otra vez semejante es el reino de los cielos á la red echada en la mar y que coge de todo género de pescado, la cual despues de llena y sacándola á la ribera y asentados escogen lo bueno en vasos y lo malo echan fuera. Así será en la fin del mundo: vendrán los ángeles y apartarán á los malos de enmedio de los justos y echaránlos en el horno de fuego, allí habrá planto y batimiento de dientes.

La mar es la presente vida; los pescadores son los apóstoles, como habemos visto en el cap. 4; la red que echan es el evangelio que predicán, que es lo mismo que el reino de los cielos; los pescados que entran en esta red son los hombres que aceptan la gracia del evangelio, quedando los que no la aceptan, fuera de la red, fuera del reino y así de la iglesia cristiana. Y entre los que la aceptan, porque no todos la aceptan por don de Dios, por espíritu santo, habiendo unos que la aceptan por persuasion de hombres, otros por temor y otros por ingenio, entiende Cristo que, si bien en la presente vida estarán dentro de la red, estarán dentro del reino, gozando, con los que por don de Dios y por espíritu santo aceptan la gracia del evangelio, de aquello que pueden gozar en la presente vida, que en el dia del juicio, cuando los unos y los otros resucitarán, los buenos entrarán en la vida eterna y los malos irán al fuego eterno, de la cual cosa dice que los ángeles serán ejecutores. El intento de esta parábola entiendo que es casi el mismo que el de la parábola de las cizañas.

Díceles Jesus: ¿Habeis entendido todo esto? Dícenle: Sí, señor. Y él les dijo: Por tanto todo escriba enseñado en el reino de los cielos es semejante al hombre señor de casa, el cual saca de su tesoro nuevo y viejo.

Parece que, queriendo Cristo que sus discípulos imprimiesen bien en sus ánimos todo esto que les decia, les demandó si lo habian entendido todo, y entiendo que, respondiendo ellos que lo habian entendido, él les quiso mostrar que de ser el reino de los cielos tal cual él se lo habia pintado, comparándolo al grano de mostaza, á la levadura, al tesoro, al mercader etc., resulta esto que el hombre que es letrado, habiendo aprendido las cosas del reino de los cielos, es tan liberal en comunicar lo que ha aprendido como un señor de su casa que pone delante á sus amigos todo lo que tiene en casa sin encubrirles cosa ninguna.

Adonde considero la diferencia entre los letrados del reino del mundo y los letrados del reino de los cielos en que estos, como dice aquí Cristo, son liberalísimos, y los otros son escasísimos; estos comunican todo lo que tienen y, si más tuviesen, más comunicarian, y los otros encubren lo que tienen y les pesa comunicarlo si no es con propio interes. Esto entiendo que procede de que los del reino de los cielos, habiendo aprendido sin su industria y sin su trabajo, son liberales de lo que les cuesta poco, y los del reino del mundo, habiendo aprendido con industria y con trabajo, venden caro lo que les cuesta caro; procede tambien de que los del reino de los cielos, como aprenden de un maestro que siempre tiene cosas nuevas que enseñar, no teniendo miedo que les ha de faltar, sacan todo lo que tienen, y los del reino del mundo, como aprenden de hombres y de libros que no pueden enseñar sino tanto cuanto ellos alcanzan, han miedo que se les acabará el caudal y así ellos no tendrán más que enseñar; y más, que los del reino de los cielos, aprendiendo de Dios que es liberalísimo, entre las otras cosas aprenden la liberalidad, y los del reino del mundo,

aprendiendo de hombres del mundo que son avarísimos, entre las otras cosas aprenden la avaricia.

Aquello que dice Cristo: «por tanto todo escriba» etc., refieren á lo que precede inmediatamente y quieren que entienda: porque entendeis todo esto, el escriba enseñado etc.; yo lo refiero á todo lo dicho arriba y entiendo que dice Cristo: porque el reino de los cielos es tal cual os lo he pintado, es así que los que, habiendo sido discípulos en él, son ya enseñados en él, son semejantes en la liberalidad al señor de casa etc «Escriba enseñado» es lo mismo que letrado que ha aprendido, y esto significan los vocablos griegos. Por «nuevo y viejo» entiendo: toda cosa.

Y aconteció que, como acabó Jesus estas parábolas, se partió de allí y, viniendo á su tierra, les enseñaba en su sinagoga, tanto que ellos se espantaban y decían: ¿De dónde á este esta sabiduría y milagros? ¿Cómo, no es este el hijo del carpintero? cómo, su madre no se llama María? y sus hermanos Jacobo, José y Simon y Judas? y sus hermanos cómo no están todos con nosotros? Pues ¿de dónde viene á este todo esto? Y escandalizábanse en él. Pero Jesus les dijo: No es despreciado el profeta sino en su tierra y en su casa. Y no hizo allí muchos milagros por la incredulidad de ellos.

Aquí es digna de consideracion la perversidad del ánimo humano, el cual, no pudiendo calumniar las palabras ni tachar el vivir de Cristo, calumnia y tacha la bajeza de su persona y de su linaje. Eran estos hombres convencidos por las palabras y por las obras de Cristo á tener grandísima opinion de él, y por no tenerla tropezaban y caian en la bajeza de sus padres y de sus parientes, como con efecto tropiezan siempre todos los que son como eran estos, en las cosas que los que son miembros de Cristo tienen como los hombres que son menospreciados y viles entre los otros hombres, y es así que, cuando ven en ellos más de lo que ven en los otros, por no conocer que hay en ellos cosa sobrenatural y divina, se van luego á lo que en ellos es bajo y vil. Adonde se deben gozar y alegrar los miembros de Cristo, considerando que los pasa el mundo por donde pasó á Cristo, y débense entristecer los hombres del mundo cuando tropiezan y se escandalizan por la bajeza y por la ignorancia en letras de los que son miembros de Cristo, considerando que hacen el oficio de los judíos. Adonde dice «les enseñaba,» se ha de entender: á los de su tierra. Por milagros el griego dice potencias. En aquello «¿cómo, no es este el hijo del carpintero?» se ha de considerar que siempre Cristo fué tenido por hijo de Josef.

Cuanto á los hermanos y hermanas, ya está dicho que los hebreos llaman así á los parientes y parientas. Lo mismo es «escandalizábanse en él» que: tropezaban en él, en la bajeza que conocian segun la carne, no conociendo la grandeza segun el espíritu. Aquello que decia Cristo: «no es despreciado el profeta» etc., es así siempre, y así se ve por experiencia como que los hombres tengan en poco á aquellas personas que les son más conjuntas. Diciendo que no hizo muchos milagros en su tierra por la incredulidad de los naturales de ella, muestra San Mateo que la fé de aquellos entre los cuales son hechos los milagros es gran parte para que sean hechos por confirmacion de la fé de los que creen.

Adonde se podría decir que no hace Cristo el día de hoy muchos milagros por nuestra incredulidad.

Capítulo XIV

En aquel tiempo oyó Herodes el tetrarca la fama de Jesús y dijo á sus criados: Este es Juan el Bautista, él es resucitado de entre los muertos y por esto las potencias obran en él. Porque Herodes había prendido á Juan y lo había atado y puesto en la cárcel por Herodiada, la mujer de Filipo, su hermano, porque le decía Juan: No te es lícito á tí tenerla. Y queriéndolo matar temía á la gente por causa que lo tenían como profeta. Pero, siendo celebrados los nacimientos de Herodes, bailó la hija de Herodiada en medio, y agradó á Herodes, de donde con juramento prometió darle todo lo que le demandaria; y ella, amaestrada primero de su madre: Dame, dijo, en este plato la cabeza de Juan el Bautista. Y entristeciéndose el rey, pero por el juramento y por los convidados mandó que le fuese dada, y enviando cortó la cabeza á Juan en la cárcel y fué traída su cabeza en el plato y fué dada á la doncella, y ella la presentó á su madre. Y viniendo sus discípulos llevaron el cuerpo y enterráronlo, y venidos lo hicieron saber á Jesús.

Tomando San Mateo ocasión de la falsa opinión que Heródes tenía de Cristo, creyendo que fuese San Juan Bautista, viene á contar la historia de la muerte de San Juan, en la cual considero dos cosas. La una, que se sirve Dios de sus siervos en aquello para que los quiere y después los lleva á la muerte temporal por darles la vida eterna; así hizo con San Juan: sirvióse de él para que diese testimonio de Cristo, y después consintió que Heródes lo hiciese degollar. Y aquí aprendo que no se deben entristecer las personas cristianas ni por sus muertes tempranas ni por las de otras personas cristianas, considerando que ya Dios se ha servido de ellas en aquello para que las ha querido. Y la otra, que nunca habemos los cristianos de mirar con que género de muerte morimos sino que en nosotros es ejecutada la voluntad de Dios, y que el morir nuestro es á tiempo, siendo nuestro vivir perpetuo.

Cuanto á la causa porque ordenó Dios que San Juan muriese ántes que Cristo y de una muerte así callada y secreta como murió, yo creería que lo primero fué porque las gentes no se dividiesen, andando unas tras Cristo y otras tras San Juan, al cual parece que no estaba bien andar tras Cristo que vivía una vida comun, habiendo él comenzado con una vida así áspera y dura; y que lo segundo fué porque en ninguna cosa fuese San Juan semejante á Cristo, á fin que no cuadrasen de ninguna manera en él las profecías que estaban escritas de Cristo; pero en lo uno y en lo otro me remito á juicio más espiritual que el mío. Y cuanto á las otras cosas que en esta historia se pueden considerar, me remito á lo que otros escriben. Diciendo «y por esto las potencias obran» ó son eficaces «en él,» pienso que entiende lo mismo que si dijese: y por esto hace milagros; acostumbran los evangelistas llamar potencias á los milagros. Y no contenderé con quien querrá decir que entiende que de ser resucitado San Juan procedía que las virtudes sobrenaturales eran eficaces en él para hacer los milagros que hacía. Lo mismo es «los nacimientos de Heródes» que el día de

nacimiento de Heródes. Adonde dice: «los convidados,» el vocablo griego significa los que estaban asentados con él en la fiesta.

Y habiéndolo oído Jesús, se apartó de allí en una barca á un lugar despoblado á solas. Y oyendo esto las gentes, lo siguieron á pié de las ciudades, y salido Jesús vió mucha gente, y compadeciósese de ellos y sanó á los que de ellos estaban enfermos. Y venida la tarde, se fueron á él sus discípulos, diciendo: El lugar es despoblado y la hora es ya pasada, despide á las gentes para que yendo á las aldeas se compren de comer. Y Jesús les dijo: No tienen necesidad de ir, dadles vosotros qué comer. Y ellos le dicen: No tenemos aquí sino cinco panes y dos peces. Y él dijo: Traédmelos aquí. Y mandando asentar las gentes sobre las hierbas y tomando los cinco panes y los dos peces, alzando los ojos al cielo, bendijo y partiendo dió á los discípulos los panes, y los discípulos á las gentes, y comieron todos y hartáronse. Y levantaron de lo que sobró de los mendrugos doce cofines llenos. Y los que comieron eran casi cinco mil hombres sin mujeres y muchachos.

Cuenta San Mateo que, como supo Cristo la muerte de San Juan Bautista, se partió de aquella tierra, adonde estaba, y en una barca se fué á un lugar despoblado, y que, sabiendo las gentes que era ido allí, dejando las ciudades se iban tras él á pié. Y dice que, saliendo Cristo de aquel lugar solitario adonde se había ido y viendo la muchedumbre de gente que lo seguía, se movió á compasión y así sanó á los que entre ellos estaban enfermos. Y después cuenta cómo dio de comer á todas aquellas gentes milagrosamente, con la cual cosa entiendo que confirmó y confirma Cristo la fé de sus discípulos, mostrándoles como es poderoso para cumplir lo que ha dicho en el cap. 6, prometiendo por añadidura estas cosas exteriores á los que buscaban el reino de Dios y su justicia.

Adonde puede considerar cada uno de los discípulos de Cristo, diciendo: pues es así que Cristo fué poderoso para dar de comer fuera del curso natural á tanta muchedumbre de gente que lo seguía con afecto humano, también será así que será poderoso para darme á mí de comer sin mi solicitud, que lo sigo con afecto cristiano. Y no cabe que ninguno diga: ¿Qué sé yo si sigo á Cristo con afecto cristiano? Por que á todo hombre que sigue á Cristo pertenece certificarse que lo sigue con afecto cristiano y que Cristo cumplirá con él lo que promete. En las palabras entre Cristo y los discípulos considero dos cosas. La una el poco crédito que tenían de la persona de Cristo, habiéndole visto hacer cosas tan grandes. Y desculpo á los discípulos, acordándome del poco crédito que tenía el pueblo hebreo de Dios en el desierto, habiendo visto cosas mayores; y á los unos y á los otros desculpo, con la infidelidad é incredulidad del ánimo humano, el cual con grandísima dificultad se reduce á tener buen crédito de Dios y de los que son de Dios, ántes es así que por ninguna manera se puede reducir si el mismo Dios no lo reduce. Esta infidelidad ó incredulidad no la sienten sino los que por favor de Dios la van dejando.

La otra cosa que considero es la paciencia con que Cristo comportaba la incredulidad de los discípulos y como los iba reduciendo á la fé, á que tuviesen buen crédito de él. Diciendo, «la hora es ya pasada,» entienden: para irse á sus casas. Aquello «mirando hácia el cielo» etc., es digno de consideración, porque parece que hizo lo mismo Cristo en este milagro que en la institución de la santa eucaristía, cuanto al mirar hácia el cielo, al

bendecir y al partir. Lo que contenía esta bendición, no se sabe. Las espuertas de pedazos ó mendrugos que sobraron, hacen que el milagro sea más evidente, pues, aunque no hubieran comido nada, era cosa milagrosa de cinco panes coger tantos mendrugos. Y con todo esto no hay remedio para reducirnos á descuidarnos de nosotros y á tener cuidado de Dios, á descuidarnos de lo que pertenece á la vida presente y á tener cuidado de lo que pertenece á la vida eterna, ciertos que Dios tendrá cuidado de nosotros, como nos consta que lo ha tenido de los que lo han seguido y se han ido tras él. En efecto es grandísima contradicción la que halla la fé dentro de nuestros ánimos. Roguemos á Dios que la quite del todo, para que del todo confiemos en él.

Y luego hizo Jesús á sus discípulos subir en la barca y que fuesen ántes que él á la otra ribera, mientras que él despedía á las gentes. Y habiendo despedido á las gentes, subió á un monte á solas á orar. Y venida la tarde, estaba solo allí. Y la barca estaba en medio la mar combatida de las olas, porque el viento era contrario. Y á la cuarta vela de la noche fué á ellos Jesús, andando sobre la mar. Y viéndolo los discípulos andar sobre la mar, se turbaron, diciendo: ¡Fantasma es! y gritaron de miedo. Pero luego les habló Jesús, diciendo: Estad de buen ánimo, yo soy, no temáis. Y respondiéndole Pedro, dijo: Señor, si eres tú, mándame que vaya á tí sobre las aguas. Y él dijo: Ven. Y bajando Pedro de la barca, andaba sobre las aguas por ir á Jesús, pero, viendo el viento fuerte, temió y, comenzándose á hundir, gritó diciendo: ¡Señor, sálvame! Y luego Jesús, alargando la mano, lo tomó y le dijo: Hombre de poca fé ¿por qué dudabas? Y entrados ellos en la barca, cesó el viento, y los, que estaban en la barca, viniendo lo adoraron, diciendo: Verdaderamente eres hijo de Dios. Y pasado el mar, vinieron á la tierra de Genasaret. Y conociéndolo los hombres de aquel lugar, enviaron por toda aquella comarca y trajéronle todos los enfermos y rogábanle que solamente tocasen la fimbria de su vestidura, y todos los que la tocaron fueron salvos.

El intento con que Cristo envió delante á los discípulos se entiende por lo que de su ida resultó, esto es que, viéndose en peligro, temieron y, recurriendo á Cristo, fueron libres del peligro, y así tuvieron nueva causa porque desconfiar de sí mismos y confiar en Cristo, dando crédito á sus palabras; y consta clarísimamente que todo el intento de Cristo era reducir á sus discípulos á que tuviesen fé y no dudasen en lo que él les prometía. Y entiendo que, asegurándolos en estas cosas exteriores como en este peligro y en la necesidad precedente, tenía intento á dos cosas: la una, á que perdiesen el cuidado de las cosas de la vida presente y lo pasasen todo á las cosas de la vida eterna; y la otra, á que, por lo que veían que Cristo hacía con ellos y por ellos en estas cosas exteriores, se certificasen de la remisión de los pecados y reconciliación con Dios, que son cosas interiores. Y aquí aprendemos qué es el fruto que los que somos cristianos habemos de sacar de los favores exteriores y corporales que cada día recibimos de Dios.

En esta historia se entiende todo esto: Primero, que, aunque toda la vida del cristiano debe ser una continúa oración, un continuo deseo de la gloria de Dios, á las veces está bien á la persona cristiana tomar algún rato para estar en oración, la cual ha de ser á solas, porque el ánimo esté más recogido en Dios, como hizo Cristo que se apartó á orar á solas. Segundo, que, si bien consiente Dios que los suyos sean tentados, poniéndoles el á las veces en la tentación, como consta que puso aquí Cristo á sus discípulos, no consiente que

perezcan en la tentacion, ántes al mejor tiempo los socorre, aún sin que ellos lo llamen, poniéndoseles él delante para que se acuerden de recurrir á él, como hizo aquí Cristo con sus discípulos.

Tercero, que el temor humano es causa que los hombres hacen extraños conceptos de Dios; unos lo tienen por inhumano, otros por cruel, otros por avaro etc., como los discípulos de Cristo que, estando temerosos, veían á Cristo y pensaban que era fantasma. Cuarto, que socorre Dios á los suyos aún cuando recurren á él temiendo y á más no poder, tanto es el deseo que tiene de mostrarnos el amor que nos tiene, como hizo aquí Cristo con sus discípulos que con temor lo llamaron. Quinto, que, mientras no llamamos en consejo á nuestra prudencia humana para ver si fiaremos ó no fiaremos en las palabras de Dios, nuestras cosas van bien, pero, cuando la llamamos en consejo, comenzamos á dudar y á vacilar en la fé, como aquí aconteció á San Pedro con Cristo.

Sexto, que entonces debe el cristiano confiar más en las palabras de Dios cuando está en mayor peligro y cuando ve ménos en que confiar; y, si San Pedro hiciera aquí así, no fuera reprehendido de incrédulo y de poca fé. Y aquí entiendo que, porque al tiempo de la muerte está el peligro al ojo, entónces es el hombre más solicitado á dudar en la fé cristiana, y entónces debe ser más animado á creer. Séptimo, que nos deja Dios á las veces perder en parte la confianza porque, cuando nos socorre, no podemos atribuir su liberalidad ni aún á nuestra confianza, como San Pedro que, temiendo perdió en parte la confianza y, llamando á Cristo, aunque fué á más no poder, mostró no haberla perdido del todo. De esto hay algunos ejemplos en los salmos.

Octavo, que, aunque los hombres sin piedad conocen por los milagros exteriores á Dios, no siguen á Dios, como aconteció á los hombres que estaban en esta barca, que conocieron, que Cristo era hijo de Dios, por el milagro exterior, pero no siguieron á Cristo. De manera que por el efecto conocemos que entre esta confesion de estos que afirman que Cristo es hijo de Dios y la confesion de San Pedro que veremos en el cap. 16, hay esta diferencia que la de estos era de carne y sangre, era de discurso y juicio humano, que por lo que veía juzgaba lo que no veía, y la de San Pedro era por divina inspiracion y revelacion, y por tanto no pronunció Cristo por bienaventurados á estos como á San Pedro, ni siguieron estos á Cristo como San Pedro. Y aquí entendemos que los milagros, aunque al parecer hacen alguna impresion en los hombres, con efecto es poquísima y se pasa presto, y así queda que los milagros sirvan solamente para confirmar la fé de los que creen por revelacion y divina inspiracion.

Nono, que la fé es de tanta eficacia que alcanza de Dios todo lo que quiere, si bien el que cree alcanzar aquello que quiere ó desea, no es justo, no teniendo la fé inspirada y revelada que abraza la remision de pecados y la reconciliacion con Dios, como aconteció á estos de Genasaret que, creyendo que el tocar la orilla de la vestidura de Cristo seria de tanta eficacia que los sanaria de sus enfermedades, tocándola sanaban. El que considerará bien estas nueve cosas soy cierto que sacará de ellas mucha edificacion cristiana.

Lo mismo es «hizo subir» que: constringió que subiesen, y «despedir» que: dar licencia, licenciar, y lo mismo es «dudabas» que: vacilabas, y «fimbria» que orilla, y «fueron salvos» que sanaron.

Capítulo XV

Entonces vienen á él los escribas y Fariseos de Jerusalem, diciendo: ¿Por qué causa tus discípulos rompen la constitucion de los ancianos, no lavándose las manos cuando comen pan? Y él respondiendo les dijo: ¿Por qué y vosotros rompeis el mandamiento de Dios por vuestra constitucion? Porque Dios mandó diciendo: Honra, al padre y á la madre, y el que maldecirá al padre ó la madre acabe con muerte; y vosotros decís que cumple cualquiera que dirá al padre ó á la madre: con el don que yo ofreceré serás ayudado, y haciendo así no honrará á su padre ó á su madre. De manera que quebrantais el mandamiento de Dios por vuestra constitucion. Hipócritas, bien profetizó de vosotros Esaías diciendo: Allégase á mí este pueblo con su boca y con sus labios me honra, mas su corazon léjos está de mí. Pero en balde me sirven, enseñando doctrinas que son mandamientos de hombres. Y llamando á las gentes les dijo: Oid y entended! No lo que entra por la boca, profana al hombre, pero lo que sale de la boca, esto profana al hombre.

Los escribas y los Fariseos como sabios del mundo y santos del mundo, viendo que con la sabiduria de Cristo caia por tierra su sabiduria de ellos y que con la santidad de Cristo era menoscabada su santidad de ellos, quisieron hallar alguna cosa que tachar en Cristo por poner mácula en su doctrina y en su santidad, y, no hallando que tachar en su persona, tachan en sus discípulos el no lavarse las manos ántes de comer conforme á la constitucion de sus mayores, no por tachar á los discípulos sino por notar al maestro Cristo, que conocia sus dañadas intenciones.

No les responde á lo que le preguntan, pero, por ataparles las bocas, los tacha de una cosa gravísima en que pecaban, enseñando al pueblo á quebrantar el cuarto mandamiento del decálogo por una mala constitucion suya, y era esta que el hijo ofreciese al templo lo que le tocara gastar con su padre, diciendo al padre que aquella ofrenda le seria tambien á él provechosa, en cuanto Dios le haria bien por ella. Y habiendo atapado Cristo las bocas á los escribas y á los Fariseos con esta tacha y con las palabras de Esaías, no queriendo que la calumnia de los sabios y santos del mundo hiciese impresion en los ánimos de las gentes, que la habian oido, las llama y les dice lo que habia de responder á los otros cuando preguntaran con sinceridad, y entiende Cristo en su respuesta que no ofende el hombre á Dios con lo que come por la boca sino con lo que saca por la boca.

Esta es la sentencia de estas palabras, en las cuales aprendemos esto. Primero, que siempre son mortales enemigos de los sabios y santos de Dios los que son y pretenden ser sabios y santos del mundo. Segundo, que siempre las observaciones exteriores son causa de contienda. Tercero, que los que son supersticiosos en las observaciones exteriores son licenciosos en las interiores, prefiriendo las cosas humanas á las divinas, como hacian estos escribas y Fariseos. Cuarto, que los santos de Dios no deben curar de satisfacer á las calumnias de los santos del mundo, pero deben procurar satisfacer á los hombres, que oyen las calumnias, mostrando la malicia de los santos del mundo. Quinto, que no placen á Dios

los servicios que los hombres le hacen y el respeto que le tienen, cuando son movidos á ello por doctrinas humanas y mandamientos de hombres. Sexto, que no se ofende Dios sino con la malignidad que está en el corazón, del cual salen las malas obras, como Cristo declarará más abajo.

Y viniendo al particular de la letra, diciendo: «de Jerusalem» entiende que eran venidos de Jerusalem y por tanto eran de mayor autoridad. Aquello «cuando comen pan» es del hablar de la lengua hebrea; quiere decir: cuando se asientan á comer. Lo mismo es: «acabe con muerte» que: muera por ello. Aquello «y vosotros decís» etc., está dicho con tanta brevedad que apenas se entiende, y así es diversamente interpretado; yo entiendo que los escribas y Fariseos tenían ordenado que el hijo ofreciese al templo lo que había de gastar en sustentar á su padre, diciendo al padre que también lo ofrecía por él, que Dios haría bien al padre por aquello que él ofrecía en el templo, y así con esta su ordenación de aparente piedad, mostrando que el primer padre es Dios, venían á hacer que los hijos quebrantasen el mandamiento de Dios, no proveyendo de lo necesario á sus padres, porque esto significa el honrarlos según el hablar de la lengua hebrea.

Muy al propósito alega Cristo las palabras de Esaías para mostrar la falsa religión y aparente piedad de aquellos santos del mundo que le calumniaban á sus discípulos. Aquello «enseñando doctrinas» etc., es digno de mucha consideración para que cada persona cristiana esté sobre sí á no enseñar cosas humanas, cosas de hombres por muy santos que ellos sean y por muy santas que ellas parezcan, pues hay tanto que enseñar en las cosas divinas que muchas vidas de muchos hombres no bastarían á enseñar la centésima parte de ellas, y pues dice Dios que pierden tiempo los que enseñan doctrinas que son mandamientos de hombres. Adonde dice: «me sirven,» el vocablo griego significa atender al culto divino. Por «profana» en el griego está un vocablo que significa hacer común, conforme al hablar de la lengua hebrea que llama común á todo lo prohibido en la ley de Dios, y así dijo San Pedro: «Numquam manducavi omne commune et immundum» Act. 10; y profanar al hombre es lo mismo que apartarlo de Dios como lo profana y lo aparta el ser desobediente á Dios.

Las palabras de Esaías según la letra hebrea dicen así: «Y dijo el Señor: Pues que allegado» (ó afligido) está este pueblo con su boca, y con sus labios me honra, y su corazón lo ha alejado de mí, y su temerme es por mandamiento enseñado de hombres, por tanto ved que yo añadiré á hacer maravillas en este pueblo, maravilla y maravilla, y perecerá la sabiduría de sus sábios, y la prudencia de sus prudentes se esconderá.» Esaías 29. Adonde parece que, enojado Dios de que su pueblo lo sirviese no conforme á la ley que él le había dado sino conforme á lo que mandaban los que pretendían interpretar la ley, amenazó al pueblo con la predicación del evangelio, la cual echa por tierra la sabiduría de los sabios y esconde y oscurece la prudencia de los prudentes, siendo así que, con la sabiduría y con la prudencia espiritual de los que aceptan la gracia del evangelio, es aniquilada y deshecha toda la lumbre natural, toda la prudencia y razón humana. En esta misma consideración era entrado San Pablo cuando alegó parte de estas palabras 1ª Cor. 1, y la inteligencia de estas sirve para la inteligencia de aquellas.

Entonces allegándosele sus discípulos le dijeron: ¿Sabes que los Fariseos oyendo esta palabra se han escandalizado? Y él respondiendo dijo: Toda planta, que no habrá sido plantada por mi padre el celestial, será cortada. Dejadlos, guías son ciegas de ciegos, y, si el ciego guiará al ciego, entrambos caerán en el hoyo. Y respondiéndole Pedro le dijo: Dínos á nosotros esta parábola. Y Jesús dijo: ¿Aún vosotros también estáis sin entendimiento? aún no entendéis que todo lo que entra por la boca., va al vientre y es echado fuera? Pero lo, que sale de la boca, del corazón sale, y aquello profana al hombre, porque del corazón salen malos pensamientos, homicidios, adulterios, fornicaciones, hurtos, falsos testimonios, blasfemias. Esto es lo que profana al hombre, que comer con manos no lavadas no profana al hombre.

De lo que los discípulos dicen á Cristo: «¿sabes que los Fariseos» etc., se colige que, hallándose presentes los Fariseos al tiempo que Cristo dijo á las gentes: «no lo que entra por la boca» etc., ó con efecto se escandalizaron, pareciéndoles cosa impía aquella, ó fingieron escandalizarse porque se escandalizasen las gentes y así no siguiesen á Cristo; y de cosas semejantes hacen siempre muchas los santos del mundo contra los santos de Dios. De lo que Cristo responde á los discípulos, diciendo: «toda planta que no habrá sido plantada» etc., se colige que Cristo estimaba en poco que los Fariseos se escandalizasen, sabiendo que no eran plantas de Dios y que por tanto no podían estar en el reino de Dios; y esto pertenece á la predestinación y es casi conforme á lo que dice Cristo en San Juan: «Nemo rapiet eos de manu mea,» en cuanto, así como aquí entiende Cristo que los que no son plantados de Dios no puede ser que no sean cortados del reino de Dios, así allí entiende que los que son sus ovejas no puede ser que se aparten de él.

Y de lo que añade Cristo, diciendo: «dejadlos guías son ciegas de ciegos,» se colige que las gentes, dejaron á Cristo, partiéndose escandalizadas con los Fariseos, á los cuales daban más crédito que á Cristo, porque no eran ovejas de Cristo, y así, siguiendo en el escándalo tras los Fariseos, cayeron en él como ellos. De lo que San Pedro pregunta á Cristo, diciendo: Dínos «ó decláranos á nosotros esta parábola,» se colige que los discípulos no estaban sin alguna partecilla de escándalo. Y de lo que Cristo les responde, diciendo: «aún no entendéis que todo» etc., se colige que según Cristo no nos profanan, no nos apartan de Dios las cosas que comemos sino las que pensamos, hablamos y hacemos.

Adonde tengo por cierto que, si fuera replicado á Cristo, si comer entonces las cosas que la ley prohibía profanara ó apartara de Dios al hombre, que él respondiera que no por las cosas en sí sino por el ánimo desobediente á Dios con que el que comiera aquellas cosas las comiera y así entiendo que, si los discípulos de Cristo dejaran de lavarse las manos por menosprecio de los mayores que habían ordenado aquella ceremonia, fueran reprendidos de Cristo, como merecen ser reprendidos siempre los que de la misma manera quebrantan las ordenaciones de sus mayores, y merecen ser disculpados los que las quebrantan con la simplicidad que los discípulos de Cristo dejaban de lavarse las manos cuando se asentaban á comer, en los cuales no podía haber malicia ni presunción, porque aprendían de su celestial maestro á ser humildes y á tener mansedumbre, y los que son tales no menosprecian á sus menores, cuanto más á sus mayores.

De todo esto se colige: Primero, que no son plantas de Dios, que no son del número de los predestinados para la vida eterna los que se escandalizan de la verdad cristiana, los que,

porque no les cuadra en sus entendimientos, se apartan de ella y la condenan, como aconteció á estos Fariseos. Y quanto al escándalo, me remito á lo que he dicho en una consideracion. Segundo, que no bastan lenguas de hombres ni de ángeles para hacer capaz á un hombre de la verdad cristiana, si no tiene dentro de sí al espíritu santo que lo haga capaz.

Que esto sea así, consta por esto que, si bastasen, bastara mucho mejor la lengua del mismo Cristo, hijo de Dios, la cual, por lo que vemos en los discípulos, consta que no bastaba; y no cabe decir que era por la rudeza de ellos, porque es certísimo que era solamente por la excelencia de las cosas cristianas, siendo esto cierto que, quanto fueran más agudos y más entendidos los discípulos, tanto fueran más incapaces de las cosas que Cristo les decia, ántes se escandalizaran ellos así como los otros. Y aquí entiendo que el hombre que es capaz de la verdad cristiana, entendiéndola y comenzando á sentir en sí los efectos de ella, la cual consiste en la remision de pecados y reconciliacion con Dios por la justicia de Dios ejecutada en Cristo, puede tener por cierto que tiene dentro de sí al espíritu santo, por cuyo favor es capaz de esta verdad cristiana.

Tercero, que merecen ser disculpados los que con simplicidad no por malicia ni por bellaquería quebrantan alguna ordenacion de sus mayores, como sería decir comiendo lo que les es prohibido, porque la culpa no está en el comer; y que merecen ser reprehendidos los que con malicia y bellaquería quebrantan algunas de las tales ordenaciones, porque la culpa está en el ánimo de donde sale, y los que tienen en sus ánimos malicia y bellaquería, aún no han tomado el yugo de Cristo ni han aún aprendido de Cristo á ser humildes y á tener mansedumbre, de la manera que habemos dicho sobre el cap. 11.

Y saliendo de allí Jesus se apartó á las partes de Tiro y Sidonia, y hé aquí una mujer cananéa que salida de aquellos confines lo llamó á gritos, diciendo: ¡Compadécete de mí, señor, hijo de David! Mi hija malamente está endemoniada. Pero él no le respondia palabra, y allegándose sus discípulos le rogaban diciendo: Despídela, que viene gritando tras nosotros. Y él respondiendo, dijo: No soy enviado sino á las ovejas perdidas de la casa de Israel. Y ella allegándose lo adoró, diciendo: ¡Señor, ayúdame! Y él respondiendo, dijo: No es bueno tomar el pan de los hijos y echarlo á los perrillos. Y ella dijo: Así es, señor, pero tambien los perrillos comen de las migajas que caen de la mesa de sus señores. Entónces respondiendo Jesus le dijo: ¡Oh mujer, grande es tu fé! Hágase como tú quieres. Y fué sana su hija desde aquella hora.

Viendo Cristo que aquellos santos del mundo con las gentes que lo seguian se habian escandalizado de sus palabras, no curando ni de contrastar con ellos ni de ponerse á hacer capaces á ellas de la verdad, contentándose con haberla propuesto llanamente, se fué de allí hácia la gentilidad, como comenzando á descubrir el secreto de que la gracia del evangelio, desechada y menospreciada de los judíos, habia de ser presentada á los gentiles y ellos la habian de aceptar, conociéndose necesitadísimos de ella y por tanto abrazándola con todo el ánimo. De manera que parece que esta mujer cananea fué como una figura de lo que habia de ser en toda la gentilidad, ántes en esta mujer considero á la letra lo que acontece á cada uno de los que aceptamos la gracia del evangelio, en quanto, así como esta mujer, queriendo que Cristo le sanase la hija, no se considera á sí, pero considera á Cristo, así

nosotros, queriendo que Cristo nos sane las conciencias, nos las aquiete y nos las apacigue, no nos consideramos á nosotros, pero consideramos á Cristo.

Si esta mujer se considerara á sí, conociéndose ajénisima de Dios, no confiara en Cristo ni osara parecer delante de Cristo; pero como consideró solamente á Cristo, y en Cristo conoció la bondad de Dios, confió en Cristo, pareció delante de Cristo y casi con razon convenció á Cristo hasta que alcanzó de él lo que queria; y si cada uno de nosotros se considerase á sí, conociéndose lleno de malignidad y de perversidad y por tanto enemigo de Dios, no confiara en Cristo ni osaria parecer delante de Cristo; pero, como considera solamente á Cristo y en Cristo, ve castigados todos sus pecados y en él mismo se ve reconciliado con Dios, aquieta y apacigua su conciencia, teniéndose por perdonado y por reconciliado con Dios.

Y en cuanto, así como esta mujer, siendo como tentada con las respuestas de Cristo á apartarse de la fé y así á desistirse de la demanda, no se apartaba ni se desistia, ántes se encendia y fortificaba más en su fé y en su demanda, así nosotros, siendo tentados unas veces de las persuasiones de los hombres, otras de nuestras propias imaginaciones y otras de las que los demonios nos ponen delante, las cuales todas pretenden apartarnos de la fé que tenemos, de nuestra reconciliacion con Dios por Cristo, no nos apartamos de la fé, ántes nos inflamamos más en ella y nos fortificamos más en ella, de manera que viene á ser que, así como la fé de esta mujer crecia, siendo tentada á no creer, así nuestra fé crece, siendo tentados á no creer. Y este es un eficacísimo contraseño, por el cual el hombre puede entender si la fé que tiene es inspirada o es enseñada, porque la fé enseñada no crece jamás y siendo tentada descrece.

En esta misma mujer considero la diferencia que hay entre el que ora enseñado y el que ora inspirado, en cuanto el que ora enseñado es semejante á los que llama Cristo étnicos, que piensan que por su mucho hablar han de ser oidos, y el que ora inspirado es semejante á esta mujer que en dos palabras demandaba á Cristo lo que queria de él, proponiéndole su necesidad segun que la sentia dentro del ánimo. En llamar esta mujer á Cristo «hijo de David» parece que interiormente era certificada que él era el Mesía que esperaban los judíos, del cual por la vecindad tenian noticia en aquellas partes que habia de ser hijo de David.

No respondiendo Cristo cosa ninguna á las voces de esta mujer, la ejercitaba en la fé, y ejercitándola la acrecentaba en ella. Y diciendo los discípulos á Cristo: «despídela» ó despáchala etc., mostraban el temor que llevaban por el escándalo en que quedaban los santos del mundo con las otras gentes. Diciendo Cristo: «no soy enviado sino» etc., ejercitaba la fé de la mujer, y entendia que, pues el padre lo habia enviado por beneficio de los judíos, á los cuales llama ovejas perdidas por la condenacion á muerte eterna que es comun á todos los hombres, no era bien empacharse con los gentiles. Adonde, llamando Cristo «ovejas perdidas» á los que vino á redimir, se conforma con aquello que dice Esaiás: «Todos nosotros como ovejas anduvimos perdidos.» Y replicando Cristo: «no es bueno» ó no es justo «tomar» etc., perseveraba en ejercitar la fé de la mujer, y entiende: no siendo yo enviado sino á los israelitas, no es justo que haga con los gentiles lo que tengo de hacer con los israelitas, así como no es justo que el padre quite el pan que pertenece á los hijos y lo dé á los perrillos.

Y estas palabras de Cristo parece que eran bastantísimas para derribar la fé de todos los hombres del mundo, como con efecto derribaran la fé de la mujer, si creyera ó si orara enseñada, pero, porque creía y oraba inspirada, con ellas creció en la fé, y así continuó su oracion, convenciendo á Cristo con el conocimiento de sí misma, de su vilísimo y bajísimo ser, llamándose perrilla, porque tal se conocía, mirándose á sí, y, si como era grande en fé, fuera grande en obras, nunca se humillara á aceptar el nomnbre de perra, porque así es anexa á las obras la propia estimacion como es anexa á la fé la humildad. Diciendo Cristo: «¡Oh mujer, grande es tu fé!» etc., mostró que la fé de la mujer lo forzaba á dar sanidad á la hija, y tengo por cierto que, si los discípulos dijeran á Cristo: Pues no eres venido sino para los israelitas ¿por qué haces este bien á esta mujer que no es israelita? que Cristo respondiera que la fé la habia hecho israelita, así como hace israelitas á todos los que creen según que lo trata San Pablo, Rom. 4.

Dos cosas me quedan que decir aquí. La una, que me parece ver á esta mujer inspirada á creer y á orar interiormente por el mismo Cristo que exteriormente parecia que la apartaba de la fé y de la oracion, de manera que así era obra de Cristo la perseverancia en la fé y en la oracion como era la tentacion á apartarse de lo uno y de lo otro; y por tanto me place lo que oí decir una vez á uno, el cual, repitiendo aquellas palabras: «Oh mujer, grande es tu fé,» decia: ¡Á la fé, Señor, es grande vuestra fé, que vos se la dábades, porque, si vos no se la diérades, no la tuviera ella. La otra, que si, ántes que muriendo Cristo hiciese en la cruz la paz entre Dios y los hombres, reconciliándonos con Dios, era Dios así liberal con los hombres que le eran enemigos, cuánto más lo será ahora despues que ya reconciliados le somos amigos. Adonde se puede certificar cada uno de nosotros, diciendo: si, siendo yo enemigo de Dios, fuí reconciliado con Dios por la muerte de Cristo, el cual castigó en él lo que habia de castigar en mí, ¿por qué tengo de dudar, siendo yo amigo y reconciliado con él, en que me haya de dar y conceder lo que quiero, que es inmortalidad y vida eterna con el mismo Cristo?

Y pasando de allí Jesus vino junto al mar de Galiléa, y subido en un monte se asentó allí, y llegaronse á él muchas gentes que tenían consigo cojos, ciegos, mudos, lisiados y otros muchos, y echáronlos á los piés de Jesus, y sanólos, en tanto que se maravillaban las gentes, viendo á los mudos hablar, á los lisiados sanos, á los cojos andar, á los ciegos ver, y glorificaban á Dios de Israel. Y Jesus llamando á sus discípulos dijo: Tengo compasion de esta gente, porque ya ha tres dias que perseveran en estar conmigo y no tienen que comer y despedirlos ayunos no quiero, porque no desfallezcan en el camino. Y dícenlo sus discípulos: ¿De dónde tenemos nosotros en despoblado tantos panes para hartar tanta gente? Y díceles Jesus: ¿Cuántos panes teneis? Y ellos dijeron: Siete y unos pocos pececillos. Y mandó á las gentes que se asentasen en tierra, y tomando los siete panes y los peces, hechas las gracias partió y dió á sus discípulos, y los discípulos á la gente, y comieron todos y hartáronse, y alzaron de lo que sobró de los mendrugos siete espuestas llenas. Y los que habian comido eran cuatro mil hombres sin mujeres y muchachos. Y despidiendo á las gentes, subió en una barca y vino á los confines de Magdalá.

Sobre lo que está dicho en lo pasado, cuanto á la sanidad que daba Cristo á estas gentes, se ofrece aquí esto: que toda persona cristiana debe considerar que, pues sanaba Cristo los cuerpos de estos para que estuviesen bien en la vida presente, no siendo aquel su propio oficio, mucho mejor resucitará nuestros cuerpos para que estén bien en la vida eterna, siendo este su propio oficio, conforme á aquello: «ego veni ut vitam habeant» etc.; y más que, pues sanaba Cristo á estos, por la fé que tenían que los podia sanar y que los sanaria, mucho mejor nos resucitará á nosotros los que creyendo gozamos de su justicia, pues á este fin vino en el mundo.

Sobre lo que está dicho en el capítulo precedente, cuanto al dar Cristo de comer milagrosamente á estas gentes, se ofrece esto: que, pues Cristo se compadecia, tanto cuanto aquí vemos, de aquellos que lo seguian con afectos humanos por propios intereses y por cosas corporales, y, no queriendo que pudiesen en el camino, milagrosamente los sustentaba, mucho mejor se compadecerá de nosotros los que lo seguimos con afectos espirituales y por tanto por gloria de Dios y por cosas espirituales, y, no queriendo que perezcamos en el camino, milagrosamente nos proveerá en todas nuestras necesidades en la vida presente y nos defenderá de todas las cosas que nos podrian apartar de él, haciéndonos perder la porcion que tenemos en el reino de los cielos, y más que, pues Cristo no apartaba de sí á sus discípulos por la poca fé que tenían en él, como consta por esto que, habiendo poco ántes visto el milagro de los cinco panes, dudaban ahora que tenían siete, ántes los allegaba y procuraba fortificarlos y confirmarlos en la fé, no nos debemos nosotros espantar ni atemorizar por nuestra flaqueza en la fé cuando vacilaremos, siendo solicitados á dudar, antes tener por cierto que Cristo hará con nosotros lo que hacia con sus discípulos, fortificándonos y confirmándonos en la fé.

Y siempre que me acuerdo de los muchos milagros que los discípulos de Cristo veian y de las muchas palabras buenas que oian y de la poca impresion que lo uno y lo otro hacia en ellos, porque aún no habian recibido el espíritu santo, no siendo aún Cristo glorificado, me certifico en esta verclad que valen poco los milagros y que valen poco las buenas palabras en los que no tienen espíritu santo; es bien verdad que vale mucho lo uno y lo otro para disponer al hombre á demandar á Dios su espíritu santo y para ayudarse despues que ha recibido el espíritu santo, como valió mucho en los discípulos de Cristo lo que, ántes de tener espíritu santo, oyeron y vieron de Cristo.

Capítulo XVI

Y viniendo los Fariséos y los Saducéos, tentándole rogaban que les mostrase alguna señal del cielo. Y él respondiendo díjoles: Venida la tarde, decís: sereno hará, porque el cielo está colorado; y mañana: hoy habrá tempestad, porque el cielo tiene color triste. Hipócritas, sabéis juzgar la cara del cielo y ¿no podéis juzgar las señales de los tiempos? Generacion mala y adúltera señal va buscando, y señal no le será dada sino la señal de Jonas profeta. Y dejándolos se partió.

Los santos del mundo, no pudiendo sufrir delante de sí la santidad de Cristo porque echaba por tierra su santidad de ellos, lo iban siempre tentando, como han ido y van siempre continuando en tentarlo, y así fingiendo que deseaban ser ciertos que él fuese el Mesía y que para certificarse no les bastaban los milagros que hacía, le demandan que haga algun milagro en el cielo, como sería decir haciendo firmar el sol como hizo Josué. Y Cristo, conociendo sus malas intenciones, no queriéndoles dar otra señal que la de su muerte y resurreccion, los reprehende de la ceguedad ó ignorancia con que trataban las santas escrituras, diciéndoles que tenían ingenios y discursos para juzgar hoy del dia que hará mañana, si hará sol ó si lloverá, y que no tenían ingenios ni discursos para entender por las santas escrituras como aquel era el propio tiempo en que habia de venir el Mesía. Esta es la sentencia de estas palabras. Lo mismo es: «sereno hará» que: sol hará. Por lo que aquí dice: «color triste» el griego dice: está colorado triste, pero entiende lo que decimos: está mustio. Á los Fariseos y Saduceos llama Cristo hipócritas porque era este el ordinario nombre con que los llamaba y porque venian á tentarlo mostrando uno en lo exterior y teniendo otro en lo interior.

Cuanto á la señal de Jonas profeta, me remito á lo que he dicho en el cap. XII, añadiendo esto que me cuadraria mucho si la escritura dijese que los de Nínive supieron el caso entrevenido á Jonas y que por tanto le dieron crédito y se convirtieron; y aunque no se puede colegir de ella esto, no pudiéndose colegir el contrario y cuadrándome tambien, digo que entiendo que, así como los tres dias y tres noches, que Jonas estuvo en el vientre de la ballena, fueron señal á los ninivitas, por lo cual, convencidos en sus conciencias, dieron crédito á la predicacion de Jonas y se con

virtieron á Dios, así los tres dias y tres noches, que Cristo estuvo en la sepultura, son efficacísima señal para convencer las conciencias de los hombres á creer el testimonio de Cristo de nuestra reconciliacion con Dios por su sangre que él derramó al tiempo que fueron castigados en él nuestros pecados y así de nuestra justificacion, resurreccion y glorificacion. Los que no son convencidos con esta señal, no serian convencidos con todas las señales que pueden ser vistas en el cielo y en la tierra; y tengo por cierto que en tanto son convencidos los hombres con ella, en cuanto la creen.

Y venidos sus discípulos á la otra ribera, habíanse olvidado de tomar panes. Y Jesus les dijo: Mirad y guardáos de la levadura de los Fariseos y Saduceos. Y ellos razonaban entre sí, diciendo: Porque no tomamos panes. Y conociendo esto Jesus, les dijo: ¿Qué razonais entre vosotros hombres de poca fé, que no habeis tomado panes? Cómo, aún no entendeis ni os acordais de los cinco panes de los cinco mil? y cuántos cofines alzastes? ni de los siete panes de los cuatro mil, y cuántas espuestas alzastes? cómo no entendeis que no os he dicho del pan: Guardáos de la levadura de los Fariseos y Saduceos?-Entónces entendieron que no les habia dicho que se guardasen de la levadura del pan, sino de la doctrina de los Fariseos y Saduceos.

Tres cosas se coligen de estas palabras. La primera la incredulidad del ánimo humano que, por mucho que crea, mientras es humano, cuando ve la necesidad al ojo, duda, como

los discípulos que, viéndose sin panes, pensaban padecer hambre, como consta por lo que ellos decían entre sí y por lo que Cristo les responde. Y aquí entiendo que, si queremos no dudar jamás, por muy grande que sea nuestra necesidad, roguemos á Dios que nos despoje de todo lo que tenemos de Adam, porque, mientras tendremos rastro de Adam seremos solicitados á dudar y dudaremos.

La segunda, que los hombres, mientras están intentos á las cosas exteriores, son incapacísimos de las cosas interiores, como los discípulos que, estando atentos á los panes, interpretaban las palabras de Cristo de los panes. Y aquí entiendo que el, que querrá ser capaz de las cosas interiores y espirituales, trabaje primero por apartar el ánimo de las cosas exteriores y corporales, cierto que no entenderá las unas mientras estará atento á las otras.

La tercera, que á los santos de Dios pertenece estar siempre alerta, mirando, advirtiendo y guardando no les entre por parte ninguna rastro ninguno de doctrina de santos del mundo, cuales eran los Fariseos, ni de sabios del mundo, cuáles eran los escribas, tomando cada uno de ellos para sí el aviso que da aquí Cristo á sus discípulos, porque siempre es levadura para mal la doctrina de los santos del mundo y de los sabios del mundo. Y aquí entiendo cuán poco me debo fiar de las persuasiones de los hombres que en el mundo son tenidos por santos y por sabios, y entiendo que el mejor expediente con que yo podré guardarme de ellos es con rogar continuamente á Dios, imprima bien en mi memoria la fé cristiana con la doctrina del vivir cristiano que me predicán y enseñan los apóstoles y los evangelistas, á fin que, viniendo las persuasiones de los santos del mundo y de los sabios del mundo á este parangon, les acontezca lo que acontece á las piedras falsas cuando están en presencia de las finas, y aún lo que acontece á las finas cuando están en presencia de las que son más finas que ellas.

Después de escrito esto, entiendo que propiamente pretendió aquí Cristo avisar á sus discípulos que se guardasen de lo que enseñaban los escribas y los saduceos acerca de la pompa con que se habían soñado que había de venir el Mesías; y á esta inteligencia favorece mucho lo que inmediatamente se sigue de la confesión de San Pedro. Adonde dice: «porque no tomamos panes,» pienso que se ha de entender: esto dice porque no tomamos panes.

Y venido Jesús en las partes de Cesarea la de Filipe, preguntó á sus discípulos, diciendo: ¿Quién dicen los hombres que soy el hijo del hombre? Y ellos dijeron: Unos Juan el Bautista y otros Elías y otros Jeremías ó uno de los profetas. Díceles: Y vosotros, ¿quién decís que soy? Y respondiendo Simon Pedro, dijo: Tú eres Cristo, el hijo de Dios vivo. Y respondiendo Jesús, le dijo: Bienaventurado eres, Simon Barjoná, porque la carne y la sangre no te lo ha revelado sino mi padre el que está en los cielos. Y yo también te digo á tí que tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella. Y daréte las llaves del reino de los cielos, y lo que atarás sobre la tierra, será atado en los cielos, y lo que desatarás sobre la tierra, será desatado en los cielos.

Muchas cosas hay en estas palabras, dignas de mucha consideración, para la inteligencia de las cuales convendría que el hombre estuviese desnudo y despojado de todo afecto humano, de toda opinión humana y aún de todo discurso de prudencia humana. Yo diré lo

que en ellas al presente entiendo, remitiéndome siempre á la inteligencia de los santos que las entienden mejor.

Cuanto á lo primero, no entiendo que preguntó Cristo á sus discípulos la opinion, que los hombres tenían de él, por saberla él, sino, porque diciendo ellos la que tenían, la cual él sabia bien, con su respuesta de él ellos quedasen confirmados en ella. Y aquí entiendo que quiere Dios que confesemos la fé que él imprime en nuestros corazones, en presencia de nuestros superiores, á fin que, confirmándonos ellos en ella, alcancemos salud y vida eterna, y por tanto dice San Pablo: «corde creditur ad justitiam, ore autem confessio fit ad salutem». Rom, 10.

Por las diversas opiniones que segun parece los hombres tenían de Cristo, las cuales todas iban enderezadas á menoscabar la gloria de Cristo y la omnipotencia de Dios, como que no podía criar un profeta de nuevo sin resucitar á uno de los ya muertos, y por lo que yo he visto por alguna experiencia, entiendo que, siempre que los hombres como hombres toman opiniones de Cristo y de los que son miembros de Cristo, sin pretenderlo ellos, vienen á menoscabar la gloria de Cristo y la omnipotencia de Dios; y por tanto seria sanísimo consejo á todos los hombres, guardarse de tomar opinion ninguna en las cosas espirituales y divinas mientras que son hombres no regenerados y renovados por espíritu santo, y aún entónces les está bien atenerse al áncora de la fé cristiana y al intento del vivir cristiano, guardando el decoro cristiano, y en lo demás no atarse á opinion ninguna, porque, como se atan á una, se obligan á defenderla, y, como la quieren defender, se apartan de la mansedumbre cristiana y decoro cristiano.

Diciendo San Pedro: «tú eres Cristo el hijo de Dios vivo,» entiendo que confesó en Cristo humanidad y divinidad, humanidad en cuanto lo confesó por el Mesía prometido en la ley, del cual constaba que habia de ser hombre del linaje de Abraham, de la simiente de David, y divinidad en cuanto lo confesó por hijo de Dios y una misma cosa con Dios, en la cual confesion está fundada la fé cristiana, en cuanto los, que aceptamos el indulto y perdon general que nos es intimado en el evangelio, fundamos nuestra fé en que Cristo es el Mesía y es hijo de Dios, y así nos certificamos en la remision de nuestros pecados y en nuestra reconciliacion con Dios, teniéndonos por hijos de Dios, incorporados en Cristo, y por herederos de la vida eterna con Cristo. Los que no se conocen perdonados y reconciliados con Dios en Cristo y por Cristo ni se conocen hijos de Dios, habilitados para la heredad de Dios que es la vida eterna, si bien dicen á Cristo lo mismo que le dijo San Pedro, tengan por cierto que no lo dicen por divina revelacion sino por humana instruccion, y los tales no siguen jamás á Cristo, no imitan en Cristo la mansedumbre ni la humildad, porque aún no están sujetos al yugo de Cristo.

A Dios entiendo que llama vivo ó viviente porque solo él tiene vida en sí y da ser y vida á todas las cosas que son y viven; y sobre esta manera de hablar que usa la escritura, diciendo Dios vivo, agua viva, piedra viva, esperanza viva etc., he hablado en la primera epístola de San Pedro capítulo primero.

Por aquellas palabras de Cristo: «porque la carne y la sangre» etc., entiendo que no son bienaventurados los que por relacion é instruccion humana y exterior confiesan á Cristo por

Mesía, hijo de Dios vivo, sino los que lo confiesan por revelación e inspiración divina e interior, como San Pedro. Y la bienaventuranza consiste en que incorporados en Cristo no los mira Dios por lo que son por sí, sino por lo que son por Cristo, y, así unidos e incorporados en Cristo, gozan de lo que goza Cristo, siendo de ellos lo que es de Cristo. Adonde entiendo que a todo hombre, que confiesa lo que confiesa aquí San Pedro, pertenece examinarse muy bien, si la confesión hace sus efectos en él, a fin que, hallándose con la confesión y sin los efectos de ella, entienda que su fe es de carne y sangre, y que por tanto no pertenece a él la bienaventuranza de San Pedro, y entendido se vuelva con fervor a Dios, suplicándole, le dé la fe revelada e inspirada, para que toque también a él la bienaventuranza que es anexa a la fe cristiana inspirada y revelada. Barjoná es lo mismo que hijo de Juan.

La santa escritura acostumbra llamar «carne y sangre» a los hombres con todo lo que tienen como hijos de Adam, comprendiendo a la ciencia del bien y del mal, a la lumbre natural, que es propia de Adam porque él la adquirió comiendo del árbol de la ciencia del bien y del mal.

Como gratificando y confirmando Cristo la confesión de San Pedro entiendo que dice: «y yo también te digo a ti que» etc., como si dijese: Tú me has confesado a mí por Mesía hijo de Dios vivo, y yo te doy a ti este nombre de piedra por la firmeza que hay en esta tu confesión que es como piedra, y te digo más que sobre esta piedra edificaré mi iglesia etc. Adonde entiendo que dice Cristo que había de edificar su iglesia sobre la confesión de San Pedro, entiendo que el fundamento de la iglesia es confesar a Cristo por Mesía, hijo de Dios vivo, en cuanto los que, aceptando la gracia del evangelio, la remisión de pecados, y reconciliados con Dios por la justicia de Dios ya ejecutada en Cristo, siempre que son solicitados a dudar de esta verdad, recurren a este firme y estable fundamento, diciendo: él que nos ha hecho este beneficio y él que lo publicó y hace publicar en el mundo es Jesús Nazareno, el cual es el Mesía prometido en la ley de Dios y es hijo de Dios, y puesto es así verdad, también es verdad lo que él publicó y hace publicar, que es el indulto y perdón general, del cual gozan los que lo creen. De esta manera entiendo que la iglesia cristiana está fundada sobre creer de Cristo lo que aquí confiesa San Pedro.

También entiendo que, queriendo Cristo mostrar la excelencia de su iglesia y asegurar a los que pertenecen a ella, dice: «y las puertas del infierno» etc., entiendo que todos juntos los espíritus infernales no serán bastantes a deshacer a esta iglesia, a derribarla y echarla por tierra, porque ella será poderosa en Cristo a hacerles resistencia a todos; de manera que sea esta la misma sentencia que dice Cristo en otra parte: «et nemo rapiet eas de manu mea,» a las cuales sentencias y a las que son como ellas debemos abrir bien los ojos los que somos ovejas de Cristo, porque, dando el crédito que se debe a las palabras de Cristo, nos podemos bien certificar con San Pablo que ni la muerte ni la vida ni criatura ninguna será bastante a apartarnos de Cristo y por el consiguiente ni del reino de Cristo en la presente vida ni del reino de Dios en la vida eterna.

Queriendo Cristo gratificar aún más la confesión de San Pedro por confirmarla más y establecerla más, le dice: «y daréte las llaves del reino de los cielos,» y entiendo que, declarando qué llaves son estas, dice: «y lo que atarás sobre la tierra» etc., de manera que estas llaves consistan en el atar y en el desatar. Estas llaves entiendo que las tuvo Cristo

mientras vivió corporalmente entre los hombres, y entiendo que, pronunciando aquí á San Pedro por bienaventurado y confirmándolo en la fé que tenia de él, usó de la una de las llaves, y de la otra entiendo que usaba cuando pronunciaba por infieles á Corazain, á Betsaida y á Capernaum, y cuando pronunciaba por hipócritas á los pontífices, escribas, Saduceos y Fariseos.

Tambien entiendo que usaban de la una de estas llaves los apóstoles cuando admitian á la congregacion cristiana á los que confesaban que Jesus es el Mesía, hijo de Dios vivo, como admitió San Felipe al eunuco, San Pedro á Cornelio y San Pablo á Tito etc., y que usaban de la otra llave cuando apartaban de la congregacion de los cristianos á los que, viviendo viciosa y profanamente, daban testimonio de sí que la fé que tenian no era revelada ni inspirada, sino relatada y enseñada. De manera que el uso de estas llaves sea confirmar la fé del que, creyendo con el corazon por espíritu-santo, confiesa por la boca aquello que cree, afirmándole que su fé es buena, como hizo Cristo con San Pedro, la cual cosa es necesarísima en la iglesia, porque el ánimo del hombre es tanto solicitado á dudar que, por muy grandes inspiraciones interiores que tenga, siempre tiene necesidad del testimonio exterior; y de manera que sea tambien el uso de estas llaves condenar la infidelidad tanto del que no cree de Cristo lo que San Pedro, quanto del que, si bien confiesa por la boca lo que confesó San Pedro, muestra en su mal vivir que no lo confiesa con el corazon, que habla enseñado y no inspirado, y que habla por relacion de carne y sangre y no por revelacion de espíritu-santo.

Aquí añadiré esto que por revelacion de Dios conocemos á Cristo cuando nos desatapa Dios los ojos para que lo conozcamos por el Mesía y lo conozcamos por hijo de Dios, conociéndolo por hijo de David segun la generacion humana y por hijo de Dios segun la generacion divina. Los que conocen de esta manera á Cristo, aceptando la gracia del evangelio, se tienen por perdonados de todos sus pecados hechos y por hacer, y teniéndose por amigos de Dios, aman á Dios, y reconociéndose hijos de Dios, se aplican á imitar á Cristo con intento de guardar el decoro de hijos de Dios. Los que conocen á Cristo por relacion de hombres ó de escrituras no se tienen jamás por perdonados de Dios ni por amigos de Dios ni por hijos de Dios, y así no aman á Dios ni se aplican á imitar á Cristo.

Esto es lo que al presente entiendo en estas palabras, las cuales son de tanta importancia que, aunque me parece quedar satisfecho con esta inteligencia, todavía quedo con deseo de alcanzar otra mejor, y así ruego á Dios me la dé ó por sí mismo ó por medio de algun siervo suyo, pero en cuanto ha de servir para gloria suya y de su unigénito hijo Jesu Cristo nuestro Señor.

Entónces mandó á sus discípulos que no dijesen á ninguno que él es Jesu Cristo. Desde entónces comenzó Jesus á descubrir á sus discípulos que le convenia ir á Jerusalem y padecer mucho de parte de los ancianos y príncipes de los sacerdotes y escribas y ser muerto y resucitar al tercero dia. Y apartándolo Pedro comenzó á reprehenderlo diciendo: Mejor sea á tí, señor; nunca tal te entrevenga. Y él vuelto dijo á Pedro: ¡Quítateme de delante, Satanás! Escándalo me eres, porque no sabes las cosas de Dios sino las de los hombres.

La causa porque Cristo prohibió á sus discípulos que no lo publicasen por el Mesía pienso que es, porque tenia Dios ordenado que este secreto no fuese descubierto ni publicado entre los hombres hasta que Cristo fuese muerto, resucitado y glorificado. En aquello «desde entónces comenzó Jesus» etc., noto esto que primero confirmó Cristo á sus discípulos en lo que habian de creer de él, que les descubriese el secreto de su muerte, y entiendo que se lo dice ántes que sea por facilitarles el sentimiento de ella. Y aquí aprendo que los que Dios trae á Cristo, primero deben ser confirmados y fortificados en lo que han de creer de Cristo, que les sea dicho lo que han de padecer por Cristo, y más, que ántes que venga el padecer, muchas veces se les debe poner delante, á fin que, cuando venga, se hallen armados y apercebidos de tal manera, que por el padecer no se aparten de Cristo, desamparando la fé cristiana y el vivir cristiano. Adonde dice «ancianos,» puede decir presbíteros, es nombre de dignidad. Y aquí es digno de consideracion esto que los, que tenian la cumbre de la religion entre los judíos, fueron los que dieron la muerte á Cristo.

En San Pedro considero aquí á todos los que con prudencia humana presumen reprehender y aconsejar á los que, siendo hijos de Dios, son regidos y gobernados por espíritu de Dios, en cuanto, así como San Pedro, ufano por ventura con las palabras que le acababa de decir Cristo, presumió reprehender á Cristo porque queria ir á cumplir la voluntad de Dios, siendo llevado por espíritu santo, así ellos, ufanos con el nombre de cristianos, con las ceremonias cristianas y con alguna noticia de las cosas cristianas que han alcanzado por revelacion y escritura, presumen reprehender á los que siguen á Cristo y siguiendo á Cristo van á cumplir la voluntad de Dios, siendo llevados por el espíritu santo.

A donde entiendo que á los, que, incorporados en Cristo, son hijos de Dios, pertenece responder á los hombres, que, mostrando celo, los reprehenden, lo que respondió Cristo á San Pedro, diciendo: «quítateme de delante, Satanás» etc. Y para poderles responder de esta manera, conviene primero que ellos se persuadan y tengan por cierto que todos los hombres que no son hijos de Dios, no siendo regenerados y renovados por espíritu santo, les son á ellos el mismo Satanás, porque, estando con esta persuasion, tendrán por sospechosas todas sus reprehensiones, todos sus celos y todos sus consejos, los cuales, siendo de hombres no pueden ser sino carne y sangre.

Diciendo Cristo: «escándalo me eres,» entiende: me eres fastidioso y enojoso, como nos es la piedra en que tropezamos. Y aquí se entiende una manera de escandalizar los hombres á Dios y á los que son hijos de Dios. Y declarando Cristo de dónde procedia que San Pedro le era escándalo, dice: «porque no sabes» etc., entendiendo que de no saber San Pedro las cosas de Dios, de no entenderlas ni penetrarlas, procedia el fastidio que le daba con aquellas sus palabras. Si San Pedro supiera el divino consejo en la muerte de Cristo, no se pusiera á reprehender á Cristo porque iba á morir; y aún si solamente considerara la divina sabiduría y potencia que veía en Cristo, callara y dejárale hacer; pero como no consideraba lo uno ni sabia lo otro, sabiendo solamente las cosas de los hombres que tienen por malo el morir y por malísimo el morir ignominiosamente, oyendo decir á Cristo de su muerte, pensó acertar, diciéndole lo que le dijo.

Adonde pueden considerar las personas cristianas que, pues Cristo, ofendido de las palabras de San Pedro que nacian de ánimo vivo aún no mortificado por la fé, no lo echó de

sí, solamente lo trató mal de palabra, que tampoco las echará de sí á ellas cuando lo ofenderán como San Pedro con viveza de ánimo aún no mortificado por la fé, si bien las tratará mal de palabra, dándoles á sentir que se tiene por ofendido de ellas. A donde dice: «sabes,» puede decir: precias, estimas y sientes. En aquello: «mejor sea á tí, señor, nunca, tal te entrevenga» y en aquello: «quítateme de delante, Satanás» están unas maneras de decir castellanas por otras maneras de decir hebreas.

Entonces dijo Jesus á sus discípulos: Si alguno querrá venir tras mí, niéguese á sí mismo y tome su cruz y sígame, porque el que querrá salvar su ánima, la perderá, y el que perderá su ánima por mi causa., la hallará, porque ¿que aprovechará al hombre si ganará á todo el mundo con daño de ánima? ó ¿qué dará el hombre en trueco por su ánima? Porque será así que vendrá el Hijo del hombre en la gloria de su padre con sus ángeles, y entonces dará á cada uno segun su obra. Dígoos de verdad que hay algunos de los que están aquí, los cuales no gustarán la muerte hasta que vean al hijo del hombre venir en su reino.

Habiendo Cristo como intimado á sus discípulos su pasion despues de haberlos confirmado en la fé, les intima lo que á cada uno de ellos conviene padecer, habiendo como buenos discípulos de seguir á su maestro, de pasar por donde él pasó. Adonde parece que, tomando Cristo ocasion de lo que San Pedro le habia dicho condenando por malo el padecer, dice así á todos los discípulos: no solamente es necesario que yo vaya á padecer, á perder esta vida que tengo como hijo de Adam, pero sabed que es tambien necesario que los que me han de seguir vayan por donde yo voy, negándose á si mismos, privándose de todos sus placeres, de todas sus satisfacciones y de todas sus comodidades, y tomando á cuestras su cruz, el tormento y el fastidio que les causará esta privación, y la deshonra, y la ignominia que la misma les causará en los ojos del mundo, y entonces me seguirán de la manera que yo quiero ser seguido. De esto he hablado en dos consideraciones sobre estas mismas palabras de Cristo.

Y aquí entiendo que, queriendo Cristo declarar en qué consiste esta negacion, añade: «porque el que querrá salvar» etc., mostrando que entonces el hombre se niega á sí mismo cuando, por salvar su vida, por resucitar á vida eterna, la pierde en esta, menospreciándola y teniéndola en poco y así privándose de todo lo que arriba está dicho, y ofreciéndose al martirio, siempre que será necesario por la manifestacion del evangelio.

Aquello: «por mi causa» es digno de consideracion para que entiendan los hombres que, perdiendo sus vidas, hora sea con las privaciones ya dichas, hora sea con el martirio, no las hallarán en la vida eterna si no tienen por objeto á Cristo, siendo su principal intento la gloria de Cristo, no sus propios intereses ni sus opiniones ó pasiones. Y aquí entiendo que no pierden las vidas por Cristo sino los que se tienen por justos en Cristo, porque solos estos no pueden pretender justificacion ni glorificacion, conociendo que la han alcanzado en Cristo, pretendiendo solamente imitar á Cristo por el deber de la regeneracion cristiana; los otros todos, perdiendo las vidas, la pierden por justificarse delante de Dios y no por Cristo.

Aquello: «porque ¿qué aprovechará al hombre» etc., entiendo dicho como por comparacion: así como sirve poco á un hombre el ser señor del mundo, si da por ello la vida, así sirve poco á otro hombre gozar en la vida presente de todo lo que se puede gozar, pues por ello pierde el gozar de la vida eterna. Y diciendo: «ó ¿qué dará el hombre» etc., entiende que es cosa tan preciosa la vida, que no hay recompensa ninguna que dar por el rescate de ella, como si dijese: y pues yo os ofrezco vida eterna en contracambio de la vida presente, no os debe parecer recio el perder la vida presente. Conforme es á esto lo que se lee en el Salmo 49.

Y queriendo Cristo declarar cuándo comenzará esta vida eterna entera y cumplidamente, dice: «porque será así que vendrá» etc., entendiendo que comenzará desde el día del juicio, en el cual día dice que dará Dios «á cada uno segun su obra,» entendiendo que dará vida eterna á los que habrán perdido por su causa de él la vida presente, y que dará muerte eterna á los que no habrán querido perder por su causa de él la vida presente.

Aquello que añade Cristo, diciendo: «Dígoos de verdad que hay algunos» etc., yo no lo entiendo, y digo que no lo entiendo, porque no me cuadra lo que unos dicen que vieron á Cristo en su reino los que lo vieron transfigurado en el monte Tabor, porque no entiendo que aquel fuese el reino de Cristo ni sería al propósito de lo que aquí precede; ni me cuadra tampoco lo que dicen otros que los discípulos no gustaron la muerte porque no sintieron el agonía de la muerte como los otros hombres, porque sé que segun el hablar de la lengua hebrea, gustar la muerte es lo mismo que morir; tampoco me cuadra lo que dicen otros que vieron á Cristo en su reino, los que despues de la venida del espíritu santo vieron glorificado á Cristo, siendo aceptado su evangelio de grande muchedumbre de gentes, porque veo que aquí habla Cristo del día del juicio, en el cual día descubrirá á todo el mundo su gloria y su majestad.

Es bien verdad que las palabras que pone San Márcos se podrian aplicar á la venida del espíritu santo, porque él dice: «hasta que vean venir el reino de Dios con virtud» ó potencia, y no hay duda sino que lo vieron venir tal los discípulos al tiempo que recibieron al espíritu santo, desde el cual tiempo entendemos que comenzó á venir el reino de los cielos que se predicaba en tiempo de Cristo. Y si se pudiese decir que algunos de los, que estaban presentes al tiempo que Cristo dijo estas palabras, están reservados para el día del juicio, no siendo muertos, no habría que dudar. En efecto, es poco lo que alcanzamos de los misterios de Dios, por mucho que presumamos alcanzarlos, y por tanto es cosa segura confesar en ellos nuestra ceguedad.

Capítulo XVII

Y desde á seis dias tomó Jesus á Pedro, á Jacobo y á Juan, su hermano, y subióslos á un monte alto aparte y transfiguróse en presencia de ellos, y resplandeció su cara como el sol, y sus vestiduras se tornaron blancas como la luz, y hé aquí vieron á Moisen y á Elías hablando con él. Y respondiendo Pedro dijo á Jesus: Señor, bueno nos es estar aquí; si

quieres hagamos aquí tres cabañas, una para tí, otra para Moisen y otra para Elías. Aún estaba él hablando y hé aquí una nube resplandeciente que los cubrió, y hé aquí una voz salida de la nube que decia: Este es mi hijo el amado, en el cual me he contentado. Oidlo. Y oyendo esto los discípulos cayeron sobre sus caras y temieron mucho. Y llegando Jesus asió de ellos y dijo: Levantáos y no temais. Y alzando sus ojos no vieron á ninguno sino á solo Jesus. Y bajando ellos del monte, les mandó Jesus diciendo: No digais á ninguno la vision hasta que el hijo del hombre resucite de entre los muertos.

Lo que Cristo pretendió dando á aquellos tres discípulos este gusto de la gloria de la vida, eterna, puédesse bien conjeturar, pero mal se puede acertar, mayormente de los que como yo no nos habremos hallado en cosa semejante para poder testificar del efecto que hace una tal vision en el ánimo del que la ve, y por tanto me remito á lo que dicen ó dirán los que tendrán alguna experiencia. A los cuales tambien remito la consideracion de la causa porque Cristo escogió á estos tres discípulos entre los otros, si fué porque estos eran más capaces que los otros por estar más mortificados y más purificados en sus ánimos, ó si fué porque estos tenian más necesidad de ser certificados y confirmados en la opinion que habian de tener de Cristo, bien que yo me atengo á esto, que dependió de la voluntad de Cristo, elegir más á estos tres que á ninguno de los otros para mostrarles su gloria y su majestad en la vida eterna.

Diciendo: «y transfiguróse,» entiende: mostróse en otra forma de la que solia; solia mostrarse con el ser humano, pasible y mortal, y mostróse con el ser divino, impasible é inmortal. Yo pienso que se mostró Cristo tal en el monte á estos tres discípulos, cual se mostró á todos despues de la resurreccion al tiempo que subió al cielo.

Queriendo San Mateo mostrar en qué cosa consistió esta transfiguracion, dice: «y resplandeció su cara,» etc.; y diciendo: «y sus vestiduras» etc., entiende que tambien los vestidos mudaron color. Adonde dice: «como la luz,» San Marcos dice: como la nieve. Entienden que Moisen y Elías fueron vistos con Cristo, porque la ley y los profetas dan testimonio de Cristo y son como ministros de Cristo.

Lo que hablaban Moisen y Elías con Cristo se entiende por San Lúcas, el cual dice que hablaban de la muerte que Cristo habia de morir en Jerusalem, hablaban, como seria decir, del vituperio, estando en la gloria. Adonde podemos nosotros aprender que es cosa buena hablar de lo que habemos de padecer por Cristo y pensar en ello cuando nos hallamos más favorecidos de Dios y de Cristo, á fin que el favor no nos haga presuntuosos. El hablar en esto pienso que no era por Cristo sino por los discípulos que oian, á fin que supiesen que era necesario que pasase así lo que Cristo ya les había dicho y que no tuviesen aquella, cosa por defecto de Cristo sino por perfeccion de Cristo, pues veían que hablaban de ella Moisen y Elías, la ley y los profetas. Aquí se puede decir que Moisen estaba con Cristo en espíritu y que Elías estaba en cuerpo y en ánima, por lo que se lee, en su historia del carro ó torbellino de fuego en que fué arrebatado.

Lo que San Pedro dijo á Cristo: «Señor, bueno nos es» etc., dicen siempre á Cristo los que, sintiendo los favores de Cristo, se ceban en ellos con los ánimos y con los cuerpos, y no lo dicen los que, sabiendo que al estado de la vida presente es más anexo el padecer que el gozar, estando en la gloria se acuerdan del vituperio y no ménos huelgan de estar

crucificados con Cristo en el monte Calvario que de estar transfigurados con Cristo en el monte Tabor, de ser crucificados con Cristo que de ser glorificados con Cristo, ántes se tienen por más seguros hallándose crucificados que sintiéndose como transfigurados.

Y aquí entiendo dos cosas. La una, que con todos nosotros hace Cristo lo que hizo con estos discípulos, en cuanto, así como á estos discípulos primero les hizo gustar de su gloria que de su ignominia, mostrándoseles primero transfigurado que crucificado, así á nosotros primero nos hace gustar la paz de las conciencias por la reconciliacion con Dios, con los otros efectos que hace en nosotros la fé que nos incorpora en él, que nos entrega en las manos á los hombres á que nos traten como trataron á él. Y la otra que muestran grande imperfeccion los que en los gustos y sentimientos interiores se transportan hasta dejar que la carne tome su parte de ellos, así como es imperfeccion en las cosas exteriores transportarse tanto hasta que el ánimo gusta de ellas, siendo así que al perfecto cristiano pertenece usar de las cosas exteriores, que pertenecen al cuerpo, con reguardo y miramiento que el ánimo no guste de ellas, y usar de las cosas interiores, que pertenecen al ánimo, con reguardo y miramiento que el cuerpo no guste de ellas, dejando estar las unas cuando el ánimo se va cebando en ellas, y dejando estar las otras cuando siente que el cuerpo se va cebando en ellas.

La causa que movia á San Pedro á querer hacer las tres cabañas ó chozas, queriendo que cada uno de los tres estuviese en la suya, no pienso que se puede saber, y no importa mucho saberla, pues hablaba como hombre imperfecto. Sería bien cosa digna de saber cómo eran estos tres discípulos, siendo aún imperfectos, hábiles sugetos para poder sufrir tanta gloria y tanta majestad como tenían delante de sí, viendo á Cristo transfigurado y con él á Moisen y á Elías, pero en esto me contento con entender que el mismo Dios, por cuya voluntad subieron al monte, los habilitó para que pudiesen sufrir aquella gloria y majestad. Y aquí se me ofrece esto: que no es señal de perfeccion el ver visiones y revelaciones, pues estos tres discípulos, siendo aún imperfectos, fueron admitidos á ésta. Esto digo á fin que ni los que las tendrán se ensoberbezcan por ello ni los que no las tendrán se entristezcan por ello, considerando que tambien envió Cristo el espíritu santo sobre los discípulos que no subieron al monte como sobre los que subieron.

Las palabras del testimonio, que el padre eterno nos da de Cristo, son dignas de mucha consideracion, pues es así que por ellas entendemos que Cristo es hijo de Dios, y por lo que dice: «el amado» entendemos que el ser Cristo hijo de Dios es muy de otra manera que el ser hijos de Dios los que la santa escritura llama hijos de Dios, pues Cristo es el amado, el querido y favorecido y es el primogénito y unigénito, siendo su divina generacion, como seria decir, «ab initio et ante saecula,» y siendo una misma con Dios, y de la misma sustancia del padre. Y por tanto con solo Cristo se ha contentado y contenta Dios, porque, como dice Esaías, en él ha sido prosperada la voluntad de Dios, quiere decir que en Cristo ha salido Dios con lo que queria, en cuanto, poniendo en él los pecados de todos nosotros y castigándolos todos en él, él sufrió el castigo sin apartarse un punto de la voluntad de Dios. Y es bien de notar que en aquello «me he contentado» ó complacido, en el griego está el vocablo de que usa San Pablo cuando habla de nuestra predestinacion.

Y es mucho más de notar aquello «oidlo,» para que sepamos que lo que á nosotros, los que somos cristianos, pertenece, es cerrar los oidos á toda la prudencia y razon humana y á

toda la lumbre natural y abrirlos solamente á Cristo para seguir lo que él nos dirá, por mucho que por el contrario brame y vocee la prudencia humana con la lumbre natural. Y al que deseará saber en dos palabras qué es lo que ha de oír de Cristo, en qué cosas ha de obedecer á Cristo, le diré que en las que él ha dicho en el capítulo 11: «Tomad mi yugo sobre vosotros y aprended de mí» etc., en lo cual encerró Cristo la fé cristiana y el vivir cristiano, como allí habemos declarado.

En aquello que cuenta San Mateo que alzando los ojos los discípulos no vieron á Moisés ni á Elías, viendo solamente á Cristo, se puede entender lo que el mismo Cristo ha dicho en el capítulo 11, que la ley y los profetas sirvieron hasta el tiempo de San Juan; antes entiendo que es así siempre, que, si bien cada uno de los hombres, mientras no oye la voz del padre, mientras no tiene la inspiracion interior, ve á Moises y á Elías con Cristo, sirviéndose de la ley y de los profetas para ver á Cristo, en oyendo que oye la voz del padre, en siendo inspirado interiormente y traído á Cristo, se le desaparecen Moisés y Elías, no sirviéndose ya más de la ley ni de los profetas para ver á Cristo, para aceptar su justicia y atenerse solamente á ella. Adonde diré esto: que siempre Moises y los profetas son tan comedidos que, luego que entra Cristo, se salen fuera, dando lugar á Cristo, y por tanto el mejor expediente de todos para librar á uno de Moises y de profetas es ponerle delante á Cristo, la fé cristiana y despues el vivir cristiano.

Por la misma causa entiendo que mandó Cristo á estos tres discípulos que no publicasen esta vision, que habia mandado ántes á todos que no dijese que él era Cristo; en efecto, se ve clarísimamente que Cristo no quería manifestar á los hombres quieín era, mientras andaba vestido de humanidad. Y aquí viene bien una epístola que he escrito pretendiendo mostrar las causas por qué Cristo unas veces se encubria y otras veces se descubria, y viene bien una consideracion adonde he puesto seis causas, por las cuales segun entónces me pareció, entendí que Cristo vivió entre los hombres en aquella forma de vida en que vivió.

Y preguntáronle sus discípulos diciendo: ¿Pues cómo los escribas dicen que conviene que Elías venga primero? Y respondiendo Jesus les dijo: Así es que Elías vendrá primero y lo restituirá todo, pero dígoos que Elías ya vino y no lo conocieron, mas hicieron en él todo cuanto quisieron. De la misma manera tambien al hijo del hombre harían padecer aquellos. Entónces entendieron los discípulos que de Juan el Bautista les decia.

Certificados los discípulos que Cristo era el Mesía, parece que de haber visto á Elías en su compañía les nació una duda, de la cual queriendo certificarse preguntan á Cristo, diciendo: «pues ¿cómo los escribas dicen» etc., como si dijese: pues es así que tú, señor, eres el Mesía y no ha venido Elías primero que tú, ¿en qué se fundan los escribas diciendo: que Elías ha de venir primero que el Mesía?

En esta pregunta entiendo dos cosas: La primera, que los escribas eran en aquel tiempo como son en este los doctores teólogos, los letrados en la santa escritura. Y la segunda, que á todas las personas cristianas es cosa segura manifestar las dudas que se les ofrecerán en el negocio cristiano á personas que sean suficientes á satisfacerlas en ellas, haciendo como hicieron con Cristo los discípulos, y no como hacen muchos que, parte por miedo y parte

por vergüenza, porque es deshonra dudar, no osan comunicar sus dudas, y, teniéndolas en sí, no caen en la cuenta que hacen en sus ánimos lo que otra tanta ponzoña haría en sus cuerpos.

A la duda de los discípulos responde Cristo diciendo: «así es que Elías vendrá» etc., adonde, considerando que no veo como pertenezca á San Juan el restituirlo todo, y considerando que Malachías dice que vendrá Elías ántes del día del juicio, entiendo que, diciendo: «así es que Elías» etc., confirma la opinion de los escribas, la cual estaba fundada en la profecia de Malachías, diciendo que Elías vendrá á ántes de su segundo advenimiento al juicio y con su venida serán restituidas todas las cosas en su propio ser, y estas cosas entiendo que son las que la razon y la prudencia humana, pretendiendo adobar y enderezar han gastado y estragado en la iglesia cristiana juntamente con las que el Anticristo habrá gastado y estragado.

Y entiendo que, diciendo Cristo «pero dígoos que Elías etc., entiende que el Elías, que había de venir ántes de su primer advenimiento, ya era, venido, y que, no conociéndolo los judíos por el que era, lo habian hecho morir, conforme á sus dañadas voluntades. Y así entiendo que dice Cristo que San Juan tuvo en su primer advenimiento el oficio que tendrá Elías en su segundo advenimiento, en cuanto, así como Elías aparejará la iglesia cristiana para la venida de Cristo glorioso, así San Juan aparejó á la sinagoga hebrea para la venida de Cristo humilde; y el aparejo entiendo que consistió en mostrarle su depravacion y mostrarle juntamente á Cristo por remedio de ella. Añadiendo Cristo: «de la misma manera tambien al hijo» etc., entiende: y lo mismo que aconteció á San Juan con estos, me acontecería tambien á mí, en cuanto así como no conociendo que San Juan venia en espíritu y virtud de Elías, segun que, ántes que fuese concebido, lo denunció el ángel á Zacharías, su padre, le dieron la muerte, así, no conociéndome á mí por Mesía, me darán la muerte.

Aquello «y no lo conocieron» se puede referir á los escribas juntamente con aquello «harán padecer aquellos.» De esta respuesta, que Cristo respondió á la duda de sus discípulos, deben tomar ejemplo todas las personas que son eminentes en la iglesia cristiana para gobernarse por ella con los que les vendrán á preguntar algunas dudas, siguiendo este ejemplo de Cristo y siguiendo lo que enseña San Pablo. Rom. 14.

Y venidos ellos adonde estaba la gente, se le allegó un hombre hincándosele de rodillas y diciendo: Señor, compadécete de mi hijo que es lunático y padece mucho mal y es así que muchas veces cae en el fuego y muchas veces en el agua y hélo traido á tus discípulos y no lo han podido sanar. Y respondiendo Jesus dijo: ¡Oh generacion incrédula y perversa, hasta cuándo estaré con vosotros? hasta cuándo os tengo de sufrir? Traédmelo aquí. Y amenazólo Jesus, y salió de él el demonio, y sanó el muchacho desde aquella hora. Entónces allegados los discípulos á Jesus aparte, le dijeron: ¿Por qué causa nosotros no lo pudimos echar? Y Jesus les dijo: Por vuestra incredulidad. Porque os digo de verdad que, si tendreis fé quanto un grano de mostaza, direis á este monte: Pásate de aquí allí, y se pasará, y ninguna cosa os será imposible. Pero este linaje no sale sino con oracion y ayuno.

Parece que al tiempo que Cristo tomó á los tres discípulos, con los cuales se subió al monte, el resto de los discípulos con la otra gente que seguía á Cristo quedaron en el llano, y así cuenta San Mateo que, al tiempo que Cristo con los tres discípulos vino adonde los otros eran quedados, entrevino el caso que aquí se cuenta, en el cual se ofrecen estas cosas dignas de consideración.

La primera, la indignación de Cristo contra la incredulidad de sus discípulos y de las otras gentes, y el fastidio que recibía estando y conversando entre los hombres, y el deseo que tenía de ser libre de ellos. Y aquí entiendo dos cosas: La una, que, así como la fé es la cosa que más agrada á Dios, así la incredulidad es la cosa que más le desagrade y le ofende; y la otra, que las personas cristianas pueden tener por buen contraseno de su fé el sentirse indignadas contra la incredulidad de los hombres y el desear salir de entre ellos por no sentir ni ver sus incredulidades.

La segunda, que la incredulidad es un mal tan interior que pocos lo conocen ni aún cuando son caídos en algún inconveniente por él, como los discípulos de Cristo que, no habiendo podido sanar al otro por su incredulidad de ellos, no conocían que la imposibilidad nacía de la incredulidad. Y aquí entiendo que á toda persona cristiana pertenece conocerse incrédula y falta de fé, atribuyendo á su incredulidad todas sus faltas y todos sus defectos.

La tercera, que, pues es así que no hay cosa imposible al que cree hasta mudar los montes de una parte á otra, á toda persona cristiana pertenece perseverar en oración, demandando á Dios fé y más fé, sin apartarse de esta demanda hasta tanto que se conozca con tanta fé que le parezca poder mudar los montes de una parte á otra, siempre que se ofrecerá caso en el cual por esta mutación venga á ser ilustrada la gloria de Dios. Lo que digo de los montes, digo también de todos los otros milagros, con los cuales es ilustrada la gloria de Dios, siendo con ellos confirmada la verdad de la fé cristiana. La comparación del grano de la mostaza entiendo que se ha de referir á que es pequeño.

La cuarta, que como consolando Cristo á sus discípulos, no queriendo que faltasen de ánimo por lo que les había dicho de su incredulidad, añadió: «pero este linaje» etc., entendiéndolo: y hay también otra cosa, que los demonios, que son de la calidad de este, no salen jamás de los cuerpos de los hombres sino es con oración y con ayuno. Adonde no tendría por inconveniente entender que la oración del que echa al demonio es inflamada con el ayuno, de manera que con el ayuno sea inflamada la oración y con la oración sea acrecentada la fé y con la fé fuerte y eficaz sea echado el demonio, porque, como acaba de decir Cristo, no hay cosa imposible al que cree.

La quinta, que es Cristo superior á todas las cosas, pues es así que, siendo aquella suerte de demonios de tal calidad que no salen de los cuerpos humanos sino con oración y con ayuno, Cristo hizo salir á aquel sin oración y sin ayuno, como parece por esto que, en viniéndole delante el hombre endemoniado con amenazar al demonio, á la hora el hombre queda libre y sano. Adonde es cierta cosa admirable que viesen los hombres de aquel tiempo una cosa como esta, y que la crean los hombres de este tiempo, y que ni aquellos tuviesen ojos para conocer á Cristo por hijo de Dios vivo, ni estos tengan ojos para conocer que este Cristo, al cual confiesan por hijo de Dios vivo, cumplirá con ellos lo que les

promete de parte de Dios, diciendo que el que creerá al evangelio y se bautizará alcanzará salud y vida eterna. Y al evangelio creen los que, aceptando el indulto y perdón general, se tienen por perdonados y por reconciliados con Dios por Cristo y en Cristo, incorporados por la fe en Cristo.

Y estando ellos en Galilea, díjoles Jesús: El hijo del hombre será entregado en manos de hombres y mataránlo y resucitará al tercer día. Y entristecieronse mucho.

Dos cosas son dignas de consideración en estas palabras. La una, que iba Cristo mezclando á sus discípulos lo dulce con lo amargo, la resurrección con la muerte. Y aquí entiendo que hace siempre Cristo lo mismo con nosotros mezclándonos la vivificación con la mortificación, los favores interiores de Dios con los desfavores exteriores del mundo, porque no desfallezcamos en el camino. Y la otra, que estaban aún los discípulos tan apegados á las cosas de la vida presente que, aunque juntamente con la muerte les fué intimada la resurrección, se entristecieron, bien que la tristeza se podría referir á la natural inclinación del hombre, que es fácil á creer el mal y difícil á creer el bien: y así los discípulos, como hombres creyendo fácilmente la muerte y no siendo así fáciles á creer la resurrección, se entristecieron. Y no se entristecieran, si creyeran tanto la resurrección como creyeron la muerte. Por lo que aquí dice: «estando,» el vocablo griego significa platicar y conversar.

Y venidos ellos á Capernaum, llegaron á Pedro los que cobran las didracmas y dijeron: ¿Vuestro maestro no paga las didracmas? El dijo: Sí. Y como fué entrado en la casa, lo previno Jesús diciendo: ¿Qué te parece á tí, Simón? los reyes de la tierra ¿de quién cobran tributo ó censo? de sus hijos ó de los ajenos? Dícele Pedro: De los ajenos. Díjole Jesús: De manera que son libres los hijos. Pues porque no los escandalicemos, ve al mar y echa el anzuelo y toma el pez que primero saldrá, y, abriéndole la boca, hallarás una estatera; tomándola dásela por mí y por tí.

Cuenta San Mateo que, siendo venido Cristo con sus discípulos en Capernaum, que era su tierra, los que en aquella tierra cogían las rentas del emperador, pareciéndoles que á Cristo como natural de la tierra pertenecía pagar como pagaban los otros, se llegaron á San Pedro, estando fuera de casa, á preguntarle, pero como maravillaándose de lo pasado, si Cristo pensaba pagar lo que los otros; y que San Pedro determinadamente les respondió que sí; y que, entrado en casa adonde estaba Cristo, mostrando Cristo que sabía lo que había pasado con aquellos hombres, le habló en ello ántes que él le hablase; y que, queriéndole mostrar que había respondido mal en su pensamiento, por su propia respuesta le mostró que, así como los hijos de los príncipes son libres de todo pagamiento, así el que es hijo de Dios y los que estando incorporados en él, son hijos de Dios, son libres de todo pagamiento; y que, queriendo mostrar Cristo á San Pedro que esto no lo decía por no pagarlo, porque con efecto lo quería pagar por no dar escándalo á aquellos hombres, y que para pagarlo no tenía necesidad de demandarlo, siendo él señor de todo, ni de tomarlo á ninguno de los que se aprovechan de ello, mandó á San Pedro que fuese al mar y que

echase el anzuelo con la caña y que al primer pez que prendiese lo tomase y le abriese la boca y, hallando, como le hallaria, allí una moneda que valia doblado de lo que tocaba pagar á Cristo, la tomase y la diese á aquellos hombres por todos dos.

Adonde aprendemos todo esto: Primero, que los que, incorporados en Cristo somos hijos de Dios, somos libres y exentos de todo pagamiento, á que los otros hombres son sujetos, no siendo cuanto á Dios, ni en rigor, obligados á pagarlo; y esta es una parte de la libertad cristiana. Y sintiendo esto así San Pablo decia: «cum essem liber ab omnibus» etc., y en otra parte: «omnia mihi licent.»

Segundo, que los mismos que, incorporados en Cristo, somos hijos de Dios, por nuestra voluntad holgamos de pagar lo que los otros, convidándonos á ello la caridad cristiana. Y sintiendo esto San Pablo decia: «omnium me servum feci» etc., y en otra parte: «non omnia expediunt» etc.

Tercero, que á los mismos hijos de Dios pertenece tener más respeto á no escandalizar á los hombres del mundo en las cosas humanas que á los santos del mundo en las cosas divinas, pues es así que Cristo tuvo respeto á no escandalizar á estos hombres del mundo como los escandalizara en caso que no les pagara lo que pretendian haber de él, que era cosa del mundo, no habiendo tenido respeto á no escandalizar á los Fariséos, santos del mundo, como los escandalizó defendiendo la calumnia que daban á los discípulos sobre el lavar ó no lavar las manos.

Cuarto, que, pues es así que con la misma facilidad, con que se proveyó Cristo de dineros para pagar el tributo doblado, podria proveer en sus necesidades á todos los que incorporados en él le son hermanos, tambien es así que demandándonos que seamos limosneros, que hagamos bien á los que son cristianos, no nos lo manda tanto porque remedemos las necesidades de aquellos, cuanto porque mostremos en ellos el amor que tenemos á Cristo y á Dios, ayudando á aquellas personas, á las cuales Cristo y Dios tienen prometido que ayudarán, pretendiendo solamente que, hallando ellos verdad en los prometimientos de Cristo y de Dios, crezcan en la fé y confianza que tienen en Cristo y en Dios.

En mandar Cristo á San Pedro que diese aquella moneda por todos dos, solamente entiendo que pretendió mostrar liberalidad y una grande sujecion voluntaria, pues demandándole por sí, pagaba por sí y por San Pedro. Didracma era una suerte de moneda, como seria decir dos carlines ó dos reales, y estatera era otra suerte de moneda que valia doblado, como seria decir cuatro carlines ó cuatro reales.

Capítulo XVIII

En aquella hora vinieron los discípulos á Jesus diciendo: ¿Quién, pues, es mayor en el reino de los cielos? Y llamando Jesus á un niño, lo puso en medio de ellos y dijo: Dígoos

de verdad, si no tornareis á ser como niños, no entrareis en el reino de los cielos. Por tanto cualquiera que se humillará como este niño, este es el mayor en el reino de los cielos, y el que acogerá al tal niño en mi nombre, á mi me recibirá, y al que escandalizará á uno de estos pequeñuelos que creen en mí, le convendría más que le fuese atada al cuello una muela asnal y fuese e chapuzado en lo hondo del mar.

Por lo que leo en San Mateo y en San Lúcas entiendo que de haber hablado Cristo en su muerte y en su resurreccion nació contencion entre los discípulos sobre cuál habia de ser el mayor en el reino de los cielos, y de la contencion procedió que vinieron á Cristo con esta pregunta, diciendo: «¿quién pues es mayor» etc., adonde parece que, queriendo Cristo reprimir el afecto ambicioso que conoció en sus discípulos, llamando á sí un niño, les dijo: «dígoos de verdad, si no» etc., como si les dijera: mirad cuán engañados estais en los pensamientos que teneis, que, si no los dejais y venís á ser como niños, no entrareis en el reino de los cielos. Y entiendo que á la hora, que los discípulos recibieron el espíritu santo por la regeneracion que él hizo en ellos, tornaron como niños y así tomaron posesion en el reino de los cielos; y entiendo tambien que segun que iban creciendo en Cristo, así iban siendo hombres enteros en Cristo.

Y lo que considero en estos discípulos de Cristo, lo considero tambien en todos los que son discípulos de Cristo, los cuales todos, regenerados por el espíritu santo, tornan como niños, y como tales entran en el reino de los cielos, adonde atendiendo á la imitacion de Cristo, de niños de Cristo se van haciendo hombres de entera edad en Cristo, y así por la fé cristiana vienen á ser niños de Cristo y como niños entran en el reino de los cielos, y por el vivir cristiano vienen á ser de perfecta edad en Cristo y se conservan en el reino de los cielos.

Añadiendo Cristo: «por tanto cualquiera que» etc., entiendo que responde á la pregunta de los discípulos, entendiendo que aquel será más grande en el reino de los cielos que será más conforme á un niño, siendo así humilde como es un niño, estimándose poder ser y valer por si tan poco quanto es, puede y vale por sí un niño.

Y queriendo Cristo animar á sus niños porque no piensen que, reduciéndose á ser niños, quedan perdidos, añade: «y el que acogerá al tal» etc., como si dijese: y no penseis que los que se reducirán á ser como niños, quedarán sin abrigo, porque os hago saber que hallarán siempre quien los abrigue, porque será así que el que en mi nombre abrigará á uno de ellos, será lo mismo que si me abrigase á mí, pues yo le he tornado niño; y añade: «y al que escandalizará» etc, como si dijese: y no penseis que los, que serán mis niños, no tendrán quien mire por ellos, porque os hago saber que el, que ofenderá en la menor cosa del mundo al menor de ellos, será castigado de Dios de tal manera que le habria sido ménos mal, ser primero ahogado en medio del mar. De manera que los niños de Cristo pueden estar seguros que ni les faltará jamás abrigo sin que ellos lo vayan procurando, segun que tampoco lo procuran siendo niños del mundo, ni les faltará quien torne por ellos cuando los hombres los maltratarán, sin que ellos hagan resistencia, segun que tampoco lo hacian cuando eran niños del mundo.

«Muela asnal» llama Cristo á la que en el molino, está debajo ó á la que un asno trae al rededor en el molino.

Guai del mundo por los escándalos, porque es necesario que vengan escándalos, pero guai del hombre por el cual viene el escándalo. Pues si tu mano ó tu pié te escandaliza, córtalo y échalo de tí. Mejor te es á tí, entrar en la vida cojo ó manco que teniendo dos manos ó dos piés ser echado en el fuego eterno. Y si tu ojo te escandaliza, sácalo y échalo de tí. Mejor te es á tí, con un ojo entrar en la vida que teniendo dos ojos ser echado en el fuego del infierno. Advertid, no menospreciéis á uno de estos pequeños, porque os digo que sus ángeles en los cielos siempre ven la presencia de mi padre el que está en los cielos.

Entrado Cristo en la consideracion del terribleísimo inconveniente, en que caen los hombres escandalizando, siendo molestos y enojosos á sus niños, vino á decir: «guai del mundo por» etc., entendiendo que el castigo con que serán castigados los hombres que escandalizarán á sus niños, será terribleísimo y cruelísimo. Y diciendo: «porque es necesario que» etc., entiende lo mismo que entiende San Pablo, 1ª Cor. 11, adonde dice que es necesario que haya sectas, heregías y divisiones, á fin que sea descubierta la bondad de los buenos. Y añadiendo: «pero guai del hombre» etc., entiende que la necesidad que hay de los escándalos no librará del castigo al escandalizador, porque el que escandaliza no tiene intento á suplir aquella necesidad sino á ejecutar la malicia y malignidad de su ánimo, como vemos en Faraon que escandalizó al pueblo hebreo, y vemos en Júdas que escandalizó á Cristo y á los suyos, y habemos visto en los que de mano en mano han escandalizado á los niños de Cristo y santos de Dios.

Á propósito del escándalo entiendo que puso aquí Cristo un consejo necesarísimo á toda persona cristiana que regenerada en Cristo, es entrada en posesion en el reino de los cielos, diciendo: «pues si tu mano ó tu pié» etc., adonde entiende Cristo que al hombre que por la fé cristiana es entrado en posesion del reino de los cielos y por el vivir cristiano se conserva en la posesion, viviendo no como los que están en el reino del mundo, sino como los que están en el reino de Dios, pertenece quitar, apartar y desechar de sí todas las cosas que como quiera que sea le pueden impedir ó estorbar su vivir cristiano, imitando á Cristo, aunque le sean tan necesarias y aunque le sean tan caras como le son las manos, los piés y los ojos. Así entiendo estas palabras de Cristo, y quanto á las causas porque entiendo que no se pueden entender como suena la letra, me remito á lo que he dicho en el capítulo 5, adonde están casi estas mismas palabras.

Y tornando Cristo á hablar en favor de sus niños, dice: «advertid, no menospreciéis» etc., adonde entiendo que avisa, á los que son fuertes en la fé y son perfectos, que no menosprecien ni tengan en poco á los que aún son flacos en la fé y son niños, de manera que sea este aviso conforme á lo que trata San Pablo, Romanos 14. Y poniendo Cristo la causa porque sus niños no deben ser menospreciados, dice: «porque os digo que sus ángeles» etc., entendiendo que los ángeles que Dios les tiene dados para que hagan con ellos lo que dice el salmo 90, son tan favoritos de Dios que siempre están en presencia de Dios, y, estando sus ángeles, están tambien ellos, y, estando tambien ellos, tiene Dios especial cuidado de ellos, y por tanto no deben ser menospreciados ni tenidos en poco.

Aquí se deben animar y esforzar los que aceptando la gracia del evangelio son niños de Cristo, conociéndose niños de Cristo, están aplicados á vivir cristianamente, imitando á Cristo, y así á ser hombres enteros y perfectos en Cristo, considerando que Dios tiene especialísimo y particularísimo cuidado de ellos, teniéndolos siempre en su presencia. Y aquí tambien deben aprender todos los hombres, tanto los espirituales cuanto los animales ó carnales, y principalmente los espirituales, que es cosa segurísima no menospreciar ni tener en poco á ningun hombre, por flaco, por vil y por apocado que parezca en sus costumbres ó en su vivir, por no venir á tratarlo mal y así ofenderlo y escandalizarlo, considerando que aquel tal hombre puede ser que sea de los niños de Cristo.

Vino cierto el hijo del hombre á salvar lo perdido. ¿Qué os parece á vosotros? Si tendrá un hombre cien ovejas y se perderá una de ellas, veamos ¿no dejará las noventa y nueve en los montes y yendo buscará la perdida? Y si acontecerá que la halle, dígoos de verdad que holgará más con ella que con las noventa y nueve no perdidas. De la misma manera no es la voluntad de vuestro padre el que está en los cielos, que perezca uno de estos pequeños.

Prosiguiendo Cristo en mostrar en cuanto precia y estima á sus niños, por más de poco que sean, en estas palabras dice tres cosas. La primera, que el propio intento de su venida en el mundo fué «á salvar lo perdido,» quiere decir: á dar vida eterna á los que en Adam la habian perdido. Y aquí cuadra bien, decir que, así como, desobedeciendo Adam, todos morimos, así, obedeciendo Cristo, todos resucitamos, bien que la resurreccion no será gloriosa, sino para los que, creyendo que murieron en Adam y que resucitaron en Cristo, se aplicarán á vivir en la presente vida como muertos y como resucitados, imitando aquella vida que se ha de vivir en la vida eterna, el retrato de la cual, quanto á la puridad, bondad, sinceridad, verdad, fidelidad etc., lo vemos en Cristo.

La segunda, que Cristo se goza sumamente con cada uno de los que trae á que, creyendo que murieron en Adam y que resucitan en Cristo, se aplican á vivir como muertos y resucitados. Este su gozo lo compara Cristo á él del pastor que, yendo á buscar la oveja que se le ha perdido, la halla, de manera que la comparacion del pastor cuadre en esto que, así como el pastor va con diligencia á buscar la oveja perdida y hallándola se goza sumamente con ella, así Cristo vino con diligencia á buscar á los que son sus ovejas, predestinados para la vida eterna, los cuales iban perdidos con los otros hombres del mundo, condenados á muerte eterna, y se holgó sumamente cuando los halló, habiendo muerto por ellos y resucitado para ellos, y se huelga de mano en mano con cada uno de los que aceptan por suya su muerte y su resurreccion.

La tercera, que la voluntad de Dios es que estos niños, que Cristo buscó y halló, y busca y halla, no perezcan de ninguna manera, entendiendo que estarian á peligro de perecer cuando fuesen menospreciados, escandalizados y maltratados de los hombres, mayormente de los que son principales en el vivir cristiano, con los cuales entiendo que principalmente habla aquí Cristo, amonestándoles que no desprecien ni escandalicen á sus niños, cuando serán flacos y enfermos en la fé. Y ya he dicho que aquí pertenece lo que San Pablo habla

acerca del escándalo de los enfermos. Y cuanto al escándalo, me remito á lo que he dicho en una consideracion.

Y pues todo este razonamiento es en favor de los niños de Cristo, favorezcámonos con él, pero de tal manera que atendamos á creer en Cristo hasta venir á ser varones perfectos en Cristo, á los cuales pertenece estar sobre aviso, de manera que no escandalicen á los que somos niños de Cristo y no nos escandalizarán, si no nos despreciarán, considerando que la voluntad de Dios es que no perezca ni aún uno de nosotros y que Cristo sumamente huelga cuando hallándonos nos trae á que seamos sus niños, porque para este efecto vino al mundo. Y aquí entiendo que todos los hombres venimos en el mundo para vivir y que solo Cristo vino en el mundo para dar vida. Por lo que aquí dice: «se perderá,» «perdida» y «perdidas» el vocablo Griego significa perder el camino, andar descarriados.

Y si tu hermano pecará contra tí, vé y reprehéndelo entre tí y él solo; si te oirá, habrás ganado á tu hermano; y si no te oirá, toma aún contigo uno ó dos, á fin que en boca de dos ó tres consista toda palabra; y si no los oirá, dílo á la iglesia; y si no oirá á la iglesia, séate como el étnico y el publicano. Dígoos de verdad: todo lo que atareis sobre la tierra, será atado en el cielo: y todo lo que desatareis sobre la tierra, será desatado en el cielo. Otra vez os digo que, si dos de vosotros se conformarán sobre la tierra de toda cosa que demandarán, les será concedido de parte de mi padre el que está en los cielos. Porque adonde están dos ó tres ayuntados en mi nombre, allí estoy en medio de ellos.

Porque á lo que ha dicho Cristo pudiera replicar uno de sus discípulos en nombre de todos los que son varones perfectos en Cristo, diciendo: y si uno de estos niños me ofendería á mí, escandalizándome á mí, como quiera que sea mediata ó inmediatamente, ¿tengo de disimular con él por no escandalizarlo, por no darle causa que se aparte de tí? viene Cristo á decir: «y si tu hermano pecará» etc., adonde da Cristo, á los que son perfectos en él, la regla como se han de gobernar con los que son niños en él, teniendo siempre intento á no escandalizar á ninguno de ellos por ninguna manera.

Y la regla es esta que, cuando el que es perfecto en Cristo verá que uno de los que somos niños en Cristo hace alguna cosa mal hecha contra quien quiera que sea, apartándose del deber cristiano ó del sentir cristiano, no lo vaya publicando, porque será irritarlo á hacer peor, pero que secretamente lo reprehenda con amor y caridad; y que, en caso que el tal no se corregirá, antes perseverará en aquel su mal vivir ó mal sentir, que lo torne á reprehender en presencia de una ó de dos personas cristianas, á fin que aquellas puedan dar testimonio de la segunda reprehension; y que, en caso que ni aún con esto se querrá corregir, que lo diga á la iglesia, á toda la congregacion de cristiános, perfectos é imperfectos, que se hallarán en aquel lugar, á fin que toda la iglesia lo reprehenda; y que en caso que tampoco con esta comun reprehension no se enmendará, que no lo tenga, más por niño de Cristo sino por hombre del mundo, cuales son los étnicos y publicanos, y que no cure de escandalizarlo, de apartarlo de la compañía de los que son niños de Cristo.

Y porque el que, siendo incorregible, será apartado de nuestra compañía, sepa cierto que está apartado tambien de la union con Dios y incorporacion en Cristo, y porque tambien el

que, siendo apartado y reconociéndose, querrá tornar á ella, á ser buen niño de Cristo y á procurar de ser varon perfecto en Cristo, sepa cierto que, siendo admitido á nuestra compañía, es tambien admitido á la union con Dios, añade Cristo: «dígoos de verdad, todo» etc., entendiendo que los que, siendo incorregibles, serán desechados de la iglesia cristiana, serán tambien desechados de la union con Dios y de la incorporacion en Cristo, y que los que reconociéndose y corrigiéndose serán admitidos á la iglesia cristiana, serán tambien admitidos á la union con Dios y á la incorporacion en Cristo.

En lo demás me remito á lo que he dicho sobre el cap. 16, adonde están estas mismas palabras, solamente que allí dice: «cielos» y aquí dice «cielo,» pero los hebreos no miran en estos números.

Y porque se pudiera dudar del número de las personas que bastan para hacer iglesia que pueda atar y desatar, entiendo que añade Cristo: «otra vez os digo que si dos» etc., entendiendo que dos de los que son varones perfectos en Cristo bastan para atar al incorregible y para desatar al corregible, de manera que su atar y desatar sea eficaz acerca de Dios, con tanto pero que haya conformidad entre ellos, que todos dos concurren en la misma sentencia. Y añadiendo: «porque adonde están dos» etc., confirma lo que ha dicho, mostrando que la sentencia de estos es eficaz por su presencia de él, porque, estando ayuntados en su nombre, está él en medio de ellos, en el cual y por el cual sus oraciones son aceptas al padre, y, siendo aceptas, son otorgadas del padre.

De esta manera entiendo que van estas palabras de Cristo dependiendo unas de otras, entendiendo que habla Cristo con cada uno de los que en su iglesia son principales, porque veo que hablaba con sus discípulos, á los cuales, aunque entónces eran imperfectos instruía de lo que habian de hacer cuando fuesen perfectos, y que, diciendo «tu hermano,» entiende: el que como tú es miembro mio, y que, diciendo «pecará contra tí» entiende: te ofenderá, te escandalizará, ó haciendo lo que no debe ó sintiendo como no debe, y que, diciendo: «á fin que en boca de dos» etc., entiende: á fin que toda cosa pueda ser afirmada por testimonio de dos ó de tres personas, y entendiendo que por iglesia entiende el número de los niños en Cristo y perfectos en Cristo incorporados en Cristo. Etnico es lo mismo que infiel, no cristiano.

Tambien entiendo que, diciendo: «de toda cosa que demandarán» etc., encarece Cristo la potestad de los que en conformidad, estando ayuntados en él, determinan una cosa, pues es general para todo lo que quieren demandar á Dios, los cuales nunca demandan sino lo que es conforme á la voluntad de Dios, porque, siendo tales, demandan con afecto de espíritu y no con afecto de carne.

Diciendo «dos de vosotros,» entiende lo que he dicho que conviene que los que han de hacer este efecto sean perfectos en Cristo, pues no dice dos de los niños, sino dos de vosotros, á los cuales enseño de qué manera conviene que os governeis con mis niños. Y si habrá alguno que dude aquí, diciendo haber visto muchas veces personas ayuntadas en Cristo demandar á Dios una cosa, como seria decir la inteligencia de un lugar de la santa escritura, y no serles concedida entónces, como consta por esto que otra vez lo han entendido de otra manera que entónces, y así por la segunda inteligencia vienen á conocer que la primera no era buena, lo remitiré á lo que he dicho en una respuesta, añadiendo esto

que muchas veces deseamos estas inteligencias y las demandamos con afecto de carne, con ánimo curioso, y sonnos negadas cuando las demandamos, siéndonos concedidas cuando no las demandamos, porque ya entónces habemos perdido el afecto curioso.

Y si parecerá extraño á alguno que San Pablo en Antioquía, reprehendiendo públicamente á San Pedro, no siguiese esta doctrina de Cristo, haciéndole primero las amonestaciones secretas que aquí dice Cristo, considere estas tres cosas y no le parecerá extraño. La primera, que San Pedro no era niño en Cristo sino varon perfecto en Cristo, y por tanto no podia San Pablo pensar que su reprehension habia de dar escándalo á San Pedro. La segunda, que la cosa era de tanta importancia, tratándose de la libertad cristiana y verdad evangélica que no sufria tanta dilacion cuanta fuera menester para hacer las primeras amonestaciones. Y la tercera, que el espíritu-santo no se sojuzga á leyes ni á doctrinas ningunas más de cuanto sirven á la gloria de Dios, dispensando en ellas por la misma gloria de Dios, á la cual tiene intento el espíritu-santo en las personas que son regidas y gobernadas por él, como era San Pablo.

Entónces allegándosele Pedro dijo: Señor, ¿cuántas veces pecará contra mí mi hermano y lo perdonaré? hasta siete veces? Dícele Jesus: No te digo hasta siete veces, pero hasta setenta veces siete.

Habiendo entendido San Pedro que el hermano, que, siendo reprehendido una, dos y tres veces y no corriéndose, será echado de la iglesia, será, tenido como étnico y publicano, debe ser admitido á la iglesia en caso que se reconozca y se corrija, porque en esto consiste el desatar, y queriendo saber hasta cuántas veces debe ser admitido el que será echado, pregunta á Cristo, si bastará hasta siete veces. Y tengo por cierto que á San Pedro le pareció que decia mucho, y dijo mucho con efecto segun la caridad humana, pero dijo poco segun la caridad cristiana, como parece por la respuesta de Cristo, el cual, con una manera de hablar hebrea en la cual se entiende número infinito, dice que quiere que el hombre echado de la iglesia por incorregible sea tornado á admitir á ella todas cuantas veces él demandará perdon de lo pasado y prometerá vivir y sentir como cristiano.

Cuanto á las limitaciones con que son limitadas estas palabras, me remito á la verdad y digo que, aunque parece que, diciendo Cristo en lo pasado: «pecará contra tí» y diciendo aquí San Pedro: «pecará contra mí,» se entiende de lo que un hombre cristiano derechamente hace ofendiendo á otro, que el ofendido reprehenda al ofendedor y que lo perdone, no se entiende sino en general, como será decir que pecaba contra San Pablo aquel Corintio que tenia á la mujer de su padre, porque era escandaloso en la iglesia, apartándose del vivir cristiano. Que esto sea así, consta por esto que, si de las ofensas particulares se entendiera la pregunta de San Pedro, fuera excusado, pues ya él habia sabido de Cristo que el cristiano ha de ser liberalísimo en perdonar y, habiendo sabido esto, fuera cosa impertinentísima decir: «¿hasta siete veces?» Porque de allí se pudiera colegir que San Pedro, pasadas las siete veces, quería vengarse del que pecase contra él.

Por la respuesta de Cristo entendemos que no habemos de perder la esperanza de la correccion del hombre mientras tiene vida, considerando que es poderoso Dios para

reducirlo á vivir cristianamente y á sentir cristianamente, por muy apartado que esté de lo uno, y muy enajenado que esté de lo otro. Los que piensan que esta reduccion depende del hombre, luego pierden la esperanza, y los que saben que depende de Dios, no la pierden jamás, porque no fundan su esperanza en el hombre sino en Dios, conociendo que es poderoso para hacer de piedras hijos á Abraham.

Por tanto es comparado el reino de los cielos á un hombre rey que quiso ponerse á cuenta con sus criados. Y como comenzase á hacer cuenta, fuele traído un deudor de mil talentos, y, no teniendo de qué pagar, mandó el Señor que fuese vendido él y su mujer y los hijos y todo lo que tenia, y que pagase. Y caido en tierra el criado lo adoraba, diciendo: Señor, sé paciente conmigo, y yo te lo pagaré todo. Y compadeciéndose el Señor de aquel criado, lo absolvió y le perdonó la deuda. Y saliendo aquel criado, halló á uno de sus compañeros, el cual le debía cien dineros, y asiéndolo lo ahogaba, diciendo: Págame lo que debes. Y caido en tierra el compañero le rogaba diciendo: Sé paciente conmigo y yo te lo pagaré todo. Y él no queria, ántes fué y echólo en la cárcel hasta que pagase la deuda. Y sabiendo sus compañeros lo que pasaba, se entristecieron mucho y viniendo manifestaron á su señor todo lo que pasaba. Entónces llamándolo su señor le dice: Mal criado, perdonéte toda aquella deuda, porque me rogaste. ¿No era justo que tú te compadecieses de tu compañero, así como yo me compadecí de tí? Y airado su señor lo entregó á los atormentadores hasta que le pagase todo lo que le debía. De la misma manera hará tambien á vosotros vuestro padre el celestial, si cada uno de vosotros no perdonará de corazon á su hermano sus pecados.

Por esta parábola ó comparacion parece que lo que dice arriba: «pecará contra tí» y «pecará contra mí» se ha de entender de los pecados y ofensas en particular, y por lo que hemos visto arriba, parece que no se ha de entender sino de los pecados y ofensas en general; y, no sabiendo yo salir de esta dificultad, me atengo á confesar mi ignorancia más presto que hacer lo que hacen algunos, torciendo esta parábola á que diga otro de lo que Cristo propio muestra que ha de decir, añadiendo á la fin: «de la misma manera hará tambien» etc., por las cuales palabras consta clarísimamente que el intento de Cristo en esta parábola es amonestarnos que perdonemos á nuestros hermanos las injurias, los males y los daños que nos harán, considerando que Dios nos perdona á nosotros nuestras iniquidades, nuestras rebeliones y nuestros pecados, y amenazarnos que, si no perdonaremos de verdad á nuestros hermanos, que tampoco nos perdonará Dios á nosotros, que nos revocará el perdon general que nos ha hecho, no queriendo que gozemos de él.

Este es verdaderamente el intento de la parábola, la cual entiende que, en cuanto amonesta, pertenece á los que, siendo imperfectos cristianos, olvidados del beneficio que han recibido en Cristo, no son con sus hermanos lo que es Dios con ellos, adonde tengo por cierto que es imposible que no perdone el que tiene vivo en su memoria que es perdonado, piensa en ello y considera cuanto le importa; y en cuanto amenaza, entiendo que pertenece á los que, siendo casi ajenos de Cristo, no están bien ciertos que son perdonados por Cristo. Y aquí entiendo que no perdonan jamás como se debe los que no se tienen por perdonados de Dios, de manera que es buen contraseño, con que el hombre se puede certificar que verdaderamente se tiene por perdonado de Dios, el sentirse que perdona á sus hermanos con

todo el corazón sin que le quede en el ánimo rencor ninguno, porque es así que el que perdona da testimonio de sí que se tiene por perdonado, y que el que no perdona, da testimonio de sí, que no se tiene por perdonado, que no cree al evangelio de Cristo, que no es verdadero cristiano.

Cuanto al particular de la parábola, se ha de entender que, diciendo que el reino de los cielos es semejante ó es comparado á un hombre rey, no entiende que el reino es como el rey, sino que en el reino acontece lo que al rey, en cuanto, así como el hombre rey poniéndose á cuenta con sus criados, hace que se le humillen, conociendo que no le pueden pagar, y después de humillados los perdona, así Dios, poniéndose á cuenta con los que él tiene escogidos por suyos, les da conocimiento de sí mismos, con el cual les hace que se humillen, conociendo que no se pueden justificar en su presencia, y humillados les muestra como los ha perdonado en Cristo, y en cuanto, así como el hombre rey para perdonar á su criado no miró á la insolencia que mostró, diciendo: «y yo te lo pagaré todo,» sino á la humildad que mostró, echándose en tierra, adorándole y diciéndole: «señor, sé paciente conmigo,» así Dios para admitirnos al beneficio de Cristo, á la gracia del evangelio, no mira á la insolencia y presunción con que pensamos con el tiempo poder satisfacer á su justicia, sino á que nos humillamos conociendo que en aquel estado en que nos hallamos, no nos podemos valer sino con su misericordia, remitiéndonos como mejor podemos á ella.

Conoce Dios nuestra mala masa, y por tanto no es así riguroso con nosotros como somos nosotros unos con otros, y es así que los que de nosotros no conocen del ser del hombre lo que conoce Dios, son tan rigurosos contra los flacos y enfermos que no los perdonan, ni aún conforme á lo que ellos demandan ser perdonados, y Dios nos perdona á nosotros aún más cumplidamente de lo que le demandamos que nos perdone, haciendo con nosotros lo que este hombre rey hizo con su criado, en cuanto el criado demandaba tiempo para pagar, conociendo que entonces no podía pagar, y él, conociendo que ni aún con el tiempo no le podía pagar, le perdonó toda la deuda, absolviéndolo de ella.

Acontece también en el reino de Dios lo que aconteció en el de aquel hombre rey, en cuanto, así como el criado perdonado, olvidado del beneficio recibido, no quiso perdonar á su compañero, así los que se olvidan que son perdonados de Dios no quieren perdonar á sus hermanos, y aquí aprenda todo cristiano á tener siempre viva en su ánimo la memoria del perdón que Dios en Cristo le ha hecho; y en cuanto, así como el hombre rey, ofendido de la ruindad del criado, le revocó el perdón que le había hecho, y quiso que le pagase toda la deuda entera, entregándolo para este efecto en las manos de los que atormentaban á los ruines, así Dios, ofendido de la ruindad de los que no querrán perdonar á sus hermanos, les revocará el perdón que les ha hecho en Cristo, pues, no perdonando ellos, mostrarán y darán testimonio de sí que no se tienen por perdonados, que no creen el perdón general en Cristo, y queriendo que le paguen toda la deuda entera los echará en el fuego del infierno, adonde irán á morar todos los que, no perdonando, darán testimonio de sí que no se tienen por perdonados. De esta manera entiendo toda esta parábola.

Y porque, hablando del hombre rey, adonde dice «compañero» y «compañeros,» el vocablo griego significa criado y criados del mismo señor, y, hablando de Dios, dice «hermanos,» parece que este perdonar se podría restringir á los que pertenecen á Cristo, á la iglesia cristiana, y en tal caso en alguna manera se podría aplicar esta parábola á la

interpretacion de las palabras precedentes en general, pero hay dos cosas contrarias, la una, que no dice la parábola que los cien dineros, porque el un criado echó en la cárcel al otro criado, eran del señor, y la otra, que hace Cristo mucho caso del perdonar de corazon, con todo el ánimo, lo cual no puede pertenecer sino á las ofensas particulares, y por tanto torno de nuevo á confesar mi ignorancia.

Capítulo XIX

Y aconteció que, como acabó Jesus estas palabras, pasó de Galiléa y vino á los confines de Judéa allende el Jordan, y siguiéronlo muchas gentes, y sanólas allí. Y llegósele los Fariséos, tentándolo y diciéndole: ¿Si es lícito al marido dejar á su mujer por cualquiera causa? Y él respondiendo, díjoles: ¿No habeis leído que el que hizo de principio, los hizo macho y hembra, y dijo: ¿por esto dejará el hombre al padre y á la madre y se allegará á su mujer y serán los dos una carne? De manera que ya no son dos sino una carne. Pues lo que Dios ayuntó, no lo aparte el hombre. Dícenle: Pues ¿por qué causa Moisen mandó dar carta de quitacion y dejarla? Díceles: Porque Moisen por vuestra dureza de corazon os permitió dejar vuestras mujeres, pero de principio no era así, y dígoos que el que dejará á su mujer sino por adulterio y se casará con otra, comete adulterio, y el que se casará con la dejada, comete adulterio.

Vienen los Fariséos, como santos del mundo envidiosos de la santidad de Cristo, á tentar á Cristo acerca del matrimonio, adonde pienso que la tentacion consistia en esto que, siendo tenuta aquella ley del divorcio por muy larga, los Fariséos tuvieron por cierto que Cristo hablaria contra ella y que, hablando contra ella, tendrian ellos con que poderlo calumniar y llevar á la muerte, de manera que, diciendo: «tentándolo,» entienda: provocándolo á hablar contra la ley. Adonde entiendo que, conociendo Cristo sus malos ánimos, no les responde á lo que le preguntan de lo que era lícito entónces por la ley de Moisen, sino á lo que era lícito por la ley natural.

Y aquí veo una grandísima diferencia entre la ley y el evangelio, en cuanto la ley, condescendiendo á la enfermedad de los hombres, les permitía lo que no les era permitido por el deber natural, dispensando con ellos en el matrimonio y en otras muchas cosas, y el evangelio, reparando la enfermedad de los hombres en la regeneracion y renovacion cristiana, hace que cumplan con el deber natural de la generacion humana y hace que, pasando más adelante, cumplan con el deber espiritual de la regeneracion cristiana, no poniéndoles en cuenta lo que faltan á la una y á la otra, miéntras son imperfectos, ántes, mostrándoles que no les pone en cuenta lo que faltan, los reduce á tal perfeccion que vienen á no faltar en nada por el sentimiento con que sienten que no les es puesto en cuenta lo que faltan.

Esta verdad no la creerán de ninguna manera los que, siendo carnales, viven segun la carne, conociendo, ellos que, si creyesen que sus bellaquerías no les son puestas en cuenta,

serian muy más viciosos y licenciosos de lo que son, pero crearánla los que, siendo espirituales, viven segun el espíritu, porque tienen la experiencia de ella.

Aquí se me ofrece esto que la ley hacia á los hombres flacos, enfermos y de á poco, y el evangelio los hace fuertes, valientes y esforzados, y entiendo que en los que pertenecian á la ley era necesaria la flaqueza, la enfermedad y la poquedad, porque no tomasen osadía de apartarse de las ceremonias de ella, y que en los que pertenecen al evangelio es necesaria la fortaleza, la valentía y el esfuerzo, porque, como ha dicho Cristo en el cap. 11, los esforzados son los que toman el reino de Dios.

Diciendo Cristo «¿no habeis leído» etc., entiendo que pretende decirles que, pues es así que, criandó Dios á los primeros hombres, los hizo macho y hembra, diciendo por boca de Adam que su voluntad era que el hombre de tal manera se ayuntase á la mujer que tomase en su compañía, que por ella se apartase de todas las otras cosas del mundo, hasta del padre y de la madre, persuadiéndose que, aunque ántes de ayuntarse eran dos cuerpos, ya despues de ayuntados son un solo cuerpo, y como tal debe el hombre perseverar en compañía de la mujer y la mujer en compañía del hombre sin pensar en apartarse ni él de ella ni ella de él, que es grande atrevimiento el de los hombres cuando por propia autoridad apartan una cosa que ha Dios ayuntado así estrechamente.

Y porque de esta respuesta de Cristo no se podia colegir que condenase lo que la ley mandaba, queriendo los Fariséos salir con su intento, le repreguntan, diciendo: «pues ¿por qué causa Moisen» etc. A lo cual Cristo responde que Moisen no tuvo intento al deber de la generacion humana, sino á la dureza, ó por mejor decir á la flaqueza de los judíos que no les bastaba el ánimo á permanecer con la mujer que tomaban, de manera que por la ley de Moisen era lícito á los hombres lo que no les era lícito por la ley natural, por el deber de la generacion humana.

Lo que añade Cristo, diciendo: «y dígoos que el que dejará á su mujer» etc., entiendo que pertenece al tiempo del evangelio, en el cual parece que la voluntad de Dios es que el cristiano en el matrimonio siga el deber de la generacion humana, el cual en el matrimonio es casi conforme con el deber de la regeneracion cristiana, y no la permission de la ley de Moisen que se apartaba del un deber y no se allegaba al otro. Y he dicho «casi,» porque el deber de la regeneracion cristiana, fuera del deber de la generacion humana, quiere que por el evangelio deje el hombre á la mujer, no que la repudie, sino que le pierda el aficion que le tiene como á mujer y que la deje del todo cuando le será impedimento, hora sea en el predicar la fé cristiana, hora sea en el enseñar el vivir cristiano, hora sea en el vivir cristianamente, imitando á Cristo. Lo mismo es de la mujer con el marido que del marido con la mujer.

Cuanto á lo que he dicho sobre San Pablo, 1ª Corintios 7, y quanto al divorcio, al dejar ó no dejar la mujer, al matrimonio cristiano, al intento que el cristiano ha de tener casándose y como se ha de gobernar en el matrimonio, y al casarse ó no casarse la dejada ó repudiada, me remito á lo que se usa.

Adonde dice dejar y dejada, se ha de entender repudiar y repudiada. Y diciendo «el que hizo de principio,» pienso que entiende: el que dió principio á todas las cosas, el que las

crió, dándoles el sér que tienen. Y adonde dice: «por esto,» entiendo: por este ayuntamiento ó matrimonio. Y diciendo «dejará,» entiende: apartará de sí, desampará. Adonde dice: «ayuntó,» el vocablo griego significa unció, puso debajo de un mismo yugo. Adonde dice: «por adulterio,» es diferente vocablo en el griego del que está adonde dice: «comete adulterio,» pero en todas dos partes cuadra bien el vocablo de adulterio.

Dícenle sus discípulos: Si de esta manera está la causa del hombre con la mujer, no conviene casar. Y él les dijo: No todos son capaces de esta cosa sino aquellos á los cuales es concedido, porque hay eunucos los cuales del vientre de la madre son nacidos así, y hay eunucos á los cuales los hombres han hecho eunucos, y hay eunucos los cuales se han hecho eunucos por el reino de los cielos. El que puede tomar tome.

Pareciendo dura á los discípulos la ley del matrimonio que decia Cristo conforme al deber de la generacion humana, porque tenian la costumbre en contrario por la permission de la ley de Moisen, dicen á Cristo: «si de esta manera está» etc., entendiendo que, si el hombre ha de estar atado á la mujer que toma, conforme al deber de la generacion humana que Cristo ha dicho, no le está bien, tomar mujer, casarse. Y respondiéndoles Cristo: «no todos son capaces» etc., confirma lo que los discípulos han dicho que no le está bien al hombre casarse, por las causas que pone San Pablo 1^a Cor. 7, y, añadiendo «sino aquellos» etc., entiende que son capaces para vivir sin mujer aquellos que tienen don de Dios para ello, siendo todos los otros incapaces, en cuanto no puede caber en ellos el vivir castamente.

Y porque pudiera serle replicado que hay algunos que viven sin mujer, no teniendo aquel don de Dios que él entendia, añade: «porque hay eunucos» etc., poniendo tres suertes de hombres que pueden vivir sin mujer. Los primeros son los que son de natura frios, naciendo tales del vientre de la madre; estos pueden vivir sin mujer por defecto natural. Los segundos son los que los hombres hacen eunucos; esto se hacia antiguamente por grandeza de los que se servian de los tales hombres, los cuales viven sin mujer por fantasia de hombres. Los terceros son los que, teniendo don de Dios para poder vivir sin mujer, y conociendo que les está mejor, en cuanto están más libres y más desocupados para gozar del reino de Dios y servir en él á Cristo, no se casan.

Añadiendo Cristo: «el que puede tomar» etc., muestra dos cosas, la una, que es buena cosa estar sin mujer, y la otra, que es cosa difícil, pues es así que, de todo el número de los hombres que no son comprendidos ni entre los primeros ni entre los segundos que aquí nombra Cristo, solamente está bien, vivir sin mujer, fuera del matrimonio, á los que conocen que tienen don de Dios para ello, conociéndose capaces de este vivir castamente. El cual vivir en tanto es bueno, en cuanto el hombre goza de las comodidades y se libra de las incomodidades que leemos 1^a Cor. 7, y á lo que allí he dicho me remito, aquí añadiendo esto: que parece cosa digna de consideracion que solamente en esta cosa del matrimonio habla Cristo así retenido, no persuadiéndolo ni disuadiéndolo.

Adonde dice «tomar tome», en el griego está el mismo vocablo que adonde dice «capaces». Y adonde dice: «cosa», puede decir: palabra. Eunucos en griego significa

guardadores de cama, porque para este efecto los hacian eunucos los hombres ricos, los grandes señores.

Entónces le fueron traídos niños para que les pusiese las manos encima y orase. Y los discípulos les reñian. Y Jesus dijo: Dejad á los niños y no les vedeis el venir á mí, porque de los tales es el reino de los cielos. Y habiéndoles puesto las manos encima, se partió de allí.

Por lo que esta dicho en el capítulo precedente acerca de los niños, se entiende qué es lo que Cristo pretendió, diciendo: «de los tales es el reino de los cielos», adonde entiendo que, considerando Cristo que por la regeneracion y renovacion cristiana los cristianos tornamos á ser niños de la manera que habemos visto, se deleitaba y se holgaba con aquella edad, de manera que, diciendo: «de los tales», entienda: de los que son niños como estos, no en generacion sino en regeneracion.

El intento, que tenian los que traian á Cristo estos niños, era el mismo que tienen los que llevan sus niños á que uno, que conocen por buen cristiano, los santigüe y los bendiga, diciendo: Dios te haga bienaventurado, ó una tal cosa; y es así que, en lugar de nuestro santiguar, los hebreos usaban poner las manos sobre la cabeza, por ventura imitando al patriarca Jacob cuando bendijo á sus hijos.

Diciendo: «y orase», entiende: y rogase á Dios por ellos. El intento, con que los discípulos reprehendian ó reñian á los que traian á los niños, era porque pensaban que Cristo recibia pesadumbre y fastidio; y el intento, con que Cristo dice: «dejad á los niños» etc., es el que habemos dicho y mostrar que el cristiano, que toma posesion en el reino de los cielos, se ha de conocer niño y ha de atender á ir creciendo en Cristo hasta venir á ser de edad perfecta en él.

Aquí se puede decir que vedan el venir á Cristo á los que son niños de Cristo los que, pretendiendo predicar á Cristo y al evangelio, predicán á Moisen y á la ley. Tambien vedan el venir á Cristo á los niños los que no les quieren dar el agua del bautismo.

Y hé aquí que llegándose uno le dijo: Maestro bueno ¿qué bien haré para alcanzar vida eterna? Y él le dijo: ¿Por qué me llamas bueno? Ninguno hay bueno sino uno, Dios. Pero, si quieres entrar en la vida, guarda los mandamientos. Dícele: ¿Cuáles? Y Jesus le dijo: No matarás, no adulterarás, no hurtarás, no atestiguarás lo falso, honra al padre y á la madre, y ama á tu prójimo como á tí mismo. Dícele el mancebo: Todo esto he guardado desde mi mocedad. ¿Qué me falta? Dícele Jesus: Si quieres ser perfecto, ve, vende tu hacienda y dala á pobres, y tendrás tesoro en el cielo, y ven sígueme. Y oyendo el mancebo la cosa, fué entristecido, porque tenia muchas posesiones. Y Jesus dijo á sus discípulos: Dígoos de verdad que el rico con dificultad entrará en el reino de los cielos. Y otra vez os digo: más fácil cosa es pasar un camello por el ojo de una aguja que un rico entrar en el reino de Dios. Y oyendo esto sus discípulos se espantaron mucho, diciendo: Pues ¿quién se

podrá salvar? Y mirando Jesus les dijo: Esto es imposible acerca de los hombres, pero acerca de Dios todo es posible.

Tanto con mayor atencion debe el cristiano mirar que en la inteligencia de estas palabras entre Cristo y el mancebo no se deje engañar, cuanto que, porque hablaba Cristo con un hebreo, parece que de ellas se puede colegir que por las obras exteriores el hombre puede alcanzar vida eterna, cosa contrarísima á la verdad evangélica; y por tanto conviene advertir que Cristo habla con un hebreo mancebo, el cual atendia á justificarse y á buscar vida eterna, pero por sus obras y no por Cristo, como lo muestra preguntando: «¿Qué bien haré,» y el cual tenia buena opinion de sí, persuadiéndose haber cumplido la ley, como lo muestra diciendo: «todo esto he guardado desde mi mocedad,» y el cual estaba enamorado de sus riquezas más que de la vida eterna, como lo muestra partiéndose de Cristo, entristecido porque le tocó adonde le dolia.

Llevando pues nosotros en la inteligencia de estas palabras, este concepto que Cristo tuvo del mancebo, luego que comenzó á hablar con él, las iremos considerando de esta manera. Diciendo el mancebo á Cristo: «maestro bueno ¿qué bien haré?» etc., mostró tres cosas. La una, que tenia á Cristo por bueno, no conociéndolo por más que hombre, y por el consiguiente se tenia á sí por bueno, pues se persuadia haber cumplido lo que mandaba la ley. La segunda, que su intento era alcanzar vida eterna, por el cual intento pienso que Cristo se contentó de él, como muestra San Marco. Y la tercera que pensaba alcanzar vida eterna obrando, en la cual cosa mostró que no se conocia á sí ni conocia á Dios, porque, si se conociera á sí y conociera á Dios, fuera imposible que tuviera tal pensamiento, como lo he dicho en una consideracion.

Respondiendo Cristo al mancebo: «¿porqué me llamas bueno?» etc., le comenzó á dar conocimiento de sí mismo para que perudiese la buena opinion que tenia de su propia bondad, considerando: este es mejor que yo, y no quiere ser llamado bueno, luego tampoco soy yo bueno, pues es así que á solo Dios pertenece el ser bueno. De manera que no entendamos que Cristo reprehendió al mancebo porque lo llamó bueno, sino porque, no conociéndolo por más que hombre, lo llamó bueno, teniéndose él tambien por bueno, y que entendamos que de la misma manera, que es Dios bueno, es Cristo bueno, siendo en el hijo lo que es en el padre, porque es de la misma sustancia que el padre. Y aquí diré esto: que es así natural á Dios el ser bueno como es natural al hombre el ser malo por la generacion humana, siendo natural el ser buenos á los que dejan de ser hombres, muriendo y resucitando con Cristo por la fé y el bautismo, en lo cual consiste la regeneracion cristiana.

Diciendo Cristo: «pero si quieres entrar» etc., le responde conforme al tiempo en que habló, en el cual la ley estaba en toda su gloria y majestad, y el evangélio no era aún comenzado á ser predicado á la descubierta, porque aún Cristo no habia sido castigado por nuestros pecados; y respóndele conforme á su pregunta. El preguntó: ¿qué haré? y Cristo le responde: haz esto. Replicando el mancebo: ¿cuáles?, parece que tenia en poco el guardar los mandamientos del decálogo y que deseaba saber si habia otros mandamientos que guardar, y tornando á replicar despues de haber oido los mandamientos de la ley: ¿todo esto he guardado» etc., mostró su temeridad, afirmando haber cumplido con la ley.

La cual temeridad se me representa tanto mayor, cuanto que me acuerdo de aquello que dice David: «delicta quis intelliget?» Y así entiendo que los que son santos del mundo, persuadiéndose por su vivir moral que cumplen la voluntad de Dios, afirman lo que temerariamente afirmó el mancebo, diciendo: «todo esto he guardado,» y que los que son santos de Dios, conociéndose á sí mismos y conociendo á Dios, no se persuaden jamás que cumplen con la voluntad de Dios, ántes dicen siempre con David: «delicta quis intelliget?» Y cuanto ellos más están en este conocimiento, tanto se tienen por más justos no en sí sino en Cristo.

Y vese más particularmente la temeridad de este mancebo en que afirma haber cumplido con el amor del prójimo amándolo como á sí mismo, lo cual era falsísimo, pues tenía muchas posesiones y se entristeció cuando le fué dicho que las vendiese y las diese á los pobres que eran sus prójimos, y, si los amara como á sí mismo, ó no tuviera tantas posesiones ú holgara de venderlas cuando Cristo se lo dijo.

Añadiendo: «¿qué me falta?» mostró, aún no estar bien seguro en su conciencia, aunque se persuadía haber cumplido con la ley. Y aquí se ha de considerar que, por mucho que el hombre se persuade de su propia justicia, de sí mismo, siempre está mal contento, pareciéndole que le falta algo, porque es así que sola la fé, con que abrazamos la justicia de Cristo, nos aquieta las conciencias, afirmándonos que no nos falta nada.

Aunque digo esto, no tendria por inconveniente decir que este mancebo no vino á Cristo para saber de él lo que le preguntaba, sino para que Cristo lo tuviese por santo y por tal lo pronunciase, y así pienso que, diciendo; «¿qué me falta?» pensó que Cristo le habia de responder: no te falta nada, tuya es la vida eterna y puedesla demandar á Dios por justicia y quejarte de él si no te la da, pues has hecho todo lo que debes; ántes creo que no fué otro que este el intento del mancebo, y créolo porque conozco la natura del hombre que es lleno de vanidad y de presuncion, y conozco que esta vanidad y esta presuncion es más natural á los que son santos del mundo como era este mancebo.

Al cual muy á propósito respondió Cristo: «si quieres ser perfecto, vé» etc.; conociólo arrogante, en cuanto era santo del mundo, y conociólo avaro, en cuanto amaba sus riquezas, y, porque vió que ya él se tenia por santo, le convida con la perfeccion en la santidad, como si dijera Cristo: pues es así como dices que has guardado los mandamientos, si quieres guardarlos perfectamente, vende tu hacienda y dala á pobres, y de esta manera tendrás tus tesoros en el cielo, habiéndolos dejado por alcanzar vida eterna, y teniéndolos en el cielo tendrás tambien tu ánimo en el cielo, y habiendo hecho esto, ven y sígueme, porque de otra manera no podrás ser perfecto. Esto propio creo que Cristo pretendió decir al mancebo.

Y de ello se puede colegir que no basta que el hombre guarde los mandamientos, cuando bien le fuese posible guardarlos, ni basta que venda todo cuanto tiene y lo dé á pobres, sino sigue á Cristo, imitando su mansedumbre, su humildad de ánimo, su sufrimiento, su paciencia, su obediencia y su caridad. Tambien se puede colegir de estas palabras que los ricos que de tal manera están aficionados á sus riquezas que se entristecerian y dejarian de seguir á Cristo por no dejarlas á ellas, son amonestados aquí que, por no venir en este terrible inconveniente, vendan sus haciendas, se libren y se despojen de ellas.

Partiéndose el mancebo entristecido y malcontento de Cristo y siendo la causa de su mal contentamiento el tener muchas posesiones ó heredades, (como habemos dicho), mostró que no decia verdad, diciendo que desde su mocedad habia amado al prójimo, y mostró que combatian en él dos afectos, el amor de la vida eterna con el amor de las riquezas, del cual combate procedia la tristeza, porque se amaba á sí mismo, y mostró que, si bien el amor de la vida eterna era grande, que el amor de las riquezas era mayor, pues no se quiso privar de ellas por amor de ella. De donde tomó Cristo ocasion de decir á sus discípulos: «Dígoos de verdad que el rico» etc., adonde entiendo por «reino de los cielos» el regimiento y el gobierno del espíritu santo que es comunicado á los que aceptan el Evangelio.

Vengo á entender siete causas de donde resulta la dificultad que el rico tiene para entrar en este reino de los cielos.

La primera es que, siendo anexas á las riquezas la honra y la estimacion del mundo, y siendo anexas al gobierno del espíritu santo la ignominia y el vituperio del mundo, con grandísima dificultad se reducirá un rico, que por sus riquezas es honrado y estimado en el mundo, á ser por Cristo injuriado y vituperado en el mundo.

La segunda es que, siendo el fruto de las riquezas el bienestar exterior, satisfaciéndose con ellas el hombre en todos sus afectos y en todos sus apetitos, de los cuales tanto más es solicitado, cuanto tiene mayor aparejo para cumplirlos, y siendo el fruto del gobierno del espíritu santo el privarse el hombre de sus satisfacciones y de sus comodidades, mortificando sus afectos y sus apetitos, viene á ser que halla el hombre tanto mayor dificultad en reducirse á la mortificacion con que se vive en el reino de los cielos, cuanto tiene más parte de las riquezas de este mundo.

La tercera es que, siendo propio de las riquezas el sustentar al hombre la vida corporal y la sanidad en la presente vida, y siendo propio del reino de los cielos el esperar el hombre su sustentacion de solo Dios, viene á ser que es casi imposible que el hombre rico pueda esperar de solo Dios su sustentacion corporal, reduciéndose á un tal estado que, como pobre, dependiendo de solo Dios, diga estas ú otras semejantes palabras: Dios por Cristo me tiene prometido que, buscando yo el reino de Dios y su justicia, me proveerá de estas cosas exteriores; yo voy buscando lo uno y lo otro, luego no me faltará á mí, cuando bien faltase á todos los otros. Porque el decir esto y sentirlo parece que es propio de los pobres, siendo así que los ricos nunca piensan que les pueda faltar el vivir, acordándose que tienen dineros con que comprarlo, y por tanto, si bien dicen: «panem nostrum quotidianum da nobis hodie», dícenlo por costumbre y dícenlo enseñados y no porque ellos esperen de Dios aquel mantenimiento, desconfiando de poderlo haber por otra vía.

La cuarta es que, siéndome necesario á mí para entrar en el reino de los cielos despojarme de todo el aficion que tengo á las cosas del reino del mundo, y siendo las riquezas las que más nos tiran y nos aficionan por las comodidades de que gozamos con ellas, viene á ser que, cuanto yo tengo más de riquezas, tanto es mayor la dificultad que hallo en perderles el aficion para entrar desaficionado como conviene en el reino de los cielos.

La quinta es que, cuanto uno tiene más cosas que le agradan y le contentan en el reino del mundo, tanto le es más dificultosa cosa el desenamorar de ellas para entrar en el reino de Dios, pues siendo así que cuanto uno es más rico, tanto tiene más cosas que lo tienen como preso en el reino del mundo, es también así que tanto es mayor la dificultad que tiene para entrar en el reino de Dios, en el cual se ha de entrar perdiendo el amor de todas las cosas que son del reino del mundo.

La sexta cosa es que, siendo anexa á las riquezas la solicitud y siendo anexo al vivir en el reino de Dios el descuido de todas las cosas que no son pertinentes á él, viene á ser que cuanto uno es más rico, tiene más cuidados, y cuanto tiene más cuidados, tiene más dificultad de entrar y de estar en el reino de Dios.

Y la séptima es, que persuadido el rico por la falsa religion que el hombre se justifica con sus limosnas y obras pías; viendo que puede hacer muchas, no se delibera en haber de Dios lo que se persuade poder haber por sí, y así no entra en el reino de Dios.

Adonde si me preguntara un rico diciendo: pues es así dificultosa cosa entrar en el reino de Dios con las riquezas, ¿parécete que yo deje todas las mias? le responderé que no las deje hasta tanto que, ensayándose en el vivir cristiano y conociendo en sí que no puede seguir á Cristo, que no puede estar en el reino de Dios con las riquezas, comenzará á desear ser libre de ellas por la dificultad que hallará en tenerlas y estar con ellas en el reino; y entónces le diré que se despoje de todas, pero diréle que ruegue á Dios que con algun expediente se las quite, y que esté con el ánimo atento á no hacer resistencia á los hombres que se las querrán quitar en parte ó en todo por cualquiera manera que sea, certificándose que no son los hombres los que se las quitan, pero que es Dios el que se las quita por medio de aquellos hombres, y, haciéndolo así, ganará esto que teniendo las riquezas las tendrá sin estar aficionado á ellas, ántes tendrá por cruz pesada el tenerlas, y perdiéndolas estará cierto que no las ha dejado por su propia fantasía, sino por la voluntad de Dios, y así estará contentísimo, como están las personas cristianas en todo lo que conocen que están por voluntad de Dios, estando descontentísimas en todo lo que conocen que están por propia voluntad.

Y diréle más que, si aquí reclamará la prudencia humana pretendiendo piedad, diciendo que es mejor que el hombre se despoje que no que se deje despojar, que dé toda su hacienda á buenos hombres que no que se la deje tomar y usurpar de malos hombres, que la deje á ella decir y vocear y que él siga esto, lo cual es tanto mejor cuanto es más contrario á lo que la prudencia humana aprueba y á la natural inclinacion del hombre, el cual se complace en las cosas que hace por su voluntad y se duele y se resiente en las que hace constreñido contra su voluntad.

Y tornando á las palabras de Cristo, entiendo que, queriendo dificultar más lo que habia dicho, añadió: «y otra vez os digo: más fácil» etc., y es así con efecto, por las causas que arriba habemos visto, cuando el hombre por sí solo, no siendo ayudado del espíritu de Cristo, presume entrar y estar en el reino de Dios, en el vivir cristiano, y no es así, cuando el hombre, aceptando la gracia del evangelio y con ella recibiendo el espíritu cristiano, su poco á poco se va aplicando al vivir cristiano, viviendo como conviene vivir en el reino de Dios, porque es así que en el tal el espíritu de Dios hace posible lo que naturalmente es

imposible. Y por tanto respondiendo Cristo al espanto de los discípulos dijo: «esto es imposible acerca» etc., y siendo todo posible á Dios, es todo posible á los que tienen al espíritu de Dios, como lo tenia San Pablo cuando decia: «omnia possum in eo qui me confortat,» y Cristo dice: «omnia possibilia sunt credenti.»

En la interpretacion de estas palabras me parece quedar satisfecho, y si parecerá extraño á alguno que convidase Cristo con su compañía á, este, sabiendo que no la habia de aceptar, habiendo desechado la compañía de otros que lo querian seguir, sepa que no tuvo Cristo intento á que este lo siguiese, sino á bajarle su arrogancia, dándole conocimiento de sí mismo. Y si parecerá duro á otro que ponga Cristo tanta dificultad en el entrar el rico en el reino de los cielos, habiendo de resolverla diciendo que lo que es imposible á los hombres, es posible á Dios, pues parece que se puede poner la misma dificultad en todas las otras cosas á que los hombres como hombres nos aficionamos, sepa que, porque las riquezas son las que nos tienen más tiranizados y las que nos tienen vivos en las otras aficiones de la vida presente, queriendo Cristo que los, que aceptamos su evangelio, perdamos toda el aficion que tenemos á todas las cosas de la vida presente, porque demos lugar al aficion que debemos tener á las cosas de la vida eterna, pone toda esta dificultad en el entrar el rico en el reino de los cielos. Y rico es el que está aficionado á lo que tiene, poco ó mucho, y por el contrario es pobre el que ha perdido toda el aficion á todo lo que tiene.

Cuanto á la letra, diciendo: «sino uno, Dios,» entiende: sino uno y este es Dios. En aquello: «no matarás, no hurtarás» etc., se ha de entender que refiere Cristo las propias palabras de la ley. Por lo que aquí dice, «¿qué más me falta?» en el griego á la letra dice: ¿qué más despues? pero significa: ¿qué más me falta? Y por lo que dice: «tu hacienda,» el griego dice: lo que tienes y entiende: tu hacienda, tu ropa. Adonde dice «cosa,» el griego dice: palabra, pero segun el hablar de la lengua hebréa entiende: cosa. Por camello, entienden algunos maroma de nao, y no importa, solamente que se entienda que Cristo pretendió mostrar la imposibilidad.

Aquello «y mirando Jesus» se puede entender que Cristo miró á sus discípulos para que estuviesen más atentos á lo que les queria decir y así fuesen más capaces de ello, importándoles mucho saber que Dios lo puede todo, á fin que ellos estuviesen con sus ánimos reposados, considerando que, así como Dios lo puede todo, así ellos como hijos de Dios lo podian todo. Y no hay duda sino que, si esta verdad estuviese bien impresa en los ánimos de los que sintiendo la incorporacion en Cristo sabemos cierto que somos hijos de Dios, teniendo por cierto que todas las cosas nos son posibles, no dudariamos de ninguna y mucho ménos, que de todas las otras juntas, de nuestra reconciliacion con Dios y por tanto de nuestra resurreccion á inmortalidad y vida eterna.

Los que están inciertos de esto, dan testimonio de sí que no creen que Dios lo puede todo, y si dicen que lo creen y no están ciertos de esto, muestran que no creen que Cristo lo puede todo ó que no se tienen por incorporados en Cristo y su poco á poco vienen á confesar que no tienen del espíritu de Cristo, y que con efecto no son cristianos. Pues es así que los que son cristianos tienen del espíritu de Cristo, están incorporados en Cristo, son poderosos en Cristo, así como Cristo es poderoso en Dios y así están ciertos que en Cristo pueden todas las cosas y que principalmente pueden vencerse á sí mismos, al mundo, al

demonio, al infierno y á la muerte y así alcanzar inmortalidad y vida eterna con el mismo Cristo.

Entónces; respondiendó Pedro, le dijo: He aquí nosotros lo habemos dejado todo y te habemos seguido. ¿Qué será pues de nosotros? Y Jesus les dijo: Dígoos de verdad que vosotros los que me habeis seguido en la regeneracion, cuando se asentará el hijo del hombre en la silla de su gloria, os asentaréis tambien vosotros sobre doce sillás, juzgando á las doce tribus de Israel. Y todo aquel que habrá dejado casas ó hermanos ó hermanas ó padre ó madre ó mujer ó hijos ó heredades por mi nombre, recibirá cien tanto y heredará la vida eterna. Y muchos primeros serán postreros, y postreros primeros.

Considerando San Pedro que el mancebo oyendo decir á Cristo: déjalo todo y sígueme, no habia querido hacer lo uno ni lo otro, comenzó á considerar como él y sus compañeros habian hecho lo uno y lo otro y comenzó estimarlo en más que ántes, y por tanto preguntó á Cristo, diciendo: «hé aquí nosotros lo habemos dejado todo» etc., entendiendó: nosotros habemos hecho lo que dijistes al mancebo que hiciese, pues ¿qué sera de nosotros? De la cual pregunta colijo que los discípulos seguian á Cristo simplemente sin haberse movido con deseo á seguirlo, siendo solamente movidos por el llamamiento exterior de Cristo y por la inspiracion interior de Dios.

Y tengo por cierto que lo que aconteció á los discípulos de Cristo, siguiendo á Cristo, acontece á todos los que siguen á Cristo con la misma vocacion é inspiracion; quiero decir que, así como los discípulos sin propio deseo seguian á Cristo, así ellos todos sin propio deseo siguen á Cristo. Tambien tengo por cierto que acontece y acontecerá á todos los que siguen á Cristo sin deseo como estos discípulos lo que ha acontecido y acontecerá á estos discípulos, quiero decir que, así como estos discípulos siguiendo á Cristo han alcanzado y alcanzarán mucho más sin ninguna comparacion de lo que ellos deseñando se pudieran imaginar, así tambien los que como ellos seguirán á Cristo alcanzarán en la vida presente y en la futura mucho más de lo que ellos deseñando se podrian imaginar.

Y aquí entiendo dos cosas. La una, que los que se, hallaran en el camino de Cristo, siguiendo á Cristo, y conocerán que no son entrados con deseo ninguno sino simplemente por la vocacion exterior del evangelio que nos llama á todos á Cristo y por la inspiracion interior, se podrán certificar que son verdaderamente discípulos de Cristo. Y la otra, que los que siguiendo á Cristo hallan en el camino cosas que nunca pensaron hallar, se pueden certificar que hallarán en la vida eterna más felicidad de la que ellos en la vida presente se pueden imaginar.

De manera que es buena señal que los discípulos, habiendo dejado lo que tenian y siguiendo á Cristo, no supiesen qué habia de ser de ellos, bien que el quererlo saber parece que tiene un resabio de curiosidad, la cual no entiendo que era mala en los discípulos, considerando que de ella resultó que fueron confirmados y certificados de su felicidad con la respuesta de Cristo, la cual confirmacion y certificacion no los podia hacer insolentes ni viciosos, como los hiciera en caso que ellos con propio deseo hubieran sido movidos á seguir á Cristo.

Y aquí entiendo que á los, que siguen á Cristo como estos discípulos, la certificación de su glorificación los hace más modestos y caritativos, más humildes y más cuidadosos de seguir á Cristo, de imitar á Cristo, pero esta verdad no la creen los que no tienen experiencia de ella, y por tanto no quieren que el hombre en la presente vida sea cierto de su glorificación, haciendo injuria al evangelio de Cristo y yendo torciendo las palabras de Cristo, queriendo que digan no lo que él quiso sino lo que ellos quieren, como aquí que quieren que Cristo hablase condicionalmente en la respuesta: si perseveraréis en lo que habeis comenzado etc.

Y si dirá uno que si Cristo hubiera dicho estas palabras sin esta condición, no hubieran sido verdaderas en Júdas, le responderé que Cristo las dijo para los que las creyeron, en los cuales fueron verdaderas, como serán también verdaderas en todos los que las creerán, y que no las dijo para Júdas, el cual no las creyó, porque, si las creyera, no vendiera á Cristo, posponiendo la felicidad que aquí propone Cristo por un precio así vilísimo, antes el creerlas fuera así eficaz en él como fué en los otros discípulos para mortificarlos y así hacerles perseverar perpétuamente en Cristo.

Y viniendo á la declaración de las palabras, se ha de considerar que, habiendo los discípulos propuesto dos cosas á Cristo, la una: lo habemos dejado todo, y la otra: y te habemos seguido, Cristo respondiéndoles toma primero lo más principal que es el fin de la otra y dice: «vosotros los que me habeis seguido» etc., mostrando que la importancia está en seguirlo á él y no en dejarlo todo.

Aquello «en la regeneración» se puede juntar con lo que precede, de manera que diga: vosotros los que me habeis seguido y seguís en el estado de la regeneración, entendiendo de la cristiana que hace en nosotros el espíritu cristiano, estaréis asentados en doce sillas en el estado de la resurrección, juzgando á las doce tribus de Israel; también se puede juntar con lo que se sigue, de manera que diga: vosotros los que me habeis seguido en la presente vida, en la resurrección, que será nueva generación, os asentareis etc.; esta segunda interpretación parece más llana, pero, considerando que la santa escritura llama estado de regeneración al de los cristianos en la presente vida, llamando estado de resurrección al de los mismos en la vida eterna, me contenta la primera interpretación, á la cual favorece aquello de San Pablo: per lavacrum regenerationis etc. Tito 3, y aquello de San Pedro: regeneravit nos Deus in spem vivam 1ª Ped. 1. Lo mismo es «en la silla de su gloria» que: en su silla gloriosa; así llama á la gloria y majestad con que vendrá el día del juicio.

Diciendo: «á los doce tribus de Israel», pienso que entiende que los apóstoles, siendo hebreos condenarán la infidelidad de los hebreos, así como los, que de la gentilidad aceptarán el evangelio, condenarán la infidelidad de los que no lo habrán aceptado en la gentilidad, de manera que sea lo mismo: «juzgando» que: condenando.

Habiendo Cristo respondido á la parte principal de la propuesta de los discípulos y viniendo á responder á la otra parte, dice: «y todo aquel que habrá dejado» etc., entendiendo que el que por seguir á Cristo, hora sea por predicar el evangelio, hora sea por enseñar el vivir cristiano, hora sea por imitar á Cristo, por vivir cristianamente, se privará con efecto de estas cosas ó de alguna ó algunas de ellas, siéndole impedimento, así como

los discípulos se privaron de sus cosas porque no podían teniéndolas seguir á Cristo, será galardonado de Dios largamente en la vida presente y en la futura; en la presente, en cuanto será enriquecido con dones espirituales, y las cosas pertenecientes á la vida presente le serán dadas por añadidura, y en la vida futura, en cuanto como miembro de Cristo hecho hijo de Dios alcanzará la heredad de Dios que es la vida eterna con el mismo Cristo. Aquí conviene advertir que hay dos maneras de dejar el hombre todas sus cosas por seguir á Cristo.

La una es con el afecto, y esta pertenece generalmente á todos, quiero decir, que á todos los cristianos pertenece dejar con el afecto todas estas cosas, perdiéndoles el afición con que naturalmente las aman, de manera que amándolas las amen no con afecto natural sino espiritual, y esto es conforme á lo que dice San Pablo: *ut qui habent uxores tanquam non habentes sint etc.* 1ª Cor. 7. La otra es con efecto, y esta pertenece particularmente á los que, cuanto á las casas y heredades, son semejantes al hebreo de quien acaba de hablar el evangelista, á los cuales pertenece, dejar con efecto sus riquezas, y pertenece también á los que son tan aficionados á los suyos que por cumplir con ellos se apartan del deber de la regeneración cristiana ó no están tan enteros en él cuanto debían. Y esto me acuerdo haberlo tratado en una respuesta. Quanto al dejar con efecto la mujer, ó la mujer dejar con efecto al marido, me remito á lo que dice San Pablo 1ª Cor. 7.

En aquello «recibirá cien tanto» entiendo número finito por infinito, y con efecto es así que cada uno de los que por Cristo, por seguir é imitar á Cristo, por enseñar el vivir cristiano ó por predicar el evangelio de Cristo, se priva como habemos dicho de todas estas cosas que aquí cuenta Cristo, viene á tener mucho más que deja, en cuanto tiene todo lo que tienen todos los miembros de Cristo y tiene tantos hermanos, tantas hermanas, tantos padres, tantas madres y tantos hijos cuantos hay que son miembros de Cristo; esto es en la vida presente, como lo señala San Marcos, y en la futura dice Cristo que los, que por seguirlo habrán dejado estas cosas, alcanzarán vida eterna, no por lo que han dejado sino por el fin porque lo han dejado, que es seguir á Cristo.

Y por tanto añadió Cristo: «y muchos primeros serán postreros» etc., entendiendo que muchos, que pensarán ser primeros en la vida eterna porque á su parecer habrán dejado mucho, serán postreros, y que muchos, que pensarán ser postreros porque á su parecer habrán dejado poco, serán primeros. Adonde no se ha de entender que los unos precederán á los otros en la vida eterna, sino que los unos serán admitidos á ella y los otros serán excluidos de ella, así como en aquello que dice Cristo: «los publicanos y las meretrices os precederán en el reino de los cielos» no entiende que tendrán mejor lugar que los Fariseos, sino que serán admitidos al reino, siendo los Fariseos excluidos de él; y esta manera de hablar que usa Cristo, la he notado en el cap. 5, sobre aquello: «menor será llamado» etc.

Los primeros que serán postreros entiendo que serán de aquellos que dice Cristo que le dirán en el día del juicio: «Señor, Señor ¿no profetizamos en tu nombre?» etc., y los postreros que serán primeros, entiendo que serán de aquellos que dirán á Cristo en el día del juicio: «Señor ¿cuándo te vimos hambriento?» etc., á los cuales responderá Cristo que lo que hicieron á uno de los suyos, lo hicieron á él.

Capítulo XX

Porque el reino de los cielos es semejante á un hombre señor de casa que salió luego de mañana á coger peones para su viña, y concertado con los peones por un denario al día, los envió á su viña. Y saliendo á hora de tercia, vió otros que estaban ociosos en la plaza y díjoles: Id tambien vosotros á la viña y daréos lo que será justo: y ellos fueron. Y tornando á salir á hora de sexta y de nona, hizo de la misma manera. Y saliendo á la undécima hora, halló á otros que estaban ociosos y díceles: ¿Por qué causa estais aquí todo el día ociosos? Dícenle: Porque no nos ha cogido ninguno. Díceles: Id tambien vosotros á la viña y recibiréis lo que será justo. Y venida la tarde, dice el señor de la viña á su hacedor: Llama á los peones y págales el jornal, comenzando de los postreros hasta los primeros. Y viniendo los de la undécima hora, recibieron sendos denarios; y viniendo los primeros, pensaron que habian de recibir más y recibieron ellos tambien sendos denarios; y habiéndolos recibido murmuraban contra el señor de casa, diciendo: Estos postreros no han trabajado sino una hora y haslos hecho iguales á nosotros que hemos soportado el peso del día y el calor. Y él respondiendo dijo á uno de ellos: Amigo, no te hago agravio; veamos: ¿no te concertaste conmigo por un denario? Toma lo tuyo y véte. Quiero yo dar á este postrero como á tí. ¿Cómo, no me es lícito á mí, hacer lo que quiero en mis cosas? O ¿tu ojo es malo porque yo soy bueno? De esta manera serán los postreros primeros y los primeros postreros. Porque muchos son llamados y pocos escogidos.

De las palabras de donde parece que tomó Cristo ocasion para decir esta parábola y de las palabras con que la concluye, que son las mismas, con aquella añadidura: «muchos son llamados y pocos escogidos,» se colige bien que su intento es mostrar en qué manera los primeros serán postreros y los postreros primeros. Adonde se ha de entender que el señor de casa es Dios; la viña es la iglesia, la cual, como ha mostrado Cristo en otras parábolas, comprehende buenos y malos; los peones que van á cavar la viña somos todos nosotros; y el hacedor del señor de la viña es Cristo. Y es así que todos los que entran en la iglesia entran llamados de Dios, pero unos solamente con la vocacion exterior, que es la predicacion del evangelio, y otros con la exterior y la interior.

Los que entran con sola la vocacion exterior, creyendo por relacion, nunca entienden la justicia de Cristo, y, pretendiendo alcanzar vida eterna por sus obras y trabajando y fatigándose días y noches, se hallan tan ricos de obras exteriores que se tienen por primeros en el reino de Dios; y los que entran con la vocacion exterior y con la interior, creyendo por revelacion, abrazan la justicia de Cristo, y como no obran por ser justos sino porque son justos, por mucho que obren, siempre les parece que obran poco, y así se tienen por postreros en el reino de Dios; pero viniendo Cristo al juicio, admitirá en el reino á los que se tienen por postreros y echará del reino á los que se tienen por primeros, no mirando á la cantidad de obras de los unos ni de los otros sino á la fé y al intento con que habrán obrado. De donde resultará la murmuracion de los que serán excluidos del reino, los cuales alegrarán sus buenas obras, pero aprovecharánles poco sus alegrancias.

De esta manera entiendo toda esta parábola, considerando en los murmuradores la propia condicion de los santos del mundo que se tienen y son tenidos de los hombres por primeros, y considerando en los otros la propia condicion de los santos de Dios que se tienen y son tenidos de los hombres por postreros, y considerando en el señor de la viña la bondad y liberalidad de Dios, y entendiendo que en los muchos llamados son comprendidos los que tienen sola la vocacion exterior y que en los pocos escogidos son comprendidos los que tienen la una y la otra. Adonde si parecerá extraño á alguno que entendamos que serán excluidos del reino los primeros que dice Cristo que serán postreros, lea en San Lúcas, cap. 13, adonde verá que estas palabras de Cristo no pueden ser entendidas de otra manera.

Y si parecerá duro á otro que esta parábola no cuadre en muchas cosas y mayormente en esto que la murmuracion de los primeros no fué porque no eran pagados, sino porque eran igualados con los otros, lea en el cap. 13 de San Mateo la declaracion de Cristo en la parábola de las cizañas, y hallando que la declaracion no cuadra en todo con la parábola ni aún con lo que pudiéramos pensar que era el intento de ella segun que lo he mostrado allí, no se maravillará, ántes conocerá que, siendo las parábolas tomadas de cosas humanas para explicar las cosas divinas y siendo diferentísimas las unas de las otras, basta harto que cuadren en el intento principal.

Aquí añadiré dos cosas. La una, que siempre esto es así que los, que segun el juicio humano son primeros por ser muy ricos de obras exteriores, segun el juicio divino son postreros porque obran sin fé, y así como la fé sin obras de fé no vale nada, así las obras sin fé no valen nada; y que por el contrario los, que segun el juicio humano son postreros por ser pobres de obras exteriores, segun el juicio divino son primeros porque tienen fé; la cual es eficaz en sus corazones para reducirlos á que obrando obren por puro amor, y vale mas una obra pequeña con fé que cien mil grandes sin fé. Y la otra, que los que obran sin fé, obrando por amor propio, son siempre temerarios, presuntuosos y murmuradores, y que los que obran con fé, obrando por puro amor de Dios, son siempre modestos, humildes y callados; estos dan testimonio de sí que son santos de Dios, y aquellos dan testimonio de sí que son santos del mundo, y por tanto serán condenados con el mundo.

Y subiendo Jesus á Jerusalem, tomó á los doce discípulos aparte en el camino, y díjoles: Hé aquí subimos á Jerusalem, y el hijo del hombre será entregado á los príncipes de los sacerdotes y á los escribas, y condenaránlo á muerte y entregaránlo á los gentiles á que hagan burla de él y lo azoten y lo crucifiquen, y al tercero dia resucitará.

Casi las mismas palabras habemos visto en el capítulo 16 que dijo Cristo á sus discípulos, solamente que aquí están un poco más claras, porque, diciendo «será entregado á los príncipes» etc., y despues: «y entregaránlo á los gentiles» etc., muestra como habia de ser vendido y puesto en las manos de los que entre los judíos tenían la cumbre de la santidad y letras, y como ellos lo habian de juzgar digno de muerte y como, no pudiendo ser ejecutores de la muerte, lo habian de poner en las manos de Poncio Pilato y de sus ministros para que ellos fuesen los ejecutores, precediendo los escarnios y los azotes que acrecentaban el dolor y al sentimiento de la muerte; y siendo el género de muerte en sí

cruelísimo y terrible y condescendiendo Cristo á la flaqueza de los discípulos, les intima la resurreccion juntamente con la muerte.

Adonde entiendo que siempre que á los que aceptan la gracia del evangelio de Cristo es propuesta la cruz de Cristo, lo que se obligan á padecer con Cristo, les debe ser juntamente propuesta la resurreccion de Cristo, mostrándoles como es así que no gozarán de la resurreccion de Cristo sino los que poco ó mucho habrán sentido en la presente vida la cruz de Cristo; y la cruz de Cristo sentimos cuando, aplicándonos á la fé cristiana y al vivir cristiano, somos murmurados ó despreciados ó perseguidos ó martirizados de los hombres del mundo. Y tengo por cierto que no hay hombre ninguno de los que se aplican á la fé cristiana y al vivir cristiano que no sienta muy gran parte de esta cruz; en esto me certifico por la experiencia que tengo y por lo que dice San Pablo «omnes qui pie volunt vivere in Christo Jesu persecutionem patientur,» la cual sentencia ha sido, es y será verdadera hasta la fin del mundo, y el que no siente esta persecucion y contradiccion por Cristo, no sé como se pueda asegurar que vive píamente en Cristo.

Entónces se llegó á él la madre de los hijos del Zebedeo con sus hijos, adorándolo y demandándole alguna cosa. Y él le dijo: ¿Qué quieres? Dícele: Dí que estos mis dos hijos se asienten en tu reino uno á tu diestra y otro á la siniestra. Y respondiendo Jesus dijo: No sabeis lo que demandais. ¿Podéis beber el cáliz que yo tengo de beber? Y con el bautismo, con que yo soy bautizado, ser bautizados? Dícnle: Podemos. Y díceles: Bebereis bien mi cáliz, y con el bautismo, con que yo soy bautizado, sereis bautizados, pero el asentar á mi diestra y á mi siniestra no es mio darlo, pero será de aquellos á los cuales lo tiene aparejado mi padre.

Habiendo Cristo intimado á sus discípulos su muerte y su resurreccion, parece que pensando los dos hijos del Zebedeo que ya era tiempo de demandar mercedes á Cristo, rogaron á su madre que hablase por ellos, la cual, cuenta San Mateo, que vino humildemente á Cristo y que le demandó alguna merced y que, diciéndole Cristo que demandase lo que queria, ella le demandó para sus dos hijos los dos primeros lugares en su reino -esto entiendo por el asentar á la diestra y á la siniestra, á la mano derecha y á la izquierda. Adonde es digno de consideracion cuán poco estaban mortificados los dos discípulos, pues hacian semejantes diseños, y más, que se imaginaban que el reino de Cristo habia de ser conforme á los reinos del mundo, no entendiendo aún como, si bien en la vida eterna el reino de Cristo consiste en gloria, que en la vida presente consiste en vituperio, en cuanto el mundo tiene y juzga por cosa ignominiosa y vituperosa el estar en el reino de Cristo aceptando la justicia de Cristo y atendiendo á la imitacion de Cristo.

En la respuesta de Cristo que dice: «no sabeis lo que demandais» se entienden dos cosas: la una, que conociendo Cristo que la demanda no salia de la madre sino de los hijos, no respondió á ella, sino á ellos; y la otra, que les quiso mostrar como el no darles lo que demandaban no procedia de falta de él sino de ignorancia de ellos que demandaban cosa impertinente.

Añadiendo Cristo: «podeis beber el cáliz» etc., les mostró bien claramente que á la gloria de su reino no se va sino por el vituperio, pasando por donde él pasó, quiero decir que no gozarán de la gloria de Cristo los que no habrán gustado y sentido el vituperio de Cristo. Adonde no se ha de entender que por premio del vituperio es dada la gloria sino que el vituperio es el camino por donde se va á la gloria, así como por el sudor se va á la victoria, pero no se da por el sudor la victoria, pero es necesario que suden los que quieren salir victoriosos.

Lo mismo es cáliz que suerte ó parte; la santa escritura lo toma unas veces en mala parte, como allí: ignis, sulphur, spiritus procellarum pars calicis eorum, salmo 10, y allí: bibisti de manu domini calicem irae suae, Esaías 51, y otras veces lo toma en buena parte, como allí: dominus pars hereditatis meae et calicis mei etc., salmo 15, y allí: calix meus inebrians, salmo 22. Añadiendo: «y con el bautismo con que» etc., declara lo que ha dicho, entendiendo que su cáliz era su muerte y pasión, y que su bautismo era lo mismo que su cáliz, de manera que beben el cáliz de Cristo y son bautizados con el bautismo de Cristo los que en la presente vida siendo bautizados son vituperados y martirizados por Cristo, por la fé cristiana y por el vivir cristiano.

Respondiendo los discípulos: «podemos,» concedieron que la demanda salia de ellos y mostraron bien la gana que tenían de haber lo que la madre demandaba para ellos, afirmando que les bastaba el ánimo á pasar por lo que no sabian qué cosa era y que podian lo que no podian, como lo mostraron huyendo tambien ellos como los otros discípulos, y, si pudieran lo que pensaban que podian, no huyeran; y tales como eran en aquella sazón estos dos discípulos de Cristo que se persuadian poder lo que no podian, si bien despues que recibieron al espíritu santo pudieron, son todos los que, confiados en sí mismos, se persuaden poder grandes cosas y despues caen en las pequeñas, los cuales nunca podrán lo que se persuaden poder, si Dios por su misericordia no les envia su espíritu santo.

Replicando Cristo: «bebereis bien mi cáliz» etc., profetizó el martirio á los dos discípulos y confirmó la sentencia de la predestinacion, diciendo que ya Dios tiene aparejados los lugares que cada uno ha de tener en el reino celestial. Y es bien digna de consideracion esta humilde respuesta de Cristo, en la cual atribuye á solo el padre el dar y repartir los grados de gloria, como si dijese: mi oficio es aquistaros vida eterna, habilitaros para que tengais parte en la heredad de mi padre, en el reino de mi padre, y á mi padre toca dar esos lugares que vosotros demandais, y darálos á los que él en su mente divina tiene determinado de darlos.

Aquí conviene repetir esto: que el que tiene por cierto y firme que en la vida eterna le tiene Dios aparejado lugar, se aplica á vivir en la vida presente con aquella puridad, justicia y santidad que ha de vivir en la vida eterna, y el que no tiene esta aplicacion, da testimonio de sí que no tiene la certificacion, de manera que la certificacion es eficacísimo instrumento para la mortificacion, y la mortificacion, el vivir con mansedumbre y humildad, es grande contraseño de la certificacion. Siempre que en la vida de Cristo nos es representada su humildad y obediencia á Dios, se nos ha de representar que convenia que fuese tal, pues venia á reparar lo que Adam habia perdido por soberbia y desobediencia.

Y oyendo esto los diez se indignaron de los dos hermanos; y llamándolos Jesús dijo: Ya sabéis que los príncipes de las gentes las enseñorean, y los que son grandes se apoderan de ellas. No será de esta manera entre vosotros, pero el que entre vosotros querrá ser grande, sea vuestro mozo, y el que entre vosotros querrá ser primero, sea vuestro siervo; así como el hijo del hombre no vino á ser servido sino á servir y á dar su ánima en rescate por muchos.

De resentirse los diez discípulos por la ambiciosa demanda de los dos, en la cual mostraron querer ser superiores á los otros, ganamos nosotros esta necesarísima respuesta de Cristo, la cual entiendo que perteneció á los apóstoles para el tiempo, en el cual, habiendo recibido el espíritu santo, se hallaron y conocieron en el reino de Cristo, y que pertenece á todos los que, recibiendo el mismo espíritu, se hallan y se conocen en el mismo reino, los cuales todos son por estas palabras avisados que tiene el primer lugar y es principal en el reino de Cristo el que es más semejante á Cristo, señaladamente en esto que, así como Cristo no vino al mundo á ser servido, honrado,preciado ni estimado, sino á servir, consistiendo su servicio en dar su vida por las vidas de muchos, muriendo él por resucitar á vida eterna á muchos, así el que está en el reino de Cristo, no ha de tener intento á ser servido, honrado,preciado ni estimado por el grado que tiene en el reino, sino á servir, constituyendo su servicio en poner su vida con todo lo demás por predicar á otros el evangelio y por enseñarles el vivir cristiano y así ayudarles para que gozen del beneficio de Cristo.

Adonde entiendo que los que de esta manera imitan á Cristo, sirviendo como él sirvió, pueden decir con San Pablo; que suplen lo que faltó en la pasión de Cristo por el cuerpo de Cristo que es la iglesia, pues es así que Cristo muriendo rescató las vidas de todos, y ellos predicando y enseñando y padeciendo lo que por el predicar y enseñar se les ofrece, son medios para que muchos gozen del rescate de Cristo, y este es el propio servicio cristiano, en el cual no hay ambición ninguna ni cosa que tenga resabio de ella.

Los que en el reino de Cristo presumen ser primeros y ser principales, dan testimonio de sí que aún no están en el reino de Cristo, ó que, dejándose vencer de sus afectos, son flacos é imperfectos y por tanto no tienen el primer lugar sino el último. Diciendo Cristo: «ya sabéis que los príncipes» etc., pretende mostrar la diferencia que hay entre el reino del mundo y el reino de Dios que es reino de Cristo, en cuanto en el reino del mundo son mayores y más principales los que son servidos y tienen en sujeción y debajo de tiranía á los hombres, y en el reino de Dios, en la iglesia cristiana son mayores y más principales los que sirven más y por ello son más oprimidos y más maltratados de los hombres.

Diciendo Cristo: «así como el hijo» etc., nos convida á su imitación, á que procuremos en la vida presente la grandeza que él procuró, viviendo como él vivió, siguiendo lo que él siguió y muriendo como él murió, dando con su muerte vida á muchos. Dió bien Cristo con su muerte vida á todos los hombres, en cuanto en él nos mató Dios á todos y en él nos resucitó á todos, pero, porque no gozarán de esta resurrección sino los que se tendrán por muertos en Cristo y por resucitados en Cristo, dice la santa escritura unas veces que Cristo murió por muchos, teniendo respeto al efecto, y dice otras veces que murió por todos, teniendo respeto al acto. Aquí se ha de advertir que estas palabras de Cristo no quitan los

dominios ni las superioridades entre cristianos, cuanto á lo temporal, ni cuanto al vivir cristiano, porque Cristo fué superior entre los discípulos, de los cuales era llamado Señor.

Y saliendo ellos de Jericó, lo siguió mucha gente, y hé aquí que dos ciegos asentados al camino, oyendo que Jesus pasaba, dieron voces diciendo: ¡Compadécete de nosotros, Señor, hijo de David! Y la gente los amenazaba que callasen. Y ellos daban mayores voces diciendo: ¡Compadécete de nosotros, Señor, hijo de David! Y deteniéndose Jesus los llamó y dijo: ¿Qué quereis que os haga? Dícnle: Señor, que nos sean abiertos los ojos. Y movido Jesus á misericordia, les tocó los ojos y luego sus ojos cobraron la vista, y siguiéronlo.

Si estos dos ciegos no conocieran su ceguedad, no demandaran la sanidad, y sino desearan muy mucho la sanidad, no fueran así importunos en demandarla, y á lo ménos, siendo reprehendidos, callaran y así no cobrarán la vista de los ojos. De la misma manera acontece á los hombres y es así que los, que no se conocen ciegos, no demandan á Dios que les abra los ojos interiores, y que los que se conocen ciegos, si no desean muy mucho ver, no son importunos en la oracion, y así ni estos ni los otros no cobran la vista, y cóbranla solamente los que por don de Dios se conocen ciegos é imitando á estos dos ciegos demandan con importunidad á Cristo que los sane, y no dejan de demandar por mucho que los hombres del mundo y que los demonios del infierno los reprehendan y los estorben, ántes son más impetuosos y más importunos en demandar, cuanto son más reprehendidos y estorbados. A estos tales abre Cristo los ojos interiores, y ellos, conociendo con ellos á Cristo, siguen á Cristo, imitando á Cristo. Y aquí entiendo que no siguen á Cristo sino los que, habiendo cobrado la vista interior por beneficio de Cristo, comienzan á conocer á Cristo.

Capítulo XXI

Y como se acercasen á Jerusalem y viniese á Betfagé al Monte de las Olivas, entónces Jesus envió dos discípulos diciéndoles: Id á la aldea la de enfrente de vosotros, y luego hallareis una asna atada y un borrico con ella; desatándolos traedlos á mi; y si alguno os dirá algo, decid: el señor tiene necesidad de ellos, y luego los enviará. Y esto todo fué hecho así á fin que fuese cumplido lo que estaba dicho por el profeta que dice: Decid á la hija de Sion: hé aquí tu rey que viene á tí, manso y asentado sobre asna y borrico hijo de la domada. Partidos, pues, los discípulos y haciendo segun que Jesus les habia ordenado, trajeron al asna y al borrico, y pusieron sobre ellos sus vestiduras y asentáronlo á él sobre ella. Y la mucha gente extendia sus vestiduras en el camino, y otros cortaban ramos de los árboles y los extendian en el camino. Y las gentes, las que iban delante y las que iban detras, gritaban diciendo: ¡Hosana al hijo de David! ¡Bendito el que viene en el nombre del Señor! ¡Hosana en las alturas! Y entrado que fué en Jerusalem, alborotóse toda la ciudad, diciendo: ¿Quién es este? Y las gentes decian: Este es Jesus el profeta de Nazaret la de Galilea. Y entró Jesus en el templo de Dios, y echó á todos los que vendian y compraban en

el templo y trastornó las mesas de los cambiadores y los asentamientos de los que vendían palomas, y díceles: Escrito está: Mi casa casa de oracion ha de ser llamada, y vosotros la habeis hecho cueva de ladrones. Y allegáronse á él ciegos y cojos en el templo y sanólos. Viendo los príncipes de los sacerdotes y los escribas las maravillas que hacia y los muchachos que daban voces en el templo y decian: ¡Hosana al hijo de David! indignáronse y dijéronle: ¿Oyes lo que estos dicen? Y Jesus les dice: Sí. ¿Nunca habeis leído: De boca de niños y que maman perfeccionaste loor? Y dejándolos se salió fuera de la ciudad á Betania y aposentóse allí.

En esta entrada de Cristo en Jerusalem y en el templo me parece que mostro más majestad que en ninguna otra cosa de cuantas hizo, la cual majestad se me representa tanto mayor, cuanto la veo más mezclada con profundísima humildad. Grandísima majestad fué entrar en Jerusalem con la ceremonia de los ramos que acostumbraban los hebreos hacer en el séptimo mes, conforme á lo que les era mandado en el Levítico cap. 23, y con las aclamaciones de hosana que habian los hebreos añadido á la ceremonia de los ramos, como consta por sus historias; y fué grandísima humildad, entrando con aquella majestad, entrar cabalgando en un asno, propiamente como lo habia visto entrar el profeta Zacarías cuando dijo: «decid á la hija de Sion» etc. Tambien fué grandísima majestad entrar Cristo en el templo de Jerusalem, haciendo el estrago que hizo y diciendo las palabras que dijo; y fué grandísima humildad salirse aquella noche fuera de la ciudad, no queriendo seguir, como seria decir, la victoria contra los principales de la sinagoga.

Esto lo considero así en general, y, viniendo al particular, entiendo que, enviando Cristo los dos discípulos con todas aquellas circunstancias á que le trajesen el asna y el borrico con que entrar en Jerusalem, pretendió certificarlos y confirmarlos en la fé y en la opinion que debian tener de él, de su omnipotencia, en cuanto veian que no le era hecha resistencia en lo que queria, y de su verdad, en cuanto veian que acertaba en todo lo que decia.

En aquello: «el señor tiene necesidad» etc., podria parecer extraño á alguno que Cristo, que era la misma humildad, hablando de sí, se llamase señor, pero, si considera que era necesario que Cristo dijese á los discípulos las palabras formales que debian decir, no le parecerá extraño, mayormente que estaba Cristo más lejos de entrar en ningun género de ambicion por títulos que los hombres le diesen, que está el mar oceano de salir de madre por un pequeño arroyo que entre en él.

En aquello: «y esto todo fué hecho» etc., entiende el evangelista que esto, que hacia Cristo, cuadraba con la profecia de Zacarías, no lo hacia él, teniendo intento á lo que habia dicho Zacarías, ántes Zacarias lo habia dicho porque lo habia de hacer él; y quien tuviera ojos para cotejar lo que veia en Cristo con las palabras de Zacarías, pudiera bien conocer que Cristo era el Mesía, siendo aquel de quien habló Zacarías, el cual segun la letra hebrea (porque San Mateo sigue la letra griega), dice así: «¡Alégrate mucho, hija de Sion; júbila, hija de Jerusalem! Hé aquí que tu rey viene á tí, justo y salvo, humilde y cabalgando sobre asno y sobre borrico hijo de asna,» y más adelante dice: «y su imperio de mar á mar desde el rio hasta los fines de la tierra.» Adonde entiendo que, siéndole mostrado en vision al profeta esta gloriosa entrada de Cristo en Jerusalem, todo alegre y contento comenzó á decir: «alégrate mucho» etc., llamando hija de Sion á Jerusalem que estaba en el monte de

Sion, y llamando hija de Jerusalem á la iglesia cristiana que nació en Jerusalem, porque allí fué comenzada la predicacion del evangelio.

Lo mismo entiendo que es «justo» que «salvo,» libre de todo pecado, en lo cual consiste la gloria de Cristo, antes la nuestra, porque en la justicia é inocencia de Cristo constituimos nuestra justicia y nuestra inocencia, certificándonos que el castigo de Dios, que cargó sobre Cristo, no fué por haber pecado él sino por haber tomado sobre sí nuestros pecados, conociéndose y hallándose tan culpado delante de Dios por cada uno de ellos como si realmente los hubiera, cometido todos.

En aquello: «humilde y cabalgando» etc., se ha de considerar que juntó bien el profeta la humildad con el ir cabalgando en el asno. Lo mismo es en el evangelista «hijo de la domada» que en el profeta «hijo de asna.»

Por San Marcos se entiende que Cristo entró cabalgando en el borrico, por ventura significando su superioridad en el pueblo cristiano, el cual no reconoce otro señor que á Cristo. En aquello: «su imperio de mar» etc., significó ó profetizó Zacarías que el imperio de Cristo se extiende por todo el mundo, no digo el temporal y exterior sino el espiritual é interior, porque tiene absoluta potestad en el cielo y en la tierra. Así entiendo la profecía de Zacarías, con la cual se entiende bien la alegacion del evangelista.

En la profecía parece extraño á algunos que, adonde, dice «salvo,» no diga salvador, no considerando que lo que entenderia diciendo salvador, lo entiende diciendo: «Tu rey,» porque así es llamado el Mesías, ni considerando que cabe el «justo» cuadra muy bien el «salvo,» siendo costumbre de los profetas cuando quieren encarecer una cosa poner dos vocablos juntos que significan una misma cosa y poner dos veces una misma sentencia por diferentes palabras.

En la misma profecía ofende grandemente á los hebreos que se diga que su rey viene cabalgando en asno y no hallan como pueda cuadrar en su Mesía este cabalgar en asno, y así van imaginando cosas extrañas, porque, no siendo capaces de los dos estados de Cristo, el humilde y el glorioso, no saben distinguir entre las profecías que hablan de Cristo, cuales hablan de él en el estado humilde y cuales hablan de él en el estado glorioso, los cuales dos estados van tan mezclados en los profetas que parece que les eran mostrados todos dos juntos para que hablasen de todos dos juntos como si fueran uno solo, como que quisiese Dios engañar á la prudencia humana, dándole causa para que, cuanto más escudriña las escrituras, tanto más ciega quede en ellas.

Cuanto á la ceremonia de los ramos, ya he dicho que aludian á la fiesta que hacian en el séptimo mes, y es verdaderamente cosa divina que aquellas gentes, sin saber lo que hacian, hiciesen en honra de Cristo lo que hacian en honra de Dios, añadiendo el extender las capas por el camino, la cual ceremonia no sé de donde la habian tomado, pero me place considerar á Cristo que en cuanto á sí se humillaba yendo cabalgando en un asno, y cuanto á las gentes era ensalzado con todas aquellas ceremonias que ellas podian, con los ramos, con las vestiduras y con las exclamaciones que decian: hosana, que es lo mismo que: salva, ahora y añadiendo: «al hijo de David,» confesaban á Cristo por Mesía, como hemos visto en lo pasado. Y diciendo: «bendito el que viene» etc., confirmaban la opinion que tenian,

que era el Mesía, enviado por Dios á redimir á Israel, pero no como ellos pensaban, de la tiranía de los hombres en la presente vida sino de la tiranía de la carne, del demonio, del infierno y de la muerte en la vida eterna, la cual liberacion comienzan á sentir en la presente vida los que han de gozar de ella en la vida eterna. Replicando su hosana con aquello «en las alturas,» pienso que entendian que sus voces subiesen en alto hasta ser oidas de Dios.

Y háse de entender que era lo mismo decir hosana que si dijeran lo que solemos nosotros decir cuando el rey entra en un lugar: ¡viva el rey! Y tambien que estas palabras con que estas gentes honraban á Cristo son tomadas del salmo 118, adonde está un verso que dice así: «suplícote, Señor, salva ahora; suplícote, Señor, prospera ahora! Bendito el que viene en el nombre del Señor!» Adonde, remitiéndome á lo que he dicho sobre el salmo, diré esto: que fuera verdaderamente grandísima la felicidad de aquellas gentes si supieran lo que hacian y decian, conociendo que eran inspirados por Dios á hacerlo y decirlo, como será grandísima nuestra felicidad cuando, siendo inspirados por Dios, como eran aquellos, conoceremos que aquella es inspiracion de Dios y la abrazaremos, oonistiendo nuestra felicidad en que juntamente conoceremos la omnipotencia de Dios y de Cristo, lo que sus inspiraciones pueden en nosotros, y así nos certificaremos más en nuestra justificacion, resurreccion y glorificacion.

El alboroto ó el movimiento y alteracion que hubo en Jerusalem por la entrada de Cristo con gloria y con majestad mezclada con bajeza y con humildad me representan el alboroto, el movimiento y alteracion que hay en cada uno de aquellos en los cuales entra el espíritu de Cristo con gloria y con majestad interior mezclada con bajeza y humildad exterior, en cuanto humilla y abaja á tal hombre, dándole conocimiento de sí mismo; y el alboroto es en la gente de la ciudad en los afectos y en los apetitos que son segun la carne, los cuales todos se resienten en la entrada del espíritu de Cristo. Por lo que respondian los que venian con Cristo á los de la ciudad, diciendo: «este es Jesus el profeta» etc., consta que, sin saber ellos lo que hacian, atribuian á Cristo más de aquello que le pertenecia segun la opinion que ellos tenian de él.

En el autoridad y majestad con que Cristo echó del templo á los que compraban y vendian, sin que hubiese ninguno que le fuese á la mano diciéndole que no lo hiciese, considero á Cristo mucho más glorioso que cuando lo considero transfigurado en el monte Tabor, teniendo por cierto que, si aquellas gentes no vieran en él más de lo que otras veces solian ver, no le dejaran así salir con aquella rigurosidad que usaba contra ellas.

Aquellas palabras con que Cristo atapaba las bocas á los pontífices y letrados hebreos diciéndoles: «mi casa casa de oracion ha de ser llamada,» son tomadas de Esaías cap. 56; y añadiendo Cristo: «vosotros la habeis hecho cueva de ladrones,» entiende que, siendo el templo casa de Dios, adonde convenia adorar y hacer oracion á Dios, aquellos lo habian hecho tal que era así pernicioso como es una cueva de ladrones, en cuanto, así como en la cueva se acogen los malhechores que saltean los caminos, así en el templo se acogian los que tiranizaban y robaban al pueblo de Dios, en cuanto en el templo, con achaque del templo pretendiendo religion y santidad, robaban á la pobre gente, disminuyendo las haciendas de los hombres por acrecentar los tesoros y las riquezas del templo.

Sanando Cristo allí en el templo á los ciegos y á los cojos que se llegaron á él, confirmó la opinion que las gentes tenian de él y dió ocasion á los pontífices y letrados que entónces tenian la cumbre de la santidad exterior para que descubriesen las malignidades de sus ánimos, preguntando á Cristo si oian lo que las gentes decian, pretendiendo decirle que hacia mal en consentirlo, en cuanto segun ellos le atribuian lo que no le pertenecia, como si, oyendo los santos del mundo que tino de los que en Cristo son santos de Dios es llamado justo y santo de otros hombres, ellos lo quisiesen argüir de soberbio y de impío, porque consiente que le atribuyan lo que no le pertenece segun ellos que lo consideran por lo que ven en él.

Adonde entiendo que, así como á Cristo no ofendia lo que las gentes le atribuian, porque conocia en sí lo que no conocian aquellos santos del mundo, ni tampoco lo ensoberbecia, como ensoberbeciera á aquellos santos del mundo, así no ofende á los miembros de Cristo la santidad ni la justicia que les es atribuida, porque se conocen incorporados en Cristo y por tanto justos y santos en Cristo, ni tampoco los ensoberbece, como ensoberbeceria á los santos del mundo, porque no se conocen justos ni santos en sí sino en Cristo.

Y entiendo tambien que, así como Cristo defendió á los que lo alababan alegando las palabras de David, así los miembros de Cristo puede defender á los que los alaban, alegando las palabras de San Pablo, ántes las del mismo Cristo, adonde habla de la union que hay entre él y los que son sus miembros. Y entiendo que, alegando Cristo estas palabras: «de bocas de niños» etc., pretendió decir: estos no me alaban á mí pero alaban á Dios en mí y por mí, y su loor es agradable á Dios, y, que esto sea así, consta por lo que dice David que Dios hace que su loor sea perfecto y entero, abriendo las bocas de los niños para que lo alaben; y niños eran todos los que decian aquellas palabras á Cristo, en cuanto no las decian ellos sino el espíritu de Dios en ellos, no entendiendo ellos lo que decian.

Y aquí entiendo que los, que comenzamos á renacer en Cristo, somos niños mientras que amamos, creemos, esperamos y deseamos, no sabiendo qué es lo que amamos, creemos, esperamos ni deseamos, si bien lo sabe el espíritu santo que nos inspira y mueve á amar, creer, esperar y desear, siendo él el que en nosotros ama, cree, espera y desea. Y entiendo que, segun que vamos siendo capaces de lo que amamos, creemos, esperamos y deseamos, conociéndolo y entendiéndolo, así vamos creciendo en Cristo hasta venir á ser varones enteros y perfectos en Cristo. Por lo que aquí segun la letra griega dice: «perfeccionaste loor,» en el hebreo dice: fundaste fortaleza, sobre la cual interpretacion me remito á lo que he dicho sobre el salmo 8.

Y tornando por la mañana á la ciudad, hubo hambre, y viendo una higuera en el camino, se fué á ella, y no halló nada en ella sino hojas solamente. Y dícele: No nazca más fruto de tí para siempre. Y á la hora se secó la higuera. Y viéndolo los discípulos se maravillaron, diciendo: ¿Cómo á la hora se secó la higuera? Y respondiendo Jesus les dijo: Dígoos de verdad, si tendreis fé y no dudareis, no solamente hareis lo de la higuera, pero tambien, si direis á este monte: álzate y échate en la mar, será hecho; y todo cuanto demandareis en la oracion, creyendo, lo recibireis.

Leyendo que Cristo hubo hambre, lo conozco según la humana generación sujeto á las miserias, á que esta nuestra carne, mientras es pasible y mortal, está sujeta; y viendo á Cristo ir á la higuera á buscar higos y viendo que no los halló y que maldijo á la higuera y que la higuera se secó, de donde nació admiración en los discípulos, y así tuvo Cristo ocasión de engrandecer la fé y la oración con fé, vengo á entender que no fué Cristo á la higuera, pensando hallar higos en ella, porque sabía bien que no los había, no siendo tiempo de higos, como cuenta San Marcos, sino buscando ocasión con que decir á los discípulos lo que les dijo acerca de la fé y de la oración con fé, á lo cual daba eficacia el caso de la higuera.

Pretendía Cristo, como habemos dicho otras veces, mostrar á sus discípulos que eran incrédulos y faltos de fé, á fin que se moviesen á demandarle que se la acrecentase, y aquí tornó á decir que á todo hombre cristiano pertenece tenerse por incrédulo y falto de fé mientras no tiene tanta que hace con ella mudar los montes, á fin que demande siempre que le sea acrecentada la fé.

También digo que la oración que es sin fé no vale nada, y que entonces mi oración es con fé cuando tengo por cierto que Dios me dará aquello que le demando, y digo que, siempre que yo conozco en mí esta certificación, me puedo asegurar que oro inspirado y no enseñado, y por tanto es certísimo lo que dice Cristo que alcanzamos de Dios todo lo que le demandamos, ciertos que nos lo ha de dar, porque entonces demandamos inspirados y no enseñados, demandamos por voluntad de Dios y no por nuestras fantasías; los que demandan enseñado, y por sus fantasías es imposible que demanden con fé.

Adonde dice: «y no dudareis,» el vocablo griego significa, como sería decir: hacer exámenes, vacilar en la fé, como hacemos cuando, deseando haber alguna cosa de Dios y mirándonos á nosotros, demandamos dudando de parte de la imperfección que conocemos en nosotros, en nuestras costumbres y en nuestro vivir, como si, para darnos ó no darnos Dios lo que le demandamos, tuviese respeto á nosotros ó como si no fuese mayor imperfección en nosotros el dudar haciendo estos exámenes que todas juntas las otras imperfecciones que podemos tener.

El cristiano, cuando deseará haber alguna cosa de Dios, mire primero si tiene prometimiento de Dios en que fundar la fé de su oración y después advierta en no mirarse de ninguna manera á sí y mire solamente Dios y al prometimiento de Dios y creyendo alcanzará todo cuanto demandará. Y cuanto á los prometimientos de Dios, me remito á lo que he dicho en una respuesta. A esta higuera que solamente tenía hojas, estando sin fruto ninguno, son semejantes los que solamente tienen nombre de cristianos y tienen ceremonias y obras exteriores, estando sin el fruto del nombre cristiano, que es la imitación de Cristo, la humildad, mansedumbre, pureza, caridad y obediencia de Cristo, y estando sin el fruto de las ceremonias y obras que son cristianas, que es la mortificación y vivificación, los que son tales acontecerá lo que aconteció á la higuera.

Y venido en el templo se allegaron á él estando enseñando los príncipes de los sacerdotes y los ancianos del pueblo, diciendo: ¿Con qué autoridad haces esto y quién te ha

dado esta autoridad? Y respondiendo Jesus les dijo: Preguntaréos yo tambien una cosa, y si me la direis, tambien yo os diré con qué autoridad hago esto. El bautismo de Juan ¿de dónde era? Del cielo ó de los hombres? Y ellos consideraban entre sí, diciendo: Si diremos: del cielo, dirános: pues ¿por qué no lo creisteis? Y si diremos: de los hombres, tememos á la gente, porque todos tienen á Juan como profeta. Y respondiendo á Jesus dijeron: No sabemos. Díjoles tambien él: Ni yo os digo con qué autoridad hago esto.

No entiendo que estos preguntaban á Cristo con qué autoridad hacia lo que hacia, como era entrar en la ciudad con la pompa con que era entrado el dia de ántes, entrar en el templo con la rigurosidad con que era entrado el día de ántes, haciendo lo que hizo y diciendo lo que dijo, porque dudasen ellos que lo hacia con autoridad divina, porque de esto estaban ciertos, si bien porque les pesaba que fuese así, procuraban persuadirse que no era así, como acontece á los santos del mundo que, si bien están ciertos de la santidad de los santos de Dios, porque les pesa que sean santos, procuran persuadirse que no lo son. Pero entiendo que lo preguntaban con dos intentos: el uno, demostrar al pueblo que ellos, que tenían la cumbre de la religion y santidad en el mundo, no estaban resueltos en tener buen crédito de Cristo, á fin que ni el pueblo tampoco se resolviese; y el otro, de venir en palabras con Cristo para tomar ocasion de alguna palabra con que prenderlo ó á lo ménos hacerle perder el crédito que tenia en el pueblo.

Estos sus intentos entiendo que los conoció Cristo, y así les respondió de manera que no pudieron salir con el uno ni con el otro, no queriéndoles responder á propósito de lo que le preguntaban, y arguyéndoles el no haber recibido á San Juan ó su bautismo y el prometer la observacion de la ley de Dios y no observarla; esto lo muestra por la parábola de los dos hijos que pone luego. Tales son, como los príncipes de los sacerdotes y los ancianos del pueblo, los que, viendo que con la sinceridad de la doctrina y con la puridad de la vida de los que son miembros de Cristo van por tierra sus falsas doctrinas y son descubiertas sus hipocresías, van procurando que no tengan crédito con las gentes y van deseñando cómo tomarlos á palabras para destruirlos.

Preguntando Cristo á estos si el bautismo de San Juan era del cielo ó de los hombres, entiende: si era cosa divina ó humana, si era ordenacion de Dios ó fantasía del mismo San Juan. Diciendo el evangelista: «consideraban entre sí,» entiende que, queriendo responder á Cristo, deseando que él les respondiese á ellos, hacian estos exámenes entre sí. Cosa es verdaderamente divina que, siendo estos, que vinieron á hacer esta pregunta á Cristo, los principales en santidad y en autoridad entre los hebreos, y siendo Cristo tenido por hombre bajo y plebeyo, tuviese él tanta autoridad sobre ellos que, no queriéndoles responder á su pregunta si ellos no le respondian primero á la suya, se saliese con ello, la cual cosa no la atribuyo yo tanto al crédito que habia alcanzado Cristo en el pueblo, quanto á la majestad y gravedad que en aquella su bajeza tenia, la cual de suyo se descubria sin que el la descubriese. Y de esta misma entiendo que hay una partecilla en cada uno de los que tienen del espíritu de Cristo, más ó ménos segun que ellos son más ó ménos semejantes á Cristo. A este propósito hace una consideracion que he escrito.

¿Qué veamos os parece á vosotros? Un hombre tenia dos hijos. Y llegando al primero dijo: Hijo, vé hoy, trabaja en mi viña. Y él respondiendo dijo: No quiero; pero despues arrepentido fué. Y llegando al segundo dijo de la misma manera, y el respondiendo dijo: Yo, señor; y no fué. ¿Cuál de los dos hizo la voluntad del padre? Dícenle: El primero. Díceles Jesus: Dígoos de verdad que los publicanos y las meretrices os precederán en el reino de Dios; porque vino á vosotros Juan por camino de justicia y no lo creisteis, y los publicanos y las meretrices lo creyeron, pero vosotros viéndolo no os arrepentisteis despues para creerlo.

Habiendo Cristo atapado las bocas á los pontífices y ancianos que eran venidos á demandar cuenta de lo que hacia y decia en el templo, y queriendo mostrarles que su santidad toda consistia en palabras, les propuso una parábola, diciendo: «un hombre tenia dos hijos» etc., entendiendo que el hombre es Dios; y que el trabajar en la viña era el vivir conforme á la

ley de Dios y es el vivir conforme á la voluntad de Dios; y que el hijo que, siendo enviado á la viña, dijo que no queria ir y, despues conociendo que hacia mal, fué, eran y son los hombres del mundo que, por satisfacer á sus afectos y á sus apetitos, dicen que no se quieren sujetar ni á la ley de Dios ni á la voluntad de Dios, pero, despues conociendo que hacen mal, se sujetan á ella; y que el hijo que, siendo enviado á la viña, dijo que queria ir y no fué, eran y son los santos del mundo que, tomando por punto de honra la santidad, dicen que quieren sujetarse á la ley de Dios y voluntad de Dios y hacen todo lo contrario de lo que quiere Dios, siendo ambiciosos, murmuradores, envidiosos, malignos y diabólicos, cuales eran los pontífices y ancianos con quienes Cristo hablaba, y son todos los que, pretendiendo santidad, persiguen á Cristo, los cuales serán excluidos del reino de Dios, siendo admitidos á él los publicanos y las meretrices, porque se humillaran y aceptaran la justicia de Cristo. De manera que (como he dicho otras veces) diciendo: «os preceden» no entiende: son más preeminentes que vosotros, sino: son admitidos, siendo vosotros excluidos. Añadiendo Cristo: «porque vino á vosotros» etc., entiende: esto que digo lo entiendo así, considerando que vosotros nunca os reducisteis á creer á Juan, y los publicanos y las meretrices lo creyeron, aceptando su predicacion y su bautismo; y la aceptacion entiendo que consistia en que creian que estaba cercano el reino de los cielos y se conocian inhábiles para estar en él y se bautizaban en señal de su conocimiento ó reconocimiento y arrepentimiento. Diciendo el hijo segundo: «yo, Señor,» parece que responde á lo que habia dicho el primero: «no quiero,» como si dijera: yo sí quiero. Diciendo: «por camino de justicia» ó «en camino de justicia,» entiende: predicando el reconocimiento ó arrepentimiento que es camino para la justicia del evangelio, porque los que no se conocen no aceptan el indulto del evangelio, pareciéndoles que no toca á ellos.

Oid otra parábola. Era un hombre señor de su casa, el cual plantó una viña y cercóla de valladar y cavó en ella un lagar y edificó una torre y arrendóla á labradores y fuése camino largo. Y llegado el tiempo de los frutos, envió sus criados á los labradores para que tomasen lo que le pertenecia de los frutos, y tomándole los labradores á los criados á uno hirieron, á otro mataron y á otro apedrearon. Tornó á enviar otros criados más que los primeros é hicieron lo mismo con ellos. Ultimamente les envió á su hijo, diciendo: Tendrán

respeto á mi hijo; más los labradores, viendo al hijo, dijeron entre sí: Este es el heredero, venid, matémoslo y tendremos su heredad; y tomándolo lo echaron fuera de la viña y lo mataron. Cuando vendrá, pues, el señor de la viña, ¿qué hará á aquellos labradores? Dícenle: Como á malos malamente los destruirá, y dará su viña á otros labradores, los cuales les den sus frutos á sus tiempos. Díceles Jesus: ¿Nunca habeis leído en las escrituras: La piedra que desecharon los edificadores, esta ha sido puesta en la cabeza del rincon; el señor ha hecho esta cosa y es admirable en nuestros ojos? Por tanto os digo que os será quitado el reino de Dios y será dado á gente que hará sus frutos. Y el que caerá sobre esta piedra, será descalabrado, y sobre el que ella caerá será quebrantado. Y oyendo los príncipes de los sacerdotes y Fariseos sus parábolas, conocieron que decia de ellos, y procurando prenderlo temieron á las gentes, porque lo tenían como á profeta. Y respondiendo Jesus tornó á hablarles en parábolas, diciendo:

El intento de Cristo en esta parábola, como consta por aquellas palabras: «por tanto os digo que os será quitado» etc., claramente parece que fué profetizar la ruina de la sinagoga hebrea que era gobernada por los pontífices, ancianos, Fariseos y letrados, y la sucesion de la iglesia cristiana que es gobernada por apóstoles, evangelistas y doctores, no de doctrina enseñada sino inspirada. Y así entiendo que el hombre señor de su casa es Dios; que la viña es el pueblo de Dios, el valladar, el lagar y la torre eran las escrituras de la ley y de los profetas; y que los labradores eran los pontífices, ancianos etc.; y que los frutos de la viña eran el amor de Dios y del prójimo con el culto divino; que los criados del señor, que mataron los labradores, fueron los profetas y justos que enviaba Dios á la sinagoga, á los cuales todos perseguian ó hacian morir los principales de la sinagoga, como lo dirá Cristo en el capítulo 23; y que el hijo del señor es Cristo, al cual dieron la muerte los mismos. Cuanto á si lo conocieron ó no, me remito á lo que diré sobre San Marcos. A estos principales de la sinagoga hebrea, entiende Cristo que habia de ser quitada la viña de Dios, el pueblo de Dios, y dado á los principales de la iglesia cristiana.

Adonde entiendo que entónces estos principales dan á Dios el fruto de su viña cuando, predicando el evangelio, enseñando el vivir cristiano y supliendo las necesidades de los cristianos, pueden decir con San Pablo que sirven á Dios en espíritu y en el evangelio de su hijo, y que han aprovechado mucho en el mismo evangelio. Aquello: «tendrán respeto á mi hijo,» aunque cuadra en el hombre señor de la viña, no cuadra en Dios, y ya he dicho que en las parábolas solamente se ha de mirar que cuadre el intento.

Diciendo Cristo: «¿nunca habeis leído» etc., pretende hacerlos capaces de la inteligencia de la parábola, entendiendo que al hijo, que ellos como malos labradores habian de matar, habia Dios de poner en el más eminente lugar en su reino haciéndolo rey y cabeza en el reino, cumpliéndose verdaderamente en él lo que fué dicho de David en el salmo 117, en cuanto, así como David, siendo desechado de los principales del reino, fué al fin puesto por principal en el reino, siendo hecho rey, así Cristo, crucificado y muerto por los que eran entónces principales en el pueblo de Dios, es puesto por cabeza en el reino de Dios y es hecho rey.

Cuanto á lo demás, me remito á lo que he dicho declarando el salmo, añadiendo esto: que no entiendo que haya pasado así en la edificacion del templo, como entienden algunos,

que una piedra desechada haya después cuadrado en lo alto del templo, sino que es un hablar figurado, cosa ordinaria en la santa escritura.

Diciendo: «el señor ha hecho esta,» entiende: el señor ha hecho esta cosa, que la piedra desechada sea puesta en lo alto, y nosotros la tenemos por cosa admirable, cosa de que con razón nos maravillamos. Diciendo: «y el que cairá sobre esta piedra» etc., entiende que, hora el hombre tropiece en Cristo, hora Cristo tropiece en el hombre, de una manera ó de otra el tal hombre perecerá, de manera que sea este un hablar como el que comunmente usamos diciendo: si la piedra da en el cántaro, mal para el cántaro, y si el cántaro da en la piedra, mal para el cántaro; que vayan siempre descalabrados los que, sin ser llamados de Dios, vendrán á Cristo por sus fantasías ó por sus deseos humanos, los cuales todos perecen, hora sea por escandalizarse ellos de la humildad y bajeza de Cristo, hora sea por escandalizarse Cristo de su soberbia y arrogancia de ellos.

Adonde se ha de entender que es llamado Cristo «piedra» tanto porque todos los hombres, que sin espíritu santo se allegan á él, tropiezan y se rompen las cabezas en él, cuanto porque todos los hombres, que con espíritu santo se allegan á él, están saldos, firmes y constantes en él, como un edificio edificado sobre piedra viva. Así parece que lo entendió Simeon cuando dijo: «ecce positus est hic in ruinam et in resurrectionem multorum in Israel» etc., Luc. 2.

Añadiendo el evangelista que los pontífices y ancianos, conociendo que Cristo decía por ellos lo que decía, lo prendieran si osaran, nos muestra bien el fruto que hace la palabra de Dios en los santos del mundo. Adonde entiendo que, si estos fueran hombres mundanos, conociendo que Cristo hablaba de ellos, se confundieran y avergonzaran y por ventura se enmendaran, pero, como hacían profesión de santos, se deliberaron de prender á Cristo para hacerlo morir, viendo que los iba descubriendo sus maldades, bellaquerías y ruindades. Y siempre hacen semejantes deliberaciones contra los que son miembros de Cristo los que hacen profesión de propia santidad como la hacían estos principales de la sinagoga.

Capítulo XXII

El reino de los cielos es comparado á un hombre rey, el cual hizo bodas á su hijo. Y envió á sus criados á llamar á los convidados á las bodas, y no querían venir. Tornó á enviar otros criados, diciendo: Decid á los convidados: Catad que he aparejado mi comida, mis toros y mis capones son ya muertos y todo está aparejado, venid á las bodas. Y ellos menospreciándolo se fueron uno á su posesion, y otro á su mercancia y los otros prendiéndole los criados los injuriaron y los mataron. Y oyendo esto el rey se indignó y enviando sus ejércitos destruyó á aquellos homicidas y quemóles su ciudad. Entónces dice á sus criados: La boda está aparejada, pero los convidados no han sido dignos de ella; salid pues á las salidas de los caminos y á todos cuantos hallareis llamados á las bodas. Y saliendo aquellos criados á los caminos ayuntaron todos cuantos hallaron, malos y buenos, y la boda fué llena de asentados. Y entrando el rey á ver los asentados, vió allí un hombre

no vestido con vestidura de boda, y dícele: Amigo ¿cómo entraste aquí, no teniendo vestidura de boda? Y él enmudeció. Entónces dijo el rey á los que servian: Atándole las manos y los piés, echadlo en las tinieblas exteriores, allí hay llanto y batimiento de dientes. Porque muchos son llamados y pocos escogidos.

En todas estas parábolas conviene advertir la manera de comparar que usa Cristo, diciendo que el reino de los cielos es comparado ó es semejante al señor de la viña ó al hombre rey, y entendiendo que en el reino de los cielos acontecerá como aconteció al señor de la viña ó al hombre rey.

En esta parábola tiene Cristo dos intentos: el uno es el mismo de la parábola precedente, cuanto al ser desechada la sinagoga hebrea para que en su lugar sucediese la iglesia cristiana, y el otro es el mismo que hemos visto en otras parábolas, cuanto al ser echados del reino de Dios, de la iglesia cristiana, los que entran en ella sin fé cristiana y están en ella sin costumbres cristianas, viniéndose ellos sin ser llamados de Dios.

El hombre rey es Dios. La comida es la vida eterna, de la cual toman posesion en la vida presente los que, siendo llamados á ella, dejan todas las cosas y siguen la vocacion. El aparejo de la comida, los toros y los capones ya muertos para el convite, entiendo que es la gloria y felicidad aparejada para los que aceptan la gracia del evangelio, porque, así como aquellas cosas son la sustancia del convite humano y temporal, así estas cosas son la sustancia del convite divino y eterno.

Los convidados á la comida ó boda en tiempo de la ley eran los que estaban sujetos á la ley, en el cual tiempo los criados que llamaban eran los profetas y justos, y en tiempo del evangelio los convidados son todos los hombres en general, porque el indulto y perdon que publica el evangelio es general, en el cual tiempo los criados que llaman son los apóstoles, los que tienen don de apostolado, y lo que dicen es aquello que pone San Pablo 2ª Cor. 5: obsecramus pro Christo: Reconciliamini Deo. Eum qui non noverat peccatum pro nobis peccatum fecit, ut nos efficeremur justitia Dei in ipso.

Los que, siendo llamados en tiempo de la ley, no quisieron venir, el uno por ir á su posesion y el otro por ir á su mercancía, son los que menospreciaban el llamamiento de Dios por atender á las cosas de la vida presente, no resolviéndose de una en dejarlo todo por obedecer á Dios, y los que prendieron á los criados del rey son los santos del mundo que en tiempo de la ley hicieron morir á los profetas y á los justos, porque los llamaban al reino de Dios; teníanse ellos por santos y eran tenidos por tales, y por tanto no podian sufrir que les fuese intimada otra santidad de la que ellos tenían. Los ejércitos, con que el rey destruyó á sus convidados quemándoles su ciudad, podemos decir que fueron los de Tito y Vespasiano que destruyeron á los hebreos y quemaron á Jerusalem.

Los que, siendo llamados en tiempo del evangelio, no quieren venir, no queriendo aceptar la gracia del evangelio, son los hombres mundanos que menosprecian la puridad, la mansedumbre y la humildad de Cristo. Y los, que hacen profesion de santidad exterior, diciendo que creen en Cristo y negando la gracia del evangelio de Cristo, el beneficio de Cristo, son entendidos en el hombre que entró en la boda sin vestidura de boda, y tales son con efecto todos los que entran en la iglesia cristiana con prudencia humana y por tanto con

deseños humanos como mercenarios, viniendo vestidos de obras sin fé, y desnudos de fé y de obras de fé, y así viniendo vestidos de ley y desnudos de evangelio, vestidos de Moisen y desnudos de Cristo, del cual conviene que vayan vestidos todos los que han de comer la comida de Dios en la vida eterna, porque esta es la vestidura de boda, y por tanto dice San Pablo: induimini dominum nostrum Jesum Christum, Rom. 13., Y á Cristo nos vestimos cuando, atendiendo á comprehender la perfeccion en que somos comprendidos, imitamos las divinas perfecciones que vemos en Cristo, y entónces mostramos estar vestidos de Cristo cuando son vistas en nosotros costumbres cristianas.

Y concluyendo Cristo esta parábola, diciendo: «por que muchos son llamados y pocos escogidos,» nos obliga á que digamos que en aquel uno que fué echado de la comida, son comprendidos todos los que con solo el llamamiento exterior, con deseos humanos aceptan á su modo el evangelio; y á que entendamos que es mayor el número de los llamados y no escogidos que el de los escogidos; y á que nos confirmemos en que las parábolas no cuadran en todo, pues, si cuadrara esta en todo, fuéramos necesitados á decir que son sin ninguna comparacion más los escogidos que los llamados, pues la parábola no dice que fué echado de la boda sino solo uno de muchos que eran entrados en ella.

En esta parábola considero cuatro suertes de hombres. Los primeros son los que, amando más la vida presente que la vida eterna, siendo llamados para la vida eterna, no les basta el ánimo á perder esta por ganar la otra; estos muestran su incredulidad.

Los segundos son los que estimándose y siendo estimados santos en el mundo, si son llamados para ser santos de Dios, se indignan contra los que los llaman, y los prenden y los matan; estos muestran con su incredulidad su malicia y su malignidad; y aquí entiendo á cuanto peligro están los que son santos del mundo.

Los terceros son los que, deseando con un deseo humano y natural alcanzar vida eterna y siendo llamados para ella con llamamiento exterior, sin esperar el interior van sin saber cómo ni adónde, vistiéndose de vestiduras hechas por manos de hombres, no conociendo aquella vestidura de boda hecha por mano de Dios, esta es Jesu-Cristo nuestro Señor; estos muestran su ignorancia y ceguedad, y estos son casi como los segundos y están á peligro de hacer lo que ellos en esta vida; y en la otra vida harán el fin que ellos, pues serán echados en las tinieblas de fuera, de las cuales está dicho en el cap. 13.

Los cuartos son los que por don de Dios se conocen impíos y enemigos de Dios en sí mismos, y comienzan á desear ser justos y amigos de Dios, y, siéndoles intimado el evangelio, el cual les ofrece lo uno y lo otro de balde y graciosamente y siendo interiormente movidos á aceptarlo con vocacion interior y exterior, se conocen justos y amigos de Dios, no en sí sino en Cristo, y, conociéndose tales, entran en posesion del reino de los cielos, desnudándose y despojándose de todas las cosas que los podrian privar de la posesion, como son los placeres, las satisfacciones, las honras y las dignidades de la vida, presente, á las cuales todas pierden el aficion, y como son las justificaciones exteriores, las cuales los son odiosas por no venir á ser santos del mundo, y vistiéndose y ataviándose con todas las cosas que los pueden mantener en la posesion como son la mortificacion y vivificacion, con las cuales están siempre las costumbres cristianas, las que Cristo mostró en su vivir; estos muestran que son escogidos de Dios, que son hijos de Dios y que son

regidos y gobernados con el espíritu de Dios, y así solos estos son admitidos á la comida del gran rey que es padre de nuestro señor Jesu-Cristo.

Por lo que aquí dice: «capones,» el vocablo griego significa aves engordadas; y por lo que aquí dice: «muertos,» el vocablo griego significa muertos en sacrificio. Diciendo: «á las salidas de los caminos,» entiende: adonde unos caminos se juntan con otros, porque allí se hallan más presto hombres. Diciendo: «de asentados,» entiende: de hombres asentados á comer, pero no comieron los malos sino los buenos; y malos son los que, estando sin fé cristiana, están sin obras de fé, sin costumbres cristianas, y por el contrario son buenos los que tienen la fé y las obras de fé, consistiendo su bondad en la fé, de la cual dan testimonio las obras de fé.

Entónces partidos los Fariseos tomaron consejo como lo asirian en palabras, y enviáronle sus discípulos con los herodianos, diciendo: Maestro, sabemos que eres verdadero y que enseñas con verdad el camino de Dios y no te curas de ninguno, porque no miras la persona de los hombres. Dínos, pues, ¿qué te parece: es lícito pagar tributo á César ó no? Y conociendo Jesus su bellaquería, dijo: ¿Para qué me tentais? Hipócritas! Mostradme la moneda del tributo. Y ellos le dieron el denario. Y díceles: ¿Cúya es esta imágen y sobrescrito? Dícenle: De César. Entónces les dice: Dad, pues, lo de César á César y lo de Dios á Dios. Y oyendo esto se maravillaron y dejándolo se fueron.

De la misma manera que estos Fariseos santos del mundo, convencidos por las palabras de Cristo, consultaron contra él para asirlo á palabras, para hacerle decir alguna cosa con que tomar ocasion para prenderlo y matarlo, todos los que, siendo santos del mundo, se hallan convencidos por las palabras de los que son santos de Dios, consultan contra ellos para hacerles decir alguna cosa con que prenderlos y matarlos. Y por tanto á los santos de Dios pertenece ó no venir en palabras con los santos del mundo ó viniendo estar muy sobre aviso para no decir cosa que les sea calumniada.

Toda esta malicia farisáica está llena de artificio. El primero consiste en que, queriendo los Fariseos preguntar á Cristo del tributo ó censo que los judíos pagaban al emperador de Roma, la cual cosa parecia extraña á los judíos que el pueblo de Dios fuese tributario á un hombre impío, le enviaron personas que eran de opinion que no se debia pagar, á fin que Cristo más libremente dijese que no era lícito pagarlo y así vendrian á haber su intento, acusándolo que prohibia que no fuese pagado el tributo al emperador, como falsamente lo acusaron despues que lo tuvieron preso. No me place la opinion de los que dicen que estos herodianos eran de los que cogian el tributo ó que tenian opinion que se debia pagar, porque no fuera á su propósito enviarle á estos, queriendo ellos que dijese que no era lícito pagar el tributo, como parece por las palabras que le dicen.

El segundo artificio consiste en que, ántes que pregunten, le dicen palabras enderezadas á que hable contra el emperador, las cuales eran propias de los Fariseos y en los cuales se puede considerar tres calidades que deben concurrir en un predicador cristiano: la primera, que sea verdadero, la segunda, que su doctrina sea verdaderamente cristiana conforme á la voluntad de Dios, y la tercera, que no tenga respeto á los hombres del mundo, dejando por

ellos de predicar el evangelio ó de enseñar el vivir cristiano; antes estas tres calidades concurren siempre en los que tienen don de apostolado y por ellas podemos juzgar si el que nos predica es apóstol de Cristo ó de hombres.

Estas mismas calidades concurren en los que por divina inspiracion aceptan el evangelio, la cual aceptacion los hace verdaderos en sí, y les enseña la verdad para que ellos la puedan enseñar á otros, y les hace que, estando resueltos con el mundo, solamente tengan respeto al evangelio, á Cristo y á Dios. Y estas tres calidades nos pueden servir por contraseños por las cuales podemos conocer qué tanto efecto ha hecho en nosotros la aceptacion del evangelio. Diciendo Cristo: «¿Para que me tentais? Hipócritas,» mostró que le daba fastidio la malignidad y bellaquería artificiosa con que venian á asirlo en palabras.

Y preguntando: ¿«cúya es esta imagen» etc., no pretendió saberlo, porque ya lo sabia, sino tomar ocasion de lo que le habian de responder, para decirles lo que les dijo: «Dad pues lo de César» etc., entendiendo que importa poco que demos á los hombres lo que quieren de nosotros, porque demos á Dios lo que quiere de nosotros, como si dijera: Dad al emperador lo que él pretende que le debeis dar, lo que él quiere de vosotros, y dad á Dios lo que él pretende que le debeis dar, lo que él quiere de vosotros. El emperador quiere el tributo ó censo, dádselo; y Dios quiere fé y amor, dádselo. Diciendo: «la moneda del tributo,» entiende la moneda con que se paga el tributo. Sobre este pagar tributo habla San Pablo, Rom. 13, y á lo que he dicho allí, me remito.

En aquel dia se llegaron á él los Saduceos que dicen que no hay resurreccion, y preguntáronle diciendo: Maestro, Moisen dijo: si alguno morirá sin tener hijos, cásele su hermano con su mujer y levante simiente á su hermano. Fueron entre nosotros siete hermanos, y el primero despues de casado murió y, no teniendo simiente, dejó á su mujer á su hermano, y así el segundo y el tercero hasta los siete, y á lo postre de todos murió tambien la mujer. Veamos, en la resurreccion ¿de cuál de los siete será la mujer? Porque todos la tuvieron. Y respondiendo Jesus les dijo: Errais, no entendiendo las escrituras ni la potencia de Dios, porque en la resurreccion no se casarán ni serán casados, pero serán como los ángeles de Dios en el cielo. Y quanto á la resurreccion de los muertos ¿no habeis leído lo que os dice Dios diciendo: Yo soy el Dios de Abraham, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob? No es Dios Dios de muertos sino de vivos. Y oyendo esto las gentes se espantaron de su doctrina.

Segun parece por estas palabras y por las que están Act. 23, en el pueblo hebreo no era creida por fé la resurreccion de los cuerpos, estando solamente en opinion; los Fariseos la afirmaban y los Saduceos la negaban. Y estos queriendo convencer á Cristo á que la negase como ellos, le van á hacer una pregunta que, aunque á su parecer era bastantísima para probar su intencion, al parecer de cualquiera persona, que no estará apasionada en querer defender aquella opinion, es ineptísima.

Adonde entiendo cuánto se debe guardar todo hombre de tomar opinion ninguna, porque es así siempre, que despues de tomada se obliga á defenderla, y queriéndola defender le acontece propiamente lo que acontecia á estos Saduceos que, negando la resurreccion de los

cuerpos, defendian su opinion con argumentos semejantes al que ponen aquí. Antes, este debia ser el que ellos tenian por más eficaz, imaginándose que en la vida eterna nuestros cuerpos resucitados, ya impasibles é inmortales, han de atender á lo que atienden estos cuerpos que son pasibles y mortales.

Esta ley del matrimonio, que alegan aquí, está Deut. 25, y parece que tuvo Dios intento en aquella ley á que durasen las casas de los hebreos que habian de partir entre sí la tierra de promision, á fin que estuviese más impreso en sus memorias el beneficio recibido. Diciendo: «levante» ó resucite «simiente á su hermano,» entiende: haga en la mujer de su hermano el muerto hijos, de los cuales entiende que el primero habia de ser llamado hijo del hermano muerto y no del que lo hacia. Lo mismo es: «no teniendo simiente» que: no dejando hijos.

En la respuesta de Cristo, que dice: «errais, no entendiendo» etc., se entiende que todos los errores de los hombres en las cosas que son sobrenaturales proceden de dos principios, de los cuales el uno es no entender las santas escrituras, porque, si las entendiesen, no errarian, siendo certísimo que ellas enseñan al que las entiende toda la verdad, y el otro es no entender la potencia de Dios, porque, si supiesen los hombres que Dios puede todo cuanto quiere, cuando les fuese propuesta una cosa con que es ilustrada la gloria de Dios, no dudarian de ella, porque considerarian: con esta cosa es ilustrada la gloria de Dios, Dios es omnipotentísimo, luego bien se sigue que esta cosa es verdadera, y de la misma manera, cuando les fuese propuesta otra cosa con que es menoscabada la gloria de Dios, no la admitirian de ninguna manera, porque considerarian: con esta cosa es menoscabada la gloria de Dios, Dios es omnipotentísimo, luego bien se sigue que esta cosa no es verdadera, pues con ella es derogada la gloria de Dios. De manera que á todo hombre es sano consejo, primero no tomar opinion ninguna, y despues rogar á Dios que le abra los ojos, de manera que él conozca su omnipotencia y entienda las santas escrituras á fin que no yerre jamás en cosa ninguna.

De estas palabras de Cristo se colige bien que el, que entenderá las santas escrituras y conocerá la omnipotencia de Dios, creerá la resurreccion de los muertos, en la cual afirma Cristo que no habrá casamientos porque, aunque habrá cuerpos de carne, tendrán aquella limpieza que tienen los ángeles que están en el cielo.

Y queriendo Cristo mostrar á los Saduceos uno de los lugares de las santas escrituras, adonde se puede entender la resurreccion de los muertos, alega lo que dice Dios: «yo soy Dios de Abraham» etc., Exodo 3, y añadiendo: «no es Dios de muertos» etc., parece que entendió Cristo que, si Dios en su mente divina no tuviera por resucitados á Abraham, á Isaac y á Jacob, no se llamara Dios de ellos, porque, siendo él Dios vivo, no se llamaria Dios de muertos, de manera que no entendamos que, diciendo Dios: «yo soy el Dios de» etc., entiende: yo soy el Dios á quien adoró y sirvió Abraham etc., sino: yo soy el Dios á quien adora y sirve Abraham, y adorará y servirá, porque, aunque su cuerpo está en la sepultura, su ánima está viva y á su tiempo se tornará á juntar con su cuerpo. Y con razon se espantaron las gentes de esta doctrina de Cristo, porque no hay duda sino que ningun hombre hubiera jamás sacado esta inteligencia de aquellas palabras.

Y los Fariseos, oyendo que habia cerrado la boca á los Saduceos, se juntaron en uno, y preguntóle uno de ellos, un cierto legista, tentándolo y diciendo: Maestro, ¿cuál es el mandamiento grande en la ley? Y Jesus le dijo: Amarás al señor Dios tuyo con todo tu corazon y con toda tu ánima y con toda tu mente. Este es el primero y grande mandamiento. Y el segundo es semejante á este: Amarás á tu prójimo como á tí mismo. En estos dos mandamientos penden toda la ley y los profetas.

Contentos los Fariseos que Cristo hubiese respondido á los Saduceos de tal manera que no la pudiesen replivar, se fueron á él con intento de ganar con él la honra que los Saduceos, que eran sus contrarios, habian perdido, y así hicieron que uno de ellos, el cual era docto en la ley de Moisen por probar lo que sabia, le preguntase cuál era el principal mandamiento en la ley.

Y en la respuesta de Cristo entendemos que la principal cosa que Dios quiere del hombre es el amor, queriendo que este amor sea sin resabio ninguno de propio interes, siendo limpiísimo y perfectísimo; y entónces es tal, cuando el hombre pone todo su amor y toda su aficion en Dios, no teniendo en su corazon, en su ánima ni en su mente sino á solo Dios, deleitándose con solo él y teniéndole siempre impreso en su memoria sin jamás apartarlo de ella. Esto es lo que Dios quiere de cada uno de los hombres; por esto los acaricia y les hace las gracias, los beneficios y las mercedes que les hace.

Y es así que, queriendo Dios ser amado de los hombres y conociendo que el mayor impedimento que tienen para amarlo es el conocimiento que tienen de haberlo ofendido, porque, como se dice vulgarmente, el que ofende no perdona, puso en su unigénito hijo Jesu-Cristo nuestro Señor los pecados de todos los hombres y en él los castigó todos, perdonando generalmente á todos los hombres á fin que, quitado el impedimento en el amor, ellos se apliquen á amarlo de la manera que él quiere ser amado de ellos.

Y sobre esto tengo escrita una consideracion, á la cual me remito, diciendo aquí esto que, mientras el hombre no se conocerá perdonado de Dios en Cristo, será imposible que ame á Dios de la manera que él quiere ser amado por sí mismo sin otro respeto ninguno, ántes con efecto no sabrá qué cosa es amar á Dios. Adonde se ha de entender que entónces ama el hombre á Dios de la manera que él quiere ser amado «con todo el corazon, con todo el ánima,» cuando lo ama sin interés ninguno, solamente porque merece ser amado.

Y no puede el hombre amar á Dios de esta manera mientras es hombre no regenerado por espíritu santo, porque, amándose naturalmente á sí de primer amor, viene á amar á Dios por sí, haciendo notable injuria á Dios, el cual quiere ser amado de primer amor y quiere que el hombre se ame á sí y que ame á los otros hombres y á las otras criaturas de Dios por amor de Dios, más ó ménos segun que ellos y ellas ilustran más ó ménos la gloria de Dios, á la cual tienen solamente intento los que aman á Dios no por sí mismos sino por las perfecciones que conocen en Dios.

Los hombres que no se conocen perdonados de Dios, reconciliados con Dios y amigos de Dios por Cristo, aunque se reduzcan á amar á Dios y obrar segun lo que conocen de la

voluntad de Dios, no amarán ni obrarán por amor de Dios sino por amor de sí mismos, por ser perdonados de Dios, reconciliados con Dios y amigos de Dios; y no vendrán jamás á alcanzar lo que quieren por esta vía, porque la verdadera es aceptar la gracia del evangelio y despues amar, servir y obrar, porque Dios merece ser amado, ser servido y ser obedecido sin que el hombre tenga otro respeto ninguno.

De manera que son cuatro causas por las cuales es imposible que el hombre ame á Dios como él quiere ser amado, si no se tiene por reconciliado con Dios y por amigo de Dios por Cristo: La primera, que el que ofende no perdona, y no perdonando no puede amar. La segunda, que el hombre no regenerado, teniendo viva su inclinacion natural, es imposible que no se ame á sí de primer amor. La tercera, que, no teniéndose por justo en Cristo, si ama, amará por ser justo. La cuarta, que, no conociendo á Cristo, no conocerá á Dios, y, no conociéndolo, no lo amará como él quiere ser amado «con todo el corazon» etc.

Al cual término habemos todos de trabajar por llegar, y, porque el que no comienza á caminar hácia él, está más lejos de él, á todo hombre, que ha aceptado la gracia del evangelio, pertenece persuadirse que ha de llegar á este término y que es Dios poderoso para hacerlo llegar, y con esta persuasion comenzar á caminar hacia él, rogando á Dios que le envíe su espíritu santo que le sea guía en esta generosa empresa.

Y no piense hombre ninguno ser capaz por ciencia de este divino amor si no comienza por la experiencia; y tanta capacidad tendrá de él cuanta experiencia tenga en él. Y sepa más todo hombre que no vendrá jamas á amar al prójimo como á sí mismo, si primero no ama á Dios sobre todas las cosas, entrando en el amor (como está dicho) por la fé y por el conocimiento.

Y aquí diré esto: que, diciendo en una consideracion que la fé y la esperanza son sustentadas con la caridad, y que la caridad se sustenta de por sí, entendí que, si el hombre no ama á Dios, no estará constante en fiarse de él ni en esperar el cumplimiento de sus prometimientos, y que, amando á Dios, porque lo ama por sí mismo, conociendo que merece ser amado, no tiene necesidad de ser sustentado en el amor, ni con la fé de lo que cree que ha hecho Dios por él, ni con la esperanza de lo que espera que hará, Dios con él, porque ama sin interes propio, del cual amor son incapaces los hombres miéntras son hombres, porque no saben amar sin interes y sin deseo, amándose á sí mismos en todas las cosas y sobre todas las cosas.

Añadiendo Cristo: «en estos dos mandamientos» etc., entiende que el, que cumple estos dos mandamientos del amor de Dios y del prójimo, cumple todo lo que mandan la ley y los profetas, porque ella y ellos no tienen otro intento sino reducir al hombre á que ame á Dios y que ame al prójimo; y el que amará á Dios no se apartará de la voluntad de Dios, ántes se aplicará á todo lo que conocerá que es voluntad de Dios, negando y renunciando su propia voluntad, y él que amará al prójimo no le hará cosa que le pueda ser perjuicio, ántes se aplicará á hacerle todos los beneficios que podrá, hasta privarse de sus comodidades y satisfacciones por acomodar y satisfacer al prójimo, como vemos que hizo Cristo y vemos que hizo su apóstol San Pablo.

Cosa es cierto digna de consideracion que este mandamiento del amor no esté entre los del que llaman decálogo sino en el Deuteronomio, en la segunda ley. Por ventura lo guardó Dios para la segunda ley como más perfecto y más puro, pretendiendo que el pueblo instruido y ejercitado en los mandamientos de la primera ley seria más capaz de la inteligencia de este, pero esta es imaginacion mia.

Segun la letra hebrea este mandamiento dice así: «oye, Israel, el señor Dios nuestro es un señor, y amarás al señor Dios tuyo con todo tu corazon y con todo tu ánimo y con toda tu fuerza.» Deut. 6, como si dijese Moisés: pues Dios es solo, amadlo á él solo, dándole todo vuestro amor. Adonde dice: «con toda tu fuerza» segun el hablar de la lengua hebrea dice: con todo tu mucho, y entiendo que está dicho por encarecimiento y no que haya diferencia entre uno y otro.

Y ayuntados los Fariseos, les preguntó Jesus diciendo: ¿Qué os parece á vosotros de Cristo, cuyo hijo es? Dícnle: de David. Díceles: Pues ¿cómo David en espíritu lo llama señor, diciendo: Dijo el Señor á mi señor: Asíentate á mi diestra hasta que ponga á tus enemigos por banquillo de tus piés? Pues si David lo llama señor ¿cómo es su hijo? Y ninguno le podia responder palabra, ni osó ninguno desde aquel día preguntarle más nada.

Para la inteligencia de estas palabras conviene considerar dos cosas. La una, que Cristo no se despreciaba de ser llamado hijo de David, pues consta que los que lo querian honrar lo llamaban así, y que San Mateo comenzando su evangelio lo llama así, y que San Pablo dice: «qui factus est ei ex semine David secundum carnem,» Rom. 1. Y la otra, que aquello del salmo 110: «Dixit dominus domino meo: sede a dextris meis» etc. entre los hebreos comunmente era entendido del Mesía, de Cristo, como áun los judíos, que han sido despues de Cristo, lo entienden de la misma manera, pero no quieren que pertenezca á nuestro Cristo, porque no lo conocen por Mesía.

Consideradas estas dos cosas, entendemos que pretendió Cristo en estas palabras convencer á los Fariseos á que tuviesen mejor opinion del Mesía de la que tenian. Ellos solamente lo tenian por hijo de David y por tanto por puro hombre, y Cristo pretende mostrarles que David lo tenia por más que hijo y por tanto por más que puro hombre, pues hablando en espíritu lo llama señor, y no lo llamara señor si no lo conociera por más que hijo; conocíalo bien por hijo segun la generacion humana, y conocíalo por hijo de Dios segun la generacion divina y por tanto lo llamaba señor.

Esta entiendo que es la propia inteligencia de estas palabras. Y si me dirá uno que pudieran bien los Fariseos responder á Cristo, diciendo que llama David señor al Mesía, aunque es su hijo, de la manera que adoró á Salomon cuando fué elegido por rey, aunque le era hijo, le responderé que no pudieran, porque lo que hizo David con Salomon, no fué en espíritu, como el llamar al Mesía señor, sino en carne, fué una ceremonia exterior conveniente al reino temporal.

Y si me dirá otro que pudieran bien los Fariseos responder á Cristo, diciendo que aquellas palabras de David no pertenecen al Mesía, ántes parece que son palabras dichas á

David en nombre del pueblo hebreo, segun que lo he mostrado en la declaracion de los salmos, le responderé que no pudieran, por lo que habemos dicho que desde ántes de Cristo aquellas palabras comunmente eran entendidas del Mesía, de la cual inteligencia consta haberse Cristo querido servir para su intento.

Y por tanto dice bien el evangelista que ninguno le podia responder palabra, no sabiendo el divino secreto de la divina generacion del Mesía. Y añadiendo: «ni osó ninguno desde aquel dia» etc., muestra el evangelista que las preguntas todas, que aquellos hacian á Cristo, eran armadas sobre malicia, pues dejaban de preguntar, conociendo sus divinas respuestas. Si preguntaran con sinceridad, les creciera el deseo de preguntar, enamorados de las respuestas que les daba, pero, como preguntaban por calumniar, no querian preguntar, viendo que no salian con su intento.

Capítulo XXIII

Entónces Jesus habló á las gentes y á sus discípulos diciendo: Sobre la silla de Moisen se asientan los escribas y Fariseos; todo pues lo que os dirán que guardéis, guardadlo y hacedlo, pero no hagais segun ellos hacen, porque dicen y no hacen. Y es así que atan cargas pesadas é incomportables y pónenlas sobre los hombros de los hombres, pero ellos no las quieren mover con su dedo. Y todas sus obras las hacen por ser vistos de los hombres, alargan sus filaterías y engrandecen las fimbrias de sus vestiduras, quieren los primeros asentamientos en los convites y las primeras sillas en las sinagogas y las saluciones en las plazas y ser llamados de los hombres rabí. Y vosotros no os hagais llamar rabí, porque uno es vuestro maestro, este es Cristo, y todos vosotros sois hermanos. Y no llameis á ninguno padre sobre la tierra, porque uno es vuestro padre, este es el que está en los cielos. Ni os hagais llamar maestros, porque uno es vuestro maestro, este es Cristo. Y el mayor de vosotros será vuestro ministro. Y cualquiera que se ensalzará, será humillado, y cualquiera que se humillará, será ensalzado.

Tres cosas hay en estas palabras dignas de ser muy consideradas. La primera, que es verdad lo que habemos dicho en el cap. 5 que muchas cosas dijo Cristo que pertenecian solamente para el tiempo en que las decia, y para aquellos que las oian, porque, pues es así que asentarse los escribas y los Fariseos sobre la silla de Moisen es lo mismo que enseñar la observacion de la ley de Moisen, es tambien así que el que querrá decir que estas palabras de Cristo pertenecen á todos tiempos, será forzado á confesar que con el evangelio ha de ser guardada toda la ley, la cual cosa es condenada desde el tiempo de los apóstoles; de manera que esta amonestacion de Cristo solamente pertenecia para aquel tiempo mientras él vivia entre los hombres, en el cual tiempo y hasta la venida del espíritu santo fué la voluntad de Dios que su pueblo estuviese sujeto á la ley, de la cual sujecion fué libre, venido que fué el espíritu santo, el cual sucedió en el regimiento y gobierno del pueblo de Dios en lugar de la ley.

Y así fué comenzada á ser cumplida la profecía de Jeremías, cap. 31, la cual entiendo que sienten comenzada á cumplir en sí mismos todos los que, aceptando el evangelio, reciben al espíritu santo; y entiendo que el perfecto y entero cumplimiento lo veremos en la vida eterna, adonde todos, chicos y grandes, conoceremos á Dios, y en él conoceremos todas las cosas, y así no tendremos necesidad de ser enseñados.

Los que, no habiendo aceptado el evangelio, no han recibido al espíritu santo, se están todavía, como dice San Pablo, debajo del pedagogo, debajo de ley, no siendo aún comenzada á cumplir en ellos la profecía de Jeremías. Y de estos son los que, aunque tienen nombre cristiano y leen el evangelio, van buscando «quid licet,» y si fuesen verdaderamente cristianos, habiendo aceptado el evangelio, dejarían de ir buscando «quid licet» y atenderían á buscar «quid expedit,» como lo he escrito en una consideración.

Queriendo Cristo declarar la causa por qué no quería que sus discípulos hiciesen como los escribas y Fariseos, dice: «porque dicen y no hacen,» entendiéndolo: porque no guardan ellos lo que enseñan á los otros que guarden; y declarándose aun más en esto, dice: «y es así que atan cargas» etc., entendiéndolo que cargaban al pueblo con observaciones extrañas é inportables, guardándose ellos de someterse á ellas, y aun de tocarlas con el dedo.

De estas palabras de Cristo se puede colegir que, aunque el vivir de los escribas y Fariseos era malo, porque los ánimos eran malos, la doctrina no era tan mala que por entonces fuese dañoso el seguirla. Adonde considerando yo que lo más dañoso que hay en nuestros escribas y Fariseos es la doctrina, entiendo que son aun más perniciosos los nuestros que eran aquellos. Y cuanto á la causa, me remito á lo que he dicho en una respuesta.

Y si parecerá á alguno que es contrario esto á lo que ha dicho Cristo en el cap. 16, avisando á sus discípulos que se guardasen de la doctrina de los escribas y Saduceos, le diré que, segun yo entiendo, aquí hablaba Cristo de la doctrina que consistía en hacer, que pertenecía al cumplimiento de la ley y de las constituciones humanas, y allí hablaba de la doctrina que consiste en creer, en aceptar á Cristo por el Mesía prometido en la ley, la cual aceptación era impedida con la doctrina de aquellos que se habían soñado un Mesía profano y mundano, y forzaban las santas escrituras á que dijese lo que ellos se habían soñado.

Desde aquello «y todas sus obras las hacen» etc., es otra cosa digna de consideración, porque, poniendo Cristo las calidades de aquellos escribas y Fariseos, nos abre á nosotros los ojos, para que tengamos por escribas y Fariseos á todos aquellos en los cuales veremos estas calidades.

La primera el holgar que sus obras, que ellos tienen por buenas y que el vulgo persuadido por ellos tiene por buenas, sean vistas de los hombres para que los precien y estimen por ellas.

La segunda el mostrar santidad con señales exteriores, como hacían los Fariseos y escribas con sus filaterías, adonde traían escritas algunas sentencias de la Biblia ó los mandamientos del decálogo, y con sus fimbrias que ataban en cuatro partes de sus vestiduras por mostrar aspereza de vida.

La tercera el ser ambiciosos, queriendo tener el primer lugar en todos los lugares públicos adonde estaban, como era en aquel tiempo en los convites y en las sinagogas.

Y la cuarta el ser vanos y vacantes, queriendo ser salvados y reverenciados en público y llamados maestros, como hacian los escribas y Fariseos, los cuales se hacian llamar con aquel nombre rabí que significa maestro, pero, siendo derivado de un vocablo que significa mucho, quiere decir maestro de muchas ciencias.

Desde aquello: «y vosotros no os hagais llamar» etc., es otra cosa digna de consideracion para entender algunas cosas del deber del hombre cristiano. La primera, que el cristiano por ninguna manera se ha de preciar de ser llamado con nombre que signifique grandeza ni autoridad como era el rabí y es ahora el maestro.

La segunda, que no ha de conocer por maestro sino á Cristo, y á Cristo conocen por maestro los que, teniendo del espíritu de Cristo, comienzan á sentir en sí mismos el cumplimiento de la profecía de Jeremías. Estos, aunque llaman maestros á algunos, llámanselo con las bocas por cumplir con ellos y por una cierta usanza, pero no con los corazones, no porque ellos los reconozcan por maestros, conociendo que tanto saben y entienden de las cosas espirituales y divinas cuanto sienten y experimentan dentro de sí, al cual sentimiento y á la cual experiencia tienen ellos por enseñanza, no dejando sin embargo de estimar á los que esteriormente con don de apostolado ó doctrina los encaminan y guian al sentimiento y á la experiencia interior; pero estos no se precian de ser llamados maestros ni son llamados maestros de los que los conocen. Y no es contrario á esto que San Pablo se llamase doctor de las gentes ó de los gentiles, siendo así que se llamaba doctor porque, teniendo don de doctrina con el don de apostolado, enseñaba á los de la gentilidad el vivir cristiano.

La tercera cosa del deber del hombre cristiano es que ha de tener por hermanos á todos los que tienen del espíritu de Cristo, queriendo ser tenidos de cada uno de ellos por hermano; y en la hermandad hay igualdad con poca diferencia de hermano mayor á hermano menor.

La cuarta, que no ha de conocer por padre sino á Dios, y á Dios conocen por padre los que, siendo regenerados por el espíritu santo, espíritu cristiano, se conocen renovados en sus costumbres, comenzando á dejar y á aborrecer las costumbres profanas y comenzando á tomar y á amar las costumbres cristianas. Estos conocen á Dios por padre, porque se conocen hijos de Dios, regidos y gobernados por el espíritu de Dios y, aunque llaman padres á algunos, llámanselo con las bocas por cumplir con ellos y por usanza, pero no con los corazones, no porque ellos conozcan de ellos el ser que tienen segun el espíritu, conociéndolo solamente de Dios por Cristo.

Y no es contrario á esto lo que dice San Pablo, mostrando que le eran hijos los que por medio de su predicacion traia Dios á la obediencia de la fé, á la aceptacion del evangelio, porque su intento no es ambicioso de querer ser estimado y respetado como padre, sino solamente de querer ser creido en lo que toca á la doctrina del vivir cristiano, y es una

manera de decir como si dijese: pues yo os he traído al evangelio, seguid la doctrina del vivir cristiano que yo os enseño, y no os apartéis de ella.

La quinta cosa del deber del hombre cristiano que se entiende aquí es que la superioridad cristiana consiste en servir á los que son cristianos, de manera que aquel cristiano es mayor entre los cristianos que más los sirve, no solamente en las cosas interiores y espirituales, pero tambien en las exteriores y corporales, abajándose á cualquier oficio vil por servicio de cualquiera persona cristiana, conociendo en ella á Cristo, al espíritu de Cristo.

Y concluyendo Cristo estas sus amonestaciones, diciendo: «y cualquiera que se ensalzará» etc., muestra que su intento en todas ellas ha sido exhortarnos á la humildad, á que nos despreciemos y abajemos, haciendo todo el contrario de lo que hacian los escribas y Fariseos, de manera que con la humildad mostremos la diferencia que hay entre los santos del mundo y los santos de Dios, y entiende Cristo que Dios humillará y abatirá por tierra al que á ejemplo de los Fariseos se ensalzará, y que ensalzará al que á ejemplo suyo de él se humillará, y echará por tierra, despreciando y aniquilándose á sí y holgando de ser despreciado y aniquilado de los hombres hasta perder aquella vana arrogancia que por la depravacion natural es anexa á todos los hombres, para el cual efecto la más propia medicina es considerar la humildad de Cristo, el cual «cum in forma Dei esset, non rapinam arbitratus est etc., sed semetipsum exinanivit» etc., Filip. II.

Y ¡guai de vosotros escribas y Fariseos hipócritas! que cerrais el reino de los cielos delante de los hombres y vosotros ciertamente no entráis ni dejáis entrar á los que entran. ¡Guai de vosotros escribas y Fariseos hipócritas! que os tragais las casas de las viudas y con achaque de que orais mucho; por esto tomareis más abundante condenacion. ¡Guai de vosotros escribas y Fariseos hipócritas! que rodeais la mar y la tierra por hacer un tornadizo, y despues de hecho lo haceis hijo del infierno doblado que vosotros. ¡Guai de vosotros guías ciegas! los que decís: el que jurará por el templo, no es nada, pero el que jurará por el oro del templo, es deudor. Locos y ciegos ¿cuál es mayor el oro ó el templo que santifica al oro? Y: el que jurará por el altar, no es nada, pero el que jurará por el don que está sobre él, es deudor. Locos y ciegos ¿cuál es mayor: el don ó el altar que santifica al don? Pues el que jura por el altar, jura por él y por todo lo que está sobre él; y el que jura por el templo, jura por él y por el que mora en él; y el que jura por el cielo, jura por el trono de Dios y por el que está asentado sobre él. ¡Guai de vosotros escribas y Fariseos hipócritas! que diezmais la hierba buena y el eneldo y el comino y dejais lo que es más grave de la ley: el juicio, la misericordia y la fé. Esto convenia hacer y no dejar aquello. Guías ciegas que colais el mosquito y os tragais el camello. ¡Guai de vosotros escribas y Fariseos hipócritas! que alimpiais lo de fuera del vaso y del plato, pero dentro están llenos de robo y de suciedad. Fariseo ciego, alimpia primero lo de dentro del vaso y del plato para que sea tambien limpio lo de fuera de ellos. ¡Guai de vosotros escribas y Fariseos hipócritas! que sois semejantes á los sepulcros blanqueados, los cuales parecen bien por de fuera hermosos, pero dentro están llenos de huesos de muertos y de toda suciedad; así tambien vosotros por de fuera pareis bien á los hombres justos, pero dentro estais llenos de hipocresía y de iniquidad. ¡Guai de vosotros escribas y Fariseos hipócritas! que edificais

los sepulcros de los profetas y adornais las memorias de los justos y decís: si estuviéramos en los días de nuestros padres, no participáramos con ellos en la sangre de los profetas. De manera que vosotros mismos os sois testimonio que sois hijos de los que mataron á los profetas, y vosotros cumplid la medida de vuestros padres. Serpientes, generacion de víboras ¿cómo huireis de la condenacion del infierno?

Dos cosas son dignas de consideracion en estas palabras. La primera que, siendo Cristo la misma mansedumbre, benignidad y misericordia con todo el pueblo segun que lo hemos visto en lo pasado, era áspero, riguroso y reprehensible contra los escribas y Fariseos, porque tenian la cumbre de la santidad, hacian el último de potencia por ser tenidos y estimados santos, siendo; impíos, inícuos y perversos. Adonde aprendemos nosotros que no hay cosa más aborrecible á Dios que es la hipocresía, la santidad exterior de los que se tienen y huelgan de ser tenidos por santos en el mundo, encubriendo sus bellaquerías y publicando sus falsas bondades. Y aprendemos más que contra estos nos hemos de oponer por gloria de Dios, siempre que veremos que son perjudiciales en el pueblo de Dios, en la iglesia de Dios y entre los escogidos de Dios, descubriendo sus hipocresías y sus ruindades á fin que no les sea dado crédito en sus falsas doctrinas, mirando sin embargo por nosotros que no nos apasionemos, que no dejemos que la carne se cebe en la tal obra, porque esto seria apartarnos del deber y del decoro cristiano.

Con este intento entiendo que Cristo dijo todo esto contra los escribas y Fariseos, y con el mismo entiendo que San Pablo llamaba perros y malos obreros á los falsos apóstoles. Adonde añadiré esto: que, así como no tendré por malo que uno, imitando á Cristo y á San Pablo, descubra la falsa doctrina y la maldad de los que, siendo santos del mundo, hacen profesion de ser santos de Dios, porque creeré que lo que dice lo dice por celo del evangelio de Cristo y de Dios, libre de pasion humana, así tampoco tendré por malo que otro, aunque vea y conozca la falsa doctrina y la maldad de los santos del mundo, disimule y calle, porque creeré que no le basta el ánimo á hablar, conociéndose tan flaco que no podria hablar sin apasionarse, sin poner del suyo.

La segunda cosa que hay que considerar en estas palabras, es ocho calidades que concurren en los que son santos del mundo, cuales eran los escribas y Fariseos.

La primera calidad es ser contrarios al vivir cristiano y espiritual, interpretando las santas escrituras á su modo, segun sus opiniones y no segun lo que pretendieron los que las escribieron. Esto entiendo que es cerrar el reino de los cielos delante de los hombres, de la cual cosa se sigue siempre que no entran en el reino de los cielos, en la iglesia cristiana y espiritual los tales intérpretes, ni dejan entrar á los que entran, impidiéndoles y estorbándoles la entrada por todas las vías y maneras para ello posibles, de manera que, diciendo: «ni dejais entrar á los que entran,» entienda que, cuanto á ellos, no entraria ninguno de los que entran, porque hacen el último de potencia por no dejarles entrar.

La segunda calidad de los santos del mundo es engañar á las viudas y personas devotas, pero símplies, comiéndoles sus haciendas con darles á entender que ruegan mucho á Dios por ellas; los que son tales, dice Cristo que llevarán ó tomarán «más abundante condenacion,» cargando el mal que hacen á las viudas sobre el mal que se hacen á sí mismos, siendo malignos y perversos.

La tercera calidad de los santos del mundo es procurar y beber, como dicen, los vientos por traer á uno á su religion ó profesion, como seria decir: hacer cristiano aparente á un judío, moro ó turco, y despues hacerlo mas diabólico é infernal que son ellos, en cuanto el tal, desengañado y librado de su religion y no tomando la cristiana, que es toda espiritual é interior, queda impiísimo. Y aquí entiendo con cuanto miramiento deben andar los hombres cuando apartan á uno de una religion por traerlo á otra, ó del vivir supersticioso por traerlo al vivir espiritual.

La cuarta calidad de los santos del mundo es la avaricia solapada, cual era la de los escribas y Fariseos, los cuales hacian grave el jurar por el oro del templo y por el don ó la ofrenda del altar porque el que juraba pagase oro y diese ofrenda, y no hacian grave el jurar por el templo ni por el altar porque el que juraba no podia ser condenado á pagar templo ni altar, no siendo lícito hacer otro templo ni otro altar, y no consideraban lo que dice Cristo que es mayor el templo que el oro y el altar que el don, pues es así que el oro era santo porque estaba en el templo, y el don era santo porque estaba en el altar. Esto pertenecia para aquellos tiempos. Y diciendo santo, entiendo: dedicado á Dios.

Tambien podria ser que en estas palabras tachase Cristo á los escribas y Fariseos de la ceguedad en la inteligencia de la ley, y así seria la cuarta calidad de los santos del mundo la ceguedad en la inteligencia de la santa escritura. Cuanto al jurar, me remito á lo que he dicho sobre el cap. 5.

La quinta calidad de los santos del mundo es que son escrupulosos en las cosas de poca importancia. Tales dice Cristo que eran los escribas y Fariseos que ponian gran diligencia en el diezmar las hierbezuelas y las legumbres y así otras cosas de poca importancia no teniendo cuenta con las cosas que eran el fundamento de la ley, como son: el juicio, juzgando justa é igualmente á todos; la misericordia, apiadando á las personas miserables, mezquinas y afligidas; y la fé, dando crédito á las palabras de Dios, confiándose en sus prometimientos y dependiendo en todo y por todo de Dios.

En tiempo del evangelio cumplimos estas tres cosas aplicándonos á ser rectos é iguales en el juzgar entre nuestros prójimos y hermanos, y á ser piadosos con ellos, y á creer que, castigando Dios en Cristo nuestros pecados, nos ha perdonado y nos tiene ya por justos, por resucitados y glorificados; y es cosa cierto admirable que entre los cristianos apénas haya quien se confiese de lo que falta en esta fé cristiana. Añadiendo Cristo: «esto convenia hacer» etc., mitigó la calumnia que le podian dar diciendo que enseñaba que no fuesen pagados los diezmos; en efecto se ve que tuvo Cristo intento á que no se le pudiese decir que era en cosa ninguna contrario á lo que mandaba la ley. Al escrupulear las cosas de poca importancia y dejar pasar las cosas de mucha importancia llama Cristo colar el mosquito y tragar el camello.

La sexta calidad de los santos del mundo es ser muy supersticiosos en la santidad exterior y aparente, y ser muy licenciosos en la interior y existente, haciendo como los que lavan el vaso ó el plato por de fuera y lo dejan sucio en lo de dentro á donde es más necesaria la limpieza, porque la suciedad exterior no ensucia lo que se bebe ó lo que se come, si bien ofende á los ojos y á las manos del que bebe ó come, y la suciedad interior

ensucia á lo uno y ofende á lo otro. Añadiendo Cristo: «Fariseo ciego, limpia primero» etc., nos enseña que debemos atender primero á componer y adornar el hombre interior, porque, alimpiado este, es fácil cosa componer el exterior, ántes él se compone de suyo, y, cuando el exterior es compuesto primero, el interior queda más descompuesto, porque el hombre se mira de fuera y, hallándose justo y santo, no cura de lo de dentro. Aquí cuadra bien la comparacion de la sarna ó roña que me acuerdo haber escrito.

La séptima calidad de los santos del mundo es el ser semejantes á las sepulturas ó á los sepulcros muy adornados en lo de fuera y muy hediondos en lo de dentro; el ornamento exterior consiste en todas aquellas cosas que tienen apariencia de santidad, y la hediondez interior consiste en la infidelidad, en el amor propio, en la malicia y malignidad, que son siempre anexas á los que son santos del mundo.

La octava calidad de los que son santos del mundo es honrar, preciar y estimar á los que han sido santos de Dios, y deshonorar, despreciar, perseguir y matar á los que son santos de Dios; y es así que, no pudiendo negar la santidad de los pasados, por lo que se ha visto en ellos, los honran, los precian y los estiman, como hacian los escribas y Fariseos con los profetas y con las otras personas justas, edificándoles sepulcros y memorias ó monumentos, y es tambien así que, no pudiendo sufrir la santidad de los presentes, porque con ella es condenada la suya de ellos que es falsa y fingida, los deshonoran, desprecian, persiguen y matan, como hacian los escribas y Fariseos con Cristo é hicieron despues con los cristianos que son santos de Dios.

De manera que no reprehende aquí Cristo á los escribas y Fariseos por lo que hacian con los profetas y con los justos que sus padres habian matado, sino porque, perseverando ellos en ser tales como sus padres, hacian lo que hicieron ellos, si bien afirmaban el contrario, como si dijera Cristo: ¿de qué sirve condenar lo que hacian vuestros padres? pues, siendo vosotros tales como ellos, haceis y hareis como hicieron ellos. Y añadiendo: «y vosotros cumplid» etc., entiende: pues sois tales como vuestros padres, desenmascarais y haced como ellos hicieron. Y considerando Cristo el castigo que habia de cargar sobre ellos, añadió: «serpientes» etc., entendiendo: vosotros hareis como vuestros padres y sereis castigados como ellos en el fuego del infierno.

Estas ocho calidades que concurren en los santos del mundo, las deben bien considerar los que son santos de Dios, para guardarse de sus doctrinas y de sus conversaciones, y santos de Dios son aquellos que están aplicados á las ocho beatitúdes que pone Cristo en el cap. 5, las cuales son como ocho calidades de los que son santos de Dios.

Por tanto catad que yo os envio profetas y sabios y escribas, y de ellos matareis y crucificareis y de ellos azotareis en vuestras sinagogas y perseguireis de ciudad en ciudad, á fin que venga sobre vosotros toda sangre justa derramada sobre la tierra desde la sangre de Abel el justo hasta la sangre de Zacarías hijo de Barachías al cual matasteis entre el templo y el altar. Dígoos de verdad: vendrá todo esto sobre esta generacion. ¡Jerusalem, Jerusalem!, que matas á los profetas y apedreas á los que te son enviados, cuántas veces he querido recoger á tus hijos de la manera que la gallina recoge á sus pollos debajo las alas, y no

habeis querido! Hé aquí, es dejada vuestra casa desierta. Porque os digo: no me vereis de aquí adelante hasta que digais: Bendito el que viene en nombre del Señor.

Habiendo Cristo puesto las ocho calidades que concurrían en los escribas y Fariseos, las cuales concurren á la letra en todos los santos del mundo, en cuanto tambien ellos son escribas y Fariseos, viene á amenazar terriblemente á toda la nacion hebrea, entendida por los escribas y Fariseos y por Jerusalem, diciendo: «por tanto catad que yo os envio» etc. Adonde pareciéndome que no cuadran bien estas palabras que Cristo las diga de sí que él enviaba profetas etc., si bien él las pudiera decir de sí, me remito á San Lúcas, el cual, diciendo: «por tanto y la sabiduría de Dios dijo» etc., declara que estas palabras no las dijo Cristo en su nombre sino en nombre de la sabiduría de Dios, y esto pertenece á la humildad de Cristo que, pudiéndolas decir en su nombre, siendo él la sabiduría de Dios, porque no le convenian en el hábito en que estaba, las dijo en nombre de la sabiduría de Dios, quiero decir que, aunque las dijo él de sí, quiso atribuir las no á sí sino á la sabiduría de Dios que hablaba en él, porque sus palabras fuesen más estimadas de los que las oían, ántes pienso que era esta una manera de hablar de la lengua hebrea, porque está una semejante al principio del libro del Eclesiaste, adonde dice: «Vanidad de vanidades y todo vanidad, dijo la predicadora,» y entienden los hebreos que Salomon atribua sus palabras á la sabiduría de Dios, á la cual llama concionadora ó predicadora.

De manera que entendamos que, diciendo Cristo: «por tanto catad que yo os envio» etc., entiende: y pues sois tales, os quiero decir lo que la sabiduría de Dios tiene determinado de vosotros, esto es que, pues os ha enviado, envía y enviará profetas, sabios y escribas ó letrados que os pongan por el camino de la verdad, y vosotros no solamente no los habeis querido escuchar, pero los habeis tratado con toda crueldad, matándolos, crucificándolos y persiguiéndolos, que caiga sobre vosotros el castigo de Dios que merecen estas vuestras maldades y bellaquerías, de manera que sea castigada en vosotros toda la sangre de hombres justos que ha sido derramada sobre la tierra desde el principio del mundo hasta la hora de ahora. Así entiendo estas palabras.

Sobre quién era este Zacarías hijo de Barachía hay diversas opiniones, yo tanto pienso que fuese alguno que en tiempo de Cristo fué matado y aún despues de ser muerto San Juan. Y añadiendo Cristo «dígoos de verdad» etc., mostró claramente que entendió de la destruccion de Jerusalem que segun dicen fué setenta y cinco años despues del nacimiento de nuestro Señor Jesu-Cristo, y esto se confirma más por la exclamacion contra Jerusalem que añade diciendo: «¡Jerusalem, Jerusalem» etc. Adonde se han de entender dos cosas, la una, que debajo del nombre de Jerusalem entendía Cristo á toda la nacion hebrea, y la otra, que hablaba de lo que habia sido y habia de ser.

Por aquello: «¡cuántas veces he querido» etc., parece que los hombres pueden hacer resistencia á la voluntad de Dios, de manera que no pueda Dios hacer de los hombres lo que quiere, adonde juntando esto con lo que dice Cristo: «nemo potest venire ad me nisi pater, qui misit me, traxerit eum» Juan 6, pienso si se podria decir que somos todos los hombres tan ajenos de querer lo que Dios quiere de sujetarnos á su voluntad, que no nos puede reducir miéntras usa de la potestad ordinaria, como parece que usaba con Jerusalem, pues no podia salir con su intento, y que nos reduce usando de la potestad absoluta, á la cual, como dice muchas veces la santa escritura, ninguno puede hacer resistencia, y de la cual

usa Dios con todos cuantos trae á Cristo, trayéndolos por fuerza á Cristo, no rigurosa sino amorosa, dulce y sabrosa.

Yo tanto puedo bien afirmar esto de mí, y de tal manera fuí como violentado á venir á Cristo que soy cierto que, aunque quisiera resistir, no pudiera; y pensando esto mismo de cada uno de los que están incorporados en Cristo, pienso que usa Dios con ellos de la potestad absoluta, forzándolos y violentándolos para que dejen el reino del mundo y entren en el reino de Dios, dejen la imágen de Adam y tomen la imágen de Cristo, aceptando la gracia del evangelio. Cuanto á la manera como entiendo que Dios nos fuerza y nos violenta, me remito á lo que he dicho en una consideracion.

Tambien se puede decir aquí lo que algunos entienden, poniendo dos voluntades en Dios y llamando á la una «voluntas signi,» y la otra «voluntas beneplaciti.» De manera que entienda Cristo que Dios habia hecho con Jerusalem muchas demostraciones de quererla reducir y allegar á sí, y que ella no habia querido, porque á esta voluntad de Dios, mostrada por señales y amonestaciones exteriores, cuales fueron las de Jerusalem, á la cual fueron enviados profetas, sábios y escribas, pueden los hombres hacer resistencia, no pudiéndola hacer á la voluntad de Dios que es con deliberacion y determinacion, porque así lo quiere y le place.

Segun esta distincion se puede entender que, siempre que la santa escritura dice que los hombres hacen resistencia á la voluntad de Dios, entiende á la que es llamada «voluntas signi,» y que, siempre que dice que los hombres no pueden hacer resistencia á la voluntad de Dios, porque él hace todo lo que quiero, entiende á la que es llamada «voluntas beneplaciti.»

Buena es esta inteligencia, pero á mí más me place y más me edifica la primera, y téngola por más cierta, tanto por la experiencia que tengo de ella, quanto porque con ella es más descubierta la depravacion de esta nuestra natura depravada, y es más ilustrada la gloria de Dios, su bondad y su liberalidad, pues es así que, viendo que los hombres resisten á su potencia ordinaria, usa de la potencia absoluta cuando quiere y con los que quiere, dándoles conocimiento de su bondad y misericordia, poniéndoles delante de los ojos á Cristo y mostrándoles la felicidad de la vida eterna, y así con una violencia amorosa y sabrosa los reduce á que hagan su voluntad.

Diciendo Cristo: «hé aquí, os es dejada» etc., entiende: y pues no habeis querido lo que la sabiduría de Dios, el mismo Dios, ha querido, habiéndole hecho resistencia, sabed cierto que la sabiduría de Dios, el mismo Dios, se apartará de vosotros y os dejará que vais tras vuestras fantasías. Aquello: «porque os digo: no me vereis» etc., está obscuro, si entendemos que son todas palabras dichas en nombre de la sabiduría de Dios; entenderemos que quiere decir que aquellas gentes no serian capaces de la sabiduría de Dios si no conocian á Cristo, y, aunque entendamos que son dichas en nombre del mismo Cristo, puede estar esta sentencia que diga Cristo: pues yo os certifico que no me vereis más si primero no me conoceis para poder con gozo alabar mi venida en el mundo, siendo como soy enviado por Dios, diciendo: «bendito el que viene» etc., de manera que aquello: «hasta que digais» valga tanto como si dijese: si primero no decís.

En la inteligencia de estas palabras no quedo bien satisfecho. Aquí podría reclamar la prudencia humana, diciendo: que hizo Dios agravio á los moradores de Jerusalem, castigando en ellos la sangre que habian derramado sus antepasados y no ellos, á la cual se ha de responder que usó bien Dios de misericordia con los antepasados de aquellos, no castigando de mano en mano en ellos la sangre que iban derramando, y que no usó de injusticia, castigándola toda en aquellos, tanto porque, aunque se dice así, no fué mayor el castigo que la propia maldad merecia, cuanto porque somos criaturas suyas y puede hacer de nosotros á su voluntad sin poder ser jamás argüido de injusticia.

Y aquí se puede notar cuánto son diferentes los juicios de Dios de los juicios de los hombres, y la justicia de Dios de la justicia de los hombres, la cual cosa deberia ser bastante á mortificar y á matar toda cuanta prudencia y sabiduría humana puede haber, en cuanto toca á querer juzgar las obras de Dios, poniéndose á cuenta con él, porque castigó á estos y no á los otros, porque fuerza con su potestad absoluta á unos y no á otros, en la cual cosa más que en otra ninguna muestran los hombres su arrogancia y su impiedad, y por tanto estos exámenes no están jamás en personas incorporadas por fé en Cristo, las cuales son humildes y tienen piedad, y por tanto aprueban todas las obras de Dios por santas, justas y buenas, adorando lo que no entienden.

Capítulo XXIV

Y saliendo Jesus se partia del templo, y allegáronse sus discípulos á mostrarle los edificios del templo, y Jesus les dijo: ¿No veis todo esto? Dígoos de verdad: no quedará aquí piedra sobre piedra que no sea destruida. Y asentado él en el monte de las Olivas, allegáronse á él los discípulos aparte, diciendo: Dínos, ¿cuándo será esto y cuál es la señal de tu venida y de la fin del mundo? Y respondiendo Jesus les dijo: Mirad, no os engañe ninguno, porque muchos vendrán en mi nombre, diciendo: Yo soy Cristo, y engañarán á muchos. Y oireis guerras y sonidos de guerras; advertid, no os perturbeis, porque conviene que todo sea hecho así. Pero aún no es la fin, porque se levantará gente contra gente y reino contra reino, y habrá pestilencias y hambres y terremotos por los lugares; todo esto es principio de dolores. Entónces os entregarán á la afliccion y os matarán, y sereis aborrecidos de todas las gentes por mi nombre, y entonces se escandalizarán muchos y se entregarán unos á otros y se aborrecerán unos á otros, y levantaránse muchos falsos profetas y engañarán á muchos; y por el abundar la iniquidad se resfriará la caridad de muchos, y el que perseverará hasta el fin, este se salvará. Y será predicado este evangelio del reino en todo el mundo por testimonio á todas las gentes. Y entónces vendrá el fin.

En la inteligencia de este capítulo hallo más dificultad que en ninguno otro de todo el testamento nuevo; yo diré lo que al presente alcanzo á entender: remitiéndome á mejor y más cierta inteligencia. Cuanto á lo primero, entiendo que los discípulos mostraron á Cristo el edificio del templo por una cosa suntuosísima, y que, tomando Cristo ocasion de aquello, les profetizó la destruccion del templo, diciendo, «no quedará aquí piedra» etc., denotando que la destruccion seria en todo extremo terrible.

Y entiendo que, habiendo los discípulos sentido esta profecía, desearon saber el propio tiempo en que habia de ser cumplida, y que, imaginándose que el cumplimiento de aquella profecía habia de ser en el segundo advenimiento de Cristo en la fin del mundo, se llegaron á Cristo á preguntarle de todas dos cosas, de la destruccion de Jerusalem y de su venida al juicio en la fin del mundo.

Y entiendo que Cristo les respondió á todas dos cosas, mezclando la una con la otra de tal manera que los discípulos podian confirmarse en su pensamiento que todas dos cosas habian de ser en un mismo tiempo.

La causa porque Cristo respondió de esta manera, yo no la sé; pienso bien que de esta respuesta tomaron principal ocasion los discípulos de pensar que la fin del mundo habia de ser en su tiempo, como he notado en San Pablo, ántes por San Pedro parece que algunos cristianos de la primitiva iglesia comenzaban á vacilar en la fé, viendo que Cristo tardaba en su venida, y puede ser que respondiese Cristo así confusamente á los discípulos por tenernos siempre en esperanza de su venida.

La cual esperanza hace estos dos efectos en los que están en ella: el uno es que los tiene alegres y contentos espiritualmente, y el otro es que en gran manera mortifica en los que esperan todos los deseos y deseos de carne y de mundo y, conociendo yo por experiencia la divina eficacia de este esperar á Cristo, tengo por cierto que esta esperanza sea aquella divina virtud puesta entre la fé y la caridad.

Cuanto á la respuesta de Cristo entiendo que todas estas palabras que he traducido pertenecen á todo el tiempo de la manifestacion del evangelio, comenzando desde la venida del espíritu santo hasta el propio dia del juicio, en el cual tiempo, así como son anexas á los discípulos de Cristo todas estas cosas que aquí nos profetizó Cristo, así nos son necesarios todos estos avisos que aquí nos da Cristo.

Y en todas estas palabras entiendo que pretende Cristo avisarnos que ni estemos descuidados de su venida ni tampoco nos creamos de ligero en ella, por los inconvenientes que de cualquiera de estas dos cosas nos podrian entrevenir, en cuanto del descuidarnos podria resultar el hacernos licenciosos, y del creernos de ligero podria resultar el apartarnos de Cristo, pensando que nos llegamos á Cristo, tomando al Anticristo por Cristo.

Y así dice: «mirad, no os engañe ninguno» etc. Y lo que se sigue: «porque muchos vendrán» etc., entiendo que de mano en mano se va cumpliendo y que será colmado al último tiempo. Y aquello: «oireis guerras» etc., entiendo que pertenece á advertirnos que, si bien veremos y oiremos decir que todo el mundo se enciende en guerra, que no pensemos que ha de perecer por guerra, porque, si bien las guerras serán como preludios ó escaramuzas de la fin del mundo, no serán ellas las que lo acabarán.

Añadiendo Cristo: «porque se levantarán» etc., satisface á lo que ha dicho: «oiréis guerras.» á las cuales ayunta las pestilencias y la hambre que son siempre anexas á las guerras, y ayunta los terremotos que atemorizan y amedrentan á los hombres. Diciendo: «todo esto es principio de dolores,» entiende que estos males que habian y han de venir de

tiempo en tiempo, en el mundo ántes de la fin del mundo, no serán el mal de los males á los hombres del mundo sino el principio de los males, siendo el fin el dia del juicio, dia de supremo dolor para los hombres del mundo y de sumo gozo para los hijos de Dios.

Añadiendo Cristo: «entónces os entregarán» etc., parece que entiende que en todos estos tiempos crecerá sobre manera el ódio que los hombres del mundo concebirán contra los hijos de Dios, santos de Dios, como adivinando que desean que el mundo perezca, y por tanto los perseguirán y matarán cruelísimamente.

Y esta persecucion entiendo que será sin ninguna comparacion más terrible y más cruel en el tiempo vecino al juicio que la que padecieron los cristianos en la primitiva iglesia y que de mano en mano habrán padecido hasta entónces, consistiendo la mayor terribilidad en esto, que los que tendrán nombre de cristianos, pretendiendo religion y santidad cristiana, perseguirán á los que confesarán la fé cristiana y vivirán como cristianos, imitando á Cristo; y así vendrá á ser mayor la gloria de la iglesia cristiana en su fin que en su principio.

Por aquello: «y entónces se escandalizarán muchos» me confirmo en que toda esta persecucion vendrá de los falsos cristianos á los verdaderos cristianos, muchos de los cuales se escandalizarán, se ofenderán, viendo que permite Dios que sean tratados de aquella manera de los que se llamarán cristianos.

Lo mismo es: «se entregarán» que: se venderán; los falsos cristianos venderán á los verdaderos y los aborrecerán, y verdaderamente se me representa en esta última persecucion de la iglesia una tanta confusion y un escándalo tan general en las personas no bien fundadas y fortificadas en la fé cristiana, habiéndola confirmado con propia experiencia del vivir cristiano, que apénas oso pensar en ella, ántes no me basta el ánimo por mi flaqueza y poquedad, mayormente cuando ayunto lo que añade Cristo: «y levantaránse muchos falsos profetas» etc., porque se me representa que tras estos irán los falsos cristianos, y que los unos y los otros, pretendiendo hacer servicio á Dios y á Cristo, darán tras los verdaderos cristianos, no pudiendo sufrir ni comportar que no sigan lo que ellos y vivan como ellos.

Profetas llama á los que pretenderán predicar el evangelio y entender las santas escrituras. Aquello: «y por el abundar» entiendo que está dicho al trocado segun el hablar de la lengua hebrea; quiero decir que, entendiendo Cristo que de resfriarse la caridad en muchos resulta que abunda la iniquidad, dice que de abundar la iniquidad resulta el resfriarse la caridad.

Esto lo entiendo así, entendiendo que habla aquí Cristo de los malos cristianos, la depravacion de los cuales entiendo que comienza en que se descuidan de la fé cristiana, de donde resulta el resfriarse en la caridad cristiana, del cual resfriamiento resulta la depravacion en las costumbres cristianas y así la malicia y malignidad en los ánimos; y es esto así siempre, que, atendiendo nosotros á tener siempre viva en nuestros ánimos nuestra fé cristiana, crecemos en caridad cristiana y en costumbres cristianas, y, descuidándonos nosotros de nuestra fé cristiana, nos resfriamos en la caridad cristiana y así perdemos las costumbres cristianas.

De esto he hablado en dos respuestas. Y aunque me parece buena esta interpretacion, tengo por mejor decir que entiende Cristo que del abundar la iniquidad, malignidad y perversidad en los hombres del mundo, resultará el resfriarse en la caridad muchos santos de Dios, atemorizados por la furia con que serán perseguidos de los hombres del mundo.

Añadiendo Cristo: «y el que perseverará» etc., entiende que se salvarán, que alcanzarán vida eterna los que no se apartarán de la fé cristiana y caridad cristiana ni por las persecuciones de los falsos profetas ni por las persecuciones de los falsos cristianos.

Y concluyendo Cristo esta su amonestacion que pertenece hasta el dia del juicio, añade: «y será predicado este evangelio» etc., entendiendo que, ántes que venga la fin del mundo, ha de ser predicado por todo el mundo el evangelio, la buena nueva de la remision de pecados y reconciliacion con Dios, que es intimada generalmente á todos los hombres á fin que no haya ninguno que se pueda quejar sino de sí mismo.

Adonde entiendo que, porque los hombres podrian alegar en su defension su fragilidad, el ser concebidos y nacidos en pecado conforme á aquello: «ecce enim in iniquitatibus conceptus sum» etc., el evangelio les quita esta desculpa, en cuanto, ofreciéndoles él la remision de los pecados y no queriendo ellos aceptarla, no les quede desculpa ninguna, y de esta manera el evangelio será testimonio á todas las gentes porque les mostrará su infidelidad, impiedad y malignidad.

Aquí queda este escrúpulo: ¿cómo podrá el evangelio ser testimonio á aquellas gentes que serán muertas sin haber tenido ninguna noticia de él como será decir á los indios que murieron ántes que oyesen nombrar á Cristo, y aún á muchas gentes que mueren ántes que les sea propuesta la verdad cristiana, la remision de pecados y reconciliacion con Dios de que gozan los que la creen, en lo cual consiste el evangelio? Pero aquí es necesario que cautive el hombre su entendimiento y que, confesando su ignorancia, adore lo que no entiende, certificándose por las palabras de Cristo que, luego que el evangelio será predicado por todo el mundo, vendrá la fin del mundo.

Pues cuando vereis la abominacion de la destruccion., la dicha por Daniel, profeta, estar en lugar santo ¡el que lee entienda! entónces los que estarán en Judéa, huyan á los montes, y el que en el tejado, no baje á tomar nada de su casa, y el que en el campo, no torne á tomar sus vestiduras, y ¡guai de las preñadas y de las que darán la teta en aquellos dias! Orad, pues, para que vuestra huida no sea en invierno ni en sábado, porque habrá entónces grande afliccion cual no ha sido desde el principio del mundo hasta ahora ni será. Y si aquellos dias no fuesen acortados, no sería salva toda carne, pero por los escogidos serán abreviados aquellos días.

Estas palabras parece que pertenecen á la primera pregunta que hicieron los discípulos, acerca de la destruccion de Jerusalem, y así parece que en lo que dice de la abominacion de la destruccion ó abominacion destruidora, tomándolo de Daniel, alude á la estatua de Adriano que dicen que estuvo en el templo de Jerusalem, algunos años. Y parece que, porque las palabras de Daniel están obscuras, añadió Cristo: «el que lee entienda;» yo tanto

no las entiendo, como tampoco entiendo en qué manera la estatua de Adriano puesta en el templo de Jerusalem, habia de ser señal de su ruina que ya era pasada. Entiendo bien que, queriendo Cristo exprimir una terrible y espantosa ruina y persecucion, pone aquellas cosas que acontecen cuando una ciudad es entrada por fuerza y es puesta á cuchillo, en cuanto los moradores de ella, habiendo perdido la esperanza de salvar las haciendas, atiendan solamente á salvar las vidas, huyendo á los montes, escondiéndose en lo alto de sus casas y no curando ni aún de tomar sus vestidos, y en cuanto están á mal partido las mujeres preñadas porque no pueden huir, y las que dan la teta porque no les basta el ánimo dejar sus niños.

Y queriendo Cristo exprimir aun mejor la furia de la persecucion, añade: «rogad, pues, que vuestra huida» etc., acomodándose al tiempo en que hablaba, en el cual no era lícito caminar en sábadó más que cierto número de pasos, ántes pienso que era un comun hablar como sería decir: guárdeos Dios de venir en necesidad de huir en invierno que hay malos caminos, y en sábadó que no es lícito caminar. Y poniendo la causa de estas amonestaciones, dice: «porque habrá entónces grande afliccion» etc.; y añadiendo: «y si aquellos dias» etc., puede entender que, si Dios no atajase la afliccion de aquel tiempo, no consintiendo que la persecucion pasase adelante, no quedaría vivo judío ninguno; y añadiendo: «pero por los escogidos» etc., puede entender que atajaria Dios la furia de aquella persecucion porque no pudiesen en ella los judíos que él tenia escogidos para traerlos á Cristo y darles vida eterna con Cristo.

De toda esta interpretacion quedo mal contento, pareciéndome que cuadrarian mejor á lo ménos estas últimas palabras en el dia del juicio, tanto porque no entiendo que la destruccion de Jerusalem haya sido mayor que fué la del diluvio ni que será la del tiempo del juicio, y entiendo que la del juicio será mayor que la de Jerusalem y que la del diluvio, cuanto porque aquello: «no sería salva toda carne,» que es lo mismo que si dijese: no se salvaria hombre ninguno, pertenece más al tiempo del juicio que al de la ruina de Jerusalem, siendo como es un hablar general, cuanto tambien porque aquello: «pero por los escogidos» etc., cuadra mucho mejor en el tiempo del juicio en el cual abreviará y acortará Dios la persecucion con que será perseguida la fé cristiana y será perseguido el vivir cristiano, porque no perezcan en ella sus escogidos y así no perezca toda la carne. Van estas palabras tan mezcladas las que pertenecen al juicio con las que pertenecen á Jerusalem y aún á las persecuciones contra los verdaderos cristianos que han sido y serán hasta la fin del mundo, que apenas puede el hombre distinguir las unas de las otras.

Entónces si alguno os dirá: ¡Hé aquí á Cristo! Ó: aquí! no lo creais, porque se levantarán falsos cristianos y falsos profetas, y darán grandes señales y milagros hasta ser engañados, si fuese posible, tambien los escogidos. Hé aquí, os lo he dicho. Por tanto si os dirán: ¡Hé aquí está en el desierto! no salgais. ¡Hé aquí en los escondrijos! no lo creais. Porque así como el relámpago sale de oriente y es visto hasta poniente, así será el advenimiento del hijo del hombre. Porque adonde estará, el cuerpo, allí se ayuntan las águilas.

Estas palabras propiamente pertenecen al tiempo del juicio y fin del mundo, en las cuales aprendemos cinco cosas.

La primera, que no tenemos de dar crédito á ningun hombre que se nos haga Cristo, aunque le veamos hacer mucho mayores milagros de los que leemos que hizo Cristo.

La segunda, que los que, sintiendo su vocacion interior, se conocen escogidos de Dios, pueden estar ciertos que, por mucho que los hombres del mundo ayudados de los demonios del infierno trabajen por engañarlos, no serán bastantes á ello.

La tercera, que el engaño de los escogidos de Dios podria consistir en ir á buscar al que se hiciese Cristo, puesto en el desierto ó escondido en lo más secreto de la casa, porque correrian peligro de seguirlo y siguiéndolo se apartarian de Cristo.

La cuarta, que la venida de Cristo será presta, ilustre, clara y manifiesta por todo el mundo, comparada al relámpago que en un punto se muestra desde oriente hasta poniente.

La quinta, que en el dia del juicio los escogidos de Dios serán ayuntados con Cristo así como las águilas se ayuntan adonde ven un cuerpo muerto. Aquello: «hasta ser engañados» etc., parece que responde á lo que ha dicho que por los escogidos serán abreviados aquellos dias de persecucion, siendo el remedio de ella la presta venida de Cristo. En aquello: «en el desierto y en los escondrijos,» se han de entender todas las otras partes para donde los falsos cristianos llamarán á los verdaderos, llevándolo al Anticristo con achaque de llevarlos á Cristo.

Y luego despues de la afliccion de aquellos dias se oscurecerá el sol, y la luna no dará su claridad, y las estrellas caerán del cielo, y las potencias del cielo se moverán. Y entónces será vista en el cielo la señal del hijo del hombre. Y entónces lloraran todos los tribus de la tierra y verán al hijo del hombre venir en las nubes del cielo con potencia y gloria grande, y enviará á sus ángeles con voz grande de trompeta y ayuntarán á sus escogidos de cuatro vientos desde lo alto de los cielos hasta el término de ellos.

Entiende Cristo que, pasada la afliccion y persecucion que será ántes de su advenimiento, sucederá esto que el sol se oscurecerá etc., y que entónces, faltando la luz del sol y la claridad de la luna, vendrá él con su luz y su claridad en el mundo, y así á esta luz y claridad será vista su gloria y su majestad, á la cual entiendo que llama «señal del hijo del hombre,» entendiendo su humanidad glorificada. Y queriendo Cristo mostrar que esta su venida hará dos efectos, uno de miseria en los hombres impíos y otro de gloria en los justos, dice: «Y entónces llorarán» etc.; y por «llorarán» el vocablo griego significa llorar de rabia, como los que llorando se mesan, se rascan y se muerden las manos.

Por tribus entiendo naciones ó linajes. Y diciendo: «de cuatro vientos,» entiendo: de las cuatro partes del mundo, y diciendo: «desde lo alto de los cielos» etc., entiendo; de la una extremidad de los cielos hasta la otra, porque en el griego es un mismo vocablo en el «alto,» que en el «término;» y parece que en estas palabras ha respondido Cristo á las dos

cosas que habia tocado en las precedentes cuanto á su venida que la comparó al relámpago y cuanto al ayuntarse á él sus escogidos como las águilas al cuerpo muerto.

Y de la higuera aprended la parábola, ya cuando su ramo se enternece y nacen las hojas, conoceis que está cerca el verano; así tambien vosotros, cuando vereis todo esto, conoced que está cerca á la puerta. Dígoos de verdad: no pasará esta generacion hasta que todo esto sea hecho. El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras norpasaran. Y de aquel dia y hora ninguno lo sabe ni los ángeles del cielo sino solo mi padre.

Cuatro cosas hay en estas palabras. La primera la comparacion de la higuera, adonde entiende Cristo que, así como por la higuera conocemos la venida del verano, así por el cumplimiento de todas estas señales que él ha dicho, conoceremos su venida al juicio.

La segunda, que, ántes que se pasase aquella edad de hombres que vivian entonces, vendria la ruina de Jerusalem, como con efecto vino. Y aunque parece extraño referir estas palabras á la ruina de Jerusalem, yo no hallo otro expediente con que salir de esta dificultad, porque el expediente que toman los que por generacion entienden á los hebreos, que diga Cristo: no será deshecho del todo este linaje de judíos sin que primero sean cumplidas todas estas cosas, no lo sufre la letra griega, la cual propiamente entiende: esta edad, estos hombres que viven ahora, y comunmente dicen que una edad es espacio de cien años, y el expediente que toman otros, diciendo que todas las cosas que aquí dice Cristo, cuanto á las persecuciones, cuanto á las guerras y sonidos de guerras y cuanto á los falsos cristianos y falsos profetas, segun escribe Josefo fueron vistas ántes de la destruccion de Jerusalem, tampoco cuadra así, porque no escribe Josefo que aquellos falsos cristianos y falsos profetas hicieron las señales grandes y prodigios ó milagros que aquí ha dicho Cristo, como porque viene á ser casi el mismo inconveniente en este expediente que en el referir estas palabras á la ruina de Jerusalem, pues es así que en aquello: «hasta que todo esto sea hecho» parece que viene tambien incluido lo que ha dicho del sol, de la luna y de las estrellas con todo lo demás que pertenece al juicio universal; y por tanto pienso que sea buen expediente referirlo á lo que ha dicho de la destruccion de Jerusalem. Y es mejor expediente confesar el hombre su ignorancia y decir: esto no lo entiendo.

La tercera cosa que hay en estas palabras, es la estabilidad y firmeza de las palabras de Cristo, que son más estables y más firmes que el cielo y que la tierra.

Y la cuarta el mucho secreto que tiene Dios en sus cosas, pues ni aun á sus ángeles ha revelado el dia en que será el juicio final; y si á los ángeles es encubierto, grandísima temeridad seria la nuestra si pretendiésemos saberlo.

Tambien entiende San Pablo que nunca los ángeles entendieron la vocacion de las gentes á la participacion de la gracia del evangelio hasta que la vieron, y él mismo prueba que la entendieron algunos hebreos como seria decir David y Esaías; y si la entendieron y profetizaron estos, cosa grande es decir que no la hubiesen entendido los ángeles, á lo ménos por las escrituras; en efecto, es grandísima nuestra ceguedad.

Y así como fué en los días de Noé, así también á la venida del hijo del hombre, porque así será como en los días de ántes del diluvio estaban comiendo y bebiendo, casándose y casando hasta el día que entró Noé en el arca y no conocieron hasta que vino el diluvio y los llevó á todos, así también será la venida del hijo del hombre. Entónces estarán dos en el campo, el uno será tomado y el otro será dejado; y dos moliendo en la muela, la una será tomada y la otra será dejada. Así que, velad, pues que no sabeis á que hora ha de venir vuestro señor. Y sabed esto que, si supiese el señor de su casa á qué hora el ladrón ha de venir, velaría cierto y no consentiría que su casa fuese minada. Por tanto y vosotros estad aparejados, porque á la hora que no pensais vendrá el hijo del hombre.

Tres cosas notables toca aquí Cristo, en las cuales todas tiene intento á hacernos estar alerta, esperando cada día y cada hora su venida al juicio.

La primera, que su venida al juicio será semejante á la venida del diluvio, en cuanto, así como en el diluvio perecieron casi todos los hombres, porque estaban descuidados como si no hubiera de venir, salvándose solamente los que estaban con cuidado, esperando, sabiendo y creyendo que había de venir, así en su venida al juicio perecerán casi todos los hombres, porque estarán descuidados como si no hubiese de venir, salvándose solamente los que estarán, con cuidado, esperando, sabiendo y creyendo que ha de venir y que ha de tornar seguros á los hombres del mundo. De esta misma comparación he hablado, 1ª Pedro 3, y aquí viene á propósito una consideración que he escrito.

La segunda, que en la venida de Cristo estarán mezclados malos y buenos, justos é injustos, y que el bueno y justo será tomado y llevado á la inmortalidad y vida eterna, y el malo é injusto será dejado en aflicción y en miseria. Y esta elección de Dios entiendo que pertenece á la predestinación. Y llamo bueno y justo al que su vivir cristiano, imitando á Cristo, da testimonio de su fé cristiana, de su incorporación en Cristo.

La tercera, que el deber de toda persona cristiana es tener siempre delante sus ojos la venida de Cristo, esperándolo cada día y cada hora sin descuidarse, si es posible, ni un momento; y cuánto sea útil y provechoso á las personas cristianas este continuo cuidado para mantenerlas en el deber cristiano, para hacerlas vivir en la presente vida como muertas, viviendo una vida muy semejante á la que se ha de vivir en la vida eterna, lo saben por propia experiencia los que, siendo verdaderos cristianos, atienden á vivir cristianamente.

Cuanto á la comparación del ladrón al cual es comparado el día del juicio, me remito á lo que he dicho 1ª Tesal. 5, que entiende Cristo: así como el señor de la casa, sabiendo cierto que un ladrón ha de venir á robársela, está alerta para defendérsela, así cada uno de nosotros, sabiendo cierto que ha de venir este día del juicio y que ha de poner en perpétua miseria á los que hallará descuidados, debe estar alerta y con cuidado para defenderse en aquel día, como Noé se defendió del diluvio.

Diciendo: «casándose,» entiende los hombres, y diciendo: «y casando,» entiende á las mujeres. Diciendo: «y no conocieron,» entiende el peligro en que estaban. Diciendo: «moliendo en la muela,» alude á los molinos de mano adonde molian las mujeres. Al que ha llamado: «vuestro señor,» llama despues: «hijo del hombre.»

¿Cuál pues es el criado fiel y prudente al cual constituye el señor sobre los suyos para que les dé el comer á tiempo? Bienaventurado aquel criado al cual viniendo su señor hallará que hace así. Dígoos de verdad que lo constituirá sobre todo lo que tiene. Pero si aquel mal criado dirá en su corazon: Tarda mi señor de venir, y comenzará á herir á los otros criados y á comer y beber con beodos, vendrá el señor de aquel criado en el dia que no espera y en la hora que no sabe y partirálo por medio y pondrá su parte con los hipócritas, allí habrá llanto y batimiento de dientes.

Parece que esta parábola pertenece solamente á los discípulos de Cristo, quiero decir á los que por don de Dios son apóstoles ó doctores en la iglesia cristiana, predicando el evangelio ó enseñando el vivir cristiano, cada uno de los cuales es semejante al criado ó siervo que el señor constituye sobre los otros sus criados, en cuanto su deber es atender á predicar el evangelio y á enseñar el vivir cristiano á los que le son encomendados. Y cuando hará así, viniendo Cristo al juicio, la dará grande grado de gloria, así como por el contrario al mal discípulo que, descuidado de la venida de Cristo, pareciéndole que, pues Cristo tarda de venir, que no vendrá, usará mal de los dones que tendra de Dios, tiranizando á los que dependerán de él y viviendo viciosa y licenciosamente con hombres viciosos y licenciosos, tomándolo la venida de Cristo descuidado, será castigado terribilísimamente.

Adonde se entiende que, así como la gloria será mayor en los que emplearán bien los dones que Dios les habrá dado, así la pena será mayor en los que emplearán mal los dones que Dios les habrá dado. En efecto se ve bien que Cristo quiere que sus cristianos estemos siempre vigilantes, no descuidándonos jamás de su venida, y que atendamos á emplear bien los dones que él nos habrá dado.

Adonde dice: «sobre los suyos,» entiende: sobre su familia, sobre los de su casa; y adonde dice «á los otros criados,» el vocablo griego significa á los que son criados como él, en su compañía. Diciendo: «partirálo por medio,» entiende: castigarálo reciamente como son castigados los que son descuartizados. Tanto entiendo que vale decir: «con los hipócritas» como si dijese: con los santos del mundo, los cuales son hipócritas en cuanto, atendiendo á la santidad exterior y no á la interior, muestran ser lo que no son, y pertenéces este nombre áun cuando ellos no tienen aquel intento, quiero decir cuando no pretenden en sus obras ser tenidos por santos en los ojos del mundo, si pretenden justificarse con ellas en presencia de Dios.

Y aquí entiendo cuánto será recio el castigo con que serán castigados los santos del mundo, pues, queriendo Cristo encarecer el castigo del mal siervo, dice que será puesto con los hipócritas que son los santos del mundo, los cuales serán puestos en perpétua miseria, entendida por el planto ó llanto y batimiento de dientes.

Esto es lo que al presente yo alcanzo á entender en todo este capítulo; si en algun tiempo entenderé alguna cosa mejor, no dejaré de añadirla aquí, como añadiré ahora dos cosas.

La una es que, viendo yo que á las curiosas demandas de los discípulos, que deseaban saber el tiempo de la ruina de Jerasalem y del dia del juicio cristiano, respondió de manera que de su respuesta no podian colegir lo uno ni lo otro, porque, quanto á la ruina de Jerasalem, parece que no les dice sino que entiendan la profecía de Daniel, y, quanto al dia del juicio, no les dice sino muchas señales que serán vistas primero, avisándolos de la manera como se debian gobernar en aquel tiempo y reduciéndolos á que pasasen toda su curiosidad en esperar continuamente cada dia y cada hora su venida al juicio, entiendo que debo mortificar y matar en mí toda manera de curiosidad, estando asimismo advertido á mortificarla y matarla en las personas cristianas que platicarán y conversaran conmigo. Y curiosidad entiendo que es todo aquello en que no hay edificacion cristiana, como eran estas preguntas de los discípulos de Cristo.

La otra cosa es que, siendo todo este capítulo profecía de la ruina de Jerasalem, y del dia del juicio, no es maravilla que Cristo proceda en él mezclando lo uno con lo otro de la manera que algunos profetas, antes los más principales, proceden en sus profecías, mezclando unas cosas con otras, como se vé en Esaías y en Jeremías, los cuales, profetizando la liberacion del pueblo hebreo de la cautividad de Babilonia, su tornada en Jerasalem, la reedificacion de la ciudad y del templo, con los dos advenimientos, el humilde que habemos visto y vemos en los que son sus miembros, y el glorioso que veremos en él y en los que son sus miembros, y así la felicidad del reino de Cristo en la presente vida, quanto á la comunicacion del espíritu santo que es comunicado á los que creen, con la gloria del reino de Dios en la vida eterna, quanto al ver á Dios cara á cara, al conocerlo á él como él nos conoce á nosotros, de tal manera van mezclando lo uno con lo otro que no basta toda junta la prudencia humana á poder distinguir lo uno de lo otro.

Adonde entiendo que, así como es menester espíritu de profecía para hacer distincion en lo que dicen los profetas, así es tambien menester espíritu de profecía para hacer distincion en lo que aquí con espíritu de profecía dice Cristo.

Tambien entiendo que, así como la feliz tornada del pueblo hebreo en Jerasalem fué como sombra de la felicísima tornada del pueblo cristiano despues de la resurreccion en el reino de Dios y vida eterna que es celestial Jerasalem, así la particular ruina de Jerasalem, con las persecuciones, con los trabajos y con las miserias que fueron antes de ella, fué como sombra de la general ruina de todo el mundo con las persecuciones, con los trabajos y con las miserias que serán ántes de ella.

Para lo cual todo conviene que todos nosotros estemos armados, con estas amonestaciones que aquí da Cristo á sus discípulos y por ellos á todos nosotros, tomando por principal amonestacion el estar continuamente alerta, esperando esta felicísima venida de Jesu-Cristo nuestro Señor, ciertos que viene á darnos inmortalidad y vida eterna porque esta, como he dicho, entiendo que es la esperanza cristiana la que pone San Pablo entre la fé y la caridad, como he dicho en una consideracion.

Capítulo XXV

Entonces será semejante el reino de los cielos á diez vírgenes, las cuales tomando sus lámparas salieron á recibir al esposo. Las cinco de ellas eran necias y las cinco sabias. Las que eran necias, tomando sus lámparas, no tomaron consigo óleo, y las sabias tomaron óleo en sus vasos con las lámparas. Y tardando el esposo, se adormecieron, todas y durmieron; y á media noche fué dicho á voces: ¡Hé aquí, viene el esposo! Salid á recibirlo. Entonces se levantaron todas aquellas vírgenes y aderezaron sus lámparas. Y las necias dijeron á las sabias: Dadnos de vuestro óleo porque nuestras lámparas se apagan; y respondieron las sabias, diciendo: No, porque por ventura no falte á nosotras y á vosotras; mejor será que vais á los que lo venden y que os compreis. Y como fueron idas á comprar, vino el esposo, y las aparejadas entraron con él á las bodas y fué cerrada la puerta. Y despues vinieron tambien las otras vírgenes, diciendo: ¡Señor, Señor, ábrenos! Y él respondiendo, dijo: Digoos de verdad: no os conozco. Así que velad, pues que no sabéis el dia ni la hora en que el hijo del hombre viene.

El intento de Cristo en esta parábola, como parece por las palabras con que la concluye, es el mismo que habemos visto en la parábola precedente, avisarnos que estemos alerta y á punto, esperando siempre su venida al juicio. Y no la esperan sino los que la desean, y no la desean sino los que por el evangelio tienen por cierto que será gloriosa para ellos.

Adonde se ha de notar la manera que usaba Cristo en sus comparaciones, porque dice: «entonces será semejante el reino de los cielos á diez vírgenes,» entendiendo que en su venida al juicio acontecerá á los cristianos, comprendiendo buenos y malos, lo que en unas bodas aconteció á diez vírgenes, en cuanto, así como todas estas diez se aparejaron con sus lámparas para recibir al esposo, así todos los cristianos se aparejan con el bautismo y con los otros sacramentos y las otras ceremonias de la iglesia para recibir á Cristo cuando vendrá á tomar consigo á su esposa que es la iglesia; y en cuanto, así como las cinco vírgenes siendo necias no llevaron consigo óleo con que encender sus lámparas, y las otras cinco vírgenes siendo sabias llevaron óleo consigo en sus vasos, así los malos cristianos siendo necios no llevan consigo aquella fé, con que, aceptando el hombre la gracia del evangelio, hace suya la justicia de Cristo, y la cual tiene al hombre en continua esperanza de la venida de Cristo, cierto que será gloriosa para él, y la cual, mortificando y vivificando al hombre, hace en él aquellos efectos de caridad que pone San Pablo 1ª Cor. 13, la cual fé con sus efectos es la que hace que las lámparas ardan, que los cuerpos resuciten gloriosos, y los buenos cristianos siendo sabios con aquella divina sabiduría, llevan consigo aquella viva fé, demandando siempre á Dios que se la acreciente, la cual tiene vivas sus lámparas, teniendo siempre viva en sus memorias la sangre que Cristo derramó por ellos; y en cuanto, así como, tardando la venida del esposo, todas diez vírgenes, vencidas del sueño, se durmieron, así, tardando la venida de Cristo al juicio, todos los cristianos, malos y buenos, morimos; y en cuanto, así como, viniendo el esposo, las vírgenes á voces fueron despertadas y todas despertaron, así, viniendo Cristo al juicio, los cristianos al sonido de la trompeta seremos llamados para que lo salgamos á recibir y todos resucitaremos; y en cuanto, así como, queriendo las vírgenes necias encender sus lámparas, echaron ménos el

ólio, viendo que no ardan, así, queriendo los malos cristianos comparecer delante de Cristo, echarán menos la fé con los efectos de la fé, viendo que no les basta el ánimo á comparecer con sus justificaciones exteriores salidas de amor propio; y en cuanto, así como no sirvió á las vírgenes necias el ólio que llevaban las vírgenes sabias, así no servirá á los malos cristianos la fé cristiana con los efectos de la fé que llevarán los buenos cristianos.

El resto de la parábola cuadra bien en las cosas humanas, pero no cuadra en las cosas divinas, quiero decir la respuesta de las vírgenes sabias con el ir las nécias á comprar el ólio y el tornar despues de haberlo comprado. Y sí dirá uno: si no cuadra ¿para que lo puso Cristo? le responderé que lo puso por venir á decir aquella terrible palabra que será dicha á los malos cristianos: «no os conozco.»

Y no conoce Cristo sino á los que, aceptando por divina inspiracion su santo evangelio, la aceptacion es en ellos eficaz, en cuanto los incorpora en él á hacerles vivir como vivió él, quiero decir, á aplicarlos á vivir en la presente vida una vida muy semejante á la que han de vivir en la vida eterna con puridad y limpieza, con humildad y mansedumbre y con caridad y obediencia á Dios en todas las cosas; á los que no son tales no los conoce Cristo, y por tanto no entrarán en las bodas de la vida eterna cuando Cristo ayuntará consigo á su iglesia, y, como dice San Pablo, entregará el reino á su eterno padre.

Para la cual fiesta nos amonesta Cristo que estemos siempre apercebidos con el ólio de la fé que abraza la remision de pecados y reconciliacion con Dios por Cristo y en Cristo, y que es eficaz en nosotros para hacernos vivir cristianamente, mortificados quanto á Adam y vivificados quanto á Cristo, esperando con mucho deseo la venida de Cristo, ciertos que nuestras lámparas, que son nuestros cuerpos, teniendo en sí el ólio de la fé cristiana, serán gloriosos, claros y resplandecientes, y no como los de los malos cristianos que serán como las lámparas de las vírgenes nécias, oscuras y tenebregosas.

Y aquí es bien decir que la diferencia que hay entre la fé humana de los falsos cristianos y la fé cristiana de los verdaderos cristianos, es esta: que la fé humana hace que los falsos cristianos, creyendo por opinion, por relacion y por informacion, creen la historia de Cristo, pero no creen el prometimiento en Cristo, no creen que en Cristo han sido castigados y que son reconciliados; con Dios por Cristo, ni se aplican á la imitacion de Cristo porque no aman á Dios ni á Cristo, y por tanto no esperan el dia del juicio, ántes lo temen y nunca querrian que viniese; y la fé cristiana hace que los verdaderos cristianos, creyendo por inspiracion y revelacion, no solamente creen la historia, de Cristo, pero creen el prometimiento de Dios en Cristo y por Cristo, aceptando la gracia que les ofrece el evangelio, teniéndose por justos y por reconciliados con Dios en Cristo y por Cristo, y se aplican á la imitacion de Cristo, deseosos de comprehender la perfeccion en que son comprendidos por la incorporacion en Cristo, y de aquí es que con grandísimo deseo esperan el dia del juicio como dia de su entera glorificacion. Adonde dice: «fué dicho á voces,» en el Griego á la letra dice: fué gritado ó fué voceado.

Así como un cierto hombre, queriendo ir un largo camino, llamó á sus criados y dióles su hacienda; y á este dió cinco talentos, á este dos y á este uno, á cada uno segun su

propia fuerza, y partióse luego. Fué pues el que habia recibido los cinco talentos y negoció con ellos é hizo otros cinco talentos. Semejantemente y el que habia recibido los dos, tambien él ganó otros dos. Y el que habia recibido el uno, ido cavó en la tierra y escondió el dinero de su señor. Y despues de mucho tiempo vino el señor de aquellos criados y púsose á cuenta con ellos. Y venido el que habia recibido cinco talentos, trajo otros cinco talentos, diciendo: Señor, cinco talentos me diste, hé aquí, otros cinco talentos he ganado con ellos. Y díjole su señor: Oh, buen criado y fiel, en poco has sido fiel, en mucho te constituiré, entra en el gozo de tu señor. Y viniendo tambien el que habia recibido los dos talentos, dijo: Señor, dos talentos me diste, hé aquí, otros dos talentos he ganado sobre ellos. Díjole su señor: Oh, buen criado y fiel, en poco has sido fiel, en mucho te constituiré, entra en el gozo de tu señor. Y viniendo tambien el que habia recibido el un talento, dijo: Señor, conociéndote que eres hombre terrible, que siegas adonde no has sembrado y que allegas adonde no has derramado, tuve miedo y fuí y escondí tu talento en la tierra; hé aquí, tienes lo tuyo. Y respondiendo su señor le dijo: Mal criado y perezoso, sabias que siego adonde no he sembrado y allego adonde no he derramado, convenia pues que tú dieras mi dinero á los cambiadores, y viniendo yo habria recibido lo mio con logro. Quitadle, pues, el talento y dadlo al que tiene diez talentos. Porque á todo aquel que tiene será dado y abundará, y del que no tiene aún lo que tiene le será quitado. Y al criado inútil echadlo á la obscuridad postrera, allí habrá llanto y batimiento de dientes.

El intento de Cristo en esta parábola es exhortar y amonestar á los que por beneficio suyo de él tienen dones espirituales á que aprovechen con ellos á sus prójimos, predicando á todos los hombres el evangelio y enseñando á sus hermanos el vivir cristiano, y aprovechando y sirviendo á los unos y á los otros conforme á los dones que tienen de Dios, y mostrar que los que lo harán así, serán admitidos á la gloria de la vida eterna, y que los que harán de otra manera, miserablemente serán echados de ella.

El hombre, que, queriéndose partir un largo camino, reparte su hacienda entre sus criados ó siervos, es Cristo, el cual continuamente desde el cielo, adonde está sentado á la diestra de su eterno Padre, reparte su espíritu, con los otros tesoros divinos que Dios ha puesto en él, con los que Dios trae á él, porque estos son sus criados, sus siervos. Y el repartimiento es, como dice San Pablo, «secundum mensuram donationis Christi,» Efes. 4, y como dice en otra parte: «sicut Deus divisit mensuram fidei,» Rom. 12, y esta es la propia fuerza, habilidad ó capacidad de cada uno de los que somos criados, y siervos de Cristo.

Por el que recibió los cinco talentos y por el que recibió los dos son entendidos todos aquellos que, habiendo recibido dones de Dios, los emplean bien, granjeando con ellos, quién más y quién menos, segun son mayores ó menores los dones. Estos en el día del juicio serán alabados de Cristo y admitidos á la vida eterna que es «el gozo de su señor,» adonde Cristo esta glorioso y triunfante.

Por el que recibió un talento son entendidos todos los que, teniendo mala opinion de Cristo, lo temen como siervos, lo temen como á tirano cruel y vindicativo, y por tanto, teniendo miedo que, si se ponen á granjear con los dones que les da, más presto los hombres los gastarán y estragarán á ellos de manera que vendrán á perder sus dones, que no ellos aprovecharán á otros con ellos, ó se callan con ellos no queriéndolos comunicar, ó se

van á esconder en desiertos ó lugares solitarios. Estos en el dia del juicio serán injuriados de Cristo y privados de lo que recibieron y echados en el fuego del infierno.

Y aquí principalmente aprendemos dos cosas importantísimas. La una, que, porque siempre los hombres nos gobernamos con Dios y con Cristo segun la buena ó mala opinion que tenemos de Dios y de Cristo, á cada uno de nosotros pertenece atender á formar dentro de nuestros ánimos buena opinion de Dios y de Cristo, para lo cual debemos huir toda leccion de escrituras escritas con espíritu humano y aplicarnos á la leccion de las escrituras escritas con espíritu santo é interpretadas con aquel mismo espíritu con que fueron escritas, conforme á lo que dice San Pedro en su epístola segunda, cap. I. Lo que digo de las escrituras, entiendo tambien de las conversaciones; los hombres como hombres no pueden hablar bien de Dios ni de Cristo, aunque ellos trabajen por hablar bien, porque de la abundancia del corazon habla la boca, y el espíritu santo en los hombres por la misma causa no puede sino hablar bien de Dios y de Cristo. Y casi siempre es así que tales somos nosotros cuales son las escrituras en quienes leemos y son los hombres con quienes platicamos y conversamos.

La otra cosa, que aprendemos aquí, es: cuánto es peligroso el temor, pues á los temerosos acontecerá lo que aconteció al mal siervo. Los hombres que sin espíritu cristiano leen las santas escrituras, viendo que casi toda la piedad de los santos de la ley estaba fundada en temor, van canonizando el temor, y no consideran que á aquellos santos que estaban debajo de ley, era tan propio y tan anexo el temor como es propio y anexo el amor á los santos del evangelio que como dice San Pablo, no están debajo de ley sino debajo de gracia, antes no consideran que el temor de los santos hebreos no era por tener mala opinion de Dios, porque lo tuviesen por tirano, por cruel ni por vindicativo, sino por tener mala opinion de sí mismos, hallándose vivísimos en sus afectos y en sus apetitos, porque aún no habia Cristo mortificado la carne de sus miembros, matando la suya en la cruz, de la cual mortificacion sienten los efectos los que por la fé cristiana están incorporados en Cristo.

Adonde yo, teniendo por certísimo que todos cuantos irán por la vía del temor, el cual no puede ya ser divino sino humano, por mucho que lo quieran colorar, intitulándolo temor filial, tendrán de Dios y de Cristo la misma opinion que el mal siervo tenia de su señor, aconsejaré siempre á las personas que se hallarán con dones espirituales y cristianos, que se aparten del camino del temor y se alleguen al camino del amor, y será así certísimo que será en ellos más eficaz para hacerlos vivir vida espiritual y divina un quilate de amor que ciento de temor. Los que no aman, porque no saben qué cosa es amar, no creen que pueda ser esto, así como el que no es magnánimo, porque no sabe qué cosa es magnanimidad, no cree lo que le es dicho de la magnanimidad.

Haciendo Cristo que el Señor repita las palabras del mal criado para justificar su sentencia, muestra que el espíritu santo convence á los hombres del mundo con sus propias palabras, conforme á aquello: «qui comprehendit sapientes in sapientia sua.» Aquello: «porque á todo aquel que tiene» etc., entiende que es proverbio vulgar del cual se sirvió Cristo como si dijera: y cúmplase el proverbio que dice que al que tiene dan y al que no tiene quitan lo que tiene; y aunque parece extraño decir que al que no tiene quitan lo que

tiene, no es extraño, porque entiende Cristo que al que no tiene más de lo que ha recibido, como el mal siervo, le es quitado lo que tiene, lo que ha recibido.

Y aquí se ha de advertir que no es necesario que la parábola cuadre en que el talento del mal criado será dado al buen criado, porque cuadra bien esto en el hombre que repartió su hacienda, pero no cuadra en Cristo, el cual no tiene necesidad de quitar á unos para dar á otros, siendo él riquísimo y abundantísimo de dones espirituales y divinos, así como el sol no tiene necesidad de privar á uno de su luz para hacer que otro vea más luz.

Pues cuando vendrá el hijo del hombre en su gloria y todos los santos ángeles con él, entónces se asentará en el trono de su gloria y serán ayuntadas delante de él todas las gentes, y apartará á los unos de los otros así como el pastor aparta las ovejas de los cabritos y pondrá á las ovejas á su diestra y á los cabritos á la siniestra. Entónces dirá el rey á los que estarán á su diestra: Venid, benditos de mi padre, heredad el reino aparejado para vosotros desde el principio del mundo, porque hube hambre y dístesme de comer, hube sed y dístesme de beber, fuí peregrino y acogístesme, desnudo y vestístesme, enfermo y visitástesme, estuve en cárcel y venístes á mí. Entónces le responderán los justos diciendo: Señor, ¿cuándo te vimos hambriento y te alimentamos, ó sediento y te dimos de beber, y cuándo te vimos peregrino y te acogimos, ó desnudo y te vestimos, y cuándo te vimos enfermo ó en cárcel y venimos á tí? Y respondiendo el rey les dirá: Dígoos de verdad: en cuanto habeis hecho esto con uno de estos mis hermanos los pequeños, conmigo lo habeis hecho. Entónces dirá tambien á los de la siniestra: Partíos de mí, malditos, al fuego eterno el aparejado al diablo y á sus ángeles, porque hube hambre y no me dístes de comer, hube sed y no me dístes de beber, fuí peregrino y no me acogístes, desnudo y no me vestístes, enfermo y en cárcel y no me visitástes. Entónces le responderán tambien estos diciendo: Señor, ¿cuándo te vimos hambriento, ó sediento, ó peregrino, ó desnudo, ó enfermo, ó en cárcel y no te servimos? Entónces le responderá diciendo: Dígoos de verdad: en cuanto no habeis hecho esto con uno de estos pequeños, ni conmigo lo habeis hecho. E irán estos á castigo eterno, y los justos á vida eterna.

Así como en la parábola precedente entiendo que tuvo Cristo intento á amonestar á los que tienen dones espirituales, que sirvan y que aprovechen con ellos á sus prójimos para hacerlos hermanos y á sus hermanos para perfeccionarlos más, así entiendo que en estas palabras tiene Cristo intento á persuadir á los que tienen de las riquezas de este mundo, que sirvan y que provean las necesidades de los que son sus miembros, persuadiéndose, como es así verdad, que no sirven á ellos sino á él en ellos.

Esto hace mostrándoles que en el dia del juicio no conocerá por suyos á los que en la presente vida no lo habrán conocido á él en sus miembros, en los que, aceptando su evangelio, están incorporados en él, y así no habrán hecho con ellos el deber de personas cristianas, mostrando en ellos el amor que se persuaden tenerle á él, y que en el mismo dia conocerá por suyos á los que lo habrán conocido y servido á él en sus miembros; y así á estos dará vida eterna, y á los otros enviará al fuego eterno. Este es el intento de Cristo en todas estas palabras, en las cuales hay muchas cosas dignas de mucha consideracion.

La primera, la forma del juicio universal, quiero decir la gloria y la majestad con que Cristo vendrá á él. La segunda, que resucitarán buenos y malos, justos é injustos. La

tercera, que holgaba siempre Cristo de compararse al pastor, adonde nos podemos consolar los que somos de Cristo, ciertos que tiene de nosotros el cuidado que tiene el buen pastor de sus ovejas. La cuarta, que en los que son justos, concurren estas dos calidades: la una, que son benditos de Dios, la cual bendicion los hace justos; y la otra, que son predestinados para la vida eterna, cosa que da grande ánimo á los que sienten en sí la bendicion de Dios, con que son certificados que serán herederos del reino de Dios.

La quinta, que mostrará Cristo la justicia de los verdaderos cristianos por la misericordia que ellos habrán mostrado con él, proveyendo las necesidades de sus miembros, quiero decir que, alegando Cristo las obras de misericordia que sus miembros habrán hecho con sus miembros, mostrará que han sido justos, porque, si no lo fueran, no las hicieran, en cuanto, si no fueran ellos miembros de Cristo, no conocieran á los miembros de Cristo, y no conociéndolos no pudieran haber hecho con ellos lo que aquí dice Cristo.

La sexta, que, porque los que son justos, obrando obras de caridad, no pretenden justificarse por ellas ni aun hacen cuenta que las obran ellos sino el espíritu de Dios en ellos, como no las tienen por suyas, no tienen cuenta con ellas, y así, siéndoles hablado en ellas, se maravillan. Tal es la condicion de los que obran porque son justos, no obrando por interes sino por aficion; los que obran por ser justos, obrando por interes, tienen gran cuenta con sus buenas obras, y no son buenas, porque nacen de amor propio, pues es así que obran por interes, obran por ser justos, no siendo justos, y el mal árbol no puede dar buen fruto.

La séptima, que condenará Cristo la injusticia, la impiedad y la infidelidad de los falsos cristianos que son los cabritos; porque este juicio es entre verdaderos y falsos cristianos, alegándoles el no haber usado de caridad con sus miembros, porque, si la hubiesen usado, habrían dejado la injusticia, la impiedad y la infidelidad, en cuanto no la puede usar el que no se aparta de todo esto, y apartándose habrían sido verdaderos cristianos. Adonde se ha de considerar que, si tratará Cristo con todo este rigor á los falsos cristianos que no habrán usado misericordia con sus miembros ¿qué pueden esperar que les entrevendrá los que habrán perseguido á los miembros de Cristo?

La octava, que, así como la heredad de Dios, que es la vida eterna, está aparejada desde el principio del mundo para Cristo y para los miembros de Cristo, así el fuego eterno está aparejado para el diablo y para sus ángeles; y aquí parece que llama Cristo ángeles del diablo á los hombres del mundo y santos del mundo, y estáles bien este nombre o esta semejanza, porque el diablo se sirve de ellos para impedir las obras de Dios, tentando, molestando, persiguiendo y matando á los que son escogidos de Dios por apartarlos de Cristo y de Dios.

La nona, que si bien los falsos cristianos hacen alguna vez algun bien á Cristo, á los que son miembros de Cristo, porque no tienen intento á servir á Cristo, no moviéndose por amor de Cristo sino por amor propio, por interes propio de la vida presente ó de la futura, no les es tomado en cuenta aquel bien que hacen; es bien, en cuanto sirve á los escogidos de Dios, y no es bien, en cuanto no sale de ánimo bueno, y por tanto no agrada á Dios.

La décima, que los falsos cristianos que, no conociendo á Cristo en sus miembros, no lo habrán servido en ellos, serán castigados con pena eterna, y que los verdaderos cristianos

que, conociendo á Cristo en sus miembros, lo habrán servido en ellos, serán remunerados con gloria eterna. Adonde no se ha de entender que los falsos cristianos serán condenados porque no habrán servido á Cristo en sus miembros sino que serán condenados porque, habiendo aceptado á Cristo con las bocas y no habiéndolo aceptado en sus corazones, se habrán estado en sus pecados, en su impiedad é infidelidad, mostrando ser tales en no haber servido á Cristo en sus miembros, porque, si no fueran tales, le hubieran servido; ni tampoco se ha de entender que los verdaderos cristianos serán remunerados porque habrán servido á Cristo en sus miembros sino que serán salvos porque, habiendo aceptado á Cristo en sus corazones, habrán alcanzado remision de sus pecados y sido píos, santos y justos, mostrando ser tales en haber servido á Cristo en sus miembros, porque, si no fueran tales, no le hubieran servido.

De manera que el servir ó no servir á Cristo en sus miembros no nos hace justos ni injustos, sino da testimonio de nuestra justicia ó injusticia. Los que pretenderán ser justos, sirviendo á los que conocerán ó pensarán que son miembros de Cristo, darán testimonio de sí que no conocen á Cristo, que no saben qué cosa es la justicia de Cristo, porque en aquella pretension está el error; y los que dudarán si son ó no son justos, pareciéndoles que no sirven á los que son miembros de Cristo, ó porque no conocen ningunos ó porque no se ofrece en qué servirlos, darán tambien testimonio de sí que no conocen bien á Cristo, que no han aún aceptado en sus corazones la justicia de Cristo; porque es así que los que conocen bien á Cristo y han aceptado bien en sus corazones la justicia de Cristo, conociéndose justos en Cristo, no pretenden justificacion ninguna por sus obras, y obrando obran por aficion y obran descuidadamente, porque no obran ellos sino el espíritu de Cristo en ellos, el cual les ofrece y pone delante, sin que ellos las busquen ni las procuren, grandes ocasiones en que, sirviendo por aficion á Cristo en sus miembros, muestran que conocen á Cristo, que aman á Cristo, que tienen por suya la justicia y la inocencia de Cristo y que por tanto son píos, justos y santos, no por sí ni por sus servicios sino porque creyendo están incorporados en Cristo y atienden á comprehender la perfeccion en que son comprehendidos por la incorporacion en Cristo.

Cuanto á lo que demás de esto se podria decir sobre estas palabras, me remito á lo que he escrito en una consideracion. Aquello: «entónces dirá el rey,» se ha de considerar, porque, hablando Cristo de sí, se llama rey. Tambien se ha de considerar que debajo de estas obras de misericordia, que aquí nombra Cristo, habemos de entender todas las que son en utilidad corporal de nuestros hermanos, porque en estos servimos á Cristo. Diciendo: «pequeños,» entiendo humildes y despreciados en el mundo.

Y porque aquí no hace Cristo mencion sino del bien que se hace á los que, siendo sus miembros, son sus hermanos y padecen como él, es bien añadir aquí esto que al cristiano pertenece hacer bien á todos, á unos, como á prójimos, y á otros como á hermanos, á los prójimos con intento de traerlos y reducirlos á que sean hermanos, y á los hermanos con intento de servir á Cristo en ellos, pretendiendo que ellos conozcan y vean que Cristo cumple con ellos lo que les tiene prometido en la vida presente, á fin que así se certifiquen más que les cumplirá tambien lo que les tiene prometido en la vida eterna, y, certificados más, sean más verdaderos cristianos; de manera que siempre el hermano sea prepuesto al prójimo. Esto es conforme á lo que dice San Pablo: «operemur bonum ad omnes, maxime autem ad domesticos fidei.» Gal. 6.

Esta forma del juicio final, cuanto al condenar y salvar, entiendo que está declarada por Cristo, Lucas 7, en el caso de la mujer y del Fariseo, como lo mostraré allí.

Capítulo XXVI.

Y aconteció que, habiendo acabado Jesus todas estas palabras, dijo á sus discípulos: Ya sabeis que pasados dos dias será la pascua, y el hijo del hombre será entregado á ser crucificado. Entónces se ayuntaron los príncipes de los sacerdotes y los escribas y los ancianos del pueblo en el palacio del príncipe de los sacerdotes, el llamado Caifas, y consultaron de prender á Jesus, con engaño y matarlo, y decian: No en la fiesta, porque no haya alboroto en el pueblo. Y estando Jesus en Betania en casa de Simon el leproso, vino á él un mujer que tenia, un alabastro de unguento precioso y derramóselo sobre la cabeza, estando él asentado. Y viéndolo sus discípulos se indignaron, diciendo: ¿Para qué esta perdicion? Pudiera bien este unguento ser vendido por mucho y dado á pobres. Y Jesus conociendo esto, les dijo: ¿Por qué dais fastidio á la mujer? Buena obra ha cierto obrado en mí, porque á los pobres siempre los tendreis con vosotros, pero á mí no me tendreis siempre. Y echando esta este unguento sobre mi cuerpo, me hizo para ser enterrado. Dígoos de verdad: adonde quiera que este evangelio será predicado por todo el mundo, será tambien dicho lo que esta ha hecho, por memoria de ella. Entónces partido uno de los doce, el llamado Judas Iscariote, á los príncipes de los sacerdotes, dijo: ¿Qué me quereis dar y yo os lo entregaré? Y ellos le constituyeron treinta argénteos. Y desde entónces buscaba oportunidad para entregarlo.

Cuenta San Mateo como, acercándose el tiempo en el cual Dios en su divina providencia tenia determinada la muerte de Cristo que es nuestra vida, él de nuevo la profetizó á sus discípulos, pretendiendo aparejarles los ánimos de manera que, viéndolo morir, no se perturbasen ni escandalizasen mucho; y juntamente cuenta como los, que en la sinagoga hebrea eran principales, consultaron y deliberaron prender á Cristo por engaño y matarlo; y cuenta tambien que, porque en el dia de pascua concurría gran gente á Jerusalem, temiendo los pontífices hebreos que el pueblo en un caso semejante se alborotaria por lo que estimaba á Cristo, deliberaron dejar pasar la pascua.

Y considerando yo que no la dejaron pasar, ántes en la víspera de la pascua ejecutaron en Cristo su deliberacion, conozco cuán poco valen los consejos y las deliberaciones de los hombres cuando Dios tiene ordenado lo contrario de lo que ellos aconsejan y deliberan. Tenia Dios ordenado que Cristo muriese en aquella grande fiesta á fin que, cuadrando la figura con lo flgurado, la obra de Dios fuese más clara y manifiesta, y, por mucho que los judíos consultaron y deliberaron lo contrario, al fin hicieron lo que Dios tenia ordenado.

Habiendo San Mateo puesto la deliberacion de los judíos, pone el caso de la santa mujer que derramó el vaso de unguento sobre la cabeza de Cristo, porque de allí tomó Judas ocasion de vender á Cristo, segun que más claramente lo cuenta San Juan cap. 2.

Y en el caso de esta santa mujer se considera bien cuán diferentemente juzgan de las cosas de Dios la prudencia humana y el espíritu santo, en cuanto los discípulos, juzgando

con prudencia humana esta buena obra de esta santa mujer, la condenaron diciendo que aquel unguento era perdido y que fuera mejor venderlo y dar el precio de él á los pobres, y Cristo, juzgando con espíritu santo, defendió la obra de la santa mujer, mostrando que habia obrado con caridad y con inspiracion; como si viniendo á mi casa un hombre cristiano, en el cual yo conociese aquel espíritu cristiano que conozco en San Pablo, le mostrase mi aficion, haciéndole un convite en el cual gastase cien ducados, y mis criados murmurasen de mí, diciendo que aquellos dineros fueran mejor empleados en los pobres, y aquel hombre cristiano defendiendo mi afecto de caridad, dijese á mis criados: No murmureis contra vuestro amo por esta fiesta que me ha hecho, porque de los pobres del mundo siempre tendreis abundancia para poder mostrar en ellos vuestra caridad y piedad, pero no siempre tendreis un verdadero cristiano con quien poder mostrar vuestra caridad y piedad cristiana, añadiendo que no es perdido sino muy ganado lo que se gasta en la persona de Cristo, en las personas que están incorporadas en Cristo y tienen del espíritu de Cristo.

En un tal caso entiendo que nos podemos servir contra la prudencia humana de lo que entrevino á esta santa mujer con su unguento, y en los casos que serán semejantes á este, porque entiendo que, despues que Cristo no conversa corporalmente entre los hombres, lo que hacemos con los que tienen espíritu de Cristo, estando incorporados en Cristo y representándonos la imágen de Cristo, lo hacemos con el mismo Cristo, con el cual corporalmente no lo podemos ya hacer, porque, como él dice: «á mí no me tendreis siempre,» entendiendo aquella su presencia corporal; y por tanto no podemos decir que hacemos con Cristo sino lo que hacemos con los que son verdaderos miembros de Cristo. Examinándome yo á mí mismo si, viendo un caso semejante al de esta santa mujer ó al que he dicho del convite, juzgaria de él como juzgaron los discípulos ó como juzgó Cristo, conozco qué tanto hay en mí de prudencia humana y qué tanto de espíritu santo.

Y añadiendo Cristo: «echando esta este unguento» etc., muestra claramente que aquella santa mujer habia hecho aquella obra, no solamente con afecto de caridad nacida de la fé que tenia en Cristo, pero con movimiento de espíritu santo, el cual en aquel caso pretendió mostrar que Cristo estaba cercano á la muerte y sepultura, de manera que diciendo: «me hizo para ser enterrado,» entienda: profetizó mi cercana sepultura, porque los judíos acostumbraban ungir á los muertos. Y queriendo Cristo encarecer aún á la obra de esta santa mujer, dice: «dígoos de verdad: adonde quiera que este evangelio» etc., afirmando que el afecto caritativo con el movimiento de espíritu santo, que habia tenido aquella santa mujer, era de tanta estimacion que, siempre que por el mundo fuese predicado el evangelio, se hablaria tambien en el caso de esta santa mujer, como con efecto se habla.

Adonde se ha de entender que, diciendo Cristo: «este evangelio,» no entiende: esta historia evangélica, porque en esto no parece que habia que profetizar, sino: este evangelio que yo predico, intimando á los hombres la cercana venida del reino de Dios con el evangelio que despues de mi muerte, resurreccion y ascension y venida del espíritu santo será predicado, en el cual será intimada á los hombres la remision de pecados y reconciliacion con Dios por mi muerte y pasion. Diciendo: «por memoria de ella,» entiende que se hablará en este caso para que haya memoria de esta santa mujer.

Los que se sirven del caso de esta santa mujer para salvar los gastos que hacen los cristianos en cosas que no redundan en utilidad de los que son pobres de Cristo, siendo

hermanos de Cristo y teniendo del espíritu de Cristo, no consideran que aquí afirma Cristo que á él no lo tenían siempre, ni consideran que da Cristo testimonio de esta santa mujer que obró inspirada, ántes con espíritu de profecía, si bien ella no entendió la profecía. Añadiendo el evangelista: «entónces uno de los doce» etc., muestra que de allí tomó Júdas ocasion de ir á vender á Cristo; y siempre es así que los que venden á Cristo en sus miembros, toman principio de aparente piedad, ántes el diablo los engaña con aquella aparente piedad, cegándolos de manera que, vendiendo á Cristo, no miran lo que hacen, como no lo miró Júdas, y cuando lo miró, se ahorcó, abriéndole el diablo los ojos para que se ahorcase, así como se los había cerrado para que vendiese á Cristo.

Así como decimos un vidrio ó un cristal, entendiendo un vaso de vidrio ó de cristal, así dice aquí un alabastro, entendiendo un vaso de alabastro. Argénteos era una moneda de plata, como sería decir reales ó carlines.

Y el primer dia de los ázimos se allegaron los discípulos á Jesus, diciendole: ¿Adónde quieres que te aparejemos para comer la pascua? Y él dijo: Id á la ciudad al tal y decidle: El maestro dice: Mi tiempo está cercano, tu casa hago la pascua con mis discípulos. Y hicieron los discípulos segun les ordenó Jesus, y aparejaron la pascua. Y venida la tarde, estaba sentado con los doce y, mientras comian, dijo: Dígoos de verdad que uno de vosotros me venderá. Y entristecidos mucho, comenzó cada uno de ellos á decirle: ¿Por ventura soy yo, señor? Y él respondiendo dijo: El que ha mojado conmigo la mano en el plato, este me venderá. El hijo del hombre va bien, segun está escrito de él, pero ¡guai de aquel hombre, por el cual el hijo del hombre es vendido! Bueno le fuera á él si no fuera nacido aquel hombre. Y respondiendo Júdas, el que lo vendió, dijo: ¿Por ventura soy yo, rabí? Dícele: Tú lo dijiste. Y estando comiendo, tomando Jesus el pan y hechas las gracias partió y dió á los discípulos, y dijo: Tomad, comed, este es mi cuerpo; y tomando el cáliz, hechas las gracias, dióselo diciendo: Bebed todos de él, esta cierto es mi sangre la del nuevo testamento, la que es derramada por muchos por remision de pecados, y dígoos: no beberé más de este fruto de vid hasta aquel dia cuando lo beberé con vosotros nuevo en el reino de mi padre. Y dicho el himno, se salieron al monte de las Olivas.

Dos cosas cuenta San Mateo que hizo Cristo en su última cena, la una, mostrar ó significar que Júdas era el que lo habia de vender, y la otra, instituir el santísimo sacramento de la eucaristía. En la primera parece que se podria decir que tuvo intento Cristo á hacer, como sería decir, el último de potencia ordinaria por apartar á Júdas de su mala deliberacion, á fin que sea en todo y por todo inexcusable en el dia del juicio; y en la segunda entiendo que tuvo Cristo intento á dejar impresa en nuestros ánimos su muerte, su sangre derramada por nosotros, á fin que, siempre que en el evangelio nos es intimada la remision de pecados y reconciliacion con Dios que es como un indulto y perdon general, nosotros nos podamos certificar en el perdon, considerando á Cristo justificado y viendo derramada su sangre. Y aquí está bien repetir lo que muchas veces he dicho que, ejecutando Dios el rigor de su justicia en Cristo, tuvo más intento de asegurarme á mi que de satisfacerse á sí.

Cuanto á lo demás que convendria decir aquí acerca del uso de este santísimo sacramento del cuerpo y de la sangre de Cristo, me remito á lo que he dicho, 1 Cor. 11. Diciendo: «el primer dia de los ázimos» ó panes sin levadura, entiende el primero de los

siete días en los cuales los hebreos, celebrando la fiesta de su salida de Egipto, comían pan sin levadura. Cuanto á la causa porque esta fiesta era llamada pascua, me remito á lo que he dicho 1 Cor. 4, y quanto al tiempo en que Cristo celebró la pascua y al tiempo en que la celebraban los hebreos, me remito á lo que dicen los que tienen noticia de esto.

Adonde dice «al tal,» se pudiera pensar que Cristo habia dicho el propio nombre de aquel hombre, en la casa del cual queria que le fuese aparejada la pascua, pero por San Márcos y por San Lúcas entendemos que no lo puso, y entendemos más que Cristo tenia presentes las cosas que habian de ser como si ya fueran. Diciendo: «mi tiempo está cercano,» entiende: mi muerte esta vecina. Aquello «el que ha mojado conmigo» etc. es digno de considerar para tomar ejemplo de la paciencia y mansedumbre de Cristo, viendo que no solamente admitió á Júdas á su mesa, pero á su plato, y esto despues que él tenia hecho el concierto para venderlo. Y considerando yo que tal me hallaria en un caso semejante, conozco mi imperfeccion, mi poca mortificacion y mucha viveza. Y añadiendo Cristo: «ciertamente el hijo del hombre va» etc., pretendió mostrar que su muerte era por divina ordenacion, aunque parecia que era cosa urdida, tramada y concertada por hombres.

Y porque alguno pudiera pensar diciendo: Luego los hombres no tienen culpa, añade: «pero guai de aquel hombre» etc., entendiendo que, si bien su muerte era divina ordenacion, no dejaria de ser gravemente castigado el hombre que seria ministro ó ejecutor de aquella divina ordenacion, porque el tal no pretendia cumplir la voluntad de Dios sino la suya dañada, perversa y diabólica, y dice que al tal hombre fuera mejor no ser nacido que cometer tan grande traicion.

Y estas palabras dan que decir á los que, creyendo más á Aristóteles en lo que dice que es ménos mal, ser y mal ser que no ser, que á Cristo que dice aquí claramente lo contrario, no se fatigan por hacer que Aristóteles diga lo que dice Cristo, ántes trabajan por hacer que Cristo diga lo que dice Aristóteles, como si el autoridad de Cristo consistiese en conformarse con Aristóteles. Yo ateniéndome á lo que dice Cristo, entiendo que fuera ménos mal á Júdas y á todos los impíos y perversos como él, no ser que ser, diga Aristóteles lo que quisiere.

En aquellas palabras: «esta es cierto mi sangre» etc., parece que aludió Cristo á las que están Exod. 24: «hic est sanguis testamenti quod pepigit dominus vobiscum super cunctis sermonibus his» etc., como si dijera Cristo: el testamento ó pacto puesto por Moisen entre Dios y el pueblo hebreo fué mediante sangre de animales brutos, y el testamento ó pacto que pongo yo ahora entre Dios y los hombres es mediante mi sangre, la cual los certifica que Dios los ha perdonado, y así creyendo el perdon gozan de él.

Adonde es mucho de notar la perversidad del ánimo humano en esto que los hebreos, confiados en la palabra de Dios, se tenían por reconciliados con Dios por la sangre de los animales que veían derramada por sus pecados, y apenas hay entre los que se llaman cristianos quien, confiado en la palabra de Dios, se tenga por perdonado de sus pecados, por reconciliado con Dios por la sangre del hijo de Dios que ven derramada por ellos, afirmando el mismo hijo de Dios que es derramada, por los pecados de muchos, entiende de todos los que, viendo la sangre derramada, por sus pecados, se tendrán por perdonados por ella y por tanto por justos y santos, y así se aplican á vivir justa y santamente.

Entre la remision de pecados que era por la sangre de los animales y la que es por la sangre de Cristo, entiendo que hay esta diferencia, que los perdonados por la sangre de los animales alcanzaban de Dios lo que era prometido á los que cumplian la ley, bienes temporales, y los perdonados por la sangre de Cristo alcanzan de Dios lo que es prometido á los que creen al evangelio, vida eterna.

Aquello que añade Cristo: «y dígoos de verdad: no beberé» etc., yo no lo entiendo ni me cuadra lo que entienden los que dicen que entendió Cristo que no beberia vino hasta morir y resucitar, de manera que llame: «reino de mi padre» al tiempo despues de su resurreccion; y tanto, porque no hallo que la santa escritura use esta manera de hablar, cuanto porque no entiendo en qué manera aquel vino, que Cristo bebió despues de la resurreccion, fuese nuevo, digo que no me cuadra esta inteligencia, y me place decir que no entiendo estas palabras tampoco como las que están al fin del cap. 16 casi en esta misma sentencia. Por aquello: «y dicho el himno» parece bien que al fin de la comida acostumbraba Cristo con sus discípulos decir algun salmo ó himno, alabando á Dios.

Entónces les dice Jesus: Todos vosotros os escandalizareis en mí en esta noche. Porque escrito está: Heriré al pastor y esparciránse las ovejas del rebaño. Pero despues que habré resucitado, iré ántes que vosotros á Galilea. Y respondiendo Pedro le dijo: Si bien todos se escandalizaran en tí, yo no me escandalizaré. Díjole Jesus: De verdad te digo que en esta noche, antes que el gallo cante, me negarás tres veces. Dícele Pedro: Aunque me convenga morir contigo, de ninguna manera te negaré. De la misma manera dijeron tambien todos los discípulos.

El intento, con que Cristo profetizó á sus discípulos que se habian de escandalizar en la noche de su prision, entiendo que fué propiamente el que resultó, en cuanto, prometiendo ellos que no se escandalizarian y que moririan con él, si fuese menester, ántes que negarlo, y escandalizándose y desamparándolo que fué un negarlo con efecto, todos ellos, pero principalmente San Pedro, que habia sido más atrevido en prometer, fué más diligente en negar una, dos y tres veces, conocieron su mucha fragilidad, poca firmeza y ménos constancia, en cuanto, deliberando de morir más presto con Cristo que negarlo, en breve espacio de tiempo los unos desamparándolo huyeron y el otro lo negó tres veces, de donde resultó que se reconoció y lloró agriamente, considerando su inconstancia, su flaqueza y poca firmeza. Y de allí adelante comenzó á estimarse en poco y á fiarse poco de sí, como lo mostró cuando Cristo le preguntó: Pedro ¿ámasme? No bastándole el ánimo á responder: Sí señor, sino: Tú, Señor, sabes que te amo.

Conocia bien San Pedro que amaba á Cristo, pero, escarmentado del caso de la negacion, no osaba afirmar que lo amaba. En este mismo conocimiento tengo por cierto que vino cada uno de los otros discípulos, si bien él de San Pedro fué mayor, porque el atrevimiento habia sido mayor, siendo más atrevido en prometer de sí lo que no sabia si podria cumplir.

Adonde se entiende que, cuanto es más grande el error en que el hombre cae por flaqueza y enfermedad, tanto es mayor la humildad que alcanza por el conocimiento de su flaqueza y enfermedad, y adonde tambien, como muchas veces habemos dicho, aprendemos nosotros á pensar ántes mal que bien de nosotros como hombres, á no prometer ni deliberar en aquello que no está en nuestra mano cumplir, deseemos el bien que nos es propuesto y aborrezcamos el mal, y roguemos á Dios que nos dé lo que deseamos y que nos guarde de lo que aborrecemos, y así no cairemos en el inconveniente en que cayó San Pedro y que cayeron los discípulos.

En los cuales entiendo que el escándalo fué interior y exterior, exterior en cuanto, tropezando con los cuerpos en la prision de Cristo, quién fué á una parte y quién fué á otra, é interior en cuanto, tropezando con los ánimos en la misma prision, comenzaron á dudar en lo que ántes creían, vacilando si Cristo era ó no era el Mesía.

Que cosa sea escándalo, lo he dicho en una consideracion. Alegando Cristo aquellas palabras de Zacarías: «heriré al pastor» etc., entendió que en su prision vendria á ser cumplida aquella profecia de Zacarías, adonde hablando Dios con la espada de su justicia, la cual rigurosamente cargó sobre Cristo, por estar, como estaba, vestido de nuestros pecados, siendo los judíos y los gentiles la propia espada, dice: «espada, levántate sobre mi pastor y sobre el varon cercano á mí, dice el Señor de ejércitos; hiere al pastor y esparciránse las ovejas» etc.; y no importa que, diciendo el profeta: «hiere,» diga el evangelista: «heriré,» porque lo que hizo la espada de Dios, lo hizo el mismo Dios.

Entónces viene Jesus con ellos á una posesion llamada Getsemané, y dice á los discípulos: Asentáos aquí hasta que vaya á orar allí. Y tomando á Pedro y á los dos hijos del Zebedeo, comenzó á entristecerse y acongojarse. Entónces les dice Jesus: Entristecida está mi ánima hasta la muerte. Quedáos aquí y velad conmigo. Y andando un poco cayó sobre su cara, orando y diciendo: Padre mio, si es posible, pase de mí este cáliz, pero no como yo quiero sino como tú. Y viene á los discipulos y hállalos durmiendo, y dice á Pedro: ¿Cómo que no habeis podido velar una hora conmigo? Velad y orad para que no entreis en tentacion. El espíritu está bien pronto, pero la carne está enferma. Luego otra vez yendo oró diciendo: Padre mio, si no puede ser que este cáliz pase de mí sin que lo beba, hágase tu voluntad. Y viniendo hallólos otra vez durmiendo, porque estaban sus ojos agravados. Y dejándolos, tornando oró la tercera vez, diciendo la misma oracion. Entónces viene á sus discípulos y díceles: Dormid ya y reposad, hé aquí, se ha acercado la hora, y el hijo del hombre es entregado en manos de pecadores. Levantáos, vamos, hé aquí, se ha acercado el que me vende.

Digo la verdad que soy tan flaco que apenas me oso poner con Cristo en el huerto á considerar el agonía, la tristeza y congoja que allí sintió, tanto me siento de poco y tanto se me representa grande el agonía y la turbacion en que Cristo se vió allí. Y tengo por cierto que, si Dios del todo me abriese los ojos de manera que yo pudiese considerar bien lo que Cristo sintió en aquel huerto, considerando que padeció, no por sí sino por mí, y que sintió, no sus culpas sino las mias, no solamente me certificaría de lo que me afirma el evangelio acerca de la remision de pecados y reconciliacion con Dios, pero de tal manera quedaria muerta mi carne por la consideracion de lo que allí sintió la de Cristo, que no viviria más en ella cosa que tuviese resabio de pecado. Y entiendo que no hace Dios esto con nosotros

porque nuestra carne pasible y mortal no es hábil sujeto para tanta felicidad, y así entiendo que en sus escogidos va Dios templando el conocimiento de lo que Cristo padeció, con el cual poco á poco los va certificando en la remision y reconciliacion, y, segun que los va certificando, así los va mortificando, siendo la certificacion la que los mortifica.

Cuanto á la cosa en que entiendo que propiamente consistió el agonía de Cristo, qué era lo que tanto lo atemorizaba, le dolía, lo entristecía y lo congojaba, me remito á lo que he dicho en una consideracion, la cual á mi ver es de grandísima eficacia para certificar á uno en la remision de sus pecados hechos y por hacer, y para mortificarle y matarle todos los deseos de pecar. Aquí diré esto: que el temor que tenia Cristo, no era tanto por la muerte que veía cercana, cuanto por la vergüenza que le causaba el conocerse culpado por cada uno de nuestros pecados, y por ver el rigor con que Dios lo castigaba por todos ellos. Esta consideracion entiendo que lo tenia amedrentado y atemorizado hasta hacerle sudar gotas de sangre; en efecto no bastan lenguas de hombres para poder expresar la milésima parte de lo que Cristo padeció, ni aun bastan los entendimientos á poderlo comprehender; ruego á Dios me lo haga sentir, haciéndome hábil sujeto para ello.

La causa porque Cristo no quiso llevar á todos sus discípulos á que fuesen testigos de lo que sentía en el huerto, yo no la alcanzo, como tampoco alcanzo la propia causa, porque no quiso llevarlos á todos á que viesen su gloria en el monte Tabor. En aquello, «cayó sobre su cara» etc., es pífsima consideracion decir que como avergonzado Cristo por los pecados que habia tomado sobre sí y conocia en sí, hallándose culpado por ellos como si los hubiera cometido todos, no bastándole el ánimo á mirar hácia el cielo, puso su cara en el suelo.

En la oracion de Cristo aprendemos en qué manera habemos de orar nosotros cuando nos sentiremos y hallaremos en semejantes tristezas y congojas, remitiéndonos siempre á la voluntad de Dios, sospechando de la nuestra. Lo mismo es: «este cáliz» que: esta muerte, este afán y esta congoja. Diciendo Cristo: «si es posible,» pienso que entendia: si puede ser, señor, que esta tu divina voluntad de reconciliarte á los hombres haya efecto sin que pase por mí lo que pasa, líbrame de ello; y si no es posible, hágase, padre mio, lo que quieres, no quiero que por mi causa sea impedida esta obra de tu santísima voluntad.

En aquello que dice Cristo en su segunda oracion: «hágase tu voluntad,» se ha de considerar que tomó Cristo para sí el consejo que dió á sus discípulos cuando les dijo qué es lo que habian de orar. Aquello: «velad y orad para que no» etc., entiendo que pertenece á todos los tiempos, quiero decir que es un consejo de Cristo general, por el cual entendemos que velando y orando resistiremos á la tentacion; y velar es lo mismo que estar el hombre sobre sí, no descuidándose jamás, porque los descuidados son los que son vencidos en las tentaciones. Y lo que añade Cristo: «el espíritu está bien pronto» etc., puede ser que lo entienda de sí mismo, entendiendo: si bien, como veis, mi carne está flaca y enferma en este paso, os certifico que mi ánimo está fuerte y gallardo para pasar por todo lo que placera á Dios que pase; y puede ser que lo entienda de los discípulos, entendiendo: dígoos que veleis y que oreis contra la tentacion, porque conozco que, aunque en vuestros ánimos estais aparejados á no recibir escándalo, en la carne sois flacos y enfermos y así podria acontecer que, vencida la carne, cayéseis en tentacion. Yo no sabia cual inteligencia de estas tomar por mejor.

En las idas y venidas que hacia Cristo de sus discípulos á la oracion y de la oracion á sus discípulos, en el despertarlos, amonestarlos y reprehenderlos considero la turbacion en que la tristeza y la congoja tenian puesto á Cristo, la cual es áun más exprimida con aquellas palabras: «dormid ya y reposad» que parecen dichas como por ironía. Aquello: «en manos de pecadores,» tiene eficacia.

El que querrá considerar esta cosa del huerto más profundamente tome en sí la persona de Cristo y vaya particularmente considerando lo que sentiria cuando se hallase en un caso semejante á este en que se halló Cristo, hallándose por una parte inocentísimo y libre de todo pecado y por otra cargado de muchos pecados no suyos sino ajenos, y hallándose por una parte destituido y desamparado de todo favor humano y por otra dejado de Dios en mano de la tribulacion, y hallándose vecino á la muerte cruelísima é ignominiosísima, y tanto mas ignominiosa, cuanto que los, que le hacian morir, pretendian hacer servicio á Dios y decian que le hacian morir como á impío y enemigo de Dios.

Yo tanto cuanto me pongo á pensar lo que en un caso semejante sentiria, me hallo tal que pienso cierto que á la hora moriria, y así creo que fué obra de Dios que Cristo no muriese de congoja en el huerto, porque pasase por lo que habia de pasar. Ruego á Dios que me reduzca á tanta mortificacion que me sea así dulce y sabroso el pensar en padecer por Cristo lo que conozco que Cristo padeció por mí, cuanto me es dulce y sabrosa la consideracion de lo que Cristo ha padecido por mí, conociendo que de su padecer resulta mi gozar en la presente vida en parte y en la vida eterna entera y cumplidamente.

Yo he dicho sobre este paso del huerto lo que he sentido, y el que querrá pasar más adelante, póngase con Cristo en el huerto y ruegue á Dios con mucha instancia, le haga gracia de abrirle los ojos del ánimo para que vea bien lo que allí sintió Cristo, y soy cierto que tendrá en poco lo que yo aquí he escrito, aunque junte con ello la consideracion, con tanto sin embargo que persevere en estar en el huerto y que no se canse de orar y que ore con mucha confianza en Dios que le dará lo que le demanda, fundando su confianza en aquel divino prometimiento: «petite et dabitur vobis» etc., Mat. 7.

Áun estaba él hablando y he aquí que Júdas, uno de los doce, vino y con él mucha gente con espadas y lanzas enviados por los príncipes de los sacerdotes y ancianos del pueblo. Y el que lo vendia, les había dado señal, diciendo: Al que besaré, él es, prendedlo. Y luego allegándose á Jesus, dijo: Ave, rabí; y besólo. Y Jesus le dijo: Amigo ¿á qué vienes? Entónces allegándose echaron las manos á Jesus y prendieronlo. Y he aquí que uno de los que estaban con Jesus, extendiendo la mano, sacó su cuchillo y hiriendo al criado del príncipe de los sacerdotes, le cortó la oreja. Entónces le dice Jesus: Torna tu cuchillo á su lugar, porque todos los que toman cuchillo, con cuchillo morirán. O ¿piensas que no puedo ahora rogar á mi padre y me dará más de doce legiones de ángeles? ¿Cómo pues serán cumplidas las escrituras que dicen que así conviene que sea? En aquella hora dijo Jesus á las gentes: Como á ladron habeis salido con espadas y lanzas á prenderme. Cada dia estaba asentado con vosotros enseñando en el templo y no me prendistes. Y todo esto pasó así para que se cumpliesen las escrituras de los profetas. Entónces todos los discípulos desamparándolo huyeron.

Sirvió Júdas á los judíos en la prision de Cristo de mostrarles el lugar adonde estaba, y de mostrárselo á él entre los otros por ventura que aquellos, que lo iban á prender, no lo conocian así bien.

Aquí se me ofrecen dos cosas harto dignas de consideracion. La una, que Cristo fué vendido de su propio discípulo, y en esto aprendo cuan poco me puedo fiar en el mejor de los hombres del mundo que están sin espíritu cristiano. Y la otra, que los, que enviaron á prender á Cristo, eran los principales de la religion hebrea, no delante de Dios sino delante de los hombres. Y aquí aprendo cuán poco me puedo fiar de los que en la religion cristiana son principales delante de los hombres si no lo son tambien delante de Dios, y conozco el error de los que dependen de hombres y fian en hombres y tomo para mí aquello: «mihi autem adhaerere Deo bonum est» etc.

En aquellas palabras de Cristo: «amigo ¿á qué vienes?» se han de considerar dos cosas: la una la mansedumbre de Cristo que llama amigo á su mayor enemigo, y la otra que, preguntándole á qué venia, fué como un traerlo á conocimiento del mal que hacia á que considerase que venia á entregar á la muerte al que es la propia vida. En el hecho de San Pedro es bien de considerar su ánimo que osó entre tantos enemigos ponerse á defender con armas á su maestro.

Aquellas palabras de Cristo: «porque todos los que toman cuchillo» etc., se han de entender simplemente que los que andan con armas, van á peligro de morir con armas, como si dijera Cristo: no quiero yo que me defiendas á mi ni que te defiendas á tí con armas, porque no quiero yo morir ni quiero que tú mueras con armas, queriendo yo morir y queriendo que tú mueras otro género de muerte. En efecto quiere Cristo que los que son suyos sigan á él, hagan como él y vayan por donde fué él. Añadiendo Cristo: «Ó piensas que no puedo» etc., pretendió asegurar el ánimo de San Pedro, certificándolo que, aunque al parecer moria por voluntad de aquellos que lo llevaban á la muerte, no moria sino por su propia voluntad, la cual se conformaba con la voluntad de Dios, el cual no solamente queria que Cristo muriese por nuestros pecados segun que lo tenia prometido, pero queria que en su muerte concurriesen aquellas cosas que estaban profetizadas, á fin que la cuadrancia entre lo profetizado y lo ejecutado sea como una confirmacion de la fé de los que son inspirados á creer.

Las escrituras, que al presente yo hallo que más me cuadran con lo que veo ejecutado en la muerte de Cristo, son el salmo 22 que comienza: «Deus, Deus meus» etc., y el salmo 69 que comienza: «Salvum me fac Deus» etc., y el capítulo 53 de Esaías. Diciendo Cristo: «como á ladron» etc., pretendió mostrarles la malicia y maldad con que eran venidos. En el Griego está un mismo vocablo adonde dice «cuchillo» y «espadas,» y helo traducido diferentemente porque me parece impropio dar espada á San Pedro, y el vocablo Griego significa lo uno y lo otro. Por San Juan consta que este que cortó la oreja era San Pedro. Aquella palabra «ave» he puesto latina, porque no tengo ninguna castellana con que exprimir lo que significa la Griega, usada para saludar escribiendo y hablando. Esto mismo he hecho en el «ave» del cap. 27, y en el «avete» del cap. 28.

Y ellos prendiendo á Jesus lo llevaron á Caifás el príncipe de los sacerdotes, adonde estaban ayuntados los escribas y los ancianos. Y Pedro seguíalo desde lejos hasta el palacio

del príncipe de los sacerdotes, y entrado se estaba sentado con los servidores por ver el fin. Y los príncipes de los sacerdotes y los ancianos y todo el concilio buscaban algun falso testimonio contra Jesus por matarlo, y no hallaban, y viniendo muchos testigos falsos no hallaban. Pero despues viniendo dos testigos falsos dijeron: Este dijo: Puedo deshacer el templo de Dios y en tres dias edificarlo. Y levantándose el príncipe de los sacerdotes le dijo: ¿No respondes nada? por qué causa estos atestiguan contra tí? Y Jesus callaba. Y respondiendo el príncipe de los sacerdotes le dijo: Conjúrote por el Dios vivo que nos digas si tú eres Cristo el hijo de Dios. Dícele Jesus: Tú lo has dicho. Empero dígoos: de ahora vereis al hijo del hombre asentado á la diestra de la potencia y venir en las nubes del cielo. Entónces el príncipe de los sacerdotes rompió sus vestiduras, diciendo: Blasfemado ha. ¿Qué necesidad tenemos ya de testigos? He aquí ahora habeis oido su blasfemia. ¿Qué os parece? Y ellos respondiendo dijeron: Digno es de muerte. Entonces le escupieron en la cara y lo abofetearon y otros le dieron de bofetadas diciendo: Profetízanos, Cristo, quién es el que te ha herido.

Lo que dice San Mateo que aquellas gentes buscaban algun falso testimonio, con el cual pudiesen condenar á muerte á Cristo y que no lo hallaban, lo entiendo así: que buscaban testimonio que, aunque no fuese verdadero, tuviese del verisímile y que no hallaban cosa á su propósito.

Adonde se ha de considerar la puridad é inocencia con que vivió Cristo, pues ni aún con falsedad no podia ser culpado de cosa mala que hubiese hecho, de

manera que la culpa fuese verisímile en él; y acordándome que, para comprehender la perfeccion en que soy comprehendido, tengo de reducirme á un vivir así puro é inocente, y viéndome tan léjos de ello, yo mismo me avergüenzo de mí mismo, representándoseme cuánto estoy lejos de aquel grado de perfeccion que como cristiano voy procurando, y ruego á Dios, me ponga muy cerca de él.

La falsedad de los testigos que dijeron: «este dijo: puedo» etc., no consiste en que no fuese verdad que Cristo hubiese dicho estas palabras, porque consta que las dijo, pero consiste en que no las dijo en el sentido que los testigos las interpretaban; ellos las interpretaban del templo de piedra, y Cristo las habia dicho del templo de su cuerpo, como parece en San Juan cap. 2.

Conjura lo Cristo por Dios vivo, fué como necesitado á responder, pero templó su respuesta, no afirmando ni negando, como habia hecho en la cena con Judas. Y añadiendo Cristo: «empero dígoos: de ahora vereis» etc., parece que pretendió decir: si os ofende verme en este estado vil y menospreciado, os hago saber que no pasará mucho tiempo que me vereis en un estado glorioso y triunfante en sumo grado acerca de Dios y sobre las nubes del cielo. Adonde aludió Cristo á su segundo advenimiento al juicio, y no importa que por sus palabras parezca que entendia que luego habia de venir, porque, aunque segun el juicio humano parece que no ha sido así, pues no ha venido aún, segun el juicio divino es así, en cuanto mil años en presencia de Dios son tanto quanto es para nosotros el dia de ayer.

Si Cristo como hombre conociera con espíritu humano su venida al juicio, hablando como hombre dijera que á luengos tiempos verían al hijo del hombre á la diestra etc., pero conociéndola como hijo de Dios, como verbo de Dios, con espíritu divino habló como Dios, diciendo: «de ahora vereis» ó presto vereis. Lo mismo es: «á la diestra de la potencia» que á la diestra poderosa, entiende: de Dios. El romper ó rasgar sus vestiduras el pontífice hebreo fué segun la usanza hebrea y tuvo intento á agravar lo que Cristo habia dicho, propio oficio de prelado hebreo apasionado y ciego. Aquellas palabras: «profetízanos, Cristo» están llenas de escarnio.

Y Pedro estaba sentado fuera en el patio, y allegóse á él una moza diciendo: Tú tambien estabas con Jesus el Galileo. Y él negó en presencia de todos, diciendo: No sé lo que dices. Y saliendo él á la puerta vió otra y dice á los que estaban allí: Tambien este estaba con Jesus; el Nazareo. Y tornó á negar con juramento que no conocia tal hombre. Desde á poco allegándose los que estaban allí, dijeron á Pedro: Verdaderamente, tambien tú eres de ellos, porque y tu habla te manifiesta. Entónces comenzó á maldecirse y á jurar que no conocia tal hombre. Y luego cantó el gallo, y acordóse Pedro de la palabra de Jesus que le dijo: Antes que el gallo cante, me negarás tres veces. Y salido fuera, lloró amargamente.

Entendiendo por toda la historia de Cristo que San Pedro era muy vivo y muy orgulloso, poniéndose delante en todas las cosas y muchas veces sin consideracion, como en el reprehender á Cristo porque hablaba en su muerte, y como en el decir que no se escandalizaria, habiendo Cristo dicho que se escandalizaria, y como en el cortar la oreja al otro, entiendo que pretendió Cristo (como he dicho arriba) mortificar la viveza en San Pedro, dejándolo caer en la tentacion porque se conociese y humillase, como con efecto se conoció y se humilló.

Y aquí entiendo la causa porque muchas veces deja Dios caer á los suyos en tentaciones; es el ánimo humano vanísimo y arrogantísimo y por tanto tiene necesidad de ser abajado, abatido y humillado.

Tambien entiendo aquí que al cristiano pertenece desear, como seria decir, no negar á Cristo por ninguna cosa del mundo y no presumir de sí que será bastante á no negarlo, pero rogar á Dios que le dé fuerzas para poder resistir á las tentaciones con que será solicitado á negarlo.

Entiendo tambien aquí que la causa, porque á las personas cristianas, que proponen y deliberan muchas cosas que son santas y buenas, muchas veces les sale todo el contrario de lo que deliberan, es por que su deliberacion es sin consideracion de su propia imposibilidad, segun que lo he escrito en una consideracion.

En cuanto San Pedro no era conocido por el vestido sino por el hablar, entendemos que los discípulos de Cristo no andaban vestidos diferenciadamente de los otros hombres.

Cuanto al llorar de San Pedro, entiendo que lloró de mal contento, viéndose caido en el inconveniente en que habia deliberado y afirmado que no caeria; y entiendo que imitan el llorar de San Pedro los que lloran de desplacer, cuando se apartan del deber cristiano, del

decoro cristiano, llorando como enojados y airados contra sí mismos, descontentos de haber ofendido á quien se conocen obligados á servir y á quien entrañablemente desean servir.

Los que lloran por miedo del mal que les puede venir por su pecado ó pecados, pretendiendo ser perdonados por sus lágrimas, no imitan el llorar de San Pedro. Juntando esta negacion de San Pedro con lo que Cristo ha dicho en el cap. 10, que negará á quien lo negará, se entiende bien que no entiende Cristo sino de los que con deliberacion y con pertinacia lo negarán conociéndolo y no queriendo confesarlo ni con la boca ni con el vivir cristiano.

La negacion de San Pedro procedió de flaqueza y fragilidad, aunque primero negó simplemente, segundo negó con juramento y tercero negó añadiendo la maldicion al juramento. Adonde entiendo que, si San Pedro negara con deliberacion de negar, resolviéndose en ello, holgándose de ello, no llorara, como lloró amargamente luego como se reconoció, ántes hiciera lo que hizo Júdas en reconociéndose, como cuenta luego San Mateo, poniéndonos, tras un ejemplo de fragilidad, con el cual son consolados los flacos, un otro ejemplo de malignidad con el cual son atemorizados los malignos.

Aquí añadiré esto: que por la tentacion de San Pedro conozco de qué calidad son las tentaciones con que permite Dios que sus escogidos, siendo tentados, caigan; y que por la tentacion de Júdas conozco de qué calidad son las tentaciones con que son tentados los que no son del número de los escogidos de Dios, aunque en lo exterior parece que lo son y ellos se persuaden que lo son; en cuanto estos no conocen jamás su error y, si lo conocen, se desesperan como hizo Júdas, y aquellos luego ó muy presto conocen su error y, tan presto como lo conocen, se duelen, conociéndose caidos en lo que no quisieran caer, como hizo San Pedro.

Capítulo XXVII.

Y venida la mañana, tomaron consejo todos los príncipes de los sacerdotes y los ancianos del pueblo contra Jesus para matarlo, y atándolo lo trajeron y lo entregaron á Poncio Pilato el presidente. Entónces viendo Judas, el que lo habia vendido, que era condenado, arrepentido tornó los treinta argénteos á los príncipes de los sacerdotes y á los ancianos, diciendo: Pequé vendiendo la sangre inocente. Y ellos dijeron: ¿Qué se nos da á nosotros? Tú lo verás. Y arrojando los argénteos en el templo, se apartó é ido se ahorcó. Y los príncipes de los sacerdotes tomando los argénteos dijeron: No es lícito echarlos en el cepo, porque son precio de sangre; y tomando consejo, compraron de ellos un campo de un ollero por sepultura para los forasteros; por tanto fué llamado aquel campo Campo de Sangre hasta el dia de hoy. Entónces se cumplió lo dicho por Jeremías profeta que dice: Y tomaron los treinta argénteos, el precio apreciado que fué apreciado por los hijos de Israel y diéronlos por el campo del ollero, segun que me ordenó el Señor.

Con el mismo espíritu entiendo que se conoció condenado Júdas y se ahorcó, conociendo su condenacion, que se habia apasionado para vender á Cristo y lo habia vendido: quiero decir que el mismo espíritu malo, que lo cegó ántes que hiciese el mal para que no lo considerase, le abrió los ojos despues de hecho el mal para que lo conociese y se conociese condenado por él y se ahorcase. Adonde entiendo que, aunque Júdas conocia que hacia mal en vender á Cristo, porque no se conoció condenado por ello, no se desistió de su mal propósito; que esto sea así, consta por esto que, luego como conoció su condenacion, se arrepintió y de mal contento se ahorcó. Y tengo por cierto que todos los que apasionados como Júdas persiguen á Cristo en sus miembros, persiguiendo la verdad cristiana y el vivir cristiano, al fin se resuelven en lo que se resolvió Júdas, y, si con efecto no se ahorcan, es porque su malignidad es áun mayor que la de Júdas, perseverando hasta el fin de sus días en ejecutarla sin confesarse jamás malignos como se confesó Júdas, la cual confesion, si bien no le sirvió á él, sirvió á la manifestacion de la inocencia de Cristo, pues el mismo que lo vendió dió testimonio de ella.

En los pontífices hebreos y en los ancianos se ha de considerar al natural la propia condicion de los que se aplican á la falsa religion, que se tragan el camello y van colando el mosquito, mataban al inocente y escrupuleaban el poner en el tesoro del templo los dineros que habian dado al que lo habia vendido. Tales cosas como esta son vistas siempre en los que son tales como estos; y son tales como estos todos cuantos se aplican á la falsa religion, que consiste en vanas ceremonias y en supersticiosas observaciones de días, de meses, de tiempos y de años etc., y se apasionan por ella, porque, no conociendo la verdadera religion que consiste en aceptar á Cristo y en imitar á Cristo, son casi forzados á perseguir á los que se aplican á ella y más á los que aplicados á ella la enseñan, porque, así como con la claridad del sol son descubiertas las tachas de una cosa fea y mal hecha, así con la claridad de la verdadera religion son descubiertas las tachas y las fealdades de la falsa religion.

Con la profecía, que alega aquí San Mateo, ha dado bien que hacer y que decir á los que han escrito sobre ella desde entónces acá, á los cuales me remito. Adonde dice: «el presidente,» puede decir: el gobernador. Diciendo que era condenado, entiende que por su pecado merecia el infierno. Por lo que aquí dice «cepo,» el vocablo griego, que es hebreo, significa el lugar adonde eran puestos los dineros que las gentes ofrecian en el templo, como son las cajetas ó arquillas que en Castilla ponen en las iglesias para que los que entran echen allí limosna para la fábrica de la iglesia, á las cuales arquillas llamamos cepos. Adonde dice: «campo,» entiende una tierra ó haza. Y adonde dice: «forasteros,» puede decir peregrinos, extranjeros y huéspedes. «Ollero» es el que hace cosas de barro, por otro nombre es llamado alfaharero.

Y Jesus estaba delante del presidente, y preguntóle el presidente diciendo: ¿Eres tú el rey de los Judíos? Y Jesus le dijo: Tú lo dices. Y siendo acusado de los príncipes de los sacerdotes y de los ancianos, no respondia nada. Entónces le dice Pilato: ¿No oyes cuántas cosas atestiguan contra tí? Y no le respondió á ninguna palabra, en tanto que el presidente se maravillaba mucho. Y por la fiesta acostumbraba el presidente soltar un preso al pueblo, el que querian; y tenia entónces un preso estimado llamado Barrabás. Ayuntados pues ellos, díjoles Pilato: ¿Cuál quereis que os suelte: á Barrabás ó á Jesus, el llamado Cristo? Sabia bien que por envidia lo habían entregado. Y asentado él en el tribunal, envió á él su mujer diciendo: No te empaches con aquel justo, porque mucho he padecido hoy en sueño por su

causa. Y los príncipes de los sacerdotes y los ancianos persuadieron á las gentes que demandasen á Barrabás y que á Jesus lo hiciesen morir. Respondiendo pues el presidente les dijo: ¿A cuál de los dos quereis que os suelte? Y ellos dijeron: A Barrabás. Díceles Pilato: Pues ¿qué haré á Jesus el llamado Cristo? Dícenle todos: Sea crucificado. Y el presidente dijo: ¿Por qué? ¿qué mal ha hecho? Y ellos con más instancia gritaban diciendo: ¡Sea crucificado! Y viendo Pilato que no aprovechaba nada, ántes más bullicio se hacia, tomando agua se lavó las manos en presencia de la gente, diciendo: Inocente soy yo de la sangre de este justo. Vosotros lo vereis. Y respondiendo todo el pueblo dijo: Su sangre venga sobre nosotros y sobre nuestros hijos. Entónces les soltó á Barrabás, y á Jesus azotado lo entregó para ser crucificado.

En estas palabras se ofrecen estas ocho cosas dignas de consideracion. La primera, que los santos del mundo, que escrupuleaban el poner en el cepo los dineros que les arrojó Júdas, estaban acusando al hijo de Dios en presencia de Pilato gentil. Adonde aprendo que me conviene apartar de todo aparente santidad, pues hace tales efectos.

La segunda, que, preguntando Pilato á Cristo si era él el rey de los judíos, entendió propiamente del Mesía, al cual era cosa pública que esperaban los judíos. Y aquí se conoce más la maldad de los pontífices y letrados hebreos, en cuanto hicieron morir á Cristo, del cual por lo ménos se sospechaba que era el Mesía.

La tercera, que de la misma manera que se maravilló Pilato, viendo que Cristo callaba, siendo acusado, no disculpándose, se maravillan los hombres del mundo cuando ven que los santos de Dios, miembros de Cristo, no se disculpan, siendo acusados. Y aquí aprendo qué es lo que me conviene hacer, siendo acusado como Cristo, y me avergüenzo de mi poca mortificacion y mucha viveza cuando me pongo á considerar qué es lo que haria cuando me viese en un caso semejante á este en que se vió Cristo, y ruego á Dios, me reduzca á tanta mansedumbre y humildad que conozca yo en mí lo que considero en Cristo. Y aquí cuadrará bien decir que, callando Cristo, se cumplia la profecía de Esaías que dice: «como res á la carnicería será llevado y como oveja que en presencia del que la desquila enmudece y no abrirá su boca.»

La cuarta, que, así como Pilato, hombre del mundo, no era tan injusto contra Cristo como eran los judíos, santos del mundo, así no son tan perniciosos á los miembros de Cristo los hombres del mundo como son los santos del mundo. Y aquí aprendo que me tengo de apartar más de los santos del mundo que de los hombres del mundo.

La quinta, que andaba el diablo desatinado con Cristo; por una parte le procuraba la muerte, poniendo en el corazon á Júdas que lo vendiese, y por otra parte la impedía, espantando á la mujer de Pilato entre sueños para que enviase á decir á su marido que no se empachase con Cristo; por la cual embajada Pilato procuró tanto librar á Cristo y de miedo se lavó las manos, usando la ceremonia hebrea, porque trataba con hebreos. Y aquí aprendo que, si los secretos de Dios no son entendidos de los demonios, como con efecto no fué entendido este de la muerte de Cristo, ni son entendidos los de las personas cristianas, á las cuales Dios por medio de ellos con tentaciones y con persecuciones mortifica, mucho ménos serán entendidos de la prudencia humana por más acendrada, y afinada que esté, ántes tengo por cierto que, cuanto ella está más acendrada y afinada, tanto es más incapaz

de las cosas de Dios. Y aquí aprendo que en las cosas divinas y cristianas ningun crédito tengo de dar á la prudencia humana, no admitiendo sus razones humanas.

La sexta, que por la mayor parte es tal el pueblo cuales son los que lo gobiernan, mayormente en las cosas que pertenecen á religion; y así no me maravillo que el pueblo hebreo se dejase así fácilmente persuadir de sus pontífices á demandar la muerte del que le venia á dar vida, del que poco ántes habia recibido con su «Osana al hijo de David.» Y aquí entiendo que por lo que veré en las costumbres de los inferiores en una religion, podré conjeturar qué tales son los superiores en ella, para no fiarme de ellos, para guardarme de lo que ellos aprueban, y no curarme de lo que ellos condenan.

La séptima, que propiamente vino al pueblo hebreo lo que demandó sobre sí, diciendo: «su sangre venga sobre nosotros y sobre nuestros hijos,» comenzando en la destruccion de Jerusalem y viniendo de mano en mano sobre los que aprueban lo que sus padres hicieron, matando á Cristo, en cuanto se están en la pertinacia en que sus padres estaban. Y aquí me espanta la ceguedad en que eran caidos los hebreos al tiempo que decian aquellas palabras, y me espanta más la ceguedad en que están los hebreos de nuestros tiempos, los cuales ni áun por la consideracion de lo, que les ha venido por la muerte de Cristo, abren los ojos para poder ver la luz del Evangelio.

La octava, que toda la bondad que está fundada y armada sobre falso, sobre temor, como era la de Pilato, da señal de sí, dando consigo en el suelo; primero procuraba Pilato librar á Cristo que lo llamaba justo, y al fin lo entregó á la muerte, pero despues de haberlo hecho azotar segun era la costumbre de los Romanos. Y aquí aprendo cuál es el efecto del temor tan alabado y canonizado de los que no saben qué cosa es amor, porque no aman, no sabiendo qué cosa es fé cristiana, porque no la tienen; y, si la tuviesen, amarian, y si amasen, condenarian al temor como cosa contraria y enemiga del amor.

Entónces los soldados del presidente tomando á Jesus en el pretorio, allegaron á él toda la compañía y vistiéndolo lo envolvieron con un manto de grana y tejiendo una corona de espinas la pusieron sobre su cabeza y una caña en su diestra y, arrodillándose en su presencia, hacian burla de él, diciendo: Ave, rey de los judíos. Y escupiendo en él, tomaban la caña y heríanlo en la cabeza. Y habiendo hecho burla de él, le desnudaron el manto y le vistieron sus vestidos y lo llevaron á crucificar. Y salidos hallaron un hombre Cireneo, llamado Simon; á este cogieron para que le llevase la cruz. Y venidos al lugar llamado Golgotá, que es dicho lugar de calavera, le dieron á beber vinagre mezclado con hiel y gustando no quiso beber.

Tengo por cierto que sin ninguna comparacion ofendia más á Cristo la malignidad con que era acusado de los hebreos, que la bestialidad con que era maltratado y escarnecido de los gentiles, los cuales parece que, siendo Cristo acusado de que se hacia rey, por burla y escarnio lo ponian en forma de rey para tratarlo despues peor que siervo y esclavo.

El manto que le pusieron dicen que era vestidura de guerra, yo más pienso que fuese vestidura real. Cogiendo al Simon Cireneo para que llevase á Cristo la cruz, no pienso que tuvieron intento á quitar á Cristo la fatiga sino á llegar más presto adonde iban.

El dar á beber á Cristo el vinagre ó vino fuerte, dicen que fué porque acostumbraban los Romanos dar así á beber á los que querian justiciar, á fin que no sintiesen tanto el tormento. El mezclar la hiel con el vinagre nacia de la bestialidad de los ministros.

Aquí diré esto: que el que considerará á Cristo puesto entre aquellos soldados, tratado con tanta inhumanidad y bestialidad, y considerará aquellas palabras de Esaías adonde dice: «despreciado está y esquivado de hombres, como hombre de dolores y experimentado en enfermedad, y como de quien esconden las caras, fué despreciado y no lo estimamos,» será forzado que diga que vió Esaías á Cristo en aquel propio estado en que cuenta el evangelista en que estuvo. De donde se puede colegir que es cosa provechosa para los que son tentados acerca de la verdad cristiana, cotejar con simplicidad y humildad las profecías de la pasion y muerte de Cristo con las historias que escriben los evangelistas.

Y como lo hubieron crucificado, repartieron sus vestiduras, echando suertes, á fin que se cumpliese lo dicho por el profeta: Repartiéronse mis vestidos y sobre mi vestidura echaron suerte. Y asentados lo guardaban allí. Y pusieron sobre su cabeza su causa escrita: Este es Jesus el rey de los judíos. Entónces fueron crucificados con él dos ladrones, uno á la diestra y otro á la siniestra. Y los que pasaban, lo blasfemaban, moviendo sus cabezas y diciendo: El que destruias el templo y en tres días lo edificabas, sálvate á tí mismo. Si eres hijo de Dios, baja de la cruz. Semejantemente y los príncipes de los sacerdotes burlando con los escribas y ancianos decían: A otros salvó, y á sí no se puede salvar. Si es rey de Israel, baje ahora de la cruz y creémoslo. Ha confiado en Dios; líbrelo ahora, si lo quiere, porque dijo: Soy hijo de Dios. De la misma manera tambien los ladrones, que estaban crucificados con él, lo injuriaban.

Tres cosas hay que notar en estas palabras. La primera el repartir entre sí los soldados las vestiduras de Cristo, por donde fué cumplido en él lo que está en el salmo 22, sobre la declaracion de las cuales palabras me remito á lo que he dicho allí; de donde se puede colegir que, aunque los vestidos que traia Cristo no eran preciosos, no eran tan viles que no valiesen algo, pues los soldados con suertes los repartieron entre sí.

La segunda, que fué obra de Dios que Pilato hiciese poner á Cristo título de rey de los judíos, no tanto para confusion de los judíos que entregaron á muerte á su rey, quanto para gloria de los verdaderos cristianos, en quanto, viendo á Cristo crucificado y leyendo el título de la cruz, se precian de haber conocido por su rey al que los judíos condenaron é hicieron morir como á impío, siendo verdaderamente su rey.

La tercera, que los meneos con que Cristo era escarnecido y las palabras con que era injuriado de los que pasaban por aquel camino (porque, segun parece, la cruz estaba junto el camino) y de los principales de la sinagoga hebrea y de los propios ladrones que estaban crucificados con él, parece que eran otras tantas tentaciones con que era Cristo tentado, no solamente á resentirse viéndose en aquel estado, pero á apartarse de la voluntad de Dios, bajando de la cruz. Esto lo pienso así, considerando que pudiera Cristo, si quisiera, bajar de la cruz y hacerse creer y aceptar por el que era, que podia destruir al templo y edificarlo, en tres días aún de la manera que ellos lo entendían y que pudiera mostrar que era hijo de Dios y que era poderoso para salvarse y librarse de la muerte y que era rey de Israel. Y entiendo que la tentacion que más sentia Cristo era aquella: «ha confiado en Dios; líbrelo ahora, si lo

quiere,» ó si lo ama, porque esto tocaba en la honra de Dios, en cuanto parecia que no libraba al que habia confiado en él, y tocaba á la piedad de Cristo, en cuanto parecia que no lo amaba Dios, pues no lo libraba.

Esto lo entiendo así, parte por lo que leo en David que estaba siempre celoso que no le fuese dicho que le había faltado la confianza en Dios, ó que Dios no lo amaba ni tenia cuenta con él, como particularmente lo he mostrado sobre el salmo 3, y parte por lo que siento en mí mismo que no hay cosa que más me aflija y atormente que los pensamientos que á las veces me molestan, poniéndome en duda esta confianza y este amor, y que las calumnias de los santos del mundo, con que van calumniando mi fé cristiana y mi vivir cristiano, y tengo por cierto que es esto mismo en todas las personas que, teniendo fé cristiana, están aplicadas al vivir cristiano, las cuales si consideran, cuando se hallasen en un caso algo semejante á este en que Cristo se hallaba, del cual se pudiesen librar, pero apartándose de lo que conocen que es la voluntad de Dios, qué es lo que sentirían cuando les fuesen dichas palabras semejantes á las que eran dichas á Cristo y cuántas veces serían movidas á bajar de la cruz, sentirán mejor lo que sentía Cristo puesto en la cruz y conocerán si tuvo razon Esaías de alabar en Cristo esto: que la voluntad de Dios fué prosperada en su mano de él, que salió Dios con su intento en lo que quiso hacer en Cristo y por Cristo, estando él siempre firme y constante en la voluntad de Dios sin apartarse de ella por ninguna manera, y conociéndolo rogarán á Dios que les dé firmeza y constancia para que tambien en ellas sea prosperada su divina voluntad.

Considerando la fuerza de las tentaciones, con que era tentado Cristo de los hombres al tiempo de su muerte, tengo por ciertas las tentaciones con que dicen que son tentados los cristianos de los demonios al tiempo que están para morir; y entiendo que, diciendo aquellos hombres impíos las palabras que decian á Cristo, no eran ellos los que hablaban, pero era el espíritu diabólico que hablaba en ellos, haciendo en ellos como en sus hijos lo que hace en nosotros el espíritu de nuestro divino y celestial padre: este nos inspira á nosotros á glorificar á Dios y á Cristo, y aquel inspiraba á aquellos á blasfemar á Dios y á Cristo, como inspira siempre á los que son tales como eran aquellos.

Aquí se ve bien que, diciendo el evangelista: «á fin que se cumpliese» etc., no entiende que el intento fué cumplir aquella profecía, sino que con aquel hecho fué cumplida la profecía, no fué porque estaba profetizado, pero estaba profetizado porque habia de ser. Diciendo: «su causa escrita,» entiende la causa porque moría; esto se ve mejor en San Juan.

El mover de las cabezas era segun la usanza hebrea, ántes escribe esto David en el salmo 22 como si lo viera con los ojos corporales. A lo que aquí podrian calumniar, como calumnian los judíos, que no era costumbre en Israel crucificar á los hombres de la manera que leemos que Cristo fué crucificado, se les ha de responder que es así verdad, ántes que Israel estuviese sujeto al imperio Romano, en la cual sujecion con otras muchas cosas fué mudada esta.

Y desde la hora sexta hasta la hora nona sobrevino obscuridad por toda la tierra. Y á la hora nona dió Jesus una grande voz, diciendo: Elí, Elí ¿lamá sabactani? Quiere decir: Dios mio, Dios mio, ¿por qué me has desamparado? Y ciertos de los que estaban allí oyéndolo decian: A Elías llama este. Y luego corriendo uno de ellos y tomando una esponja

é hinchéndola de vinagre y poniéndola en una caña, le daba á beber. Y los otros decian: Deja, veamos si viene Elías á librarlo. Y Jesus otra vez dando un grande grito expiró.

Si, diciendo el evangelista, «por toda la tierra,» entiende: por todo el mundo, yo no lo sé; esto sé que los hebreos llamaban toda la tierra á toda la tierra de Israel. Y por ventura no seria inconveniente decir que esta obscuridad no fué tal cuál es la de la noche, pero que fué tal que los, que tuvieron ojos, conocieron por ella que el sol que da luz á los cuerpos, mostraba sentimiento por lo que padecia el sol de justicia, Jesu-Cristo nuestro señor, el cual da luz á nuestras ánimas, antes parece que es necesario entenderlo así, porque, si por aquellas tres horas la obscuridad fuera tal cual es la de la noche, ni los que miraban á Cristo crucificado burlando de él lo pudieran ver ni ménos las mujeres que desde lejos estaban mirando lo que pasaba, bien que en esto me remito á los que más saben y entienden.

Aquellas palabras de Cristo: «Elí, Elí, lamá sabactani» ó «azabtani» como está en el hebreo, son á la letra las primeras del salmo 22 que tanto cuadra con lo que Cristo padeció en su muerte.

Aquello «por qué me has desamparado» se ha de tomar como voz de la carne que, viéndose en aquel estado, se sentia desamparada de Dios y puesta en manos de la tribulacion, así como era tambien voz de la carne de Cristo aquella que dijo en el huerto: «pase de mí este cáliz.» Era la carne de Cristo así carne como la mia, en cuanto al ser pasible y mortal, si bien, en cuanto á ser sujeta á pecado, no era como la mia, y por tanto, como carne pasible, se sentia en el padecer, ántes fué necesario que Cristo mostrase y sintiese toda esta flaqueza á fin que yo me certifique que en una carne pasible como la mia ejecutó Dios el rigor de su justicia por lo que habia de ser ejecutado en mi carne, y así me confirme en la fé del evangelio, en creer que es así lo que me es intimado en el evangelio, la cual intimacion está fundada en el padecer de Cristo, y es tanto más firme la fundacion ó el fundamento, cuanto fué más riguroso el padecer, y no se pudiera mostrar en cosa ninguna tanto su rigurosidad quanto en mostrarnos cómo Cristo padeciendo se sintió en la carne desamparado de Dios.

Y las personas cristianas que, habiendo algun tiempo sentido en sus ánimos la presencia de Dios y el favor de Dios y habiéndose en otro tiempo visto por una parte perseguidas de los hombres del mundo y tentadas de los demonios del infierno, y por otra parte privadas del sentimiento de la presencia de Dios y del favor de Dios, podrán dar algun testimonio de lo mucho que sintió Cristo al tiempo que dijo estas palabras; y estas mismas entenderán que, así como ellos en casos semejantes, diciendo que Dios las ha desamparado, no lo dicen con el corazon sino con la boca, porque en el ánimo no lo sienten así, así, diciendo Cristo: «¿por qué me has desamparado?» no lo decia con el corazon porque lo sintiese, sino con la boca por lo que la carne sentia.

Los que decian: «á Elías llama este» parece bien que no eran judíos sino gentiles, porque, si fueran judíos, entendieran su lengua, ántes conocieran las palabras del salmo. Lo que dijo Cristo con grande voz al tiempo que expiró ó envió el espíritu, no lo pone San Mateo, como tampoco pone las otras palabras que Cristo dijo en la cruz que escriben los otros evangelistas, de las cuales, placiendo á Dios, hablaremos en su propio lugar.

Adonde, dice: «dió una grande voz» y adonde dice: «dando un grande grito,» he puesto unas maneras de hablar castellanas por otras griegas. En aquello «y luego corriendo» etc., no se ha de entender que este corrió á hacer aquello por lo que oyó decir á Cristo sino que se movió de suyo á hacer aquello por alguna fantasía suya.

Y hé aquí que el velo del templo se rasgó en dos partes de arriba abajo y la tierra tembló y las piedras se rompieron y las sepulturas se abrieron y muchos cuerpos de santos que dormían resucitaron y salidos de las sepulturas, despues de la resurreccion de él, vinieron á la santa ciudad y aparecieron á muchos. Y el centurion y los que y estaban con él guardando á Jesus, viendo el terremoto y lo que pasaba, temieron mucho, diciendo: Verdaderamente este era hijo de Dios.

Habiendo Cristo perseverado en la obediencia de Dios hasta la muerte sin haberse dejado vencer á apartarse de ella ni por la crueldad con que era tratado ni por los denuestos que le eran dichos ni por las tentaciones de los hombres que diciéndole las palabras que habemos visto parece que lo tentaban á que abajase de la cruz, ilustró Dios su muerte con tantas demostraciones milagrosas que bastaron á convencer los ánimos de los gentiles que estaban presentes á que lo confesasen por hijo de Dios, de manera que desde el punto que Cristo expiró en la cruz comenzó su muerte á ser más eficaz que habia sido su vida, ántes es así que hizo muriendo, en cuanto fué conocido por hijo de Dios de los que lo estaban guardando como á enemigo de Dios, mucho más que si bajara de la cruz cuando los judíos lo tentaban diciéndole que bajase. Y lo que hizo Dios con Cristo entiendo que hace siempre con los que son miembros de Cristo, haciendo que sean más ilustres en sus victorias contra las tentaciones, que serian cuando bien alcanzasen toda aquella felicidad que les es propuesta cuando son tentados en caso que se dejasen vencer de las tentaciones.

En el rasgarse ó romperse el velo del templo que estaba delante del «sancta sanctorum,» parece que fué denotada la abrogacion de la ley, la cual entiendo que duró hasta que Cristo expiró. Diciendo: «y muchos cuerpos de santos» etc., entiendo que á la voz con que Cristo expiró revivieron muchos cuerpos de santos que estaban en las sepulturas, pero que no salieron de ellas hasta que Cristo hubo resucitado, á fin que, como dice San Pablo, fuese Cristo «primogenitus mortuorum.» Col. 1. En este caso de estos muertos que resucitaron tengo algunos escrúpulos de que deseo ser libre y, esperando que Dios cuando le placirá me librárá de ellos, no los pongo aquí por no dar ocasion á otros que los tomen. Aquello «que dormían» es segun el hablar de la santa escritura, la cual á la muerte de los, que mueren conociendo á Dios por su Dios ciertos que han de resucitar, llama sueño, aludiendo, como creo, á la resurreccion.

Y estaban allí muchas mujeres mirando de léjos, las cuales habian seguido á Jesus desde Galilea, sirviéndolo, entre las cuales estaba María la Magdalena y María la madre de Jacobo, y de José y la madre de los hijos del Zebedeo. Y siendo ya tarde, vino un hombre rico de Arimatea llamado Josef, el cual tambien era discípulo de Jesus; este yendo á Pilato le demandó el cuerpo de Jesus. Luego Pilato mandó que le fuese dado el cuerpo, y tomando Josef el cuerpo, lo envolvió en una sábana limpia y púsolo en su monumento nuevo que habia cavado en piedra y, revolcando una grande piedra á la boca del monumento, se fué. Y estaba allí María la Magdalena y la otra María asentadas en frente de la sepultura.

Entiendo que hace mención San Mateo de estas santas mujeres, las cuales no solamente estuvieron presentes hasta ver a Cristo muerto y sepultado, pero perseveraron en estar en lugar de donde siquiera pudiesen ver el monumento o la sepultura adonde estaba el cuerpo de Cristo, por alabar su constancia y perseverancia en el amor espiritual con que amaban a Cristo. Amabanlo vivo, amaronlo muriendo, amaronlo muerto y amabanlo enterrado, y no lo pudieran amar tanto ni con tanta perseverancia, ni fuera tan firme ni tan constante el amor, si fuera suyo de ellos, pero por eso era así firme y constante porque el amor era de Dios, en cuanto Dios se lo había dado y se lo conservaba y mantenía, y en cuanto no se amaban ellas a sí mismas en Cristo, pero amaban a Dios en Cristo.

El caso de Josef entiendo que lo cuenta el evangelista por mostrar que también en aquel hombre había fe y amor, y también porque importa a la resurrección de Cristo que se sepa en donde y como fue sepultado.

Por ventura cuadran en este enterramiento de Cristo las palabras de Isaías adonde dice: «Y dió a impíos su sepultura y a rico en sus muertos, sobre no haber hecho iniquidad y no haber habido engaño en su boca,» Esai. 53, de manera que entienda que la sepultura de Cristo fue dada a guardar a impíos, como veremos, y que la propia sepultura era la que aquel hombre rico tenía hecha para enterrar sus muertos, encareciendo que, no habiendo Cristo hecho jamás ni dicha cosa que lo debiese, fue tratado como si fuera puro hombre y aún de los malos y perversos.

Y el día siguiente que es después del aparejo de la Pascua se ayuntaron los príncipes de los sacerdotes y los Fariseos a Pilato, diciendo: Señor, habémonos acordado que aquel engañador dijo siendo vivo: Después de tres días resucitaré. Manda pues que sea guardada la sepultura hasta tres días, porque no acontezca que viniendo sus discípulos lo hurten y digan al pueblo: Resucitado ha de entre los muertos; y será el error postrero peor que el primero. Díjoles Pilato: Teneis guarda, id y guardadlo como sabeis. Y ellos idos pusieron guarda a la sepultura, sellando la piedra con la guarda.

Grandísima cosa es esta que, cuanto más la prudencia humana se va ingeniando por ocultar y encubrir la gloria de Cristo, tanto es ella por aquella vía más ilustrada, como fue ilustrada la resurrección de Cristo por la malvada diligencia de estos santos del mundo; por el contrario entiendo que, cuanto más la prudencia humana por sí sola procura ilustrar la gloria de Cristo, tanto más la oscurece por aquella propia vía que ella procura ilustrarla. De esto se podrían dar hartos ejemplos, los cuales remito a la espiritual consideración, de las personas, en las cuales la gloria de Cristo es ilustrada por el espíritu santo que por el mismo Cristo les es comunicado.

Lo mismo es: «después de tres días» que: al tercer día. En aquello: «sellando la piedra» etc., entiendo que declara el evangelista qué guarda fue la que los judíos pusieron a la sepultura, conviene a saber: sellar la piedra que estaba a la boca de la sepultura y poner gente de guarda que no se apartase de allí hasta pasados los tres días.

El cristiano, que, siendo perseguido, aunque sea de los que se llaman cristianos y sea con título de no cristiano, considerará bien aquella palabra que dijeron de Cristo los principales de la sinagoga hebrea: «aquel engañador,» soy cierto que no desmayará en la

persecucion, ántes se confortará y cobrará fuerzas, viendo que es tratado propiamente como fué tratado el hijo de Dios; y la gloria del cristiano es mayor ó menor segun que él es más ó ménos semejante á Cristo, el cual no solamente murió por nosotros, pero nos dejó su vida y su muerte como por dechado de perfeccion para que nosotros sigamos sus pisadas.

Capítulo XXVIII.

Y á la tarde de los sábados que esclarece en uno de los sábados, vino María la Magdalena y la otra María á ver el sepulcro. Y hé aquí sobrevino un grande terremoto, porque el ángel del Señor bajando del cielo, allegándose trastornó la piedra de la puerta y estaba sentado sobre ella, y su vista era como el relámpago y su vestido blanco como la nieve, y de miedo de él temblaron los que lo guardaban y quedaron como muertos. Y respondiéndole el ángel dijo á las mujeres: No temais vosotras. Sé bien que á Jesus el crucificado buscáis. No está aquí, porque ha resucitado segun que dijo. Venid, ved el lugar adonde estaba puesto el señor, y presto partiéndoos decid á sus discípulos que ha resucitado de entre los muertos. Y catad que va ántes que vosotros á Galilea, allí lo vereis. Hé aquí os lo he dicho. Y salidas presto del monumento con temor y gozo grande corrieron á sus discípulos. Y como fuesen á notificarlo á sus discípulos, hé aquí que Jesus las encontró, diciendo: Avete. Y ellas allegándose le asieron los piés y lo adoraron. Entónces les dice Jesus: No temais. Id, notificad esto á mis hermanos para que vayan á Galilea y allí me verán.

Habiendo contado San Mateo la muerte y la sepultura de Cristo, de las cuales dependen nuestra justificacion y mortificacion, en cuanto los, que aceptamos la gracia del evangelio, incorporados en Cristo gozamos de la justicia de Cristo, quiero decir, de la que fué ejecutada en Cristo, porque realmente y con efecto morimos y fuimos sepultados con Cristo (segun que particularmente lo he tratado en una respuesta,), viene á contar la resurreccion de Cristo, de la cual depende nuestra vivificacion en la presente vida y nuestra resurreccion en la vida eterna, en cuanto es en nosotros lo que es en él.

Adonde ha de considerar toda persona cristiana que, así como con sus desobediencias á Dios acrecentó el agonía de Cristo en su pasion (como lo he dicho en una consideracion), así tambien con sus obediencias á Dios acrecentó el gozo de Cristo en su resurreccion, porque entiendo que, así como tuvo Cristo presente muriendo todas nuestras desobediencias, así tuvo tambien presentes resucitando todas nuestras obediencias, á fin que, así como las unas le habian acrecentado el agonía, así las otras le acrecentasen el gozo.

El que querrá examinarse para ver si ha aceptado la gracia del evangelio con afecto de carne y sangre ó con afecto de espíritu santo por revelacion del padre eterno como San Pedro, mire bien si la muerte y si la resurreccion de Cristo han hecho sus efectos en él ó los han comenzado á hacer, mortificándolo y vivificándolo, aplicándolo á vivir en la presente vida como muerto y resucitado, porque los, que no están aplicados á esto, no sienten el beneficio de Cristo, no se conocen ni se sienten muertos con Cristo ni resucitados con

Cristo. Aquí viene á propósito una consideracion que he escrito sobre la resurreccion de Cristo.

Para entender aquello «y á la tarde de los sábados» etc., basta saber que como nosotros decimos feria 2, feria 3 etc., los hebreos decian segundo de los sábados, tercero de los sábados etc., porque al primer dia de la semana llamaban sábado; con esto se entiende que estas santas mujeres fueron al sepulcro el domingo de mañana al reir del alba y que llama San Mateo «tarde de los sábados» á toda la noche del sábado, conforme á aquello: «factumque est vesper et mane dies unus,» Gén. 1.

Por los otros evangelistas se entiende que estas santas mujeres venian á ungrir el cuerpo de Cristo, en la cual cosa, aunque mostraban en afeccion, mostraban tambien su poca fé, pues pensaron hallarlo en la sepultura, habiendo él prometido que al tercero dia resucitaria. Y puédesse colegir de aquí lo que yo suelo decir que las personas cristianas son muchas veces movidas con un intento segun ellas y con otro segun el espíritu santo que las mueve. El intento con que estas santas mujeres se movieron fué ungrir á Cristo, y el espíritu santo las movió con intento que viesen á Cristo resucitado. Y aquí entiendo que es buena señal cuando el hombre se mueve con un buen intento y le sale otro mejor, quiero decir que es señal que aquel mejor es de espíritu santo.

Cuanto á aquello: «sobrevino un grande terremoto,» me acuerdo haber dicho sobre los salmos, que acostumbra Dios mover con terremotos la tierra en semejantes casos como los de la muerte y resurreccion de Cristo, por certificarnos que el mismo Dios, que, como seria decir, consiente la muerte de Cristo y resucita á Cristo, es el que crió todas las cosas, las rige y las gobierna como absoluto señor de todas ellas, á fin que, certificados de esto los que nos sentimos incorporados en Cristo para la aceptacion de la gracia del Evangelio, estemos seguros en los prometimientos de Cristo, fundando nuestra seguridad en la providencia y omnipotencia de Dios; y es verdaderamente grandísima satisfaccion y gloria interior al verdadero cristiano, saber cierto que es favorecido, amado y querido del que tiene en su mano á todas las criaturas, de las cuales es en todo y por todo obedecido; á mí tanto esta consideracion me da la vida.

Cuanto al bajar del cielo el ángel y al mostrarse resplandeciente y claro en su presencia y en sus vestidos, me remito á lo que dicen los que hablan con alguna experiencia, porque yo no tengo ninguna y así no puedo decir sino lo que dicen otros. Aquello «y respondiendo el ángel» etc., es segun el hablar de la santa escritura, la cual parece que entiende que se responde no á lo que se pregunta sino á lo que se querria ó deberia preguntar.

Aquí se ha de considerar que los que guardaban el sepulcro eran hombres, y las que venian á ver el sepulcro eran mujeres; y estas estuvieron firmes y constantes, y los hombres temieron, temblaron y quedaron como muertos. Estos mismos efectos hacen siempre las obras de Dios, atemorizan y espantan á los hombres del mundo hasta hacerlos salir de sí, y consuelan y alegran á los hijos de Dios hasta trasformarlos en Dios. Aquello: «y catad que va ántes» etc., se ha de juntar con lo que acabada la cena prometió Cristo á sus discípulos, diciendo: «pero despues que habré resucitado, iré ántes que vosotros á Galilea.»

Cuanto á las causas porque Cristo se quiso dejar ver de sus discípulos en Galilea y no en Jerusalem, como se dejó ver de las santas mujeres; me remito á lo que otros dicen, no bastándome á mí el ánimo á hablar por conjetura en las cosas en que no puedo hablar con alguna evidencia, ó experiencia. En aquellas palabras del ángel: «Jesus el crucificado» es muy digno de consideracion que lo, que es ignominioso en presencia del mundo y de los hijos de Adam que siguen el juicio de la prudencia humana, es glorioso en presencia de Dios y de los hijos de Dios que siguen el juicio del espíritu santo; y por tanto el ángel de Dios hablando con las santas mujeres que eran hijas de Dios, llama á Cristo: Jesus el crucificado, dándole el título más honroso y más glorioso que como á hombre le pudo dar, en cuanto no venció Cristo resucitando sino muriendo.

Esto lo sentia así San Pablo como hijo de Dios y por tanto no queria gloriarse sino en la cruz de Cristo ni queria saber sino á Cristo crucificado, y siéntenlo tambien así los que, teniendo del espíritu que tuvo San Pablo, son hijos de Dios, pero unos lo sienten más y otros lo sienten ménos segun es más ó ménos eficaz en ellos la fé cristiana y el espíritu cristiano. Todos los otros hombres tienen por título ignominioso el de la cruz, porque por tal lo juzga y lo tiene la prudencia humana, si bien alaban y adoran la cruz de Cristo.

Adonde entiendo que tienen por honrosa y gloriosa la cruz de Cristo los que están resueltos con el mundo y consigo mismos de tal manera que no se avergonzarian ni resentirian como hombres cuando fuese menester pasar por lo que pasó Cristo, y, si no están entera y perfectamente reducidos á esto, conocen que lo deben estar, desean reducirse á ello, y están aplicados á ello, atendiendo á la mortificacion de todo lo que tienen de Adam, con intento de reducirse á que les sea gloriosa y sabrosa la Cruz de Cristo, el padecer por gloria de Cristo, lo que padeció Cristo por gloria nuestra, deseosos de ser muy semejantes á Cristo en el estado de la pasibilidad y mortalidad por ser tambien muy semejantes á Cristo en el estado de la resurreccion y glorificacion.

Los que no están reducidos á esto ó aplicados á esto, deseándolo y procurándolo, por mucho que alaben y que adoren con señales y demostraciones exteriores la cruz de Cristo, está claro que no son hijos de Dios, pues, teniendo por ignominiosa la cruz de Cristo, no queriendo por ninguna manera verla sobre sí, dan testimonio de sí que no siguen el juicio del espíritu santo que siguen los hijos de Dios, sino el de la prudencia humana que siguen los hijos de Adam; estos son los que adoran con el cuerpo y alaban con la boca la cruz de Cristo, y escupen con el ánimo y aborrecen con el corazon la misma cruz de Cristo, amando más la gloria de los hombres que la gloria de Dios y de Cristo. En aquello: «con temor y gozo grande» exprime bien el evangelista el efecto que hace un semejante caso áun en hombres. Lo que significa aquella palabra «avete,» lo he dicho en el cap. 26.

Y partidas ellas, he aquí que algunos de la guarda, viniendo á la ciudad, notificaron á los príncipes de los sacerdotes todo lo que pasaba. Y ayuntados con los ancianos y tomando consejo, dieron harto dinero á los soldados, diciendo: Decid que sus discípulos viniendo de noche le hurtaron, estando vosotros durmiendo: y si vendrá esto á oídos del presidente, nosotros lo aplacaremos, y á vosotros os aseguraremos. Y ellos tomando el dinero, hicieron segun que eran enseñados. Y fué divulgada esta cosa acerca de los judíos hasta el dia de hoy.

Considerando que de poner los pontífices hebreos sus guardas á la sepultura de Cristo y de corromper con dineros á las guardas para que negasen la verdad y afirmasen la falsedad, resultó que fué más ilustrada la gloria de la resurreccion de Cristo y fué más conocida la maldad y perversidad de los que lo habian hecho morir.

Me place repetir aquí lo que al fin del capítulo precedente he dicho que por la misma vía, que la prudencia humana procura menoscabar y escurecer la gloria y dignidad de Cristo por ilustrar y engrandecer ella su ignominia y su indignidad, es engrandecida é ilustrada la gloria y la dignidad de Cristo y es menoscabada y escurecida la ignominia y la indignidad de la prudencia humana, como vemos que aconteció á estos pontífices hebreos y como sabemos que aconteció á los que persiguieron y mataron en tiempo de los mártires á los que confesaban á Cristo, y como consta que ha siempre acontecido y acontece á los que han procurado y procuran lo que procuraron los pontífices Hebreos.

Adonde considerando yo que acontece á la prudencia humana con Cristo y con los que son miembros de Cristo lo mismo que le aconteció con el mismo Dios ántes de Cristo, como consta por el caso de Faraon, por el de Senacherib y por el de Nabucodonosor, veo un evidentísimo testimonio de la divinidad de Cristo.

Habiendo considerado esto, y considerado por otra parte que, siempre que la prudencia humana sin espíritu santo procura y pretende ilustrar y engrandecer el nombre de Dios y de Cristo, los menoscaba y escurece por aquella misma vía que ella pretende y procura engrandecerlos é ilustrarlos, vengo á entender esto que las personas cristianas se deben entristecer cuando ven que los hombres del mundo procuran ilustrar y engrandecer la gloria de Cristo, teniendo por cierto que sale todo lo contrario, y se deben alegrar cuando vea que los mismos procuran menoscabar y escurecer la gloria de Cristo, sabiendo cierto que resultará todo lo contrario. Y aún entiendo que las mismas personas cristianas se deben entristecer siempre que conocerán que los hombres del mundo las quieren ilustrar y engrandecer, y se deben alegrar siempre que verán que los mismos las quieren oprimir y abatir, teniendo por cierto que sucederá todo lo contrario, de manera que tengan por afecto de carne el entristecerse por los malos tratamientos que les harán los hombres y el alegrarse por los buenos tratamientos, y tengan por afecto de espíritu el entristecerse por los buenos tratamientos y el alegrarse por los malos, como se alegraron los apóstoles cuando los judíos, queriendo encubrir la gloria de Cristo, los azotaron, mandándoles que no predicasen á Cristo.

Tambien entiendo que á todo hombre pertenece estar sobre sí aún cuando se sentirá movido á engrandecer ó ilustrar la gloria de Cristo, sabiendo cierto que, si el movimiento es de carne, de prudencia humana, pensando engrandecerla é ilustrarla, la menoscabará y escurecerá. Es Dios tan celoso de su gloria que no quiere que sea ilustrada y engrandecida sino con su espíritu santo y por su espíritu santo.

Aquello: «estando vosotros durmiendo» es bien de considerar, porque se les pudiera replicar: si dormisteis ¿cómo vísteis que los discípulos lo hurtaron? Por aquello: «hasta el día de hoy» parece que San Mateo escribió esta historia algunos años despues de la resurreccion de Cristo, pero ántes de la destruccion de Jerusalem

Y los once discípulos se fueron á Galilea al monte adonde les habia ordenado Jesus y como lo vieron lo adoraron, y ellos habian dudado. Y allegándose Jesus les habló diciendo: Dado me ha sido todo poder en el cielo y en la tierra. Yendo pues instruid á todas las gentes, bautizándolas en el nombre del padre y del hijo y del espíritu santo, enseñádoles guardar todo cuanto os he mandado á vosotros. Y catad que yo estoy con vosotros todos los dias hasta la fin del mundo.

Habiendo puesto San Mateo por certificacion de la resurreccion de Cristo el testimonio de las santas mujeres y el de las guardas que guardaban el sepulcro, pone el de los once apóstoles que en Galilea vieron á Cristo resucitado en el propio lugar á donde él les habia certificado que lo verian, y pone las palabras que les dijo, ordenádoles que se fuesen á predicar el evangelio, á bautizar y á enseñar el vivir cristiano, certificádoles que él estaria perpétuamente con ellos sin apartarse nunca de ellos. Adonde hay tres cosas dignas de mucha consideracion.

La primera, que los discípulos de Cristo habian dudado de la verdad de la resurreccion de Cristo con todo que él muchas veces se la habia profetizado y que las mujeres se la habian dicho, de donde colijo que el dudar no es indicio de infidelidad sino de flaqueza y enfermedad y por tanto no se deben tener por infieles los que dudan, aunque sea en las cosas de la fé, pero débense tener por flacos y enfermos y deben rogar afectuosamente á Dios, les haga sentir bien dentro de sus ánimos el beneficio de Cristo á fin que, creciendo en la fé, dejen la flaqueza y enfermedad y con ella el dudar. Yo tanto más me maravillo de los que no dudan que de los que dudan, tanto que tengo por sospechoso el nunca dudar si no es en los que han dudado, porque sé que el dudar, ántes el no creer es natural al hombre y el creer es sobrenatural, es don de Dios y no industria humana.

La segunda, que de aquellas palabras de Cristo: «dado me ha sido todo poder en el cielo y en la tierra» podemos tomar parte del concepto que como cristianos debemos tener de Cristo; sobre lo cual he escrito una, consideracion, á la cual me remito, porque allí he dicho en qué manera entiendo que Cristo tiene en la tierra este absoluto poder; y quanto á la manera como lo tiene en el cielo, me remito á la experiencia cuando hallándome allá lo conoceré y veré cara á cara. Quanto á lo que aquí dudan algunos, diciendo, que siendo Cristo el verbo de Dios, hijo de Dios ¿qué necesidad habia que Dios le diese lo que él se tenia? se puede responder que dió Dios este absoluto poder á aquel Cristo hombre que murió, fué enterrado y resucitó, y en esta misma sentencia dice San Pablo. «propter quod et Deus exaltavit illum» etc. Fil. 2, ántes parece que entendió esto mismo Daniel adonde dice: «viendo ví en vision de noche y ved con las nubes del cielo como hijo de hombre venia y hasta antigüedad de dias llegaba y fué traído delante de él y dióle poder y gloria y reino, y todos pueblos, naciones y lenguas lo servirán; su poderío poder eterno y no será quitado y su reino no será corrompido.»

Con estas palabras de Daniel cuadra tambien la respuesta de Cristo á Caifás que habemos visto en el capítulo 26. Notificando Cristo á sus discípulos este su poderío absoluto en el cielo y en la tierra, entiendo que pretendió que supiesen y que sepamos esta su omnipotencia á fin que se asegurasen y nos aseguremos que todas juntas las criaturas en el cielo, en la tierra y en los infiernos no son poderosas contra nosotros, mientras nosotros estamos en la escuela de Cristo, estando él con nosotros y nosotros con él, porque en él lo

podemos todo, así como él lo pudo todo, esto lo entendía así San Pablo cuando dijo: «todo lo puedo en el que me hace poderoso.»

La tercera cosa digna de consideración que hay en estas palabras de Cristo es la manera como instruyó á sus discípulos, queriendo enviarlos á predicar, á bautizar y á enseñar.

Adonde pueden aprender los que envían á predicar, á bautizar y á enseñar, que primero han de instruir á los que envían en el concepto que deben tener de Cristo, diciéndoles como tiene todo poder en el cielo y en la tierra, luego les han de decir el orden que han de guardar, y al último los han de certificar que siempre el espíritu de Cristo los acompañará por donde quiera que irán, á fin que, asegurados de esto, se descuiden de sí mismos, pasando todo su cuidado en el negocio á que son enviados. Pueden también aprender aquí los que interiormente son movidos á predicar el evangelio y á enseñar el vivir cristiano que lo primero que han de intimar á los hombres es el indulto y perdón general por la justicia de Dios ya ejecutada en Cristo, rogándoles de parte de Dios y de Cristo que, aceptando este indulto, se tengan por reconciliados con Dios, certificándolos que los que lo creen y se bautizan gozan de él.

Esto lo entiendo en aquellas palabras: «yendo pues instruid á todas las gentes,» entendiendo que la instrucción es la propia intimación del evangelio y que después á los que, admitiendo la instrucción, aceptando la intimación, se tendrán por reconciliados con Dios, los han de bautizar en el nombre del padre, del hijo y del espíritu santo, certificándolos que son admitidos á la unión con el padre, con el hijo y con el espíritu santo, á la que pueden tener como hombres que por la fé y el bautismo gozan del indulto y perdón general, los cuales son regenerados, mudan natura de la manera que he dicho en una respuesta. Esto lo entiendo en aquellas palabras: «bautizándolas en el nombre del padre, del hijo y del espíritu santo.»

Cuanto á la manera como entiendo que el bautismo, en virtud del pacto que consiste en la fé y en el bautismo, tiene parte en la justificación, me remito á lo que he dicho en una respuesta, adonde he dicho también que los, que somos bautizados desde pequeños, entonces comenzamos á sentir en nosotros mismos el fruto del bautismo cuando, aceptando con el corazón por divina inspiración la gracia del evangelio y aprobando el ser bautizados de tal manera que, cuando no fuéramos bautizados, nos bautizaríamos, nos resolvemos á vivir cristianamente, imitando á Cristo, poniendo fin á toda ambición y propia satisfacción.

Pueden también aprender aquí los predicadores cristianos que á los que, habiendo aceptado la gracia del evangelio, habiendo sido bautizados ó habiendo aprobado el ser bautizados, han puesto fin á toda ambición y propia satisfacción, han de enseñar el vivir cristiano, poniéndoles delante todo lo que Cristo enseñó á sus discípulos, no como por ley sino como por una instrucción en el vivir cristiano á imitación de Cristo, á fin que con su vivir cristiano confirmen su fé cristiana y den testimonio de su bautismo cristiano, mostrando con efecto que creen con el corazón y que se han bautizado, ó han aprobado el ser bautizados, porque han primero creído, porque han aceptado la gracia del evangelio.

Esto lo entiendo en aquellas palabras: «enseñándoles guardar todo cuanto os he mandado á vosotros,» de manera que en estas palabras de Cristo los que son inspirados á

predicar el evangelio y á enseñar el vivir cristiano aprenden que han de intimar el evangelio generalmente á todas las gentes y que no han de bautizar sino á los que han aceptado la gracia del evangelio y que no han de enseñar el vivir cristiano sino á los que, aceptando la gracia del evangelio, se bautizan ó aprueban el ser bautizados y poniendo fin á toda ambicion y propia satisfaccion se determinan vivir cristianamente, imitando á Cristo.

Y esta propia órden consta que era guardada en la primitiva iglesia, despues duró mucho tiempo que no se daba el bautismo sino á los que estaban bien instruidos en la fé cristiana y en el vivir cristiano, pero los apóstoles, como consta por su historia, siguiendo esta órden de Cristo, luego bautizaban á los que creian, á los que aceptaban la gracia del evangelio, y parece que es necesario que se haga así, porque (como he dicho en una respuesta,) así como con el bautismo es ejercitada la fé de los que no son bautizados, pareciéndoles cosa de burla que por la fé y el bautismo sin otra observacion de ley vengan á gozar de la remision de pecados y reconciliacion con Dios por Cristo, así con el mismo bautismo es confirmada la fé de los que son bautizados, sirviéndoles el bautismo como de un arrimo con que se confirman en su fé cristiana, diciendo: si yo no creyera, no me bautizara ó no aprobara el ser bautizado, determinándome en vivir como bautizado, que es lo mismo que como muerto y resucitado, porque en el bautismo, como dice San Pablo, morimos y resucitamos con Cristo.

Aquello: «y catad que yo estoy con vosotros» etc., entiendo que pertenece no solamente para los que predicán el evangelio y enseñan el vivir cristiano, pero tambien para los que aceptan el evangelio y atienden al vivir cristiano, los cuales todos se pueden certificar que Cristo está y estará siempre con ellos sin apartarse nunca de ellos, y esta certificacion de la presencia de Cristo entiendo que hace dos efectos en nosotros, los que, habiendo aceptado el evangelio y aprobado el ser bautizados y habiendo puesto fin á toda ambicion y propia satisfaccion, atendemos á vivir cristianamente.

El uno es que vivimos seguros contra todo el mal que todas juntas las criaturas nos pueden hacer, conociéndonos y sintiéndonos poderosos contra todas ellas por la presencia de Cristo, ciertos que no nos pueden empecer. Y el otro es que vivimos más sobre nosotros para no apartarnos jamás en poco ni en mucho del deber de personas cristianas, en las cuales está Cristo y estará hasta la fin del mundo.

Los que no están ciertos de esta presencia de Cristo, viven en continuo temor, porque confian en sí y desconfian de Cristo y no viven cristianamente ni guardan el deber ni el decoro de personas cristianas; y por lo que conocen en sí, dicen y afirman que no hay santos en el mundo, no acordándose que confiesan que los hay, diciendo que creen «sanctorum communionem,» y dicen y afirman que no puede el hombre ser cierto que está en gracia de Dios, no entendiendo que el evangelio no es otra cosa que una buena nueva que es intimada á los hombres, diciéndoles como Cristo los ha reconciliado con Dios, que lo crean y se bauticen y que gozarán de la reconciliacion, por donde se entiende que en tanto es uno cristiano, en cuanto está cierto que por Cristo está en gracia de Dios, estando reconciliado con Dios.

Al cual doy infinitas gracias que me ha traído á la participacion de esta su divina gracia y me ha favorecido con su espíritu santo en la interpretacion de esta divinísima escritura de

la vida y doctrina de su unigénito hijo Jesu-Cristo nuestro señor, para gloria del cual pretendo que sea dicho lo que he acertado á decir en esta interpretacion, pretendiendo que lo que he errado ó lo que no he acertado sea para mi propia vergüenza y confusion, siendo en esto conocido mi propio sér, el que tengo como hijo de Adam, y siendo en lo otro conocido el sér que tengo como hijo de Dios, incorporado por la fé y el bautismo en el unigénito hijo de Dios Jesu-Cristo nuestro señor, al cual con el padre y con el espíritu santo sea perpétua gloria. Amen.

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#).

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#).

